This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437074 7

NPW

Revista

NPW

REVISTA

HISPANO-AMERICANA.

TOMO I. — 1.º DE JULIO DE 1848.

REVISTA

HISPANO-AMERICANA.

TOMO I. — 1.º DE JULIO DE 1848.

REVISTA

HISPANO-AMERICANA,

PERIODICO QUINCENAL,

BAJO LA DIRECCION

de D. J. J. de Mora y D. P. de Madrazo.

TOMO PRIMERO.

12

MADRID,

LA PUBLICIDAD, IMPRENTA Á CARGO DE D. M. RIVADENEYRA,

CALLE DE JESUS DEL VALLE, N. 6.

1848.

94 m

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
R 1901 L

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

LA LOGICA DE MILL.

ARTÍCULO PRIMERO.

Parece increible, pero es un hecho patente á todos los que han saludado la historia de la filosofía, que por espacio de muchos siglos haya estado la inteligencia humana reducida á emplear casi exclusivamente una sola de sus facultades en la averiguacion de la verdad científica. Desde la época del Bajo Imperio hasta el siglo xv, el raciocinio, ó mas bien podriamos decir la argumentacion, ha sido la arma que han empleado los hombres en aquella noble y árdua tarea. Dos causas han contribuido principalmente á la introduccion y á la duracion de este sistema. En primer lugar, las nociones científicas no fuéron comunicadas directamente á las razas occidentales por las grandes é inmortales escuelas que tanto nombre dieron á Aténas, en los siglos de Pericles y de Alejandro: sino por el infecto canal de los sofistas griegos, en cuyas manos perecieron la ciencia verdadera, el estilo armonioso y elegante, la diccion castiza y pura, y hasta los principios mas claros del sentido comun. Estos hombres que, segun los pinta Séneca, habrian encontrado lo necesario, si no hubieran corrido en pos de lo supérfluo [1]; cuya agudeza no se ejercitaba jamas en las cosas, sino en las palabras, y cuya ambicion era atormentar á sus oyentes con las mas intrincadas tergiversaciones, para enseñorearse en una superioridad que, cuando mas, podria merecer el nombre de travesura, introdujeron en la civilizacion un elemento de confusion y de falacia, que influyó de un modo funesto, no solo en el

[1] Séneca, Epist 3.ª

estudio de la naturaleza, sino en la moral de los pueblos, y en la política de los estados. En segundo lugar, cuando empezó el Cristianismo á conquistar las altas categorías sociales; cuando los sabios del mundo doblaron la cerviz ante la luz del Evangelio, fué preciso abandonar todos los ramos de instruccion y de enseñanza, para aplicar todas las fuerzas de la inteligencia al combate del error, que ya habia penetrado en la nueva sociedad, y que invadia apresuradamente el campo de las creencias. Este combate no era susceptible de otra táctica que la disputa. Fué preciso organizarla, reglamentarla, darle una especie de ritualidad, para que las hostilidades se sostuviesen por las partes contrarias en el mismo terreno, y empleasen los mismos recursos. Un hombre de genio elevadísimo, uno de aquellos séres privilegiados que nacen para ejercer un imperio irresistible en sus semejantes, habia descubierto, entre otras muchas verdades tan nuevas como ingeniosas, las verdaderas leyes del raciocinio; habia encontrado su fundamento legítimo; habia revelado los vicios que lo inutilizan y corrompen. El escolasticismo tuvo su orígen en el desarrollo, en la exageracion de aquellos principios. Lo que en el sistema de Aristóteles no era mas que una pequeña parte de un gran todo, fué para los escolásticos la ciencia única, la ciencia magna, el único estudio que merecia el nombre de ciencia. Ellos convirtieron el instrumento en sustancia, el medio en término final, lo accesorio en principal, y de lo que no era mas que un método, hicieron uno de los ramos de estudio mas complicado, mas enredoso, mas pueril, y al mismo tiempo mas ingenioso y difícil, de cuantos podian haberse inventado para alejar al hombre del conocimiento de la verdad, y dar al error toda su apariencia y todo su poderío. «La filosofía, dice un gran escritor, llegó á ser sutil, cuando dejó de ser sólida. Se apegó á las formalidades, cuando las realidades huian de su presencia, y acudió á las agudezas, cuando habia hecho desaparecer la sencillez de la verdad[1]. »

No faltaron hombres animosos é ilustrados que alzaron el grito contra aquella funesta manía, y quisieron oponer barreras á aquel torrente destructor de todo lo recto, lo verdadero y lo justo. Pedro Abelardo fué quizás el primero que se distinguió en esta honorífica empresa; pero nadie consiguió herir de muerte al usurpador de la razon, hasta que apareció en la república de las letras el inmortal español Luis Vives. Con un arrojo tanto mas peligroso, cuanto mas encastillado se hallaba el escolasticismo en un tiempo en que luchaba á brazo partido con los errores de los innovadores alemanes, se atrevió á pelear frente á frente con tan poderoso adversario, arrancarle la máscara con que se cubria, y revelar al mundo su mezquindad y

[1] Rapin, *Reflexions sur la Philosophie*, núm. 18.

su impotencia. Para ello empleó con singular destreza y celo incansable las armas de la elocuencia, de la discusion, de la ironía y de la burla. En una palabra, Vives dispuso el campo en que Bacon sembró despues á manos llenas las semillas del saber verdadero y útil; y quizás sin los trabajos del ilustre valenciano, los del gran Canciller no habrian sido tan fecundos y tan efectivos.

Todas las ciencias mudaron de aspecto con el impulso que les dieron aquellos bienhechores de la especie humana. Cayeron la astrología, la alquimia, el árbol de Porfirio y las categorías aristotélicas. Cayó tambien la lógica silogística, con toda su interminable nomenclatura, con todos sus retumbantes dísticos, con toda la barbarie de su estilo. Mas, á pesar de esto, la lógica siguió llamándose arte de raciocinar; como si la verdad no pudiera ser nunca mas que la consecuencia de dos premisas; como si toda verdad pudiera convertirse en el axioma primordial del silogismo [1]; como si no hubiera sensaciones, hechos y fenómenos; como si para su estudio no nos hubiera concedido la Providencia la facultad de observar, inferir, buscar analogías, formar hipótesis, armar clasificaciones, y agrupar congeturas.

El autor de la obra en que vamos á ocuparnos, ha considerado la lógica bajo un punto de vista muy diferente. Parece haberse penetrado íntimamente de este principio: que la adquisicion mas apetecible para el hombre, es el verdadero conocimiento y la firme creencia de las cosas que mas le importan. Juzgar entre lo verdadero y lo falso, decidirse entre pruebas contrarias, despojar la realidad de todo lo que la desfigura, son, no solamente propensiones irresistibles de nuestra constitucion intelectual, sino obligaciones inherentes al sér humano, como sér social, como sér perfectible, como sér emanado del mas augusto, del mas perfecto de los séres. Las facultades con cuyo ejercicio podemos aspirar á tan útiles resultados, si llegan á desarrollarse con acierto, tienen una maravillosa aptitud instintiva á formar proposiciones generales y comprensivas, que se convierten en reglas seguras del pensamiento y de la accion. Esta natural disposicion de nuestro espíritu puede adquirir una extension incalculable, puede multiplicar sus recursos; puede dar mas consistencia y mas garantías á sus decisiones, por medio del estudio atento de las cosas cuya naturaleza queremos penetrar, y por medio del acertado uso del lenguaje, que es lo que da forma á nuestros pensamientos, y determina el órden en que han de exponerse. Si deseamos concretar en una proposicion general la idea dominante que resulta de una muchedumbre de hechos, tanto mas fácilmente los enlazarémos entre sí, y descubrirémos sus recíprocos puntos de contacto, cuanto mas

[1] *Quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se.*

familarizados estemos con la teoría de la generalizacion científica; cuanto mas nos arreglemos á las condiciones que le son necesarias para el acierto. Si, por el contrario, no poseemos mas que nociones vagas, inciertas y empíricas sobre la esencia de la verdad, y sobre el carácter legítimo de las pruebas, ni hallarémos analogías donde realmente existen, ni nos preservarémos del peligro de descubrirlas donde no las hay. Los puntos de vista generales influyen siempre en la mayor ó menor importancia que demos á los hechos aislados. Si aquellas corresponden á la naturaleza de las cosas, contribuirán grandemente al ensanche de nuestras ideas. En el caso contrario, no pueden ménos de pervertirlas y estrecharlas. Estas reglas se aplican á todas las operaciones mentales, y con especialidad al uso de la palabra, cuya concordancia con el pensamiento requiere imperiosamente que no haya en este el menor elemento de error, equivocacion ú oscuridad, so pena de comunicarlo á la expresion externa, y acreditar, si es lícito decirlo, una moneda falsa en el mercado de la inteligencia.

Nada prueba tan victoriosamente los daños que ocasiona la admision de una palabra no definida, ó mal definida, como los estragos que ha hecho en la filosofía la voz tomada del griego *idea*. Nuestra opinion es, que la ciencia del alma no se hallaría hoy en el atraso en que la vemos, si aquel sustantivo no hubiera penetrado jamas en el idioma técnico. Las escuelas de Aténas la consagraron, digámoslo así, poniéndola por base de todas sus teorías. Ora se considerasen las ideas como existencias reales, segun unos; ora como imágenes ó fantasmas, segun otros, el resultado fué que siempre significaban cosas distintas del alma: unas adquisiciones ajenas de su naturaleza; unos productos separados del hombre y del objeto.

Admitida esta denominacion, se habló de las ideas como se puede hablar de las otras obras de la naturaleza, que nos son conocidas por las sensaciones, por la reflexion ó por la conciencia; y puestas ya en esta categoría, era natural que se suscitasen muchas cuestiones sobre su modo de ser, sobre sus accidentes, sobre su residencia, y aun sobre su destino ulterior y su final paradero, como hicieron los platónicos. ¿Son todas ellas adquiridas, ó hay algunas innatas? ¿Se fijan en la glándula pineal, ó en las celdillas de la parte esponjosa del cerebro, como pensó Muratori? ¿Cómo se vuelven á presentar al alma, despues del olvido ó del sueño, ó en ausencia de sus objetos respectivos? ¡Cuántas disputas no se han encarnizado, cuántos volúmenes no se han escrito, cuánto tiempo no se ha malgastado en estos interminables problemas! ¡Cuánto trabajo intelectual no se ha desperdiciado en escudriñar tan hondos secretos! Y sin embargo, si en lugar de la palabra *idea*, que ya tenia una significacion determinada cuando la prohijaron los filósofos, se hubiera inventado una

nueva para expresar lo que se queria, todos estos males, y quizás otros mayores se habrian ahorrado, y la ciencia no se habria detenido dos mil años en esfuerzos inútiles por salir de aquel atolladero. ¿En qué estado se hallaria ahora la bella teoría del galvanismo, si al descubrir sus primeros fenómenos, se les hubiera dado el mismo nombre que damos á los producidos por otro distinto agente?

Hé aquí pues una de las muchas doctrinas que la lógica antigua no enseñaba. Es verdad que hay otra lógica, superior á la didáctica, con cuyo auxilio no es imposible que el hombre alcance las verdades mas recónditas y los mas luminosos principios. Pero, ademas de que este es un privilegio de los espíritus superiores, siempre se reconocerán las ventajas de las reglas fijas, deducidas de teorías sólidas, con respecto á los impulsos fortuitos y espontáneos de nuestras facultades: siempre el saber será superior á la ignorancia.

El autor de la obra que examinamos, digno discípulo del inmortal Bentham, y convencido, como su maestro, de la necesidad de dar á la razon un fin útil, conocia que la lógica de las escuelas no podia servir en el siglo en que vivimos, para llevar adelante la gran obra de la cultura intelectual. Antes que él, otros hombres ilustres habian escrito sobre el arte de conducir el entendimiento, sobre los métodos propios de las ciencias, sobre el orígen de los desaciertos que se cometen en la averiguacion de la verdad. Pero Mill es el primero, si no nos engañamos, que ha concentrado en un sistema único y vasto todas las reglas aplicables á todas las aptitudes del alma humana, cuando se pone á indagar los fundamentos de la creencia, ó los motivos que nos inducen á reconocer como hechos los que lo son, y á rechazar los que solo tienen su apariencia.

La importancia de esta empresa y su novedad; el gran partido que pueden sacar del estudio de esta obra los que se dedican al estudio de cualquiera ramificacion de las ciencias humanas, y el deseo de preservar á la juventud de los extravíos á que puede conducirla la invasion de algunos sistemas filosóficos recientemente propagados, y autorizados con grandes nombres, son las consideraciones que nos han movido á empezar nuestras labores en esta Revista, por su detenido exámen y por la exposicion de las doctrinas que encierra.

La introduccion está exclusivamente dedicada á definir, conforme á las miras que el autor se propone, las verdaderas atribuciones de la lógica. Hay dos clases de verdades: las que se conocen por sí mismas, y recaen en la intuicion ó en la conciencia, y las que se deducen de otras, y que por lo mismo pueden llamarse deductivas. Las primeras no admiten duda ni prueba; si ellas no son verdades, no hay verdad para el hombre. Se dan por supuestas en todo juicio, en todo raciocinio, en todo fenómeno mental. Todos los hombres las perciben, todos se dejan guiar por ellas. Están identificadas con

nuestra vida, y sin la facultad de percibirlas, y sin el instinto que nos lleva á darles asenso, es absolutamente imposible comprender el sér racional. Las verdades deductivas, en tanto llegan á serlo, en cuanto nos es dable percibir la conexion de lo conocido con lo desconocido; entre lo que hiere los sentidos, y lo que está fuera de su alcance. La persuasion que las verdades deductivas imprimen en el entendimiento, puede ser tan vehemente como lo que emana de las otras; pero hay grados en esta enerjía, porque los hay en la conexion necesaria. Entre el humo y el fuego hay mas conexion que entre el cielo nublado y la lluvia: así, la inferencia que se saque de la primera asociacion tendrá mas garantías de probabilidad que la que se saque de la segunda. Bien se echa de ver por esta sencilla exposicion, cuán vasto campo abren al error, al sofisma y á la falacia las conexiones falsas, incompletas y torcidas; á cuántos desaciertos nos exponen; cuánto nos interesa, no solo en el órden científico, sino aun para nuestra conducta privada y en nuestras relaciones domésticas y sociales, la averiguacion acertada y bien dirigida de las relaciones que tienen entre sí las deducciones, con las verdades que les han dado orígen. El deber de la ciencia en este caso es hallar las condiciones que necesariamente ha de abrazar una conexion de ideas, para que podamos con toda seguridad abandonarnos á sus resultados. La lógica, en el sentido de Mill, es la que investiga estas condiciones; la que resuelve el problema de si se encuentran ó no en las proposiciones que se nos ofrecen como verdades. El desarrollo de estas doctrinas ocupa una gran parte de la introduccion.

Procediendo de lo simple á lo compuesto, y de lo fácil á lo difícil, el autor consagra sus primeros capítulos á los elementos primordiales y rudimentales del pensamiento, expresados exteriormente por la palabra. De los nombres pasa á su union, es decir, al juicio expresado en la proposicion, la cual, segun su doctrina, no puede tener mas que cinco formas ó construcciones, á saber: la existencia, la coexistencia, la sucesion, la *causacion* y la semejanza. Esta division sería inútil, si no sirviese de fundamento al análisis de las pruebas que cada una de aquellas clases requiere; porque la existencia no se prueba del mismo modo que la semejanza; la *causacion* requiere distintos fundamentos que la co-existencia. El testimonio basta en un caso; en el otro son indispensables la práctica y la ciencia. Sin el socorro de la química, no se podria saber en muchas ocasiones, si una sustancia es igual á otra, cuando sus accidentes respectivos no lo son. Todo esto nos parece utilísimo, y continuamente aplicable á los trabajos del espíritu, cualquiera que sea su extension y su importancia. Lo mismo podemos decir de las otras doctrinas elementales contenidas en esta primera parte de la obra, donde el lector hallará con sorpresa que, bajo los mismos títulos usados por los lógicos de todas las épocas,

el autor establece verdades enteramente nuevas y originales, trastornando de un todo las que sobre los mismos puntos han predominado por tan largo tiempo en las escuelas.

Pero de estas innovaciones, ninguna es mas extraña, ninguna mas opuesta á lo que se ha enseñado hasta ahora, que sus ideas sobre la naturaleza del silogismo. Las cuestiones relativas á este asunto que se propone examinar, son: ¿en qué consiste el verdadero carácter de la inferencia? ¿Si es cierto que nos conduce de lo conocido á lo desconocido? ¿Qué conocimientos nos suministra que no poseiamos ántes? Desde luego observa cuán unánimes han estado todos los lógicos en asegurar que el silogismo es vicioso, cuando hay algo en la conclusion que no estaba en las premisas; porque, si así fuera, nada nuevo nos enseñaria, ni sería realmente pasar de lo que se conoce á lo que se ignora. En este silogismo: « Todos los hombres son bípedos: Juan es hombre, luego Juan es bípedo », claro es que la primera proposicion encierra las otras dos, y que decir: todos los hombres son bípedos, es lo mismo que decir: Juan es bípedo porque es hombre. Aquí no hay progreso, no hay novedad; no hay mas que un cambio de voces. El entendimiento no da un paso adelante por estos medios; lo que sabía ántes es lo mismo que lo que sabe despues, y si se concede el nombre de inferencia á la conclusion, será una inferencia de identidad, pero no una inferencia de raciocinio. Mill combate esta doctrina, y da el nombre de inferencia á un procedimiento de muy distinta índole, en virtud del cual se consigue una adquisicion que ántes no existia; se añade un conocimiento á los que poseiamos ántes. Inferir, en su opinion, no es aplicar la proposicion general á los casos particulares; porque cuando hemos asegurado la proposicion general, aseguramos todos los casos particulares contenidos en ella. Inferir es, al contrario, formar la proposicion general, de la verdad que arrojan de sí los casos particulares observados uno á uno. Se ha notado muchas veces que la bajada del barómetro precede á la tormenta: por tanto debemos aguardar tormenta, ó estamos autorizados á aguardarla, si vemos el descenso del azogue en el tubo. Dado este paso, es imposible evitar la persuasion de que siempre que se verifica lo uno, se verifica lo otro. Hé aquí la proposicion general formada; he aquí cómo el raciocinio, en lugar de pasar de lo general á lo particular, segun se ha enseñado constantemente en las aulas, sube de lo particular á lo general, *infiriendo* de muchos hechos iguales, la igualdad teórica, abstracta y comprensiva. En realidad, la generalizacion está en la fórmula mas que en el entendimiento, porque este aplica instantánea y espontáneamente lo que ha descubierto en varios casos particulares, á cada uno de los casos individuales de la misma clase; y expresar esta idea en una proposicion general, no es mas que emplear un amaño, por medio del cual se

excusa el trabajo de enumerar sucesivamente todos los casos iguales, lo cual sería un proceder infinito.

Ademas de esto tienen las proposiciones generales otra gran ventaja de gran aprovechamiento en la investigacion filosófica. Por su medio nos es posible extender la verdad contenida en ella, mas allá de los límites conocidos hasta ahora, aventurándonos á incluir en su jurisdiccion otros hechos no iguales, no semejantes, sino análogos á los que ántes hemos examinado. Hemos visto, por ejemplo, en mil ocasiones, que el calor dilata los cuerpos, y de aquí inferimos que dilata tambien el aire. Si los hechos nos demuestran que efectivamente es así, volvemos á inferir que tambien dilata los gases. Pero estas inferencias no son legítimas hasta que la experiencia las sanciona : por esto son tan arriesgadas, y propenden tan fácilmente á conducirnos al error. Supongamos que un navegante observa en el hemisferio boreal, que la aguja magnética se inclina siempre al polo del Norte. Si de estas observaciones infiriera que en el hemisferio austral la aguja debe inclinarse al polo del Sur, la consecuencia sería viciosa, y no resultaria de ella la verdad, ni una proposicion general exacta y correcta.

En todo esto convenimos con el autor; pero no aprobamos que pierda de vista las verdaderas funciones del silogismo, y que lo ataque únicamente como instrumento ineficaz para la adquisicion de la verdad. El gran mérito de este artificio á los ojos de los escolásticos, no era su conveniencia para la enseñanza : era su utilidad para la disputa. El escolasticismo es una especie de táctica militar, es la regularizacion de las hostilidades intelectuales, es un arsenal de donde se proveen de armas y máquinas de guerra los combatientes. Cuando los interlocutores están de acuerdo, ó cuando el uno no tiene prevenciones ni ofrece resistencia á lo que dice el otro, el silogismo es enteramente inútil. Pero cuando se trata de confundir al contrincante, de dejarlo sin respuesta, de encontrar, en las proposiciones que admite, la refutacion de las doctrinas que defiende; cuando el formidable *per te* se repite en la mayor, en la menor y en la consecuencia, el silogismo triunfa y se presenta á los espectadores como un arma irresistible, como el medio mas poderoso que se ha inventado jamas para sacar victoriosa una opinion. Mas para esto se necesitan dos cosas: primera, que los disputantes convengan en algo, es decir, en el término medio á que se ha de aplicar, como el metal á la piedra de toque, cada una de las proposiciones contrarias. Por esto empleó con tanto éxito el silogismo la teología escolástica en la refutacion de las herejías. La mayor parte de los herejes reconocian el origen divino de la *Escritura*, y creian en todo lo que contiene, y el problema se reducia á saber cual de las dos doctrinas opuestas estaba mas conforme con el texto revelado. La segunda condicion es la igual sumision, por

una y otra parte, á las reglas severas y complicadas de la forma silogística : á lo que se prestaban con igual docilidad ortodoxos y heterodoxos, porque unos y otros se lisonjeaban con la seguridad de que esta sujecion á una ritualidad indispensable les aseguraba la victoria, y porque unos y otros estaban igualmente encaprichados en las algarabías del peripato.

Volviendo á la preeminencia que el autor da á la induccion, con respecto á todo otro procedimiento mental, para el descubrimiento de cierta clase de verdades, es muy señalado el servicio que ha hecho al mundo científico, determinando las reglas que han de observarse en el ejercicio de aquella importante operacion. En verdad, este trabajo es una verdadera revolucion en la lógica, y los investigadores de la naturaleza visible é invisible pueden ya contar con un código de leyes seguras á que deben sujetar sus tareas para obtener el resultado que solicitan: El autor supone que toda verdad que no es intuitiva ó evidente por sí misma, es producto de la induccion, y que la prueba de esta clase de verdades consiste únicamente en determinar la validez de las inducciones. El tipo universal de esta operacion, puede expresarse así : «Ciertos individuos tienen cierto atributo que les es comun : un individuo ó varios individuos se parecen al primero en ciertos atributos; por tanto se parecen tambien en el atributo dado». Determinar en qué casos puede sacarse legítimamente esta inferencia, es la gran cuestion de la lógica.

Pero ántes de entrar en la legislacion de este procedimiento, se presenta una cuestion grave, sin cuya resolucion no puede quedar satisfecho el verdadero filósofo : ¿cuál es la razon que nos impele á creer que lo que ha sucedido en un cierto número de casos, ha de suceder necesariamente en un número indefinido de casos semejantes? La respuesta del autor es : «Que la naturaleza es uniforme en todas sus operaciones, y por esto, sabido su modo de obrar en ciertas condiciones, podemos estar seguros de que obrará del mismo modo en condiciones iguales. Este es el primer principio de toda prueba, el fundamento de la fe que damos á la legitimidad de las inferencias. Esta uniformidad es el vínculo que liga los hechos, y nos hace esperar que uno de ellos se presente cuando se ha presentado el otro.» Tal es la doctrina de Mill, adoptada tambien por otros filósofos anteriores; mas no por eso se crea que ha merecido la aprobacion general de todas las escuelas. Se le ha hecho una objecion, que no nos parece haber sido contestada hasta ahora, y es la siguiente : la uniformidad de las operaciones de la naturaleza es una verdad general, á la cual solo ha podido llegar el que haya fijado su atencion en un gran número de casos particulares. ¿Podrá decirse que todos los séres humanos se han dedicado á este estudio? Cuando el salvaje mata un pájaro para comerlo, porque ántes mató otro y le supo bien, ¿pro-

cede en virtud del conocimiento que ha adquirido de las leyes uniformes de la creacion? El niño que huye del fuego, porque una vez lo quemó, ¿tiene la menor idea de lo que representan las voces *leyes*, *naturaleza y uniformidad?* No habrá quien responda afirmativamente á esta pregunta. Todos sabemos que las acciones de esta clase se ejecutan instintivamente, sin premeditacion, con la misma espontaneidad que observamos en la respiracion, en el juego de los músculos cuando andamos, en el acto de cerrar los ojos cuando nos ofende una luz demasiado viva. En este último caso, por ejemplo, ¿hay un solo sér racional que tenga presente la proposicion general: que la interposicion de un cuerpo opaco debilita la impresion de un resplandor excesivo?

Nos parece mucho mas natural, mas clara y mas conforme á los principios psicológicos generalmente admitidos, la explicacion que dan los filósofos de la escuela de Edimburgo al fenómeno de que nos ocupamos. Ellos encuentran la solucion del enigma en la *asociacion*, operacion sin duda incomprensible y misteriosa, como todas las de la esencia inmaterial que nos anima, pero que entra, como elemento inevitable en todas las otras, y sin la cual no adquiriríamos mas que nociones vagas y aisladas, incapaces de producir el menor conocimiento, y de servir de apoyo al mas lijero y endeble raciocinio. En virtud de las leyes harto conocidas de la asociacion, cuando dos nociones se nos presentan juntas, si una de ellas se presenta despues separada, nos recuerda inmediatamente la otra que en la primera ocasion la acompañaba. No sabemos ni tenemos medios de averiguar cómo se verifica este acto de la inteligencia, del mismo modo que ignoramos cómo se verifican la percepcion y el recuerdo. Pero ¿qué prueba esta imposibilidad? Que hay fenómenos absolutamente inexplicables, los cuales se admiten, pero no se entienden; cuya realidad nos consta, sin que sepamos por qué. Aristóteles lo dijo, lo repitió Santo Tomas, y no hay un solo filósofo sensato que lo ponga en duda.

Esta uniformidad de las leyes naturales, á cuya accion en la operacion inductiva atribuye Mill tanta importancia, alterna con una infinita variedad en la aplicacion de las mismas leyes, y de aquí resulta que hay casos en que la repeticion de un hecho nos sorprende, como inesperada y opuesta á la experiencia. Unas veces basta un solo hecho para establecer un principio; otras veces muchos hechos no bastan. Si la lógica ha de desempeñar sus atribuciones legítimas, es preciso que nos explique en qué consiste esta diferencia. La tendencia del espíritu humano es identificar las experiencias semejantes, y fundar en esta identificacion las proposiciones generales; pero es necesario averiguar qué clase de experiencias justifica esta generalizacion. El autor expone sobre esta cuestion importante algunos prin-

cipios muy luminosos, que vamos á resumir en el menor espacio posible.

Las simples uniformidades cuya combinacion produce las alteraciones y fenómenos que la naturaleza nos presenta, se llaman, en el idioma de la ciencia, leyes naturales. Determinar estas leyes y los efectos que producen, son los principales atributos de la induccion. Pero el filosófo recibe un gran auxilio para esta tarea en la larga y constante experiencia que posee la humanidad, sobre la eficacia de aquellas leyes; y para estudiarlas con método, la ciencia las ha clasificado, distribuyéndolas en leyes de cantidad y número, de extension y forma, y la ley que ya hemos llamado de *causacion*. Esta última, que ha dado orígen á tantas disputas, únicamente estriba en la uniformidad de hechos sucesivos, porque para dar el nombre de causa á un hecho cualquiera, basta que siempre lo veamos preceder á otros hechos uniformes. Mill discute profundamente la naturaleza de esta operacion mental, estableciendo todas las condiciones que debe comprender un hecho, para que el conjunto de estas condiciones merezca el nombre de causa permanente, y de aquí deduce que, para la idea de la causacion, no basta que las consecuencias sean invariables, sino que es forzoso que sean absolutas, es decir, independientes de toda clase de circunstancias, excepto aquella que debemos considerar como orígen del fenómeno.

No es esto todo. Es preciso ademas eliminar las circunstancias extrañas á la produccion del hecho, para que quede sola y reconocida por tal la que precede directa y exclusivamente á su consumacion. Hé aquí como procura el autor salir de esta dificultad : «La operacion por medio de la cual averiguamos una causa, en medio de diferentes hechos, es una verdadera análisis, porque resuelve lo compuesto en sus elementos simples, y separa las partes que componian un todo. La sola contemplacion de los fenómenos y su distribucion en diferentes clases no bastarian para la averiguacion de la causa; mas esta distribucion es indispensable como paso preparatorio. La naturaleza, á primera vista, nos presenta un caos seguido de otro caos. Nada conseguimos sin aislar unos de otros los hechos que ofrecen esta confusion, sin ligar un antecedente con muchos consiguientes, y *vice versa*. Hecho esto, todavía no sabemos cuál es el antecedente que se liga con un consiguiente dado, ni podemos saberlo sin separar los hechos uno de otro, no solo en el entendimiento, sino en la naturaleza misma. La análisis mental es la primera en tiempo, y todos saben que en el modo de desempeñarla hay infinita variedad en los hombres. En esto consiste el arte de observar; porque el observador no es simplemente el que ve las cosas que tiene delante de sí, sino el que ve las partes que las constituyen, las circunstancias que las acompañan, y su enlace con los hechos que les preceden y con los

que les siguen. Una vez enumerados y clasificados los antecedentes y los consiguientes, resta saber cuáles de los primeros se ligan con cuáles de los segundos, porque en todas las cosas que se ofrecen á nuestra observacion, hay muchos de unos y de otros, y entónces es cuando se necesita acudir al experimento. Mas este gran recurso de las ciencias prácticas necesita un método que arregle sus operaciones, y el método, á su vez, debe arreglarse á la índole del experimento intentado.» El autor distingue cuatro métodos experimentales, y los clasifica bajo los nombres de concordancia, diferencia, método de resíduos y variaciones concomitantes. La ilustracion de esta doctrina forma la parte principal de la obra, y nosotros nos proponemos examinarla en el próximo número de la REVISTA.

Entre tanto recomendamos eficazmente la lógica de Mill, no solo á la juventud estudiosa, y á cuantos se inician en las profesiones doctas y en la carrera literaria, sino á todos los que por su aficion, por el puesto que ocupan en la sociedad, por las funciones que desempeñan, y por los fines que se proponen en sus estados respectivos, se hallan continuamente en el caso de buscar la verdad al traves de las nieblas que tan frecuentemente la ofuscan. Es preciso confesarlo: de todos los ramos de la filosofía mental, la lógica es el que ménos ha progresado en un siglo tan fecundo en adelantos y mejoras. Los filósofos se han dividido entre el sensualismo y la ontología, y han descuidado el cultivo de la ciencia única que puede detenerlos en los estravíos á que conducen aquellos dos sistemas. De principio en principio y de consecuencia en consecuencia, el sensualismo nos lleva al precipicio en que se hundió Cabanis, y la ontología al abismo abierto por Spinosa. La lógica de la edad media se engañó sin duda en la eleccion del fin á que debia aspirar; pero el que escogió, lo desempeñó cumplidamente. La ilustracion moderna, gracias á Vives y á Bacon, ha sabido ponerse en el verdadero camino; pero aun carece de reglas que dirijan sus pasos. Por honor del siglo en que vivimos debemos aspirar á poseer una lógica tan perfecta en su clase, como escolástica lo fué en la suya. Que esta necesidad es urgentísima, lo demuestra del modo mas convincente el estado actual de las sociedades europeas. Cuando se ponen en duda los principios que parece deberian servir de base indispensable, no solo á la civilizacion, sino á la sociabilidad; cuando se ponen en problema las instituciones en que han reposado hasta ahora la moralidad de los pueblos, la estabilidad de las familias y el bienestar de las personas; cuando se defienden con igual tenacidad las doctrinas mas opuestas, y los sistemas mas incompatibles, no puede negarse que falta algo en el uso del gran instrumento con que nos ha dotado la Providencia. Los hombres aficionados á las ciencias especulativas, á estas ciencias de cuyo cultivo pueden resultar tantos bienes y tantos males á la especie

humana, viven en el dia en una angustiosa vacilacion, en medio de una lucha encarnizada, sostenida por las dos partes beligerantes, con el mas obstinado empeño, y aparentemente con la mas íntima conviccion de que cada uno ha descifrado el enigma. Escritores llenos de ciencia y de erudicion exponen en estilo seductor y con todos los primores de la elocuencia, las doctrinas mas extremosas, y al mismo tiempo mas incompatibles, sobre lo que mas nos importa saber, como séres humanos, como escudriñadores de la verdad, y como miembros de un cuerpo social, civil y político. Strauss habla con tanto acaloramiento como Wiseman; Lemaistre parece tan convencido como Michelet; Hegel y Shelling se proclaman vencedores, con la misma satisfaccion que Boutain y Guiraud. ¿Quién no descubre en esta anarquía de sistemas la causa radical de los trastornos de que estámos siendo testigos?

Es urgentísimo, pues, que el entendimiento se discipline, y que la investigacion proceda como todas las operaciones humanas bien dirigidas, con arreglo á cánones invariables y métodos fijos: tal es el noble y benéfico resultado que la civilizacion aguarda de un curso de lógica acomodado á las necesidades del siglo.

J. J. DE MORA.

DE JUAN DE VALDES,

Y DE SI ES EL AUTOR DEL DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.

—

Hace mucho tiempo que sospecho que el interesante y curioso opúsculo que publicó en 1737 D. Gregorio Mayans, en sus *Orígenes de la lengua castellana*, con el título de *Diálogo de las lenguas*, es obra del célebre heresiarca *Juan de Valdes*, á quien tantos elogios tributan los escritores protestantes. A decir verdad, hasta ahora no he podido llegar á una demostracion directa de esta sospecha, convertida ya en una creencia mia; mas con todo voy á exponer lijeramente los fundamentos de esta opinion. Con este motivo recordaré primero algunos antecedentes sobre la vida y escritos de Juan de Valdes, y aun me extenderé en esto mas de lo que á mi propósito actual correspondia.

Juan de Valdes fué de familia noble y distinguida[1], y á lo que parece natural de Cuenca[2]. Se dedicó á las letras, en las que hizo grandes

[1] *El autor que compuso este libro era caballero noble y rico: alcanzó sér y nombre de sabio.*—Juan Perez, en la advertencia al *Cristiano lector*, que puso al frente del Comentario de Valdes, á la epíst. de S. Pablo á los romanos.

[2] No tengo otra razon para hacer á Juan de Valdes natural de Cuenca, que el suponerle hermano de *Alonso de Valdes*, é hijo por lo mismo de *Fernando de Valdes*, corregidor de aquella ciudad.

De Alonso de Valdes tengo las noticias siguientes: Entre las cartas de Pedro Mártir de Angleria, hay varias escritas por él á aquel célebre literato; una desde Bruselas en 1520, refiriéndole el principio de la herejía de Lutero; otra del mismo año desde Aix-la-Chapelle, dándole cuenta de la coronacion de Cárlos V como Rey de romanos, y la otra desde Vorms, de 1521. (Epíst. 689, pág. 380.—699, pág. 389.—721, pág. 411 de la edicion Elzeviriana de 1670.) De ellas se infiere que seguia la corte del Emperador.—Al insertar Angleria la primera carta de las citadas en una suya dirigida á sus discípulos los marqueses de Mondéjar y los Velez, les dice lo siguiente: *Legite prodigium horrendum mihi ab* Alfonso Valdesio *magnæ spei ijuvene, cujus patrem* Ferdinándum de Valdes, *rectorem conchensem nostis, non minus fideliter quam ornate descriptum, cujus epistola sic se habet.* — Este mismo Alonso Valdes le hallamos mas adelante, en 1525, secretario del gran canciller del Emperador, y como tal dando á luz, *con privilegio imperial*, la relacion de la batalla de Pavía, en que quedó preso el rey de Francia Francisco I, con este título: *Relacion de las nuevas de Italia, sacadas de las cartas que los capitanes y comisario del Emperador y Rey nuestro señor han escripto á su Majestad: assi de la victoria contra el Rey de Francia, como de otras cosas allá acaecidas: vista y corregida por el señor gran Chanciller é consejo. de su Majestad.*—Opúsculo de 8 fol., en 4.°, letra de tortis, sin año ni lugar de impresion, pero que sin duda es del año 1525, el mismo de la batalla de Pavía: acaba asi: *Los señores del consejo de su Majestad, mandaron á mí, Alonso de Valdes, secretario del illustre señor gran Chanciller, que ficiese imprimir la presente relacion.*

ALFONSO DE VALDES.

Otras noticias de Alonso de Valdes pueden verse en la *History of the Reformation in Spain by M'Crie*, impresa en Edimburgo en 1829., pág. 124 y 132.

progresos. D. Nicolás Antonio le llama *jurisconsulto;* pero consta ademas que sobresalia en la filosofía, teología, lenguas sabias y letras humanas. Siguió bastantes años la corte del emperador Cárlos V, señaladamente en Italia, donde pasó la mayor parte de su vida, y desempeñó varias comisiones que le confió aquel monarca en las córtes de este pais y en las de Alemania. Ultimamente se fijó en Nápoles, con el importante cargo de secretario del virey, y allí murió en el año de 1540.

Pero su fama y nombradía no han provenido de sus cargos y empleos, sino de sus errores en la religion, y de sus escritos. Supónese por algunos que se contagió en Alemania en los primeros años de la reforma protestante, y que de allí trajo á Nápoles sus doctrinas; otros aseguran que sus errores fuéron fruto espontáneo de su modo libre de pensar. Belio y Bayle [1] le llaman uno de los primeros fundadores del luteranismo en Nápoles; pero otros le atribuyen doctrinas mas avanzadas, socinianas y anti-trinitarias; lo que no sería de extrañar, pues los herejes españoles, una vez roto el freno de la autoridad, solian ir muy léjos, como sucedió á Miguel Serveto, quemado por hereje en Ginebra, y por el mismo Calvino.

De todos modos, lo que parece cierto es, que en la grande y trascendental disidencia dogmática sobre la *justificacion*, que tan profundamente dividia á los teólogos protestantes de los que seguian la verdadera doctrina católica, Valdes profesaba opiniones muy análogas á las de los sectarios que agitaban á la sazon la Alemania, é introducian la perturbacion y el desórden en el seno de la Iglesia. El libro titulado *El Beneficio de Jesucristo*, que si no es obra suya, salió de su escuela, lo comprueba de una manera evidente. Ranke trae sobre esto un testimonio de mucha autoridad; que desconocieron Schelhorn y los demas que atribuyeron aquel libro á Aonio Paleario: este testimonio, tomado del *Compendium* de inquisidores, obra MS., dice literalmente: *Quel libro del* BENEFICIO DI CHRISTO, *fu il suo autore un monaco di Sanseverino in Neapoli, discepolo del* VALDES... *inganno molti, perche trattava della giustificatione con dolce modo ma ereticamente etc.* [2]; y en efecto, en casi todos nuestros índices expurgatorios le hallamos despues como prohibido y condenado, juntamente con otras obras del mismo Valdes, de que hablaré mas adelante.

Una vez impregnado Valdes de estos errores, su crédito y su autoridad contribuyeron mucho á difundirlos. En los años que precedieron á la predicacion de la reforma protestante, habia una general propension á ocuparse de asuntos religiosos, y un vivo deseo de enmendar

[1] *Belio* citado por Schelhorn *Amœnitates, Hist. Eccles.*, tom. 2., pag. 47. – *Bayle Dictionn.* art. *Jean Valdes.*

[2] *Ranke. Hist. de la Papauté*, tom. 1, pág. 191.

los abusos que se habian introducido, y de fijar ciertos puntos dogmáticos. Del seno del mas puro y acendrado catolicismo se levantaban estos conatos, se lloraban los males, se buscaba con ardor el remedio, y por todas partes, en fin, se manifestaba una reaccion saludable, que hubiera conseguido por sí sola sin trastornos ni disturbios el remedio de los verdaderos abusos, sin tocar á lo sagrado del dogma, ni romper la magnífica unidad de la Iglesia cristiana. Así fué que cuando los movimientos desordenados y revolucionarios de los sectarios de Alemania lo pusieron todo en cuestion é hicieron necesaria una resistencia vigorosa, existian pacíficamente en muchas partes asociaciones religiosas que se reunian á conferenciar sobre puntos piadosos y dogmáticos. Muchas de estas asociaciones estaban enteramente conformes con el dogma católico, otras tenian mas ó ménos analogía con las nuevas doctrinas, sin pensar por eso en revelarse contra la autoridad de la Iglesia cuando esta decidiese sobre los puntos controvertidos; otras finalmente favorecian del modo que les era posible el movimiento insurreccional de la Alemania. En la gran agitacion religiosa que caracteriza al siglo XVI, nada era ni debia ser mas comun que estas reuniones: los hombres doctos se juntaban á conferenciar sobre el gran asunto de la época, y á fijar sus ideas y opinion sobre las cuestiones que entónces agitaban el mundo.

En la culta y voluptuosa Nápoles habia una de estas reuniones, y Valdes era el alma y el centro de ella. Su saber, su posicion y su carácter dulce y apacible, le daban en aquella ciudad un grande ascendiente. Muchos sabios y caballeros de la primera nobleza y muchas damas de distincion asistian á aquellas conferencias, celebradas unas veces en la ciudad, otras en sus pintorescas cercanías de Chiaia y Pusilipo, donde «la naturaleza ostenta todo su imperio, y parece sonreir »plácidamente al complacerse en la pompa que despliega», segun la expresion de uno de sus discípulos[1].

A estas reuniones y conferencias asistian, entre otros, Marco Antonio Flaminio, célebre poeta-latino del siglo XVI, de religion dudosa; Pedro Mártir Vermigli y Bernardino Ochino, jefes despues y capitanes afamados de herejías; Jacobo Bonfadio, el historiador de Génova, y Pedro Carnesecchi, que acabaron años adelante de un modo tan infeliz; Galeazo Caracciolo, Marqués del Vico, é Isabel Manrique, que abandonaron su patria para poder continuar en sus errores, y la célebre por su belleza y aventuras Julia Gonzaga, duquesa de Palliano. El entusiasmo por Valdes de sus numerosos sectarios, de los cuales muchos se obstinaron despues en la herejía de un modo deplorable, era extremado, y en sus posteriores persecuciones y desgracias re-

[1] *Bonfadio* lett. á Monsignor Carnesecchi: *Lettere Volgari di diversi nobilissimi uomini*: in Vinegia, 1554, fol. 32.

cordaban siempre con dolor los felices dias de sus conferencias y reuniones.

Vostra signoria (escribia Bonfadio á Carnesecchi) *attenda a ristorarsi e vivere co' quella allegria, con che soleva quando eravamo in Napoli: cosi ci fussimo hora, con la felice compagnia. E mi par hor di vederla con un intimo affetto sospirar quel paese e spesse volte ricordar Chiaia co'l bel Pusilipo... Mi ricordo che innanzi la partita sua vostra signoria piu volte disse di volerci tornar e mi ci invitó piu volte. Piacesse a Iddio che ci tornassimo, benche pensando dall' altra parte, dove andremo noi poi che 'l signor* VALDES *e morto? e stata questa certo gran perdita ed a noi ed al mondo: perche il signor* VALDES *era un de rari huommi d' Europa, e quei scritti ch' egli ha lasciato sopra le* EPISTOLE DI SAN PAULO *ed i* SALMI DI DAVID *nefa ranno pienissima fede. Era senza dubio nei fatti, nelle parole ed in tutti i suoi consigli un compiuto homo. Reggeva con una particella dell' anima il corpo suo debole e magro: con la maggior parte poi e col puro inteletto, quasi come fuor del corpo, stava sempre sollevato alla contemplatione della verita e delle cose divine. Mi condoglio con Messer Marco Antonio* (Flaminio) *perh' egli piu che ogni altro l' amava e ammirava*[1].

JEAN DE VALDES, dice otro escritor contemporáneo y protestante, *fut espagnol de nation, yssu de noble et ancienne race, et eslevé en estat honorable, estant au commencement gentilhomme et chevalier de l'Empereur Charles cinquiesme: mais depuis plus honorable et magnifique chevalier de Jesus Christ. Neanmoins il ne suivit pas long temps la court après que Christ luy fut revelé; mais havita en Italie et fit la plus part de sa residence a Naples. Auquel lieu, avec l'attrait et doceur de sa doctrine, et la saincteté de vie qu' il menoit il gaigna beaucoup de disciples a Christ, et principalement un bon nombre de gentils-hommes et chevaliers et quelques grandes dames, recommandables en toute sorte de louenge. Combien qu' il estoit si bening, et avoit une telle charité, qu' il se rendoit debiteur du talent qu' il avoit receu, envers toute personne, tant fut elle abjette et de petite et basse condition, et se faisoit toute chose a tous pour les gaiguer tous a Christ. Et non seulement cela, mais il a servi d' organe pour illuminer quelques uns des plus fameux prescheurs d'Italie. Ce que je scait, pour avoir conversé avec eux*[2].

«Las cuestiones sobre la justificacion, dice Ranke[3], se esparcieron tambien en la voluptuosa Nápoles por un español, Juan Valdes,

[1] *Lettere Volgari*, fol. 32.

[2] *Celius S. Curion.*—Prefacio que precede á la traduccion francesa de la obra de Valdes titulada: *Ciento y diez consideraciones divinas, etc.*, se imprimió en italiano en Basilea el año 1550, y en frances en Paris 1566.

[3] *Hist. de la Papauté*, t. I, p. 190.

secretario del virey... La tendencia de Valdes no era exclusivamente teológica; ocupando un cargo temporal importante no fundó secta: su libro (habla de *El Beneficio de Jesucristo*) era el fruto de un estudio libre é independiente del Cristianismo. Sus amigos recordaban con entusiasmo los hermosos dias que habian pasado en su compañía en la Chiaia y Posilipo, cerca de Nápoles. Valdes era dulce, agradable, y no carecia de genio. Tenia una influencia extraordinaria sobre la nobleza y los sabios de Napoles; las mujeres tomaban tambien una parte muy activa en este movimiento religioso, etc.»

Excuso decir que todos estos elogios son tomados de escritores protestantes, y que solo los cito para probar la perniciosa influencia que en materias de religion ejerció Juan de Valdes en Nápoles, que es lo que en este momento hace á mi propósito.

Pero estas reuniones, ó porque no se divulgase ántes el secreto de sus errores, ó porque inofensivas contra la autoridad eclesiástica se limitasen á discusiones académicas, salvo el someterse á las legítimas decisiones de la Iglesia, no fuéron inquietadas ni perseguidas hasta algunos años despues de la muerte de Juan de Valdes. Entónces se patentizaron los errores que allí se difundian, y fuéron condenados por la autoridad competente: la mayor parte de los discípulos de Valdes se sometieron á la decision de la Iglesia [1], pero otros persistieron en sus errores, y huyeron á sustentarlos á los paises extranjeros. La memoria de Valdes y sus escritos fuéron entónces igualmente condenados.

Pero la actividad de Juan de Valdes no se limitaba á promover y dirigir esta reunion, esta nueva *Iglesia*, como la llamaban sus adeptos [2]: escribió tambien varias obras sobre diversos asuntos, pero todas (á lo que debe inferirse del cuidado y esmero con que fuéron al momento prohibidas) mas ó ménos contagiadas de sus errores. — Hé aquí un lijero resúmen de las que se le atribuyen.

1.ª *El Beneficio de Jesucristo*. Ya he dicho que Ranke, fundado en un testimonio contemporáneo, la atribuye á un monje de S. Severino de Nápoles, discípulo de Valdes. Schelhorn [3] juzga que su autor fué Aonio Paleario, fundado en un pasaje de su defensa ante los magistrados de Sena, que ciertamente no lo comprueba; y Laderchio, el continuador de los anales de Baronio, le menciona como obra del

[1] *Le nombre des disciples de Valdes ayant extrémement grossi dans Naples, les bons desseins de ces messieurs avortèrent dans la suite qu'on vint à les persécuter, qu'on les emprisonna et que les ayant contraint d'abjurer, on en fit mourir quelques-uns comme relaps.—Balbani. Vie de Galeace Caracciolo, Marquis de Vico.* pág. 47, citado por *Bayle*.

[2] *Fuit eò tempore non spernenda Ecclesia in urbe Neapolitana...hujus Ecclesiæ primà laus debetur Valdesio:* Melch. Adam. Vita Theol. exter., pág. 31.

[3] *Amanit. Hist. Eccles.* tom. I, pag. 157.

mismo Valdes[1]. Todo bien pensado, parece lo mas cierto que este libro, si no fué en efecto escrito por Valdes, se escribió bajo su inspeccion, y expresó sus opiniones y las de sus discípulos sobre la gran cuestion de la *justificacion*. Fué libro de mucha boga en su tiempo, reimpreso muchas veces y traducido á casi todas las lenguas: muchos teólogos católicos de grande autoridad lo aprobaron al principio; pero reconocidos despues sus errores, fué severamente prohibido. En el *Indice* del cardenal Quiroga, impreso en Madrid en 1583, se inserta con el título siguiente: *Tratado utilísimo del beneficio de Jesucristo*. Este tratado, á pesar de sus muchas impresiones, parece haberse completamente perdido. Schelhorn, sin embargo, le llama solamente *libellus longe rarissimus*.

2.ª *Comentario ó declaracion breve y compendiosa sobre la epístola de S. Paulo Apóstol á los romanos, muy saludable para todo Christiano.—Compuesto por Juan Valdesio, pio y sincero teólogo.—(El Evangelio es potencia de Dios para dar salud á todo creyente.* Rom. I). *En Venecia, en casa de Juan Philadelpho,* MDLVI. (8.° pequeño de 340 pp.)— Está dedicado *á la illustríssima señora la Señora Doña Julia Gonzaga*. En esta dedicatoria la dice Valdes: *El año pasado os envié los* Psalmos de David *traducidos del hebreo en romance castellano..... os envío agora estas epístolas de San Paulo traducidas del griego en romance castellano*. A la dedicatoria sigue una advertencia, *al christiano lector*, en que el editor (que creo es el doctor Juan Perez[2], refugiado protestante) da noticias de cómo llegó á sus manos el *original escripto de la mano del mesmo autor*, y de las circunstancias y méritos de Juan de Valdes. — Esta obra fué al momento prohibida, y ya la hallamos como tal en el *Indice* del inquisidor general D. Fernando Valdes, impreso en Valladolid en 1559. Bayle en su *Diccionario* supone que el Juan Valdes autor de esta obra es muy diferente del Valdes de que hablamos. Si Bayle hubiera leido ó visto el comentario, fácilmente se hubiera convencido de su error.

3.ª *Comentario ó declaracion familiar y compendiosa sobre la primera epístola de S. Paulo Apóstol á los corinthios, muy útil para todos los amadores de la piedad cristiana. — Compuesto por Juan VV, pio y sincero teólogo. — (La declaracion de tus palabras alumbra y da entendimiento á los pequeñitos,* Psalmo 119.)—*En Venecia, en casa de Juan Philadelpho*, MDLVII, (8.° igual al anterior de 450 pp.) La dedicatoria dice: —*A la S. Maiestad del sereníssi-*

[1] *Pro pestilenti libro Valdesii cui titulus erat* Christi Beneficium etc.— *Annal. ecclesiast.* ad annum 1567. tom. 22.

[2] Sobre Juan Perez y sus escritos véase á Pellicer. *Ensayo de una Bibl. de traductores*, pág. 120.

mo y christianíssimo Maximiliano, rey de Bohemia, archiduque de Austria, etc. Juan P. S. y paz en Jesu Christo.—En la página 14 el autor se refiere á lo dicho en la Epístola á los romanos, y en la 15 añade: *Quanto á la invocacion del nombre de Christo, me remito á lo que está dicho sobre la Epístola á los romanos, capítulo* x, lo que prueba ser las dos obras de un mismo autor, y lo infundado de la opinion de Bayle. —Esta obra está igualmente comprendida en los *Indices* expurgatorios de la Inquisicion.

4.ª *Los Psalmos de David, traducidos del hebreo en romance castellano.* Valdes habla de esta obra suya en la dedicatoria de las epístolas de S. Pablo, á Julia Gonzaga, en el pasaje copiado arriba: y Bonfadio, en su carta á Carnesecchi, la menciona igualmente. No tengo noticia de que se haya impreso.

5.ª *Ciento y diez consideraciones divinas:* Esta obra se tradujo al frances con este título. *Cent et dix considérations divines de Jean de Valdesso. Traduites premièrement d'espagnol en langue italienne et de nouveau mises en francois, par C. K. P.* (Claude de Kequifinen, parisien): *Lyon, par Charles Pesnot, Paris, par Mathurin Prevost,* 1565. La traduccion italiana se imprimió en Basilea en 1550. Tambien fué traducida al inglés, y publicada en 1646 con notas de Jorge Herbert.

6.ª *Diálogo de Mercurio y Caron, en que allende de muchas cosas graciosas y de buena doctrina, se cuenta lo que ha acaescido en la guerra desde año mill y quinientos y veinte y uno hasta los desafíos de los reyes de Francia et Inglaterra hechos al Emperador en el año de* MDXXIII. —*Diálogo en que particularmente se tratan las cosas acaecidas en Roma el año de* MDXXVII *á gloria de Dios y bien universal de la república cristiana,* vol. en 8.°, sin año ni lugar de impresion.

Con este título se anuncia esta obra en el Catálogo de Salvá, página 66, part. 2.ª En el *Indice* del inquisidor Valdes se cita así: *Diálogo de Mercurio y Charon.* En el del cardenal Quiroga: *Diálogo de Mercurio y Caronte.—Diálogo de Lactancio y un arcediano, sobre lo que aconteció en Roma en el año de* 1527.

Estos dos diálogos fuéron traducidos al italiano con los títulos que expresan Bayle, Schelhorn y Salvá, é impresos en Venecia.

7.ª *Aviso sobre los intérpretes de la Sagrada Escritura.* Llorente[1] atribuye á Juan de Valdes este opúsculo, que se halló entre los pa-

[1] *Historia de la Inquisicion de España*, tom. IV, pág. 310, t. VI, pág. 109 y 135, edic. de Barcelona 1836.

peles ocupados al arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza, cuando fué preso por la Inquisicion; igualmente supone que escribió otra obra titulada *Acharo*. Pero Llorente confunde de tal manera á Juan de Valdes con Alfonso de Valdes, é ignoraba hasta tal punto las circunstancias de la vida del primero, que supone que fué procesado por la Inquisicion de España, y calificado de hereje; que no tuvo efecto su prision porque huyó del Reino, y finalmente que vivia en Nápoles en 1559, es decir 19 años despues que habia muerto. Por esta razon no es fácil saber á cuál de los dos Valdeses pertenece este escrito.

8.ª *Modo di tener nell'insegnare e nel predicare al principio della religione christiana*. En el *Indice* del cardenal Quiroga de 1583 ya citado, se inserta, con el título que precede, esta obra, sin expresar el nombre de su autor; pero Schelhorn, citado por M.r Crie' en su *Historia de la Reforma en España*[1], la atribuye á Juan de Valdes: ignoro los fundamentos que para ello haya.

Tales son las obras atribuidas á Juan de Valdes[1]. Ranke, supone que *les écrits de Valdes sont malheureusement tout-a-fait détruits;* pero no es exacto: son ciertamente muy raros; pero yo he consultado algunos de ellos para escribir este artículo, y señaladamente sus Comentarios sobre las epístolas de S. Pablo. De ellos en efecto resulta que su autor, en la grave materia de la justificacion, profesaba opiniones enteramente luteranas y heréticas. Su estilo es en gran manera místico y ascético, y su lenguaje muy puro y correcto, pudiendo bajo este punto de vista ser considerado como uno de nuestros buenos escritores. Pero de los escritos, errores y doctrinas de Juan Valdes tal vez nos ocuparémos en otro artículo.

Con todo, para dar desde luego una muestra del estilo y lenguaje de Juan de Valdes, y al mismo tiempo una idea de sus opiniones sobre el importante punto de la justificacion, copiaré aquí un trozo de su carta á Julia Gonzaga, remitiéndole sus comentarios sobre las Epístolas de S. Pablo. Expone Valdes en este pasaje á su manera el dogma fundamental de la teología protestante, de que para la justificacion ó reconciliacion con Dios del pecador, y para su salvacion basta solamente la fe en los méritos y promesas de Jesucristo, sin necesidad ninguna de las buenas obras. Este dogma, teológicamente erróneo y condenado por la Iglesia, y filosóficamente absurdo y de una tendencia funesta é inmoral, como han demostrado ya, no solo los escritores católicos, sino los heterodoxos y anti-cristianos, le explica Valdes en este pasaje, como ya le exponia, segun hemos visto en el *Beneficio de Jesucristo: con dolce modo, ma ereticamente*. No dice

[1] Pág. 146.
[2] *Hist. de la Papauté*, t. 1, pág. 190.

como Lutero: «Peca cuanto quieras, con tal que tengas mucha fe; pues si eres buen creyente, nada te pueden dañar mil delitos diarios[1]. Esta exposicion brutal no podia avenirse con la educacion y carácter de Valdes, ni con el de la ilustre dama á quien se dirigia; así toma otro giro, y sostiene que para la justificacion ó reconciliacion con Dios, solo es necesario dar crédito á las promesas de Jesucristo, y desistirse de procurar otros medios de reconciliacion (v. gr. las buenas obras), pues los que buscan otras reconciliaciones contrarian el intento de Dios, no dando crédito á las promesas de su Hijo; cuando por el contrario le favorecen y llenan completamente sus designios aquellos que teniendo fe y confianza en las promesas de Cristo, se tienen por esta sola fe y confianza, y sin necesidad de otra ninguna cosa, por justificados, pios y santos. La doctrina en el fondo es la misma; pero con el *dolce modo* de Valdes, se hace á no dudarlo mas insinuante y peligrosa.» Hé aquí el pasaje á que aludo:

«Y porque dado caso de que querais leer la letra de S. Paulo sin ocuparos en leer mis declaraciones, lo podais hacer con mayor facilidad, os quiero advertir de algunas cosas que abrirán el camino, y os facilitarán la inteligencia de la mente de S. Paulo. Y así os digo que por *Evangelio* entiende S. Paulo, el pregon de las buenas nuevas del perdon general que se publica por el mundo, afirmando que Dios ha perdonado todos los pecados de todos los hombres del mundo, ejecutando por todos ellos el rigor de su justicia en Cristo, el cual notificó en el mundo este perdon general, y en nombre del cual lo notifican todos los que lo notifican, á fin que los hombres movidos por el autoridad de Cristo, que es Hijo de Dios, dén crédito al perdon general, y confiados en la palabra de Dios se tengan por reconciliados con Dios, y se desistan de procurar otras reconciliaciones. Adonde habeis de entender que ha hecho y hace en este caso Dios con los hombres como un príncipe, el cual habiéndosele rebelado sus vasallos, y siendo por la rebelion huidos del reino, les hace un perdon general, y se lo envía á notificar con un hijo suyo, á fin que ellos dén crédito al perdon por el autoridad del hijo, y así confiados en la palabra del príncipe se vengan al reino, desistiéndose de procurar el perdon del príncipe por otra via ni por otros medios ningunos. Por donde se entiende que los que creen que Cristo es Hijo de Dios, y no dando crédito al perdon general que él publicó y publica, no se tienen por reconciliados con Dios y van buscando otras reconciliaciones, no confiándose en la que Cristo publicó y de parte de Cristo es publicada, hacen lo mesmo que harian los vasallos de aquel príncipe, que creyendo que el que les publica el perdon general es hijo del príncipe, no se tuviesen por perdonados, y así no se tornasen al reino: y entiendo tambien que ni el príncipe al cual aconteciese esto saldria con su intento, en cuanto él no envió á su hijo sino á efecto que, siendo conocido por hijo, fuese creido en lo que manifestaba; ni Dios parece que sale con su intento en los que conociendo á Cristo por Hijo de Dios, pero no fiándose en lo que les notifica de parte de Dios, no se tienen por reconciliados con Dios; saliendo solamente con su intento en los que conociendo á Cristo por Hijo de Dios, y confiándose en lo que les notifica de parte de Dios, se tienen por reconciliados con Dios, y por tanto por pios, por justos y por santos. Es bien verdad que el conocimiento que tienen de que Cristo es Hijo de Dios los que no se sienten reconciliados con Dios, no se puede llamar propiamente conocimiento, siendo mas propiamente opinion que conocimiento: porque si fuese conocimiento, haria en ellos el efecto que hace en los otros, certificándoles de su reconciliacion con Dios, y dándoles paz en sus consciencias.»

[1] *Esto peccator et pecca fortiter; sed fortius fide et gaude in Christo, qui Victor est peccati... Sufficit quod agnovimus per divitias gloriæ Dei agnum, qui tollit peccata mundi: ab hoc non evellet nos peccatum, etiam si millies millies uno die fornicemur aut occidamus.* Luth. *De Captivit Babylon.* t. 2, p. 284.

Fáltame ahora ocuparme de si, como yo sospecho y creo, Juan de Valdes es en efecto tambien autor del *Diálogo de las lenguas*. Diré los motivos de mi opinion, y luego el lector decidirá.

La primera idea de que Juan de Valdes pudiese ser autor de este opúsculo, me vino del apellido del principal de los interlocutores del Diálogo, que tiene el mismo de Valdes. En efecto, los italianos *Marcio y Coriolano*, y el español *Torres*, se conciertan para comprometer á Valdes en un convite y reunion que celebran en las cercanías de Nápoles, á que les explique la razon de ciertos primores y modismos de la lengua castellana, que usaba en las cartas que les dirigia cuando se ausentaba; y Valdes es efectivamente el que expone cuanta doctrina se encierra en aquel Diálogo, no haciendo otra cosa los demas interlocutores que dirigirle preguntas y dar ocasion á sus explicaciones.

El lugar de la reunion es en una casa de campo de las cercanías de Nápoles, donde ya hemos visto que acostumbraba Valdes tener esta especie de conferencias con sus amigos y discípulos. Esta circunstancia se comprueba por muchos pasajes del Diálogo. *Marcio*, pág. 105, dice: « *Y aun aquí en Nápoles hallaréis muchos epitafios españoles que comienzan* : AQUÍ YACE. —En la pág 159, dice Valdes: *Larga me la levantais*, y Torres replica: *No es tan larga, que no sea mas largo el dia de aquí á que sea hora de irnos á Nápoles*. —Y finalmente Valdes en la pág. 174, dice: *Pues yo os dejo pensar hasta de hoy en ocho dias, que placiendo á Dios nuestro Señor, nos tornarémos á juntar aquí, y concluirémos esta contienda. Ahora ya es hora de ir á Nápoles; haced que nos dén nuestras cabalgaduras y vámonos con Dios.* »

Respecto del tiempo en que se verificó el Diálogo, tenemos las siguientes indicaciones. En la pág. 26 dice Valdes, hablando de los moros españoles, que «*pocos años há el Emperador les mandó se tornasen cristianos ó se saliesen de España*». De lo que se infiere que el Diálogo debió verificarse pocos años despues de el de 1525, en que consta se dictó aquel decreto[1]. En la pág. 96 dice el mismo Valdes: « *Huélgome que os satisfaga; pero mas quisiera satisfacer á Garci-Lasso de la Vega, con otros dos caballeros de la corte del Emperador, que yo conozco.* ». Y como Garci-Lasso murió el año de 1536, deduzco yo que el Diálogo tuvo lugar ántes de dicho año, y que de consiguiente su verdadera fecha está entre algunos años despues de 1525, y algunos ántes de 1536, que es precisamente la época en que Valdes vivia en Nápoles, donde murió en 1540, como ya hemos visto, y en que tenia con sus amigos y discípulos reuniones análogas y semejantes á la que en el *Diálogo de las lenguas* se describe.

[1] Sandoval, *Hist. de Carlos V*, lib. XIII.

Si de estas significativas indicaciones pasamos á otras relativas á las circunstancias del interlocutor Valdes, hallamos que era castellano (pág. 8), criado en el reino de Toledo y en la corte de España (p. 31), y finalmente paisano, como ahora decimos, de *Mosen Diego Valera*, segun lo que dice Torres, en la pág. 164, al mismo Valdes, *Maravíllome de vos, que trateis tan mal á Mosen Diego Valera siendo de una tierra.* — Todo lo qué conviene admirablemente á Juan de Valdes, que en efecto era castellano, criado en el reino de Toledo y en la corte, y paisano de Diego Valera, que era, como es sabido, natural de Cuenca, de donde hemos dicho ya que tambien parece haberlo sido Valdes.

El Valdes del Diálogo decia de sí que «*aunque no hacia profesion de soldado, tampoco era hombre de haldas*» (pág. 14); y en efecto, Juan de Valdes ni hacia profesion de soldado, pues obtenia empleos civiles, ni era tampoco eclesiástico ú hombre de haldas; conviniendo tambien en esto los dos Valdeses, así como convienen en haber viajado á Roma y á otros puntos de Italia (pág. 12), en ser muy aficionados á escribir (pág. 15), en inspirar á los que asistian á sus reuniones cierto respeto y deferencia, que sin embargo no se oponia á la intimidad casi familiar con que le trataban; y finalmente en la aficion á escribir diálogos, pues ya hemos visto que Juan de Valdes dispuso en esta forma algunas de sus obras.

Resulta pues, que el principal interlocutor del *Diálogo de las lenguas* tiene el mismo nombre que Juan de Valdes; vive en la misma ciudad de Nápoles, y en el mismo tiempo que este; que es como él castellano y natural de Cuenca; que tiene conferencias y reuniones con sus amigos y discípulos en las cercanías de Nápoles, en los mismos sitios en que las tenia por aquellos tiempos Valdes; y finalmente que no solo convienen en todas estas cosas, sino en todas las demas, de que por incidencia se hace mérito en el Diálogo de que hablamos. No se puede por lo mismo dudar, á ménos de no suponer enteramente casual todo este cúmulo de significativas coincidencias, que el Valdes del Diálogo es el mismo Juan de Valdes de que nos ocupamos en este escrito. Respecto de esto, la demostracion á mis ojos es completa.

Pero se dirá, y con razon, que aun suponiendo esta identidad entre Juan de Valdes y el Valdes del Diálogo, todavía este opúsculo pudo muy bien ser obra de un tercero que introdujese en él la persona de Juan de Valdes, con todas las indicaciones expresadas relativas á sus circunstancias y carácter conocidos, pues nada hay mas comun que esto en los escritores de diálogos, así antiguos como modernos. Así es, en efecto; pero con todo yo me inclino á creer, en el caso presente, lo contrario. Ni la materia del Diálogo, limitada sustancialmente á explicar la índole de la lengua castellana, me parece

de aquellas que requieren la autoridad de un interlocutor conocido, ni se hubiera buscado á Juan de Valdes en todo caso para autorizar explicaciones gramaticales sobre una lengua vulgar; otra cosa seria si se le hubiese traido para alguna exposicion teológica de las que tanto interes excitaban en aquellos tiempos, y en las que Valdes era tan entendido y afamado. Su nombre en el Diálogo hubiera efectivamente sido entónces tan oportuno, como innecesario y extraño me parece ahora en la hipótesis que combato.

Por otra parte, leyendo con alguna atencion el Diálogo, se ve la parsimonia con que hablan del mérito de Valdes los demas interlocutores, á pesar de que aspiran á ser enseñados por él: si fuera obra de un tercero, indudablemente se hubiera alabado y ensalzado el mérito y saber del principal interlocutor Valdes, máxime cuando tan alabado y ensalzado era en aquella sazon; pero escribiendo él mismo la obra, la prudencia y la modestia exigian la parsimonia en los elogios que hemos dicho se nota en el Diálogo.

No es esto decir que en la materia de que se trata no reconozcan la superioridad de Valdes los demas interlocutores, ni le rindan con este motivo algun tributo de cortesía y respeto; pero los italianos Marcio y Coriolano fácilmente debian reconocer su superioridad en el conocimiento de la lengua castellana, y lo mismo el español Torres, soldado de profesion, y que afectaba no estimar gran cosa las sutilezas gramaticales.

Respecto de algunos aunque bien escasos elogios, que todavía se podrian acotar en el Diálogo, se nota fácilmente el cuidado con que siempre se reproducen y escriben; y sobre todo, que aunque fuesen mas expresivos, nunca darian lugar á una acusacion de inmodestia contra Valdes, por el modo con que parece haberse escrito, ó mas bien redactado la conversacion y plática de los interlocutores. En efecto, el autor del Diálogo, ó porque así fuese realmente, ó porque le haya parecido conveniente usar de esta invencion, supone que sin la anuencia de Valdes, los demas interlocutores pusieron escondido en un lugar secreto un *escribano* entendido en las lenguas castellana é italiana, en que respectivamente hablaban, para que anotase los puntos principales que se dijesen, *porque podria ser* (decia Marcio, pág. 17) *que con ese principio engolosinásemos á Valdes de tal manera, que le hiciésemos componer qualque diálogo de lo que aquí platicáremos*. Y en efecto, al finalizar la conferencia y en medio de protestas y disculpas, descubren á Valdes su amistoso fraude, le manifiestan la obra del amanuense ó escribano, y le piden que la corrija y ponga en buen órden. *Lo que todos os pedimos por merced* (le dijo Torres, pág. 176), *es que tomando esto que está anotado de lo que aquí habemos hablado, lo pongais todo por buen órden y buen estilo castellano, que estos señores os dan licencia que les hagais*

hablar castellano, aunque ellos hayan hablado en italiano. Y Valdes, despues de varias excusas, les contesta: *Esta cosa, como veis, es de mucha consideracion: dejadme pensar bien en ella; y si me pareciere cosa hacedera y viere que puedo salir con ella razonablemente, yo os prometo de hacerla.* Y en efecto, cumplió su promesa escribiendo el *Diálogo de las lenguas.*

Yo confieso, como he dicho ya al principio, que todas estas razones no constituyen una demostracion directa de mi opinion sobre este particular; pero creo que nadie me negará tampoco que por lo ménos, la sospecha está fundada en harto razonables motivos. De todos modos, repito, el lector decidirá.

P. J. Pidal.

ITALIA.

> Tu regere imperio populos, Romane memento,
> (hæ tibi erunt artes), pacisque imponere morem,
> parcere subjectis, et debellare superbos.
>
> (Virgilio, *Lib.* iv.)

De cuantas tierras comprende el continente europeo, ninguna parece haber formado el Criador con mayor complacencia que la Italia.

A manera de rico pabellon, extendió sobre ella un cielo de azul y oro, verdadero pedazo de su manto luminoso. Cubrió su variado terreno con la vegetacion opulenta de todos los climas; y le dió por límites mares tranquilos, abiertos al comercio de las naciones, y montes encumbrados para guarecer su independencia de la codicia extranjera.

Esta hermosa region aparece creada para llenar un alto designio, al paso que su configuracion, que no consiente en ella un centro único, una capital unánimemente reconocida, la priva de una de las condiciones indispensables de la existencia política.

Los habitantes del Epyro, los navegantes del Africa, las razas aventureras del septentrion, penetraron en su suelo; pero miéntras los otros paises parecian destinados á ser la propiedad exclusiva de los varios pueblos que dejaron en ellos impresa la huella de su dominio, la Italia se mantiene en medio de la Europa como un público mercado, ó como un vasto anfiteatro donde hallan cabida, y donde se cambian y compiten y se funden los pueblos y las ideas del universo entero.

Los hechos históricos son una prueba irrefragable de las inducciones á que da márgen la forma geográfica privilegiada de la Italia. ¿Quién podria enumerar las gentes diversas que en la conquista de su suelo precedieron á la fundacion de la gran Roma; las luchas continuadas entre aquellas razas de orígen distinto, de distintas creencias, de distintas costumbres; sus repartimientos sobre aquel dominio, su completa extincion? Del centro de aquel impenetrable caos, cuyos vestigios conservan las tradiciones poéticas, las ruinas, y los mismos nombres de muchos lugares de aquel territorio, surgió 755 años ántes de nuestra era la grande unidad romana, cuya historia desde Rómulo hasta Augusto solo cuenta en sus páginas victorias sangrientas, que claramente revelan la providencial ordenacion de los destinos del naciente imperio.

El genio de Napoleon comprendió la magnitud de estos destinos. Tú no serás, dijo á la hermosa península italiana, asiento de ninguna nacion exclusiva y permanente; pero tu suelo está preparado para alguna grande institucion que interese á la humanidad entera [1].

Antes que el gigante Corzo cayese de los Alpes sobre tus fértiles campiñas, ¡cuántos conquistadores habian ensangrentado, risueña Italia, las trasparentes aguas de tus rios, desde el Tánaro hasta el Aufido! Todos soñaron que revestian la antigua púrpura usurpada por los emperadores, y que despojaban á los dos gloriosos apóstoles defensores de Roma de la supuesta donacion de Constantino [2]; pero la mano invisible de Dios hizo pedazos su espada, ahuyentándolos de la Ciudad eterna y frustrando sus proyectos de reconstituir el imperio militar.

Tambien ántes que Napoleon predijese tu imperio moral, habia previsto el genio colosal de Dante tu suerte privilegiada como madre de la civilizacion religiosa del orbe; por eso, despues de haber entonado cantos sublimes de rencor y de vanas esperanzas desde la ambiciosa altura en que le puso el bando Gibelino, pronunció resignado, en tono de maravilloso vaticinio, en favor del romano Pontífice, la confesion de inmortalidad de la ciudad que fundó Rómulo, diciendo con admirable profundidad que los historiadores no han comprendido [3]:

No os sorprenda que la divina Providencia, que ve todos los mo-

[1] V. el *Memorial de Santa Elena.*

[2] Roma pasó bajo el poder temporal de los Pontífices, no por donacion de los Emperadores, los cuales mal podian dar lo que no era suyo, sino por el providencial consentimiento del pueblo romano al concluir el imperio militar y político. Constantino se separó de Roma por cumplir los decretos del Eterno (*Deo jubente*, dice en una ley del Cod. Teod.), y trasladó á Bizancio, no el imperio, que quedaba siempre en el pueblo romano, sino su silla de *lugarteniente* de aquel.

[3] V. el *Convito*, edicion de Milan, 1826, cap. v., del cual sacamos lo sustancial para los siguientes párrafos.

vimientos del cielo y de la tierra, y escudriña todos los pensamientos de los ángeles y de los hombres, proceda en sus designios secreta y misteriosamente, cuando tantas veces las mismas acciones humanas nos ocultan su intencion; lo que debe sorprender es que el cumplimiento de los eternos designios se verifique tan paladinamente que nuestra limitada inteligencia los descubra. Por boca del mismo Salomon puedo deciros: Oid, porque tengo que anunciaros grandes cosas.

Queriendo la incomparable bondad del Eterno restablecer en su amistad y semejanza á la humana criatura, deforme y enemiga á los ojos de su Hacedor desde que cometió el primer pecado, del alto y divino consistorio de la Trinidad, emanó el inescrutable decreto en cuya virtud habia de bajar al mundo el Hijo de Dios, á celebrar esta concordia.

Mas, conviniendo que al cumplimiento de tan gran misterio correspondiesen con el mejor órden y concierto los cielos y la tierra, nunca en la celeste esfera resplandecieron mayor regularidad y armonía que entónces, desde que comenzó sus majestuosos giros, ni jamas la tierra apareció mas perfectamente dispuesta, porque la gloriosa Roma y el glorioso pueblo romano, que dominaban el mundo constituidos en monarquía, obedecian sumisos la voz de un solo caudillo y legislador.

Tambien convenía que el Emperador y Rey celestial se albergase en purísima y dignísima morada, y para esto se formó una santa progenie, que despues de continuados méritos produjo una mujer inmaculada, bendita entre todas las mujeres, destinada á servir de receptáculo al Hijo de Dios. Esta progenie fué la de David, raiz de la belleza y del decoro de la humana estirpe, es decir, de María; por lo que escribió Isaías que naceria un renuevo del tronco de Jessé, y la flor brotaria de su raiz.

Recordad, ó pueblos de Italia, que á un tiempo nacieron David y Roma; que cuando vino al mundo el Rey profeta, vino Eneas de Troya á Italia, porque el Romano Imperio fué elegido para la fundacion de la Ciudad santa; sabed, que por el Romano Imperio le fuéron preparados al Verbo sus caminos, y que para el grande acontecimiento de la venida de Dios al mundo se pacificó toda la tierra[1], de modo que nunca hubo ni habrá paz mas halagüeña, ni surcará la nave que conduce á su puerto á la humana sociedad mares mas bonancibles que aquellos.

¡Oh inefable é incomprensible sabiduría de Dios, que á un tiempo mismo obraste con tu venida tantas cosas en la Italia y en la Siria! Oh ruines y menguadas bestiecillas que en forma de hombres os

[1] Acababa de verificarse la conquista del Egipto profetizada por Isaías, contemporáneo de Rómulo, segun observa S. Cirilo de Alejandría, y al resonar en los cielos el *pax in terra*, cerraba Augusto el templo de Jano.

apacentais de vana yerba, presumiendo dudar de lo que no veis, y comprender entre las mezquinas faenas del huso y del arado las maravillas que Dios con tanta prudencia ordenó! ¡Malditos vosotros, y vuestra necia presuncion, y cuántos en vosotros creen!

¡Ah! ¡no conocisteis que desde Rómulo hasta el grande Emperador predecido habian corrido los destinos de Roma encauzados hácia las vias del Cristianismo, y sus inquietos hijos belicosos hácia la civilizacion religiosa universal, como los saltadores raudales de los Alpes que, libres al parecer y sueltos por la verde campiña lombarda, corren necesariamente á la profunda madre del manso Pó; ni supisteis que cuantas vicisitudes y contrastes le hicieron sufrir los hombres desde aquel su primer padre hasta llegar al tiempo de su perfeccion y madurez, todos fuéron ordenados por la Sabiduría infinita!

¿Qué fuéron Rómulo, Numa, Tulio, Anco y los tres Tarquinos, sino los primeros maestros y tutores de su infancia? Qué fuéron para su edad adolescente aquellos inimitables ciudadanos que produjo, desde Bruto hasta César, mas dioses aun que héroes, sino los defensores de su integridad y de su naciente poderío, inspirados por Dios con un amor sobrehumano de que no han vuelto á ver ejemplos las generaciones de los hombres?

No; no fué amor de patria humano el que determinó á Fabricio á menospreciar montones de oro ántes que abandonar á Roma por el dadivoso Pirro; ni el que hizo á Curio rehusar los deslumbradores presentes de los samnitas por no deslustrar el nombre de ciudadano.

No entregó sin inspiracion divina Mucio Scévola su mano al fuego, por haber frustrado el golpe que meditó para salvar á Roma. No sufrió Torcuato sin auxilio divino el espectáculo de la muerte de su propio hijo, á quien él mismo condenó por salvar la república.

¿Pensaréis que solo el humano patriotismo hizo á los Decios y á los Drusos entregar sus vidas por Roma al enemigo cuchillo? ¿Y que solo el humano instinto pudo obligar á Régulo cautivo, cuando fué enviado á negociar el canje de los prisioneros cartagineses con los prisioneros romanos, á pedir al Senado que le volviese á mandar á Africa cargado de hierros?

¡Qué labio acertará á explicar el magnánimo desinteres de Cincinato, que, concluido el tiempo por el cual manejó la espada de la dictadura, volvió á empuñar el arado contra las instancias de sus conciudadanos! ¡Y quién persuadirá que sin cooperacion divina acudiese el proscrito Camilo á socorrer á Roma estrechada por sus enemigos, tornando despues de libertada á su destierro, por respeto á la autoridad senatoria!

¡Oh alma egregia de Caton, quién presumirá narrar de tí! pues mas cumple callar que profanar tu nombre con menguada loa, siguiendo el ejemplo del gran Jerónimo, que, al llegar á S. Pablo, en su

proemio de la Biblia, dice que es mejor no hablar que decir poco.

Como las ingeniosas abejas trabajan y se fatigan en una misma obra, sin saber para quién hacen el panal, así ante la altísima presciencia del Eterno, á cuya vista es un grano de arena nuestro mundo, aquellos ínclitos varones se afanaban por consumar sus actos de heroismo, sin saber el objeto final á que iban encaminados como instrumentos. ¡Cuántas veces descubrió Dios sus omnipotentes manos guiando á aquellos capitanes hácia la conquista de los pueblos bárbaros que despues habian de componer el Imperio, primer tronco de la civilizacion religiosa del orbe!

¿No mostró Dios sus manos en la batalla donde combatieron albaneses y romanos por la capital del reino, cuando un solo hombre tuvo en su arbitrio la libertad del naciente Imperio? No aparecieron tambien cuando, despues de derrotadas las romanas legiones, yaciendo cadáver Paulo Emilio junto al Aufido, suscitaron contra Anibal al jóven Escipion para vengar la afrenta de Canas? No puso Dios sus manos en las empresas de Roma cuando un simple ciudadano de modesta condicion, como Tulio, defendió la patria libertad contra el soberbio Catilina? Sí por cierto: ¿Quién podrá ya dudar que fuesen dispuestos y ordenados por Dios el nacimiento y la duracion de un Imperio en que concurrieron tantas maravillas?

Estos religiosos acentos, ¡oh gran maestro de la cristiana poesía! despiertan en el alma de los que bebimos en la cuna las aguas del Tíber, un profundo sentimiento de compasiva gratitud hácia tus acerbos dolores de Gibelino vencido, porque suspirando por la imposible perpetuidad del secular imperio[1], nos abriste el camino á la comprension del glorioso hado de la Italia.

Pero no te agradecemos que nos hayas contado la inmarcesible gloria del pueblo romano antiguo, y su celoso nacionalismo, sus sabias leyes, su moral pura, su profunda política, su incontrastable fuerza, con elocuentes y enardecidos suspiros de enojo contra el dócil acatamiento de Constantino; ni que contra la justicia que defendió el bando Güelfo, escudo y espada del Pontificado, hayas aspirado á resu-

[1] El Dante, fascinado por la gloria del antiguo Imperio Romano, no tuvo presente en su *Divina comedia*, que despues de la aparicion del Cristianismo aquella gran monarquía militar era ya inútil á la divina Providencia para la ulterior civilizacion del mundo; por eso censura con tanta vehemencia la reunion de los dos poderes temporal y espiritual en la persona del Pontífice romano, exclamando en el canto XVI:

Soleva Roma, che' l buon mondo feo,
Duo Soli aver che l'una, e l'altra strada
Facean vedere e del mondo, e di Deo.
L'un l'altro ha spento, ed è giunta la spada
Col pastorale; e l'un coll' altro insieme
Per viva forza mal convien che vada:

sin advertir que la desaparicion paulatina del imperio de la fuerza era condicion necesaria para que pudiese libre é independientemente desarrollarse el nuevo imperio de la religion.

citar el muerto Imperio político y militar, por abundantes que fuesen los lauros que anunciabas á la moderna Italia.

Nos has enseñado, ¡oh incomparable poeta! á ver en la historia de las vicisitudes del Imperio de los Césares la obra preparatoria del mundo para recibir el divino Verbo; guiados por tu docta mano hemos aprendido á discernir las verdaderas causas de la exaltacion del coloso de occidente; luego nos abandonaste para prorumpir en hondos lamentos sobre su caida y su muerte [1], sin comprender su espiritual trasformacion, ni el alto designio divino que llevó al águila romana al confin de Europa, haciéndola detenerse doscientos y mas años cerca de los montes donde por primera vez desplegó sus majestuosas alas [2].

¡Ah, quién hubiese heredado tu para siempre perdida lira, para añadir á ella una nueva cuerda de bronce sonoro que bastase á evocar tu veneranda sombra, ahora que ya no dilaceran el seno de tu patria las facciones, ni vuelcan el Arnó y el Tesino olas teñidas con sangre de sus hijos! Entónces se alzaria á manera de vagarosa nube sobre las campiñas del Friuli un suave cántico de paz que despertaria los ecos del Tolmino, mudos desde tu muerte, y el murmullo de las fuentes y límpidos arroyos, y el susurro de las auras de los montes que halagaron tu acalorada frente, cuando viviste proscrito en el silvestre y embalsamado asilo del patriarca Pagano.

¡Ese cántico apacible, contrastando con el eco varonil de tus rencores, que aun repiten por desgracia el gondolero veneciano deslizándose en su barquilla cargada de armas para Vicenza y Padua, el montañes de la Valtelina aguzando su cuchillo, y el ginete milanes oprimiendo los arzones; ese cántico de religiosa tolerancia se propagaria por toda la tierra Longobarda al compas de los clamores de victoria que las legiones piamontesas y lombardas hacen lanzar al águila de Dios, armada contra el águila bastarda de dos cabezas. Ya huye graznando y despavorida del Adda al Mincio, del Mincio al Adige y del Adige al Brenta, como para volverse á los desnudos Alpes, desde donde se desplomó rapaz y hambrienta!

« Gloria, diria ese canto, á la nueva Italia, madre de la civilizacion

[1] Despues de haber llamado con ardientes votos á Alberto Tudesco, á Enrique y á otros príncipes extraños, á ocupar la silla vacía de los Césares, desvanecidas sus esperanzas con la muerte del segundo, empezó el poeta á resfriarse en su celo y en su fe hácia los emperadores y el ave de Dios (*uccel de Dio* llama al águila del imperio romano).

[2] Cento e cent'anni e più l'uccel di Dio
Nello stremo d'Europa si ritenne,
Vicino a' monti, de' quai prima uscio.

Esto es, cerca de los montes de Troya, en Constantinopla, donde permaneció la silla imperial desde el año 330 en que la trasladó allí Constantino, hasta el 552 en que venció Narsetes á los bárbaros.

de la Europa, donde no impera ni César ni Justiniano, ni cabalga tudesco Emperador con espuela y brida[1] ».

La silvestre oliva plantada por Rómulo, ingerta por Constantino, destila de sus fecundas ramas el oleo copioso que unge á los pastores del rebaño de Cristo. ¡Paz y union en la tierra á los hermanos arrepentidos de sus inhumanas contiendas de cuatro siglos; gloria y honor en los cielos al Dios de la justicia, que quebrantó los hierros del esclavo y pulverizó la amarga raiz de la servidumbre sin la espada de Narsetes y Belisario, y solo con la fuerza de la divina promesa que guarda celoso el Vaticano!

Creció el gigante Imperio hasta abarcar con sus brazos el orbe para difundir por toda su haz la civilizacion del Evangelio, y para abrirle las puertas de la redencion con las llaves de Pedro. ¡Lucrecio, Ciceron, Tito Livio, Ovidio, Virgilio y Horacio! la Europa entera recibió la simiente de vuestra sabiduría: de Roma se levantaron los brazos del sembrador. Despues que brotó la flor de la belleza, descendió sobre ella el rayo fecundador de la santidad.

¡El águila bastarda graznó sobre Ferrara: un nuevo exarca del imperio, el bravo Cárlos Alberto, movió sus huestes en defensa del patrimonio del Pescador, y como Carlo-Magno, dispersará por lejanos montes las plumas de sus alas!

Pero despues de acabada la batalla, ¿volverá el piamontes á plegar sus tiendas, y envainará su espada pacificadora, digno de otra estatua de bronce como la que mereció el gran Emanuel Filiberto, de la ciudad de Turin?

Plegue al cielo que así lo haga, porque prometido está al pueblo italiano que vivirá sin emperador; que la silla del Vicario subsistirá en el Vaticano incontrastable; que el destino de la Italia será acabar la obra de la civilizacion universal, como madre generosa, no como avara competidora.

¡Si el celoso amor de patria de los Brutos y Gracos volviera á encenderse en su generoso pecho, la Italia perdería sus gloriosos títulos de nodriza é institutora de los pueblos, y en el privilegiado jardin de Europa renaceria la mandrágora de las guerras intestinas!

Y ¿quién osará poner la mano sobre el sacrosanto consorcio de poderes hecho por el pueblo romano en la ungida cabeza de San Gregorio? Los numerosos hijos del Vístula y del Newa precipitarian el azote de Dios sobre la diestra sacrílega; y si un segundo Atila ensoberbecido se acercase con ellos á los muros de Roma, Dios le arrancaria el azote como se lo arrancó al primero.

Pedro de Madrazo.

[1] La espuela en el estilo dantesco simboliza la fuerza militar, y la brida el gobierno civil y político.

ALIX,

leyenda Alemana.

PERSONAS.

OTOCAR DE ALTENA, conde de Franconia.
ULRICO, estudiante.
ALIX, su querida.
MANSFELD.
SALADO
ENRIQUE FRITZLAR. } Conjurados.
RANUCIO DE BIZANCIO.
MUNIUS, judío.
MUZEDIN, enviado de la Sublime-Puerta. CONJURADOS, CONDOTTIERI, PAJES.

I.

La escena pasa en Nuremberg, en casa de ULRICO, y representa una salita con dos ventanas que dan sobre un emparrado; en el fondo, á la derecha, habrá una escalerilla de caracol, muy oscura, que va á perderse en el techo. ALIX está haciendo labor junto á una ventana. Entra ULRICO.

ALIX, *levantándose.*

¿Con que?...

ULRICO.

Pronto, pronto, hermosa conspiradora.

ALIX.

¿Cuándo?

ULRICO.

Pronto.

ALIX.

Pues, la respuesta de siempre. (*Vuelve á sentarse, y coge su labor.*)

ULRICO.

¿No te he dicho que aguardo esta noche á Mansfeld?

ALIX.

¡Qué sé yo!

ULRICO.

Sí, esta noche vuelve de Praga. Aunque no le conoces, recíbele bien, Alix; es mi mejor amigo, un alma austera y buena, un alma antigua con la ternura cristiana.

ALIX.

No digas mas; si trae á esta tierra valor, sea muy bien venido. Me gusta todo lo nuevo.

ULRICO, *sonriéndose.*

Estás enfadada, Alix, de algunos dias á esta parte, y á fe que no tienes razon; ¡se trata de un negocio de vida ó muerte para toda una ciudad, para todo un pueblo, y esta hermosa niña ve en ello un motivo para ponerme mala cara!

ALIX.

Sí, estoy enfadada, porque todos tus conjurados son unos cobardes. Esta ciudad de Nuremberg está poblada de miserables; no hay en toda la Franconia mas que un hombre, y ese es el Conde, que ha osado juzgaros en lo que valeis, que os ha subyugado con un puñado de bandidos italianos, y os hace humillar la frente hasta el arroyo con solo miraros. Diez años ha que os hace sufrir esa afrenta: diez años hace, ¡diez! que os maneja como á sus perros, con un látigo y un silbato; por mi vida que no comprendo cómo son estos hombres. Lo que es yo, solo de oirle pasar cantando y silbando por en medio del gentío que se calla y le abre paso, me muero de vergüenza; no sé cómo sois; por vida mia que no lo sé. ¿No va ya para un año que estáis conspirando, y que vuelves todas las noches con el mismo estribillo en los labios, *pronto*? ¡Y eso se llama hombres! ¡Vaya unos hombres! Si me hubieras dejado conspirar sola á mi modo, hace un año que á todos os hubiera libertado del yugo la mano de esta hermosa niña que te pone mala cara.

ULRICO.

¿De véras?

ALIX.

Le hubiera aguardado abajo, á la puerta, á su vuelta de la caza; con una mano hubiera asido la rienda de su caballo, y con la otra le hubiera clavado un cuchillo en el corazon. El dia ménos pensado me exaltarán á tal punto el fastidio y la indignacion, que haré lo que ya hubiera debido hacer: y puede que sea mañana, sin ir mas léjos, Ulrico, si vuelves á mirarme con esa sonrisa de desden.

ULRICO.

Bien, pero reflexiona un poco. Nunca has querido ver al Conde: supongamos que en el momento de ir á herirle, te sorprenda la expresion de su rostro, ó que te mueva á compasion su mirada tierna ó altiva; ¿has pensado en esto? Como todas las mujeres, te repre-

sentas el objeto de tu odio bajo un aspecto singular y horrible; apostaria á que con solo ver en el Conde facciones humanas, al hallarte con un hombre de buena presencia, en lugar del monstruo que te imaginas, te sentirias enternecida y temblaria tu linda mano.

ALIX.

¿Se te figura, eh? Ya lo verás.

ULRICO.

Con que segun eso, Alix, aborreces al Conde; ese sentimiento de odio ocupa todo tu corazon. Con tal que el Conde muera, todo va bien. Ya no me amas.

ALIX.

Te amo todavía, Ulrico; pero me siento á punto de despreciarte, y por eso quisiera morir esta noche. Pero tú que hablas de amor, ¿donde está el tuyo? Que no te lleguen al alma la ignominia de tu patria y tu propia ignominia; que veas sin cólera á ese infame Conde poner una mano insolente en la honra, en las libertades, en las vidas de sus conciudadanos, creo que te lo perdonaria; pero ese Conde ha hecho morir á mis dos hermanos, pero yo he engañado, he abandonado por tí á mi madre, desolada por la muerte de sus dos hijos, y la infeliz ha muerto maldiciéndome. Venga á mis hermanos, y mi madre me perdonará: esto es todo lo que deseo. Ademas, me lo has prometido; de otra suerte ¿viviria yo acaso? ¿Tienes memoria á lo ménos? Hace un año, el dia en que murió mi madre del dolor que yo le habia causado, harto comprendí que no me quedaba ya paz ni ventura que esperar en este mundo ni en el otro; entónces se me ocurrió el pensamiento de matar al asesino de mis hermanos, y de romper al mismo tiempo el yugo de la Franconia. Yo conocia muy bien á mi madre; todo se lo hubiera perdonado al vengador de sus hijos, y ademas era una noble mujer que no podia sufrir la ignominia ni en su casa ni en su patria. Acordábame de que ella misma habia armado la mano de sus hijos para la rebelion... Sí, estoy segura de que su alma habria volado al encuentro de la mia, si yo hubiese cumplido lo que aquel dia se me pasó por la imaginacion... Pero me dijiste que tú te encargabas de ello, que para tan grande obra se necesitaban hombres; parecias como inspirado por una súbita revelacion; tus ojos brotaban chispas, tus labios temblaban al pronunciar nobles palabras, y te creí; consentí en vivir, en poner en tus manos, entónces muy queridas, el cuidado de libertar á mi patria de su miseria, y de libertarme á mí de mis remordimientos. Un año hace de esto, Ulrico, y sin embargo, ¿qué has hecho? Tu ardor, en vez de aumentar, parece que se va apagando; de un mes á esta parte,

ni siquiera me atrevo á hablarte de nuestros proyectos, tanto es lo que temo encontrar en mi amante un cobarde ó un traidor.

ULRICO, *sonriéndose.*

Paciencia, hermosa mia.

ALIX.

¡Siempre lo mismo! Siempre esa sonrisa!... Mira, una sola cosa tengo que decirte, y luego haz lo que quieras.

ULRICO.

Habla, habla.

ALIX.

El Conde me ha escrito.

ULRICO.

¿A tí? el Conde? Tú sueñas.

ALIX.

Hace dos horas, cuando pasaba por la plaza, estaba yo sentada aquí donde estoy ahora, cuando cayó á mis piés un bolsillo lleno de florines con este billete. Lee.

ULRICO, *leyendo el billete.*

«Hermosa niña, si gustaseis de ser condesa soberana por un par »de horas, contad para ello conmigo. —Otocar.» ¡Lenguaje propio de un corazon respetuoso y enamorado! ¿Le has respondido?

ALIX.

¿Estás loco? Pero.... ¿qué tienes? nunca te he visto así; nunca he visto en tí esa calma y esa sonrisa.

(*Dan las siete en una iglesia cercana. Ulrico cuenta las horas; al dar la séptima se levanta.*)

ULRICO, *cogiendo la mano de Alix.*

Ves en mí esta calma y esta sonrisa, amor mio, porque la aurora del dia de mañana alumbrará la tumba del Conde ó la mia.

ALIX.

¡Cómo! ¿qué dices?

ULRICO.

He querido, hija mia, evitarte las inquietudes de semejantes mo-

mentos; he querido, por tí como por mí, que fuesen lo mas breves posible. Media hora nos queda; á las siete y media voy á reunirme con mis amigos. Mañana serémos libres: esta noche mato al Conde.

ALIX.

¡Dios mio! Dios mio! esta noche! tan pronto! ¿Estás seguro de tus amigos?... esta noche... pues si ya es de noche... ¿con qué es ahora mismo?...

ULRICO.

No tengas cuidado, Alix; todos están prontos y son fieles. No se trataba únicamente de matar á un hombre, sino de sublevar á un pueblo, y esto es lo que nos ha cogido tiempo. Todas las ciudades en que tiene gobernadores el Conde, Furth, Bamberg, Wurtsburgo, Anspac, harán á la hora señalada lo que vamos á hacer nosotros. Mañana la Franconia se despertará libre en su lecho de esclava; mi patria muerta resucitará á la luz del sol sacudiendo su rota cadena. ¡Felices los que van á verlo! Si mi mente concibe, Alix, dos espectáculos igualmente espléndidos y dignos de las miradas de Dios, el uno es la creacion de un mundo, y el otro la resurreccion de un pueblo.

ALIX, *echándose en sus brazos.*

¡Oh Ulrico, oh amado mio! (*Le obliga á sentarse, y se sienta á sus piés.*) Ahora que pienso en ello, tú eres su jefe, tú, el mas jóven de todos. Sin tí, nada se haria... ¡Ah, qué feliz soy! Mira, voy á decirte una cosa en secreto: — eres gallardo como un rey, eres bizarro como un emperador... pero oye lo que va á suceder; mañana serás conocido y admirado de todos, de las mujeres tambien. No habrá nadie que no te repita lo que yo te digo sola hoy: acuérdate de que yo te lo he dicho ántes que ellas, ántes que todos; ¿no es verdad, Ulrico?

ULRICO.

Sí, sí, hermosa.

ALIX.

En primer lugar, si amases á otra, te engañaria y muy fácilmente. Tú has estudiado á los hombres, Ulrico; eres digno de ser el caudillo de una nacion, eres un sabio y un filósofo; pero no conoces á las mujeres: te engañarian como á un niño.

ULRICO, *riéndose.*

Hola ¿y qué sabes tú? ¿Con que tú me has engañado?

ALIX.

Mucho que sí. Ahora mismo, por ejemplo, te estoy engañando, porque me rio, esto te hace sonreirte, y no conoces que tengo ganas de llorar... Hablo, hablo para aturdirme; pero si tú no estuvieras ahí, no haria mas que llorar.

ULRICO.

Alix, ¿no has deseado con toda tu alma que llegase por fin esta hora que ya ha llegado?

ALIX.

¡Pobre de mí, verdad es! (*Llora.*) Perdóname, perdóname.

ULRICO.

¿Que te perdone, angel mio?

ALIX.

Si mueres, yo te habré dado la muerte. Por mi, por mi insensato odio te has lanzado á esa terrible empresa.

ULRICO.

Y eso mas tengo que agradecerte, hermosa mia. Es cierto, y me acuerdo de ello, que ántes de que iluminase mi alma tu generosa cólera, no me atrevia á levantar mi pensamiento á esta santa conjuracion; ahora, ya viva, ya muera, dejaré, merced á tí, un nombre que los oprimidos pronunciarán en voz baja con amor, y los tiranos con espanto. Gracias, Alix mia; por lo demas, no te hagas tristes ilusiones; tengo fundadas esperanzas de sobrevivir al Conde.

ALIX.

¿Lo esperas?... No, me engañas, no lo esperas... ¡Dios mio! ¡si me hubiera sido posible olvidar mis odios!... Hay en los arrabales, á la orilla del rio, casitas solitarias en el fondo de los jardines; ¡allí hubiéramos podido vivir felices años y años, sin saber tan siquiera si hay tiranos en el mundo!... La desgracia ha sido que viviéramos aquí, en esta plaza, por donde él pasa continuamente... Esa fatal idea se me representaba un dia y otro; mi cabeza ardía... mi pobre corazon está lleno de tempestades. Ulrico, tengo ideas horribles; no sé si todas las mujeres sufren los tormentos que sufro yo... No puedo decirte todos mis pensamientos; tengo algunos espantosos... ¡Ah! ¡es que no todas las mujeres arrastran como yo el peso de la maldicion de sus madres!

ALIX.

ULRICO.

No pienses en eso, yo te lo ruego.

ALIX.

Hablemos de cosas alegres. ¿Te acuerdas de la tarde en que nos vimos por la primera vez?

ULRICO.

Me acuerdo muy bien. Fué en las orillas del estrecho lago que llaman la Alberca de las Garzas; el sol desaparecia á la derecha, detras de la colina del Werra. Tú bajabas la colina dando el brazo á tu madre.

ALIX.

Yo bajaba la colina dando el brazo á mi madre, y tú subias por el mismo sendero. Cuando te hiciste á un lado metiéndote entre las viñas para dejarnos pasar, mi madre me dijo: Ese jóven es respetuoso con los ancianos; su ancianidad será feliz.

ULRICO.

Sí, y luego me senté en el sitio mismo en que os habia hallado, y allí me quedé hasta la noche. Al dia siguiente, tuve buen cuidado de volver á la misma hora y os encontré de nuevo; tu madre me reconoció y me saludó, pero tú hiciste como que no me reconocias.

ALIX.

Hice como que no te reconocia, porque te amaba.

(*Llaman á la puerta, Alix va á abrir, entra Mansfeld.*)

ULRICO.

¡Mansfeld! ¡Loado sea Dios que te trae á tiempo! Esta noche se da el golpe.

MANSFELD.

¡Loado sea Dios! (*Alix ha vuelto á tomar su labor.*) ¿Quién es esa niña?

ULRICO.

Alix. ¿No has recibido las cartas en que te hablaba de ella?

MANSFELD.

No la creia tan jóven.

ULRICO.

Es valiente como un leon. Sus ojos azules brillan como relámpagos cuando habla de sus hermanos.

MANSFELD.

¿Es tu mujer, no es así? ¿Su madre vive con vosotros?

ULRICO.

Su madre ha muerto.

MANSFELD.

La niña hubiera hecho mejor en quedarse al lado de su madre.

ULRICO.

¡Mansfeld!

MANSFELD.

Mejor hubiera hecho en quedarse al lado de su madre, y en no vengar á sus hermanos.

ULRICO.

Mansfeld, mírala.

MANSFELD.

Sí, está dotada de belleza y de enerjía; pero no me gusta ver al lado del que camina al martirio una imágen tan dulce de la vida.

ALIX, *acercándose de pronto.*

Eso sería bueno, señor Mansfeld, si yo no hubiera de seguirle.

MANSFELD.

Bien respondido, Alix. Venga esa mano. ¿Qué ruido es ese?

Tumulto de gente en la plaza. Ruido de caballos: cesa de repente, y en medio del silencio se oye silbar una cavatina.

ULRICO.

Es el Conde que vuelve de la caza.

MANSFELD.

¡A ese extremo de impudencia ha llegado! ¡En su ciudad natal! ¡El miserable abofetea á su madre! ¡Y ni una sola ventana se abre para responder á su provocacion de palafrenero! Ulrico, te has engañado. Ya es tarde ó todavía no es tiempo.

ULRICO.

Las nubes se apiñan ántes de lanzar el rayo. Paciencia. (*Pasa la cabalgata por delante de la casa. Alix se precipita á la ventana.*) ¿Qué haces, Alix? ¿No has jurado evitar la vista de ese hombre?

ALIX.

Ahora ya puedo mirarle, puesto que va á morir. Quiero verle una vez.

ULRICO.

¿Levanta la vista? Dime si alza los ojos sobre tí.

ALIX, *á la ventana.*

¡Qué pálido está! Parece la estatua de su sepulcro. ¿Es posible que sea jóven todavía? ¡Hace tanto tiempo que practica el mal!... No, no levanta la vista; va entretenido con sus galgos; ahora se vuelve... ¡Vírgen María, qué mirada!... (*Se retira de la ventana toda trémula, y cae sobre una silla.*)

ULRICO.

Querida mia, su vista te ha hecho daño.

ALIX.

No es nada. Estaba yo mirando la gualdrapa carmesí de su caballo, cuando sentí de pronto su mirada fija en mí.

ULRICO.

Mirada y billete, Alix, todo lo pagará de una vez.

MANSFELD, *que se ha quedado pensativo.*

Ulrico, ¡ay de los pueblos que no practican la ingratitud! El padre de ese hombre habia merecido bien de su patria; no era, como todos nosotros, mas que el ciudadano de una ciudad libre, solo que era el mas rico. En un año de escasez suma gastó su caudal en dar de comer á Nuremberg y á toda la Franconia; á no ser por él, todos nuestros padres se hubieran muerto de hambre. Por salvarlos vendió todas las tierras que poseia en Suevia y en Livonia, y agradecidos nuestros padres le dieron ciertos privilegios, y le edificaron ese castillo desde el cual su hijo exige ahora violentamente todos los atrasos de nuestra deuda. La gratitud de los pueblos, amigo, es un crímen para con la libertad: la raza de los grandes ciudadanos deberia condenarse al destierro como la de los grandes criminales. *Summa injuria, summum jus.* Supongo que no serán hombres de este pais los que sirven de cortesanos á ese déspota.

ULRICO.

Los mas son italianos, capitanes de su guardia.

MANSFELD.

Sí, la Italia es la que lo ha perdido. Seis años ha vivido en medio de aquellos cultos piratas y de aquellos feroces comediantes, á quienes los italianos llaman sus príncipes. Me acuerdo de haberle visto ántes de su viaje, aunque yo era todavía muy niño: lo mismo que una vírgen se sonrojaba al dirigirnos algunas palabras afables; era delicado y enfermizo. Un dia salvó á riesgo de su vida á un muchacho que se estaba ahogando en el Pegnitz, y miéntras la madre le besaba las manos sin poder pronunciar una palabra, prorumpió en sollozos, y fué corriendo á ocultar su turbacion. Grande impresion me hizo aquella escena. Aquella juventud prometia.

ULRICO.

Ahora hace llorar á las madres y sonrojarse á las doncellas; ahora tiene una cara impasible en que la sangre no deja mancha, y que la crápula no puede ajar; ni aun sé si el brillo de una daga que amenazase su garganta bastaria á labrar un pliegue en su máscara italiana. En fin, pronto lo veré.

MANSFELD.

¿Tú le vas á herir?

ULRICO.

Yo. Todos nuestros amigos lo ignoran aun, pues he querido guardar este secreto hasta el último momento. A las siete y media nos aguardan en las ruinas de San Estéban para concertar las medidas supremas..

MANSFELD.

El Conde es suspicaz y está bien guardado.

ULRICO.

Lo sé. Sé tambien que su jubon está forrado de láminas de acero, pero guardo allá arriba, en una cajita, como una joya sin igual, un talisman delante del cual desaparecerán todos los obstáculos, y es una carta de nuestro antiguo maestro, el doctor Staumer, dirigida al Conde. Staumer se hallaba moribundo en Viena, hace cinco meses, cuando el Conde le mandó llamar con toda urgencia; el Conde padece un mal interior que le roe el pecho, mal que tambien padeció su padre, y de que le curó Staumer. Staumer era un dios para él:

al mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, y una carta en la que me recomienda al Conde como el mejor de sus discípulos. Delante del médico, claro está que se abrirá el jubon de las chapas de acero: con un mismo golpe le curaré á él de sus males y á nosotros de los nuestros.

MANSFELD.

Bien, pero ya se hace de noche: ¿no es este el momento de la cita?

ULRICO.

Sí, vamos. (*Se vuelve hácia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.*) Esa emocion la ha quebrantado. Ya no la veré mas ni dormir ni velar.

MANSFELD.

Ven.

ULRICO, *mirando á Alix con ternura.*

Volveré para tomar la carta.

MANSFELD.

Mejor harias en tomarla ahora.

ULRICO.

No, volveré, es mas seguro. Vamos. (*Vánse.*)

II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Estéban, en la que hay varias hileras de asientos de piedra, y un púlpito en frente de los asientos: encima del púlpito, un crucifijo de medio relieve esculpido en la pared. La escena está iluminada por teas hincadas en argollas de hierro sujetas á las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos: van llegando otros nuevos, y sentándose despues de haber dado el santo á un hombre que está de pié á la puerta con una espada desenvainada en la mano. Entran ULRICO y MANSFELD.

MANSFELD.

¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tuya? ¿Los otros jefes?

ULRICO.

Sí. Ese que está mas cerca de nosotros, el mas gordo, es el síndico del gremio de los roperos, maese Enrique Fritzlar; con él con-

tamos al comercio por nuestro. Es rico y tiene dos hijas hermosísimas; por ambas razones es enemigo del Conde.

MANSFELD.

¿Y ese que está encorvado en su asiento, con las rodillas casi en la boca?

ULRICO.

Es el banquero Munius.

MANSFELD.

¿Un judío?

ULRICO.

Sí, un judío, pero aborrece al Conde, su maestro en punto á usura. Munius nos da todo el barrio de los judíos. El tercero, aquel largo y flaco, es una especie de aventurero, capitan nato de todos los pillos de la ciudad; le hemos enganchado para que no esté contra nosotros; es un maton de mala especie, pero bueno para un golpe de mano. Confío que morirá en la lid con la mayor parte de su cuadrilla. Se llama Ranucio de Bizancio.

MANSFELD.

¿De Bizancio? No me suena bien ese nombre. ¿Y quién es aquel personaje que está allá apartado de todos, y tiene á su espalda dos espectros inmóviles?

ULRICO.

Salado, un estudiante mala cabeza, pero de buen corazon. No sé quiénes son sus dos acólitos.

(Ya han entrado todos los conjurados, y está cerrada la puerta.)

ULRICO, *subiendo al púlpito.*

Amigos, si hay entre vosotros alguno que sienta en esta hora decisiva flaquear su corazon ó penetrar el menor escrúpulo en su conciencia, que lo diga ingenuamente; yo juro que se respetará su vida, y que solo por pura precaucion se le retendrá prisionero en esta estancia hasta mañana. Mas vale ser débil que traidor; pensadlo bien: ¿nadie responde? (*Silencio.*) Ahora, en nombre de todos vosotros, yo, vuestro jefe libremente elegido, declaro traidor á cualquiera de los presentes que, en el momento del peligro, fíase más en las palabras que en las obras, y doy poderes á todos y á cada uno de nosotros para herirle de muerte como á un traidor.

LOS CONJURADOS.

¡Amen!

ULRICO.

Ya sabeis que nuestros hermanos de Furth, de Wurtsburgo, de Bamberg, fiados en nuestro empeño, van á levantarse esta noche y á arrojar de sus ciudades á los gobernadores del Conde. Si demorásemos nuestra empresa un solo dia, los venderíamos cobardemente entregándolos á una muerte segura; vamos pues á consumar esta noche el grande acto para el que fraternalmente nos hemos conjurado.

TODOS.

¡Amen!

ULRICO.

Diga ahora cada jefe lo que ha resuelto hacer; luego hablaré yo por los estudiantes y por mí.

(Enrique Fritzlar sube al púlpito y se queda pensativo, con las manos cruzadas sobre su enorme barrigon.)

SALADO, *gritando.*

¡Mas alto! que no se oye.

FRITZLAR, *desdeñoso y solemne.*

Dignos hermanos mios.....

SALADO.

¡Bien, muy bien!

FRITZLAR.

A todo el mundo es notorio que maese Salado, por otro nombre Apura-botellas, me está siempre acosando con sus impertinencias, resentido de que lleva seis meses de rondar por debajo de las ventanas de mis hijas, sin lograr obtener de ellas el mas leve favor.

SALADO.

Una sola palabra va á confundiros, buen hombre. Vuestras amables hijas, de un padre hermoso vástagos mas hermosos todavía, como dice Flaco, me echaron la otra noche, no ya un ramillete, sino todo un arbusto en flor; ¡ah!

FRITZLAR.

Sí; ¡con el tiesto! Parece que os olvidais del tiesto, amiguito.

SALADO.

Un arbusto no prende en la palma de la mano; diciendo arbusto, creo que se subentiende suficientemente el tiesto. El tiesto era un favor mas.

ULRICO.

¡Señores!

FRITZLAR.

Por mi parte cumpliré lo que he prometido. En cuanto se abran las puertas del castillo, y ni un minuto ántes, tocará rebato la campana mayor; los gremios armados se reunirán en la plaza del Mercado, y los síndicos en el ayuntamiento, donde redactarémos una exposicion al Emperador, para implorar su proteccion y reconocer su señorío, mediante la conservacion de nuestros fueros.

SALADO.

Excelente, pero contradictorio.

FRITZLAR, *animándose.*

Sin embargo, no quiero ocultarlo : si Enrique Fritzlar conserva voz y voto en el ayuntamiento, la ciudad de Nuremberg decretará su primera ley de policía contra esa clase turbulenta de mozos insolentes que, so pretexto de dedicarse á estudios cuya importancia dista mucho de compensar los inconvenientes que la residencia... (*Murmullos en una parte del auditorio.*)

SALADO.

¡Dejadle, dejadle! le desafío á que concluya su frase; prosigue, pozo de ciencia. (*Fritzlar baja del púlpito en medio de una risa general.*)

MUNIUS, *desde su asiento humildemente.*

Dignos señores, tengo tan poco que decir.....

SALADO.

¡Al púlpito!

MUNIUS.

Solo dos palabras.

SALADO.

Ni una sola. Al púlpito.

MUNIUS, *subiendo al púlpito.*

Diré una sola palabra.

SALADO.

Pues decidla.

MUNIUS.

¡Así se me caiga un ojo de la cara á cada mentira que diga! Mis hermanos y yo marcharémos al socorro de los bizarros estudiantes y de los valerosos gremios de la respetable ciudad de Nuremberg; pero así me caiga muerto aquí mismo, y ántes dos veces que una, si no sale de mis labios la pura verdad; somos unos pobres infelices que nos quedamos á perecer con nuestros pobres hijos, si en el tumulto nos saquean nuestras pobres casas.

SALADO.

Thesaurus linguæ! tesoro de elocuencia! *Et veritatis!* y de verdad. Proseguid, vírgen de Sion.

MUNIUS.

Esa es la razon por qué desearíamos que se nos asegurase una buena proteccion para nuestras casas, miéntras estemos ausentes.

RANUCIO DE BIZANCIO, *con voz estentórea.*

Eso corre de mi cuenta. (*Se precipita al púlpito, del cual baja Munius precipitadamente. Ranucio prosigue.*) De mi cuenta corre, digo, velar con mi gente sobre las casas de los judíos; mi propósito, ademas, es estar un poco á la mira de todo. Pienso cubrirme de gloria de piés á cabeza desde que empiece la danza hasta que salga el sol. Mi plan es sencillísimo; héle aquí en dos palabras: coloco á ciento de mis leones á espaldas del castillo; apénas advierten que hay tumulto en el interior, se precipitan, acuchillan á la guarnicion y derriban las tapias en los fosos. Otros ciento de mis perros de presa, desparramados con disciplina por el barrio de los Judíos, se irán presentando sucesivamente á las puertas de todas las casas, que se habrá cuidado de dejar abiertas de par en par, para que las recorrán militarmente y se aseguren de que todo está tranquilo, y en especial de que las mujeres obtienen el debido respeto. Entre tanto yo, al frente de doscientos héroes, flor y nata de mi gente, me precipito en persona sobre los cuatro ángulos de la ciudad, con una tea encendida en una mano y esta espada en la otra. Como he batallado un poco por esos mundos y he asistido á mas de una toma de ciudad, en que, por decirlo así, nadábamos hombres y caballos en sangre hasta las rodillas, no hay temor que me falte resolucion. Es preciso

espumar la olla miéntras está hirviendo; tal era la opinion de mi abuela, tal es tambien la mia. Amigos ó enemigos, á nadie reconozco. ¿Es este ó aquel? ¡Qué se yo! ¿Se llama de un modo ó se llama de otro? Lo ignoro. En tales momentos, el hombre no es hombre, es el filo de una espada. ¡Peguen fuego á esa casa! ¡Un tajo á ese paisano! Sus! sus! á mi! Ranucio! Ranucio! cierra! pilla! mata! saqueo! saqueo!

MUCHAS VOCES.

¡Fuera ese bárbaro!

RANUCIO, *limpiándose el sudor de la frente.*

¡Cómo! ¿Qué dicen esos mercachifles?

LOS CONJURADOS.

Id muy noramala con vuestros leones y vuestros héroes!

RANUCIO.

Hablemos claros, señores, y sepamos en qué quedamos. ¿Vamos á pelear ó no? ¿Es costumbre batirse con almohadas y mongiles de viuda? Yo creia que íbamos á pelear.

ULRICO.

Señores, Ranucio es un soldado. Se ha explicado mal: lo que ha querido decir es que será inexorable con los partidarios del Conde.

RANUCIO.

Por supuesto.

MUNIUS.

Si la gente del capitan Ranucio entra en nuestro barrio, nosotros nos quedarémos en él para defender á nuestras mujeres y nuestras haciendas.

RANUCIO.

Judío, el que insulta á mi gente me insulta á mí.

MUNIUS.

Señores, señores, es un ladronazo. Me está debiendo doscientos florines, que me ha sacado sobre hipotecas falsas.

RANUCIO.

Judío, eres un aleve traidor.

MUNIUS.

Sale á robar de noche por las calles.

RANUCIO.

Hay que convenir en que esto es insoportable. (*Desenvaina su espada y baja del púlpito.*)

ULRICO, *poniéndosele delante.*

Ranucio, y tú, judío, ¿queréis perdernos con vuestras miserables rencillas? ¿Teneis alma? ¿Pensais en la hora en que estamos? Judío, nada temas; yo te respondo de tus bienes sobre mi honor. Ya me entiendes, Ranucio; hay muchos modos de hacer traicion, y la mayor para con la libertad es un crímen cometido en su nombre, una villanía cubierta con su escudo. Ranucio, abraza al judío.

RANUCIO.

Olvidemos lo pasado, digno Munius. (*Le abraza.*)

MUNIUS.

¡Socorro! qué me ahoga!

RANUCIO.

Te engañas, Munius, en órden á la significacion de mi abrazo.

MANSFELD, *en voz baja á Ulrico.*

Créeme, mejor haríamos en dejarlo é irnos á vivir léjos de aquí.

ULRICO.

Ya es tarde. Está seguro, amigo, de que todas estas mezquinas discusiones desaparecerán muy pronto ante el sentimiento de un deber comun y de un peligro presente.

SALADO, *desde su asiento.*

Señores y hermanos mios.....

FRITZLAR.

¡Al púlpito!

SALADO.

Es inútil. Solo voy á dirigiros algunas palabras para daros aliento.

FRITZLAR.

¡Al púlpito! al púlpito!!!...

SALADO.

Con mucho gusto. (*Sube al púlpito seguido de los dos enmascarados que no se han apartado de él ni un momento en toda la sesion.*) Hermanos mios, si hay alguna cosa capaz de conturbar un espíritu valeroso, es sin duda la imágen de una muerte cercana, sobre todo cuando esa muerte se presenta escoltada con el horrendo aparato de una refinada tortura. Mi flaca humanidad se estremece á pesar mio, cuando al consideraros á todos vosotros, los que estáis presentes, me digo: ¡Ah! todos esos rostros, de los cuales la mayor parte me son

familiares, unos ovalados, otros redondos, todos animados por los colores de la salud, serán todos dentro de algunos instantes caras igualmente lívidas, todas igualmente contractadas por la sorpresa de una muerte violenta. (*Murmullos.*) Hé ahí una porcion de séres vivos y bien conformados, que acaban de cenar sosegadamente con sus familias, que andan y que digieren, cuyos órganos todos en fin disfrutan de un movimiento sano y regular, y que mañana por la mañana estarán todos uniformemente tendidos sobre el polvo, masas inertes y tristes de ver, aun para los ojos de sus mas próximos allegados. (*Murmullos mas violentos.*) De un solo reves, todas esas cabezas habrán caido de encima de todos esos cuellos! (*¡Basta! ¡basta!*) Los dientes apretados, las bocas horriblemente entreabiertas, los músculos encogidos, los ojos vidriosos ó sanguinolentos, todas habrán rodado confundidas con troncos agitados por espantosas convulsiones sobre la yerba húmeda con el nocturno rocío, al canto matinal de las avecillas. ¿Sobrevive tal vez la sensibilidad á la degollacion? (*Tempestad de gritos : «¡Fuera! ¡Fuera!»*)

MANSFELD.

¿Qué es eso? ¿Habeis perdido la cabeza?

SALADO.

No señor, pero la perderé muy en breve, lo mismo que vos la vuestra. No me sorprende ciertamente la impaciencia de los valientes que me interrumpen, y les perdono que hayan interpretado mal mis intenciones. Escasamente habia llegado al fin del primer tercio de mi exordio; despues de haber aludido á la miserable suerte que nos aguarda, proponíame por medio de una brusca transicion, demostrar la grandeza del hombre que sabe domar sus mas vivos instintos, y sojuzgarlos con el freno de los sentimientos generosos; parecíame oportuno presentar con fuertes colores el cuadro de nuestros peligros, á fin de realzar tanto mas el valor de los que los arrostran; plan por cierto tan bueno como otro cualquiera; pero pues no quieren escucharme, punto concluido.

FRITZLAR.

¡Es un traidor! ¡Los dos desconocidos que le acompañan son espías del Conde!

SALADO.

Ahí os esperaba yo, ¡oh rencoroso síndico! Estos dos hombres son en efecto dos reclutas de mi mano. Mucho tiempo ha que me parecia de desear que hubiera en nuestra sociedad dos individuos por lo ménos, cuya fidelidad no fuese dudosa, y les he hallado por fin,

hermanos mios, y aquí os los presento. Vanamente atormentarian y descuartizarian á estos dos caballeros por arrancarles una sílaba sola tocante á nuestra conspiracion, y no tengo rebozo en decir que estoy mas seguro de ellos que de ninguno de vosotros y aun de mí mismo; verdad es que disfrutan el discreto privilegio de ser sordo-mudos de nacimiento. (*Risas y murmullos. Salado baja triunfalmente del púlpito, al cual sube Ulrico.*)

ULRICO.

¿Es esta una asamblea de hombres que preparan la libertad á su patria ante los ojos del Dios vivo, ó estamos en la antesala del tirano entre bufones que bromean y lacayos que disputan? Uno hay aquí ante quien todos debemos sonrojarnos, porque, movido á compasion de nosotros, movido á compasion de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestros hijos, ha resuelto sacrificarse solo, tomar sobre sí el acto decisivo de la lucha, que es la muerte del Conde, y no dejar á los otros mas que el peligro secundario de matar ó de hacer merced de la vida á hombres privados de su jefe. Solo ese, ya le sirva bien, ya le venda su mano, tiene que morir precisamente. Tanto como vosotros, acaso mas que vosotros, estaba apegado á la vida con dulces y poderosos vínculos..... ¡y este es el estímulo que le damos en su hora suprema! Por evitar un dolor á nuestros corazones, rasga él su corazon con su propia mano... ¡y este es el adios que damos á la generosa víctima! ¡Oh amigos! yo conozco á esa víctima; junto á ella estaba hace un momento; tenia asida su mano y la sentia temblar. ¿Temblaba acaso de miedo? No, pero dudaba; su alma estaba traspasada de dolor; oyendo en tales momentos vuestras indignas disputas, dudaba de vuestra sagrada causa, dudaba de su sangre, que va á derramar por ella..... ¿Osais blasfemar en torno de un amigo moribundo? Estáis al pié de su lecho de agonía.... os tiende la mano, os dice por mi voz: Amigos mios, apartad de mis labios ese cáliz demasiado amargo; tened misericordia de mi alma, devolvedle la fe! ¡No me dejeis morir desesperado, morir sin creer en los nombres porque muero, sin creer en la patria, en la libertad, en la santa fraternidad humana!..... Amigos, hermanos, escuchemos esa voz que no volverémos á oir ya mas; si teneis un corazon, vosotros, todos los que estáis presentes, yo os lo suplico de rodillas, pidamos perdon á Dios de haber infundido en esta solemne hora dudas tan impías en el alma de un mártir. (*Se arrodilla.*)

LOS CONJURADOS, *arrodillándose.*

¡Viva Ulrico! ¡Muera el Conde! ¡Viva la patria!

ULRICO.

Gracias, gracias por él. Ya es llegada la hora; ¿no hay aquí al

gun sacerdote? (*Se adelante un sacerdote hasta al pié del púlpito.*) Padre mio, esta noche va á morir el conde Otocar de Altena, falsamente llamado Conde soberano de Franconia. Con la violencia nos ha robado la libertad que nos diera Dios; con la violencia le arrebatarémos, en nombre de Dios, lo que nos ha robado. Vuestro puesto, padre mio, no está en la lid; toda la noche haréis oracion delante de ese crucifijo por el alma del Conde, pues si es un acto impío dejarse despojar de la santa libertad que se ha recibido del cielo, tambien la vida es cosa santa, y debemos arrodillarnos delante de Dios cuando matamos, aunque sea á un tirano. Al mismo tiempo, padre mio, pedirêis á Dios por el que va á herír al Conde.

EL SACERDOTE.

¿Quién es, hijo mio?

(Estremecimiento y murmullos entre los conjurados.)

ULRICO, *se arrodilla y hace oracion; luego levantándose.*

Yo.

SALADO.

¡Bravo!

ULRICO.

Mis amigos rodean el castillo, y al primer grito de alarma forzarán la guardia. Bueno sería que uno de vosotros tuviese el arrojo de entrar detras de mí para dar la señal desde dentro. ¿Quién me seguirá?

MANSFELD.

Yo.

SALADO.

Señor forastero, yo os saludo.

ULRICO.

Amigos mios, ahora á vuestros puestos. Si dentro de un cuarto de hora no estoy en el castillo, llamadme traidor. Ven, Mansfeld.

(Los conjurados se dispersan.)

SALADO, *corriendo detras de él.*

Mal me has tratado en tu filípica, pero no importa; permíteme que te dé un abrazo.

ULRICO, *rechazándole.*

Déjame.

SALADO.

¿No? pues te arrepentirás como hay Dios; te morderás las uñas que será un gusto. (*Váse.*)

(*La conclusion en el próximo número.*)

FRAGMENTO.

—

1.

Sociedad es un nombre sustantivo,
Que hace mucho papel hoy en la imprenta;
Y no es ménos comun el adjetivo
Social, que á cada paso nos revienta.
Si se lanza un decreto destructivo;
Si corre sangre humana en lid violenta,
La sociedad exige estos horrores,
Nos dicen folletistas y editores.

2.

La inmensa masa estúpida y palurda,
Interpreta la voz de un modo extraño.
Domina en ella esta opinion absurda:
Sociedad es lo mismo que rebaño.
Como el rebaño da la lana burda,
Para que el tejedor fabrique el paño,
Así la sociedad su jugo exprime,
Para que viva alegre el que la oprime.

3.

Otra casta de bichos no tan lerda,
La sociedad explota como mina.
Si ella, segun costumbre, desacuerda,
Hombre diestro se goza en su ruina.
Que caiga por sus bases y se pierda,
No importa. El avisado que combina
Bien sus planes, abriendo tantos ojos,
Se enriquece feliz con sus despojos.

4.

¿Qué es para tí la sociedad, Don Dimas?
—Teatro abierto al público, en que ostento,
Unas veces mi prosa, otras mis rimas,
Y que extático admira mi talento.

Especie de armazon sobre tarimas,
Y yo á lucir en ella me presento
Mi saber, mi corbata, ó algo mio.
La sociedad aplaude y yo sonrio.

5.

¿Cómo defines tú, Don Planisferio,
La sociedad?—Un grupo de gañanes,
Que debe sujetarse á mi criterio,
Y adoptar mis doctrinas y mis planes.
Yo he dado, y nadie mas, en el misterio.
La sociedad compense mis afanes;
Póngame á la cabeza del despacho,
Y tendrémos las bodas de Camacho.

6.

Y tú, Don Mirabel, ¿cómo defines
La sociedad?—Señores, es un pacto,
Que forman poderosos y ruines,
Y que, desde el Diluvio, reina intacto.
Demarcados de un pueblo los confines,
Viene un escriba y solemniza el acto;
Y así se ven brotar todos los dias,
Repúblicas, imperios, cofradías.

7.

Otros cortos de vista, por la venda
Que cuanto reina en torno desfigura,
Ven en la sociedad una tremenda,
Formidable y cruel magistratura.
No hay que pensar en cosa que la ofenda.
La individualidad de la criatura
Racional, en su masa desparece.
Si ella manda, infeliz quien no obedece.

8.

Y esta es una opinion que nadie ataca,
Cual si la hubiera dicho Pero Grullo.
Ella convierte al hombre en burro ó vaca;
Condena su razon; hiere su orgullo.
Dicen que la razon débil y flaca
Crece robusta y fuerte en el murmullo
De eso que diz se llama mayoría.
¿Es esto libertad ó tiranía?

9.

¡Qué! ¿Mi razon por sí no vale nada?
¿Seré sordo á su oráculo elocuente,
Si por mi desventura desagrada
Su interno fallo al fallo de la gente?
¿Qué es la gente? ¿Fraccion privilegiada
De la creacion, ó máquina potente
De justicia y verdad? ¿Esencia pura,
De error exenta y de pasion segura?

10.

Cuando despues de un improbo trabajo,
Procuro descubrir en mi conciencia
Lo que es injusto ó justo, noble ó bajo,
Lo que exige blandura ó resistencia,
Vituperio ó loor, ¿no me rebajo
De la mental altura y excelencia
Donde me puso Dios; mi sér no abdico,
Si mi voto á otro voto sacrifico?

11.

Limite su ambicion la mayoría
A lo de afuera: allí reina segura,
Como lo prueba clásica teoría,
Que á sendo hombre de bien parece oscura.
Ceda á la sonorosa algarabía
Que en medio de locuaz legislatura
Se explaya en desatinos garrafales,
Y arregla el porvenir de los mortales.

12.

Si habla fuera de puertas, no hay quien chiste,
Porque emplea terribles argumentos.
Su inexpugnable lógica consiste,
Como la de los tigres y jumentos,
En mordedura y coz. El que resiste,
Recibirá en sus pobres tegumentos,
Roturas, contusiones y postemas,
Que son sus silogismos y entimemas.

13.

Tú, que á vivir empiezas, si á la entrada
Del vivir abandonas indolente,
La opinion por tí mismo preparada
Con la sola energía de la mente;

Si cual miembro de estúpida manada,
Marchas donde ella marcha ciegamente;
Si el voto ajeno estimas de tal modo,
Que piensas que eres nada, y él es todo;

14.

Si basta que en el mundo se derramen
Los dichos de uno solo ó de infinitos,
Para que los recibas sin exámen,
Y al rumor general unas tus gritos;
Si aguardas que otro exprese su dictámen,
Para llamar virtudes ó delitos
Las acciones pasadas y presentes;
No digas que eres libre, porque mientes.

15.

No pienses que eres libre aunque pregones
Constitucion, derecho y garantías;
Aunque asistas á juntas y elecciones,
Y digas al poder mil picardías.
Aunque de rojo trapo te corones;
Aunque de Cárlos y Miguel te rias.
Si obrando así la interna voz sofocas,
Y dices que eres libre, te equivocas.

16.

La libertad que adora un alma recta,
Consiste en no ceder, si no es movida
Por una conviccion sana y perfecta,
De imperiosas razones deducida;
En abjurar faccion, partido, secta,
Cuando la fe interior no mas convida
Con elocuente voz al libre asenso;
En decir: si resisto, és porque pienso.

17.

Libre es tan solo el hombre que en si mismo
Confia. y por si obra, y no depende
Le que la ajena ciencia ó empirismo
Lo aliste en el partido que deflende.
Libre, quien sin orgullo ni egoismo,
De autoridad el yugo desatiende
Que acatan con pavor turbas esclavas;
Libre soy yo que escribo estas octavas.

18.

Pero ya me retracto: no soy libre,
Ni es hoy libre nacion salvaje ó culta,
Miéntras resuene desde el Sena al Tibre
Grito feroz que á la razon insulta;
Miéntras la espada destructora vibre
Con frenético ardor la turbamulta;
Miéntras conserven su fatal prestigio
Sangrienta marsellesa y gorro frigio.

19.

No hay libertad posible en el empeño
De destruccion que al ciego vulgo aguija,
Ora que del poder árbitro y dueño,
Vaga sin diestra mano que lo rija;
Ora que adormilada en torpe sueño
La pobre autoridad sin base fija,
Se hunde á los gritos de atrevida gente,
Ebria de rebeldía y aguardiente.

20.

Porque ¿cuál es el hombre á quien no alarma
La horrible turbacion que nos agita?
¿Quién de persecucion no teme el arma,
Cuando la turba airada la concita?
¿Acaso el justo su furor desarma,
Si de faccion estólida no imita
La postracion, cuando es mortal ofensa
Que despliegue los labios el que piensa?

21.

Cual huracan que el mar de las Antillas
Remueve atroz con furibunda saña,
El cual rugiendo azota las orillas,
Y de espumas pradera y soto baña;
Y los palmeros quiébranse en astillas,
Pártese el cedro como débil caña;
Precipítanse henchidos los torrentes,
Y arrastran los sembrados y las gentes,

22.

Así una conmocion estrepitosa
Revuelve, y turba, y de temores llena
La atmósfera social, que mas dichosa
Vió otra raza pacífica y serena.

Nadie seguro está; nadie reposa
Sobre un estable porvenir. De arena
Son los cimientos en que se alza altiva,
Una engañosa y vana perspectiva.

23.

No hay círculo concéntrico que guarde
Debida proporcion y simetría.
Ya no hay centro en el mundo; que es alarde
Salir del suyo todos en el dia.
El imberbe garzon piensa que es tarde
Para ocupar el puesto en que confía,
Y el mas intonso y vano mequetrefe
Si no es ministro rabia por ser jefe.

24.

Si uno sube al poder, nadie pregunta
Dónde aprendió, qué méritos contrajo;
Mas apénas su aurora allí despunta,
Le dan un mojicon, y viene abajo.
Hoy con una faccion otra se junta;
Luego las dos pelean á destajo,
Y en este remolino de facciones,
Se vuelven baratillos las naciones.

25.

¿No se juega á reforma y á progreso,
Como juegan al toro los muchachos?
¿No charlan de mociones y congreso,
Ciudadanos agudos como machos?
El que de su honradez habla mas tieso
¿No llena de doblones los cenachos?
Quien hasta de su lengua el genio ignora,
¿No es el que mas arenga y mas perora?

26.

¿Quién cuenta con su fama y su bolsillo?
¿Quién, que empieza, podrá decir que acaba?
El que ayer manejó lezna y cepillo,
¿No es hoy el genio que la plebe alaba?
Y en este general batiburrillo
¿No se desboca sin pudor ni traba
La corrupcion? Y en esta barahunda,
¿Cómo será que no florezca y cunda?

27.

¿Quién no ha sido ministro, secretario,
Coronel ó encargado de negocios?
¿Quién no ha visto su nombre en un diario,
Con vituperio y con baldon por socios?
¿Quién no abrigó un proyecto estrafalario?
¿Quién renuncia á lucir por blandos ocios?
¿Quién no ha cruzado mar, llanura ó cerro,
Ora en emigracion, ora en destierro?

28.

¿Hay quién á vida parca y llanas ropas,
Si á mas no da la hacienda, se limite?
¿No hay quien apénas gana para sopas,
Y gasta un dineral en un convite?
¿Los personajes no andan hoy en tropas?
¿Con el oro el estiércol no compite?
¿Hay mocoso en el dia que no entienda
De diplomacia, táctica y hacienda?

29.

Con el pié en el estribo viven todos
Apercibidos á marchar; dispuestos
A correr por pantanos y por lodos,
Con tal que al cabo miren altos puestos.
Y si suben las deudas á los codos,
Mas distinguidos títulos son estos;
Y en verdad no hay un ente mas gallardo,
Que el que vive de astucia y de petardo.

30.

Del bajo extremo al superior se salta,
Sin transicion, ó mas que salto es vuelo,
Y luego una gran cruz el pecho esmalta,
Y se ostenta cual águila el mochuelo.
Pero tambien de aquella region alta,
Con imprevista rapidez al suelo
Baja y se sume en el profundo olvido,
Del que nunca debiera haber salido.

31.

Como los individuos, las naciones
Viven hoy sin fiarse de mañana.
Vacila entre diarias convulsiones
La autoridad ó sierva ó soberana.

Tan fácil es fraguar constituciones,
Como abrir ó cerrar una ventana,
Y es tan breve el durar de cada una,
Que ya los hombres viven sin ninguna.

32.

Para todo deber se encuentra efugio,
Para todo derecho su contrario;
La ley se preconiza cual refugio
Del bien comun; refugio tan precario,
Que el diestro con engaño y subterfugio,
Y el fuerte, con arrojo temerario,
De toda ley se burlan, y le cede
Tan solo quien no sabe ó quien no puede.

33.

Se habla mucho de leyes, cual parola
De extraño retintin que el aire hiende;
Pare un año mil leyes, y la sola
Que á todos en su círculo comprende
Tan descaradamente se viola,
Que ya nadie la estudia ni la entiende;
Faltando á las demas este cimiento,
Es su estabilidad cual la del viento.

34.

¿Y en punto á educacion? De la escolástica
Los jóvenes sacuden el dominio;
Armazon que, aunque lóbrega y fantástica,
Hacia trabajar al raciocinio.
Hoy se ha vuelto la ciencia tan elástica,
Que puede uno adquirir el predominio
De cuanto guarda en sí la Enciclopedia,
Miéntras es hora de ir á la comedia.

35.

¿Adónde irémos á parar en medio
De esta dislocacion, de este embolismo?
¿Cuál el hombre será que hallará medio
Capaz de preservarnos del abismo?
A tantos males ¿quién dará remedio?
¿La democracia ó bien el despotismo
Será quien la cuestion pendiente acabe
Y se establezca de una vez? ¿Quién sabe?

J. J. DE MORA.

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

LA LOGICA DE MILL.

SEGUNDO ARTÍCULO.

Concluimos nuestro primer artículo sobre esta importante obra, haciendo mencion de los cuatro métodos experimentales en que el autor divide la averiguacion de los hechos científicos, y son : el método de conveniencia, el de diferencia, el de resíduos y el de variaciones concomitantes. Hé aquí cómo explica los dos primeros.

«Los medios mas sencillos y fáciles de escoger entre los hechos que preceden y siguen á un fenómeno, aquellos que con él están ligados por medio de una ley invariable, son los dos que he llamado de conveniencia y diferencia. El primero compara los diferentes casos en que el fenómeno ocurre. El segundo, los casos en que el fenómeno ocurre, con otros semejantes, bajo todos los demas aspectos en que deja de ocurrir. Al ilustrar estos dos métodos, conviene no perder de vista el doble carácter de toda investigacion relativa á las leyes de los fenómenos : es decir, la averiguacion de la causa de un efecto dado, y el efecto y propiedades de una causa dada. Por ejemplo, sea el hecho antecedente el contacto de una sustancia alcalina y un aceite. Esta combinacion, probada en mucha variedad de circunstancias, que solo en este resultado se asemejan, produce siempre otra sustancia crasa y detersiva, es decir saponácea, ó para que todo el mundo lo entienda, jabon. Será pues justa esta consecuencia : la combinacion de un aceite y de un álcali, produce jabon. Tal es la aplicacion del método de conveniencia á la investigacion de una causa. Veamos ahora la de un efecto : sea el hecho la cristalizacion. Comparemos muchos casos en que los cuerpos toman una estructura cristalina, pero que en nada

mas convienen, y hallarémos que no tienen mas que un antecedente comun : la deposicion de una materia sólida procedente de un estado líquido, ya en estado de fusion, ya en el de solucion. Concluirémos entónces que la solidificacion de una sustancia líquida, es un antecedente invariable de su cristalizacion. El método de los resíduos obra del modo siguiente : sustrayendo de un fenómeno dado todo lo que puede ser atribuido á causas conocidas, lo que resta será efecto de una causa no observada, ó no bastantemente observada para conocer todos sus efectos. Este es uno de los medios mas importantes de las ciencias de observacion, y uno de los mas fecundos en descubrimientos inesperados. Muchas veces nos revela series de fenómenos en que ni la causa ni el efecto han sido bastante notables para llamar nuestra atencion, pudiendo ser su agente una circunstancia oscura, demasiado imperceptible, para haberse notado sin haberla buscado á propósito, y que no se buscaria si no fuera por la insuficiencia de los hechos conocidos para poder merecer el nombre de causa. Así fué justamente como se descubrió el fluido galvánico. Se presentó un hecho nuevo : la palpitacion de una rana desollada. Era desconocido sucausa como lo era el hecho mismo. La observacion de otros hechos análogos, provocados por medio de circunstancias análogas al hecho primitivo, condujo al conocimiento de un nuevo agente natural, de que los sabios no tenian la menor idea. El método de las variaciones concomitantes sirve para todos los casos á que no puede adoptarse ninguno de los ya definidos. En esta categoría entran las leyes naturales ó agentes permanentes é indestructibles, que es tan imposible excluir como aislar, los cuales no podemos evitar que estén presentes, ni separarlos de los hechos que lo acompañan. Sírvanos de ejemplo el calórico. Dejando aparte toda teoría y opinion sobre la naturaleza de este agente, es un hecho cierto que jamas se consigue despojar á un cuerpo de todo el calórico que contiene. Lo es igualmente que no hay calórico sin cuerpo que lo desarrolle y del cual emane. Siendo pues imposible separar estas dos cosas, calórico y cuerpo, no podemos producir aquellas variaciones de circunstancias que los tres métodos examinados requieren, ni podemos por ellos averiguar todos los fenómenos observados en un cuerpo, que deben ser exclusivamente atribuidos al calórico. Si pudiéramos examinar el mismo cuerpo en los dos estados, es decir, con calórico y sin calórico, el método de diferencias nos haria conocer los efectos correspondientes á cada uno. Si pudiéramos observar el calórico en circunstancias que concurriesen en este solo punto, y no concurrieran en ninguna otra, la empresa no sería difícil. Mas siendo imposible conseguirlo, se hace forzoso acudir á otro sistema de investigacion, sin el cual la ciencia quedaria siempre condenada á desconocer las causas de un sin número de fenómenos que se presentan diariamente á su admiracion. Así, cuan-

do se ha descubierto que el calórico es la causa de la dilatacion de los metales, ha sido únicamente porque las variaciones en la dilatacion de la superficie del metal han correspondido ó han sido concomitantes con la intensidad del calórico que se ha empleado como agente. »

A cada uno de estos métodos señala el autor un cánon que lo rige, y que debe servir de regla al observador que lo aplica. El cánon del método de conveniencia es este: si dos ó mas casos del fenómeno que se investiga tienen una sola circunstancia en comun, esta circunstancia es la causa ó el efecto del fenómeno dado. El del método de diferencia: si el caso en que el fenomeno que se investiga ocurre, y aquel en que no ocurre tienen todas las circunstancias en comun, ménos una, y esta sola se presenta cuando el fenómeno ocurre, la circunstancia única en que los dos casos se diferencian, es el efecto ó la causa, ó parte necesaria de la causa del fenómeno dado. El cánon del método de los residuos: dedúzcase de un fenómeno aquella parte, conocida por previas inducciones, como efecto de ciertos antecedentes, y el residuo del fenómeno es efecto de los otros antecedentes, que no concurrieran directamente á la parte conocida. El cánon del método de las variaciones concomitantes: todo fenómeno que varía de algun modo, cuando otro fenómeno varía de un modo particular, es ó causa ó efecto de aquel, ó está ligado con él por medio de algun hecho de causacion.

Quisiéramos poder analizar todas las partes de la obra de Mill, porque en todas ellas encontramos esta misma exactitud en la exposicion de las doctrinas, y esta misma tendencia á la utilidad en su espíritu. Su capítulo sobre la deduccion, uno de los mas importantes de la obra, es un tratado completo de lógica práctica, lleno de ideas luminosas y de graves teorías, ilustradas con ejemplos sacados de las ciencias naturales, que testifican los vastos conocimientos del autor en estos ramos. En el mismo capítulo trata de la hipótesis, y prueba la utilidad de este artificio, no porque suministra pruebas, sino porque facilita explicaciones. Cuando la hipótesis explica con cierto grado de amplitud, de tal modo que por su medio se entienden la mayor parte de los fenómenos pertenecientes al órden que se estudia, entónces se convierte en doctrina; es decir, en verdad, y entónces la imaginacion ha desempeñado el papel de la razon, y el hombre ha adivinado el enigma de la naturaleza. Tal es la historia de la teoría de la atraccion universal. Newton supuso que existía un principio, y el principio no desmintió su admirable vaticinio.

El tratado de psicología no satisfará probablemente á los que, seducidos por las doctrinas de algunos recientes filósofos, admiten con la mayor seguridad las resoluciones mas atrevidas de los mas oscuros problemas que presenta la ciencia del alma. El autor opina que esta ciencia es sumamente defectuosa en generalizaciones, y por con-

siguiente que aun está muy léjos de desempeñar los altos fines á que aspira. En verdad, mas inclinado á lo positivo que á lo ideal, y mas deseoso de ser útil que de excitar aplausos ó de formar escuela, se abstiene de invadir el campo de los sistemas, y ni aun hace mencion de los que se han formado sobre este importante estudio. Prefiere al exámen de las leyes internas del alma la disciplina de sus operaciones. Considera al espíritu humano en sus manifestaciones externas, y estas son las que somete á su legislacion, sin que parezca interesarse mucho en el exámen de su recóndito y misterioso principio. Así es que en la parte que llama etología, y que no es mas que una ética fundada en ideas enteramente nuevas, el problema que se propone resolver es el influjo que ejerce en la formacion del carácter de un hombre y de una nacion, el uso de las voces empleadas para significar sus derechos, sus obligaciones, y todo lo que se refiere á la moralidad práctica.

De la moral á la política no hay mas que un paso. Mill penetra en esta difícil y complicada materia, con la seguridad que le presta el rigor de su modo de analizar. La estructura lógica de la ciencia social, como él la llama, es el instrumento único que puede guiar á los hombres en el camino del acierto. «La ciencia social, muy rectamente llamada sociología por el célebre frances Comte, es una ciencia deductiva, no como lo es la geometría, sino como lo son las altas ciencias físicas; infiere la ley de cada efecto, de las leyes de causacion en que aquel efecto se funda, sin referirse á una causa, sino considerando todas las causas cuya cooperacion es necesaria en el caso dado.» Esta doctrina nos parece tanto mas importante en la época presente, cuanto mas se ha propagado la aficion al estudio y á la enmienda de las instituciones públicas: ocupacion favorita de todas las clases sociales, y asunto inagotable de escritos y de conversaciones. Y no es esto solo: sino que el ardor con que se lanzan los hombres á introducir mejoras y aun trasformaciones completas en toda clase de legislacion, les hace perder de vista la complicacion de causas que han dado orígen á los modelos que se proponen imitar, y que los seducen por los felices resultados que en otras circunstancias han tenido. Por esto creemos altamente perjudicial la costumbre generalmente seguida de citar, en abono de una reforma proyectada, los efectos que esa misma mejora ha producido en otros puntos del globo. Son rarísimos los hechos pertenecientes al órden moral, político y económico, que dependen de una causa sola, y hay dos razones para que así sea. La primera, que estos hechos tienen por primer móvil la voluntad del hombre: es decir, el agente mas variable y mas inconstante de la naturaleza; agente en cuyas diversas resoluciones están sin cesar influyendo los deseos, las pasiones, los caprichos, las preocupaciones, los intereses que tantas circunstancias provocan y alteran. La segun-

da, porque estos hechos se producen en la sociedad; es decir, en esa masa confusa de séres humanos, tan diversos en temple, corazon, educacion, hábitos y propensiones. Por esto nos parecen tan extrañas las combinaciones en que se funda la estructura social de algunas familias humanas; por esto se frustran á cada paso las leyes que queremos aclimatar en un terreno impropio para su fecundacion; por esto en fin los hombres sensatos y experimentados miran con tanto terror esas transiciones repentinas de un régimen á otro, que en el siglo presente han llegado á ser escenas familiares y diarias.

El autor consagra un capítulo á lo que llama la deduccion inversa, ó el método histórico, por cuyas denominaciones entiende el análisis de la historia y de la sociedad, encaminada á colectar las leyes empíricas del progreso humano, convirtiéndolas en leyes derivativas, emanadas de los primeros principios de la naturaleza humana. Los ejemplos históricos que aduce como ilustraciones de sus teorías, no solo demuestran una erudicion vasta, sino que forman una de las partes mas amenas de la obra. En realidad este capítulo puede considerarse como la llave de la filosofía de la historia. Adoptando las ideas de Mr. Comte, distingue la estática social de la dinamica social. La primera comprende las leyes del equilibrio, de la estabilidad, del mutuo consentimiento de todas las partes que constituyen el Estado, y la nacion: la segunda, las leyes del movimiento, del progreso, de la sucesion, de la produccion, que siguen los estados y naciones, cuando pasan de uno á otro modo de ser. Esta distincion es en alto grado útil para la simplificacion de un estudio tan complicado, y sirve poderosamente para la distribucion de los hechos que corresponden á cada una de aquellas dos categorías. Montesquieu, al examinar las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos, y Robertson en su magnífico cuadro del estado social de Europa, en la época que precedió inmediatamente á Cárlos V, se han sujetado instintivamente á las reglas que el autor prescribe, formando un singular contraste con otros escritores que han abrazado *a priori* un principio, y que se empeñan en atribuir á su operacion todos los hechos que la historia les suministra. Para que la historia sea una escuela práctica, un depósito de modelos y de escarmientos, es indispensable que adopte aquellos dos instrumentos, y que siga con ellos la filiacion de las vicisitudes que han modificado nuestra especie.

La obra termina con un capítulo dedicado á la lógica de la práctica ó el arte, incluyendo las reglas prácticas de la moral y de la política. Nos faltan el tiempo y el espacio para juzgar esta parte de la obra, digna quizas de un trabajo mas extenso que el que hemos empleado en la totalidad.

Resumiendo nuestro juicio sobre esta nueva adquisicion de la filosofía, no vacilamos en expresar nuestro sincero deseo de verla tradu-

cida al castellano, propagada entre todos los hombres estudiosos, y sobre todo en las universidades, donde, segun tenemos entendido, la enseñanza de la filosofía en todos sus ramos, está muy léjos de corresponder á las necesidades intelectuales del siglo, y á los progresos que en todos los demas estudios se notan. Desde la caida de la escolástica, todavía no se ha instalado en España una escuela verdadera y compacta de filosofía, y la juventud adquiere sobre este ramo de saber, que es la llave maestra de todos los conocimientos humanos, las nociones mas confusas, mas superficiales y mas contradictorias. Un curso universitario de filosofía, se considera entre nosotros como una iniciacion de pura fórmula en las carreras sabias, un noviciado de rutina, por el cual es forzoso pasar, y del cual no ha de quedar el menor vestigio en las tareas futuras. Es como el andamio que se erige para construir un edificio, y que se destruye cuando no hace falta. Este deplorable error tiene su orígen en la anarquía de la enseñanza, en la disparidad y muchedumbre de libros aprobados para conferirla, en la falta de sistema, en la poca importancia que se da á la ciencia: en fin, en que hasta ahora ningun gobierno ha pensado seriamente en este asunto, ni se ha tratado jamas de formar una escuela normal de la enseñanza filosófica, que es una de las grandes necesidades de nuestra época y de nuestro pais. La propagacion de la obra de Mill podria suplir en gran parte estos vacíos, y en todo caso la creemos digna de ser recibida como base de toda la asignatura. El gran inconveniente de la filosofía moderna en Alemania y Francia, que son las dos naciones que le dan la ley, es su ambiciosa propension á teorías aven turadas y desproporcionadamente elevadas con respecto á los medios que poseemos para penetrar en el santuario del espíritu; es su prurito de abarcar descubrimientos puestos fuera del alcance de nuestras facultades, y con los cuales no sabríamos qué hacer, dado que nos fuera posible adquirirlos. Lo que mas falta hace al siglo en que vivimos, para evitar estos grandes escollos en que fracasan desde luego la razon, y en seguida la moral, y á la larga la estabilidad de las creencias y el reposo de las sociedades, es un conductor seguro y persuasivo, que nos indique el fin que nos hemos de proponer en el estudio de una ciencia, los medios de obtenerlo, y la utilidad que de su adquisicion puede resultarnos. El malogrado Jouffroy, en su excelente obra póstuma, *De la organizacion de las ciencias*, ha concentrado los frutos del amargo escarmiento que produjo en él la falta de esta disciplina preparatoria: confesion tan dolorosa como edificante, que por lo mismo excitó gran exasperacion y desden en sus antiguos maestros y condiscípulos, rebeldes á la voz de tan saludable desengaño, y á quienes parecia muy duro abandonar el cetro del dogmatismo, y confesarse víctimas de una ilusion, ó juguetes del orgullo. Esta iniciacion no puede consistir en otra cosa que en la formacion de un criterio

recto y seguro. Nosotros creemos que la lógica de Mill desempeña cumplidamente este propósito. Mill ha hecho el mismo servicio á las ciencias en general, que Bentham á la jurisprudencia en su *Tratado de pruebas judiciales*.

J. J. DE MORA.

ALIX,

leyenda Alemana.

(*Véase el número 1.°, página 37.*)

III.

En casa de Ulrico. Entran Ulrico y Mansfeld. Alix se levanta como sobresaltada y permanece en pié toda trémula, apoyada en el respaldo de un sillon. Ulrico se acerca á ella, la mira un momento en silencio, y luego la besa en la frente muy conmovido.

ALIX.

¿Ya ha llegado el momento?

ULRICO.

Mansfeld irá conmigo. Nos ayudarémos uno á otro, y Dios nos ayudará. Nada temas.

ALIX.

¿A qué hora?

ULRICO.

Ahora mismo. Vamos, hermosa mia, si quieres que conserve mi valor, no tiembles. (*A Mansfeld.*) Voy arriba á tomar la carta de Staumer. (*Sube por la escalera de caracol y desaparece.*)

MANSFELD.

Alix, valor, en nombre de Dios. De una sola lágrima de una mujer suele depender, hija mia, el honor de un hombre, y á veces el destino de un pueblo. (*Alix coge, sin responder, la mano de Mansfeld; en el mismo instante se oye un grito en la estancia superior, y Ulrico baja la escalera corriendo, pálido y desencajado.*)

ALIX.

Dios mio, ¿qué es eso?... Ulrico ¿qué tienes?

ULRICO.

¡La carta!..... ¡No encuentro la carta!... ¡La caja está vacía!... Alix, alguno ha entrado aquí. Dí, ¿quién ha venido? ¡Habrás dejado la puerta abierta al salir, desgraciada!...

ALIX.

¿Es posible?... Pero no, no me acuerdo... y luego ¿con qué interes pueden haber hecho ese robo? ¿No has ocultado á todo el mundo la existencia de esa carta?... ¿Quién puede haberla cogido?... ¿Has buscado bien?

ULRICO.

¡Si he buscado! Te digo que la caja está vacía. ¡Misericordia de Dios! ¡No hay remedio, no hay remedio! ¿Y cómo acercarme ahora al Conde? ¿Qué pretexto? Qué medio queda? Me recibirá en medio de su guardia, con su coraza en el pecho. Es imposible... ¡soy perdido!!!...

MANSFELD.

¿Dónde estaba la llave de la caja?

ULRICO.

Colgada de mi cuello, en esta cadena; ¡han forzado la cerradura!

MANSFELD.

¡Es extraño! ¿Y á nadie habias confiado el secreto de esa carta?

ULRICO.

¡A nadie! jamas. Alix, ¿has salido esta tarde?

ALIX.

Un instante solamente; en cuanto he tenido tiempo para llegar á Santa Clara, encender una vela y volver. Ademas, estoy segura de haber cerrado la puerta.

ULRICO.

¡Dios mio!... (*Se llega corriendo á una de las ventanas.*) ¿Quién ha roto este vidrio? ¿Le has roto tú?

ALIX.

¿Un vidrio roto? No le habia visto. No, estoy segura de que no le he roto.

MANSFELD.

Y por aquí fuera están tronchadas algunas ramas de la parra. Alguno ha entrado, y ha salido por aquí.

ULRICO.

Sí, eso es..... miéntras has estado fuera.... ¡Oh, Dios mio, Dios mio!.. ¡Y yo que he prometido..... que he jurado!... De seguro no me creerán; dirán que he faltado á mi palabra, que he quebrantado mi juramento, que he tenido miedo... ¿Y qué hago, qué puedo hacer ahora? (*Se retuerce los brazos desesperado.*)

MANSFELD.

No hay mas que una cosa que hacer; avisar á los conjurados sin perder ni un instante. A lo ménos salvemos sus cabezas.

ULRICO.

¿Y á los de Bamberg? Y á los de Wurtsburgo? Y á toda la Franconia la avisarás tambien? Vivo el Conde, su levantamiento no servirá mas que para designarle víctimas..... ¡Se han fiado en mi palabra de honor, y por ello van á morir! ¡Oh miserable, miserable de mí!... Y la verdad es que los vendo en efecto... yo hubiera debido tener dispuestos varios medios... ¡Dios mio! ¡He vendido á mis hermanos!.. Cuando hablen de tí, pobre mozo, no te compararán á Bruto, no; te llamarán Júdas! (*Se cubre el rostro con las manos.*) Mira cómo te vengo, Alix mia.... ¡Ah! razon tenias en despreciarme..... ¿Quién sabrá siquiera si ha existido nunca tal carta?... He mentido, amigos mios, nunca he tenido esa carta... Mira, Mansfeld, vete... Díles lo que quieras... Es preciso acabar con este infierno que tengo en la cabeza. (*Desenvaina violentamente la daga.*)

ALIX, *deteniéndole la mano.*

Dámela. Ve á reunirte con tus amigos, y estad todos prontos. Yo mataré al Conde.

ULRICO.

¡Estás loca, Alix!

ALIX.

Quedarias deshonrado, tú lo has dicho; serías un infame, y yo no quiero que lo seas, y quiero vengar á mis hermanos. Hace un momento abrí tu Biblia : Dios mismo me puso delante de los ojos la historia de Judit. Lo que ella hizo por su pueblo, voy yo á hacerlo por el mio. El billete que me tiró esta mañana el Conde me bastará para entrar.

ULRICO.

No, no, no puedo resistir á esa idea.

ALIX.

Pues qué ¿no queda todo lo mismo? ¿Creias acaso haberme engañado? Bien sabía yo que era imposible que sobrevivieses á tu empresa: ¿no habíamos por consiguiente de morir ambos esta noche? ¿Qué importa lo demas? Déjame partir, amado mio.

ULRICO.

¡Qué horrible, qué horrible pensamiento! Mansfeld ¿crees que debo consentirlo?

MANSFELD.

Debes.

ULRICO.

Pues bien, Alix... ¡Ah! ¿por qué te he conocido?... por qué te he amado?

ALIX.

El tiempo vuela; déjame salvar tu honor.

ULRICO.

¿Pero será posible, Dios mio, que no haya otro medio?

MANSFELD.

No lo hay.

ULRICO.

Pues bien, que vaya..... Un instante solamente, concededme un instante..... Si encontrase esa carta..... voy á ver..... no os pido mas que un minuto. (*Sube precipitadamente la escalera.*)

MANSFELD.

Antes dudé de vos, Alix; perdonadme. Si quereis creerme, partid sin volverle á ver.

ALIX.

Sí, amigo, sí, teneis razon..... pero sin embargo tendria que..... Estoy tan descompuesta... y necesito parecer hermosa á ese Conde. ¡Ah! conozco aquí cerca á una vieja judía que trafica en ropas y galas..... Entraré un momento en su casa. Adios.

MANSFELD, *se inclina y besa la mano á Alix.*

Adios. (*Vase.*) Quisiera que me tragara la tierra ántes de que baje ese desgraciado. (*Baja Ulrico.*)

ULRICO.

Nada, nada. ¿Dónde está Alix?

MANSFELD.

Se ha ido.

ULRICO.

¿Se ha ido? ¡Cómo! ¿y tú la has dejado salir?

MANSFELD.

Yo le he rogado que se vaya.

ULRICO.

Sí, ella por sí no hubiera tenido valor..... Has hecho mal, Mansfeld, muy mal. Necesito hablarla, quiero volverla á ver.

MANSFELD.

Ulrico, sé hombre.

ULRICO.

No la disuadiré, pero quiero volverla á ver..... ¿Por dónde ha ido? Mansfeld, amigo mio, dímelo por Dios.

MANSFELD.

No lo sé.

ULRICO.

Cuidado, Mansfeld, mira que estoy decidido á volverla á ver. Voy corriendo al castillo y la aguardaré á la puerta.

MANSFELD.

No lo harás.

ULRICO.

Lo haré, por mi honor que lo haré. ¡Tú no has amado nunca, Mansfeld, cuando crees posible que me separe de ella así! Preciso es que la hayan hecho salir por fuerza!... Pero, loado sea Dios, nunca tendrá valor..... volverá, estoy seguro de que volverá.

MANSFELD.

No.

ULRICO.

Pues bien, yo iré á buscarla.

MANSFELD.

Ulrico, ahora sí que verdaderamente vas á ser traidor.

ULRICO.

Te engañas, ya te lo he dicho. Tú crees que voy á detenerla, á disuadirla..... y no, no quiero mas que verla y abrazarla por última vez..... Tú no comprendes nada.

MANSFELD.

Si la vuelves á ver, no la dejarás concluir.

ULRICO.

Pues bien, sí, tienes razon, la mataré, me mataré en seguida, y suceda lo que suceda. No quiero que sea del Conde. Seré un traidor..... ¿qué me importa? La amo, soy su amante..... sería un miserable si la entregase á otro. Déjame pasar.

MANSFELD.

Ulrico, ¿con que es decir que cuando hablabas de libertad y de patria, mentias descaradamente?

ULRICO.

¡Ah, cruel, cruel! Bien sabes que yo estaba decidido á morir y á perderla; pero echarla en los brazos de otro..... no puedo..... ese sacrificio es superior á mis fuerzas..... Solo de pensar en ello me parece que se me hiela el corazon. No puedo explicarte cómo la amo; toda la sangre de mis venas está llena de ella. ¡Comprende lo que te digo! Se me figura que su abrasado aliento corre por mis huesos y los quema. En fin, la amo como un insensato..... ¡Déjame pasar!

MANSFELD.

No.

ULRICO.

¡Ira de Dios! Déjame pasar, Mansfeld.

MANSFELD.

No. (*Desenvaina su espada*).

ULRICO, *cogiendo su espada de encima de la mesa.*

¡Ah! ¡no quieres! no quieres!

MANSFELD.

La traicion no pasará por esta puerta miéntras yo viva.

ULRICO.

Pues muere. (*Riñen. Mansfeld cae atravesado el pecho de una estocada. Ulrico empuja el cadáver con el pié, y se precipita fuera de la estancia.*)

IV.

Una sala en el castillo del Reichsversta, residencia del Conde. En medio de la sala una mesa cubierta de vajilla de oro. El Conde está acabando de cenar.

OTOCAR DE ALTENA, MUZEDIN, *enviado de la Sublime-Puerta*, PAJES, *un* CAPITAN *de la guardia italiana.*

OTOCAR.

Sin lisonja, señor Muzedin, hablais el aleman como un verdadero purista. ¿Con que os volveis á Constantinopla? Si teneis por allá algun médico que entienda de dolencias del pecho, hacedme el obsequio de enviármele. Uno tenia yo muy sabio que asistió perfectamente á mi padre; pero me dicen que se ha muerto, lo cual me quita toda confianza en él.

MUZEDIN.

Lo comprendo.

OTOCAR.

¿Lo comprendeis? Hay cierta delicadeza en vuestra respuesta. Otro hubiera dicho : sin duda, pues que se ha muerto. Vos os limitais á decir : lo comprendo, expresion delicada, matiz de lenguaje. Poseeis muy á fondo el aleman, lo repito.

MUZEDIN.

Vuestra Alteza me favorece demasiado.

OTOCAR.

No, ciertamente que no. ¿Y decis que el Emperador os ha recibido muy bien?

MUZEDIN.

Bastante bien.

OTOCAR.

¡Bastante bien, nada mas! Otro matiz de lenguaje. La diplomacia no vive mas que de matices, señor Muzedin. Un matiz en política vale por un cañonazo. Por un matiz mal comprendido ó mal expresado, el mundo se conmueve y los pueblos se destrozan sin piedad.

MUZEDIN.

Dios es grande.

OTOCAR.

Y los hombres son pequeños; ya veis que no hago mas que com-

pletar vuestro pensamiento, y justo es que me permitais alimen ar mi conversacion con las migajas de la vuestra. Preciso es confesaros que esta es la cena mas agradable de que conservo memoria; excelente idea habeis tenido en apartaros un poco de vuestro camino para venir á verme. Yo vivo muy solitario, á causa de la penuria de hombres de ingenio que se advierte de algunos años á esta parte; así es que me veis con tanta boca abierta cuando hablais, como si oyese á un cisne. ¿Querréis creer, señor Muzedin, que años atras estuve á punto de ceñirme el turbante?

MUZEDIN.

¿El turbante?

OTOÇAR.

El turbante. No precisamente á causa del turbante en sí mismo, sino á causa de las mujeres. ¿Cuántas mujeres teneis, mi apreciable huésped?

MUZEDIN.

Sesenta, Señor serenísimo.

OTOCAR.

¿Nada mas que sesenta? Mil y ciento tenia Salomon, si no me es infiel la memoria. Salomon era prudente y sabio; con ménos lo fueran otros.

MUZEDIN.

¿Y efectivamente V. A. ha estado á punto de ceñirse el turbante?

OTOCAR.

En un tris estuvo, señor Muzedin; formábame en mi imaginacion una idea deliciosísima de vuestros serrallos; representábame bajo un cielo siempre puro y en medio de aromáticos jardines, grandes pajareras de alambre de oro llenas de canoros pajarillos, fuentes murmuradoras y mujeres lánguidas de ojos rasgados, tamaños como puertas. Veíame á mí propio lijeramente vestido en medio de aquel agradable caos. ¿Gustais de que os ofrezca un sorbete?

MUZEDIN.

¿Y cómo ese cuadro, tan vivo que me trasporta á las orillas del Bósforo, no os decidió, señor Conde?

OTOCAR.

Lo pensé bien, y vi que no hubiera sido feliz : toda mi vida la hubiera pasado en codiciar los serrallos de mis vecinos, y me hubiera acarreado mil disgustos. En este país tenemos un precepto que dice: Es preciso contentarse con lo que se tiene y pasarse sin lo ajeno;

precepto que yo practico al reves. Poco me importa pasarme sin lo que tengo; pero lo que no tengo es para mí lo necesario.

MUZEDIN.

¡Ja, ja, ja!

OTOCAR.

¿Os reis? Mucho lo celebro. El que logra hacer reir á un hombre de talento, tiene alguna probabilidad de no ser enteramente un bruto.

MUZEDIN.

Sin duda.

OTOCAR.

Gracias por la lisonja. Hay en vos algo que recuerda al Griego del Bajo Imperio; sabeis adular con maña. Yo comparo á los aduladores delicados con los rosales que nos halagan naturalmente con sus perfumes, sin dar señal de advertirlo.

MUZEDIN.

En efecto, en efecto.

OTOCAR.

¿No es así? De esta suerte, señor Muzedin, paso yo la vida formulando en máximas mas ó ménos felices todas las cosas que he observado ¡Os sorprende lo que digo! Veo que os formábais de mí la idea de un tirano brutal y absolutamente iliterato; pero habréis de saber que yo ejerzo la tiranía por una razon filosófica. Por donde quiera he hallado en la naturaleza una ley inmutable, á saber: el derecho del fuerte sobre el débil. Los árboles grandes ahogan á los pequeños, el leon reina en las selvas por el derecho de sus garras y de sus músculos sin pares. La naturaleza dice á los fuertes: Vuestro es el dominio; el que se siente fuerte y no le toma, es un necio. El último de los pinches de mi cocina que se quejan de mi despotismo, aplasta, á cada paso que da, á millares de séres vivos que hacen retumbar sus imperceptibles reinos con gritos de dolor y de maldicion contra aquel infame pinche que es su tirano. Tened por cierto que existen en el mas ruin hormiguero de cuantos se ven á flor de tierra, rimeros de volúmenes en que se consigna gravemente que en tal año de la fundacion del susodicho hormiguero, la mitad de un pueblo libre pereció víctima de la brutal invasion de un déspota desconocido, y ese año no es mas que el minuto en que la pata de un barrendero se apoyó allí por casualidad. Tal es el órden de la naturaleza. Cada grada de la escala infinita de los séres pesa sobre la grada siguiente. Observad bien lo que os voy á decir, señor Muzedin; ¿dónde empieza la opresion? Dónde acaba? Haberme creado, sin dejarme la eleccion de ser ó de no ser, paréceme que constituye ya un abuso inau-

dito de poder. La opresion es el consejo que nos dan todas las voces del universo, la exhortacion que se trasmiten las víctimas de escalon en escalon. Si mañana uno mas fuerte que yo me derribase de mi solio soberano y se sentase en él en mi lugar, mis últimas palabras serían, que el pícaro tiene razon. ¿Qué teneis que decir á esto, señor Muzedin?

MUZEDIN.

Nada, á fe mia.

OTOCAR.

Pues á fe mia que hay muchas cosas sin embargo que se pudieran objetar á lo que digo, sin ser un pozo de ciencia; pero vos preferiríais, bien lo veo, pasar toda vuestra vida por un asno, á quebrantar por un momento las leyes de la cortesía. (*A un paje que entra.*) ¿Qué hay?

EL PAJE.

Señor, cuatro desconocidos, que se dicen vecinos de Nuremberg, solicitan licencia para revelar á V. A. secretos de vida ó muerte.

OTOCAR.

Que entre primero el de mas edad. (*Vase el paje*). Señor extranjero, podeis quedaros; vuestro ingenio curioso y observador hallará aquí tal vez en qué entretenerse. (*Entra Enrique Fritzlar pálido y trémulo.*)

OTOCAR.

Me parece que conozco esa cara. ¿Quién sois?

FRITZLAR.

Noble Conde, yo me llamo Enrique Fritzlar.

OTOCAR.

Ya caigo. Teneis dos hijas; os felicito, porque son muy lindas. ¿Qué me quereis?

FRITZLAR.

Señor Conde, vengo á arrojarme á las misericordiosas plantas de V. A. Vuestra vida está en peligro : una conspiracion urdida contra la persona sagrada de V. A. va á estallar esta misma noche; los rebeldes se reunen ya á las puertas de la ciudad. Todos vuestros gobernadores van á ser atacados en vuestras fortalezas.

OTOCAR.

¡Esta noche! ¿Estáis seguro de lo que decis, buen hombre?

FRITZLAR.

Respondo de ello con mi cabeza, Señor.

OTOCAR.

Escucha, Azo. (*Habla al oído al capitan de la guardia, que sale al momento.*) Ahora, maese Fritzlar, ¿me diréis de qué especie de pillos se compone la cuadrilla?

FRITZLAR.

En su mayor parte de estudiantes, señor. Sus dos principales caudillos son Salado y Ulrico, dos perdidos, en particular el primero.

OTOCAR.

¿Ulrico? De ese no me sorprende. ¿Y quiénes son los demas jefes?

FRITZLAR.

Los jefes secundarios son Ranucio de Bizancio y el judío Munius.

OTOCAR.

¿Y cómo estáis tan bien instruido de todo, maese síndico?

FRITZLAR.

Señor, beso humildemente los pies de V. A. ¡Dígnese conservar un padre á las dos pobres niñas en que ha tenido la real bondad de fijar los ojos!

OTOCAR.

Ya, ya, bien está. ¿Vos vivís en frente de San Egidio, no es verdad? Iré á probar vuestra cerveza uno de estos dias. Soltad mi mano, soltadla, buen Fritzlar. Saludad por mí á aquellas niñas. (*Sale Fritzlar con el paje.*)

MUZEDIN, *levantando las manos.*

¡Alá!

OTOCAR.

De poco os asombrais, señor Muzedin. (*Entra Munius conducido por el paje.*)

MUNIUS.

Noble príncipe, serenísimo burgrave, vedme á vuestros piés.

OTOCAR.

¡Por mi vida que este es el fiel Munius!

MUNIUS.

Señor, se conspira contra V. A.

OTOCAR.

Ya lo sé. ¿Quiénes son los jefes?

MUNIUS.

El primero, el mas encarnizado de todos, es el capitan Ranucio: en segunda línea figuran el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar.

OTOCAR.

Modesto sois, Munius, no gustais de citaros..... ¿En cuanto evaluais vuestra cabeza, aquí entre nosotros, en confianza, amigo mio?

MUNIUS.

¡Mi cabeza, señor! Por Abraham y todos los santos patriarcas... os protesto que solo por una mera casualidad he sabido... ¿Mi cabeza?... no puedo calcular...

OTOCAR.

Modestia, pura modestia por vuestra parte. Yo la taso en trescientos mil florines de oro. ¡Ah de mi guardia! que me pongan á buen recaudo estos trescientos mil florines, quiero decir, este excelente Munius. (*Los guardias se llevan al Judío.*)

MUZEDIN.

¡Alá, Alá!

OTOCAR.

No os arranqueis ni un solo pelo de las barbas con esta ocasion, mi amado Muzedin, ó creeré que las cosas mas sencillas os dejan estupefacto, ó en otros términos, que sois en un todo extraño al conocimiento del corazon humano, de que yo os consideraba tan profundamente imbuido. (*Entra Ranucio de Bizancio.*) ¿Quién es ese zángano?

RANUCIO.

Señor, beso las augustas suelas de los pantuflos de V. A.

OTOCAR.

Mis pantuflos os lo devuelven, capitan. ¿No se llama Ranucio el hijo de vuestro padre?

RANUCIO.

Ranucio de Bizancio. ¿Es posible que me quepa la honorífica felicidad de ser conocido de V. A.?

OTOCAR.

La felicidad es mia, señor Ranucio, y el honor es de entrambos. Me gustan los hombres que ciñen espada, y me honro con su trato.

RANUCIO.

Temia, señor, que Munius hubiese procurado desconceptuarme en el ánimo de V. A.

OTOCAR.

Error, señor caballero.

RANUCIO.

Es mi enemigo, y por eso lo creí. Ese perro infiel, ayudado por dos locos, el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar, debia esta noche asesinar á V. A. y pegar fuego á Nuremberg.

OTOCAR.

En verdad os agradezco el aviso. Sois un leal servidor.

RANUCIO.

¡No, señor, soy un gran culpable!

OTOCAR.

¿Es posible? ¿De quién fiarse, si de vos no? Si la franqueza que respira en ese rostro militar, si las líneas leales de esa mano musculosa no son mas que apariencias, digoos, Ranucio, que toda ciencia de observacion es vana, y que mi mano izquierda debe desconfiar de mi mano derecha.

RANUCIO.

Señor, yo era uno de los cabezas de la conjuracion.

OTOCAR.

No, no, por la santa Cruz! ¡Os burlais de mi credulidad! ó si es cierto lo que decis, ya no me resta mas que velarme el rostro con mi manto, como el emperador César, y exclamar : *¡Tu quoque!*

RANUCIO.

Señor, yo tengo mis defectos : me gusta el peligro.

OTOCAR.

Ese es el defecto del leon, camarada.

RANUCIO.

Cuando ruge la tempestad, donde yo me refugiaria con preferen-

cia es en la copa de aquellos árboles gigantescos que van á perderse entre las nubes : tal es mi temperamento; y por eso, miéntras que otros no veian en la conspiracion mas que un medio de saciarse de botin, yo veia en ella únicamente la ocasion de arrostrar mil veces la muerte en pocos instantes.

OTOCAR.

¡Esto se llama un valiente!

RANUCIO.

A mí se me habian reservado naturalmente, serenísimo señor, las mas arriesgadas pruebas de la empresa : yo debia sostener el choque de vuestra guardia, precipitarme espada en mano en lo mas recio de la pelea, y no titubeo en decirlo, medirme en ella cuerpo á cuerpo con V. A. mismo.

OTOCAR.

Por mi vida que me haréis sentir la pérdida de esa ocasion de ganar gloria. ¿Y por qué extraña casualidad, hermano, habeis en la hora del peligro doblegado vuestros impetuosos instintos bajo la ley del deber?

RANUCIO.

Señor, en primer lugar me daba vergüenza pelear á las órdenes de un impuro judío contra el mas noble príncipe de la cristiandad ; luego, representándome la desolacion en que iba á sepultar á esta ciudad, la sangre corriendo á torrentes por las calles, los clamores de las mujeres y de los niños, y en general todos los horrores que iban á salir de esta nueva caja de Pandora, á saber, la vaina de mi espada, sentí conmoverse mi corazon..... Acaso V. A. verá en esto una flaqueza.

OTOCAR.

No por cierto; no veo en ello mas que una varonil generosidad.

RANUCIO.

Entónces resolví presentarme á V. A., solo y desarmado.

OTOCAR.

Esa confianza acaba de pintaros.

RANUCIO.

Creo no haber hecho mas que cumplir con mi obligacion; así es que nada pediré en cambio á V. A., mas que un tercio en la confiscacion de los bienes de Munius y de sus cómplices.

OTOCAR.

¿Un tercio os bastará?

RANUCIO.

Soy hombre que me contento con poco; en retribucion de esa dádiva, tengo á la disposicion de V. A. una lista en que he inscrito, desde el primero hasta el último, los nombres de los rebeldes.

MUZEDIN.

¡Alá! Alá! Alá!

OTOCAR.

¿Habeis nacido ayer, buen Muzedin? (*A Ranucio.*) Vamos, amigo mio, ¿es eso todo lo que teneis que pedirme? Nada me oculteis; ya veis ademas que soy hombre ingenuo y sin malicia; yo tomo las cosas como vienen, sin buscar en ellas lo que no está á la vista; así es que si os esperais á verme adivinar vuestros secretos deseos para satisfacerlos, os llevais chasco. Deponed pues toda delicadeza y explicaos libremente.

RANUCIO.

Señor, no quiero ni un alfiler mas.

OTOCAR.

Ya lo ois, Muzedin. ¿Acaso os imaginábais que el cielo, al distribuir á Ranucio tantas eminentes cualidades, habia omitido el desinteres? Nada de eso. Este tesoro de virtudes está completo, y he aquí la razon por qué, buen Muzedin, como es práctica constante que un príncipe haga á su huésped un presente de raro é inestimable valor, como vos sois mi huésped, y como en fin no conozco objeto mas precioso en mis dominios ni en toda la tierra, que ese modelo de perfecciones que lleva por nombre Ranucio, os le regalo.

RANUCIO.

¡Misericordia! (*Se arrodilla.*)

OTOCAR.

Le reintegro con vuestra ayuda en su feudo de Bizancio, con una sola condicion, y es que tan luego como llegueis, le hagais empalar, no solo en su calidad de dos veces traidor, sino por chancero de mala laya, que se figura que está tratando con un ganso, cuando habla conmigo. Que aparten de mi vista á ese miserable. (*Se llevan á Ranucio desmayado*). Reponeos, buen Muzedin. El trabajo casi ignominioso de ciertos experimentos no desalienta á un verdadero amigo de la ciencia : el hombre estudioso se acerca sin repugnancia al fé-

tido vaso en cuyo fondo se está elaborando una verdad, así como busca sin horror en las entrañas de los mas impuros reptiles, los secretos que la naturaleza se deja arrancar por el genio. Por esta razon, como hombres de estado y filósofos que somos juntamente, continuemos impávidos descifrando en esos pálidos rostros humanos el libro de la humana perversidad, y contemos sonriéndonos la infinita variedad de las caretas con que puede revestirse la traicion para engañar á los demas y para engañarse á sí misma.

MUZEDIN.

¿Y á qué fin, señor, estudiar una ciencia que entristece al hombre y le hace peor?

OTOCAR.

Hablais como un padre de la Iglesia, señor Turco, pero olvidais que es fuerza vivir en medio de esa canalla. (*Entra Salado.*) Mirad á ese : ¿quién no se engañaria? Apénas ha llegado á la edad en que se desconfía de los hombres, y ya los vende: sí, apénas á esa edad se engaña á las mujeres, y él engaña á los hombres. ¿Qué edad tienes, doncel?

SALADO.

Venticinco años, señor.

OTOCAR.

¿Y qué vienes á hacer aquí?

SALADO.

Noble señor, permitid que me acerque suplicante.....

OTOCAR.

Ya sé lo que me vas á decir. Vete. Esta sala apesta á traicion: basta ya. ¿Tienes una madre? vete con ella. Tienes cara de niño, y te trato como á niño; pero no pronuncies ni una palabra de traicion, ó te trataré como á hombre. Vamos á ver, tú eres un calavera : ¿tienes deudas, no es verdad? ¿Querias matar á tus acreedores en el motin, no es esto? Y luego, al llegar el momento, te ha faltado valor, y ahora vienes á denunciar á tus amigos para que yo pague á tus acreedores?

SALADO.

Señor, tengo acreedores, no lo puedo negar; pero no los aborrezco bastante para matarlos, ni les profeso bastante afecto para pagarlos : me son indiferentes. Mi historia es esta : habiéndome metido por casualidad en medio de la asamblea de los conjurados, fingí,

para que no me matasen, adherirme á su causa; y ahora vengo á poner en manos de V. A. todos los hilos de tan execrable trama.

OTOCAR.

Bien, bien, vete; todo lo sé.

SALADO.

No lo creo, señor Conde. Ciertos pormenores no son conocidos mas que de un cortísimo número de los nuestros, y uno de ellos, sin ir mas léjos, es el modo como se debe asesinar á V. A.

OTOCAR.

Sí, ya lo sé; en medio del combate.

SALADO.

No señor: uno de los conjurados ha discurrido un arbitrio para herir á V. A. cuando esté sentado en su mismo solio, y esa será cabalmente la señal del ataque.

OTOCAR.

¿Uno de los conjurados?

SALADO.

Un estudiante.

OTOCAR.

¿Ulrico?

SALADO.

No, Salado.

OTOCAR.

Ya conozco ese nombre; y ¿cómo piensa hacerlo?

SALADO.

Así. (*Hiere violentamente al Conde en el pecho: vése un cuchillo clavado en el jubon. El Conde cae con la violencia del empuje, pero se levanta al momento, y el cuchillo cae en el suelo. Muzedin, los guardias y los pajes se han precipitado sobre Salado.*)

OTOCAR.

No le hagais daño.

SALADO.

¡Cómo diablos, señor Conde! ¿Aun estáis vivo? Luego es decir que llevais un colchon de canónigo encima del estómago?

OTOCAR.

No le hagais daño, pero que le tengan bien custodiado. Despejad.

SALADO.

Podeis jactaros de ser mas difícil de traspasar que una viga. Sí cojen á Ulrico, que le digan lo que he hecho; esto es todo lo que pido, y buenas noches. (*Se le llevan.*)

MUZEDIN.

¿Qué piensa de ese V. A.?

OTOCAR.

¡Hum!...

MUZEDIN.

¿Qué pensais hacer de él, señor?

OTOCAR.

Le haré cortar la cabeza mañana temprano. Por lo demas, no os hagais ilusiones, Muzedin; yo entiendo mucho de fisonomías, y la de ese perillan es la de un libertino tronera á quien el tedio impulsa á buscar emociones extraordinarias; su accion es mas bien la apuesta de un loco estragado, que no el sacrificio heróico de un ciudadano; se ha propuesto matarme por no suicidarse. De que la virtud sea una locura no resulta que la locura sea una virtud; me holgara de poder enseñaros, como término de comparacion, ese Ulrico cuyo nombre han pronunciado titubeando nuestros tres traidores; allí verias un noble semblante varonil; varias veces he encontrado su mirada á mi paso, mirada llena de una cólera franca y leal, que no se tomaba el trabajo de ocultarse, y tanto me ha interesado, que no he podido ménos de preguntar su nombre. Es preciso que sepais, señor Muzedin, que yo tambien soy hombre asaz difícil de divertir, por haber apurado ya muchos placeres; tengo momentos de fastidio: no siempre estáis vos ahí: tengo, digo, instantes de tedió, en que desearia á este pueblo de Franconia ménos resignacion y un asiento ménos pacífico á mi solio soberano; pues bien, cuando me exaspera demasiado el disgusto de no sentir bajo mi pié mas que un cadáver inerte, evoco la imágen de mi Ulrico, y me parece entónces que late un corazon en el pecho del cadáver, que ese cadáver se mueve, y que va á reanimarse terrible; así me distraigo.

UN PAJE, *entrando.*

Señor, el estudiante Ulrico solicita revelar en el acto á V. A. el secreto de una conjuracion.

MUZEDIN.

¡Alá Kerim!

OTOCAR.

¡Ulrico! ¡Ulrico! ¿Estás seguro?

EL PAJE.

Ahí está.

MUZEDIN.

Pensativo ha quedado V. A.

OTOCAR.

Debe tener algun arma oculta. ¿Le han registrado?

ULRICO, *precipitándose en la sala.*

No, no tengo armas, Señor, nada temais. Dejadme hablaros sin testigos. Por mi honor, por mi alma os juro que no traigo malos intentos.

OTOCAR.

En mi vida he experimentado igual sorpresa. Dejadnos, señores. Ya lo veis, Muzedin; cuando se trata de los hombres, el desprecio y la duda siempre se quedan cortos. Hasta mañana, mi apreciado huésped. (*Retíranse Muzedin, los guardias y los pajes.*)

OTOCAR, ULRICO.

OTOCAR.

Habla ahora, mancebo, habla; da á ese rostro, en el que tantas veces han debido fijar pensativas sus dulces miradas las madres, las hermanas, las vírgenes, al pasar por junto á tí; da á ese rostro y al que le ha formado un odioso mentis; habla, engaña, vende, reniega : ya te escucho.

ULRICO.

Señor, á nadie vengo á vender sino á mí mismo; vedme á vuestros piés; confieso que soy vuestro mortal enemigo. Hace un año estoy conspirando dia y noche vuestra ruina y vuestra muerte; quitadme la vida, señor, pero no me quiteis mas que la vida, y mis últimas palabras saludarán en vos á un enemigo generoso.

OTOCAR.

No te hagas el magnánimo; confiesa que eres un cobarde.

ULRICO.

No lo confesaré, señor, porque no es verdad. Si Dios no me hu-

biera impuesto una prueba mas dolorosa que los tormentos del cuerpo, ni vos ni yo estaríamos con vida á estas horas. Señor, tomad mi vida, pero sed generoso; si es preciso envilecerme todavía mas; si quereis que os entregue uno á uno todos mis cómplices, lo haré, pero no me quiteis mas que la vida..... tened compasion de mi alma. Si os acordais, señor, de haber amado á un sér vivo, aun cuando sea á un perro, tened compasion de mí.

OTOCAR.

¿Hay una mujer de por medio? El dia en que entra el amor en un corazon, el honor hace su hatillo. ¿Hay una mujer de por medio, he?

ULRICO.

Escuchadme, señor. Yo tenia una carta del doctor Staumer, que me recomendaba á V. A. como el mas hábil de sus discípulos; con ella debia presentarme esta noche en el castillo; naturalmente hubiérais abierto vuestra coraza para exponer al exámen del médico vuestro pecho enfermo, y en aquel momento os hubiera clavado un cuchillo en el corazon.

OTOCAR.

Remedio infalible.

ULRICO.

Esa carta me ha sido robada esta misma noche. Ya no me quedaba ningun medio de penetrar hasta V. A.; iba á faltar á mis solemnes juramentos..... cuando una mujer se ha ofrecido á reemplazarme, y en el primer impulso de la desesperacion he aceptado.....

OTOCAR.

¿Una mujer?

ULRICO.

Una mujer á quien habeis escrito dos palabras de amor. Esta noche debe entregarse á vos y mataros.

OTOCAR.

¿Es una niña morena que veo á veces de léjos á su ventana en la plaza del mercado?

ULRICO.

Alix es, sí, señor.

OTOCAR.

¿Y es tu querida? ¿La amas?

ULRICO.

Señor, ya lo veis.

OTOCAR.

¿Y te has arrepentido de tu sacrificio?

ULRICO.

He corrido por toda la ciudad sin poder encontrarla.

OTOCAR.

Y has venido aquí. Bien; y ahora ¿qué me pides?

ULRICO.

Justicia para mi y respeto para ella.

OTOCAR.

Ulrico, ¿sabes lo qué haces? Eras el jefe de la conjuracion, tú eres el que ha encendido la hoguera y vienes á entregarme la sangre con que voy á apagarla.

ULRICO.

Señor, tened compasion de mí; respetadla.

OTOCAR.

¿Es tu primer amor?

ULRICO.

Desde el primer dia en que la vi, me pareció que habia bebido un filtro; desde entónces dejé de pertenecerme á mí mismo. He creido amar á mi patria, y á ella era á quien amaba; he creido aborreceros, y era que la amaba.

OTOCAR.

No, por mi honor que no te alucinabas; tú habias nacido virtuoso, pero hay un momento en la vida, Ulrico, en que toda la suma de futuro heroismo que hay en el corazon se llama amor y pertenece á una mujer. ¿Ese sería tu primer amor, no es verdad?

ULRICO.

Si señor, sí, no quiero negarlo. Cuando su mano toca la mia, me parece que un dardo de fuego traspasa mi cuerpo.

OTOCAR.

¿Y te ama ella lo mismo?

ULRICO.

Por mí dejó á su madre.

OTOCAR.

¡Ah! ¿nunca has sido engañado, dí?

ULRICO.

No, jamas. La traicion es un arte que nadie me ha enseñado, aunque le practico tan bien; naturalmente le tenia yo en el alma. (*Se cubre el rostro con las manos y llora.*) Dispensadme, señor, mi corazon se hace pedazos.

OTOCAR.

Ahora que pienso en ello ¿dónde estaba esa carta de Staumer?

ULRICO.

En una cajita, en mi casa. Alguno ha entrado sin duda por la ventana, y ha forzado la cerradura miéntras Alix habia ido un momento á Santa Clara.... La parra estaba pisoteada y habia un vidrio roto, que es lo que me ha hecho descubrir el robo.

OTOCAR.

No está mal discurrido.

ULRICO.

Señor, protesto que no os engaño.

OTOCAR.

No digo eso. (*A un paje que entra.*) ¿Qué hay?

EL PAJE.

Ahí está una jóven que trae este billete para V. A.

ULRICO.

Ella es, señor. Tened compasion de mí.

OTOCAR.

Que entre la jóven. Ulrico, ponte detras de ese tapiz. (*Designándole una tapicería que oculta una puerta á sus espaldas.*) ¿Llevas algun arma?

ULRICO.

No... ¿por qué? ¿qué meditais, señor?

OTOCAR.

Toma mi daga..... puede que te sirva; escóndete. (*Ulrico se esconde detras del tapiz. Entra Alix.*)

OTOCAR.

Acercaos, hermosa niña: miradme cara á cara. ¿De qué color son vuestros ojos? Por mi vida que me deslumbran como si fueran soles.

ALIX.

Señor, no me trateis con desprecio; no soy lo que os imaginais.

OTOCAR.

Por Dios que lo creia; pero si me engañé, tanto peor, porque sois singularmente hermosa; aunque mas bien, tanto mejor, pues al veros entrar, dije para mí : al fuego de esos ojos hechiceros se va á derretir toda mi vajilla de oro.

ALIX.

No es eso, señor, lo que vengo á pediros.

OTOCAR.

¿Pues qué me vais á pedir? Porque en verdad que mi vajilla es la mas preciosa prenda que poseo. Acaso no la habreis mirado bien.

ALIX.

Quiero que me escucheis sin burlaros, porque lo que tengo que deciros puede excitar compasion ú horror, pero desden no.

OTOCAR.

Os escucho como si tuviera el peligroso honor de ser vuestro confesor.

ALIX.

Mucho tiempo hace, señor, que vuestro nombre empezó á conturbar mi espíritu : todos los mios os han aborrecido mortalmente; todos los dias os oia nombrar con terror, á tal punto que hacia la señal de la cruz cuando delante de mí se hablaba de V. A. Hace dos años, mis hermanos perecieron por órden vuestra; desde aquel momento, mi imaginacion ha estado invenciblemente fija en vos; vos érais el pensamiento constante de mis vigilias, el sueño de mis noches: vuestra imágen aborrecida agitaba todas las horas de mi vida. Nunca quise miraros, por miedo de reavivar aun mas la importunidad de aquella vision; en fin, mi odio llegó á ser tan vivo que resolví perderos, y para ello derramé toda mi cólera en el corazon de un mancebo que me amaba, y era un estudiante llamado Ulrico. Hostigado sin tregua por mí, ha reunido contra V. A. los hilos de una poderosa conspiracion, de la que íbais a ser victima esta noche. Ulrico debia penetrar hasta vos por medio de una carta del doctor Staumer, y asesinaros..... Pues bien! esta tarde yo he robado vilmente esa carta, y me he propuesto para reemplazar á mi amante. ¿Me comprendeis, señor?

OTOCAR.

¿Pues no? comprendo que viendo la muerte de Ulrico no ménos segura que la mia, has preferido salvar la vida de tu amante á perderme, y vienes á pedirme su perdon.

ALIX.

¡No señor, no! La verdad es que, cuando os vi pasar esta tarde, comprendí una terrible verdad..... adiviné el secreto de todas las borrascas de mi alma.... reconocí que si vos moríais, yo no podria vivir, y que de dos años á esta parte, con todo el ardor de mi soñado odio, señor Conde, os amaba! (*Se oye detras del tapiz un grito sordo, y luego el sonido de un cuerpo que cae al suelo.*)

OTOCAR.

Ved, hermosa niña, lo que pasa detras de ese tapiz. (*Alix levanta el tapiz, y al ver á Ulrico bañado en su sangre, cae desmayada.*) ¡Hola! (*Entran los guardias.*) Llevad á uno de los subterráneos de mi capilla á ese cadáver y á esa mujer desmayada; depositadlos uno junto á otro, y tapiad la puerta.

OCTAVIO FEUILLET.

(*Traduccion de E. de O.*)

OPUSCULOS INEDITOS

DEL

DOCTOR DON SEBASTIAN MIÑANO.

I.

Carta de un Pobrecito Holgazan[1] *á* Don Servando Mazculla.

Amigo D. Servando: ¡Cuánta va á ser la sorpresa de usted al encontrarse con esta mi carta despues de haberme rezado tantos responsos y padrenuestros, creido de las falsas nuevas que corrieron de mi muerte! No faltaron motivos en verdad para que muchos la tuviesen por cierta, y hasta yo mismo hube de contribuir con mi silencio á que pareciese mas verosímil y probable. ¿Ni qué muerte mas terrible para mí, que haber llegado á ver por mis propios ojos la temida

[1] Entre los muchos é interesantes autógrafos que poseemos del tan justamente célebre autor de los *Lamentos políticos de un Pobrecito Holgazan*, se hallan las dos cartas que publicamos en este número de nuestra *Revista*, inconclusa la segunda, y que no creemos se hayan dado nunca á la prensa. Tenemos á la vista todos los opúsculos políticos que publicó el Sr. Miñano del año 1820 al 23, y aun muchos de los que falsamente se le atribuyeron: en ninguno de ellos se hallan las dos citadas cartas. No sabemos ni es fácil discurrir por qué motivo no las dió á luz, á lo ménos la primera, que está completa y aun rubricada. Del contexto se deduce que debió transcurrir algun tiempo entre la publicacion de las primeras cartas del *Holgazan* y de las respuestas de D. Servando (diez entre todas), y la época en que compuso el autor las dos que tenemos á la vista, advirtiéndose ademas entre aquellas y esta la diferencia de estar las unas suscritas *El Lamentador*, y la otra *El Holgazan*. Por lo demas, ni esta ni aquellas llevan fecha. Sabido es que las cartas del *Pobrecito Holgazan á D. Servando*, como las de *D. Justo Balanza* al *Holgazan*, se publicaron en 1820, siendo recibidas del público con un aplauso de que hay pocos ejemplos. Tal vez escribiría el autor estas cartas á principios de 1822, y le impediría publicarlas la prision y larga enfermedad que padeció por entónces; acaso tambien las circunstancias del tiempo en que las escribió, no serían ya á propósito para hacer oir sin peligro el lenguaje de la razon. En cuanto á su autenticidad, bástenos repetir que los originales de que nos servimos para esta impresion son del puño y letra del autor, como lo serán cuantos publiquemos del mismo en lo sucesivo.

(*Nota de la Redaccion.*)

reunion del Congreso nacional del año veinte, sin que hubiesen bastado á impedirlo cuantas maniobras y embarazos procuramos oponer los verdaderos amigos y protectores del altar y del trono? ¿Ni quién habia de resistir la ceguedad de ese pueblo insensato, que sin dar oídos á aquellas justas prevenciones, que otros llaman intrigas, votó sin mas ni mas, y como por instinto, en favor de los mayores enemigos de nuestras ideas?

Cosa increible parece, si no lo hubiéramos visto; pero ni siquiera por descuido hubo aquel año entre los diputados ningun ex-inquisidor que hubiese podido sacar la cara en favor de tan extinguido cuerpo; y ya ve usted que una exclusion tan injusta cerraba enteramente la puerta á las mas remotas esperanzas. Fuéme pues indispensable hacerme la mortecina y taparme como dicen por el golpe, sin que me hiciesen salir de mi agujero, ni los desmerecidos elogios, ni las injustas recriminaciones, ni los estúpidos imitadores, ni los malhadados críticos, ni la suplantacion de mi testamento, ni los fingidos sollozos y campanadas por mi muerte. Quise tambien hacerme sordo á los gritos de la amistad y del parentesco, pues ni siquiera me determiné á contestar á ninguna de las veinte cartas que me escribió *mi compadre*, aunque las recibí todas; tal fué el estado de abatimiento en que me dejó la inesperada reunion de Cortes.

Verdad es que, como ya le dije á usted en una de mis cartas, yo nunca habia podido hincar el diente á esa decantada Constitucion, ni habia podido recabar de mí mas que tararearla mal y de mala manera, lo cual me daba mucha desventaja para poder impugnarla segun eran mis deseos. Con este santo objeto me aproveché de la voluntaria oscuridad de mi vida, no solo para leerla, sino para estudiarla y perifrasearla de mil maneras, amplificando y sustituyendo muchas de sus palabras, para poder argüir con ellas á los que en adelante se propusiesen defenderla. Mas ya que con usted puedo hablar con toda confianza, no encontré en este estudio todos los auxilios que yo me habia figurado, porque en efecto la Constitucion en sí misma contiene ciertas cosas que podrian contentar no solo á usted y á mí, que la aborreciamos solo por el sonido, sino tambien á los que con mas ahinco se habian propuesto contrariarla.

Este triste convencimiento apagó todas las esperanzas que yo habia concebido por esta parte, y ya me vi tentado á creer que nos habiamos quedado absolutamente solos en la palestra. Figurese usted cuál sería mi pesadumbre y desconsuelo al ver á la España toda convertida en constitucional, aun sin saber lo que era constitucion; así como un enfermo, cansado de un largo padecer, se entrega con alegría y confianza al médico que le prescribe un método contrario, sin pararse á investigar las razones que motivan esta mudanza. Sin embargo, mi corazon me decia que no habia motivo para desesperar, y

que convenia dejar al auxilio del tiempo, el remedio de lo que parecia del todo irremediable. Resuelto pues á sufrir el chubasco y á guardar la persona de cualquiera malandanza, de estas que son tan frecuentes en las revoluciones políticas, lo primero que resolví fué hacer una novena á santa Rita, abogada de los imposibles, sepultar en lo mas hondo del cofre la casaca y chupa de paño negro con que me adornaba en tiempos mas dichosos, y mudarme de barrio; lo cual equivale en Madrid á una trasmigracion pitagórica.

Dije á usted que notaba una especie de presentimiento en mi alma, de que esta fogarata constitucional habia de ser de cortísima duracion; pero hablando de par en par, no me haga usted tan crédulo ó tan supersticioso que suponga que hay esos movimientos espontáneos, bien sean de esperanza ó de temor, que no estén fundados en algunas razones que sirven como de señales ó anuncios del suceso. Eran tantas las que yo veia allá en mis adentros, sin contar las que los demas veian y palpaban por de fuera, que se hubiera necesitado gran torpeza para no calcular casi con exactitud el fin, término y remate que debian tener estas cosas. Verdad es que todavía no se ha verificado ni uno ni otro, y que por lo tanto es indispensable que ahora mas que nunca tenga usted sumo cuidado de que nadie huela nuestra correspondencia, porque podria suceder, que así como en otro tiempo nuestros lamentos sirvieron, aunque contra nuestra intencion, de aviso para indicar las reformas que mas podian incomodarnos, sirviesen ahora nuestras prematuras alegrías, para que volviesen sobre sí algunos de los que tanto han contribuido á hacerlas odiosas y perjudiciales á los demas.

Sé muy bien que usted me replicará que no hay el menor recelo de que se corrijan los hombres que no han tenido otro norte en su carrera política, que la satisfaccion de sus pasiones; pero con todo y con eso, yo sé tambien que hay muchos entre ellos que de buena fe han hecho tales y tales disparates, que como ellos se llegaran á persuadir de que lo eran en efecto, no dejarian de procurar enmendarlos, y entónces habríamos contribuido involuntariamente á nuestro propio daño. De todos modos bueno será que usted lo calle, hasta que ya no tenga remedio, siguiendo la moda acostumbrada entre los escritores de partido.

Decia, pues, que me he acordado muchas veces de lo que usted me decia en su última carta, cuando me pedia albricias, al ver lo mucho que contribuian á nuestras miras los mismos que mas afectaban contrariarlas; y aunque desde entónces no me quedó la menor duda de que esto se lo llevaba la trampa, nunca me persuadí á que fuese tan de prisa, ni por unos medios tan vulgares y repetidos. Porque si bien se considera, ¿quién habia de imaginarse, que siendo la holgazanería y el deseo de vivir á costa ajena los que habian hecho

necesario el restablecimiento de una constitucion, fuesen estos mismos afectos los que lograsen destruirla en un período tan corto como el de dos años? ¿Quién se hubiera atrevido á esperar que aquel mismo D. Antonio, que con tanto fervor escribia y peroraba en todas partes contra las escandalosas riquezas de lo que llaman alto clero, y contra la ociosidad y lujo sibarítico de las dignidades eclesiásticas, se hubiese abalanzado, como un perro hambriento, á la primera vacante, sin otra previa diligencia ni exámen, mas que averiguar cuál era la valuacion que antigüamente tenia en la Cámara? ¿Quién podia prometerse tampoco que aquel abogado de guardilla que tanto se burlaba entre los suyos de los que salian provistos para alguna audiencia ó chancillería, y que tanto se mofaba de los tratamientos anejos á aquellos destinos, habia de haberse encaramado de un salto constitucional al último escalon de su carrera? Pues el militarcillo aquel de la charretera raida, mire usted si le ha impedido la severidad de un gobierno representativo para igualarse y aun sobreponerse á sus jefes.

¡Dichoso una y mil veces el impertérrito D. Serapio, y cuánta razon tuvo en seguir pretendiendo lo mismo y en la misma forma que lo habia hecho de tiempo inmemorial! «No seais simples, nos decia, ni soñeis con perfecciones imaginarias, que ó no caben en la naturaleza humana, ó á lo ménos no pueden lograrse sino despues de muchos años de buena educacion, de buenas leyes y de un trastorno general en las costumbres. Aun cuando la Constitucion española hubiese sido dictada inmediatamente por el mismo Dios y no tuviese la mas lijera sombra de imperfeccion, bastarian y aun sobrarian las pasiones de los hombres para crearla, no solo descontentos, sino tambien enemigos declarados. ¿No veis aquel de torvo ceño que trae contados los dias y aun las horas que ha pasado en su destierro, y que mira hácia todos lados para ver si divisa á algunos de los que él cree que contribuyeron á su desgracia? ¿No observais aquel otro, cómo recuerda y aun repite entre sus camaradas el juramento que tantas veces pronunció á sus solas de no perder medio para vengarse de los que labraron su ruina? ¿No estais notando el ansia con que aquel de los ojos desencajados va sumando hasta por maravedises lo que dejó de percibir durante los seis años de ausencia, y los intereses, antigüedad y ascensos que él cree que le correspondian de derecho? ¿Pues cómo dudais de que esos solos bastan para arruinar todas las constituciones del mundo? Si los viéseis presentarse con aquella moderacion y desinteres que tanto realce da á la situacion de un desgraciado, si los observaseis que afectaban siquiera el olvido de sus agravios, y que abrian los brazos á sus mas encarnizados enemigos, entónces os aconsejaria que temblaseis, ó que renunciaseis á lo ménos á vuestras quiméricas esperanzas. Pero miéntras los veais hinchados de

orgullo y de furor imitar los mismos errores á que ellos han debido su regreso, bien podeis tranquilizaros y aun contar de seguro con que ellos sabrán cambiar en desprecio y aun en odio la compasion con que actualmente se los mira. »

No dejaban de hacerme fuerza estas razones, porque aunque yo no sabia expresarlas con la enerjia que Don Serapio, bien habia conocido esto mismo en las pocas conversaciones á que habia podido arrimarme, y en otras expresiones sueltas que solia recoger al vuelo; pero como por otra parte sabia de buena tinta que no todos estaban animados de estas mismas ideas, sino que habia algunos mas modestos ó mas avisados que clamaban por olvido y por moderacion, llegué á temer que prevaleciese este dictámen, y me di por muerto con sobrada precipitacion. Confieso, querido amigo, que me engañé en esto como en todo, y veo cada vez mas, que la divina Providencia sabe aprovecharse para sus fines hasta de aquellos medios que á primera vista parecian deber alejarlos mas. Para uno que se penetrase de la necesidad de contemporizar con algunas cosas y con ciertas personas, habia ciento que querian llevarlo todo, como dicen, á fuego y sangre, y pretendian que hasta el aire que se respiraba se reconociese como un singular beneficio de su generosidad.

¡Qué buen rato hubiera usted tenido al oir á D. Petardos ponerse en medio de la calle á referir sus padecimientos y sus tragedias, por haber estado privado durante algun tiempo de asistir á los besamanos, y puéstosele en la dura precision de pagar algunas de las infinitas deudas que le agoviaban, y que fuéron la única y verdadera causa de que fuese conocido su nombre! Allí le veria usted contarse siempre en docena y hablar de su liberalismo, como si fuese de alguna nueva corbata recien llegada de Paris. Viérale usted luego irse á su casa, y repasar las targetas de bienvenida que le habian enviado, y colocar en los espejos aquellas mas historiadas y altisonantes, poniendo las otras sobre una mesa, como otros tantos trofeos de su triunfo popular. Era ciertamente un encanto oirle expresar sus temores de que las próximas elecciones le impidiesen repasar el archivo de su casa, de donde recelaba que le hubiesen extraido algunos privilegios apreciables. Bien es verdad, añadia, que ya hemos dado una prueba de que lo que no se quiere por buenas se lo sabemos hacer tragar por malas; y ahora verémos si se me da lo que de derecho me compete. Llena la cabeza de estas ideas, volvia luego á salir muy de prisa á ayudar á coser unas enaguas á la marquesita de tal.

Yo me regocijaba, y otros muchos conmigo, de oir á estos ecos de los corifeos principales, porque venia á ser lo mismo que recoger otras tantas prendas de que no serian largas nuestras privaciones; pero aun hubo otra señal mas segura y mas caracterizada de que el choque se avivaria extraordinariamente, pues se pusieron en movimiento los

deseos de adquirir, en unos, juntamente con los temores de otros, de no desprenderse de lo malamente adquirido. Fué el caso que no sé si se acordará usted de aquel periódico de que yo le daba noticia en mi carta octava pidiéndole suscriciones, y cuyo título habia de ser *el Destructor*; no me pareció conveniente por entónces comunicar á usted todo el secreto del fin con que se publicaba, porque hubiera sido expuesto á inutilizarle si se llegaba á divulgar; pero ya que surtió una parte de su efecto, no hay reparo alguno en que usted sepa el verdadero movil de aquella ingeniosa maniobra. Bien pudo usted sospechar que acomodándome yo á servir de escribiente en un periódico que sonaba á liberal, no podia ménos de ocultarse algun misterio, y misterio de importancia; sin que por eso se entienda que me fuesen indiferentes los diez realitos diarios que me ganaba con poquísimo trabajo. Es de advertir que habia corrido la voz, muy fundada por cierto, de que la mayor parte de los diputados á Cortes venian resueltos á conceder una amnistía franca y generosa á todos los perseguidos por errores de opinion; y como á ella era consiguiente que se les restituyesen sus bienes, ya se deja discurrir cuán importuna y perjudicial pareceria á muchos honradísimos patriotas que los estaban poseyendo de buena fe. Entre estos últimos habia uno que como mas celoso de las libertades patrias se habia apoderado de unos cuantos millones pertenecientes á los herederos de un señor, que aunque no fuese afrancesado, debia inferirse que pudiera haberlo sido por ciertas razones y circunloquios que no son de este lugar. Inmediatamente conoció este benemérito ciudadano el gravísimo error y la mortal herida que se le iba á abrir á su patriótico bolsillo, de que se abrigasen estas víboras que lo primero que harian sería hacerle vomitar sangre metálica con que él se hallaba tan bien alimentado. Determinó pues buscar cuatro ó cinco escritorzuelos, de estos que llevan la infamia colgada como venera, y que aspirando ellos mismos á que se encubrieran otros rasgos patrióticos de menor consideracion, trabajarian con doble ahinco para que nadie pudiese venir á reclamar lo suyo.

En efecto, desde nuestros primeros números empezamos á desatarnos como furias contra aquella pobre gente; y como yo sabia muy bien que en efecto ellos eran mucho mas enemigos de lo que usted y yo queremos, que los mismos que los calumniaban, léjos de suavizar algo los artículos que se me mandaban copiar, les añadia yo de mi cosecha algunos adjetivos y adverbios que les daban un realce maravilloso. Se hubiera usted reido ciertamente al ver las graciosas escenas que pasaban algunos dias en la redaccion del tal periódico. Habia entre los colaboradores un estudianton muy flaco y un si es no es hambriento, que despues de rodar por cuantas porterías de conventos hay en los diferentes barrios de Madrid, se habia introducido de comensal perpetuo de un pobre señor de título, á quien durante muchos años están

sosteniendo la mesa entre sus criados y sus acreedores. Este titulado pobreton habia tenido la caridad de vender por su cuenta una considerable porcion de cuadros y de libros que le habia dejado en depósito uno de los ausentes, solo por no denunciarlos á la comision de secuestros; y como ya se vé, esto de la vergüencilla labra tanto en las almas bien nacidas, no dejaba todos los dias de recomendar al *pauper* que apretase de firme sobre la necesidad de que se exceptuase de la amnistía á todos los que tenian casa puesta.—Nada ménos que eso, decia un aspirante á empleo; lo que nos conviene es que no venga ninguno de los que necesiten pretender, porque entónces nos vamos á ver perdidos una porcion de patriotas que no hemos tenido á bien dedicarnos al estudio en estos últimos doce años.—Ni unos ni otros, replicaba el abogado que hacia de director de aquella empresa; pero lo que sobre todo debe impedirse á toda costa, es que vuelvan esos letradillos que tenian á su cargo casi todos los negocios de Madrid, porque con solo que se asomen por las puertas, de necesidad tendré que tabicar mi bufete, y no siempre han de durar los treinta y dos reales al dia que nos está dando el propietario. El caso es que todas estas conversaciones pasaban en presencia de un famoso apóstata de todos los partidos, y á quien por consiguiente le cogian de rabo á cabo todos los anatemas que sucesivamente iba oyendo pronunciar. Era este uno de los muchos que en los últimos dias del mes de febrero del año 20 sentaron plaza de liberales, aunque estuviesen sirviendo en las banderas contrarias, y que colándose de arrimon con un guerrillero muy nombrado, venía con el piadosísimo objeto de cobrar de sopeton unos ciertos créditos que él se figuraba tener. Por desgracia suya y fortuna nuestra no fué necesaria la guerrillería en la provincia que él traia entre cejas, y cambiando de norte se vino por acá á ver si en lugar de sus soñados créditos podia acreditar el magnífico sistema del *terrorismo*, de que él habia sido partícipe allá en la revolucion de Francia.

Este pues es el que se oponia á todas las excepciones parciales, diciendo: que no solo no se debia permitir la entrada á nadie, sino que era indispensable arrojar de la nacion á todos los que habian tenido empleo desde la época del Príncipe de la Paz *inclusive*, y degollar luego á las nueve décimas partes de los que quedasen; porque de otro modo no era posible hacer amable la libertad. ¡Qué de autoridades citaba él de la historia moderna, y cómo le escuchaban con la boca abierta los demas de la cuadrilla, que ya se figuraban estar haciendo un papel brillante, y que circulaban por el mundo los retratos de sus democráticas personas! Yo por mi parte confieso á usted que me arrimaba cuanto podia á sostener sus opiniones, no solo por si llegaba á cobrar los créditos, cosa que á veces no es imposible, sino porque desde luego vi que si pegaba lo del terrorismo, era el auxiliar mas po-

deroso que yo podia proporcionar á nuestra santa Inquisicion. En efecto, me dediqué á hacerle la corte, y le ayudé á poner tales artículos, que yo mismo me admiraba de que hubiese quien, al leerlos, pudiera lisonjearse de que se plantearia la Constitucion.

En estas y las otras se juntó el Congreso, y á pesar de la noble entereza de unos cuantos aficionados á la lectura del *Destructor*, que nunca pasaron de tres docenas, se decretó una cosa así, á manera de amnistía, que ni satisfizo á los interesados en ella, ni quitó el susto de los que temian con mucha razon el momento fatal de las restituciones. Mas lo peor de todo fué para mí, porque sin irme ni venirme, se me acabó la plaza de escribiente, habiendo cesado la publicacion de aquel papel.

Entónces fué cuando me desanimé del todo y maldije mi estrella, al ver que todavía preponderaba la maldita ceguera en favor de la Constitucion, sobre tantos elementos como conspiraban á destruirla. Pero me retiré con la esperanza de que serían tantas y tales las pretensiones de unos y otros, que acabarian por volverse enemigos los que se daban el título de compañeros. En otra carta me extenderé sobre las causas mas inmediatas de esta fiera enemistad, de que tanto partido hemos sacado los secuaces de las santas ideas, contentándome por ahora con pedir á Dios que les dé fuerzas para continuar despedazándose unos á otros, medio segurísimo de que nos entronicemos sobre sus ruinas, y de que les hagamos pagar con las setenas sus prematuras burlas y sus chistes á deshora. Cuide usted de la persona, y procure no morirse ni aun en chanza, como su afectísimo

El Holgazan.

II.

Carta de un Pobrecito Holgazán *á* D. Servando Mazculla.

Amigo y Señor: Prometí en mi anterior dar á usted una idea de las causas inmediatas del odio mortal que se profesan esos que por mal nombre han dado en llamarse liberales; y aunque todo estaria dicho con asegurar que no hubo entre todos ellos uno que no cifrase toda su gloria en adquirir un empleo, sin embargo es preciso descender á otros pormenores individuales que aceleraron rápidamente el gérmen de la desunion.

Bien sabe usted que eso que vulgarmente se llama *liberalismo* en España, era una voz tan exótica hasta el año de 1811, que no habia

nadie que sospechase siquiera la significacion que se la habia de dar en lo sucesivo. Liberal se llamaba únicamente, y se llamaba con muchísima razon, aquel que gastaba su dinero con cierto garbo y magnificencia; pero con mucha mas propiedad al que prestaba sin tomar recibo, ni mucho ménos sahumerio ó cosa que lo valga. En una palabra, se confundian y se confunden todavía las palabras liberalismo y liberalidad, sin que sea tan fácil como se piensa el separar estas dos ideas. Pero ¡cuánta no sería la sorpresa de muchos al ver que no solo no daban ni prestaban nada los recien venidos liberales, sino que se arrojaban como buitres sobre la descarnada tesorería, asaltándola en pelotones cual si fuese real de enemigo! Allí sí que se echaba de ver cuán injusto era el cargo que se hacia al antiguo gobierno del excesivo número de empleados, pues que todos fuímos testigos de que entre todos ellos no podian dar abasto á tantas reclamaciones y liquidaciones como se les presentaron á porfía.

El uno venía reclamando el sueldo de ministro durante los seis años que habia pasado en Melilla, en Ceuta ó en Alucema, y presentaba un cargo de treinta ó cuarenta mil duros. El otro venía pidiendo el sueldo de bibliotecario ó custodio de una biblioteca *in fieri*, miéntras habia permanecido en Lóndres estafando á cuantos mentecatos dieron oídos á sus plegarias. El otro pedia de derecho un préstamo que sus antiguos compinches habian prometido hacerle de los fondos públicos para plantear una fábrica; cual si la tesorería fuese algun Monte Pío para dotar doncellos. Otro que apénas habia llegado á ser escribiente de secretaría en el año 14, reclamaba y obtenia la salida de mayor. Otro pedia las costas de todos los procesos criminales seguidos durante los seis años; y finalmente todos los liberales de antaño, sin excepcion, se convirtieron en otros tantos frailes franciscos, de modo que la primera legislatura se redujo á ser un perpetuo despacho de peticiones y de limosnas, para las cuales no bastarian los tesoros de Creso.

Entre tanto que el poder legislativo desempeñaba estas nobles tareas, seguia su marcha igualmente majestuosa aquel célebre ministerio, conocido con el nombre de las *siete perlas*, y daba diariamente que reir á la Europa, y que llorar á la triste España con sus inconcebibles absurdos. Mucho se ha escrito ya, y mucho mas se escribirá probablemente acerca de este descabellado ministerio; pero por mucho que se diga y que se exagere, nada podrá igualar la sorpresa que causó á todos el ver que despues de haberse empleado todas las trompetas de la fama para encomiar las virtudes y talentos de aquellos gallitos de Cádiz, nos encontramos con tal ineptitud y con tan descarada inmoralidad, que empezaron á mirarse como los reinados de Astrea, los tiempos de Lozano y del Príncipe de la Paz. Allí era el cruzarse de brazos las gentes al ver vestidos á lo palaciego

y alampándose por una excelencia, á aquellos mismos que tanto habian clamado contra los que respiraban la atmósfera de la corte. Allí fué ver desatarse el furor de la clientela, no solo proveyendo todas las vacantes de empleos que debian reformarse, sino destituyendo oficinas y tribunales enteros para colocar la inumerable chusma de sus compinches y camaradas. Y finalmente allí fué el meter las manos hasta los codos en las arcas y en los cajones de la tesorería, sin que nada bastase á saciar una codicia alimentada con cincuenta años de pobreza.

No era posible que las rentas ordinàrias de la nacion fuesen suficientes á enriquecer de pronto á tanto mendigo como se presentó pidiendo y amenazando á un mismo tiempo, ni mucho ménos era posible cobrarlas, teniendo que mimar al pueblo y hacerle creer que tambien él iba á participar de la nueva mina que acababa de abrirse. Tratóse pues de suplir por medio de los empréstitos la falta de contribuciones, y esta sí que fué la mina verdadera en que los nuevos Arístides dieron al traste con todo su liberalismo. El uno toma á su cargo sostener en el Congreso la indispensable necesidad de arruinar á la nacion; el otro pide y consigue la décima parte de su ingreso para revolucionar á Nápoles; el otro pondera su destreza en esta clase de negociaciones, y todos hacen de modo que ni siquiera quedasen apuntes exactos en la tesorería de las cantidades recibidas ó figuradas[1].....

[1] Hasta aquí llega el manuscrito de Miñano.

ROMA.

—

Con el reinado de Augusto empezó el nombre de Italia á tener el sentido lato que hoy le damos, porque entónces comenzaron á reconocerse sujetos á un solo dominio todos los diversos pueblos que la formaban, aunque siguieron conservando sus instituciones locales y su mutua independencia. Era la Italia como el haz de los lictores, compuesto de varas de diferentes arbustos, siendo la ley comun el lazo que las sujetaba, y Roma la segur amenazadora que en medio de ellas relucia.

De modo que ni aun entónces existia la nacionalidad italiana propiamente dicha. Pero Roma era ya mas que el centro de una nacion, porque era el alma de un colosal imperio.

Dentro de sus fuertes muros se reunia una asociacion de todas las familias humanas esparcidas desde las columnas de Hércules al Quersoneso táurico.... ¡Cuán liberal y generosa se mostró con todas aquellas gentes, admitiendo en la curia á los hijos de los vencidos, y dando el lauro imperial á los naturales de la Tracia y de la Arabia! Dió ademas á todos sus vasallos el título de ciudadanos, y se honró con el nombre de PATRIA COMUN. Inició á los pueblos nacientes en los deberes de la vida social, al paso que les enseñaba á cultivar las artes, que son su mas bello ornamento. Y sus gigantescos proyectos, abriéndose paso por entre primitivos y silenciosos bosques, y salvando caudalosos rios, acabaron por establecer en Europa el libre comercio del pensamiento.

Aquella rigurosa y bien dirigida tutela ejercida sobre el mundo pagano, era una lejana preparacion para el advenimiento del grande órden de ideas que con inspiracion casi profética presintió Virgilio, exclamando : *Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo.* ¡Qué importaba que la victoria ensangrentada y clamorosa huyese del Capitolio cuando ya el Santo PESCADOR lo habia sellado con su sangre y el consorcio sublime del AMOR y la FE habia tomado posesion del Vaticano, quedando el imperio moral de Roma asegurado para siempre! La Ciudad Eterna dejaba de ser centro político para ser centro intelectual y religioso : el romano vencido habia de ser el maestro del

vencedor. No lo desconoció el dulce Horacio cuando se predijo inmarcesible fama para dentro del imperio moral de Roma [1].

Sus altos destinos se manifestaron en sus mismos infortunios. La madre de la universal civilizacion, política, económica, militar, literaria y religiosa, comienza á desfallecer, como herida de muerte, al tomar cuerpo de esplendido sol los primeros albores del cristianismo; pero no morirá, porque la promesa hecha á su fundador tiene que cumplirse. La antigua sociedad corrompida y enervada por los vicios, debia regenerarse, para que á la altiva señora del mundo sucediese la maestra de la humanidad, sustituyendo á la fuerza de las armas el poder irresistible de la inteligencia.

En vano el emperador Constancio uncirá al carro de su fortuna los impetuosos vélites del arrianismo; en balde Juliano el Apóstata intentará reconstruir el paganismo declarándose adorador de Júpiter y de Minerva; para sostener la mole de las antiguas ideas que se desmorona, ni siquiera le presta el arte la belleza de sus formas, porque ya el artista y el poeta, ó creen en el Dios de Nazareth, ó han perdido en los cenagales del materialismo el tipo estético con que un tiempo encadenó la Grecia los corazones á la idolatría.

Una formidable voz que llega de los desiertos de la Palestina, hace estremecer las doradas techumbres que se reflejan en el Tíber, y sobrecogerse de espanto á las indolentes vírgenes romanas; no es el «címbalo sonoro» del Apóstol, ni la «voz en el desierto» del Profeta; ¡es la elocuente voz de S. Jerónimo que anuncia como Jonás la destruccion de la nueva Nínive! Un resplandor fatídico tiñe las altas cúpulas palatinas hácia el lado del viento siniestro [2]; no son las exequias de un emperador que yace en su pira; ¡son las Galias incendiadas por los Bárbaros! ¡Son las llamas que hacen hervir ensangrentadas las olas del Rin y del Garona, como aquellos mares donde derramó un ángel el cáliz de la ira de Dios [3]! ¡Son las hogueras en que han convertido los soldados de Alarico las opulentas ciudades de Maguncia, Worms, Spira y Tolosa, y que amagan devorar la grandeza de Roma!... ¡Oh inexcrutable Providencia! ¡quién habria podido comprender con el alma anonadada por el tremendo escarmiento del asalto y saqueo de la Ciudad Eterna, que las devastadoras hordas del Báltico y del Euxino iban allí conducidas por el dedo de Dios para inocular en el cuerpo cadavérico de la corrompida matrona la sangre vírgen y poderosa que habia de darle nueva vida! ¡Quién habría po-

[1] ..... Usque ego posterâ
Crescam laude recens, dum Capitolium
Scandet cum tacitâ virgine Pontifex.
(*Oda* xxx, *lib.* 3.°)

[2] El Septentrion.

[3] Apocal. Cap. xvi.

dido bendecir entónces la impotencia del despotismo imperial, que luchó tanto tiempo en vano con la descentralizacion republicana imbuida en las costumbres de los hijos de Rómulo! ¡Quién hubiera podido exhalar cánticos de alabanza por la próxima trasformacion que iba á verificarse, cuando el santo doctor de la Panonia, repitiendo los lúgubres acentos de Miquéas, decia á Roma; «mésate los cabellos, y ráete la cabeza hasta pelártela toda, como águila que está de muda, porque tus habitantes son llevados en cautiverio[1]!»

No es de admirar que los testigos de aquellos espantosos desastres dudasen de que pudieran quedar alientos de vida en la inerte crisálida del imperio, despues que Arcadio y Honorio hicieron girones el manto del gran Teodosio; cuando los mismos poetas y filósofos nacidos en el cristianismo no han sabido desentrañar el espíritu de esa nueva Iliada de diez siglos que reprodujeron todas las naciones grandes del mundo moderno al disputarse la manzana de oro de la Italia[2]. Sin embargo tambien hablaba con Roma el profeta cuando exclamaba: «Mésate los cabellos y pélate la cabeza como águila que está de muda», porque realmente el águila romana iba á mudar todo su pomposo plumaje. Roma política sucumbia ante la doble fatalidad de las disensiones civiles y de las invasiones extranjeras; pero esto se verificaba para que en ella tuviese cumplimiento el mas alto destino que es dado alcanzar á un pueblo en su vida terrestre.

Escuchemos la voz de la tradicion y penetrémonos de su espíritu. Es fama que á la vida de Rómulo acompañaron los mas grandes prodigios, así en su nacimiento como en su muerte. Abandonado en su infancia por órden de Amulio á la corriente del Tíber, como Moises á la del Nilo por órden de Faraon, el débil esquife en que se hallaba con su hermano Remo fué depositado por una inundacion en un punto elevado de la orilla, y milagrosamente libertado, al paso que todas las otras naves que surcaban aquel rio perecieron de diversos modos[3].

El primer acto de justicia del futuro legislador del pueblo romano fué semejante á la primera vindicacion del legislador del pueblo hebreo; como este mató por su mano al egipcio que maltrataba á sus hermanos, dió muerte aquel al tirano que le entregó con Remo al Tíber.

[1] Prof. de Miquéas, cap. I.

[2] En nuestro artículo *Italia* del número anterior indicamos que el mismo Dante, que con tanta exactitud se habia expresado en su *Convite* sobre los destinos del antiguo imperio romano, habia desconocido la inutilidad, ó mas bien, los inconvenientes de su perpetuacion para el establecimiento de la grande unidad moral y religiosa que tuvo lugar en Roma con el asiento del Pontificado. Ahora tenemos que hacer un reproche semejante á Machiavelo, el cual al referir los desastres providenciales que causó á la Italia la irrupcion de los bárbaros, parece desconfiar de la Providencia acusando á la Iglesia que fué su instrumento.

[3] Esta es la tradicion mas comun de los que consideran á Rómulo como fundador de Roma. V. *Les antiquités de Rome*, del baron du Mont de Florgy.

Conoció que la justicia de aquella venganza sería desconocida por los hombres de malos intentos, y procuró dar al derecho el apoyo de la fuerza, eligiendo un asilo contra injustas persecuciones: se retiró al monte Palatino, como Moises se retiró al desierto de Madian temiendo la persecucion de los egipcios. Allí comenzó verdaderamente la grande obra para que fué predestinado.

¿Quereis ver palpablemente bajo una forma alegórica el futuro destino de Roma? Oid tambien la tradicion. Abrió Rómulo primeramente una zanja al rededor del punto designado para asamblea legislativa del pueblo (*Comitia* [1]), y mandó que cada cual arrojase en ella las primicias de todos los alimentos no vedados, y un puñado de tierra del pais á que perteneciese. Tal vez aquel inspirado fundador se propuso significar con esto, que el mejor derecho público es el que tiene por cimiento la generosa prestacion de los sacrificios individuales de los ciudadanos: y que en Roma habian de confundirse un dia todas las nacionalidades parciales del orbe.

Si fué prodigiosa la aparicion de Rómulo, no lo fué ménos su desaparicion de la tierra. El senador Julio Próculo, en una vision maravillosa que tuvo, reconoció al fundador de Roma arrebatado al cielo por los dioses, durante una tempestad que se armó acompañada de impetuosos torbellinos, y recogió religiosamente de sus labios estas palabras de eterno consuelo: «Vé y anuncia á los Romanos la voluntad de los dioses: MI ROMA SERÁ LA CAPITAL DEL UNIVERSO-MUNDO. Cultiven con constancia el arte militar, y no habrá poder humano que contra sus armas prevalezca [2]».

Mudó toda su pluma, sí, el águila soberbia de Roma: Constantino se llevó á Bizancio la sombra de la verdadera, que quedaba amparando bajo sus alas la sagrada cruz que admitió el Capitolio. El ave altanera se trasformó, y cuando de la crisálida de la Roma antigua salió desplegando leves y radiantes alas la fe alimentada en sus catacumbas, entónces la verdadera águila romana, ántes indómita y recelosa, tomó la pluma del manso y generoso pelícano, todo amor para sus hijos.

La religion de Cristo, toda de amor y ternura, es incompatible en Roma con el receloso espíritu de nacionalismo. El patriotismo que se albergó en sus muros es aquella caridad grande y sublime que

[1] El pueblo en los *Comicios* deliberaba sobre los negocios de la nacion.

[2] La fabulosa vision de Próculo se atribuye á Rómulo por Tito Livio, Ovidio, Plutarco, S. Agustin y Arnobio: *abi, nuntia Romanis cœlestes ita velle: ut mea Roma caput orbis terrarum sit*, etc. Causa verdaderamente maravilla el estudiar cuánto contribuyó la fe en la inmortalidad y en la promesa de Rómulo á las grandes empresas que el pueblo romano llevó á cabo, de manera que, aun reconocida la vision de Próculo como fabulosa, siempre subsiste como portento humamente inexplicable la circunstancia de ajustarse tan escrupulosamente á la historia de Roma aquella supuesta promesa segun fué formulada hace tantos siglos.

abarca todo el universo, y cuyo ardiente anhelo es el progreso del perfeccionamiento evangélico en la familia humana.

Si en Roma se hubiera arraigado el nacionalismo, si la ciudad predestinada hubiese llegado á ser la capital de una monarquía ó de una república, como las otras que han cruzado por la escena del mundo, el patriotismo, pasion que se alimenta con harta frecuencia de rivalidades y de orgullo, se hubiera constituido en cauteloso espía de la gran ciudad, y hubiera cerrado sus puertas á la generosa hospitalidad que debia ejercer teniendo á todas las cortes europeas por dóciles alumnas.

Hé aquí la gran diferencia entre Roma y las demas naciones. Estas, cuyo curso debe ser pasajero como la vida del hombre, solo pueden aspirar á que su existencia se dilate lo mas que les permita el cielo, dejando en su carrera algun rastro de gloria. Todas sus obligaciones acaban dentro del estrecho círculo de su propia conservacion é incremento, y esta especie de egoismo colectivo no es en manera alguna vituperable en los pueblos que al venir al mundo no descubren promesas de inmortalidad en su horizonte. Estos pueblos son los que se levantan contra la opresion extranjera, y tienen por deber el repelerla, aun cuando para asegurar su independencia se vean precisados á derramar la sangre de sus adversarios. Forzados á sostener guerras de propia defensa, no les es dado perdonar enteramente, porque el perdon se funda en el olvido, y las nacionalidades solo viven de recuerdos.

No así Roma, que es la Ciudad Eterna: no hay violenciaq ue en ella no se haya consumado. Sentada en su silla curul, á la manera de los antiguos senadores, esperó á sus enemigos impávida y majestuosa, y su sola mirada mas de una vez les heló el corazon haciendo caer el hierro de sus manos. Perdonó casi siempre á los que talaron sus campos é incendiaron sus palacios y sus mieses, y en trueque de rencores dió á la Europa enemiga las ciencias, las artes, la literatura, y una religion de paz y amor.

Nada hizo para sí: todo para el mundo. Defendió á la cristiandad del islamismo embrutecedor y mandó las galeras venecianas á ahogarlo en las aguas de Lepanto. Libróle despues en Trento del vandalismo protestante, como desarmó en nuestro siglo al vandalismo revolucionario, oponiendo al orgullo de Napoleon la evangélica mansedumbre de Pio VII. Difundió por todas partes la luz de lo bello, de lo útil y de lo justo, con las obras inmortales de sus sabios, de sus poetas y de sus artistas; y ahora que las naciones europeas, como las olas de un revuelto mar, se alzan unas contra otras dispuestas á renovar las sangrientas luchas pasadas, Roma es la única que sacrifica sus fieles diáconos[1] para recordar á los hombres la olvidada moral de la Iglesia

[1] Alude á la dolorosa reciente muerte del arzobispo de Paris, Mgr. d'Affre.

de Jesucristo, con palabras de consuelo para la desesperacion de los vencidos, con ejemplos de caridad para el furor de los vencedores.

PEDRO DE MADRAZO.

LA RELIGION Y LA FILOSOFIA.

—

TODA fe produce una especie de religion y culto tributado á aquel en quien se coloca, ora sea una persona, ora un principio; pues nada mas natural que inclinar la frente ante el mismo á quien doblegamos nuestra razon : si es genuina la fe, el culto será legítimo : si la fe es errónea ó por extraviarse desde su orígen, ó por no levantarse bastante arriba, deteniéndose donde no debiera, será el culto supersticion é idolatría. Todos los principios, todos los sentimientos, todas las autoridades, todas las preocupaciones que ejercen imperio así en las sociedades como en los individuos, son otras tantas deidades con sus aras y con sus sacrificios : y bajo este concepto, no aparece tan extraña la multitud inmensa de dioses que los gentiles reconocian. Faltos de una idea de unidad en la que se resumiesen toda verdad, grandeza y vida, y sin saber llegar al extremo de los diversos órdenes creados que conducen todos al mismo centro, en aquel punto del camino hasta donde alcanzaban sus fuerzas, erigian una deidad, escribiendo *non plus ultra* al pié de su pedestal; sus facultades y sentimientos, sus necesidades y placeres, entre sí independientes y aisladas, necesitaban cada una un término, un dios particular; y donde quiera veian un reflejo de verdad, de bondad ó de poder, considerándolo como luz propia, lo adoraban y divinizaban. Divinizaban á los fundadores de su nacion, á sus legisladores, á los inventores de las ártes útiles para la vida, á los monarcas justos ó conquistadores temidos, á los sabios que se elevan sobre la esfera comun de los conocimientos; divinizaban sus facultades, sus pasiones, sus goces, sus necesidades, todo cuanto influia en su vida ó en sus actos, todo cuanto les parecia de una naturaleza superior. No era todo vil lisonja la apoteósis que hacian de los difuntos soberanos; no era todo temor supersticioso, ó desahogo del cariño el culto que prestaban á los manes de los antepasados; en aquellos divinizaban el poder conservador de la sociedad, cuya verdadera fuente no conocian; en estos,

la prioridad de existencia, cuyo primer dador y criador ignoraban. Y mas allá de ese cielo que tocaban, por decirlo así, con las manos, mas allá de esos dioses que tan poca distancia separaba de los mortales, entreveian un espacio infinito, oscurísimo, donde nadie se atrevia á lanzarse, donde reinaba el *Hado*, el dios de sus dioses, ó mas bien la negacion de todo Dios. La idolatría seguida hasta el último resultado hubiera llegado al ateismo, y solo se salvaba de él merced á la inconsecuencia; porque toda supersticion es impía, así como toda impiedad es supersticiosa.

Quitad de en medio á un Dios, pero al Dios de los cristianos, al Dios único, creador y próvido, de quien salen y á quien van á parar todas las cosas, y todo queda descuadernado y sin objeto, y el gran conjunto del universo se fracciona en mil y mil porciones que buscan en vano su centro de gravedad. No querréis un Dios, y tendréis mil entónces; negaréis fe á la verdad universal, á la clave que todo lo explica, y tendréis que creer en cuanto os rodea, que será desde entónces un enigma para vosotros. La libertad es el órden, la libertad es la facultad que tiene cada sér de obrar segun las leyes de su esencia; y en este sentido, no nos cansarémos de repetirlo, la fe divina es la libertad de la razon, porque emancipándola de todo dominio extraño, la sujeta al único á quien lo está por su esencia: la religion es la libertad de las sociedades y del individuo, segun á este ó á aquellas se aplica; porque es la única que puede ilustrarlas acerca de sus leyes esenciales, de su orígen, de sus deberes y de su destino. En todos los conceptos religiosos y políticos, físicos y morales, nada hay tan libre como el órden y la legitimidad, nada tan opresor y tiránico como la anarquía y la revolucion.

Miéntras que algo se afirme, aunque sea un error, habrá fe, habrá religion, si bien falsa; miéntras quede un palmo de tierra firme que no devore el océano de la duda, allí se levantará un altar, cualquiera sea el ídolo que en él se siente. El ateismo es tan imposible como el escepticismo completo, como el suicidio de un espíritu: en tanto que viva este, deberá creer, deberá adorarse á sí mismo á falta de otro objeto. El mismo dia en que los revolucionarios franceses proclamaron el ateismo, reconocieron una divinidad, y no implícita ó al ménos abstractamente, sino con nombre, efigie, templos y solemnidades, con todo el aparato del culto externo: esta divinidad fué la *Razon*. Hé aquí toda la altura á que puede llegar la razon; pero ¡insensata! no advierte que destruyéndolo todo no halla así donde sentar su trono, porque nada se edifica sobre la nada, y que mal puede mandar quien no tiene á quien, ni gozar de los honores de la divinidad quien carece de adoradores.

Todo lo que es objeto de fe, lo es tambien por consiguiente de cierto culto y religion, siendo ambas á dos igualmente indispensables;

pero solo la religion católica, centralizándolo todo en Dios y legitimando el culto, puede eximirnos del politeismo y de la supersticion. Cualquier otra autoridad sería usurpacion, cualquier otro rendimiento sería de parte nuestra mengua y servilismo; mas una independencia absoluta fuera un absurdo. Seguro es que no nos hemos dado el sér á nosotros mismos; tampoco nos hemos dado la verdad: que necesita nuestro cuerpo de alimentos extrínsecos; tambien al espíritu le viene de fuera su sustento; el hombre tan dependiente por la parte que le liga con el polvo que huella, con mas razon lo será por la que mira al Criador que le formó. La razon es esencialmente pasiva, es un espejo donde todo se pinta, y nada de suyo existe; una puerta que puede cerrarse ó abrirse á las impresiones que de fuera le vienen, y que nada tiene en si de activo sino la facultad de recibir ó rechazar, y de elaborar á su modo lo recibido. Hácia el mundo físico tiene abierto un conducto, y es el de los sentidos; hácia el mundo espiritual tiene otro, y es el de la tradicion. Si no fuera por temor de extraviarnos de nuestro propósito, y por el deseo de volver á este punto con mayor detencion, indicariamos con cuánta profundidad y acierto señaló Bonald la *palabra* como base y principio de los conocimientos humanos, poniendo por tanto su fuente fuera de nosotros, y remontándola de generacion en generacion hasta Dios, que la reveló al primer hombre: pero bastará preguntarnos lo que sería el hombre apartado desde la niñez de toda comunicacion, lo que seria una razon completamente aislada; ¿qué ideas podria tener del mundo espiritual, de su orígen y de sus destinos? ¿Qué podria hacer sino sentir el vacío sin alcanzar á llenarlo, gemir en su ignorancia sin remediarla? Y si reunimos millares y millares de esas razones individuales destituidas de toda tradicion, ¿brotará acaso de entre ellas la verdad y la luz? Sí, cuando resulte alguna cantidad de una inmensidad de ceros, ó cuando puedan darse luz unos á otros una multitud de espejos colocados en la oscuridad. Hasta en el órden físico no hacemos otra cosa que combinar y clasificar sensaciones; y las que se llaman ciencias positivas no son mas que hipótesis ingeniosas, muchas veces deducciones fabricadas sobre una base aérea; á poco que las profundicemos, nos hallamos con alguno de aquellos principios que llamamos claros por no poder dar razon de ellos, con algun arcano que creemos penetrar por haberle dado nombre. ¿Qué será en el órden espiritual, el cual las sensaciones, léjos de auxiliar, contrarían á menudo? A ménos que no se proclame un sensualismo completo, á ménos que no se diga que el alma vive exclusivamente por los sentidos, de lo cual resultaría como muy inmediata consecuencia, que vive tambien para los sentidos, existen ideas de un órden superior que ella no puede recibir por medio del cuerpo al cual va unida, por grandes que sean las analogías que se supongan entre lo visible y lo invisible;

ideas que tampoco pueden ser patrimonio innato del alma, pues de otro modo no dormirian enteramente desconocidas durante los años de la infancia; ideas en fin, que no se revelan en el hombre, sino cuando se hace capaz de recibir en sí la tradicion y de comprender la palabra que es su conducto, y que proceden siempre de un impulso extraño, de una autoridad, sea legítima, sea usurpada, de una fe que en último término debe refundirse en Dios mismo. El mundo visible puede hablar á los sentidos, y por medio de ellos al alma; pero al alma directamente no puede hablar sino Dios. El hombre interroga, solo Dios responde; el hombre no tiene mas que facultades, solo Dios le suministra materia para ejercitarlas; el hombre no tiene de suyo mas que la inercia y la ignorancia, solo Dios puede imprimirle movimiento y doctrina. Ni aun la negacion pertenece en propiedad á la razon humana, pues para negar preciso es que algo se le proponga. Véase pues con cuánta justicia dijimos en otro número que la ciencia del hombre es negativa, puesto que la negacion es el único acto de su independencia, y que su extension solo se mide por lo que duda. La mayor, la única verdad que ha podido descubrir por sí sola, es la siguiente: sé que no sé nada.

Esta que á primera vista parecerá una paradoja, ó cuando ménos una exageracion, es sin embargo una verdad comprobada á cada paso. El rústico vive indiferente en medio de las maravillas de la naturaleza, ni sospecha que haya en ellas un arcano, creyendo todo y nada mas de lo que alcanzan sus sentidos; la curiosidad y la duda van desarrollándose al par que la razon y los conocimientos. Las ciencias ensanchan de cada dia su esfera, pero su esfera es un vacío; y á cada paso que dan, brotan bajo sus huellas mil y mil problemas ántes desconocidos, y las dificultades se agrandan conforme mas de cerca las tocamos. No dudariamos afirmar que en las ciencias naturales se ignora en el dia mucho mas que en los tiempos antiguos, cuando con algunos principios generales ó groseras hipótesis se creia explicado todo: mas ahora cada adelanto hecho en ellas nos revela un mundo ignorado y fenómenos de todo punto inconexos, en los cuales se pierde la razon. Y lo mismo que en esta, observamos en las demas facultades del hombre, que al paso que se desenvuelven sienten mas su vacío y su malestar: lo mismo sucede con las sociedades que con el refinamiento de la civilizacion, pierden su envidiable reposo primitivo. Donde quiera se introduce la ciencia humana, lleva consigo su cortejo de disputas, y deja en pos de sí un rastro de agitacion y de inquietud.

Sin pretender dar mas valor á nuestra asercion siguiente que el de una simple teoría, si bien apoyada en sólidos fundamentos y analogías, creemos que nada hay en el hombre rigurosamente original, y que le es tan imposible inventar de la nada una idea, como crear un cuerpo de la nada. Su trabajo y actividad en una y otra esfera se

limitan á descomponer, á reunir, á modificar, á trasformar, prestando á las cosas miles y miles de formas, bajo las cuales existen siempre los mismos elementos. El entendimiento no es mas que el laboratorio químico de las ideas, y la mayor ó menor excelencia de la razon se mide únicamente por la fuerza y habilidad de que está dotada para semejantes operaciones. El pensamiento mas sublime, la invencion mas original, no son en nuestro concepto sino una nueva combinacion encontrada; y no creemos por esto rebajarlas, porque ¿qué otra cosa son nuestras invenciones en lo material? Nada obstan al presente sistema la variedad y la innumerabilidad de los pensamientos; ¿quién ha agotado la de las formas de los cuerpos? Mucho prueban á favor nuestro la importancia que se da á la educacion, á las relaciones, á la posicion particular, al lugar y al siglo en que vivimos, como que esencialmente influyen en la naturaleza y direccion de las ideas; mucho tambien la curiosidad que nos lleva á investigar estas circunstancias personales en los hombres cuya inteligencia nos admira, y á sorprender, digámoslo así, la generacion de sus pensamientos. Gran parte descubriríamos del secreto de su composicion, si fuera posible el estudio de su vida íntima y de sus mas leves accidentes: mucha hay de la cual ellos mismos únicamente pudieran informarnos, mucha tambien de la cual no pudiera dar razon sino Dios, porque no siempre conoce el hombre lo que sobre él influye. ¿Por qué la frecuencia de los viajes y de la sociedad ilustra en un espíritu observador, no solo la memoria, sí que tambien el entendimiento? ¿Por qué, si busca el otro la sabiduría en el retiro, llama al ménos á los libros por compañeros? Dos fuentes de ilustracion son estas muy distintas, pero privad de entrambas al hombre, privadle del comercio con los vivos ó con los difuntos, y veréis qué cuenta dará su inteligencia. Y los siglos ¿por qué progresan, sino porque reciben en herencia los adelantos de los pasados? Quitad la tradicion, ó suponed que cada generacion desapareciera del mundo toda de una vez, sin dejar de sí rastros ni en libros ni en monumentos, y el mundo nunca pasaria de la infancia de la civilizacion. Júzguese pues si será temerario afirmar de una facultad cuya impotencia individual todos reconocemos, y que sin embargo, segun sea su posicion y su comercio con las demas, puede llegar á un grado de perfeccion admirable, afirmar, repito, que es una facultad pasiva que por sí no puede crear ni inventar.

Siendo esto así, y viniéndonos de afuera todo conocimiento, no comprendemos en verdad lo que significa, en materias que no sean físicas, la palabra *filosofía*, considerada como creacion y producto de la razon abandonada á sí propia, y contraponiéndola á la *religion* hija de la fe. Podrá ser una negacion, una restriccion, una duda, pero jamas una cosa positiva; podrá destruir, pero crear de ningun

modo : la filosofía en este sentido no puede tener dogmas ni verdades, ni proponer cosa alguna como tal. Lo único que posee de afirmativo en el órden espiritual, es lo que adopta y deja subsistente de la religion; y cuando mas hostil se le manifiesta y de mas independiente blasona, trabaja, sin saberlo ó sin confesarlo, sobre las verdades de aquella, las modifica, las elabora, las vuelve y revuelve bajo mil formas distintas; pero por mas que haga, no puede moverse fuera de su círculo, y para que tenga un soplo de vida, ellas son las que deben servirle de alimento. Sin la religion solo es posible una filosofía, la del escepticismo; y en él llega á caer el error tarde ó temprano, y caeria desde luego si fuera lógico y consecuente; porque siendo la verdad una é indivisible, y siendo imposible separar unos de otros los eslabones de su cadena, es preciso reconocerla ó negarla toda. Mas el error por un instinto de conservacion, al sentirse resbalar por la fatal pendiente, se ase con fuerza á algunos restos de verdades, como á las raices que crecieran sobre el borde de un abismo, que ó bien se rompen despues de crugir mas ó ménos tiempo entre sus manos, ó bien le proporcionan por un esfuerzo extraordinario, ayudado de alguna mano amiga, el fijar otra vez el pié en tierra firme.

Hé aquí por qué la filosofía, para ser algo, jamas niega de un golpe todas las verdades, y si con la diestra quiere hacer guerra á unas, con la siniestra debe asirse á otras; siendo tanta su dependencia respecto de la religion, como la del hombre respecto de Dios, contra quien ni aun sublevarse puede, sino abusando de los mismos dones que le concedió. Pretenderá oponer enseñanza á enseñanza, edificio á edificio; pero las piedras con que intenta construir sus escuelas, son piedras robadas de los templos, y el solar mismo sobre que edifica es un solar sagrado. Descompongamos los sistemas filosóficos que mas extraños y nuevos nos parezcan, y que mas presuman de innovadores; y no nos será difícil discernir los elementos que de una y otra tradicion han tomado, y hallar en su fondo una verdad religiosa mas ó ménos desfigurada. Ciencia en la esfera superior á los sentidos, es sinónimo de *religion*, porque el conocimiento de ella no se adquiere sino por la fe : *filosofía* es sinónimo de duda, y sin la religion ni aun nombre tendria, como no lo tuvieran las tinieblas, si no hubiese luz, como no lo tuviera la nada, si no hubiese sér. En todo lleva la filosofía este sello de duda é incertidumbre, hasta en su misma tecnología; su aparato de análisis, problemas, cuestiones, etc. se parece mucho á una coleccion de instrumentos anatómicos, muy aptos para disecar, mutilar, matar si importa, pero incapaces de dar un minuto de vida. Solo que la filosofía nada puede destruir sino respectivamente á sí misma; se priva de la verdad; mas no la aniquila, así como los ojos pueden cerrarse á la luz del sol, pero no extinguirla en su fuente.

Y estas reflexiones y el paralelo que establecemos entre la religion y la filosofía, no se limitan á los tiempos trascurridos desde la aparicion del Cristianismo, y á la situacion que una y otra actualmente ocupan; pues siendo la primera la verdad misma revelada, bajada directamente del cielo, la otra en caso de contrariarla ó restringirla no puede ser sino una rebelion y un sacrilegio; sino que se extiende á aquellas épocas mismas en que corrompida la tradicion, hasta el punto de no poder discernirse lo que habia en ella de mentira y de verdad, podria parecer la filosofía una legítima protesta contra sus absurdos, y una luz interina para disipar en parte las tinieblas que cubrian la faz de la tierra. Para mostrar la nulidad de la filosofía como elemento activo y creador, para hacerle ver su dependencia, no tenia necesidad de aparecer el Cristianismo, porque esta nulidad y esta dependencia estaban en su raiz misma. Aquí prescindimos por un momento de lo legítimo ó ilegítimo de la autoridad, de lo verdadero ó falso de la tradicion; basta para nuestro intento observar que la filosofía no ha podido vivir nunca sino en la esfera de aquella, y que cuando algo ha tratado de hacer, ha tenido que pedirles prestados los materiales. En una palabra, á la religion únicamente pertenece, no digo solo resolver, sino aun tratar los problemas espirituales y morales del hombre, y la filosofía no ha podido hacer mas que destruir sin edificar. El mundo físico es su exclusivo patrimonio, y cuando intenta traspasar las fronteras de su imperio para invadir el ajeno, ó queda ella misma cautiva, ó lo arrasa y aniquila todo.

Difícil sería señalar la época en que empezó la filosofía, emancipándose de la religion, y en que principiaron á andar divididos los nombres de sabios y de sacerdotes: lo cierto es que pasaron muchos siglos ántes de este divorcio; tardanza que no comprendiéramos en verdad, si fuera la razon por sí sola activa y creadora. Se dirá que no estaba todavía suficientemente ilustrada para gobernarse, que la civilizacion no estaba bastante avanzada; pero ¿qué es esto sino confesar con palabras mas ó ménos especiosas, que hay una luz extraña á la razon, que se adquiere y no nace con ella, que va aumentando con el tiempo, y enriqueciéndose con la tradicion de las pasadas generaciones? Nunca los legisladores de los pueblos antiguos, ni cuantos se ocuparon en cosas concernientes al órden moral y espiritual del hombre, hablaron á sus semejantes en nombre de la filosofía, sino en el de la divinidad cuya voz, ora en sueños, ora por boca de los oráculos, ora en el fondo de los bosques, suponian haber oido: los filósofos mismos daban á sus sistemas un barniz de sobrenatural y milagroso, y Sócrates, el mas sincero de ellos, pretendia tener un *genio familiar*. Aun cuando no designemos otro motivo de este hecho general é innegable, que el objeto de explotar en favor propio la supersticion del vulgo, y el de poner al abrigo de todo humano ataque sus leyes y con-

cepciones, no serviria ménos de apoyo á nuestro aserto la conviccion general que supondria en el género humano, de que la verdad no es producto de la tierra y desciende del cielo, y que el hombre no puede enseñar al hombre, sino Dios únicamente. Mas en honor de la humanidad creemos que habia en aquel hecho algo mas que una sórdida especulacion ó una sacrílega impostura, y no es verosímil que existieran contemporáneas, en unos tan necia credulidad, en otros impiedad tan refinada. Si alguna fe hubieran tenido en su razon estos últimos, ¿á qué buscar para sus partos una sancion religiosa? El fuerte sometia al débil, sin curarse de apoyar su usurpacion en el derecho divino, sino en la fuerza misma; ¿por qué pues el sabio no habia de mandar al ignorante, fiado en la sola superioridad de su razon, sin necesidad de revelacion supuesta? Digamos mas bien que ellos sabían no haber puesto nada de lo suyo, que estaban convencidos de su mision los mas de ellos, y que con sus fábulas maravillosas sensibilizaban únicamente, por medio de una imágen acomodada á la grosera comprension de las gentes, la procedencia sobrenatural de aquellas verdades que no habian hecho sino recoger de los restos esparcidos de la tradicion.

La modesta etimología del nombre *amor de la ciencia*, indica cómo empezó la filosofía. La razon no creó la ciencia, ni la halló dentro de sí misma, sino que se lanzó en busca de *ella*, la amó, le prestó una especie de culto. El filósofo fué peregrino ántes que pensador, viajó por lejanas regiones ántes de encerrarse en su retiro, y no empezó á construir su colmena sino despues de haber chupado el aroma de todas las flores conocidas. Largos y numerosos fuéron los viajes de los filósofos griegos, primeros que con este nombre se conocen, é hijos primogénitos del racionalismo, por el Egipto, por la India, y por los paises del Oriente, donde mas pura y mas reciente á la sombra de los templos y del misterio se conservaba la tradicion. Sabido es con cuánto afan interrogaron los oráculos de Brama y de Osiris, estudiaron sus sagrados geroglíficos y sus enigmáticas teogonías, é introdujeron en su patria, como caudal y adquisicion propia, las mercancías extranjeras. Si alguna luz alcanzaron á derramar sobre materias tan sublimes, pero tan necesarias al mismo tiempo, no brotó de su razon esta luz, sino que fuéron á encenderla en las aras de los dioses extranjeros, donde quedaban aun centellas del sagrado fuego de la tradicion. Muchos han sostenido, y no sin sólidos fundamentos, que Platon, el mas eminente de los filósofos antiguos, y que mereció contar á muchos santos Padres entre los de su escuela, tuvo noticia en sus viajes al Oriente, de los libros de los judíos; y el nombre de *divino* que se le dió, prueba como generalizada entónces esta conviccion misma de que la ciencia no podia proceder sino de Dios, y que el sabio no era mas que su instrumento. Sea como fuere, la escuela *afirma-*

tiva de Platon tuvo poco séquito en las aulas, y menor influjo todavía en la sociedad; sus libros no fuéron considerados sino como hermosos sueños, ó monumentos curiosos de la ciencia, y á pesar de sus ideas sublimes de Dios, y de sus bellas lecciones de moral, el culto fué de cada dia haciéndose mas grosero, y las costumbres mas corrompidas. Las demas escuelas ó se contentaban con negar, aniquilando toda tradicion, en vez de depurarla, ó faltas de toda idea de espiritualismo, arrastrando por la esfera de los sentidos, y aglomerando monstruosamente las ideas acá y acullá recogidas, elaboraban absurdos sistemas, mil veces mas groseros que las supersticiones que pretendian reemplazar. Es de notar que las escuelas que mas séquito alcanzaron, primero en Grecia, y trasplantadas luego á Roma, fuéron la estóica, la epicúrea y la pirrónica, es decir, la fatalista, la materialista y la escéptica, las tres grandes negaciones de toda providencia, de toda virtud y de toda verdad. Si este fué un progreso del espíritu humano y un paso para el mejoramiento de la sociedad, dígalo la historia lamentable de aquellos tiempos; aunque nosotros no tenemos necesidad de esta prueba práctica, para afirmarnos en que es preferible el error á la incredulidad, como la enfermedad es preferible á la muerte.

Con la revelacion del Cristianismo desalojada la filosofía por la luz inmortal de este de aquella region superior en que solo habia palpado tinieblas, y confinada en el recinto de que nunca debiera salir, en la observacion é investigacion de las cosas naturales y sensibles, tomó muy pronto otro sesgo hostil á la religion, no ya contrariándola abiertamente y minándola por su base, sino presumiendo enmendar su fábrica y dar mas solidez y trabazon entre sí á las partes que la componen. Todas las herejías teológicas no son mas que errores filosóficos, que pretendiendo explicar por los principios que rigen en el mundo material lo que es de una esfera muy superior, ó aproximando una á otra dos verdades aparentemente contradictorias, y cuyo lazo no percibia la razon, negaban ó torcian violentamente lo que no era dable comprender. Examínense una por una las herejías anteriores al protestantismo; ó eran reminiscencias de los siglos idólatras y de las corrompidas tradiciones, ó falsas análogías sacadas de lo natural, é indocilidad de los sentidos, ó pretensiones orgullosas de averiguar lo que Dios quiso ocultarnos; y en la guerra que hizo por partes al catolicismo la razon encarnada sucesivamente en ellas, de toda clase de armas encontramos, pero ningunas que puedan llamarse hallazgo ó creacion de la filosofía.

El protestantismo inauguró una nueva guerra, no ya por partes, sino dirigida al todo y á la base, tal vez sin apercibirse de ello sus autores, cuyos principios tampoco eran del todo nuevos, pues los Albigenses y Wiclefitas habian ántes echado ya la semilla del árbol que

todavía no era bien conocido por sus frutos. Fué el protestantismo la negacion de toda tradicion y autoridad, la abierta rebelion de la materia contra el espíritu, rechazando la carne cuanto le era penoso, y los sentidos cuanto les era incomprensible: nada nuevo afirmó su doctrina; mas á pesar de sus principios eminentemente negativos y destructores, salvóle la inconsecuencia de su aplicacion; y lo mucho que conservó del catolicismo, el nombre de Jesucristo, su moral aunque adulterada, el fantasma de iglesia que intentó crear, prescindiendo de causas políticas y sociales, le conservaron por algunos siglos la existencia que todavía arrastra lánguidamente. De suerte que sus variaciones y su duracion prueban igualmente en favor nuestro: aquellas deponen de la caducidad del error, esta de la fuerza de la verdad que puede dar vida por algun tiempo al error mismo, si este en parte la respeta.

Bien proto se vió que el protestantismo era solo la primera fase de la incredulidad universal, y que con el desarrollo de su pestífero gérmen *iban disminyéndose* rápidamente *las verdades por los hijos de los hombres*. En el siglo XVIII empezó á darse á conocer la filosofía en la acepcion en que la tomamos en este artículo, aunque debiera mas bien llamarse racionalismo; y el timbre de *incrédula* que no reparó en aceptar, manifiesta sobrado su índole negativa, para que nos detengamos en demostrarla. Abrió la marcha la escuela sensualista, siguieron las ciencias naturales suministrando cada cual su contingente de armas, luego la historia y la erudicion desenterrando antiguallas que convertian en instrumentos de guerra, y pergaminos en los cuales se esforzaban en leer sus doctrinas; no parece sino que el hombre queria sublevar contra Dios las difuntas generaciones y el mismo universo insensible: pero ¿dónde está el sistema psicológico, el dogma, la verdad que proclamaron? Aun mas: el prodigioso desarrollo que inspiró bastante audacia á la razon humana para divinizarse, el vigor que tan funestamente empleó solo en la destruccion, el caudal de conocimientos, la sutileza de las objeciones, eran dones que exclusivamente debia á la religion; era aquella filosofía una sierpe que mordia el seno que la habia calentado y reanimado; combatia el Cristianismo y le asestaba sus tiros á la luz de los resplandores inmortales que de sí despedia. ¿No le hicieron guerra acaso con sus mismos dogmas, y en nombre de los setimientos que él únicamente podia haber inspirado? ¿Qué hubieran sabido ellos de libertad, de igualdad y de independencia, hijas del Cristianismo en su recto sentido, y que solo acertaron á profanar? Qué hubieran sabido de humanidad, de tolerancia, de caridad, palabra que en vano, para hacer olvidar su orígen, sustituyeron con la de *filantropía*? Qué hubieran sabido de tantas virtudes que en el mundo idólatra ni aun nombre tenian? ¿Acaso en la antigüedad se habia elevado nunca un filósofo con

miras *humanitarias*; ó aspirara á una especie de apostolado para ilustrar y hacer felices á sus semejantes? Porque es preciso confesarlo, desnudándonos del odio que nos inspira su negra ingratitud y la perversidad de sus miras, la filosofía del siglo XVIII es por lo general mas elevada que la de la antigüedad, y contiene mayor número de verdades, porque lleva aun á pesar suyo el sello del Cristianismo, y ademas conoce al par que su desnudez la necesidad de vestirse con ajenas galas, y de satisfacer convicciones y sentimientos que no se arrancan una vez sembradas. No es una sola la apología que del catolicismo se ha formado solo con fragmentos de autores incrédulos y con sus involuntarios homenajes. Concretémonos solo á la moral, que es la que mas dificultades á nuestra asercion ofrece, pues estando su fuente y su aplicacion dentro de nosotros mismos, y teniendo por impulso los sentimientos, y la conciencia por guia, parece que mas debiera estar al alcance de la razon: y sin embargo ¿qué ideas tuvieron de ella los filósofos antiguos, á pesar de los vislumbres de la tradicion primitiva? ¿Cuántos crímenes no permitieron? Cuántas injusticias no sancionaron? Y los filósofos modernos ¿qué han hecho sino copiar completamente el código moral del Cristianismo? Solo que promulgaron en su nombre lo que ántes se habia promulgado en el de Dios; intentaron trasplantar el edificio entero, sin que este se estremeciera desde la base del *deber* á la del *interes*, y la experiencia va mostrando sus frutos y madurando los desengaños.

Corre en el dia muy en boga una especie de filosofía que, sin negar lo que ha tomado del Cristianismo, y hasta rindiéndole homenajes hipócritas, presume sin embargo mejorar su obra, aspirando á una perfectibilidad indefinida. Claro está que para estos filósofos no puede ser el Cristianismo una religion, porque ¿quién será el temerario que aspire á completar la ciencia de Dios con la ciencia del hombre? El Cristianismo no será para ellos mas que una escuela filosófica, un producto de la razon, sujeto como tal á mudanzas y adelantos. No echarémos mano por ahora de los innumerables argumentos históricos y metafísicos que aniquilan este error, no tan nuevo que no halle ya precedentes entre las herejías de los primeros siglos: solo un reparo opondrémos, que es el que mas hace á nuestro propósito. ¿Cómo es que no ha habido otra filosofía afirmativa que el Cristianismo? Cómo es que nada parecido vieron los siglos anteriores ni los posteriores? cómo es que de la razon de un hombre solo brotó la verdad toda que nunca pudieron hallar las generaciones de ántes, y á la cual nada han podido añadir las siguientes? Cómo es que desde diez y nueve siglos acá, despues de un paso tan gigantesco, ha quedado estacionaria la filosofía? A vista de lo pasado, permítannos pues esos adoradores de la razon ser mas desconfiados del porvenir, y de sus anuncios lisonjeros. El espíritu humano para su alimento necesita de verdades

y no de profecías, que no empiezan á serlo sino desde su cumplimiento; y puesto que á nosotros nos tocó nacer todavía bajo el reinado del Cristianismo, séanos lícito ser cristianos, y creer como tales en la divinidad é inmortalidad de nuestra religion.

Sacrílego por consiguiente, y no ménos que sacrílego es insensato, el empeño formado por algunos de divorciar la filosofía de la religion, y aun de suponer que puede aquella oponer dogmas á dogmas y verdades á verdades; y sacrílega es igualmente la presuncion de los que se colocan entre una y otra como mediadores, si entienden que la reconciliacion ha de ir precedida de transacciones por entreambas partes, y consideran de igual naturaleza á los combatientes. Es muy comun oir en nuestros tiempos deplorar los abusos é ignorancia de aquellos siglos en que marchaba sola la religion sin la luz de la filosofía, y los excesos á que por su odio á la religion se dejó arrastrar una filosofía atea, presentando como el mas bello porvenir de la humanidad aquel dia en que ambas mezclen sus luces, y se enlacen en estrecho abrazo. No será por cierto la religion quien lo rehuse, porque jamas ha tenido miedo á la luz de la filosofía; pero se engaña el que crea que esta luz haya de añadir algunos quilates á los resplandores de aquella, porque la filosofía, en el sentido que nos hemos concretado á darle en este artículo, podrá quitarle cuanto quiera, pero añadirle nada; su antorcha incendia, no ilumina. Pero si la filosofía se toma por sinónimo de sensatez y recta razon, entónces no data desde ahora su intimidad inseparable con la religion; que, prescindiendo de los abusos cometidos en su nombre y de la debilidad de los mortales, nunca ha cesado de ser bajo este aspecto racional y filosófica en sí misma. Así pues de todas maneras esta reconciliacion de la religion y de la filosofía, considerada como cosa necesaria y como efecto de mutuas concesiones, es una blasfemia y un absurdo, suponiendo que la religion tiene necesidad del racionalismo, ó que pudo ser algun tiempo irracional. Lo único que es de desear y de pedir es, que la filosofía, conducida por el camino mas breve á los piés de la religion, enmudezca y adore, y que el estudio de las cosas visibles le sirva solo para respetar mejor los arcanos de lo invisible, y bendecir el Criador universal.

De estos principios que hemos procurado sensibilizar cuanto nos ha sido dable con la observacion y la experiencia, deducimos tres consecuencias, cuya importancia hará perdonar acaso lo abstracto de la materia, y lo mucho que en ella nos detuvimos. Siendo la razon no un principio creador y activo, sino una facultad pasiva á la cual le viene de fuera el alimento y la materia de su ejercicio, y existiendo en ella muchos pensamientos, muchas verdades que no pueden introducírsele por el conducto de los sentidos, debe reconocer una tradicion, una fe, una religion, un Dios, cuatro nombres que en

último término vienen á ser lo mismo. Solo puede negarse esta necesidad por el que no reconozca mas órganos para la razon que los sentidos, ni mas sér por consiguiente que la materia. La filosofía, considerada como emancipacion y divinizacion de la razon humana, no puede ser sino la religion de los materialistas.

Naciendo de la tradicion, y no de la razon, todas las ideas de esfera superior á la de los cuerpos y de los sentidos, en la religion, es decir, en la tradicion genuina y verdadera, y no en la filosofía, están basados el órden espiritual, el órden moral, el social, el político y cuantos están mas arriba del órden físico y material. Dogma filosófico, moral filosófica, leyes filosóficas, son palabras que implican en sí propias. Hasta los sentimientos que tienen una fuente mas elevada que las sensaciones, purgados de la escoria de la degradacion original, son inspiraciones de la tradicion, de la fe, de Dios mismo.

La razon en el órden sobrenatural no tiene mas oficio que discernir la tradicion verdadera de la falsa; así que, una vez reconocido el catolicismo como religion verdadera, cesa de todo punto de intervenir en él la filosofía, porque cualquier negacion destruiria su divina esencia. La razon de los cristianos está unida á Dios por una larga cadena de verdades: que se rompa la cadena por un punto mas alto ó mas bajo, que sea mas ó ménos importante á nuestros ojos la verdad que se niegue, de todos modos caerá la razon en la honda sima del escepticismo. La religion todo nos lo explica, todo lo dora y alumbra; pero si ingratos con ella pretendemos apurar temerarios un misterio, un arcano que se haya reservado, nos sucederá lo que á aquel príncipe de las *Mil y una noches*, que viviendo en el seno de las delicias, en el encantado palacio de los cien salones, por querer entrar en el que únicamente se le habia vedado, deshizo el encanto, y volvió á encontrarse de repente en áspero y pavoroso desierto.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

FRAGMENTOS DE UN POEMA.

BOLIVAR

ó

LA LIBERTAD DE LA AMERICA DEL SUR.

INTRODUCCION.

FRAGMENTO PRIMERO.

I.

De aquel Alcides que en el Nuevo Mundo,
Cuya mitad gimiera entonce esclava,
Ardiendo en patrio amor blandió iracundo
Contra el Hispano la terrible clava:
El valor indomable, y el fecundo
Genio, y los hechos que la historia graba
En su libro inmortal, altivo canto,
Sin que á arredrarme baste empeño tanto.

II.

¡Musa de los combates! á mi mente
Desciende armada del celeste escudo,
Y la temida lanza omnipotente,
Y el áureo casco, y al costado, el crudo

Acero de Vulcano trae pendiente:
¡Ven!—Yo te invoco de temor desnudo:
¡Dáme la trompa del divino Homero,
Y de Dante el cantar alto y severo!

III.

No quiero blandos mirtos, que no amores
Canto, ni tiernas trovas delicadas;
De abril no quiero las fragantes flores,
Ni de mayo las puras alboradas:
Sangre y guerra, y estragos y rencores,
Lanzas quiero, mortíferas espadas;
Y de los hombres al trazar la historia,
¡Dáme laureles para ornar su gloria!

IV.

Al modo que Minerva salió armada
De la frente de Júpiter un dia,
Así la inspiracion, musa, elevada,
Del cielo en donde moras tú me envía:
Da vigor á mi voz debilitada,
Robustez á mi canto y enerjía,
Y á mi pluma fatídicos colores
Porque pueda pintar tantos horrores.

V.

Y á la suave lira roncos sones,
Y al corazon, de bronce un triple muro,
Para cantar del hombre las pasiones
En tono fuerte, altísono y seguro:
Ni el hórrido fragor de los cañones
Le espante, ni el sangriento cieno impuro
Que forman en los campos de batalla
La pólvora y la sangre y la metralla.

VI.

Ni le espanten los roncos alaridos
Que lanzan los guerreros iracundos,
Ni del dolor flaquee á los gemidos
De los amontonados moribundos;
Ni al oir se estremezca los graznidos
De los buitres famélicos, inmundos
Que vienen á cebar con saña fiera
En los muertos su garra carnicera.

VII.

Al corcel semejante, que al sonido
Del guerrero clarin, piafa y relincha,
Y del cañon al hórrido estampido
Las redòndas narices vastas hincha;
E impaciente, del dueño conocido,
La mano desconoce que le cincha,
Y de brio y coraje el pecho lleno
En sangre y alba espuma baña el freno:

VIII.

Tal, osada mi ardiente fantasía,
Se lanza á la region del firmamento,
Y los gritos que lanza la horda impía
A mi oído son plácido concento:
Puebla del aire la region vacía
El estampido del cañon violento,
Y los hombres gritando: ¡Guerra! ¡Guerra!
Llenan de susto y de pavor la tierra.

IX.

Ya marchan los cerrados batallones
Los senos de coraje palpitantes;
Galopan los lijeros escuadrones
En pos de los intrépidos infantes
Gritan los hombres, truenan [illegible],
Los corceles relinchan, por [illegible]
Crece la confusion y el c[illegible]go,
Y ya de sangre corre [illegible]go.

Oscurécese el [illegible]oque horrendo
Se escucha de [illegible] ¡Guerra! ¡Guerra!
Gritan los c[illegible]s, y al tremendo
Grito, de [illegible]muévese la tierra:
Mas ¿o[illegible]rtal, de aquel estruendo
En me[illegible], que al orbe aterra?
¿Es la vòz [illegible]n mortal, clara y sonora,
O de un Dios la palabra vengadora?

XI.

No es un Dios. —El titan del Nuevo Mundo
Es el que osado entónces se levanta;

Suyo es aquel acento tremebundo
Que al valiente español hiela y espanta;
El es quien con arrojo sin segundo
Osó lanzarse con segura planta
En contra de las huestes aguerridas
Que hasta entónces jamas fueran vencidas.

XII.

El es..... el gran BOLIVAR, que animoso
Quiere escalar de libertad el cielo;
¡El es... él es!... ¡BOLIVAR, el glorioso
Libertador de su nativo suelo!
El egregio varon, que victorioso
Dedicaráse con paterno celo
A hacer feliz la tierra fortunada
Que libertó su vencedora espada!

XIII.

¡Oh musa, yo te invoco! — el pecho inflama
De sacra inspiracion; mi canto anima
Del patriotismo con la pura llama.
Tu favor á mi acento el sello imprima
Del genio celestial, que de la fama
Solo conduce á la encumbrada cima;
Y de los siglos haz que en la memoria
Eternice mi voz tan alta gloria.

XIV.

Sostenme ¡oh sacra musa! ya en el seno
Siento el hervor del númen que me inspira;
Ya no vacila el corazon, ajeno
De cobarde temor; suena la lira,
Sonora y retumbante como el trueno;
Y arde en la mente inextinguible pira
De aquel celeste fuego, coruscante,
Que enviaste un dia al inspirado Dante.

. . . . . .

. . . . . .

XV.

El héroe se abalanza á la pelea
Diestro rigiendo el alazan fogoso,

Y su talla aparece gigantea
A la lumbre del sol esplendoroso:
Ya su espada en los aires centellea,
Ya se escucha su acento sonoroso,
Y de su gloria y su valor testigo,
Constante, aunque de léjos, yo le sigo!

. . . . . .

. . . . . .

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

MEDITACION.

—

Ya las nocturnas sombras se deslizan
Por las verdes laderas, semejantes
A la severa, rozagante falda
De enlutada matrona : allá en los valles
El aura entre los árboles susurra,
Baten sus alas con amor las aves.
Del astro rey el disco refulgente,
Cercano al horizonte, los cristales
Del cantábrico piélago reflejan
En columna de fuego, miéntras abre
Una invisible mano la áurea tumba
Do á tu pesar ¡oh sol! temblando caes.
¡Oh! ¿cuál mágica cítara podria
Tus encantos decir, hermosa tarde,
Los aromas, las vagas armonías
Que en tus alas circulan por los aires?
¿Cuál, tu serenidad? Leves vapores
Por cima de los árboles gigantes,
Como evocados por adusta maga
Alzanse los espectros sepulcrales,
En insensible gradacion se elevan
Y la esfera oscurecen : rutilantes,
Cual florecillas de oro, las estrellas
Súbito brotan : su serena imágen
Lentamente la luna levantando
Va del cerúleo espejo de los mares,

Tan pálida y tan triste, que parece
Del mundo muerto el lívido semblante.
¡Oh luna! tus purísimos destellos
Me inundan de deleites inefables;
Mil recuerdos, mil dulces pensamientos
Me asaltan de tropel al contemplarte,
Y aun pienso que de un gozo misterioso
Palpitará en la tierra mi cadáver,
Cuando sobre la losa de mi tumba,
Cual ora sobre mí, tu luz resbale.

EUGENIO DE OCHOA.

A LUIS M...

Ese vapor que del recinto inmenso
De las ciudades, tan oscuro y denso
Sobre los aires por la tarde sube,
Cual de fragante incienso
En católico templo espesa nube,

Entre sus alas diáfanas levanta
Toda voz terrenal, maldita ó santa,
Ayes dolientes, gritos de alegría;
Pero en confusion tanta,
Ni aun el rumor mas leve se extravía.

Todos van á su fin forzosamente.
Como el rio á la mar, á aquel la fuente,
A la fuente el sediento corderillo,
Va al Ser Omnipotente,
Todo sonido puro, fiel, sencillo.

Y lo mismo esas voces criminales,
Blasfemias, amenazas, inmorales
Cantos, calumnias, van de las ardientes
Regiones infernales
A unirse al llanto y al crujir de dientes.

EUGENIO DE OCHOA.

OPUSCULOS INEDITOS

DEL

DOCTOR DON SEBASTIAN MIÑANO.

(Véase la página 95.)

III.

Carta á un amigo[1] *sobre las* PURIFICACIONES *y* LA AMNISTÍA.

Madrid, 25 de julio de 1825.

AMADÍSIMO amigo mio: Ya que la suerte ó, digamos mas bien, la Providencia ha colocado á usted en la inmediata servidumbre de nuestro buen Monarca, quiero entretenerme un rato en hablar á usted por escrito, ya que no puedo hacerlo de palabra todas las horas que quisiera. ¡Quién sabe si alguna vez podrá ser aplicable en la práctica algo de lo que yo dijere ahora confiándolo á la indulgencia de la amistad!

Dos son las ideas que me han venido al pensamiento, las cuales

(1) Si se considera la fecha que lleva esta carta, y la intencion que evidentemente se advierte en toda ella de obtener cierta publicidad, acaso parecerá un acto no vulgar de valor, de humanidad y de verdadero liberalismo, el haberla escrito y firmado en una época en que muchos, aun entre los mismos que despues, pasado el peligro, han motejado al autor de absolutista y retrógrado, no se hubieran atrevido ni aun á leerla por miedo de *comprometerse*. Esta carta, si no estamos mal informados, y creemos estarlo muy bien en este punto, se dirigió efectivamente al honradísimo é ilustrado secretario que era á la sazon de la Real estampilla, el Sr. D. JUAN MIGUEL DE GRIJALVA, protector nato de todos los hombres de bien, cualquiera que fuese el partido político á que perteneciesen, y uno de los mas leales y queridos amigos del último monarca; y se le dirigió con el objeto de que *la leyera el Rey*, como la leyó en efecto, aunque *á hurtadillas*, y sin que desgraciadamente produjese los resultados que de ella esperaban los fautores de aquella inocente cuanto peligrosa conspiracion contra el furor apostólico, entónces omnipotente. De aquella época, sin embargo, data el afectuoso aprecio que siempre profesó á Miñano el rey Fernando, y de que tantas pruebas le dió hasta sus últimos momentos, á despecho de la faccion rabiosa que por tantos años hizo pesar sobre la nacion y hasta sobre el trono mismo su fatal influencia.

estoy seguro de que tambien á usted le han quitado muchas horas de sueño, si, como me figuro, le sucede lo que á mí, que es no gustar ó saborear bien la vida, sino cuando son felices todas las personas que me rodean. ¿Y cómo podrémos serlo cuando no solo no lo son todas, sino que apénas hay á quien no lo aqueje algun grave pesar, sea en sus propios intereses, sea en su seguridad individual, sea en fin en la de sus parientes, amigos y otros objetos de su ternura y cariño? Ya inferirá usted fácilmente que mi intencion es hablar á usted de las purificaciones y de la necesidad de una amnistía: de aquellas, como de una causa perenne de todas las desgracias de la nacion, y de esta, como del principal y único remedio de todos los males que pesan sobre la monarquía.

Profundas son, mi querido amigo, las llagas que han hecho en el cuerpo moral del Estado las tales purificaciones: lo primero, por su esencia propia, es decir, por solo la funesta idea que envuelve la palabra *purificacion*: lo segundo, por las reglas que se han dado para ejecutarlas, en que se ha prescindido absolutamente de todos los principios eternos de justicia, y lo tercero, por las personas á quienes se ha encomendado su ejecucion.

A pesar del desaliño y libertad con que escribo á usted esta carta, bien quisiera yo darle alguna especie de órden en la serie de los pensamientos, no tanto por usted, que es quien ha de leerla y arrojarla despues á la chimenea, sino por mí mismo, para no decir mas de lo que quisiera decir, ni aglomerar tantas especies como naturalmente ocurren al tratar una materia tan odiosa.

Decia pues que las principales llagas que se han abierto en el cuerpo moral del Estado nacen de la esencia misma de las purificaciones, y es esto tan evidente, que á no estar yo bien seguro de que solo el error y la ignorancia han presidido á la adopcion de esta ley, diria que solo han podido promoverla los enemigos declarados del Rey y del poder monárquico. Para desenvolver esta idea, es preciso que convengamos ántes en una cosa que, aunque parece muy clara á primera vista, no lo es para todos, ni se percibe bien en algunas situaciones de la vida, y que está reducida en suma á los siguientes axiomas: «No es compatible la monarquía pura con la existencia de dos ó muchas facciones dentro de su seno.—No existe ni ha existido jamas gobierno alguno democrático sin partidos opuestos, que tarde ó temprano se convierten en facciones».

Cualquiera que reflexione sin preocupacion sobre la esencia del gobierno monárquico hereditario, encontrará que no solo está fundado, ó por mejor decir, amoldado por la autoridad paternal, sino que se apoya y se conserva por la gratitud de los súbditos hácia el monarca, y por el amor que siempre se debe suponer en este respecto, de sus vasallos. Desde el momento en que á un monarca se le supon-

ga animado de sentimientos parciales de predileccion hácia los unos, y de desafeccion hácia los otros, independiente de la calificacion que dan las leyes generales, cesa ya aquella idea de paternidad que dictan la naturaleza y la gratitud en todos los hombres. Es evidente que un rey no puede ser tan impasible que no distinga en sus afectos á algunos de sus súbditos, y que no se complazca mas en los servicios que le prestan unos, que en los que le prestan otros, aun en igualdad de circunstancias; porque por mas que trabaje para sobreponerse á las flaquezas de los hombres, es preciso que tenga algunas que son inherentes á la humanidad. Pero esto nunca pasa de algunos individuos que tienen la dicha de acercársele y de llamar su real atencion. Mas suponer que un monarca abriga en su pecho no solo un desden, sino una especie de aborrecimiento hácia una porcion de personas, de familias y aun de clases enteras, sin que las leyes generales de su reino las hayan declarado criminales, es lo mismo que suponer al monarca esclavo de sus caprichos y entregado á las mismas pasiones y miserias que agitan á la multitud.

Esta es, si yo no me equivoco, la idea que ofrece el cuadro histórico de los gobiernos democráticos que conocemos desde las repúblicas griega y romana, hasta las de Italia y la de Francia. En unas y en otras, en las que han durado muchos siglos y en las que han pasado con tanta rapidez como una moda, siempre encontramos una porcion de ciudadanos virtuosos ó criminales, sabios ó necios, aptos ó ineptos, que tienen abierta la puerta á todo género de pretensiones y destinos, sin mas que porque hacen parte ó sirven de instrumento al partido que domina en la república; al mismo tiempo que se encuentra otra porcion de ciudadanos de iguales circunstancias, á quienes no es permitido aspirar á ningun empleo público, cualquiera que sea su aptitud ó los servicios que hayan hecho al Estado, sin mas razon que porque se les considera afectos al partido contrario al dominante. ¡Qué de Fociones, Aristides, Temistocles y Demóstenes se ven y se verán siempre en todas las repúblicas del mundo! Pero no debe extrañarse en este género de gobierno, por la simple razon de que no está fundado sobre las mismas bases que el monárquico, ni están establecidas como en este las relaciones de amor y de gratitud que hemos dicho anteriormente.

Sin embargo de eso, no ha llegado á mi noticia que en ninguna república del mundo se haya regularizado, ni mucho ménos reducido á sistema el plan de purificaciones, hasta que la ambicion y el pedantismo reunidos en Cádiz, durante la ausencia del Monarca español, discurrieron esta funesta plaga para ignominia del género humano y oprobio eterno de los gobiernos populares. Sí, amigo mio; esta invencion es esencialmente revolucionaria, y aun cuando no fuese tambien esencialmente injusta, bastaria aquella calidad para

que los verdaderos realistas, que son enemigos de todas las revoluciones, se hubiesen opuesto al establecimiento de semejante ley.

Verdad es que, si yo no estoy mal informado, ninguna de cuantas personas conozco por verdaderamente monárquicas y devotas de la dignidad real, ha dejado de mostrar su desagrado contra semejantes purificaciones : al paso que las veo apoyadas y sostenidas por toda esa turba que solo tiene de realista el título que ella se da á sí misma con exclusion de todos los demas. Esta turba, que es hija y heredera legítima de la otra turba ambiciosa que nombré anteriormente, ha conseguido sin mas que poner en práctica este medio, desnaturalizar la esencia del gobierno monárquico, creando partidos y facciones que siguen la misma marcha que las facciones y partidos de los gobiernos populares : es á saber, predileccion absoluta y ciega en favor de los que cuentan entre los suyos, y exclusiva, eterna para los que son de los otros, como si los otros y los unos no fuesen vasallos del mismo Monarca, igualmente acreedores á los premios que tenga á bien dispensarles, y sujetos á las mismas penas contenidas en las leyes. Entre todas las torpezas, y á fe que fuéron muchas, que cometió la regencia interina del año de 1823, ninguna fué mas grosera, mas injusta ni mas trascendental que esta.

Pero no era bastante haber adoptado para turbar el gobierno de un Rey tan amable como el nuestro una ley revolucionaria, sino que todavía se ha querido imitar tambien á la revolucion y á las repúblicas, en el establecimiento de las reglas con que debian ejecutarse las purificaciones. Los informes secretos, dados por un corto número de personas relacionadas con los individuos de las juntas, son el único fundamento que tuvieron estas para purificar ó impurificar, y decidir de la existencia ó de la ruina de la cabeza de una ó muchas familias. Si los informantes tuvieron algun resentimiento de los que estaban pendientes de su informe, fuéron infaliblemente impurificados por mas servicios que hubiesen hecho al Rey, por mas sumisos, obedientes y moderados que hubiesen sido, y por mas que imperiosas circunstancias los hubiesen puesto en la dura necesidad de tratar con personas á quienes acaso detestaban, y de prestarse á exterioridades insignificantes, y que quizás repugnaban á sus nobles sentimientos y acreditadas virtudes. Por el contrario, si sus relaciones con los informantes y los servicios que les hicieron ó les podian hacer, produjeron informes favorables, quedaban y quedan purificados los mas acalorados tragalistas.

Por otra parte ¿no es una vergüenza que en el siglo en que estamos, y despues de los progresos que en todas partes van haciendo las ciencias morales y políticas, se diga que en una monarquía regida por el Rey de mejor carácter y de mas dulce trato que acaso hay entre todas las testas coronadas, se procede todavía á imponer penas

por informes secretos de personas privadas? ¿Qué son los informes secretos en general, sinó un medio casi seguro de oscurecer la verdad y de hacer que á ella se sustituyan el interes ó la venganza? Cuando falta la ley en los juicios, falta la medida fija y cabal para examinar las acciones, y su calificacion depende de la opinion incierta, falible, variable y frecuentemente interesada de los informantes y de los magistrados ó jueces. No hay que olvidarse, amigo mio, de que esta gran máquina que se llama gobierno, justicia y legislacion, no se encamina ni viene á parar en otra cosa mas que en señalar la senda y el término de los juicios; así como todas las ruedas y muelles de un reloj se dirigen á regular el movimiento del índice horario. La seguridad del individuo es el fin que se intenta desde los primeros pasos sociales, y si los juicios en que deben aplicarse las leyes á los individuos son arbitrarios, por mas elegantemente que esté montada la máquina, falta la seguridad individual; como en el reloj, por excelente que sea, falta la fijeza de la hora si no está sujeto el puntero al muelle que debe dirigirle.

« En todo delito, dice el sabio Beccaria, debe hacer el juez un silogismo perfecto. La mayor debe ser la ley general; la menor la accion conforme ó contraria á la ley, y la consecuencia la libertad ó el castigo. Cuando el juez se halle obligado ó quiera hacer dos silogismos tan solos, se abre la puerta á la incertidumbre. » Sería ciertamente curioso averiguar el laberinto sin término de silogismos, de paralogismos, de cavilaciones y de interpretaciones que han tenido que hacer las juntas purificatorias para pronunciar contra ese fantasma que llaman afeccion y desafeccion al régimen monárquico, lo mismo que los antiguos purificadores pronunciaban sobre la afeccion ó desafeccion al sistema constitucional. ¡Qué vergüenza, repito, haber imitado hasta en esto los llamados defensores del trono á los llamados defensores del republicanismo!

Hemos visto, aunque con toda la rapidez que permite una carta, los malos efectos de la ley sobre purificaciones, y las viciosas reglas con que se ha ido ejecutando: pasemos ahora á considerar las personas que han servido de instrumento para fundar estos juicios arbitrarios. ¡Pluguiera á Dios que no fuese tan reducido el número de sugetos apreciables y virtuosos á quienes se han pedido los informes secretos; porque entónces hubiera sido tambien muy reducido el de las familias que tuviesen que llorar el efecto de semejantes juicios! Pero si se exceptúan una ó dos docenas de personas cuya recta opinion se ha consultado para proceder, solo se han valido en lo general de personas poco acreditadas por su moralidad, conocimiento de los hombres, prudencia é ilustracion. El zapatero, el tabernero, el aguador, el vecino de enfrente, la calcetera del portal, el lacayo y hasta las criadas han sido repetidas veces el digno oráculo de los se-

ñores individuos de las juntas purificatorias. No pocas veces se ha excitado el interes de los subalternos para que depongan acerca de la conducta de sus jefes ó superiores. Se les ha prometido tácitamente el adelantamiento en sus carreras, dejando á su arbitrio la creacion de vacantes, á cuya tentacion hay pocas virtudes que resistan. No se ha exigido ni siquiera que estos miserables diesen razon de su dicho, como previene la ley, ni que citasen hechos determinados para poder comprobarlos con otros, ni que afianzasen de calumnia los que tuviesen con qué, ni se les ha recordado siquiera la espantosa responsabilidad que pesaria sobre ellos si faltaban á la verdad en sus deposiciones. Los discípulos han servido de testigos contra sus maestros, los subalternos contra sus jefes, los criados contra sus amos, los litigantes contra sus adversarios en el pleito, y por último los enemigos declarados han sido interrogados acerca de la conducta de sus antagonistas. ¡Qué escándalo! Qué horror y qué injusticia!

¿Pero y qué nombre darémos á la desfachatez con que algunos han tenido la indignidad de alegar por mérito para el logro de sus pretensiones, el haber impurificado ú haber sido causa de que se impurifiquen todos ó casi todos aquellos desgraciados sobre cuya conducta se les ha pedido informe? ¿Cómo hay quien no se horrorice de ver á algunos de estos ocupando las plazas, los grados, las prebendas, las sillas y las cátedras de aquellos á quienes han perdido con sus ponzoñosas plumas?

Pues esto y mas que esto ha sucedido y sucede todavía, por haberse adoptado por ley de la monarquía una ley revolucionaria y esencialmente jacobínica. No hay que lisonjearse con creer que es exagerado este cuadro, ni que la viveza de los colores le roba algo de su exactitud y verdad: ántes por el contrario, le digo á usted mucho ménos de lo que todos saben y de lo que todos murmuran con escándalo y con indignacion universal.

Verdad es que en medio de tantos males y de tantos principios de desórden, ha querido Dios que se conserven entre nosotros algunas almas fuertes y algunos entendimientos ilustrados que han procurado disminuir y han disminuido en efecto algunas de estas calamidades. A ellos se les debe la purificacion de muchos hombres honrados y beneméritos del rey, que á no ser por su influjo se habrian visto envueltos en la misma categoría que sus propios enemigos.

Tambien es verdad, y tambien sabe el público ilustrado, que todo ó casi todo lo que se ha hecho en materia de purificaciones, ha sido contra la intencion, y aun, si usted me apura, contra la voluntad del Rey. Se saben y se preconizan con un laudable orgullo los esfuerzos que ha hecho y hace cada dia para contener el torrente de los feroces perseguidores que han tomado á su cargo desacreditar su reinado. Se le ve con placer y con entusiasmo puesto, digámoslo así, al

frente del partido de la moderacion; pero usted que conoce mejor que otros la inmensa altura á que debe estar siempre la dignidad real, léjos de regocijarse de esto, sentirá como yo que se le coloque á la cabeza de ningun partido, cualquiera que sea, porque esto es lo mismo que degradarle y hacerle descender de la elevacion de su trono. S. M. no debe estar ni aun en hipótesi al frente de ningun partido, sino superior á todos, oprimiéndolos con el esplendor de su poder y con la fuerza de su justicia.

¿Mas qué tiene de extraño que se tengan estas falsas ideas acerca de la dignidad real, cuando se la ve en cierto modo coartada con una multitud de instituciones que deberian servir para apoyarla, y que por la clase de sugetos de que están compuestas no contribuyen mas que á debilitarla y destruirla? Tienda usted la vista, amigo mio, por ese consejo de Estado, por el de Castilla, por la sala de Alcaldes de Corte, por las sillas episcopales, por los jefes de las provincias y aun por los empleados subalternos de las secretarías, y dígame de buena fe cuántos y cuáles son los que gobiernan y aconsejan en el sentido en que el Rey quiere que se le aconseje y se gobierne.

¿Y qué remedio, me dirá usted, podrá aplicarse, de modo que cesen estos males sin que padezca el decoro de la corona? Confieso á usted que es muy difícil imaginarle, así como es difícil corregir los defectos de un edificio mal construido, sin deteriorar sus bellezas, y aun á veces la solidez misma de la planta. Pero en la suposicion de que el mayor de los males es la continuacion de ellos, y que si esta se verifica, no puede tardar en pararse la máquina del Estado, no hay mas arbitrio sino el que S. M. deseche de sí toda especie de tutoría de cualquiera naturaleza que sea: me explicaré mas claro.

Es evidente que ningun soberano del mundo, por mas sabio, mas poderoso y mas robusto que sea, puede hacerlo todo por sí solo, ni mucho ménos informarse del pormenor de todos los asuntos. Esto ni es posible ni sería conveniente, aun cuando algun sér privilegiado de la naturaleza pudiese bastar á semejante ocupacion. Pero es indispensable que todo soberano, de la clase del nuestro, sea tan celoso de su soberanía y de la unidad de su poder, que bajo ningun pretexto, aunque sea el mas plausible, permita que nadie se muestre mas celoso que él mismo de su soberana autoridad. Yo no sé si me engaño en mi raciocinio; pero me parece que todos aquellos que afectan mostrarse mas realistas que el Rey, abundan en el mismo sentido ó tienen las mismas ideas que aquellos danzantes de antaño, que á fuerza de gritos querian pasar por mas liberales que la misma Constitucion.

De aquí nace que hay una porcion de personas favorecidas del gobierno justa é injustamente, las cuales no parece que tienen otro oficio mas que el de murmurar perpetuamente de todas las providen-

cias que emanan del mismo; porque se les figura que todo el tiempo que no se emplea en acumular sobre sus cabezas ó las de sus amigos todas las honras y todos los empleos de la monarquía, es un tiempo absolutamente perdido para el Estado.

Hay otras, y no son pocas, que hallándose acaso por la fuerza de una intriga ó de una casualidad, colocadas en algun tribunal, en algun cabildo ú en otra corporacion cualquiera, se juzgan degradadas si S. M. nombra alguna otra persona que difiere de sus ideas ó que no adopte los mismos medios que ellos para lograrlo. Y por último, hay otras muchas que seducidas por su orgulloso amor propio, de que sus servicios son superiores á toda recompensa, han empezado por olvidarse de toda gratitud, y creen que hacen un gran favor al gobierno en dejarse pagar por él. Todos estos y otros muchos caractéres que podria pintar á usted con exactitud, si fuese necesario, ya se les considere por cuerpos, ya por individuos, son otros tantos ingratos que se han constituido á sí propios en la clase de tutores del Monarca.

Es menester pues principiar por persuadir al Rey á que tanto los unos como los otros solo se muestran altaneros y desagradecidos por que el gobierno se muestra débil y temeroso. La mas remota señal que quiera dar el Rey de que se prepara á tomar las grandes resoluciones por sí mismo y sin contemporizar con el capricho de ningun cuerpo ni particular, bastará para reducir á polvo á toda esa tropa de miserables.

S. M. debe mandar cesar en un dia, y con un simple decreto de su puño, todas las purificaciones en todas las carreras. Para ello no necesita hacer un largo preámbulo sobre si fuéron malas ó buenas las leyes y decretos anteriores que han regido sobre este punto; tampoco necesita anunciar cuál es su soberana voluntad acerca de los que hasta ahora han salido impurificados, ni si mejorará ó no mejorará su suerte, porque no debe por ahora crear nuevos derechos ni suscitar nuevos acreedores á su tesorería general. Bastará únicamente, en mi concepto, que mande pasar á cada uno de sus ministros el decreto siguiente:

«Siendo mi real voluntad que cesen desde este dia los juicios pendientes sobre purificaciones, dispondréis que inmediatamente se sobresea en todos ellos, y que se archiven los expedientes despues de devolver á cada interesado los documentos que hubiere presentado para su purificacion. Tendréislo entendido, etc. etc.»

Una vez dado este decreto, sin la consulta del consejo de Estado, ni mucho ménos del de Castilla, es absolutamente despreciable el juicio que puedan formar de él ni los cuerpos ni los particulares, por que será tan generalmente aplaudida esta resolucion, que no dejará la menor duda acerca de lo necesaria que es, así en la política como en la justicia. No hay que temer la menor cosa de esos á quienes lla-

man furibundos, porque ó no se atreverán á chistar, ó caso de que se atreviesen, convendria mucho aprovechar esta ocasion para hacerles sentir la obligacion y la necesidad de la obediencia, con cuyo título ó bajo cuyo pretexto han conseguido ser lo que son.

En cuanto á los que han sido impurificados hasta ahora, S. M. puede dar las instrucciones privadas que tenga por convenientes á sus ministros, á fin de que poco á poco ó de la manera que él lo ordene, se vayan restituyendo al Estado tantos miembros útiles como han separado de él la malicia, la ignorancia ó el error, disfrazados con la máscara del celo de la religion y del realismo.

Vamos ahora al otro pensamiento que anuncié á los principios de esta carta, el cual, por mejor decir, no es un pensamiento distinto, sino la segunda parte ó la consecuencia del primero. Si perniciosas y funestas han sido al trono y al Estado las leyes de purificaciones, mucho mas funesta y perniciosa es la falta de una ley de amnistía, ó de perdon, ó de olvido, ó como quiera llamarse. Pero no le parezca á usted que por mostrarme indiferente sobre el nombre que se quiera dar á esa ley, desconozco la importancia de que se le asigne uno que verdaderamente la cuadre, y que exprese con toda claridad la intencion del legislador.

La amnistía no es otra cosa que el *olvido de los delitos políticos:* el indulto es el *perdon de los delitos civiles*. Pero han tenido tan malicioso cuidado los hipócritas y malvados que han contribuido á dilatar esta necesaria providencia, de confundir y mezclar el significado de estas dos voces, que ya parece indispensable no adoptar ninguna de ellas, si es que S. M. se resuelve algun dia á cubrir su nombre de gloria restableciendo la paz y la reconciliacion entre todos sus vasallos. No soy yo pues de opinion de que se publique un decreto de amnistía, ni mucho ménos de perdon ni de indulto; sino de que S. M. mande insertar un decreto en la *Gaceta* y *Diario*, concediendo su real permiso para volver á España, sin cortapisas ni limitaciones, á todos los que se han expatriado en consecuencia de las divisiones políticas desde el año de 1808 hasta el dia de hoy. Podrá haber sin duda alguna ciertas personas á quienes la voluntad del Rey y la razon y la justicia deban rehusar este beneficio; pero esas personas deben ser señaladas y nombradas individualmente, sin demarcarlas por clases, ni por corporaciones, ni por motivos; sino simplemente por sus nombres y apellidos, para que el castigo sea puramente personal á ellos y no trascendental á ningun otro. Mas en cuanto á todos los demas, este decreto debe ser claro, terminante, universal é ilimitado.

Inútil fuera detenernos á considerar si esta providencia seria ó no agradable á los que hasta ahora se han opuesto á ella, porque basta

reproducir las mismas razones que ya he insinuado hablando del otro decreto. Lo que verdaderamente importa es considerar si esta determinacion es justa, es necesaria y es económica.

En cuanto á lo primero, no creo que haya quien dude de buena fe de que á las personas á quienes no se echa en cara otro cargo que el de haberse mostrado afectas al sistema constitucional, seria muy difícil, cuando no imposible, probarles que en eso fuéron entónces criminales. Porque ¿quién hay en toda la nacion ni fuera de ella, que reconvenido sobre eso, no pudiese probar que aquellas muestras de afecto nada tenian de sinceras, y que ántes al contrario su ánimo miraba con aversion aquellos delirios? ¿Quién hay que no pueda demostrar que sus circunstancias personales, que las de su familia, que las de sus vecinos y conocidos le ponian en la precision de hacer ciertas exterioridades que repugnaban á su corazon? ¿Por qué ley se podrá pronunciar judicialmente contra los que concurrian á las sociedades patrióticas, de donde dimanaron tantos males, cuando léjos de haberse publicado ley alguna contra ellas, se estimulaba á todos los vecinos por cuantos medios eran imaginables á que concurriesen á estas reuniones? ¿Con qué conciencia se ha de dejar sin qué comer al infeliz empleado que no cometió otro crímen que continuar sirviendo aquel mismo destino con que ántes mantenia á su familia? ¿Qué cargo se ha de hacer á un simple miliciano por haberse alistado en la milicia, cuando los jefes de su oficina y el ejemplo de sus compañeros le ponian en la dura alternativa de tomar el uniforme ó perecer de hambre? ¿Qué ley habia prohibido entónces ser jefe político, juez de primera instancia, oidor, alcalde ni jurado? ¿Cómo probarle á nadie que estuvo en su mano el no ser elegido diputado á Córtes ó individuo de alguna diputacion provincial? Y finalmente ¿cómo convencer á ninguno de los que no se distinguieron por algun crímen señalado y positivo, que tiene necesidad de perdon ninguna de sus acciones?

Por otra parte ¿á quién se ha de nombrar por jueces de estos presuntos reos, en el caso de persistir en negarles el olvido que reclaman la razon y la política? ¿Hay por ventura en España un número suficiente de individuos sin tacha que puedan calificar con tranquila conciencia la debilidad ajena? ¿Hay entre toda esa caterva de gritadores desapiadados, muchos individuos que puedan ponerse con desembarazo *á tirar la primera piedra?* ¿Dónde están esos Españoles tan inocentes y tan puros, así durante esta última época como en la anterior, cuya conducta sin mancha les dé el derecho de juzgar ó de deponer acerca de la de los emigrados? ¿Serán por ventura jueces ó testigos irrecusables de los empleados durante la Constitucion, todos esos que solicitaron los mismos destinos, y que por desgracia ó por fortuna suya no pudieron conseguirlos? ¿Tendrán

derecho para negar un asilo en su patria á sus conciudadanos, aquellos que aun bajo el nombre de cesantes estuvieron cobrando un sueldo constitucional? ¿Podrán tachar de débiles á sus paisanos y vecinos aquellos mismos que juraron con ellos de una manera tácita ó expresa obedecer á la Constitucion? ¿Dónde están esos varones fuertes é impasibles que se opusieran entónces al torrente revolucionario, y que dijesen franca y paladinamente que no querian reconocer aquel gobierno? ¿Cuántos..... pero á qué cansarme en hacer estas reflexiones, cuando usted mejor que otros muchos puede señalar con el dedo millares de individuos que hoy se presentan con frente altanera á solicitar las gracias del Monarca, y ayer los vió humillarse baja y miserablemente delante de los tiranuelos que habian usurpado su poder? ¡Cuán fácil cosa sería presentar al público un catálogo de todos los pretendientes en las diversas carreras, donde se verian tantos y tales nombres que harian cubrir de confusion y vergüenza á casi todos los actuales furibundos! ¡Qué sería de la heroicidad de la mayor parte de ellos, si los que entónces fuéron consejeros de Estado, ministros ó jefes políticos, conservasen los memoriales y las esquelas con que fuéron á importunarles! La cara se me cae de vergüenza algunos dias, cuando encuentro por esas calles honrándose con un escudo ó contoneándose con un uniforme á tantos Proteos como ví en otro tiempo mendigar el favor de los que ahora están ausentes ó arrinconados.

No nos cansemos, amigo mio: la heroicidad verdadera es, ha sido y será siempre muy rara en el mundo, al paso que la heroicidad postiza nunca pasará de ser un trampantojo miserable, con que una multitud de vampiros asaltará de continuo la exhausta tesorería. Por eso tengo siempre por un error exigir de los hombres que hagan esfuerzos heróicos, ó lo que es lo mismo, que renuncien sus intereses actuales por esperanzas futuras y muchas veces inciertas. Contentémonos con que sean honrados en las varias circunstancias de la vida, y no contemos jamas sus debilidades como si fueran otros tantos crímenes.

Es pues de rigorosa justicia que se permita volver á todos los emigrados, sin otra excepcion que algun corto número de individuos á quienes yo no puedo ni quiero señalar. Pero aun cuando no fuese tan justo como lo es, sería por lo ménos necesario, en atencion al crecido número de familias, que ó están fuera del reino ó suspiran porque vuelvan los que lo están. «El castigo mas justo en sí mismo, dice el publicista Wattel, se torna en crueldad cuanto se extiende á muy crecido número de personas.» La pena que aflige á tanto número de emigrados como pueblan la Francia, la Inglaterra y los Paises Bajos, no tanto es una pena para ellos, cuanto un castigo para toda la España, que se ve privada de muchos de sus hijos, los cua-

les podrian contribuir á su fuerza y prosperidad. Si el dia despues que S. M. salió de Cádiz hubiera escuchado no mas que los impulsos de su magnánimo corazon, desatendiendo los apasionados y feroces consejos de algunos ignorantes que lo rodearon, la España se veria en el dia en un estado mucho mas floreciente del que se ve, y el trono habria adquirido una multitud de apoyos que ahora le faltan, y que pudieran no ser del todo indiferentes. No habrá quien dude, sino el que quiera cerrar los ojos á la verdad, que los pueblos de España no apetecen revoluciones ni están preparados á tolerar revolucionarios, pues ya nos ha mostrado la experiencia en las dos locas tentativas que se han hecho de tres años á esta parte, que ni siquiera un individuo ha querido tomar parte ni hacer causa comun con semejantes insensatos. ¿Pero deja por eso de ser un continuo motivo de inquietud para el gobierno el saber que hay en Gibraltar, en las costas de Africa y en Inglaterra una gran porcion de hombres sin otro recurso ni esperanza que los que puede suministrarles su propia desesperacion? ¿Habrian acudido tantos oficiales y soldados á engruesar las filas de los ejércitos insurgentes de América, si hubieran tenido francas las puertas de su pais y expedito el camino para un provechoso arrepentimiento? ¿No han quedado todavía muchos que habiendo podido sobrellevar hasta ahora la adversidad, acaso no puedan resistirla en lo sucesivo y tomen esa misma ú otra resolucion desesperada? ¿No tienen todos ellos sus familias diseminadas por la superficie de la monarquía, las cuales si hasta ahora han podido socorrerlos con algo y ayudarlos á esperar con paciencia una suerte mas feliz, acaso tengan que abandonarlos á los horrores de la miseria y á todos sus funestos resultados?

En cada una de estas suposiciones, y en todas ellas reunidas, veo yo y verá cualquiera español desapasionado y amante del Rey, la necesidad de echar un velo sobre los errores y resentimientos ocasionados por la revolucion. De esta necesidad se deduce natural é inmediatamente la economía que resulta al Estado; cuya consideracion ni ahora ni en tiempo alguno ha podido ni debido ser indiferente. Aun cuando desapareciesen de la vista del Monarca las dos anteriores consideraciones, esto es, la de la justicia y la de la necesidad (lo cual es inconciliable con la rectitud y dulzura de su corazon), todavía sería suficiente la consideracion de la economía, para demostrar la urgencia de semejante decreto. ¿Qué economista habrá tan diestro que pueda calcular la pérdida positiva que resulta anualmente á la pobre España, ya con los caudales que se extraen de ella para consumirse estérilmente en los paises extranjeros; ya con el descuido en que generalmente están las posesiones de los dueños ausentes; ya con la diminucion de la industria agrícola y fabril que ejercian aquellos; ya con la estancacion o extincion del comercio á cuya profesion estaban

dedicados; ya con las nuevas relaciones que por necesidad tienen que adquirir, abandonando las antiguas que los enriquecieron algun dia; con las ventas precipitadas y desastrosas á que los obliga la dura ley de la necesidad; ya con los frecuentes movimientos de tropas que por el peligro ó el recelo de una tentativa litoral suele ser preciso hacer en estaciones difíciles y rigurosas, y ya por último con el aumento de fuerzas militares que exige una prudente desconfianza? ¡Ay, amigo mio, y qué poco meditaron en estos y en otros muchos inconvenientes, los que con tanta irreflexion se anticiparon á trazar una marcha de dureza y rigor en el gobierno de S. M. ántes que saliese de Cádiz! Puedo asegurar á usted que cada decreto que veia salir de sus tenebrosas plumas, me hacia, no solo temblar por la vida y libertad de S. M., sino tambien por el lastimoso estado en que necesariamente habia de encontrar su hacienda y su reino.

Es tiempo pues de que se ponga un término á tan grandes calamidades y de que se desvanezcan las esperanzas de los que ya están contando por dias la época de la desorganizacion social que ha preparado la discordia. No permita Dios que triunfe esa perversa lógica de los que solo esperan la vuelta del órden con el exceso mismo de los desórdenes.

Sin una amnistía completa y generosa, no hay que esperar quietud, ni riqueza, ni consideracion exterior, ni ejército, ni marina, ni canales, ni industria, ni agricultura, y lo que todavía es peor que todo eso, no hay que esperar ni paz interior ni seguridad para el gobierno. Por el contrario, si S. M. se muestra compasivo, en lo cual no hará mas que mostrarse justo, su nombre se cubrirá de gloria, el crédito de su erario empezará á restablecerse, y podrá tener la satisfaccion de ensayar y ver terminados muchos de los proyectos de utilidad pública que tiene concebidos en su real ánimo, y que por lo adverso de las circunstancias no le ha sido posible realizar.

Queda de usted am.$^{mo.}$ amigo

SEBASTIAN MIÑANO.

ECONOMIA POLITICA.

ORGANIZACION DEL TRABAJO.

Si cayese en manos de un hombre de sentido comun una obra intitulada *Del órden del universo*, ó *Del sistema planetario*, ó *De la circulacion de la sangre*, ¿qué creeria hallar en el cuerpo de la obra, sino los testimonios mas solemnes del asombro que inspiran aquellas grandes manifestaciones de la Providencia, con el análisis de sus pormenores, en cada uno de los cuales no brilla ménos la sabiduría que el poder de aquel divino agente? Y ¿cuál no sería la extrañeza del lector al descubrir por el contrario, que el intento del autor habia sido demostrar la confusion que reina en las cosas criadas, ó el desarreglo con que se mueven los planetas y estrellas fijas, ó la irregularidad con que los vasos sanguíneos desempeñan sus funciones?

Tales fuéron las reflexiones que se nos ocurrieron al ver este título: *De la organizacion del trabajo*, en la portada de un libro escrito por Mr. Luis Blanc.

El trabajo humano nos parecia una de las mayores maravillas que ofrece la sociedad. El estudio de la economía política presenta muchos fenómenos, algunos de ellos inexplicables, aun á los mas agudos observadores. Los circuitos misteriosos del giro y de la especulacion, las anomalías de las causas que influyen en las alteraciones del interes del dinero, la diferente agencia de las mismas circunstancias en la abundancia ó escasez de la poblacion, su crecimiento relativo con respecto al de los alimentos, y otras muchas particularidades que se observan en los pueblos laboriosos y activos, son enigmas que han procurado en vano descifrar los economistas, y que han suscitado entre ellos escuelas opuestas y disputas encarnizadas. Pero nada es mas extraordinario ni mas perfecto en su línea, que el modo en que están distribuidos y regularizados los innumerables trabajos que exigen el bienestar y el lujo de las naciones civilizadas. En el mundo moral no

hay nada que se asemeje tanto al órden, á la simetría, á la universalidad de las leyes del mundo físico. En este, por ejemplo, nos admira el periodismo inalterable de las estaciones, y la identidad de la temperatura y de las alteraciones atmosféricas, que á cada una de ellas corresponde. Pues véase cómo los resultados del trabajo siguen la misma rotacion. En cada estacion hallamos en las tiendas los tejidos que mas útiles pueden sernos, para preservarnos de la intemperie. Si llega la época del calor, á cada paso hallamos refrescos; si la de los baños, abundan los carruajes que han de llevarnos al Molar ó á la costa. Durante el carnaval no vemos mas que disfraces y caretas; en invierno no damos cuatro pasos sin topar con un depósito de paraguas. En el curso ordinario de las cosas ¿qué necesidad, qué capricho no descubre inmediatamente el objeto que lo satisfaga? qué producto del trabajo útil no encuentra quien lo adquiera en cambio de otro?

Hay mas: el mas trivial, el mas insignificante de los productos del trabajo, ha pasado por manos innumerables, y no ha podido salir de la clase de materia primera, sin un cúmulo inmenso de operaciones, gastos, empresas, capitales y esfuerzos de la razon y del saber. Para hacer una bola de villar, no se necesita mas que un pedazo de marfil y un torno. Pero ese marfil viene del Africa, y ántes de tenerlo ha sido preciso cazar un elefante. Esta cacería es una operacion penosa, dispendiosa y arriesgada. Una vez adquirido el marfil, se ha llevado, despues de una larga caminata por tierra, al mercado mas próximo. Se ha vendido en una factoría, que es un establecimiento fundado con infinitas dificultades, y á costa de grandes sumas de dinero. Se embarcó despues para trasportarlo á Europa. Para esto ha sido necesario un buque, y todos saben cuánta sabiduría, cuántas labores, cuántos dispendios han precedido á la construccion de este portentoso amaño. En fin, siga la imaginacion mas fecunda el indefinido encadenamiento de trabajos que se han reunido para que el marfil pase desde las mandíbulas del animal hasta la mesa en que rueda, y nunca llegará á enumerarlos por aproximacion, ni á formarse una idea correcta del incalculable número de instrumentos que ha sido forzoso poner en uso para conseguir aquel resultado.

Y todo esto se ha hecho por sí mismo, sin esfuerzo, sin violencia y sin coaccion. Cada uno de los operarios que han intervenido en la produccion, ha acudido voluntariamente, y á tiempo oportuno, al desempeño de la parte que le correspondia: cada uno ha recibido su remuneracion conveniente. El producto, ántes de llegar al consumidor, ha sido vendido y comprado un sin número de veces; ha pasado por todos los climas; ha atravesado mares y desiertos; para cada uno de estos movimientos ha habido motores preparados, utensilios dispuestos, fondos acumulados y almacenes listos. Se han escrito cartas, cuentas, pólizas, letras de cambio, conocimientos y facturas. Se

han corrido despachos y pagado derechos, mozos de cordel, corretajes, seguros, intereses y portes. Cuando el dueño del villar ha necesitado la bola, todo eso estaba hecho, y el tendero no aguardaba mas que el dinero del comprador, para entregarle aquel objeto, en apariencia insignificante, y cuya historia genealógica podria llenar volúmenes.

Ahora bien, dígasenos de buena fe, si no está admirablemente organizada la causa que produce tan maravillosos efectos. ¿Qué puede faltar á una organizacion que desempeña sus funciones tan cumplidamente, con tanta regularidad, en periodos tan infalibles, y tan á gusto de los que han de disfrutar de sus ventajas? ¿Qué exige la sociedad, del trabajo? Que le proporcione lo que necesita y cuando lo necesita. Pues eso es justamente lo que el trabajo ejecuta, sin que el consumidor se entrometa en nada de lo que precede al acto de la adquisicion ó del consumo. Cuando el médico receta una onza de quina, ya la tiene preparada el boticario, como se la preparó al boticario el droguista, y al droguista el comerciante, y al comerciante el naviero, á cuyas manos vino por una larga serie de agencias, desde el indio que abatió el árbol en las selvas de Loja o de Apolobamba, hasta el colector del puerto de mar que lo puso á bordo.

Esto que para nosotros es uno de los conjuntos mas armoniosos de cuantos presenta el juego de la máquina social, es á los ojos de Mr. Blanc, no solo una mezcla confusa de elementos incoherentes, sino una de las mas atroces iniquidades que se cometen en el mundo. No solo está, en su sentir, espantosamente desorganizado el trabajo, sino que esa desorganizacion es la causa de todos los males que afligen á la sociedad. Esta opinion se ofrece en cada una de las páginas de su obra, bajo mil formas distintas, realzada con las pinturas mas aflictivas y con las mas vehementes declamaciones.

Hemos procurado enumerar los motivos que lo han conducido á tan triste descubrimiento, y no hemos podido descubrir mas que uno solo: la miseria de los jornaleros.

Como estamos íntimamente persuadidos de las intenciones caritativas y de la exaltada filantropía de que el autor está animado, y como suponemos que escribia conmovido al doloroso espectáculo que ofrecia á sus ojos el pauperismo parisiense, quisiéramos tener medios de persuadirle de que la miseria de las clases trabajadoras no es un hecho universal, ántes bien es una excepcion de la regla. Semejante azote es enteramente desconocido en los Estados-Unidos de América, donde el *minimum* del jornal de las trabajadoras en las fábricas de algodon de Louvel es un duro diario, y donde estas mujeres viven en casas muy cómodas, visten con elegancia, dan tertulias y bailes, y publican un periódico escrito por ellas mismas. Por regla general, la falta de trabajo, la destitucion, la verdadera miseria, apénas existen

en toda la extension del continente americano. En Europa, si se exceptúan Francia, Inglaterra, Bélgica y algunos puntos de Alemania, no vemos donde pueda excitar tantos temores aquella horrible calamidad. Suiza, Italia, Grecia, las naciones eslavas, Suecia, Dinamarca y España, con la única excepcion de Cataluña, no ofrecen un punto, en sus vastos territorios, que tenga la menor analogía con Manchester, Liege y Leon. La falta absoluta de todas las cosas necesarias á la vida; esas cuevas húmedas, fétidas, oscuras, sin mas muebles que un puñado de paja podrida; esas fisonomías lívidas, cadavéricas, acalenturadas; esos dias largos y sucesivos sin pan, sin fuego, sin ropa, todos esos pormenores horribles no se han presentado jamas á los ojos de muchos millones de europeos. Millones de ellos hay que no tienen la menor idea de que semejantes cosas existan en el mundo.

Pero existen en Paris, dirán los admiradores de Luis Blanc, y el autor escribia para remediar los males que tenia tan cerca. Bien: pero entónces era preciso abstenerse de fallos generales y de reformas omnímodas; era preciso fijarse en ciertas clases y no extender á todas la medida innovadora; era preciso limitar el remedio á la parte dolorida y no al cuerpo entero. No es así como procede el autor; su legislacion abraza la industria sin distincion entre el labrador en grande y el zapatero; abraza el trabajo del jornalero del campo, como el estudio del escultor. En su opinion todos los trabajos necesitan ser organizados de nuevo, y no considera que hay infinitos trabajos perfectamente recompensados, y que nunca faltan al que los solicita. ¿Qué se diria de un reformador de estudios que quisiese abolir el plan de la universidad, solo porque hay en ella algunos alumnos desaplicados?

Démonos prisa á examinar los puntos vitales de este sistema. Su pensamiento dominante es, que todos los males de la clase trabajadora proceden de la libertad del trabajo. En una época y en un pais en que se está dando á toda clase de libertad una latitud que la conduce mucho mas allá de sus límites naturales, la única libertad que se proscribe es la mas inherente á nuestra constitucion, la mas indispensable á nuestro bienestar, la que depende mas inmediatamente de la voluntad y mas directamente recibe su impulso. Parece que uno sueña al oir estas cosas en el siglo del análisis, del raciocinio y del libre exámen.

¿Y por qué es tan mala la libertad del trabajo? Porque es el orígen de la concurrencia. La concurrencia, segun este singular economista, no produce mas que miseria, desperdicio de trabajo, agotamiento de fuerzas y de recursos; enemistades, luchas ruinosas y profunda inmoralidad. Al hablar de la concurrencia, el autor explaya su antipatía en este género de proposiciones generales, absolutas é indefinidas, sin citar un hecho, sin alegar un guarismo, sin tomar por fun-

damento de su argumentacion un dato positivo, conocido y auténtico. Habla de la concurrencia como podia hablar del Antecristo, ó del ángel de las tinieblas, en la suposicion de que el objeto de sus enojos es sobrado conocido de los lectores para que sea necesario perder tiempo en enumerar sus vicios.

Nosotros no lo seguirémos en el terreno de su lógica. Nos concretarémos á cosas palpables, á existencias positivas, y les aplicarémos una indagacion minuciosa, para que el extraño error que estamos atacando se desvanezca por sí mismo.

El caso extremo de la concurrencia es el que se cuenta de dos empresas de buques de vapor, que rivalizaron en una misma línea de viajes en Inglaterra. El segundo vapor fijó precios mas bajos que el primero; este bajó entónces los suyos. El rival hizo otra baja, y de una en otra, llegaron hasta llevar uno de ellos sus pasajeros de balde, llevarlos de balde el otro, y dar ademas un vaso de cerveza á cada uno. No parece que puede ir mas léjos la rivalidad, sin precipitarse en una ruina inmediata: tenemos pues el *maximum* de los inconvenientes de la concurrencia. Comparemos este ejemplo con el de una empresa única y sin competidor. La empresa única, exenta de todo temor, habria fijado un precio, y dado que lo hubiese alterado, habria sido para subirlo; no se habria curado de adoptar la mas pequeña mejora que pudiese contribuir á la comodidad de los pasajeros, ya que les imponia la ley, y no podian acudir á otro vapor que los condujese; reduciria al menor número posible el de sus marineros y dependientes; en fin, solo pensaria en aumentar su lucro, en la confianza de que nadie se lo estorbaria. Véase ahora la diferencia: suponiendo que en cada buque se empleasen quince hombres, en el primer caso se habrian empleado treinta, y en el segundo solo la mitad; en el primer caso los gastos han sido dobles que en el segundo; por consiguiente, doble capital, doble circulacion, doble cantidad de madera, de hierro, de muebles, de pertrechos, de víveres, de trabajo y de jornales. Durante el tiempo de la competencia, el beneficio producido á la sociedad ha sido pues doble que en el tiempo del monopolio. Tal es el caso en todo género de competencia de trabajo: los mismos resultados son infalibles, porque el principio es el mismo, y porque las condiciones morales de la naturaleza humana no pueden cambiarse de pronto á la voz de un innovador iluso.

«La concurrencia, dice Luis Blanc, es una causa de empobrecimiento general, porque entrega la sociedad al grosero gobierno del acaso.» Contar con el interes que tienen los hombres en comprar barato y bueno, que es el fin que toda concurrencia se propone, ¿puede llamarse contar con el acaso? La compañía que ejecuta una línea de camino de hierro, ¿lo hace por si da la casualidad que un viajero prefiera andar cien millas en dos horas y pagar tres duros, á pagar

quince duros y andarlas en dia y medio? Él no ve en la concurrencia sino establecimientos que se arruinan mutuamente; monopolio de los inventores; por el privilegio exclusivo que la ley les concede; fábricas cerradas, porque en otras se han introducido amaños que facilitan la produccion. Todo esto puede ser cierto, aunque está muy exagerado; pero aunque los estragos que hace la competencia fueran mas acerbos todavía, ¿pueden compararse con los inmensos bienes que produce? ¿Olvida el autor que los consumidores forman la masa social, y que comparado su número con él de los trabajadores, es como el Océano comparado con un arroyo? ¿No sabe que la Providencia ha colocado el mal al lado del bien, y que la destruccion y la reproduccion se suceden tan regularmente como el dia y la noche? Qué! ¿quiere prosperidad sin infortunio, ventura sin desgracias, el bien de todos sin la pérdida de algunos? ¿Quiere que no se cubran de nieve los montes, porque no se muera un pastor de frio, ó que la electricidad no purifique la atmósfera, para que no haya una víctima del rayo?

Bajo el régimen de la concurrencia, no hay, segun Luis Blanc, un solo productor, un solo jornalero que no dependa de un taller lejano que se cierra, de una quiebra que se declara, de una máquina recien descubierta, y puesta al servicio exclusivo de un rival. Nosotros no descubrimos cómo pueda preservar de estos mismos inconvenientes el régimen del monopolio. Si la cosecha de algodon fallase de un todo en los Estados-Unidos, lo mismo padecerá la fabricacion habiendo concurrencia, que estando organizada á lo Luis Blanc. Si las mercancías producidas por los talleres organizados van á manos de un consignatario que se arruina y quiebra, ¿cómo podrá la organizacion del trabajo preservarlo de aquella calamidad? Supongamos que el sistema obra en toda su plenitud: si un particular que no le pertenece inventa en su casa una máquina que abrevia la manipulacion, es imposible que no padezca el taller organizado, á ménos de prohibir la invencion, que es lo mismo que prohibir el genió, el estudio, el saber, la espontaneidad, la libertad humana, en una palabra todo lo que ennoblece, todo lo que hermosea, todo lo que exalta la vida del hombre.

Otro inconveniente de la concurrencia, en sentir de nuestro reformador, es que «busca consumidores hipotéticos y mercados desconocidos». A este argumento se puede aplicar el aforismo, que quien prueba demasiado, no prueba nada. Todo productor, libre ó monopolista, produce en la hipótesis de encontrar consumidores, y ninguno conoce todos los mercados á que puede llevar sus productos el que viene á comprárselos, para especular con ellos. Para que tuviese algun fundamento la objecion, sería menester probar que la concurrencia obliga á crear ramos de industria, que el empresario aventura

damento de su argumentacion un dato positivo, conocido y auténtico. Habla de la concurrencia como podia hablar del Antecristo, ó del ángel de las tinieblas, en la suposicion de que el objeto de sus enojos es sobrado conocido de los lectores para que sea necesario perder tiempo en enumerar sus vicios.

Nosotros no lo seguirémos en el terreno de su lógica. Nos concretarémos á cosas palpables, á existencias positivas, y les aplicarémos una indagacion minuciosa, para que el extraño error que estamos atacando se desvanezca por sí mismo.

El caso extremo de la concurrencia es el que se cuenta de dos empresas de buques de vapor, que rivalizaron en una misma línea de viajes en Inglaterra. El segundo vapor fijó precios mas bajos que el primero; este bajó entónces los suyos. El rival hizo otra baja, y de una en otra, llegaron hasta llevar uno de ellos sus pasajeros de balde, llevarlos de balde el otro, y dar ademas un vaso de cerveza á cada uno. No parece que puede ir mas léjos la rivalidad, sin precipitarse en una ruina inmediata: tenemos pues el *maximum* de los inconvenientes de la concurrencia. Comparemos este ejemplo con el de una empresa única y sin competidor. La empresa única, exenta de todo temor, habria fijado un precio, y dado que lo hubiese alterado, habria sido para subirlo; no se habria curado de adoptar la mas pequeña mejora que pudiese contribuir á la comodidad de los pasajeros, ya que les imponia la ley, y no podian acudir á otro vapor que los condujese; reduciria al menor número posible el de sus marineros y dependientes; en fin, solo pensaria en aumentar su lucro, en la confianza de que nadie se lo estorbaria. Véase ahora la diferencia: suponiendo que en cada buque se empleasen quince hombres, en el primer caso se habrian empleado treinta, y en el segundo solo la mitad; en el primer caso los gastos han sido dobles que en el segundo; por consiguiente, doble capital, doble circulacion, doble cantidad de madera, de hierro, de muebles, de pertrechos, de víveres, de trabajo y de jornales. Durante el tiempo de la competencia, el beneficio producido á la sociedad ha sido pues doble que en el tiempo del monop[illegible] Tal es el caso en todo género de competencia de trabajo: los m[illegible]ultados son infalibles, porque el principio es el mismo, y p[illegible] condiciones morales de la naturaleza humana no pueder[illegible] pronto á la voz de un innovador il[illegible]

«La concurrencia, [illegible]is Blanc, [illegible] pobrecimiento general, porq[illegible]ga la so[illegible]erno del acaso.» Contar con [illegible] que ti[illegible]prar barato y bueno, qu[illegible] que to[illegible]ne, ¿puede llamarse con[illegible] acaso? de camino de h[illegible] hace [illegible] prefiera andar [illegible]

En verdad, refutar tamañas extravagancias es como cansarse en probar que el sol no luce sino es de dia.

Sería interminable la tarea de analizar todos los errores de este hombre. Lo han criticado todos los mas distinguidos economistas franceses, Bastia, Battide, Fauchet, Chevalier[1], Girardin *El Constitucional*, *El Diario de los Debates*, *El Corsario*, *El Universo*, *La Revista de los dos mundos*, otros infinitos, y no está agotada la materia. La superabundante verbosidad del autor, la inconexion de su estilo, sus largas cáfilas de lamentos y declamaciones, sus frases hinchadas y portentosas, oponen infinitas dificultades al que quiere seguirle paso á paso en su escabrosa y vaga argumentacion. Mas este nudo gordiano puede cortarse de un modo muy fácil, ya que no pueda desenredarse. Para esto basta echar una mirada en torno del espectáculo que nos circunda; basta pasar en revista el material, digámoslo así, de la civilizacion presente; las inmensas é innumerables mejoras que se han hecho en todo lo que satisface nuestras necesidades, enriquece nuestros entendimientos, facilita nuestros trabajos, multiplica nuestros goces, y contribuye á curar nuestras dolencias y prolongar nuestra vida; basta entrar en una gran ciudad y observar la belleza de sus edificios, el número y riqueza de sus tiendas y almacenes, la variedad y perfeccion de los productos que encierran, la diversidad de trabajos en que tantos séres humanos se ocupan, y basta reflexionar que todo esto es hijo de la emulacion y de la concurrencia, y que, sin estas dos eficaces palancas de la habilidad y de la riqueza, ni la primera se habria lanzado en el camino de la invencion, ni la segunda habria salido de la esfera de los placeres groseros y de una pueril vanidad.

Mas despues del terrible desengaño dado por los sucesos á los sectarios de esas quimeras peligrosas, casi parece inútil atacarlas con las armas del raciocinio. En la organizacion del trabajo, tal como existe en las sociedades cristianas y civilizadas, vemos una emanacion directa de las leyes de la Providencia; una consecuencia forzosa del desarrollo de nuestras necesidades y de nuestras aptitudes. En las arrojadas tentativas hechas para turbar el juego de esa máquina portentosa, vemos una embriaguez de la inteligencia, estimulada por el destemple de las pasiones malévolas. En la horrible catástrofe que ha puesto fin á esa carrera de delirios, vemos un castigo severo impuesto por la sabiduría divina al espíritu de sofisma que ha usurpado en nuestro siglo el puesto destinado á la razon y á la experiencia.

P. B. N.

[1] El distinguido Miguel Chevalier era catedrático de economía política en el colegio de Francia. A los pocos dias de haber publicado sus primeros ataques contra las doctrinas de Luis Blanc, la cátedra fué suprimida por decreto del gobierno provisional.

EL TURBION DE NIEVE.

(NOVELA RUSA.)

A fines del año 1811, tan memorable en la historia rusa, vivia cerca de Nenacadowo un excelente señor, cuya hospitalidad era célebre en todas las inmediaciones. Diariamente iban sus vecinos á su quinta, unos á comer y beber, otros á jugar al boston con su mujer, y algunos, los mas, por ver á su hija María, cuyo pálido y melancólico semblante y airoso talle cautivaba todas las voluntades. María tenia entónces diez y siete años; sabíase que debia poseer algun dia ricos estados, y muchas personas de cuenta pensaban en ella para sus hijos.

Habia leido María una multitud de novelas francesas, y por natural efecto de tales lecturas, no tardó en abrir su alma á amorosos devâneos, dando oido á los tiernos arrullos de un pobre abanderado que habia ido con licencia á pasar algunos dias con su familia. Excusado es decir que el jóven por su parte estaba perdido de amores por María, y habiendo advertido los padres de la niña aquella mutua inclinacion, trataron al oficial aun peor de lo que se trata á un cesante, y prohibieron á María que pensase jamas en casarse con él.

Escribíanse sin embargo los dos amantes, y se daban misteriosas citas en el cercano pinar, junto á las ruinosas tapias de una antigua capilla. Allí, lamentando el rigor del destino, se juraban un amor eterno y formaban toda especie de proyectos novelescos; hasta que por último, á fuerza de cartas y de entrevistas á solas, llegaron á tomar una resolucion decisiva. «Una vez que no podemos vivir el uno sin el otro, se dijeron, y que una voluntad cruel estorba nuestra ventura, es necesario que destruyamos los obstáculos que nos oponen.» El jóven oficial fué el primero que apuntó esta idea, que inmediatamente aceptó la exaltada imaginacion de María.

Pasaba esto á principios de invierno: las citas eran ya imposibles, pero la correspondencia empezó á ser cada vez mas activa. En todas sus cartas conjuraba Wladimiro á su amada que se abandonase á él, y le diese en secreto su hermosa mano: que pasarian algun tiempo escondidos, y despues se echarian á los pies de los padres de María, que conmovidos sin duda en vista de tanta constancia, dirian á los jóvenes esposos: «Hijos, os perdonamos; venid á nuestros brazos».

Aunque aprobaba de todo punto este proyecto María, sin embargo titubeaba en llevarlo á ejecucion. Propúsole su amante diferentes planes de evasion, y en fin aceptó uno : María debia pretextar cierto dia un fuerte dolor de cabeza, retirarse á su cuarto á la hora de cenar, y con su doncella, que estaba en el secreto, bajar por una escalera falsa al jardin, en cuya puerta encontrarian un trineo que la conduciria á cinco verstas de la quinta, á la iglesia de Dschadrino, donde las aguardaria Wladimiro.

Toda la noche que precedió al dia decisivo, estuvo María en movimiento : preparó su equipaje, sus vestidos y sus alhajas; luego escribió una larga carta á una de sus amigas y otra á sus padres, en que les decia adios en los términos mas expresivos; imputaba á su violenta pasion el paso que iba á dar, y concluia asegurándoles que el instante en que pudiese volver á arrojarse á sus piés y obtener su perdon, sería para ella el mas feliz de su vida. Despues de haber cerrado las dos cartas con un sello que representaba dos corazones inflamados y tenia un lema análogo á las circunstancias, se tendió vestida en su cama y se quedó dormida; pero no tardó en despertarse despavorida y como sofocada por horrorosos ensueños; le parecia que, en el momento de salir para la iglesia, su padre la arrebataba con mano airada y la precipitaba en un tenebroso abismo; luego veia delante de sí á su futuro esposo que, pálido y ensangrentado, con moribunda voz la conjuraba que se uniese á él sin tardanza. Levantóse á la mañana mas descolorida que de costumbre y con un verdadero dolor de cabeza; sus padres la hacen mil preguntas con tierno interes, y aquellas cariñosas preguntas la despedazan el corazon. Procuró tranquilizarlos, mostrarse alegre, y no pudo conseguirlo; al anochecer sintió su alma cruelmente opresa al considerar que aquel era el último dia que iba á pasar bajo el techo paterno, y en silencio, llena de dolor, se despedia tristemente de todo cuanto la rodeaba. Cuando sirvieron la mesa, manifestó con voz trémula que tenia que retirarse, y dió las buenas noches á sus padres, que la abrazaron, dándole como de costumbre su bendicion. La pobre niña estaba á punto de prorumpir en lágrimas, y así, apénas llegó á su cuarto, se echó en una silla y estuvo mucho tiempo llorando amargamente. Su doncella la suplicó que se sosegase, que cobrase aliento : todo estaba pronto : dentro de media hora María iba á abandonar la casa de su padre y á decir un eterno adios á su serena vida de soltera. Descargó en aquel momento un súbito turbion de nieve; el viento zumbaba y hacía retemblar las puertas y las ventanas; ¡siniestro presagio para la imprudente fugitiva!

Pronto quedó todo en reposo dentro de la quinta. María se envuelve bien en una capa de pieles, toma la cajita de sus joyas, y baja seguida de su doncella, que llevaba parte de sus ropas. Continuaba en-

tre tanto el turbion; el viento silbaba con violencia, cual si quisiera detener á la jóven culpable, que con trabajo llegó á la extremidad del jardin donde la esperaba el trineo; los caballos, traspasados de frio, manoteaban impacientes, y el cochero de Wladimiro hacía los mayores esfuerzos por contenerlos. Ayudó á María y á su doncella á subir, cogió las riendas y partió á todo correr.

Dejémosle continuar su camino, y veamos que es entre tanto del jóven abanderado.

Wladimiro no habia tenido un momento de sosiego en todo el dia; primeramente habia ido á casa del cura para concertar con él la ceremonia de la boda, luego á ver á unos vecinos para llevarlos á la iglesia como testigos. El primero á quien se dirigió era un capitan retirado, que aceptó gustoso la proposicion que le hizo Wladimiro, diciendo que le recordaba sus calaveradas de muchacho; convidóle á comer, y le prometió proporcionarle otros dos testigos; en efecto, por la tarde llegaron un alférez y un jóven que acababa de entrar en un regimiento de lanceros; ambos declararon que estaban prontos, no solo á servir de testigos á Wladimiro, sino á exponer sus vidas por ayudarle en su empresa. Wladimiro les dió un abrazo y se volvió á su casa á hacer los últimos preparativos. Despues de haber enviado á su fiel Miguel con el trineo á la puerta del jardin de su amada, tomó para sí otro mas lijero, tirado por un solo caballo, y se encaminó á Dschadrino, adonde debia llegar María pocas horas despues: conocia muy bien el camino y no creia tardar en él arriba de veinte minutos.

Apénas salió á campo raso, rompió la tormenta y empezó á cegarle el turbion de nieve, que en un momento cubrió el camino y rodeó el horizonte, con un velo tan sombrío, que no dejaba distinguir ni el cielo ni la tierra. Wladimiro conoció que habia perdido el camino, y trató de volver á él; pero su caballo caia de un barranco en otro, y á cada instante volcaba el trineo. Mas de media hora hacía que estaba andando el jóven oficial, y aun no habia llegado al bosque de Dschadrino; el terreno era á cada paso mas quebrado, la nieve caia cada vez con mas violencia, la noche se iba haciendo mas y mas sombría, y el caballo empezaba á estar cansadísimo.

Reconoció Wladimiro que de nuevo se habia equivocado de camino. Paróse, procuró coordinar sus ideas y creyó que debia torcer hácia la derecha; así anduvo durante una hora mas, sin distinguir una sola habitacion, dando tumbos, cayendo y levantándose á cada instante, y procurando reanimar el ardor de su caballo, que apénas podia tenerse en pié.

Al cabo distinguió á alguna distancia una línea negra hácia la cual se dirigió, y llegado que hubo, reconoció que era un bosque. —«¡Loado sea Dios! exclamó, ahora ya estoy cerca del término de mi viaje»; y avanzó en la direccion del bosque, esperando encontrar su

verdadero camino. Pronto en efecto llegó á un camino real, ancho y llano, guarecido del viento por los árboles, y donde ya podia andar el caballo con mas brio; tambien Wladimiro cobró algun aliento, y dió treguas á su mortal angustia; pero ello era que andaba, andaba sin cesar hácia adelante, y no veia la aldea, y no podia llegar al fin del bosque. Entónces vió con espanto que se hallaba en un sitio que le era totalmente desconocido: la desesperacion se apodera de él, y emprende furioso á latigazos con el pobre caballo que, haciendo un último esfuerzo, arranca á galope, pero no tarda en aflojar el paso, pues estaba realmente quebrantado.

Pocos instantes despues salió Wladimiro de aquel largo bosque; pero por mas que se desojó mirando á todos lados, no pudo distinguir la aldea de Dschadrino. Era ya cerca de media noche; las lágrimas se le saltaban involuntariamente de los ojos, y el infeliz seguia andando sin saber adonde iba. Empezaba entre tanto á calmarse la tormenta, las nubes se disiparon, despejóse el cielo, y el jóven abanderado vio delante de sí una ancha llanura nevada, en cuyo centro se alzaba una miserable aldea, compuesta de cuatro ó cinco chozas. Dirigióse hácia la que estaba mas cerca y llamó á una ventana; pocos minutos despues asomóse á ella un anciano de luenga barba cana y le dijo: — «¿Qué se te ofrece? — ¿Estoy léjos todavía de Dschadrino? — ¡De Dschadrino! — Sí, sí; ¿es muy léjos de aquí? — No mucho; diez verstas poco mas ó ménos.» Al oir estas palabras, hizo un ademan de desesperacion, y quedó inmóvil como un hombre herido del rayo.

— «¿Pues de dónde vienes? repuso el anciano. Sin responder á esta pregunta, díjole Wladimiro si podria proporcionarle caballos para ir á Dschadrino. — ¿Dónde quieres que los busque? respondió el aldeano. — Pero, replicó Wladimiro, ¿podrás al ménos darme un guía? Pagaré generosamente. — Aguarda, dijo el anciano, voy á enviarte mi hijo; allá te entenderás tú con él»; y dicho esto, desapareció el viejo. Algunos minutos despues, llamó de nuevo Wladimiro á la ventana. — «¿Qué mas ocurre? preguntó el anciano. — ¿Viene ó no viene tu hijo? — Se está vistiendo y va á venir; si tienes frio entra á calentarte. — No, no, gracias; que venga tu hijo cuanto ántes.»

Abrióse la puerta y salió un jóven que llevaba en la mano un garrote, con el que sondeaba á derecha é izquierda la nieve que cubria el camino. «¿Qué hora es? preguntó Wladimiro. — No tardará en amanecer», respondió el patan. Wladimiro estaba como fuera de sí.

Cuando llegaron á Dschadrino empezaba á rayar el dia, y á oirse el canto de los gallos. La iglesia estaba cerrada, el jóven abanderado pagó á su guia y fué corriendo á la casa del cura. ¿Qué noticias iba á recibir? Pero volvamos á los buenos habitantes de Nenaradowo, y veamos lo que por allí pasa. A la mañana siguiente entraron los padres de María en el comedor, donde ya estaba servido el té, y en-

viaron á un criado á saber cómo estaba su hija: el criado volvió con la noticia de que la señorita habia pasado mala noche, pero que ya estaba mejor é iba á bajar. En efecto, poco despues entró en el comedor, y se llegó á sus padres para besarles la mano.

—¿Cómo te sientes, hija mia? le dijo su padre.

— Estoy mejor, respondió María.

—Sin duda el calor de la estufa sería lo que te indispuso ayer.

— Puede ser.

Por la tarde cayó María enferma; el médico, que á toda prisa enviaron á llamar, declaró que tenia mucha calentura, y por espacio de mas de quince dias la pobre niña estuvo, por decirlo así, á las puertas del sepulcro.

Nadie sabía en la quinta la resolucion que habia tomado de huir de casa de sus padres; habia quemado las cartas que tenia escritas, y su doncella no habia desplegado los labios sobre aquella aventura; el cura y los testigos habian sido tambien muy discretos, y por buenos motivos, y en fin, hasta el cochero mismo habia hablado muy poco en las tabernas. Así quedó guardado el secreto entre una media docena de cómplices, pero María lo reveló en parte en el delirio de la calentura, diciendo cosas tan singulares, que su madre, sentada á la cabecera de su cama, la creyó perdidamente enamorada de Wladimiro, y atribuyó á la violencia de aquel amor la enfermedad de su hija. Habló de ello á su marido y á algunos amigos, quienes declaron que era una inhumanidad desesperar mas tiempo á la enamorada doncella, y que al fin y al cabo la pobreza de su amado no era un vicio tan imperdonable.

Cuando empezó María á recobrar sus fuerzas, resolvieron sus padres escribir á Wladimiro, anunciándole que consentian que se casase con su hija; pero ¡cuál fué su sorpresa al recibir una respuesta incomprensible, en que Wladimiro decia que nunca mas pondria los piés en su quinta, y que la muerte era ya su única esperanza! Pocos dias despues supieron que habia salido para el ejército. Pasaba esto en 1812.

Durante mucho tiempo no se atrevieron á manifestar á María sus padres esta novedad, y ella por su parte tampoco hablaba nunca de Wladimiro; pero como un dia leyese su nombre entre los de los que mas se habian distinguido en la batalla de Borodino y habian sido gravemente heridos, cayó desmayada; este accidente no tuvo por dicha consecuencia ninguna de gravedad.

Murió su padre poco tiempo despues, dejándole un caudal que no podia consolarla de tan dolorosa pérdida; madre é hija abandonaron la quinta que les recordaba tan tristes memorias, y se retiraron á otro gobierno.

Allí su juventud y sus riquezas le atrajeron nuevos pretendientes;

pero María no dió á ninguno la menor esperanza, sin embargo de que su madre la instaba á elegir un esposo, en cuyo caso meneaba María la cabeza con ademan triste y no respondia palabra. Wladimiro habia muerto, y parecia que su memoria era sagrada para María, que conservaba cuidadosa cuanto de él habia recibido, piezas de música, versos y dibujos. Todos admiraban semejante constancia, y esperaban con curiosa impaciencia al que debia vencer la fidelidad de aquella nueva Artemisa.

Acababa de terminar la guerra gloriosamente; nuestros soldados volvian en triunfo á sus hogares, en medio de una multitud, entusiasta de sus triunfos y anhelosa de verlos. Por todas partes resonaban músicas militares; los oficiales á quienes habian visto salir á campaña sin pelo de barba, volvian con rostro viril y cubierto el pecho de decoraciones.

Las mujeres rusas estaban en aquel momento incomparables; á su natural frialdad habia sucedido una verdadera exaltacion, y saludaban con gritos de alborozo á los batallones que entraban en sus pueblos, tambor batiente y banderas desplegadas. No presenció María las solemnes funciones que entónces animaban las grandes ciudades, pero no era menor el entusiasmo en los caseríos y en las aldeas. En estas, la llegada de un oficial era un gran suceso; recibíasele en triunfo, y todos á porfia le daban las mas insignes pruebas de interes y afecto.

Ya hemos dicho que María, á pesar de su desvío, estaba rodeada de pretendientes; pero todos hubieron de abdicar su ambicion cuando vieron introducido en casa de la jóven heredera á un coronel de húsares, llamado Burmin, que llevaba en el ojal la cruz de San Jorge, y tenia, en opinion de las damas del distrito, una palidez muy interesante. Era hombre como de hasta veinte y seis años, y se hallaba á la sazon visitando unas haciendas que poseia, inmediatas á las de María, á fin de descansar de sus fatigas y curarse de sus heridas. María le recibió con particular agrado; con él no era reservada ni silenciosa como con los demas; hubiera sido injusto decir que ejercia con él alguna *coquetería;* pero el poeta, advirtiendo su conducta, hubiera tenido derecho para preguntar: *¿ Se amor no é, che dunque é quel*[1]*?*

[1] El verso completo dice:

Se amor non é, che dunque ch'io sento?

y es el último de aquel bellísimo y celebrado soneto, que empieza:

Pace non trovo, e non ho da far guerra,

sobre el que tanto se ha disputado entre los eruditos españoles é italianos, sosteniendo los primeros que Petrarca tradujo en él á nuestro poeta valenciano del siglo XIII Mosen Jordi; y los segundos que Mosen Jordi fué el traductor: lo que puesta á un lado toda parcialidad nacional, nos parece por varias razones lo mas probable. (*N. de la R.*)

damento de su argumentacion un dato positivo, conocido y auténtico. Habla de la concurrencia como podia hablar del Antecristo, ó del ángel de las tinieblas, en la suposicion de que el objeto de sus enojos es sobrado conocido de los lectores para que sea necesario perder tiempo en enumerar sus vicios.

Nosotros no lo seguirémos en el terreno de su lógica. Nos concretarémos á cosas palpables, á existencias positivas, y les aplicarémos una indagacion minuciosa, para que el extraño error que estamos atacando se desvanezca por sí mismo.

El caso extremo de la concurrencia es el que se cuenta de dos empresas de buques de vapor, que rivalizaron en una misma línea de viajes en Inglaterra. El segundo vapor fijó precios mas bajos que el primero; este bajó entónces los suyos. El rival hizo otra baja, y de una en otra, llegaron hasta llevar uno de ellos sus pasajeros de balde, llevarlos de balde el otro, y dar ademas un vaso de cerveza á cada uno. No parece que puede ir mas léjos la rivalidad, sin precipitarse en una ruina inmediata: tenemos pues el *maximum* de los inconvenientes de la concurrencia. Comparemos este ejemplo con el de una empresa única y sin competidor. La empresa única, exenta de todo temor, habria fijado un precio, y dado que lo hubiese alterado, habria sido para subirlo; no se habria curado de adoptar la mas pequeña mejora que pudiese contribuir á la comodidad de los pasajeros, ya que les imponia la ley, y no podian acudir á otro vapor que los condujese; reduciria al menor número posible el de sus marineros y dependientes; en fin, solo pensaria en aumentar su lucro, en la confianza de que nadie se lo estorbaria. Véase ahora la diferencia: suponiendo que en cada buque se empleasen quince hombres, en el primer caso se habrian empleado treinta, y en el segundo solo la mitad; en el primer caso los gastos han sido dobles que en el segundo; por consiguiente, doble capital, doble circulacion, doble cantidad de madera, de hierro, de muebles, de pertrechos, de víveres, de trabajo y de jornales. Durante el tiempo de la competencia, el beneficio producido á la sociedad ha sido pues doble que en el tiempo del monopolio. Tal es el caso en todo género de competencia de trabajo: los mismos resultados son infalibles, porque el principio es el mismo, y porque las condiciones morales de la naturaleza humana no pueden cambiarse de pronto á la voz de un innovador iluso.

«La concurrencia, dice Luis Blanc, es una causa de empobrecimiento general, porque entrega la sociedad al grosero gobierno del acaso.» Contar con el interes que tienen los hombres en comprar barato y bueno, que es el fin que toda concurrencia se propone, ¿puede llamarse contar con el acaso? La compañía que ejecuta una línea de camino de hierro, ¿lo hace por si da la casualidad que un viajero prefiera andar cien millas en dos horas y pagar tres duros, á pagar

quince duros y andarlas en dia y medio? Él no ve en la concurrencia sino establecimientos que se arruinan mutuamente; monopolio de los inventores; por el privilegio exclusivo que la ley les concede; fábricas cerradas, porque en otras se han introducido amaños que facilitan la produccion. Todo esto puede ser cierto, aunque está muy exagerado; pero aunque los estragos que hace la competencia fueran mas acerbos todavía, ¿pueden compararse con los inmensos bienes que produce? ¿Olvida el autor que los consumidores forman la masa social, y que comparado su número con el de los trabajadores, es como el Océano comparado con un arroyo? ¿No sabe que la Providencia ha colocado el mal al lado del bien, y que la destruccion y la reproduccion se suceden tan regularmente como el dia y la noche? Qué! ¿quiere prosperidad sin infortunio, ventura sin desgracias, el bien de todos sin la pérdida de algunos? ¿Quiere que no se cubran de nieve los montes, porque no se muera un pastor de frio, ó que la electricidad no purifique la atmósfera, para que no haya una víctima del rayo?

Bajo el régimen de la concurrencia, no hay, segun Luis Blanc, un solo productor, un solo jornalero que no dependa de un taller lejano que se cierra, de una quiebra que se declara, de una máquina recien descubierta, y puesta al servicio exclusivo de un rival. Nosotros no descubrimos cómo pueda preservar de estos mismos inconvenientes el régimen del monopolio. Si la cosecha de algodon fallase de un todo en los Estados-Unidos, lo mismo padecerá la fabricacion habiendo concurrencia, que estando organizada á lo Luis Blanc. Si las mercancías producidas por los talleres organizados van á manos de un consignatario que se arruina y quiebra, ¿cómo podrá la organizacion del trabajo preservarlo de aquella calamidad? Supongamos que el sistema obra en toda su plenitud: si un particular que no le pertenece inventa en su casa una máquina que abrevia la manipulacion, es imposible que no padezca el taller organizado, á ménos de prohibir la invencion, que es lo mismo que prohibir el genió, el estudio, el saber, la espontaneidad, la libertad humana, en una palabra todo lo que ennoblece, todo lo que hermosea, todo lo que exalta la vida del hombre.

Otro inconveniente de la concurrencia, en sentir de nuestro reformador, es que «busca consumidores hipotéticos y mercados desconocidos». A este argumento se puede aplicar el aforismo, que quien prueba demasiado, no prueba nada. Todo productor, libre ó monopolista, produce en la hipótesis de encontrar consumidores, y ninguno conoce todos los mercados á que puede llevar sus productos el que viene á comprárselos, para especular con ellos. Para que tuviese algun fundamento la objecion, sería menester probar que la concurrencia obliga á crear ramos de industria, que el empresario aventura

— «¡Cielo santo! exclamó María, y ¿no sabe V. lo que ha sido de su mujer? »

— «Ni siquiera sé, respondió Burmin, el nombre del pueblo en que me pasó la aventura que acabo de referir á V. Yo daba entónces tan poca importancia á ese sacrilegio, que me dormí pocos instantes despues de haber salido de la iglesia, y no me desperté hasta el dia siguiente, cuando ya habia mudado tres veces de caballos. El criado que me acompañaba murió durante la campaña, de modo que ninguna esperanza me queda de volver á ver á la infeliz á quien tan indignamente engañé entónces, y que hoy se venga de mí de un modo tan cruel. »

—«¡Dios mio, Dios mio! exclamó María cogiéndole una mano, ¡con que era V! ¿Y es posible que no me haya reconocido ántes? ... »

Burmin se puso pálido y cayó á los piés de su amada.

POUSCHKIN.

SODOMA.

(Génesis, Cap. 18 y 19.)

—

A la puerta sentado de su tienda
Está Abraham de Mambre en la espesura,
Y en sus meditaciones sumergido,
Rendido de calor, tranquilo oculta
De la llama del sol su frente y ojos
Con la siniestra mano. —Una por una,
De repente á su vista apareciendo,
Tres hermosas y angélicas figuras
Enfrente dél paráronse, tomando
La forma de mancebos. El con súbita
Planta llegóse á ellos, é inclinando
La frente al suelo, reverencia augusta
Les hizo, y al Señor reconociendo,
Exclama : — ¡Oh Dios! si en la presencia tuya
Gracia encontré, no pasarán de largo
Tus enviados. — Deteneos : en busca
Del agua iré donde los piés os lave;
Sombra tendréis bajo esa encina ruda,
Con tierno pan repararéis las fuerzas,
Que por eso tal vez quiere que acudan
Sus ángeles á mí Jehová mi dueño;
Despues proseguiréis. — Con gracia suma:
« Haz como has dicho», respondieron ellos.
Entónces Abraham fué con premura
Al pabellon do Sara estaba, y dijo:
De la harina mejor tres satos junta,
Y cuece algunos panes al rescoldo,
Blancos por dentro cual la nieve pura.
En su vacada luego un ternerillo
Entre todos elige, al cual le apuntan
Apénas, del testuz entre el pelaje,

Las blandas astas, y aun el iris nubla
De los ojos la leche que mamaba;
Le entrega á sus criados, y que cumplan
Presto, mandó, de aderezarle el cargo. —
De la leche y manteca la blancura
Con la tostada res contrasta luego
En la frugal comida, que á la bruna
Sombra del encinar sirve á los ángeles:
Y Abraham en pié queda miéntras dura,
A un árbol arrimado. Y acabando,
—¿Do está tu esposa Sara? le preguntan.
— Dentro, en la tienda, respondió el anciano;
Y entónces uno de ellos, con dulzura,
Yo volveré, le dijo, si á Dios place,
Y ya parido habrá la esposa tuya:
Un año pasará. — Sara lo oye,
Y tras la puerta de la tienda oculta
Suelta la risa : pues tambien anciana
Es, y ya estéril sin pesar se juzga.
Entónces dijo á su marido el ángel:
¿Habrá para el Señor tierra infecunda?
No podrá Dios hacer brotar la vida
Aun de la arcilla que tragó la tumba?
Yo te digo en verdad que cuando el año
De su cuarta estacion el giro cumpla,
Volveré á visitarte, si á Dios place,
Y ya parido habrá la esposa tuya. —
Alzáronse despues los tres mancebos,
Y del ocaso en los vapores buscan
Las torres de Sodoma, y se encaminan
A la grande ciudad. —Iba con suma
Reverencia Abraham acompañándolos,
Y una súbita ráfaga que ofusca
Al sol, cercóle, y escuchó un acento
Que le dijo : ¿Es posible que yo encubra
A mi siervo Abraham mis intenciones,
Cuando de una nacion grande y robusta
He de hacerle cabeza, y bendecidas
Serán todas en él las tierras juntas?
Bien sé que á su linaje afortunado
Hará seguir de Dios las sendas justas,
Porque las anunciadas maravillas
Por amor de Abraham el cielo cumpla.
De los pecados de Sodoma el grito

Y de Gomorra las inmensas culpas
Creciendo van; ya hasta lo sumo llega
De su impiedad la aborrecible espuma.
Quiero bajar y ver si son sus obras
Iguales al clamor que hasta mi altura
Subió, para que sufran el castigo
Que les guardan mis iras tremebundas.
Así por su divino mensajero
Habló el Señor : la luz que le circunda
Recoge, y al camino de Sodoma
Los otros dos mancebos se apresuran.

Abraham en tanto inmóvil
Ante la presencia augusta
De Dios, juntando las palmas
Hízole ferviente súplica,
Y con temor le decía:
¿Será bueno por ventura
Que al justo con el impío
Tu enojo santo destruya?
Si hubiere cincuenta justos
En esa ciudad impura,
¿Querrás que tambien perezcan?
¿Es nada la virtud suya?
No cuadra á tu justa mente
Que á bueno y malo confundas :
No harás, Señor, ese juicio
Tú que el universo juzgas.
¡Mas ni cuarenta se hallaban,
Ni veinte justos en suma!....
¡Ni quince!..... y dijo al anciano
De Dios la clemencia suma :
«Por diez justos solamente
A cinco ciudades juntas
Salvar prometo». Habló Dios,
Y despareció en la bruma.

En tanto los dos ángeles llegaban
A Sodoma la impura:
Era la hora en que del mar las aguas
Al rojo sol sepultan.
De la ciudad bajo la grande puerta
Estaba Lot sentado;

Entrar los ve, y adora su presencia
La cabeza inclinando.
—Ruégoos á entrambos que vengais, les dijo,
A habitar mi morada;
Y, vuestros piés lavados, el camino
Proseguiréis mañana.
—No, respondieron ellos: bien podemos
En la plaza quedar. —
Mas tanto les instaba, que admitieron
De Lot albergue y pan.
Un copioso banquete les dispuso
Con leche, y miel, y vino,
Y en tanto que cenaban, un murmullo
Sordo llegó á su oído.
Era que los malvados pobladores
De la ciudad impía,
Al entrar en la casa los dos jóvenes
Que del cielo venían,
De su rara belleza sorprendidos,
Torpe intento fraguaron,
Y reunidos al fin mujeres, niños,
Y mancebos y ancianos,
Con alharaca y gritos destemplados,
De Lot junto á las puertas,
Ver á los pasajeros demandando,
Formaban turba inmensa.
— Déjanos ver, clamaban con violencia,
Los huéspedes que escondes;
¡Conocerlos queremos! — Y Lot llega
Y responde á sus voces:
Yo os ruego no querais, hermanos mios,
Tal culpa cometer;
El enojo temblad del Sér divino
Que las infamias ve.
Los torpes sodomitas insistieron;
Y temeroso Lot,
Vertiendo llanto, que desprecian ellos,
Demudado el color,
Arrancando del pecho traspasado
Un profundo suspiro,
Y prefiriendo de su Dios al daño
Su propio sacrificio;
Con voz desfallecida, al tumultuoso
Pueblo: — ¡Calmáos, gritó;

Dos hijas tengo de halagüeño rostro,
Cederos hé las dos;
Mas no querais, crueles, maltratando
A mis dos pasajeros,
De la hospitalidad el nudo santo
Romper bajo mi techo!
Dijo, y las amenazas y las voces
Redoblaron con fuerza:
Y á Lot gritaban: — ¿Leyes nos impones
Tú, extraño á nuestra tierra?—
Ya forzando las puertas penetraban
En el hogar del justo,
Y ya de Lot la resistencia vana
Cede al bárbaro triunfo,
Cuando á su huésped acudiendo entrambos
Los dos jóvenes bellos,
Las puertas con estrépito cerraron,
Y á Lot dejaron dentro.
Al punto de sus cuerpos emanaron
centellas luminosas,
Y al gran tropel los ojos ofuscaron
Hoscas y espesas sombras.
Y heridos de ceguera repentina,
Y dando voces grandes,
Dispersos, con las manos extendidas,
Buscaban sus hogares!

Volviéndose á Lot entónces,
Los ángeles le dijeron:
—Si hay gente tuya en Sodoma,
Haz que della salga presto;
Saca á tus hijas, y avisa
A los que han de ser tus yernos,
Porque del cielo enviados
Somos á este impuro suelo
Para arrasar la ciudad
Dando su ceniza al viento.
El clamor que levantaron
Las maldades deste pueblo
Rebosa en la tierra, y llega
Al trono de Dios inmenso;
Y hénos aquí furibundos
A su exterminio dispuestos!
Aterrado Lot, el duro

Fallo del Señor oyendo,
Fuese en busca de sus hijas,
Y á dar aviso á sus yernos;
Pero con risas livianas
Le escucharon los mancebos,
Y negándose á serguirle:
—Dejadnos dormir, dijeron.—
Ya aclarándose en Oriente
Iba el alto firmamento,
Y anunciando el rubio sol
Del alba el rosado cerco;
Rielando palidecian
Espirantes los luceros,
Y á su azul el aire torna
En el cóncavo sereno.
Al apuntar de la aurora
Marchan de Lot al encuentro
Los ángeles, y le dicen:
— ¡Sal de la ciudad lijero
Con tu mujer y tus hijas,
Deja que aquellos mancebos
Hoy, entre deshechas ruinas,
Despierten de su hondo sueño!
¡Despacha si tú no quieres
Aquí perecer con ellos!—
Y asiéndole de la mano,
Al alborear primero,
Con su mujer y sus hijas,
Ellas y él de espanto ciegos,
La ciudad atravesaron;
Y cuando fuera estuvieron
Dijéronle estas palabras,
Que dobló del campo el eco:
«Salva tu vida, y no vuelvas
La vista atras con recelo:
Y en todo el confin no tiendas
De tu pabellon los lienzos;
Mas ponte á salvo en el monte
Do no te alcance el incendio.—
Y Lot responde á su Dios:
— Pues gracia encontró tu siervo,
Y eres conmigo clemente
Mi vida en salvo poniendo,
Repara, Señor, que anciano

Y sin fuerzas, al excelso
Monte, sin que me sorprenda
Tu azote, subir no puedo.
Una pequeña ciudad
Donde refugiarme tengo,
Y cercana está : ¿podré
Si yo en ella me guarezco,
De tu cólera, Dios mio,
Salir de su muro ileso?
Y el Señor le respondió :
— Aun eso otorgarte quiero;
No destruiré la ciudad
Por la cual me habló mi siervo. —
Y añade el ángel : ¡Despacha,
Sálvate allí, que violentos
Se agitan ya entre mis manos
El fuego voraz y el trueno,
Y el huracan que conduce,
De ruina y sangre sediento,
En sus ateridas alas
Al asolador incendio!
¡Despacha! ¡Cercanos tienes
Los muros, sálvate en ellos!

Y Lot en Segor entraba
Al rayar el nuevo sol.
Entónces, cual vasto infierno
Que enciende el soplo de Dios,
Abarcando el cielo todo
Desde el sur al septentrion
Y del oriente al ocaso,
Roja nube apareció
De la maldita Pentápolis
En la risueña extension.
De azufre y fuego preñada,
Con estampidos de horror,
Fué lentamente bajando,
Tapando la luz del sol;
Y de repente deshecha
Cual torrente bramador,
Rayos y líquidas llamas
Sobre Sodoma llovió.
Del humo y la ardiente lava
Entre el revuelvo turbion,

Del ángel del exterminio
La voz airada se oyó:
Y otros ángeles, batiendo
Negras alas, en legion
Fatídica aparecieron
Con el aliento de Dios,
Y cabalgando en las ráfagas
Del huracan corredor:
La caliginosa nube
Impeliendo al septentrion,
Desde una ciudad á otra
La llevaron, cual la hoz
Que lleva talando espigas
La mano del segador.
¡En Gomorra y Seboín
Y en Adama, no quedo
Con vida, como en Sodoma,
Ni hombre, ni bruto, ni flor!
¡De cenizas su campiña,
Quedó cubierta, y se hundió
Del mar vecino en las ondas,
Con la impura poblacion,
Entre arroyos humeantes
El deslumbrante arrebol
De aquella grande ramera,
Y el vaso donde bebió
De la lascivia el veneno,
Y el lecho de maldicion,
Y el arteson calcinado,
Y el ídolo que fundió!!!...

—

Y miéntras la Pentápolis incendia
De Dios el torbellino,
En el valle de Mambre, de su tienda
Sale Abraham tranquilo,
Hácia Sodoma la mirada vuelve,
¡Y ve pavesas y humo
Alzarse de la tierra lentamente,
Do muro y torres hubo!
Y postrado de hinojos, al Eterno
Alzó la voz orando:
¡Entre cuatro ciudades que allí fuéron
Ni diez justos se hallaron!

PEDRO DE MADRAZO.

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

ASPECTO GENERAL DE LOS PROGRESOS DE LA FILOSOFÍA MORAL, ESPECIALMENTE DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII, POR SIR JAMES MACKINTOSH.

—

La division de la ciencia que tiene por objeto el estudio del hombre interior, está hecha por la naturaleza misma. El hombre mas extraño al cultivo de la razon y á la indagacion de la verdad teórica, sabe perfectamente que sus actos voluntarios y libres pertenecen á un órden de facultades muy distinto de aquel en que tienen su orígen los actos pasivos y puramente mentales. Lo ménos que puede saberse en este ramo, por poco que se observe, es que los unos ponen en movimiento los músculos, y los otros no se dejan conocer por ningun accidente exterior; que aquellos tienen por objeto algo que no es el hombre mismo, y los otros empiezan y se consuman en lo mas recóndito de nuestro sér, sin necesidad de la menor comunicacion con el mundo que nos rodea; por último, que los unos influyen directamente en nuestro bienestar, y contribuyen en gran manera á constituir nuestra dicha ó nuestra desgracia, en tanto que los otros no tienen relacion íntima con lo que apetecemos, tememos ó deseamos. De aquí ha provenido la antiquísima division de nuestras facultades intelectuales en activas y pasivas, en inteligencia y voluntad, así como la que se hace vulgarmente en el lenguaje familiar entre cabeza y corazon. De aquí tambien la clasificacion admitida desde que se inventó la filosofía, y en virtud de la cual se dió el nombre impropio de metafísica, y despues los de lógica y ontología á las diversas partes que componen el estudio de la mente; y el de ética ó ciencia moral, ó filosofía moral, al que tiene por objeto la parte afectiva, la region de los deseos, de los apetitos, de las pasiones y de los deberes.

Arreglándonos nosotros á esta distribucion, de que nunca se ha

desviado la filosofía, y habiendo dado ya en los dos primeros números de la *Revista* el análisis y la critica de una obra modernísima, perteneciente al primero de estos estudios, vamos ahora á dar á conocer una admirable produccion que corresponde al segundo, y que sobresale entre todos los escritos dedicados á este ramo de conocimientos humanos, por la copia de la erudicion, por la exactitud é imparcialidad de sus juicios, por la solidez de sus doctrinas, y sobre todo por el espíritu de suavidad, de tolerancia y de benevolencia que en todo su contexto predomina, en términos que sin erigirse el autor en moralista dogmático, y proponiéndose solamente referir la historia moderna de su ciencia favorita, consigue inculcar en sus lectores, no solo los preceptos mas seguros de conducta moral, y los propósitos mas nobles y elevados que podemos proponernos como norma de nuestras operaciones, sino tambien una cierta predisposicion impremeditada á la admiracion de todo lo que lleva en sí el sello de lo bueno, de lo justo, de lo benévolo y de lo heróico.

El nombre de Sir James Mackintosh es familiar á todos los que están versados en la historia de Inglaterra de estos últimos años. Eminente legista, filósofo sensatísimo y profundo, político, liberal y patriótico, ha brillado con igual explendor en los tribunales, en la literatura y en el parlamento, dejando en todas estas regiones huellas luminosas, recuerdos honoríficos, y gérmenes prolíficos de enseñanza y de ilustracion. Los artículos que publicó en la *Revista de Edimburgo*, cuyos asuntos eran siempre los mas graves y elevados de las ciencias político-morales, contribuyeron en gran manera á la fama de aquel célebre periódico. Sus conocimientos en el derecho internacional eran tan vastos, y sus opiniones en este ramo inspiraban tanta confianza, que aun hallándose en la oposicion *whig*, á la que perteneció constantemente durante su larga carrera parlamentaria, los ministros del bando *tory* le consultaban con frecuencia sobre las cuestiones mas espinosas de la política externa. Tal es el hombre á quien en los últimos años de su vida encargaron los editores de la mágnifica *Enciclopedia Británica* uno de los discursos preliminares que forman el mérito principal de aquella obra, y este discurso, impreso despues aparte, y acogido con gran aplauso por todo el mundo científico, es el asunto á que vamos á consagrar algunos artículos. No creemos emprender un trabajo inútil; porque cuando se despierte en España la aficion á los estudios filosóficos, época que señalará nuestra verdadera regeneracion social y científica, natural es que se quiera averiguar el progreso de la filosofía moral, desde la propagacion del Cristianismo hasta nuestros dias; las diversas doctrinas que se han enseñado, los diversos sistemas que han regido en las escuelas, y las obras que con mas confianza se pueden consultar, para no extraviarse en un camino tan sembrado de escollos: y nada de lo

que se ha escrito para satisfacer tan justa exigencia lo desempeña tan cumplidamente como la obra que nos ocupa.

La ética ha sido cultivada de tres modos muy distintos en las tres épocas en que se divide su historia : la antigua, la de la edad media y la de la Europa moderna. Sócrates fué su verdadero fundador, es decir, el primer filósofo que dió á las especulaciones morales el fundamento de la teoría. No juzguemos aquel hombre eminente en los *Diálogos de Platon*, escritos mas bien para exponer las doctrinas poético-filosóficas del discípulo, que la pura y racional doctrina del maestro. La comunidad de mujeres, por ejemplo, no pudo entrar jamas en el sistema de un hombre que constantemente recomendó y practicó la abnegacion y la pureza. Xenofonte, en su *Memorabilia*, es un expositor mas digno de nuestra confianza. Hombre modesto y sencillo, sin ambicion de formar escuela como Platon, ciego admirador y humilde discípulo de Sócrates, Xenofonte parece animado por el único deseo de referir lo que vió y oyó. En su obra vemos á Sócrates trabajar con empeño en establecer principios de creencia religiosa, tan exentos de supersticion como de escepticismo; principios que pudiesen servir de fundamento á una reforma total de la religion, no solo en Grecia, sino en todo el mundo. El fué el primero que descubrió que podia haber una teología natural, y sus ensayos en este ramo pueden llamarse perfectos. Su idea dominante en este trabajo fué probar los atributos de la Divinidad, por las maravillas de la naturaleza. En su diálogo con Aristodemo, este punto está tratado con singular destreza, y la doctrina de las causas finales, explicada magistralmente. Que Dios es el autor de la creacion, y que su providencia la gobierna, son verdades probadas en aquella obra, con gran ingenio y lógica invencible. Estas mismas cuestiones ocurren en su diálogo con Eutidemo, del cual copiarémos el siguiente pasaje : «El Supremo Dios que obra todas estas maravillas, no se digna mostrarse á los hombres sino en las obras de sus manos. El sol, que parece creado para exponerse á nuestros ojos, no permite que se fijen en su disco nuestras miradas, y la ceguera es el castigo de los que se atreven á hacerlo. Los vientos, aunque tan claramente se anuncian por sus efectos, no se manifiestan á nuestra vista. Si hay algo en el hombre que participe de la naturaleza divina, es el alma que lo anima y lo gobierna, y nadie la ha visto ni puede verla. Aprende pues á no despreciar las cosas que no ves con tus ojos; juzga de la grandeza del poder por sus efectos, y reverencia la Deidad.»

Sócrates conocia la vanidad del estudio de la física, como se practicaba en su tiempo por los sofistas, que ya empezaban á inundar todos los ramos del saber. Sabía muy bien cuán pueriles eran los misterios que segun la doctrina de Pitágoras se encerraban en los números. Así es que recomendó á sus amigos el estudio de la aritmé-

tica, en cuanto podia ser útil á los negocios y á las prácticas de la vida; pero fijando límites á esta clase de especulaciones, y aconsejando que se evitasen sutilezas y problemas de pura curiosidad.

Sus doctrinas sobre la justicia, que considera como ley universal, cuyo legislador es Dios; y sobre la política, que en su opinion debe ser la aplicacion en grande de la justicia, son modelos de rectitud. Sostenia que el hombre tiene la conciencia de sus deberes con respecto á Dios, sin lo cual la virtud careceria de apoyo y de seguridad. La virtud inútil no es virtud á sus ojos, sin creer por esto que la utilidad es el último fin del hombre. «Si estoy seguro, decia, de haber descubierto lo que promueve la felicidad del hombre, estoy seguro de haber descubierto la voluntad de Dios.» El motivo de la conducta humana debe ser la piedad religiosa; su medida la utilidad, su instrumento el dominio del hombre sobre sí mismo.

Sócrates mostró un celoso empeño en purificar las nociones sobre la Divinidad, comunicadas á los griegos por las obras de Homero, que formaban el código de aquella nacion, y en que se comprendian toda la sustancia y todos los pormenores de su absurdo y poético politeismo. Y esto lo hizo, cuando la corrupcion y la impiedad habian llegado á su colmo, y cuando la sociedad griega ofrecia ese chocante espectáculo tan exactamente dibujado en las comedias de Aristófanes.

Las doctrinas de Sócrates se corrompieron y degradaron por las sutilezas de muchos de sus discípulos, miéntras otros se empeñaban en trasladarlas á la posteridad en toda su pureza. Uno de ellos hizo mas: las hermoseó con todas las galas de la mas sublime elocuencia que ha salido jamas de los labios del hombre. Tal fué Platon, el mas antiguo de los filósofos morales cuyas obras existen; el primer escritor, al ménos de los conocidos, que manejó la ciencia de las costumbres con toda la dignidad, con toda la elevacion propias de una exaltada y pura teología. En sus obras se descubre una idea predominante, un conato directo en inspirar á los hombres amor á la verdad, á la sabiduría, á la belleza, especialmente á la bondad, que es la belleza por excelencia, y al Espíritu supremo y eterno, que reune en sí toda la belleza, toda la sabiduría y toda la bondad. El nos pinta al alma elevada sobre los objetos bajos y perecederos, anhelando los altos destinos reservados á los justos; suspirando por llegar al alto grado de perfeccion, que consiste en el amor y en la contemplacion de aquellas sublimes ideas. La belleza, en el idioma de aquel gran hombre, significa todo aquello cuya mera contemplacion es en sí misma deliciosa, sin ninguna mezcla de placer sensual, y sin que se considere como medio de obtener ningun fin ulterior. En su sistema la virtud es la armonía del alma; la paz entre los principios y los deseos, de tal manera, que unos y otros ocupen sus lugares respectivos en sus límites determinados; un estado de salud perfecta, en

que todas las funciones se desempeñan con facilidad, con deleite y con vigor; una república bien ordenada, en que los afectos y las pasiones, dóciles y obedientes, ejecutan sin esfuerzo, pero con energía, los mandatos de la razon. El alma viciosa presenta los odiosos caractéres de la discordia, de la enfermedad y de la anarquía de las pasiones. El hombre bueno, de acuerdo consigo mismo, y en paz con sus hermanos, saborea en la quietud de su conciencia la aprobacion de la Divinidad.

Este impulso dado á la ética por los dos hombres eminentes que la elevaron al rango de ciencia filosófica, se conservó en los escritos de Aristóteles. Aunque su genio ofrecia un gran contraste con el de Platon, no solo por sus atributos lógicos y metafísicos, sino por su atencion á los hechos y á la experiencia; aunque estos dos insignes maestros pueden ser considerados como representantes, ó mas bien como primeros motores de las dos tendencias opuestas de la filosofía, el idealismo y el positivismo; aunque en sus doctrinas respectivas se hallan muy notables divergencias, están perfectamente de acuerdo en preservar y defender la regla de la vida contra las corruptelas peligrosas é inmorales de los sofistas. Sus sistemas se diferencian mas en las palabras que en las ideas. Así opinaba Ciceron: *una et consentiens duobus vocabulis philosophiæ forma instituta est, Academicorum et Peripateticorum: qui, rebus congruentes, nominibus differebant.* Uno y otro consideraron en efecto la virtud y la felicidad como inseperablemente unidas: con esta diferencia, que Platon miraba la felicidad como fruto natural de la virtud, y Aristóteles miraba la virtud como medio de adquirir la felicidad. La famosa doctrina del Peripato, en que se daba el nombre de virtud al término medio entre dos vicios opuestos, no era mas que la idea platónica de la armonía perfecta entre todas nuestras facultades.

Esta coincidencia de teorías no se mantuvo en las escuelas que sucedieron á las que, durante la vida de aquellos filósofos, dominaron enteramente en Grecia. Cerca de un siglo despues de la muerte de Platon, la filosofía moral llegó á ser la manzana de la discordia entre las dos sectas rivales de Zenon y de Epicuro, cuyos errores suministraron una prueba mas á esta gran verdad filosófica: que en las teorías generales, una verdad incompleta ó parcial, es tan peligrosa como una falsedad absoluta. Epicuro decia: «Todas las virtudes nacen de la prudencia, y esta nos enseña que no podemos vivir placenteramente, sin la justicia y la virtud; ni poseer la justicia y la virtud, sin vivir placenteramente.» Los discípulos de Epicuro amalgamaron con aquel principio otro que parece deducirse de él naturalmente, á saber: que una vez que la virtud promueve la felicidad, cada acto de virtud debe tener por objeto la felicidad del agente. Esta simple exposicion de la doctrina de aquella escuela, sin necesidad de acudir á los extravíos

posteriores de muchos de sus sectarios, basta para explicar el descrédito en que cayó y en que se ha mantenido. En efecto, erigir en principio exclusivo la íntima conexion del acto virtuoso con el acto placentero, es acercarse á la deificacion de la personalidad y del egoismo, es proscribir la abnegacion, el desinteres y el sacrificio; es alejar del alma aquellos sentimientos generosos y exaltados, sin los cuales no puede existir la verdad pura, atrevida, tierna y elevada.

Zenon, tomando una direccion contraria, consideró los sentimientos morales como principios exclusivos de la ciencia moral, y en esta máxima fundó un cuerpo de doctrina, que los estóicos, sus discípulos, desfiguraron y corrompieron hasta el extremo de hacerla odiosa y anti-social. Su empeño en extender aquel sistema mas allá de los límites de la naturaleza, producia el inevitable inconveniente de hacerlos fluctuar entre un áspero fanatismo, y ciertas concesiones que dejaban reducidas á palabras toda su divergencia con los otros filósofos. Para suavizar algun tanto esta contradiccion, tuvieron que inventar dos géneros distintos de moralidad: una que comprendia los actos morales emanados de motivos inferiores y mistos; y otra que es la perfeccion de la rectitud y el tipo ideal de la sabiduría. Esta última abraza los actos que se ejecutan por amor puro á la moralidad, sin la menor mezcla de ningun otro sentimiento. Todos ellos, sin exceptuar la compasion, eran para ellos enemigos de la razon y perturbadores del alma. El hombre no solo debia ser impasible, sino atroz, que fué el epíteto aplicado á Caton por un poeta de su tiempo. Si es lícito sacar alguna consecuencia práctica y general de esta gran lucha, en que tomaron parte tantos hombres eminentes en Grecia y en Roma, no debemos rehusar una preferencia decidida, si bien relativa y condicional, á la noble escuela que pudo conservar algunas almas puras en las córtes de los mas absolutos y feroces tiranos; á la que, del esclavo de un cortesano de Neron, hizo un maestro de virtud de los tiempos futuros; á la única que ha introducido la filosofía y la justicia en las reglas de la conducta ordinaria de todos los hombres; á la que adoptaron con modificaciones prudentes muchos Santos Padres, y otros escritores eclesiásticos de los primeros siglos; á la que prestó tan eficaces auxilios á la empresa inmortal de Justiniano; sobre todo, á la que con los escritos de Epitecto, y con los ejemplos de Marco Porcio Caton, y de Marco Aurelio Antonino, ha contribuido poderosamente á elevar la dignidad de nuestra especie, á mantener un ardiente amor á la virtud, y á trasladar á todas las generaciones la mas alta y venerable idea de la obligacion moral.

La sabiduría griega pereció con la libertad de Grecia. Cuando aquella gran nacion perdió hasta su nombre, y recibió del conquistador el de provincia de Acaya, la guerra entre el escepticismo y el dogmatismo hirió de muerte á la filosofía, y la misma escuela de Alejan-

dría, con todo el favor que le prodigó Juliano, no produjo mas que esfuerzos aislados que se perdian en la degradacion comun, y ráfagas pasajeras que se hundian rápidamente en la tiniebla general. La muerte de Boecio en Occidente, y la abolicion de la escuela de Aténas por Justiniano, pueden considerarse como los últimos sucesos de la historia de la filosofía antigua.

A esta sucedió la de la edad media, época cuya mayor importancia, á los ojos del historiador filósofo, consiste en haber encerrado los manantiales de las instituciones y costumbres que caracterizan á los siglos modernos; pero que, al mismo tiempo, imprimió una nueva direccion al estudio de las ciencias, y se ilustró con genios de primer órden, cuyos servicios á la causa del saber no pueden ser desconocidos sin ingratitud. No fué entónces tan exclusivamente teológico el estudio de la ética, como generalmente se asegura. Es verdad que el escolasticismo no tenia mas objeto que la defensa de la religion cristiana; pero como esta religion se apodera de la parte afectiva del hombre, los afectos humanos, los principios que los mueven y los hechos que de ellos emanan, no podian sustraerse al exámen de los estudiosos ni á las disputas de las aulas. Los primeros escritores teológicos que trataron de estos asuntos, tuvieron que acudir á los filósofos griegos, que tanto se habian ocupado en la ciencia del hombre, y entónces sucedió una especie de revolucion intelectual, en que no se ha fijado bastantemente la atencion de los escritores modernos. San Agustin, que por espacio de muchos siglos fué el oráculo de la iglesia latina, se habia embebido en las doctrinas platónicas; y en cuanto son compatibles con la fe del Evangelio, las aplicó á la ilustracion y defensa de las doctrinas reveladas. Por esto su estilo y su argumentacion se diferencian tanto de las formas escolásticas. Pero sus discípulos y admiradores se declararon por las ideas aristotélicas, y de aquí nació la táctica silogística, con todas sus sutilezas y formalidades; de aquí el entronizamiento de la disputa á expensas del exámen analítico y meditado; de aquí la injusta superioridad atribuida á la sutileza y á la argucia, en la discusion de las cuestiones mas serias y elevadas.

Sin embargo, hubo un hombre que, en medio de la degradacion general del saber y de la literatura, descolló como un astro luminoso entre las mas espesas tinieblas, y no solo se mostró superior á su siglo, sino que se presentó á los siguientes como objeto de la mas alta y mas bien merecida admiracion. Tal fué el inmortal Santo Tomas de Aquino, cuya *Summa Teologica*, ademas de concretar, á guisa de vasta enciclopedia, todos los conocimientos humanos que su época poseía, anticipó algunas de las teorías mas avanzadas de los siglos posteriores, purificó y aclaró las doctrinas metafísicas de Aristoteles, sublimó la especulacion filosófica hasta convertirla en digno auxiliar de

la mas elevada y pura teología, y sin abandonar de un todo el método silogístico, que era el yugo á que toda discusion científica se doblegaba en su tiempo, suavizó en gran parte su aspereza con discusiones seguidas en bien coordinados períodos, admirables por su claridad, y no enteramente desnudos de elegancia. La parte moral de la *Summa* es perfecta en su género. El autor de la obra que encabeza este artículo, aunque protestante, no puede ménos de confesar el gran servicio que hizo Santo Tomas, en este ramo, á la filosofía y á la humanidad. «La regla, dice, que Tomas de Aquino prescribe á las costumbres, ni es dura ni impracticable por su rigor. Los fundamentos en que apoya la obligacion moral, están en la naturaleza del hombre, y concuerdan con la ventura de la sociedad. Pocas veces vemos en sus preceptos morales algun rastro de sutileza. Tomas se acercó a su gran maestro, absteniéndose, en la filosofía práctica, de aquel lujo de distinciones, en que no habria lucido ménos que el mismo Aristóteles, si hubiera querido abandonarse á tan importuno prurito. Sus frecuentes coincidencias con los moralistas modernos, deben sin duda atribuirse á la naturaleza del asunto; pero dependió tambien en parte de la no interrumpida serie de escritores que habian conservado las doctrinas de Aristóteles, cuando sus obras habian desaparecido de las escuelas. Los elogios que le han tributado los pocos grandes hombres que examinaron sus escritos desde la decadencia de su imperio, como Erasmo, Grocio y Leibnitz, se refieren casi exclusivamente á sus obras morales.»

La decadencia de la filosofía escolástica, si no en las escuelas, donde todavía conservó su predominio, á lo ménos en la publicidad científica, fué notable por un nuevo impulso que dió el saber á la filosofía moral; y este gran adelanto se debe á los escritores españoles[1]. Hasta entónces la ética habia considerado al hombre aislado y solo, examinando sus obligaciones con respecto á Dios, á sí mismo y á sus semejantes. Los escritores que nombrarémos en seguida, extendieron sus miradas en un espacio mas amplio, y del estudio del hombre pasaron al estado y á la nacion, echando así los cimientos del

[1] Los españoles se distinguieron siempre en el cultivo de la filosofía. Durante los reinados de los príncipes de la dinastía austriaca, se publicaron en España:

5 obras sobre los méritos de la filosofía en general.
39 cursos completos de la misma ciencia.
95 de asuntos especiales de dialéctica y súmulas.
33 de física.
11 *de generatione et corruptione*.
16 *de anima*.
13 de metafísica.
12 de la ética de Aristóteles.
24 de comentarios sobre el mismo.
9 sobre el sistema de Raimundo Lulio.
56 de cuestiones diversas sobre ontología, lógica y psicología.

verdadero derecho público. Grocio, reputado generalmente como creador de esta ciencia, no desconoce el mérito contraido en ella por nuestros ilustres compatriotas. Tales fuéron Lope de Segovia, en su tratado de *Bello*, escrito cuando Francisco I estaba prisionero en Madrid; Francisco Arias, quien en 11 de junio de 1532 sostuvo delante del Sacro Colegio la legitimidad de la guerra declarada por el emperador contra el Papa; Francisco de Victoria, catedrático en Valladolid, célebre ademas por haber sido uno de los primeros que trataron la filosofía escolástica, en un latin digno de la corte de los Médicis; Domingo de Soto, fraile dominico, confesor de Cárlos V, oráculo del concilio de Trento, y elegante redactor de muchos de sus cánones; hombre cuyo maravilloso saber dió lugar al refran esparcido por toda Europa: *Qui scit Sotum, sit totum*, y cuyo tratado de *Justitia et Jure* puede consultarse todavía con aprovechamiento; y por último el inmortal Francisco Suarez, de quien nos cumple hablar en este lugar con alguna extension, siquiera por no merecer las acusaciones que han atraido á la generacion presente, su olvido de las antiguas glorias de nuestra literatura, y el silencio á que ha condenado los muchos nombres ilustres que la ciñeron de eplesndor, y la entronizaron en todas las naciones cultas.

Francisco Suarez fué uno de aquellos colosos intelectuales que no escasean en el suelo feliz y risueño de la hermosa Granada. Tomó el hábito de la Compañía de Jesus, donde se dió á conocer muy en breve por la variedad de sus conocimientos, por su exquisito gusto literario, y por la solidez y agudeza de su argumentacion. A estas grandes dotes reunia una memoria prodigiosa, un vigor inflexible de carácter, y los mas puros y exaltados sentimientos religiosos. La primera obra con que afianzó su fama literaria fué la *Defensa de la fe católica contra las errores de la secta inglesa*, escrita á instancia del papa Paulo V, y que de tal modo exasperó á Jacobo I, que no solo mandó quemar el libro por mano del verdugo, sino que exigió una satisfaccion de Felipe III. Este monarca, despues de haber mandado examinar el libro por una junta de teólogos, escribió á Jacobo una larga carta en que defendia las doctrinas de Suarez. La *Defensa* fué tambien quemada en Paris de órden del parlamento, no por las opiniones religiosas que contenia, sino por ciertas máximas políticas que fuéron calificadas de sediciosas. Sin embargo de estas persecuciones, cuando poco despues publicó Suarez su tratado *de legibus et Deo legislatore*, no hubo mas que un grito de aplauso en todo el mundo científico. La obra fué admirada, leida, estudiada con gran empeño, y reimpresa en Lóndres, Venecia y Paris. Grocio, tan prevenido contra el catolicismo, y especialmente contra los jesuitas, que eran entónces los mas celosos defensores de los derechos pontificios, tributa á Suarez grandes elogios, y lo llama el mas agudo de los filó-

sofos y de los teólogos. Podia haber añadido que la ciencia que con tan buen éxito cultivaba era deudora al jesuita granadino de uno de sus mas notables adelantos. En efecto, él fué el primero que enseñó que el derecho internacional no solo se compone de los simples principios de justicia, aplicados á las relaciones mutuas de los Estados, sino de los usos introducidos en aquellas mismas relaciones por las familias políticas de Europa : usos que despues se han clasificado bajo el nombre de derecho público consuetudinario, y que son la norma de la diplomacia en todos los paises cultos. Hé aquí el pasaje mas notable de lo que escribió sobre este asunto : «Nunca poseen los Estados tantos medios de independencia, que no necesiten de la cooperacion y de los auxilios de otros, ya para su propia utilidad, ya para fines morales. De aquí nace la importancia de un cierto género de legislacion que la dirige, y que sirve como de reglamento á la asociacion; y aunque este fin se consigue generalmente con el uso de la razon natural, nunca basta para abrazar inmediatamente todos los casos posibles, y así fué como los Estados mismos introdujeron el uso de los derechos especiales[1]». La opinion de Grocio está expresada en términos mas vagos : «El derecho de gentes es el que recibe la facultad de obligar, en virtud de la voluntad de todas ó de muchas naciones. He dicho *de muchas*, porque apénas se encuentra un código de leyes, fuera del natural (el cual tambien suele llamarse derecho de gentes), que sea comun á todas las naciones de la tierra. Este derecho se confirma con el uso continuo y con el testimonio de los peritos[2]». Gronovio, en una nota á este pasaje, es mucho mas explícito y positivo ; pero ni Grocio ni él alegaron la razon filosófica y terminante que se encuentra en el texto del jesuita.

Las obras de Suarez, que componen veinte y cuatro volúmenes en folio, abrazan casi todos los conocimientos humanos que se poseian en su tiempo. Sus opiniones teológicas dieron lugar á los cavilosos, á que se dudase de su ortodoxia, por la astucia y el esmero que empleó en disfrazar el molinismo, adaptándolo al gusto de su nacion, y á las doctrinas dominantes sobre la gracia y el libre albedrío : pero todos los sabios de Europa admiraron, en estas mismas opiniones, la piedad conciliadora y benévola del autor, cuya intencion conocida

[1] *Nunquam civitates sunt sibi tam sufficientes, quin indigeant mutuo juvamine et societate, interdum ad majorem utilitatem, interdum ad necesitatem moralem. Hac igitur ratione, indigent aliquo jure quo dirigantur, et recte ordinentur in hoc genere societatis, et quamvis magna ex parte hoc fiat per rationem naturalem, non tamen sufficienter et inmediate quod omnia, ideoque specialia jura poterant usu earumdem gentium introduci.* Suarez, de Legibus et Deo legislatore. Lib. II, cap. 2.

[2] *Jus gentium est quod gentium omnium aut multarum voluntate vim obligandi accepit. Multarum addidi, quia vix ullum jus reperitur, extra naturale, quod ipsum quoque jus gentium dici solet, omnibus gentibus commune. Probatur hoc jus gentium usu continuo et testimonio peritorum.* Grocio, de Jure belli et pacis, lib. I, capítulo 14, núm. 2.

era despojar aquel sistema teológico de toda tendencia peligrosa y equívoca, exprimiendo de él todo lo bueno y puramente cristiano que contenia. Suarez murió en Portugal, y sus últimas palabras pintan el temple de su espíritu. «No sabia yo, dijo, cuán grata es la muerte.»

Este eminente escritor cerraria la lista de los que cultivaron la Etica, ántes de la época que hemos clasificado con el nombre de moderna, si no se presentase en su extremidad el ilustre Grocio, de quien acabamos de hacer mencion. En la introduccion á su obra inmortal sobre el derecho de la guerra y de la paz, compuesta durante su destierro de Holanda y publicada en Paris en 1625, se encuentra un elegante y cumplido cuadro del estado de la ciencia, tal como se hallaba en su siglo. Pero Grocio no expone doctrinas propias, ni abraza un sistema, ni sube á los principios : no hace mas que reasumir las sanas teorías que se enseñaban en las escuelas, y que servian de base á las prácticas morales de la sociedad. Ya en este tiempo se habia conmovido la fe en las tradiciones y en la autoridad; todos los conocimientos humanos iban á mudar de rumbo; todos los hombres estudiosos parecian descontentos de lo pasado, y ansiaban por innovaciones y adelantos. La ciencia de las costumbres, como fundada, segun unos, en la palabra divina, segun otros, en las leyes inalterables de la naturaleza, parecia exenta de esta agitacion, y puesta al abrigo de toda mudanza. No fué así, sin embargo. Las aventuradas paradojas de un sofista tan audaz como ingenioso, provocaron una discusion, de la que debian brotar admirables descubrimientos en la ciencia del hombre interior. Hobbes asustó con sus errores á todos los hombres sensatos y justos. Alzáronse en su contra muchos y muy distinguidos combatientes, y así empezó la nueva era, cuya historia forma el principal asunto de la obra de Mackintosh. Verémos en el próximo número cómo lo desempeña.

J. J. DE MORA.

CIENCIAS NATURALES.

LA QUIMICA DEL VERANO.

La lijerísima semilla que confiábamos hace cuatro meses á la tierra, se ha convertido en planta que pesa muchas onzas. ¿De dónde procede, y de qué se compone este peso adicional? Las pálidas flores de la primavera ceden su puesto á otras flores revestidas del mas brillante colorido. ¿Quién ha hecho esta mudanza? ¿Hay simpatías misteriosas entre el carmesí de los pétalos, y las encendidas mejillas de la doncella? Y si esta simpatía existe en realidad, ¿en virtud de qué principio deben su vigor los hombres y las plantas á las influencias del estío? Estas cuestiones, propias de la estacion presente, se hallan cumplidamente resueltas en la *Química de las cuatro estaciones*, que acaba de publicar en Lóndres Tomas Griffiths, boticario del hospital de San Bartolomé.

Analícese un vegetal cualquiera, ó cualquier producto de la vegetacion, como la lignite, el azúcar ó el almidon, y se hallará que se compone de una mitad de carbono, y de otra mitad de los elementos que constituyen el agua, es decir, de oxígeno y de hidrógeno. Una encina de regular tamaño, que pesa sesenta quintales, contiene treinta de carbono; y el medio millon de toneladas de azúcar que se consumen anualmente en Europa, encierran doscientas cincuenta mil de la misma sustancia. La primera idea que ocurre para explicar el fenómeno, es que esta enorme cantidad de materia sólida sale de la tierra; pero la experiencia siguiente demuestra victoriosamente lo contrario. Se pusieron en un horno, hasta hallarse perfectamente secas, doscientas libras de tierra: despues se trasladaron á una gran vasija de barro, y se plantó en ella un sauce jóven de peso de cinco libras. Por espacio de cinco años se regó esta tierra con agua de lluvia ó filtrada; el sauce creció y floreció, y para que ni el polvo ni ningun otro cuerpo extraño se introdujese en la tierra, se cubrió la superficie de esta con una tapa de metal agujereada de modo que solo pudiese en-

trar el aire. Espirados los cinco años, se arrancó el sauce, y se observó que pesaba ciento sesenta y nueve libras y tres onzas, sin contar las hojas caidas durante su crecimiento. Despues se secó la tierra, se pesó, y se vió que solo habia disminuido de su peso en dos onzas. Así que, se habian producido ciento sesenta y cuatro libras de fibra lignosa, de corteza y de raices, sin que la tierra hubiese contribuido á esta produccion, mas que en una cantidad imperceptible.

El químico que habia hecho el experimento, infirió de esta comparacion de pesos, que el árbol habia sacado todo su crecimiento del agua. La química ha llegado despues á descubrir que el elemento sólido que entra en la estructura del reino vegetal, sale del aire que respiramos. Este elemento existe en la atmósfera, de lo cual es fácil convencerse, por la análisis química, que aisla el ácido carbónico del aire, y produce el carbono sólido. Las hojas de los vegetales desempeñan la misma operacion, de un modo mucho mas perfecto. La enorme cantidad de carbono contenida en el aire, sale de la respiracion del hombre y de los animales, y de otras muchas causas. El volúmen de ácido carbónico producido en veinte y cuatro horas por un adulto sano, es igual á un volúmen de quince mil pulgadas cúbicas, en que se contienen dos mil seiscientos granos de carbono puro. Segun estos cálculos, cien personas suministran de treinta y siete á treinta y ocho libras de carbono, de modo que, tomando un término medio, un millon de séres humanos no exhala en veinte y cuatro horas ménos de trescientas setenta mil libras, ó algo mas de ciento sesenta y cinco toneladas de carbono. El ácido carbónico es un veneno, pero sus efectos se neutralizan por su difusion en la atmósfera, en la que, cuando no sobrevienen causas extrañas, forma la dos milésima parte de una cantidad dada de aire. Miéntras existe en la atmósfera, continuamente lo están descomponiendo las plantas y los árboles, que lo absorven en sus sistemas, reteniendo el carbono, como alimento indispensable, y emitiendo de nuevo el oxígeno, como purificador precioso del aire que los circunda. Infiérese de aquí, que la principal funcion del reino vegetal es mantener un equilibrio constante en los elementos constitutivos de la atmósfera. Desde la majestuosa encina, patriarca de las selvas, hasta el musgo que tapiza las rocas, todas las plantas tienen un destino providencial, aun cuando carezcan de cualidades privativas.

Y hé aquí por qué el hombre goza de mas salud en los campos que en las grandes poblaciones; por qué sentimos tanta elasticidad, tanta viveza en el aire, cuando nos rodea una vegetacion lozana; por qué un arbolado, bien distribuido, contribuye tan eficazmente á la salubridad de las localidades y á la prosperidad de la agricultura; por qué los habitantes de los paises en que la vegetacion abunda, tienen mas robustez, mas imaginacion, mejores colores, y una condicion mas

blanda que los que viven en sitios áridos y secos; por qué los antíguos colocaban sus templos y sus monumentos familiares bajo la proteccion y á la sombra de las selvas y bosquetes.

Si se encierra una planta cualquiera en un lugar oscuro, por espacio de algunos dias, crecerá lánguida, amarillenta y mustia, aunque no carezca de agua, de aire y de calor. Si se expone de nuevo á la luz, en pocas horas recobrará su vigor, su verdor brillante y sus colores. La accion de la luz solar es incontestable: pero todavía no está bien entendida su naturaleza. Ciertos vegetales tienen sus hojas ácidas por la mañana, insípidas á medio dia y amargas de noche. Ciertas flores son blancas ó azules, segun la intensidad de la luz que las rodea. Hay frutas agrias ó dulces, segun las horas del dia. Flores hay que abren sus pétalos á la luz natural, y otras que se los cierran. La porcion de un albérchigo expuesta á la luz, adquiere un fuerte color rojo, miéntras que la otra parte se mantiene verde, ó de un amarillo bajo. El sabor de la primera porcion es mas gustoso, porque la luz ha estimulado la elaboracion de mayor cantidad de jugo sacarino, y esto es lo que explica la extrema dulzura de las frutas en los climas cálidos. Hay plantas, por el contrario, que llegan á ser incomibles á efecto de la demasiada fuerza que adquiere en ellas la vegetacion. Estas necesitan preservarse de la accion solar, para que se mantenga blanca la parte destinada al alimento. La sabrosa *sea kale*, de que tanto uso se hace ahora en Inglaterra, no podria comerse, si no creciera enteramente cubierta de tierra, y preservada del menor rayo de luz, que pudiera desarrollar en ella el color verde.

Hemos indicado la analogía que existe, con respecto á la luz, entre el reino animal y el reino vegetal. Un montañes robusto, de tez fuerte y animada, encerrado en una habitacion estrecha, desfallece pálido y flojo, aunque le sobren buenos alimentos. La palidez tan comun en los mineros, se disipa al contacto frecuente de la luz del dia. Ni los hombres ni las plantas prosperan en lugares sombríos, y en que el aire está viciado. Los rostros pálidos y las hojas marchitas abundan siempre en las inmediaciones de las grandes ciudades. La analogía va mas léjos: los mismos venenos destruyen al hombre y la planta. Tómese una cantidad de arsénico blanco, opio, sublimado corrosivo, vitriolo azul ó ácido prúsico; disuélvase en agua, y la solucion, derramada en las raices de una planta, extinguirá en ella todo poder vegetal.

La circulacion de la sangre vegetal llamada savia, está todavia en gran oscuridad, y es casi imposible analizar esta sustancia que casi nunca se obtiene en estado de absoluta pureza. Es muy considerable su evaporacion en las hojas, despues de haber pasado por el tallo y la ramas. Una experiencia hecha con esmero ha demostrado que, en el espacio de veinte y cuatro horas, una planta de tornasol perdió

por la evaporacion una libra y cuatro onzas, y una col, una libra y tres onzas. Si las plantas se marchitan, si el tallo se encorva en los dias muy calorosos, es porque la evaporacion por medio de las hojas, es mucho mas considerable que la succion del agua por medio de las raices. Restituida la humedad, el tallo se endereza, y la planta se restablece en su vigor. Las radiculas, que chupan de la tierra el agua vivificante, que debe trasformarse en savia, por una operacaan secreta y misteriosa, tienen fibras tan tenues que en su extremidad llegan á ser invisibles, aun con la ayuda del microscopio. Es probable que sus funciones queden enteramente suspensas en los dias extremadamente secos y cálidos: pero la tierra es tan mal conductor del calórico, que casi nunca se encuentra su superficie enteramente árida. Algunas pulgadas debajo de la costra exterior, siempre se encuentra alguna humedad. Por lo mismo, la atmósfera nunca está *anhydra*, es decir, enteramente desprovista de vapor acuoso, aunque en muchas localidades está bastante seca para producir los mas funestos efectos en los hombres y en los animales. El vapor, parcialmente retirado de algunos puntos, se congrega en nubes que, flotando en la atmósfera, impiden la trasmision directa del calor solar. Cuando estas nubes se convierten en lluvia, y desempeñan cumplidamente su obra benéfica, los vegetales exhalan torrentes aromáticos, como para celebrar los nuevos elementos de vida que reciben de la mano del Creador [1].

Todavía no se han explicado de un modo satisfactorio la formacion de las nubes y la caida de la lluvia. La química, sin embargo, ha llegado á descubrir que la lluvia no se compone de glóbulos llenos, sino de pequeñas vesículas acuosas, huecas como las bombillas de jabon. Si no fuera así, las nubes no podrian sostenerse ni flotar en la atmósfera. Una gota de agua del diámetro de un milésimo de pulgada, adquiriria, en virtud de la ley de gravitacion, una velocidad de nueve á diez piés por segundo; y vemos al contrario que suben de los mares y lagos, á donde han tomado origen, hasta la cima de los montes mas encumbrados.

Siempre contiene el aire vapor acuoso en estado de suspensoion. Cuando baja su temperatura, sea por una repentina rarefaccion l,cal, sea por el contacto de las superficies frias de la tierra y del agua ese vapor, hasta entónces invisible, aparece en gotas de agua infinitamente

[1] La teoría del calórico es una de las ramificaciones de la Física, que mas se ha perfeccionado en estos últimos tiempos; y como este agente desempeña funciones tan importantes en la economía animal, y en todas las operaciones de la naturaleza, el estudio de sus fenómenos es uno de los mas útiles que puede emprender el amigo de la humanidad. Bajo el punto de vista de la higiene, puede asegurarse que el conocimiento de las leyes del calórico, de su trasmision y de sus cuerpos conductores es de una necesidad absoluta para el arreglo de la policía sanitaria. Nada sería mas conveniente que propagar este conocimiento por medio de la educacion primaria, redactando tratados fáciles y sencillos, en que se concretase todo lo que se sabe en la materia. Así se hace en Prusia, cuyas escuelas son las mas perfectas de Europa.

tenues, cuyo conjunto es lo que llamamos neblina. El calor necesario para levantar y mantener en el aire esta masa de vapor, no está distribuido en la atmósfera con exacta igualdad, porque la atmósfera se dilata á medida que aumenta su distancia de la tierra. Supongamos que un pié cúbico de aire contenga cierta cantidad de calor, igualmente distribuida en sus elementos y en su composicion, y susceptible de afectar el termómetro hasta cierto grado. Si se comprime este mismo volúmen de aire, hasta reducirlo á un décimo de pulgada cúbica, naturalmente decuplará el calórico que contenga, y el termómetro indicará una elevacion de temperatura. Supongamos, por el contrario, que el pié cúbico se dilata hasta llenar un espacio de diez piés cúbicos: el calor se diseminará de tal manera, que el termómetro indicará una depresion, y el aire estará mas frio. La causa, pues, de la mayor densidad y del mayor calor del aire en sus regiones inferiores, es el peso de las regiones superiores, y la compresion que de este peso resulta: lo cual explica la disminucion del calor que experimentamos al subir una montaña. El aire se enrarece mas y mas, y el vapor acuoso llega á condensarse hasta la congelacion. Tomando por base el nivel del mar, está averiguado que en los doscientos primeros piés de elevacion, el frio aumenta un grado, y que sigue enfriándose sucesivamente, á razon de cincuenta grados aproximativamente, por cada quince mil piés de elevacion. En esta altura, se verifica la congelacion, aun en la línea equinoxial. Esta es la causa de la formacion del hielo y de la nieve en las montañas.

La conversion del agua en vapor, es decir, la evaporacion, exige calor, y las sustancias que lo comunican se enfrian proporcionalmente. En la Gran India, acostumbran mojar las cortinas de las ventanas, resultando una rápida evaporacion que reduce la temperatura, en diez, y aun en quince grados. Con el mismo objeto se riega el piso de las casas y calles, en algunos paises meridionales de Europa. Del mismo principio nace el enfriamiento del vino en vasijas porosas. Estas vasijas metidas en agua, la embeben, en cierta cantidad, por medio de la atraccion capilar. Expuesta despues la vasija al aire libre, el agua embebida se evapora, y la botella se enfria, despojándose del calórico con que contribuye al desempeño de aquella operacion. Por la misma razon es tan peligroso el uso de la ropa húmeda, porque la evaporacion hace bajar el calor animal, en grado inferior al nivel necesario para la conservacion de la salud. En semejantes casos, el ejercicio disminuye el peligro, provocando el desenvolvimiento del calórico; pero si hay exceso de calórico, la evaporacion se convierte en traspiracion, y detenida esta por cualquiera causa, pueden temerse las mas serias consecuencias. Un pañuelo de olan aplicado á la frente, produce entónces un gran alivio, porque las fibras de aquel tejido son buenos conductores de calórico, y ejercen una gran atrac-

cion capilar en la humedad. Al contrario, el algodon, que carece de estas ventajas, produce una sensacion de calor.

Una serie de experiencias hechas con esmero, ha demostrado qu- la evaporacion anual del agua, es de treinta pulgadas por término medio, es decir, que el vapor si se convirtiese de nuevo en agua, cuo briria la superficie de donde se ha levantado, con una capa de treinta pulgadas de espesor. Estando evaluada en ciento veinte y ocho millones de millas geográficas la superficie de todas las aguas del globo, resultan sesenta mil millas cúbicas de agua, convertidas en vapor anualmente.

Los vientos, que tanto contribuyen al bienestar del hombre, se producen, como todo el mundo sabe, por las alteraciones incesantes que ocasiona el calor en el equilibrio del aire. Hé aquí cómo explica la ciencia el fenómeno de las brisas de mar y de tierra : Los rayos solares no pueden elevar la temperatura de las aguas trasparentes del mar, ni muy notablemente la del volúmen trasparente de la atmósfera, pero elevan con facilidad la de la superficie opaca de la tierra. Las islas expuestas al sol de los trópicos gozan de una temperatura muy elevada. Comunicada esta temperatura al aire, se produce una gran corriente ascendiente, miéntras que otras capas de aire, que están en contacto con la superficie fria del mar, corren hácia la isla para restablecer el equilibrio, y ocupar el lugar que las otras dejaron. Durante la noche, la superficie de la isla no ya sujeta al influjo directo del sol, se enfria mas que el aire que la cubre. Entónces este aire se contrae y se pone mas denso; desciende á un nivel mas bajo, y se extiende por todas partes, convirtiéndose en brisa de tierra, dañosa muchas veces por las exhalaciones de la vegetacion descompuesta que suele arrastrar consigo. Al contrario, la brisa de mar es siempre sana y pura. En las costas del mar Pacífico este admirable fenómeno se considera como uno de los grandes beneficios de la Providencia.

BALMES Y PIFERRER.

El 9 de julio espiraba en Vich D. Jaime Balmes; el 25 del propio mes fallecia en Barcelona D. Pablo Piferrer. Una muerte, simultánea casi, ha acercado dos nombres igualmente puros, igualmente preciosos, si no igualmente brillantes: el uno todo inteligencia, el otro todo imaginacion; filósofo y estadista el uno, artista y poeta el otro, unialos una misma provincia por patria, una misma idea capital, un mismo espíritu creyente, una recíproca estima; uníanse en el corazon del que esto escribe, débil auxiliar de la noble lucha política del primero, socio y continuador de las bellas y laboriosas excursiones del segundo.

Ambos han fenecido en la flor de sus dias, Balmes de 38 años, Piferrer de 30 apénas, acercándose rápidamente el mas jóven á la madurez y virilidad de talento que el otro casi desde el principio habia ya alcanzado. Ambos veian en perspectiva un porvenir de gloria entre los mortales, de fecundidad y vida en las regiones de su espíritu: la necesidad de crear hostigábalos sin reposo; cien y cien proyectos bullian en su mente acariciados con amor, impacientes por verse realizados. Todo se desvaneció como un sueño... y ahora, ó amigos mios, descansais plenamente en brazos de la Verdad suprema, de la Belleza suma, que buscabais acá bajo con tan vivos transportes, que entreveíais con tanta lucidez, y reflejabais en vuestras producciones.

El 11 de mayo ví á Balmes en Barcelona por la vez postrera: la traduccion latina de su *Filosofía elemental* para uso de los seminarios le abrumaba, sin quitarle nada de la serenidad de su espíritu ni de la apacibilidad de su trato. Las palabras por una y otra parte salian á borbotones como comprimidas por una ausencia de dos años, la conversacion fué animada, espansiva, alegre hasta cierto punto; las materias políticas y sociales ocuparon en ella la menor parte, y la mayor el corazon. Al cabo de una hora entró á terciar en la plática el jóven

literato, y entablóse una jovial y afectuosa discusion sobre las diferencias de nuestras facultades y caractéres, y sobre la vida moral que respectivamente encerrábamos, porfiando cada cual en ceder á los otros la ventaja. *Hasta la tarde, hasta la vuelta,* fuéron las expresiones de una despedida que debia ser eterna. El primer anuncio que recibí de la dolencia de Balmes, no alarmante todavía, salió de la pluma de nuestro comun amigo, bien ajeno de que tan pronto hubiera de seguirle.

A tales recuerdos tiembla el pulso, anúblanse los ojos... mas ¿que le importa al público un dolor individual? Nada mas penoso que entretenerle con las propias lágrimas; otras todavía mas acerbas en ocasion reciente he retirado hácia dentro, que encerradas en el fondo del alma la amargarán y esterilizarán miéntras viva. Sin embargo, puesto que una pena sombría y muda pudiera hoy equivocarse con el olvido; puesto que la costumbre prescribe estos homenajes hácia la memoria de los genios privilegiados, ¿cómo admirar al escritor sin recordar al amigo? ¿cómo no mezclar el llanto á la admiracion? En estos momentos de congoja no es dado á la diestra manejar con seguridad el pincel del biógrafo, el escalpelo del crítico, ni el incensario del panegirista; confúndense las ideas con los sentimientos, los recuerdos con los juicios, y abandónase el espíritu á la corriente de su amargura. Mi buen amigo García de los Santos con mayor sosiego ha emprendido respecto de Balmes una tarea, que la confianza mas íntima, el trato mas asiduo, y hasta la permision del difunto le ponen en estado de desempeñar mejor que nadie; básteme para cumplir con mis deseos y con la peticion de varios amigos el desahogar el corazon lacerado, el reanimar por un instante la abatida inteligencia para sentir mejor la pérdida que la abruma.

Para comprender toda la altura á que de súbito se elevó Balmes, preciso es echar una mirada al terreno en que descollaba. Antes de su aparicion, la España yacia despreciada por la Europa intelectual, y el clero vilipendiado en España como la clase mas ignorante y rutinaria. ¿Qué sudaban nuestras prensas? Diarios, folletos, centellas de talento desparramadas infelizmente en servicio de pasiones, de intereses del momento y tal vez del error, apologías de la verdad en que, con cortas y honrosas excepciones, corria parejas la exageracion de las ideas con el mal gusto de las formas; por todas partes apasionamiento, frivolidad, olvido de los buenos y sólidos estudios. De pronto aparece un presbítero catalan con su *Protestantismo* en la mano, y saca al público de su desconfianza é indiferencia; todo el mundo lee y admira; los extranjeros no se desdeñan esta vez de hacerse traductores; y en un momento el nombre de Balmes, que no era español siquiera, hácese europeo y universal. Apénas ha habido ejemplo de celebridad tan rápida al par que tan legítima y duradera.

Con esta inmortal produccion, en que no hay cuestion histórica, moral, filosófica, eclesiástica, que no se halle tratada y resuelta con superioridad, queda el clero rehabilitado á los ojos de la España, y la España á los ojos de la Europa. El *Protestantismo* no ha tenido emuladores ni descendientes; pero tampoco los han tenido Maistre ni Bonald. Erigido aquel monumento á su fe y al mismo tiempo á la gloria nacional, Balmes miró en derredor de sí, y vió á su patria debatiéndose miserablemente entre mezquinas oscilaciones revolucionarias, perdida toda idea de lo grande, de lo justo y de lo bueno. Ya de ántes habia probado trasladar desde las regiones científicas á aquel confuso campo la resplandeciente antorcha de su entendimiento; y sus dos preciosos opúsculos sobre los *Bienes del Clero* y *Consideraciones políticas sobre la España*, y los brillantes artículos de la *Civilizacion* y la *Sociedad*, habian preludiado dignamente al *Pensamiento de la Nacion*. Consumó por fin el sacrificio, bajó al palenque, enarboló su bandera, y muchos se asombraron de ver escrito en ella lo que tenian grabado en el fondo de su corazon. Entónces se agruparon en derredor todos los elementos dispersos, se despertaron los nobles y generosos sentimientos, y ya no admiraban las verdades proclamadas, sino que tanto hubieran tardado en proclamarse. Balmes no creó la opinion nacional, pero la organizó y le dió vida. El hecho en que cifró la realizacion de su sistema, y cuyo exámen siquiera solo ha podido desdeñar la fatuidad doctrinaria, no se ha borrado de la memoria de los mismos que lo miraban con desvío, y en medio de los conflictos presentes y de los mayores que nos amenazan, vuelven los ojos á aquel conciliador proyecto para siempre frustrado, con duda ménos presuntuosa, y tal vez con tardío arrepentimiento.

Balmes ha obtenido dos triunfos que mejoran el concepto de la presente generacion. A pesar de la superficialidad de que adolece, ha leido con ansiedad sus obras sólidas y profundas: todavía el mérito puede abrir camino á la gloria, cualquiera que sea la oscuridad de donde brote; todavía puede labrarse aquella noble fortuna que sirve para apoyar su independencia. A pesar tambien del apasionamiento que domina en la esfera política, donde toda la nacion se revuelve por desgracia, los escritos políticos de Balmes son leidos sin distincion de clases ni opiniones; y al traves de las banderías mas ambiciosas ó violentas; al traves del exclusivismo, del compadrazgo, de las prevenciones de partido, se hace oir una discusion tranquila, imparcial y mesurada. En este triunfo no tenia ménos parte el escritor que el político; una lógica irresistible, una diccion limpia y clara, aquella difícil facilidad recomendada por Horacio, eran los dotes de su estilo. Amplificaba sin pecar en verboso, y no escaseaban en él las frases incisivas, los rasgos de genio, los grande pensamientos que son por sí solos un discurso.

En medio de tan asiduas tareas escribia el *Criterio*, libro delicioso, profundo en sus principios, interesantísimo en sus aplicaciones, que recuerda á trechos á Montaigne y á La Bruyere. Pero ¿qué mucho, si entónces preparaba tambien su gran *Filosofía fundamental*, obra magnífica y completa, capaz de ocupar la vida de un hombre, y para cuyo análisis necesitaríamos mas tiempo del que él empleó en escribirla? Examinados detenidamente y juzgados los sistemas filosóficos extranjeros, de los cuales en España no se conoce por lo comun sino el nombre, asienta su propio sistema basado en la conciencia ó íntima conviccion, y sobre estos cimientos despliégase uno y vastísimo el edificio, tocando con su cúspide al cielo. En su *Filosofía*, Balmes se anticipó á su generacion; escribióla para otra capaz de comprenderla y admirarla. Pero atento siempre no tanto á su gloria como á la práctica utilidad comun, en su *Filosofía elemental* púsola al nivel de las mas débiles inteligencias, y el deseo de proveer á las necesidades del naciente clero le sugirió la improba tarea que tal vez ha abreviado sus dias.

Acerca de la última produccion de Balmes, acerca de su *Pio IX*, solo la pasion ha dado hasta aquí su fallo; y ciertas palabras, nunca mas inoportunas que en el dia de su muerte, revelan que no ha llegado todavía la hora de la imparcialidad. Los partidos extremos reconocieron lo que desde tiempo atras quedaba mil veces consignado; que Balmes no estaba afiliado á ningunas formas políticas inflexibles, y unos se aplaudieron tan ridículamente cuanto otros se alarmaron. Como estadista comprendia el grande hombre la volcanizada situacion de la Europa; como sacerdote, acudió á la defensa de su Pontífice ultrajado por imprudentes rumores. Tal vez su fantasía se exaltó en este mas que en otros de sus escritos; pasion tal vez hizo correr su pluma, pero pasion la mas cristiana, la mas pura, la mas generosa. Si unos sucesos han desmentido por de pronto alguna halagüeña esperanza que allí asoma, ¡cuán espléndidamente no han confirmado otros, mas allá de la prevision del mismo autor, las notables verdades de que abunda! ¿Dónde está esa Austria en quien tanto se confiaba? ¿Qué se hace ese viejo mundo á cuya ruinosa sombra habia de ampararse el santuario? Las predicciones de Balmes necesitan su tiempo para cumplirse; catorce meses trascurrieran desde el doble enlace, y sus siniestros agüeros empezaban á ser olvidados en el letargo de la paz, cuando sobrevino como un rayo la revolucion de febrero. El tiempo volverá por *Pio IX*; él mismo lo aguardaba, y asistía con serenidad al gran cataclismo general, llorando los males públicos, pero sin desesperar de la sociedad ni de la religion. Balmes tenia la fe y heróica humildad de Fenelon; nada empero tenia que *retractar*. Pueden tranquilizarse los que creen su muerte efecto del desconsuelo de su espíritu á vista de tamañas caidas, y de cierta confusion por

no haberlas previsto á tiempo. Nadie hay aquí á quien *vengar*, todos lloran al escritor siempre noble, siempre creyente; y si hasta la envidia calla á las puertas de la tumba, ¡cuánto mas esas leves divergencias sobre *política extranjera!*

La vida de los grandes pensadores es íntima casi siempre, y aunque Balmes reunia preciosas dotes para la accion, las circunstancias no le permitieron desarrollarlas. Escrupuloso observador de las mínimas obligaciones de sacerdote, bebia en las prácticas ascéticas el vigor que desplegaba en el mundo intelectual. La distribucion de sus horas era metódica en extremo: evitaba sin rayar en misántropo toda ocasion de ponerse en evidencia; recibia con modestia los obsequios que la curiosidad ó la admiracion le prodigaban, pero su placer estaba en el trato íntimo de cinco ó seis amigos. Su conversacion era lacónica sin adolecer de dogmáticas pretensiones; sincero en sus juicios, atinadísimo en sus consejos, profundo conocedor del corazon humano desde sus arranques mas sublimes hasta los incidentes de la vida real. Oia con deferencia las opiniones ajenas, exponia con firmeza las propias; mas bien que de lisonjeros gustaba de espíritus independientes, y realzaba á sus amigos con pruebas de la mas absoluta confianza. Su sensibilidad era exquisita; pero habia conseguido subordinarla á la razon, y sobre todo disimularla: estaba deseoso de afecto, y sorprendimos en él el delicado sentimiento de que este acaso se encaminara al escritor mas bien que al hombre. Habia sido tambien poeta, y tenia proyectos y aun trabajos sobre la amena literatura, que en su pluma no hubieran sido de mero pasatiempo.

Ningun brillo rodeaba á Balmes sino el esplendor de su mismo nombre: mejor estaba así que en alguno de esos puestos tan envilecidos, que adornado con esas condecoraciones tan prodigadas. Algunos truecan su apellido por un título, y ganan en el cambio; pero Balmes hubiera perdido, porque hay apellidos que valen una corona. Uno de los daños mas funestos á la sociedad y á las letras es el haber confundido las distinciones sociales con la grandeza intelectual: la recompensa no es homogénea; el fin y la recompensa del genio solo está en el espontáneo avasallamiento y en la direccion de los espíritus. No, lo que debíais ofrecer á Balmes no era una cruz ni una mitra, sino aquel homenaje práctico que se presta á la superioridad y nace de la conviccion. Balmes ha discutido en política, ha levantado grandes monumentos en el campo de las letras, y nada ha podido influir para mejora y para ilustracion de su pais: este es el sentimiento de que no podria consolarse ni aun con la inmortalidad de su renombre.

La índole de las tareas y el carácter de Piferrer impidieron á su celebridad tomar el rápido y dilatado vuelo que logró la de su compatricio. Cuando la juventud literaria evaporaba su númen en folletines, revistas y semanarios á cual mas efímeros y pasajeros; cuando

enmudecian nuestras academias y corporaciones sabias, un jóven apénas de veinte años, solo conocido en Barcelona por algunas páginas ménos faltas de genio que de correccion, se asocia con un hombre emprendedor que aprende el dibujo solo para perpetuar en láminas los amenazados monumentos de su patria, y consagra á la realizacion de este osado pensamiento todo su tiempo y escasa fortuna. De esta asociacion nacieron en 1839 los *Recuerdos y Bellezas de España;* ensanchóse el plan en la ardiente cabeza del jóven escritor; los monumentos le condujeron á la historia, la historia le despertó la ambicion de esclarecerla con no conocidos datos y documentos. Viajaron por el Principado, ardiendo entónces en guerra civil, los dos intrépidos artistas, uno con el lapiz, otro con la pluma en la mano: arrancan sus secretos á los archivos, su explicacion á las ruinas; y ricos con su botin dan á luz el primer tomo de Cataluña con un lujo y esplendidez nada comun entónces, y con una copia de investigaciones y un calor y belleza de estilo ménos comun todavía. Terminado su primer ensayo, con el cual se mostraba años despues harto riguroso y descontentadizo, emprendió Piferrer á los dos años el viaje y el tomo de Mallorca, desarrollándose y mejorando sus facultades con tal rapidez, que asombró á los mismos que cifraban en él las mas altas esperanzas. En 1843 emprendió el segundo tomo de Cataluña para llenar los huecos del primero; pero la extension colosal dada á su idea y otros obstáculos personales paralizaron tanto su publicacion, que la muerte le encontró aun trabajando en ella.

Hasta entónces los poetas no se habian identificado con los artistas: la descarnada descripcion de Ponz, los catálogos de Cean Bermudez y Llaguno, y las disertaciones del gran Jovellanos, en que admite ya con sobriedad algunos severos adornos, es lo único que teniamos en este género. La obra de Piferrer es un poema, es un *Child Harold* artístico; y si de algo puede tildársele es de cierta exuberancia de imaginacion y de sentimiento. ¿En qué página no se ven brillar pensamientos grandes, enérjicos, delicados? ¡Con qué maestría no pasa de las regiones del idealismo á las de la historia, y de la metafísica del arte al exámen de una institucion social ó á la aclaracion de un punto controvertido! El monumento se anima bajo su pluma, lo acaricia, lo pone en movimiento; desentierra del olvido el nombre de sus artífices, modestos como él é ignorados. Una arquitectura conocida apénas en España, la bizantina, le debe, merced á largas observaciones, el descubrimiento de sus reglas, de su nomenclatura, de su distribucion y místico sentido. Sí, las artes son muy deudoras á Piferrer, y no temo decirlo aunque continuador de su obra; cuanto doy á su parte inventiva otro tanto quito de la mia, y en este justo cuanto dulce homenaje experimento una complacencia superior cien veces á la del amor propio.

En 1844 ni sus achaques ni sus ocupaciones le permitian ya dar cima por sí solo á su grandiosa empresa: su alma ardiente y sensible, aunque encerrada en robusto cuerpo, llegó por fin á minarlo y á gastarlo con sus arranques entusiastas y con el incesante estudio. Su actividad redoblaba sin embargo; repartia sus horas entre la biblioteca de San Juan y la cátedra de literatura, y en 1846 produjo á la vez su metódica coleccion de los *Clásicos Españoles*, acompañada de biografías, y su revista titulada la *Discusion*, basada sobre una idea altamente creyente y religiosa, y de la cual no aparecieron sino muy pocas entregas. Piferrer obtenia un lugar entre nuestros poetas de primer órden; en su lira alternaban los sonidos mas dulces con los mas enérjicos, é imitaba como nadie la melancolía de las cántigas populares y los giros y arcaismos de nuestro Romancero. Revolvia desde largo tiempo el plan de algunos dramas, y sobre todo de un magnífico poema; este era el objeto ideal, el amor constante de su fantasía; entrevefalo en el porvenir como un monumento de gloria, aplazábalo para una época de completa salud é independencia, y sin duda allá en sus últimos instantes le habrá dado un adios tristísimo como á una vision querida que se desvanece.

La imaginacion de Piferrer tenia el carácter melancólico y grave de las del Norte; pero la fe con su antorcha disipaba los nebulosos vapores que pudieran ofuscarla. Era su alma eminentemente cristiana, y no podia rendir culto á lo bello y á lo grande sin remontarse luego hasta Dios. Su mirada apacible, su frente despejada, su rostro pálido é interesante; en su vida interior enérjico y firme, en el trato social harto tímido y modesto, prenda que le ganó el aprecio de cuantos le trataron durante su único viaje á Madrid en el postrer otoño, descubriendo en él un tipo casi no conocido del hombre literato. Inspiraba y sentia afectos vivos y constantes, y aunque se quejaba de desengaños y sequedad de corazon, revelábase este naturalmente afectuoso: amante noblemente de la gloria, lo era todavía mas de sus amigos, y no perdia ocasion de sobreponerlos á la suya. Consagrado desde su edad primera al sosten de una anciana madre y de familia numerosa que cifraba en él su apoyo, y aguerrido en las tristes realidades de la vida, eximióse de los locos devaneos y de los dolores ficticios que agitan á tantas existencias juveniles, y conservaba un no sé qué de candoroso. Aunque retraido de la sociedad, su nombre era muy popular y querido en Barcelona, especialmente entre la juventud que le reconocia como á su jefe de escuela. Su entierro fué una ovacion; las autoridades y corporaciones principales, la flor de la poblacion, acompañaron el féretro, y eso que no encerraba los restos de alguna notabilidad política ni de algun opulento fabricante.

¡Oh bueno y entusiasta amigo! yo no podrér espirar el aura pura de las montañas, ni la brisa de los mares, sin acordarme de ti que les

pedias en vano la prolongacion de tu existencia. Ya no oiré sin estremecerme esas baladas populares cuyas tristes y dilatadas cadencias te complacian tanto, ni esos acentos de Rossini y Bellini que trasportándote á un mundo mejor, te daban una intuicion en los arcanos mas sublimes del arte que sobre todos te vivificaba. Tu memoria me acompañará al traves de las campiñas, al traves de los monumentos, sin poder ¡ay! repartir contigo mis impresiones; y me la recordará siempre esa obra sobre la cual mi pluma se ha suspendido un instante, como el artífice que suspende su fábrica para labrar un sepulcro al malogrado arquitecto que dió la traza, y luego se arroja con nuevo ardor á la conclusion del edificio que ha de servir de monumento inmortal á su autor primero.

Madrid, 31 de julio.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Un amigo nuestro, que se halla actualmente en Paris, ha tenido la ocurrencia, que cordialmente le agradecemos, de recoger y enviarnos una multitud de hojas volantes recientemente publicadas en aquella capital, verdadero *pandemonium* de todas las pasiones violentas, de todas las ideas atroces, grotescas, descabelladas, que se agitan todavía en el vecino reino, á pesar del severo escarmiento que les dió, hace cerca de dos meses, ó mejor dicho, á los que las profesan, el general Cavaignac. ¡Qué delirios! ¡qué caos aquel de aspiraciones grandes, mezcladas con insensatos proyectos de destruccion y ruina! ¡Cuánta cosa ridícula y cuánta cosa horrible! Nada conservará la Historia de estas efímeras publicaciones, ecos de intereses oscuros, de ambiciones absurdas, de venganzas implacables, verdadera orgía de unas inteligencias descarriadas y de unos corazones corrompidos: la Historia acaso, cuando mas, las mencionará en globo, y sin embargo ¡qué de estragos ha acarreado á la Francia, qué de calamidades puede acarrearle todavía esa licencia desenfrenada de que son causa y efecto al mismo tiempo aquellas publicaciones deletéreas! Aun las mismas que parecen escritas en buen sentido, son funestas en sus efectos, por la grosería y brutalidad de sus formas, necesariamente destructoras de toda idea de buen gusto, de decoro y de razon. Hasta su aspecto material es repugnante: aquel papel parece de estraza; aquellos caractéres viejos ¡aquella impresion empastada, sucia, hecha á la lijera, manchan los dedos. ¿Qué se han hecho, dónde están aquellas impresiones elegantes, aquellas páginas serenas entre sus anchas márgenes, como un puro lago en medio de una espaciosa pradera, que brindaban á la lectura con tan apacible encanto, y eran el triunfo y el orgullo de la tipografía francesa?

De las otras nada digamos: podemos llamarlas un veneno escrito, y á sus autores unos asesinos de la moral pública. Una de las hojas que tenemos á la vista se titula: *La cólera y la desesperacion de un viejo republicano*. Su primer artículo lleva por lema: *¡Furor de un viejo republicano!* El segundo: *¡Pueblo, desconfía!* A este papelucho le da por rabiar y maldecir: ¿habrémos de añadir que su desesperacion es chavacana, que sus gritos de maldicion causan risa? Veamos ahora el periódico mensual titulado *Monsieur Pipelet*. Consta de una hoja de impresion del tamaño de nuestro *Diario de Avisos*, y sale, ya lo hemos dicho, *¡una vez al mes!* ¡M. Pipelet, el famoso portero de los *Misterios de Paris!* ¡Este es el título de un periódico *político!!*

Pero ¡atencion! Aquí se presenta en letras tamañas como huevos de avestruz la *Respuesta al representante Proudhon*, por uno de sus discípulos, á cuya cabeza se lee esta impía asimilacion (impía por mas que en la mente del autor se presente á manera de contraste)

DIOS. CRISTO. PROUDHON.

seguida de *El cántico del ateo*, cuya primera estrofa, traducida palabra por palabra dice así:

«¡Dios no es mas que una palabra!... Esa palabra que el sueño ó »el error murmura al oido de los hombres, no arroja á los cuatro vien»tos de la tierra en que vivimos mas que un monosílabo impostor.»

Entre estos devaneos se encuentran alguna vez destellos de una alta razon y excelentes pensamientos de gobierno, de administracion y de economía política. Al lado de chocarrerías que hacen reir por mas que se compadezca, aun sin conocerlos, á los infelices cuya honra se sacrifica indignamente con ellas, y por mas que se lamente un uso tan depravado de ingenios muy claros, hay en el voluminoso legajo que tenemos á la vista escritos que conmueven y afligen profundamente: tales son sobre todo varias relaciones de los cuatro aciagos dias de junio, acompañadas de planos topográficos y seguidas de listas ¡ay! muy largas de víctimas por ambas partes.....

De intento hemos dejado para el fin este doloroso recuerdo. Así sucede en el mundo, así sucede en la realidad. Las ideas desordenadas, ya hagan reir, ya provoquen la indignacion, siempre conducen á un mismo fatal resultado: sueños de utopistas humanitarios, calumnias é infamias escritas de libelistas impuros parecen cosa inocente ó insignificante *en el papel*; pero ¿qué son en realidad? qué producen en la *práctica?* Barricadas y tiros en las calles, bancarotas, sangre, ruinas, y en suma, un retroceso, acaso indefinido, en la senda de la verdadera libertad.

Testigo el pueblo frances.

CANTO VIII

DE LA

JERUSALEN DEL TASSO.

ARGUMENTO.

Estrago de los Cruzados daneses y muerte heróica de Suenon, su príncipe y capitan.— Discordia en el campamento de los Cristianos, originada por la falsa noticia de la muerte de Reinaldo y apaciguada con la presencia de Godofredo.

I.

Cesaron de soplar el Austro y Coro:
La borrasca infernal pasado habia,
Y con la faz de rosa y planta de oro
Hermosa el alba con su luz venía.
Mas la precita gente no el tesoro
Gastara de su astucia y artería,
Y el soberbio Asturot de esta manera
Habla á Aleto, su inmunda compañera:

II.

«Mira, Aleto, venir (sin que impedido
Por nadie pueda ser) aquel guerrero
Que vivo de las manos ha salido
De Soliman, nuestro adalid primero.
Ese diciendo al Franco del perdido
Príncipe y de su gente el caso fiero,
Cosas descubrirá, que harán se pida
Del hijo de Bretoldo la venida.

III.

»Sabes tú que oponer fuerza y engaño
Nos conviene á su próspero destino :
Baja á las tiendas pues, y trueca en daño
Cuanto diga por bien el peregrino.
Abrasa el corazon con fuego extraño
Del Helvecio, del Anglo y del Latino,
Iras mueve y tumultos, y haz de modo
Que se rompa y disperse el campo todo.

IV.

» Vuela al Franco. De tí digna es la obra,
Y un tiempo á nuestro Rey ya la ofreciste.»
Este recuerdo á decidirla sobra,
Y el monstruo de sus armas se reviste.
Al valle en tanto llega, y se recobra
No bien de su fatiga el nuncio triste,
Cuando al primero que topó pregunta
Por el caudillo de la hueste junta.

V.

Gran turba le conduce al soberano,
Que al paso nuevas escucharle entiende.
El, á su vista, inclinase, y la mano
Que sacude á Babel, besar pretende.
Luego dice : «¡Caudillo del cristiano
Pueblo, cuyo valor la fama extiende,
A tí nuncio feliz llegar querria!...»
Y (suspirando en esto) proseguia :

VI.

« Suenon, del rey Danés único hijo,
Honra y sosten de su vejez cansada,
Puso en el Asia el pensamiento fijo,
Y en los que ciñen por Jesus la espada :
Ni riesgo, ni dolor, ni afan prolijo,
Ni amor del padre, ni del cetro, nada
Basta á borrar del pecho y la memoria
Ese empeño tenaz de fama y gloria.

VII.

» Aprender anhelaba el modo y arte
De la milicia fatigosa y dura
Con el grande Bullon, probando en parte
Rubor y enojo de su vida oscura,
Al ver cuál de Reinaldo se reparte
En verde edad la fama ya madura;
Pero aun mas le anardece el santo celo,
No de terreno bien, de amor del cielo.

VIII.

» Gente arrojada y de vigor robusto
Toma y parte lijero; y Tracia adentro
Penetra; y llegan sin afan ni susto
A la ciudad que del imperio es centro.
Le acogió en su palacio el Griego augusto,
Y allí de un nuncio tuyo hubo el encuentro.
El le dijo el asalto de Antioquía,
Y el duro asedio que despues sufria.

IX.

» Del Persa le narró, que con legiones
Y pueblos tantos á cercarla vino,
Que dejar parecia de varones
Vacío el ancho imperio al sol vecino.
El de tí, de tus ínclitos campeones
Contóle, y de Reinaldo el Paladino
La audaz fuga le dijo, y tanta hazaña
Con que ilustró su nombre en la campaña.

X.

» Y por narrarle acaba cuál trabaje
Ya por rendir Salem vuestro ardimiento;
Y le incita á que acuda su coraje
Del infiel al postrero vencimiento.
Estímulo tan vivo este lenguaje
Es de Suenon al juvenil aliento,
Que está ya ansiando en sangre de paganos
Teñir su acero y empapar sus manos.

XI.

»Y entiende que su inercia le moteja
Del ajeno valor la gloria mucha,
Y al que parar le pide ó le aconseja
Desestima fogoso ó no le escucha.
Ni riesgo mira, ni temor le aqueja,
Sino el de verse tarde en la alta lucha.
Tan solo este peligro siente grave:
De mas trabajos sospechar no sabe.

XII.

»No aguarda que la suerte nos arroje,
Mas sale á adelantarla su osadía;
Ni espera que las sombras desaloje
El temprano carmin del nuevo dia.
Cual camino mejor el breve escoge:
Por él seguimos al señor y guia,
Bosques, breñas, obstáculos hollando,
Y enemigas celadas despreciando.

XIII.

»Afligiónos el hambre, el mal seguro
Camino, y los asaltos pertinaces;
Mas vimos, libres ya de tanto apuro,
Muertos á los contrarios, ó fugaces.
Tornó el trabajo á cada cual mas duro,
Y al fin nos hizo la victoria audaces;
Cuando un dia en el límite vecino
Nos hallamos del suelo palestino.

XIV.

»Nos advierten aquí los corredores
Que alto estrépito de armas han notado,
Y enseñas visto, anuncios precursores
De que es cerca un ejército acampado.
Ni el tranquilo ademan, ni los colores
De la faz nuestro príncipe ha mudado,
Cuando el miedo en los otros pintar quiso
Con mortal palidez el triste aviso.

XV.

»Dice solo : — Ya cerca nos hallamos,
Amigos, del martirio ó la victoria;
Esperemos en esta, y no temamos
De aquel que nos ofrece eterna gloria.
Tornemos este suelo que hoy pisamos
En sacro templo de inmortal memoria,
Donde enseñe hasta al fin la edad futura
Nuestros lauros á un tiempo y sepultura.—

XVI.

»Calla; y los puestos con quietud dispone,
Y los cargos comparte y la fatiga.
Tiene en vela su gente, y no depone
Él tampoco ni yelmo ni loriga. —
Era aun la noche en la sazon que pone
Mas hondo olvido con su calma amiga,
Cuando el horrendo aullir del barbarismo
Llegó hasta el cielo y atronó el abismo.

XVII.

»Suenon grita: ¡á las armas! Y en defensa
Manda que su legion forme y se apiñe,
Y en los ojos radiando luz inmensa,
Del color de la audacia el rostro tiñe.
Hénos aquí embestidos : turba densa
Por do quiera la escuadra envuelve y ciñe :
Bosque de hastas y espadas nos circunda
Y granizo de dardos nos inunda.

XVIII.

»En el conflicto y desigual palestra,
Do combate un Danés por veinte infieles,
Entre heridos y muertos, la flor nuestra
Cae rompiendo marlotas y alquiceles.
Mas encubre la noche tanta muestra
De virtud y tan ínclitos laureles;
Y el espirante número aun no asombra,
Porque lo encubre la nocturna sombra.

XIX.

»En medio del rigor de la batalla,
Suenon alza la frente, y poderoso
Con inaudito esfuerzo hiende y talla,
Brillando en las tinieblas luminoso.
Con un monte de muertos hace valla,
Un torrente de sangre le da foso;
Y parece llevar contra el pagano
En la vista el terror, muerte en la mano.

XX.

»Lidiamos de este modo hasta que el dia
Pintó el oriente de topacio y rosa;
Mas no bien él la sombra descorria
Que á los muertos tapaba misteriosa,
Dobló la ansiada luz nuestra agonía
Escena iluminando dolorosa;
Que el fin de nuestros males vimos cierto
Y el suelo de cadáveres cubierto.

XXI.

»Eramos ciento, de dos mil. ¡Ay! cuando
Vió Suenon tanta sangre y tanta muerte,
El horrible desastre al miserando
Le acongojó tal vez el alma fuerte.
Mas sin mostrarlo, ántes la voz alzando:
— Sigamos (nos gritó) la heróica suerte
De los que ya triunfantes del averno,
De la mansion nos llaman del Eterno.—

XXII.

»Dijo; y ledo, á mi ver, con la vecina
Muerte, de corazon y de semblante,
Contra la horrenda furia sarracina
Presenta el pecho intrépido y constante.
No bastara á sufrir temple, aunque fina
Fuese, y de hierro no, mas de diamante,
Rigor tan fuerte. En tanto en el guerrero
Una llaga es no mas el cuerpo entero.

XXIII.

»Ya no la vida, la virtud sostiene
A aquel fiero que indómito respira:
Muriendo herido, su valor mantiene;
Ni pára de ofender, ni se retira.
Cuando vé aquí que contra el héroe viene
Grande, horrendo mortal ardiendo en ira;
Que tras de crudo y pertinaz combate,
De muchos ayudado, al fin le abate.

XXIV.

»Cayó ¡ay dolor! y del garzon preclaro
Ni uno quedó para vengar la muerte.
Por testigo te pongo (¡oh de mi caro
Príncipe y mi señor, despojo inerte!)
Que nò fuí de mi vida entonce avaro,
Mas veces mil me adelanté á la muerte,
Y yo la merecí, si tal consuelo
Darme quisiste desde el alto cielo.

XXV.

»Vivo quedé yo solo entre despojos,
Si puede á aquel vivir llamarse vida:
Privados de sentir los miembros flojos,
Y la memoria entre el sopor perdida;
Cuando despues la luz tornó á mis ojos,
Que una nube envolviera denegrida,
De noche parecióme, y con penosa
Mirada, vi lucir llama dudosa.

XXVI.

»Turbia mi vista aun, virtud no encierra
Que á discernir las cosas tenga acierto;
Mas via, como aquel que entreábre y cierra
Ni dormido los ojos ni despierto:
Ya empezaba el dolor á darme guerra,
De las heridas de mi cuerpo yerto,
Que encona el aire y nocturnal rocío
Al raso cielo y sobre el campo frio.

XXVII.

»Y la luz acercándose va en tanto,
Y un murmullo bajísimo resuena :
Luego á mi vera se coloca el canto,
Y yo el párpado torpe alzo con pena ;
Y á dos, vestidos con extenso manto,
Miro teas llevando, y que en serena
Voz me dicen : — Confía, hijo, en el cielo
Que al piadoso y contrito da consuelo. —

XXVIII.

»Así el uno me habló : despues la mano
Bendiciendo extendió sobre mi frente,
Y con susurro murmuró cristiano
Voz que no se comprende aunque se siente ;
Y «levanta», añadió. Yo libre y sano
Me hallé de mis heridas de repente,
Y aun notar parecióme (¡oh gran prodigio!)
Brio mayor, cual único vestigio.

XXIX.

»Atónito los miro ; y dentro lucho
En dar ascenso á la verdad que toco,
Cuando : — Mortal sin fe (decirme escucho)
¿Qué duda así tu pensamiento loco?
Miras terreno barro y frágil mucho :
Siervo soy de Jesus ; su nombre invoco
Apartado del mundo y de su engaño,
En agria soledad pobre ermitaño.

XXX.

»De tu salud ministro me ha elegido
Del Rey del orbe la intencion benigna ;
Y el que á obrar el milagro mas subido
Humildes medios á la voz designa,
Hoy que yazca no sufre en el olvido
El cuerpo en que ha morado alma tan digna ;
Mas quiere se remonte eterno y puro
Con ella á unirse al inmortal seguro.

XXXI.

»De Suenon digo, á cuya muerte honrosa
Tumba debe erigirse, que arrogante
El hecho insigne y la virtud famosa
Hasta la edad publique mas distante.
Mas los ojos eleva y mira hermosa
Lucir estrella como sol radiante.
Síguela pues, te llevará su brillo
Do el cuerpo está del ínclito caudillo.—

XXXII.

»De aquel nocturno sol vívido y gayo
Miro entónces partir línea fulgente,
Que adonde el cuerpo está baja al soslayo,
Cual áureo rasgo de pincel valiente;
Y sobre él tanta luz vierte su rayo
Que cada herida resplandece ardiente,
Conocidos mostrándose á mis ojos
Los desgarrados lívidos despojos.

XXXIII.

»Veo su faz, que en atricion completa
Estar parece y divinal contacto,
Y al cielo mira sosegada y quieta
Como el que pone allí su amor intacto.
De la espada una mano el pomo aprieta
Dura, aterida, de asestar en acto:
Otra en humilde accion el pecho ampara,
Como si á Dios perdon le demandara.

XXXIV.

»Miéntras lavo las llagas con el llanto
Sin lanzar el dolor que me acongoja,
La helada mano abriendo el viejo santo,
Del fierro que oprimia la despoja:
— Esta (me dice) que sembrara hoy tanto
Estrago, y que de sangre aun miras roja,
Espada es grande, y tu memoria sabe
Que otra de mas virtud hallar no cabe.

XXXV.

»Así Dios manda (pues usarla veda
A su señor primero la impía muerte),
Que no en ocio y olvido aquí proceda,
Antes pase á otra mano osada y fuerte,
Que con vigor igual blandirla pueda
Dias mas largos de inmutable suerte;
Tomando (que está en ella esa esperanza)
Del homicida de Suenon venganza.

XXXVI.

»Soliman á Suenon quitó la vida,
Y á Soliman postrar debe este acero;
Tómalo pues, y parte á do ceñida
Es Salem del católico guerrero,
Y no temas la senda ver perdida
Inerme al recorrer campo extranjero;
Que fácil el camino ya te muestra
Del que te envia la potente diestra.

XXXVII.

»El quiere que la voz dél que salvara
Para tan noble fin, al Franco diga
La piedad, el valor con que ilustrara
Tu señor caro la marcial fatiga;
Para que ejemplo de virtud tan rara
De la purpúrea cruz la gente siga;
Y hora y eternamente alto se aclame,
Y á los pechos magnánimos inflame.

XXXVIII.

»De quién el fierro ha de heredar sangriento
Falta que el nombre tu memoria aprenda;
Es Reinaldo, el rapaz cuyo ardimiento
No hay varon en el campo que contienda:
Entrégaselo y dile, que á su aliento
Solo la alta venganza se encomienda. —
Miéntras fijo á estas voces atendia,
Turbó nuevo milagro el alma mia.

XXXIX.

«Que allí donde el cadáver reposaba,
Vi de pronto un sepulcro alzarse abierto,
Que al subir, en su centro le encerraba,
(Si de cuál modo y arte no soy cierto);
Y que en grabados signos expresaba
El nombre ilustre y la virtud del muerto.
Yo sentia mi alma irse extasiando,
Ya las letras, ya el mármol contemplando.

XL.

»Y el viejo hablóme: —Aquí, cabe su gente,
Yacerá el cuerpo de Suenon famoso,
Miéntra el alma en el seno del Potente
Goza, amando, del bien mas venturoso.
Mas tributo de lágrimas ferviente
Pagaste asaz: ya es tiempo de reposo.
Tú mi huésped serás hasta la hora
Que anuncie su partir la blanca aurora. —

XLI.

»Calla; y con pena y vacilante paso
Sigo las vueltas que su pié describe,
Hasta do cuelga de peñasco raso
Cóncava gruta que mi luz recibe.
Allí entre lobos y osos, ledo acaso,
Confiado al ménos, con su alumno vive;
Que la inocencia al pecho mas desnudo
Es defensa mejor que arnés y escudo.

XLII.

»Refaccion á mi cuerpo fatigado
Duro lecho y manjar silvestre dieron;
Y apena el horizonte nacarado
Las ráfagas del dia traspusieron,
Uno y otro eremita (y yo á su lado)
Con celo vigilante á orar salieron.
Luego del santo viejo despedíme,
Y aquí do me ordenaron dirigíme.»

XLIII.

El Tudesco acabó. Con faz llorosa
Respondióle Bullon : «Tu labio aterra
Al campo con la nueva dolorosa
Que vena tanta de dolor encierra.
¡Ay! ¡cuán amiga gente y valerosa
Devoró corto tiempo y breve tierra!
Tu señor, cual relámpago brillante,
Lanzó su luz y se apagó al instante.

XLIV.

»Pero esas muertes útiles contemplo
Mas que conquista ya de reino caro,
Que el Capitolio antiguo dar ejemplo
Igual no puede de valor tan raro.
Ellos del cielo en el lumbroso templo
Visten las sienes de laurel preclaro;
Y cada cual allí la roja seña
Por do la muerte entró, contento enseña.

XLV.

»Mas tú que al riesgo y afanar prolijo
Aun quedas de los huéspedes del mundo,
Ten en su gloria el pensamiento fijo,
Y el rostro de dolor torna en jocundo.
Y pues demandas de Bretoldo al hijo,
Sabe que ausente yace y vagabundo,
Y á bien no tomo que en su busca luches
Antes que nuevas de su andar no escuches.»

XLVI.

De muchos en el alma, á estas razones,
El amor por Reinaldo se concentra,
Y dicen: ¡Ay! por bárbaras regiones
El jovencillo errante hora se encuentra.
Narran al extranjero sus acciones,
Do el saber siempre con las fuerzas entra;
Y ese aplauso al Danés revela entero
El valor del ausente caballero.

XLVII.

Cuando así de Reinaldo la membranza
El alma á todos conmovido habia,
Hé aquí de vuelta al escuadron, que á usanza
De guerra al campo á merodear salia.
Conduciendo lanuda hueste avanza,
Y gordas reses que robado habia,
Y granos y forrajes, que alimento
Presten y fuerzas al corcel hambriento.

XLVIII.

Y triste signo traen que denota
Daño fatal que en apariencia es cierto:
Del buen Reinaldo ensangrentada y rota
La veste, y el arnés do quiera abierto.
Extiéndese al instante (¿y quién ignota
Tal nueva ha de guardar?) un ruido incierto:
Doliente el vulgo aquí se precipita
Por ver las armas y en tropel se agita.

XLIX.

Ve y conoce la mole dilatada
Del peto, y el pavés que el brazo abruma,
Con el ave que al sol la prole amada
Enseña á desplegar la incierta pluma.
En la lid esas armas apretada,
Via un tiempo brillar con gloria suma;
Hora con pena amarga, y no sin ira,
Destrozadas allí yacer las mira.

L.

Miéntras murmura el campo y variamente
De esa muerte el orígen interpreta,
Quiere el pio Bullon se le presente
El jefe á quien la escuadra se someta.
Es Alejandro, capitan prudente,
De palabra veraz, corta y discreta.
A este manda explicar dónde el despojo
Halló, y las causas de inquietud ó enojo.

LI.

«Hay de aquí dos jornadas (le responde)
En el confin de Saza, y apartado
De la pública via, un valle en donde
Círculo forma desigual collado,
Y un manso arroyo fecundante esconde
Su pié de plata con fragor sobrado.
Inhóspite selvoso, al maleficio
Es el lugar y la traicion propicio.

LII.

»Buscábamos, señor, reses venidas
Allí al despunte de los verdes ramos,
Cuando entre juncias de carmin teñidas
De un guerrero el cadáver nos hallamos.
Al mirarle las armas, conocidas
Del vil lodo á pesar, todos volamos;
Y el rostro á descubrir yo me acercaba,
Cuando vi que la testa le faltaba.

LIII.

»Heridas muestra de la espalda al pecho:
Manco está de la diestra el busto frio;
Y del águila blanca á corto trecho
La rota veste y el morrion vacío.
Miéntras alguno á quien pregunte acecho,
Un pastorcillo cruza el bosque umbrío,
Que en presurosa fuga de repente
La planta vuelve al descubrir mi gente.

LIV.

»Mas alcanzado, á la pregunta mía
Esta nueva fatal dió por respuesta:
Que vió escondido el precedente dia
Muchos guerreros ir por la floresta;
Y de ellos uno que del pelo asia
Largo, rubio y sutil cortada testa,
La cual le pareció, mirando atento,
De intonso jóven de beldad portento.

LV.

»Que luego aquel en cándido vendaje
La envolvió y puso del arzon pendiente;
Dijo, y por fin, que conoció en el traje
De nuestro bando ser la armada gente.
Desnudar hice el cuerpo, y homenaje
Prestando á la sospecha amargamente,
Yo sus armas cargué, miéntras se cura
Mi hueste de cavarle sepultura.

LVI.

»Mas si el tronco es aquel que yo presiento,
¡Ay! ¡otra tumba, y otro honor le toca!»
Calló Alejandro, y despidióse atento,
Que la entera verdad contó su boca.
Grave quedó Bullon: su pensamiento
Vagando está, con inquietud no poca.
Mas señas quiere del horrendo busto,
E indicó hallar del homicida injusto.

LVII.

La noche en tanto con su sombra oscura
Va envolviendo regiones infinitas,
Y á dar á los mortales se apresura
Las de olvido y de paz horas benditas.
¡Tú no mas, Argilam, con alma impura
Negras visiones en la mente agitas!
Que sus ojos el plácido beleño
Gozar no pueden de benigno sueño.

LVIII.

Este de osada lengua, de atrevido
Genio, y de manos impetuoso tanto,
Nació á orillas del Tronto y fué nutrido
De civil guerra entre la sangre y llanto.
Proscripto luego, de su patria ha sido,
Por sus robos y muertes, el espanto,
Hasta que á Siria vino, do alcanzara
Nombradía mejor en lid mas clara.

LIX.

A el alba al fin se aduerme; mas no cabe
En él reposo bonancible y quieto,
Que no es el sueño que le asalta suave,
Ni aun tregua escasa de su afan secreto:
Es sofocante, pavoroso y grave,
Sopor de muerte que le infunde Aleto,
Y espíritu implacable ella le irrita
Y bajo aspectos mil su pecho agita.

LX.

Alto fantasma á figurarle viene
Que un gran tronco sin mano representa,
Y una cabeza en la siniestra tiene,
Aun medio viva pálida y cruenta,
Que entre sangre y singultos se previene,
Esto á decir con voz llorosa y lenta:
—«¡Huye, Argilam! ¿Llegar no ves el dia?
¡Guarte del jefe, y de la hueste impía!

LXI.

»Que el rencor envidioso del tirano
Cual la mia os previene suerte dura;
Y nada, mis amigos, del insano
Que truncó mi existencia os asegura.
Mas si confías en tu invicta mano,
Y en el alma impertérrita y segura,
No partas, no; de mi destino infausto
Corra su aleve sangre en holocausto.

LXII.

»Yo, de venganza espíritu y de ira,
Fierro daré á tu brazo, odio á tu seno.»
Así le dice, y con su hablar le inspira
Violentísimo ardor de rabia lleno.
Despiértase azorado, en torno gira
Sus miradas de sangre y de veneno;
Armase con presteza osada y loca,
Y á los guerreros ítalos convoca.

LXIII.

Y juntados al pié del trono altivo
Do el gran despojo de Reinaldo pende,
Y el recelo anterior despierta vivo,
Y así con voz de guerra los enciende :
—«¿Con que un bárbaro pueblo vengativo
Que fe no guarda, que razon no entiende,
De sangre y oro ardido en sed inmunda,
Atará nuestro cuello á su coyunda?

LXIV.

»Cien lustros á eclipsar el poderío
Basta, y borrar de Roma la noticia,
Lo que en siete años de su mando impío
De humillacion sufrimos é injusticia.
Callo que fué por el saber y el brio
Del buen Tancredo opresa la Cilicia;
Y de regirla el Franco hora se aplaude,
Y roba el premio del valor el fraude.

LXV.

»Callo que á do veloz el riesgo pide
Arrojo y voluntad, esfuerzo y arte,
De los nuestros alguno allí preside
Primero siempre al ímpetu de Marte:
Y cuando luego el lauro se divide
Y el botin en el ocio se reparte,
El fértil campo, la riqueza, el oro
Es de ellos solo, y el triunfal decoro.

LXVI.

»Tiempo fué ya que esa altivez tirana
Pudiéramos sentir : hora al olvido
La alta injuria se dé ; maldad insana
Todo otro mal en leve ha convertido.
¡Hoy han muerto á Reinaldo, y con la humana
La justicia del cielo han ofendido!
¿Y Dios no manda el rayo, ni la tierra
En su lóbrego centro los encierra?

LXVII.

»¡Mataron á Reinaldo el esforzado
Campeon de nuestra fe, que yace inulto;
Y en la pagana tierra, mutilado
Dejaron su cadáver é insepulto!
¿Buscais al asesino despiadado?....
¿Mas de quién, compañeros, está oculto?....
¡Ah! bien sabeis lo que al valor latino
Envidian Godofredo y Baldovino!

LXVIII.

»¿Pero á qué mas decir? Al cielo juro,
Que los labios sacrílegos maldice,
Que al mostrarse la luz al orbe oscuro,
Le vide yo vagar sombra infelice.
¡Qué espectáculo, ay mé! tan triste y duro!
¡Cuánto mal de Gofredo nos predice!
No fué sueño, le vi: doquier que giro
Los ojos, me parece que aun le miro.

LXIX.

»¿Qué harémos pues? Rendirnos á esa mano
Que de tan cara sangre aun es inmunda,
¿Y al pais no pudiéramos lejano
Dirigirnos que el Eúfrates inunda,
En donde á pueblo imbele en fértil llano
Entre ciudades mil nutre y fecunda?
Vamos, y el suelo que ganar sabrémos
Con el Franco esta vez no partirémos.

LXX.

»Vamos, é inulta quede la gloriosa
(Si así lo resolveis) sangre inocente;
Bien que si la virtud que ya reposa
Muelle en vosotros os hablára ardiente,
Esa que devoró sierpe rabiosa
La gala y flor de la italiana gente,
De escarmiento y terror con su agonía
A otros monstruos feroces serviria.

LXXI.

»¡Pluguiera á Dios! Si el ímpetu y despecho
De vuestro herido orgullo tanto osase;
Que hoy por mi mano en el cobarde pecho
Nido de horrores el castigo entrase.»
Dice así horrible; y su furor deshecho
Consigue que en el alma á todos pase;
Y ¡armas, armas! frenético bramaba;
Y ¡armas! la alzada juventud gritaba.

LXXII.

Su antorcha Aleto sacudiendo, trata
Que peste y llamas y veneno exhale.
El furor, la demencia, la insensata
Sed de sangre y de crímenes prevale;
Y cual lava serpea y se dilata,
Y del Latino y de sus tiendas sale;
Y en los Helvecios entra, y se difunde,
Y al real despues de los Ingleses cunde.

LXXIII.

Ni es que á las razas extranjeras mueva
Solo el público mal que hora acontece;
Mas la vieja rencilla á la ira nueva
Razon á un tiempo y pábulo le ofrece:
Toda olvidada injuria hoy se renueva,
Contra los Francos el insulto crece,
Y el odio que celar ya no es posible,
En amenazas se difunde horrible.

LXXIV.

Así el agua que cuece ingente fuego
Bulle en el cobre hueco y se alborota,
Y cuando en él no cabe, sube luego,
Y por los bordes espumantes brota;
No basta á contener al vulgo ciego
Quien fria en tanto su razon denota,
Y Tancredo y Camilo eran ausentes,
Guillermo y los demas jefes potentes.

LXXV.

Ya á las armas con paso firme y presto
En confusion los pueblos van feroces;
Y se oye de la trompa el son funesto,
Y suenan del motin las altas voces.
Gritan que se arme á Godofredo, en esto,
Muchos de aquí, de allí, nuncios veloces;
Y Baldovino, ántes que nadie armado,
Se presenta y le guarda el diestro lado.

LXXVI.

El que acusar se oyó, su vista al cielo
Alza; y así cual suele á Dios acude.
«Tú que sabes, Señor, con cuánto celo
Librar mi campo de discordias pude;
Tú, de esos turbios ojos corre el velo,
Tú, refrena el furor que los percude;
Y pues conoces la inocencia nuestra,
Al ciego mundo por piedad la muestra.»

LXXVII.

Calla; y un fuego celestial, ardiente,
Que del suelo parece le levanta,
Pasar lijero por sus venas siente
Revistiendo su faz de gloria santa.
Rodeado entónces de su electa gente,
Contra la alzada turba se adelanta,
Sin que el rumor le pare ó le confunda
Que de amenazas y armas le circunda.

LXXVIII.

La gran coraza ostenta, y noble veste
Con no usado esplendor le adorna rica:
Su mano inerme está; y una celeste
Majestad su semblante vivifica.
Tiende el cetro, y domar la indócil hueste,
Sin mas fierro, presume, ni mas pica;
Y así sobre el motin su acento truena,
Y cual eco mortal su voz no suena.

LXXIX.

«¿Qué locas amenazas y crujido
Oyo de armas sonar? y ¿quién le mueve?
¿Venerado así ser y conocido
Tras pruebas tantas mi carácter debe?
¿Y aun hay quien de traidor y fementido
Tache á Bullon, y quien la tacha apruebe?
¿O esperais que el oprobio infame arrostre,
Disculpa os dé y á vuestros piés me postre?

LXXX.

»¡Ah, no; jamas indignidad tamaña
El mundo, lleno de mi nombre, entienda,
Y el honor que ganara en la campaña,
La verdad y este cetro me defienda!
Mas hoy la compasion mande á la saña,
Y no la pena al criminal descienda.
Y hora á vuestro Reinaldo invicto os dono
Y su error por sus méritos perdono.

LXXXI.

»La culpa solo con su sangre lave
Argilam, reo del comun delito,
Pues por leve sospecha encender sabe
Incautos pechos con rebelde grito.»
Esto hablando, su aspecto lanza grave
De regia majestad lampo infinito;
Tal que Argilam atónito, confuso,
Huye la vista que en temblor le puso.

LXXXII.

Y el pueblo que ántes con soberbia mucha
Irreverente, audaz, bramar se oia,
Y que el fierro y la tea á la impia lucha
Que encendió la discordia, prevenia;
Baja la frente y en silencio escucha
De su imperante voz la valentía;
Y sufre que Argilam, á quien rodea,
Atado allí por los ministros sea.

LXXXIII.

Así leon que con rugido fiero
La erizada melena al aire daba,
Si al cuida ve que domeñó primero
Del nativo rigor la furia brava;
Teme su voz, su amenazar severo,
Y por rendir la frente al yugo acaba,
Sus fuerzas olvidando omnipotentes,
Su corva garra y los ebúrneos dientes.

LXXXIV.

Y es fama que en aspecto horrible y crudo,
Y en soberbia actitud amenazante,
A un alado guerrero inmenso escudo
Se vió ponerle al pio Bullon delante,
Y un acero tambien vibrar desnudo,
Aun de férvida sangre destilante:
¡Sangre acaso de pueblos infinitos
Que cansaron á Dios con sus delitos!

JUAN DE LA PEZUELA.

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

Aspecto general de los progresos de la Filosofía Moral, especialmente durante los siglos XVII *y* XVIII, *por Sir James Mackintosh.*

ARTICULO II.

Los nombres de Grocio y Hobbes señalan, como deciamos en nuestro primer artículo, la transicion de la ética escolástica á la moderna, con esta gran diferencia, sin embargo : que Grocio inauguró la nueva era, reasumiendo en una especie de inventario, todas las nociones morales, todos los principios de conducta, todas las reglas de vida, de que estaba en posesion la generacion á que pertenecia; y Hobbes, alzándose de repente, como el sér portentoso cuyo nombre adoptó para título de lo principal de sus obras (1), asombró y casi aterró al mundo con la audacia y extrañeza de sus destructoras y absurdas paradojas.

Hobbes empezó por la política, en la que, poniéndose en lucha abierta con las opiniones predominantes en su pais, con el espíritu de sus instituciones, con la historia universal y con los mas simples dictados de la razon, se declara francamente por el mas puro absolutismo, como único régimen adaptable á la naturaleza, á las necesidades y á la ventura del hombre. En su sistema, la autoridad no puede desempeñar sus fines ni cumplir sus deberes, el principal de los cua-

(1) El *Leviatan* de Hobbes es la obra que contiene el resúmen de sus doctrinas.

les es el reposo público, si no está vinculada en las manos de un hombre solo, y la autoridad de este hombre debe extenderse hasta imponer á sus súbditos la religion que han de profesar. La libertad era para él una quimera peligrosa, opuesta al bienestar de la especie humana. El sistema moral que debia servir de apoyo á este extraño sistema politico, participaba de su carácter odioso y opuesto á los mas nobles instintos de nuestra naturaleza. Hobbes sostenia que el acto de pensar era idéntico al acto de sentir; que la mera percepcion de un objeto no se diferencia en nada del placer ó del dolor que aquella percepcion ocasiona; que percibir ó concebir un objeto es lo mismo exactamente qué sentir lo agradable ó desagradable que en sí encierra; que todos los deseos del hombre son otros tantos fines que deliberadamente se propone, como medios de proporcionar una satisfaccion orgánica al individuo; que las pasiones humanas son hijas de un raciocinio correcto, de una deliberacion fria, de un cálculo exacto; de modo que al entregarse el hombre á un afecto, ya ha tenido á la vista todo el placer que de él puede resultarle; que no hay sentimiento humano que no tenga por objeto y fin el interes ó la satisfaccion personal del que lo abriga; y así, que el honor no es mas que el reconocimiento del poder; la compasion no es mas que la imaginacion de nuestro dolor futuro, resultado del espectáculo del dolor ajeno; la risa, el envanecimiento repentino de nuestra superioridad ó de su comparacion con la inferioridad que en otros observamos; el amor, la idea de la falta que nos hace la persona amada; por último, la caridad, incluyendo el amor paterno, se reduce á la persuasion de que no solo podemos satisfacer nuestros deseos, sino ayudar á los otros á satisfacer los suyos.

Borrados de este modo los afectos del cuadro de nuestras facultades, desaparece toda idea de mérito, culpa, reato y obligacion; desaparece toda nocion de moralidad, toda esperanza de mejora, todo impulso de conciencia. El bien moral, ó como él dice, lo bueno moral, no consiste mas que en la facultad de producir placer, y el remordimiento no es mas que la pesadumbre de no haber conseguido aquel objeto.

Apénas puede concebirse un conjunto de ideas mas opuesto á las exigencias de nuestra naturaleza, á la ventura de las familias humanas, á los dogmas y prácticas de todo sistema religioso, á las condiciones de la domesticidad y á la dignidad de nuestra especie. Así es que, como ya hemos indicado, el público en general acogió con un sentimiento de terror y asombro esta declaracion de guerra á las verdades sancionadas por la veneracion de los siglos, y en que se cimentaban desde tiempo inmemorial todas las relaciones sociales, todas las condiciones del órden y todos los motivos de la subordinacion. Pero estas mismas novedades produjeron un efecto contrario en una

gran parte del mundo científico, y muy especialmente en la voluptuosa y literaria corte de Cárlos II, donde el ingenio gozaba de tanto favor como el placer, y donde las paradojas atrevidas, y las doctrinas aventuradas, extrañas y peligrosas, tenian tantos aficionados como los banquetes delicados y las fiestas suntuosas. Las doctrinas de Hobbes sedujeron á muchos escritores y aficionados al estudio, entre los cuales se pusieron á la moda el desprecio de las ideas morales, de la severidad de las costumbres y de la regularidad de la conducta, y la burla del respeto con que han sido miradas en todos tiempos la abnegacion, la generosidad, el desinteres, y todo lo que no estaba marcado con el sello del mas reconcentrado egoismo.

Dos circunstancias contribuyeron principalmente á formar y engrandecer la reputacion de este filósofo, y á revestir de tanto prestigio sus errores. Sir J. Mackintosh los explica con su acostumbrada lucidez y juiciosa crítica. «El espíritu dogmático de Hobbes, dice, fué, aunque sin justa razon, una de las causas de su renombre. Todo fundador de sistema propala sus novedades con la firmeza de un descubridor, y la mayor parte de sus sectarios ceden á su poder, porque nada ven mas allá del terreno que el maestro les descubre. Pareceria increible, si no lo confirmara la experiencia de todos los siglos, que aquellos que mas se apartan de las opiniones mas comunmente recibidas, son los que mas ciegamente confían en las suyas propias. Miéntras mas extravagante es un sistema, mas intenso es el convencimiento que produce en su inventor. Es cierto que se necesita un grado extraordinario de amor propio, para adoptar ideas opuestas á las universalmente recibidas; pero el que ha dado este primer paso, se afianza mas y mas en sus dogmas, por lo mismo que todos los otros la hostilizan. El temple de Hobbes debió ser naturalmente altanero. La edad avanzada en que dió á luz sus peligrosas opiniones, exasperó la impaciencia que le ocasionaba la acrimonia de sus censores y adversarios. Es cierto que su dogmatismo encerraba un elemento maléfico, que no se encuentra, al ménos con tanta intensidad, en ningun otro sistema filosófico. Las proposiciones mas repugnantes al comun sentir de los hombres y mas opuestas á sus sentimientos naturales, se presentan en sus escritos con la mas matemática frialdad. Las avanza como corolarios demostrados, sin dignarse explicar el cómo y el por qué todo el torrente de la especie humana ha dado en los absurdos contrarios; sin aludir siquiera una vez á la inmensa distancia que media entre lo que él sostiene y lo que siempre han sostenido los hombres.» La segunda causa del crédito extraordinario de este eminente sofista, fué su admirable estilo, que puede considerarse como la perfeccion del lenguaje didáctico. «Ademas de la brevedad, dice el mismo Mackintosh, de la claridad y de la concision, posee la gran ventaja de no dar nunca mas que un sen-

tido á sus palabras, de modo que el lector no necesita de un segundo acto mental para entenderlas. La exactitud de su método es tal, que apoderándose impensadamente del espíritu, no le permite la menor divagacion. Apénas podrá notarse una palabra inútil ó ambigua en su tratado sobre la *Naturaleza del Hombre*. Tan acertadamente sabe escoger la voz mas significativa, que nunca se ve reducido al mísero expediente de emplear muchas en lugar de la única necesaria. Tan completamente posee el genio de su idioma patrio, y tan diestramente sabe bordear entre la vulgaridad y la afectacion, que despues de dos siglos trascurridos desde la publicacion de sus obras, apénas han envejecido una docena de palabras de las que usó en ellas. Sus expresiones son tan luminosas, que jamas tiene que explicar en un período lo que ha dicho en el precedente. Quizás no ha existido en ningun siglo ni nacion un escritor que lo haya sobrepujado en componer frases que se graban profundamente en la memoria. Tiene algunas tan compactas y tan tersas, que sorprenden como epígramas, y se han perpetuado como proverbios.»

Esta singular alianza de errores y de aciertos, aquellos inherentes al asunto y estos á la ejecucion, despertó los recelos de muchos escritores juiciosos y bien intencionados, y los indujo á combatir un enemigo tan formidable, y cuyas doctrinas podian contribuir en gran manera á introducir nuevos gérmenes de desórden en medio de la anarquía de opiniones religiosas y políticas que conmovia entónces á la nacion inglesa. Mas para sostener una controversia de tan vastas dimensiones, era preciso acudir al exámen de unas cuestiones que hasta entónces no habian llamado sino muy lijeramente la atencion de los sabios. Al recorrer en nuestro primer artículo la historia de la ética en los tiempos antiguos y en la era escolástica, hemos visto que la necesidad de un régimen moral, la distincion fundamental entre el vicio y la virtud, el mérito contraido por la observancia de las reglas de la justicia y de la benevolencia, habian sido principios fundamentales, que, con levísimas excepciones, habian admitido todas las escuelas. Pero como Hobbes habia echado por tierra aquel vasto edificio, fué necesario construirlo de nuevo, y probar por medio del análisis y del raciocinio lo que nadie ántes que él habia puesto en duda. Así fué como mudó enteramente de aspecto esta ramificacion preciosa de las ciencias especulativas; así fué como se inauguró en su cultivo una época brillantísima, señalada por los mas espléndidos triunfos que ha obtenido el espíritu de exámen contra el error y la falacia; así fué como el extravío de un hábil fabricante de paradojas provocó los trabajos inmortales de los moralistas de los dos últimos siglos: ilustre falanje de sabios conductores de la humanidad, nacidos para su ventura y su gloria, y para cimentar de una vez y poner al abrigo de todo ataque la santa y agusta alianza de la religion y de la filosofía.

El autor de la obra que anunciamos ha tomado por principal asunto de su trabajo el exámen y la crítica de los escritores que mas han sobresalido en esta controversia. Este catálogo comprende los nombres de Cumberland, Cudworth, Clarke, Lord Shaftesbury, Fenelon, Bossuet, Leibnitz, Mallebranche, Edwards, Buffier, Butler, Hutcheson, Berkeley, David Hume, Adam Smith, Price, Hartley, Tucker, Paley, Bentham, Dugald-Steward y Brown. Parece á primera vista extraño y digno de censura que se excluyan de esta coleccion los filósofos alemanes, cuyas labores han sido tan fecundas como ingeniosas, sólidas y acertadas. El autor explica las razones que ha tenido presentes para abstenerse de un exámen que por sí solo llenaria muchos volúmenes; y sin embargo al tratar incidentalmente de la filosofía de Kant, suministra hartos materiales para que sea fácil al lector formarse una idea correcta de los progresos de la ciencia en aquel vasto laboratorio de saber y de razon.

No todos los escritores que hemos nombrado se propusieron el mismo objeto, ni abrazaron el mismo plan, ni asentaron los mismos principios. Los diez primeros atacaron directa ó indirectamente las ideas de Hobbes, aunque ninguno de ellos en su totalidad, limitándose á ilustrar diferentes puntos de la ciencia, y escogiendo aquellas en que mas habia prevaricado su adversario. Cumberland se encerró en la teoría de la benevolencia, y la concretó en esta proposicion: «Lo que constituye el estado mas feliz del individuo y del conjunto de individuos, es la mayor benevolencia de cada uno para con los otros». En su sentir, la felicidad que resulta al hombre de la práctica de la benevolencia, es una consecuencia ligada necesariamente á este sentimiento por el Supremo Hacedor, sancionándola así como ley emanada directamente de su legislacion, y revelándola á la especie humana para su conservacion y su ventura. De este principio, que, por erróneo que sea, revela en su autor un gran fondo de bondad y desprendimiento, deduce todas las reglas de moralidad, que él llama leyes naturales. La prueba mas segura, ó mas bien única, de que estas leyes son mandamientos de Dios, es que su observancia promueve la felicidad del hombre: por esta sola razon pudieron ellas emanar de un sér cuya esencia es amor. Como nuestras facultades morales deben ser para nosotros la medida de la excelencia moral, infiere de aquí que los atributos morales de la Divinidad son grados mas perfectos de aquellas calidades que aprobamos, amamos y revesenciamos en los agentes morales que conocemos. Columbró algunas nociones de la posibilidad de que algunas acciones humanas tuviesen por único objeto la ventura ajena, sin consideracion alguna á la satisfaccion del agente. Pero esta idea, que resucita en la ética moderna y forma su mas brillante peculiaridad, es en el lenguaje de Cumberland, demasiado débil y transitoria para merecer un exámen

atento: y solo se menciona aquí como una prueba de las dificultades con que las verdades mas grandes y mas sencillas luchan en los entendimientos mas despejados, ántes de esclarecerse y afirmarse. Cumberland explicó la naturaleza de la facultad moral, desalojando la recta razon, y poniendo en su lugar la razon práctica, frase de las escuelas, que despues ha restaurado Kant, como una de las claves principales de su sistema. Por razon práctica entiende nuestro filósofo inglés la facultad que indica los fines y los medios de las acciones. En todo el curso de sus doctrinas confunde la calidad de las acciones virtuosas con los sentimientos que despierta en nosotros la contemplacion de aquellas acciones. En todo esto se descubre algun indicio de las verdades morales que pusieron despues tan en claro moralistas mas recientes; pero aunque el autor escribió lo bastante para pulverizar los errores de Hobbes, todavía distó mucho de las sólidas teorías en que se apoya en el dia la ética verdadera.

Cudworth, en su gran obra intitulada *Sistema Intelectual*, no hizo mas que impugnar el ateismo de Hobbes, y solo toca muy lijeramente la cuestion moral. Es obra de estupenda erudicion, y de mas sutileza que la que parece á primera vista; clara en los puntos mas oscuros, y magistralmente escrita. Sin embargo, el temple del autor era mas análogo al genio de la filosofía antigua que al de la moderna. A veces se abandona á la mezcla de imaginacion y raciocinio tan frecuente en la escuela de Alejandría, cuyas doctrinas le eran familiares; y en efecto, el *Sistema Intelectual*, tanto en los pensamientos como en el estilo, tiene cierto aire antiguo y extranjero, que no difiere mucho del platonismo.

Clarke abrazó un sistema de hostilidades mas vasto y mas efectivo. Considerando con razon que los atributos morales de la Divinidad son los que la hacen objeto de la religion, y trazan la diferencia entre el teismo y el ateismo, procuró con el mayor celo fijar los diversos caractéres de lo bueno y de lo malo moral en la mas sólida de las bases, y explicar la conformidad de la moralidad con la razon, de modo que resultase de ella una significacion científica y determinada de la fraseología que todos los filósofos han empleado por espacio de tantos siglos, sin tomarse el trabajo de definirla. Su doctrina moral puede reducirse á los puntos siguientes: el entendimiento no puede concebir una idea sin concebir sus relaciones con otras; debe suponer la existencia de la misma ley en todo sér en quien descubre la facultad de pensar. De aquí debe inferir que las relaciones universales y recíprocas de las cosas han estado y siempre estarán presentes en la mente divina. Estas relaciones son por consiguiente eternas, por recientes que sean las cosas en que existen. El conjunto de estas relaciones constituye la verdad; el conocimiento de ellas constituye la omniciencia. Estas relaciones de las cosas envuelven en sí

una eterna conveniencia ó discrepancia de las cosas entre sí: conveniencia ó discrepancia que depende de la voluntad de Dios, y que determina la voluntad de los séres racionales. Las diferencias de que hemos hablado dan los caractéres de conveniente y racional á las operaciones de las criaturas, y les imponen obligaciones que se explican sin necesidad de acudir á ninguna consideracion de galardon ni provecho. La maldad voluntaria es tan absurda y tan ininteligible en el idioma moral, como, en otro órden de cosas, la alteracion de las relaciones de los números, ó la desaparicion de las propiedades de las figuras matemáticas. La moralidad es la práctica de la razon. Por esta lijera exposicion se echa de ver que Clarke, en lugar de sustituir los sentimientos generosos y sociales á los apetitos personales é interesados, confirió á la moralidad de nuestras acciones una dignidad mas alta, derivándola de la mas noble de nuestras facultades, que es la razon. Hizo mas que emancipar las ideas morales del yugo del interes, pues las colocó en una region donde el interes no penetra, y que nunca turba la pasion. Nivelando los principios de la ética práctica con las primeras verdades científicas, les dió la pureza, la infalibilidad, la inmutabilidad de que ántes carecian. Su sistema es original, ingenioso y profundo; hay mucha lógica en el enlace de sus consecuencias, y sin embargo ha merecido la desaprobacion de nuestro autor, y algunas de las razones en que se funda nos parecen terminantes é irresistibles. Por ejemplo: «Suponiendo que baste el ministerio de la razon para explicar los juicios morales, todavía queda una gran parte de este mundo moral envuelto en espesa tiniebla. ¿De dónde nacen el placer y el disgusto que nacen en nosotros de nuestras acciones y de las ajenas? Cuál es la naturaleza del remordimiento, de la vergüenza y del pudor? ¿Cuál es el orígen de la indignacion que produce el espectáculo de la injusticia? En ninguno de estos fenómenos se descubre el menor rastro del ejercicio de la razon. La razon obra sin producir jamas esa alteracion de nuestro sér, primer elemento de la operacion moral, y que los profesores designan con el nombre de emocion. Percepcion y emocion son dos estados del alma perfectamente distintos. Entre una emocion de placer ó de pena, y una mera percepcion, hay todavía mas diferencia, que entre las que provienen de diversos sentidos. Las percepciones de todos los sentidos tienen algunas propiedades comunes; pero lo único comun que hay entre una sensacion y una percepcion, es que una y otra son estados ó modificaciones del alma. Las mismas cualidades percibimos en un alimento cuando por primera vez lo probamos y nos disgusta, que cuando despues nos aficionamos á él por hábito. La percepcion continúa siendo la misma, sin embargo de que la sensacion de placer se cambie en sensacion de pena. Esta metamorfósis puede verificarse siempre que el placer ó el dolor entre en el espíritu por medio de la percepcion. De aquí nace la posibilidad

de imaginar un sér que perciba y piense, y que sin embargo sea incapaz de sentir placer y dolor. Un sér de esta especie puede tener idea de las acciones de otros séres; las juzgará con toda exactitud, raciocinará sobre ellas con fundamento; pero ni podrá querer ni obrar, y toda su existencia quedará reducida á una contemplacion pasiva. La razon como tal nunca puede ser un motivo de accion. La accion no puede suponerse sino como procedente de la facultad de sentir: para obrar es preciso desear ó temer. Supuestas las verdades sencillas que preceden, es fácil concebir que cuando la consecuencia de un raciocinio es presentarnos un objeto de deseo y los medios de conseguirlo, entónces empieza á brotar en nosotros un principio de accion, y nunca empieza ántes. Entónces, y nunca hasta entónces, puede ejercer en nosotros la razon un influjo poderoso, aunque indirecto. Empléense los mas fuertes argumentos para disuadir á un hombre de cometer una mala accion: el sentimiento será el último impulso que lo decida. Si se trata de un hombre propenso á los excesos de la embriaguez, nada será tan fácil como probarle que este vicio arruina la salud y abrevia la vida. Tan convencido puede quedar de esta verdad, como el mismo que se la inculca. Pero ¿de qué servirá el raciocinio si se da con un hombre en quien la aficion á la bebida es mas poderosa que el temor de la muerte? En vano se habla de infamia, al que desprecia la opinion de sus semejantes; en vano se pintan los goces de la beneficencia, al que ama al dinero mas que á todas las cosas humanas. Si apelamos por último á la conciencia del malo, podrá respondernos que está convencido de la criminalidad de sus operaciones; pero que el amor á la virtud, aun fortificado por el remordimiento, por la deshonra y por el temor del castigo, no obra en sus sentimientos con tanta vehemencia como el deseo que lo impulsa al vicio.»

Lord Shaftesbury, en su *Investigacion acerca de la virtud*, lleva á sus predecesores la ventaja de haber bosquejado un plan completo de sistema de filosofía moral; y decimos bosquejado, porque en gran parte sus doctrinas no son mas que indicaciones vagas; pero que prueban á lo ménos un plan compacto, íntegro y armonioso. Una de sus mas importantes opiniones es la existencia en el hombre de ciertas propensiones que lo disponen á complacerse en el bienestar de los otros, sin ninguna otra mira ulterior: doctrina á que no se mantuvo fiel en algunos de sus escritos, pues en uno de ellos sostiene que el complemento de la sabiduría es un egoismo recto. Otra de sus ideas es la preponderancia del afecto benévolo en el sistema moral, y su tendencia á promover nuestro bienestar: proposicion que confunde los motivos de las acciones buenas con su tendencia, y parece indicar que todos los afectos particulares se identifican en una benevolencia universal, porque la propension de aquellos afectos es el bienestar de todos. Sus ideas sobre el sentido moral son su-

mamente inciertas y equívocas; pero fué el primero que habló de aquella facultad, reconocida hoy por todos los moralistas, y que se ha quedado en la ciencia como principio inatacable, y necesario para la explicacion de los fenómenos de la voluntad. La demostracion que hace de la utilidad de la virtud con respecto al individuo, es superior con mucho á todo lo que se ha escrito sobre la materia. La funda, no en el cálculo de las ventajas ó desventajas externas, siempre inciertas, precarias y mezquinas; sino en el inconmovible cimiento del deleite, que entra en la esencia del afecto social y del sentimiento virtuoso; en la horrible angustia que traen consigo las pasiones malévolas; en la importantísima verdad que amar es ser feliz, y aborrecer es ser miserable; que el amor es recompensa y el odio es castigo, ó para decirlo de un modo mas sencillo, y con el apoyo de una autoridad sagrada: que dar es mejor que recibir, y que el amor recíproco es la suma de todas las virtudes. Nunca se ha explicado de un modo mas exacto y mas bello la relacion entre la religion y la moralidad, en cuanto lo permiten los recursos de la razon humana. Si por un lado representa el deseo de galardon y el temor de castigo, como motivos interesados é inferiores de virtud y piedad, por otro confiesa su eficacia en excitarnos á lo bueno, en apartarnos de lo malo y en conducirnos al arrepentimiento, todo lo cual está de acuerdo con lo que dicen los escritores cristianos mas ilustres y mas celosos. «Si por esperanza de galardon, dice, entendemos el amor y el deseo de un goce virtuoso, ó la práctica y el ejercicio de la virtud en otra vida, esta esperanza, léjos de ser indigna de la virtud, es prueba de que la amamos permanente y por ella sola.»

Tales fuéron los tres ilustres escritores que pueden llamarse con justa razon fundadores de la ética moderna, siendo digno de observarse que entre ellos y los últimos de los tiempos escolásticos hay mayor diferencia que entre estos y los últimos de los antiguos. En efecto, como ya hemos visto, el escolasticismo tuvo por fundamento principal el caudal de conocimientos que encerraban las obras de Aristóteles. Los trasformó de mil maneras; los aplicó á la disputa religiosa; los hizo entrar como ingredientes de una ciencia á la cual por cierto no podia dedicarlos su autor; pero en todas estas mudanzas los principios eran los mismos, y el escolasticismo no les añadió uno solo. El modo de proceder de la ética moderna fué diametralmente opuesto al que acabamos de describir. No solo eran inútiles los argumentos de Aquino, Escoto y los demas escritores de su época, para combatir los errores nuevos y originales de Hobbes, sino que la revolucion intelectual, provocada por el inmortal Canciller, se habia apoderado enteramente del mundo científico, y la lógica silogística habia caido de pronto en el mas profundo descrédito. El empeño grande de todos los que cultivaban las ciencias, era alejarse lo mas posible de las doctrinas y de los métodos que habian aherrojado el

entendimiento por espacio de tantos siglos. La ética no podia sustraerse á este movimiento universal, y tan de lleno entró en él, que consiguió apartarse del sendero antiguo, mucho mas que su hermana la metafísica; siendo muy digno de notarse que los primeros filósofos mentales de los siglos XVI y XVII conservan muchos mas vestigios de las escuelas griegas, que los que contemporáneamente se dedicaron al cultivo de la ciencia de las costumbres. Por fortuna sus primeros pasos fuéron otros tantos aciertos; desde el principio se colocaron en el sendero de la verdadera y legítima investigacion, y de aquí nació otra importantísima diferencia en que no han fijado mucho su atencion los historiadores de la filosofía, á saber: que en la ética moderna no se descubren tantas ni tan importantes divergencias como en la filosofía propiamente mental. En el catálogo de moralistas que hemos citado, y cuyo exámen forma el asunto de la obra de Mackintosh, no hay dos cuyas opiniones difieran tanto entre sí como las de Descartes y las de Hegel, las de Locke y las de Cousin. No es difícil inferir de esta comparacion, que una de las dos ciencias está infinitamente mas adelantada que la otra; que tiene principios mas fijos; que se desarrolla en consecuencias mas seguras, y que no parece dispuesta á extraviase en tan peligrosas quimeras como las que afean la carrera de su rival. En una palabra, sin que sea lícito lisonjearse con la satisfactoria persuasion de haber llegado á formar una ciencia perfecta, bien puede asegurarse que de todas las que se clasifican en la demarcacion de políticas y morales, la ética es la que mas se acerca á la perfeccion; la que no tiene ya que temer el brote repentino de un sistema nuevo que destruya todo lo que hasta ahora se sabe; la que camina con pasos mas firmes de un adelanto en otro, y del descubrimiento de una verdad al de otra que la ilustra y la fortifica: por último, la que en cada uno de sus descubrimientos halla nuevas analogías con la ciencia revelada, y nuevos apoyos en las propensiones del alma, y en las ideas que dirigen al hombre en la investigacion de lo que debe constituir su bienestar y su ventura.

Todas estas consecuencias se derivan de la obra que examinamos. Nos es imposible seguir paso á paso al autor en su revista de todos los escritores, cuyas obras somete á su excelente juicio; pero no podemos renunciar á la satisfaccion de dar á conocer á nuestros lectores sus ideas originales sobre la ciencia misma y sobre las principales cuestiones que en ella se agitan. Mackintosh merece ser conocido como moralista mas bien que como crítico; y si su modestia le impidió presentarse al público bajo el primero de aquellos dos caractéres, nosotros probarémos en nuestro tercero y último artículo los derechos con que podia aspirar á ocupar un puesto distinguido entre los mas notables de aquella categoría.

J. J. DE MORA.

BELLAS ARTES.

DOS PALABRAS CONTRA LA MANÍA DE REFORMAR LOS EDIFICIOS ANTIGUOS.

El único rincon que quedaba en Madrid recordándonos la corte de Cárlos V y de los Felipes II y III, la única reliquia del mas glorioso período de nuestras letras y de nuestras artes, era el recinto de la plaza de las Descalzas Reales y de su inmediata la de San Martin. Los restos de la iglesia y célebre monasterio de este nombre, con su imponente masa y la línea pintoresca de sus torres por una parte, y por otra la elegante casa atribuida á Herrera, ocupan este sitio, como últimos y elocuentes vestigios de nuestra arquitectura en sus buenos tiempos. Preséntase en la esquina opuesta el real monasterio de las Descalzas, cuyas descarnadas tapias, acompañadas del fúnebre ciprés que de léjos se divisa, revelan la casa de oracion y penitencia donde moraron y se sepultaron la emperatriz de Alemania D.ª María, su hermana D.ª Juana, reina de Portugal, hijas de Cárlos V; D.ª Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano, y otras muchas princesas imperiales de la casa de Austria. Su rica y pintoresca puerta, única en su género en Madrid, manifiesta la entrada de las antiguas casas que por algun tiempo habitó el César. De estas aun se conserva un ostentoso salon con preciosos arrocabes y aliceres árabes, donde vió la luz primera la augusta fundadora, quien despues de haber ocupado el trono lusitano, murió santamente y fué enterrada en esta misma clausura. En seguida se admira la elegantísima fachada de la iglesia, depósito de las mas ricas pinturas y esculturas de las iglesias de la corte. Próxima á aquella se presenta la reja *dorada*, célebre en los fastos del monasterio; mas allá la reja que en lo antiguo sirvió de puerta de comunicacion con el próximo edificio del Monte de Piedad, por medio de un valiente arco. Sirve de fondo á esta pintoresca escena la *casa de Misericor-*

dia, fundada igualmente por la citada princesa, y completa el cuadro el majestuoso edificio del Monte de Piedad, decorado de una preciosa portada del *Renacimiento* y de otra harto extravagante del siglo pasado, pero en extremo curiosa y pintoresca.

¿Quién creyera pues que este rincon de Madrid, tan histórico y tan célebre, ya descrito por el abate Ponz y otros viajeros, habia de venir á ser horriblemente mutilado por nuestra ilustradísima generacion? Pase que el ex-convento de San Martin se haya *hermoseado* y pintorroteado de color de *manteca rancia*, y que á los remates de sus lindas torres angulares se les hayan quitado las cruces (así lo previno la famosa circular de la junta de enajenacion de conventos del año de 1836); pero mutilar y picar tan bárbaramente la bella fachada de la casa de Misericordia, obra toda ella del inmortal Herrera, y labrada en su género con sumo primor, para cegarla y retocarla de la citada tinta, era cosa reservada á nuestros tiempos. ¿No bastaba que el comprador de esta finca estropease la preciosa portada, picando el frontis triangular que tanta majestad daba al edificio? ¿No debieron en aquel malhadado bando de canelones exceptuarse algunas de estas fábricas monumentales, ya que tan escasísimas son las que nos quedan en esta corte? Grandemente se engañan muchos de nuestros arquitectos, si creen que las nuevas construcciones que levantan reemplazarán con ventaja estos edificios, que miran con demasiado desden y menosprecio.

No bastando pues el destrozo indicado, era preciso que siguiese la piqueta devastadora mutilando el próximo edificio del Monte de Piedad. Esta importante masa desde su ereccion estaba coronada de un pórtico de arcos muy rebajados, que aun se traslucen, conservándose las pilastras revocadas desde el siglo pasado, en cuya época debieron cegarse los arcos, practicando algunos balcones para dar comodidad á las viviendas de los dependientes. Pero en medio de esta reforma, que admitimos solamente por razon de necesidad, aquel esqueleto de arcadas y la repeticion de pilastras, todavía conservaban el carácter primitivo del edificio, coronándole y dándole un aspecto noble, monumental y pintoresco, como se ve en las antiguas fábricas de Florencia y en muchas, que como en Zaragoza y otras antiguas capitales, atraen las miradas de los artistas extranjeros. Parecia natural que se conservasen, al ménos en gracia de la economía, pues tendrán que invertirse muchos jornales en ir picando la infinidad de medias columnas que circunda casi todo el edificio; pero tambien perecerán: tal es el gusto de nuestros aparejadores y revocadores, y de muchos arquitectos, para quienes toda forma de belleza es superflua, y que, extraños á toda idea filosófica del arte, dan á las construcciones de destino público el mezquino carácter de viviendas privadas; muy al contrario de lo que se practica en otras

grandes capitales, donde, tal vez con exageracion, se procura dar el aspecto de palacios á las simples casas de los particulares; pero

Qui si fà quel che si sà,
E si sà quel che si fà.

La única belleza que conocen dichos señores es la lisura de las paredes, es á lo sumo una fastidiosa simetría. Así en las nuevas reformas de alguna que otra casa antigua de la corte, lo primero que se ha hecho ha sido picar las portadas, ó reducirlas á una forma mas *sencilla* en su concepto, sin conocer que con tales remiendos queda siempre un todo incoherente y ridículo, sin carácter de ningun género. Así han quedado la portada de San Sebastian, la bella puerta de la casa antigua de la calle del Arenal, otras muchas que aquí podiamos citar, y sobre todo la célebre casa de la calle del Sacramento, donde habitó el cardenal Cisneros. Por tan estúpido modo de ver las cosas, se destruyó completamente algunos años hace la rica é histórica portada del Retiro, que cae á espaldas del Tívoli, para continuar la miserable tapia blanqueada como hoy vemos. Por esta regla estos vándalos innovadores arrasarian hasta las columnas que han quedado en pié en el foro romano, para alinear bien una arboleda con sus bancos de piedra, *por hermosear la poblacion*, ¡ensueño dorado de muchas autoridades de provincia! con gravísimo perjuicio de muy bellos monumentos.

Hay en las poblaciones algo que vale mas que las nuevas casas *endomingadas* y pintorroteadas de cien colorines. Del propio modo que el inválido veterano aparece tan lleno de noble orgullo á la sombra de sus acribilladas banderas, como el jóven y robusto guerrero que acaba de verter su sangre por la patria, así algunos vetustos edificios son el ornamento de las ciudades, y por grandísimas razones debieran respetarse.

En Roma, en Florencia y en otras muchas cortes tan ricas en monumentos, está prohibido severísimamente el alterar en lo exterior aun los de los particulares: ¿cuánto mas deberémos hacerlo nosotros en la capital de la Monarquía, donde apénas queda un escasísimo número de aquellos?

Muchísimo perderia la corte si siguiese esta ridícula manía en el citado edificio de la Descalzas Reales. Hay en aquellas tapias algo de solemne é imponente, que vale infinitamente mas que todos los colorines modernos que pueda combinar un vándalo pintador. Cien veces han pisado los umbrales de aquella puerta todos nuestros monarcas desde el emperador Cárlos I hasta el II, y con ellos todos nuestros grandes hombres, sin excluir á Cervantes, Calderon, Lope de Vega, Argensola, Quevedo, Velazquez y otros personajes, que con

noble orgullo cuenta la nacion entre sus hijos. En la solemnidad de la octava del Corpus todo este recinto se ha decorado por espacio de casi doscientos años con las preciosísimas y célebres tapicerías de los *Triunfos*, regaladas y mandadas hacer para esta real casa por Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Paises-Bajos; con cartones expresamente pintados por el inmortal P. P. Rubens, pinturas que hoy con noble orgullo ostenta el marques de Westminster en su magnífica galería de Lóndres.

No queremos perder la ocasion de recomendar al gobierno de S. M. y á las autoridades competentes, que si llegase á tener efecto la venta del bello edificio de la cárcel de corte para hacer la cárcel modelo, no se permita de modo alguno demoler ni adulterar su fachada ni su magnífica escalera, trazadas con tanta magnificencia por el célebre marques Crescenci; y mucho ménos el que por las torpes é impremeditadas alineaciones de las calles de Madrid comenzadas en los pasados años, se vea condenado al mismo vandalismo el histórico é interesante monasterio de Santo Domingo el Real, como se ha pensado en nuestros tiempos.

Las naciones como España viven mas de recuerdos que de las glorias de su siglo, y están interesadas en conservar los monumentos con que se hallan aquellos enlazados. Las autoridades, en cuyas manos pone la nacion su pasado y su presente, faltan á uno de sus deberes mas sagrados, cuando á sabiendas ó por negligencia derriban las fábricas que constituyen las páginas del arte, y reflejan, por decirlo así, la sombra de nuestros antiguos héroes y literatos. La prensa periódica, que tanta enerjía manifiesta contra los que ofenden en lo mas mínimo el orgullo nacional, ¿por qué no levantan hoy su voz contra la profanacion de monumentos que son documentos históricos, depósitos de nuestras tradiciones, laureles de nuestros mas insignes arquitectos, sepulcros de los mas esclarecidos personajes? El arte, la historia, la poesía, el patriotismo, protestan contra esos actos, ya bárbaros, ya impremeditados, pero siempre dignos de censura.

VALENTIN CARDERERA.

¿Necesitamos encarecer la vivísima satisfaccion con que damos cabida en esta *Revista* á las dos siguientes preciosas composiciones de nuestro querido y sabio amigo D. Alberto Lista? No ciertamente: todos nuestros lectores participarán con su lectura del placer que hemos experimentado nosotros al recibirlas de mano de uno de sus mas aventajados discípulos, el Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata (1), y no ménos grata les será la esperanza que desde ahora podemos darles de que no serán estos los últimos recientes cantos que les ofrezcamos del eminente y venerable vate que todavía es (y ojalá sea aun por muchos años) el orgullo y la gloria de las márgenes del Bétis.

A DON FERNANDO ESCOBAR,

MI AMIGO Y DISCÍPULO.

—

¿Qué vale al hombre sabio, mi Fernando,
Seguir al astro en su veloz carrera,
O hallar el tiempo en que la luz primera
Llegó del sol la tierra iluminando?

¿Qué vale, los principios combinando,
Leyes dictar á la creacion entera,
Si su infelice corazon altera
De las pasiones el furioso bando?

Los frutos de la mente generosa
Corrompe con su aliento el vicio impuro;
Que donde no hay virtud, la verdad huye.

Así en el seno de entreabierta rosa
Se anida insecto vil, y el gérmen puro
Y el nacarado pétalo destruye.

Alberto Lista, de 72 años.

Sevilla 26 de junio de 1848.

(1) En nuestro próximo número publicarémos una excelente composicion de este escritor, ya muy acreditado en Sevilla.

A Dorinda, excelente cantora.

Cuando tu voz deliciosa
El viento de amores llena,
De mi envejecida lira
Se animan las tristes cuerdas.

Présaga del canto, agita
Ya la inspiracion inquieta
Mi helado pecho, y en fuego
Desusado lo recrea.

¿Me engaño, ó la sacra musa
Que otro tiempo en la ribera
Del Bétis trocó en canciones
Mis enamoradas quejas,

Vuelve á mi seno, y los labios
Con ardor sublime alienta,
Sin que de catorce lustros
La sañuda nieve tema?

Ella es, hermosa Dorinda;
La misma que en mi edad tierna
Me enseñó á cantar de Elisa
La inconstancia y la belleza.

La que me dió el blando mirto
Y las rosas de Citera,
Y ciñó á mi frente humilde
El laurel de los poetas.

Ora me incite á que cante
Tu beldad y tu modestia;
Del pecho la fiel ternura,
El candor de la inocencia:

Y la expresion sobrehumana
De tu voz, cuando las penas
Gimes del amor, ó ensalzas
Sus vencedoras saetas;

Al oirte, medio siglo
Retrocede mi existencia,
Y de mis floridos años
La grata ilusion renuevas.

Admite afable mi canto:
Que aunque la edad lo entorpezca,
Del cisne, á morir cercano,
Mas dulces son las endechas.

ALBERTO LISTA.

Sevilla 20 de julio de 1848.

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

I.

FE RELIGIOSA.

La fuente de la verdad es única, como la verdad misma. Los que se obstinen en buscar otro manantial para divertir la sed que les acosa, podrán, sí, fabricar cisternas, segun la expresion de Jeremías, donde recojan á duras penas el agua del cielo, terrosa ya y degenerada; pero no abrirse manantiales nuevos.

Amenudo se nos habla de la fe y de la razon, como de dos antorchas; en nuestro concepto es inexacta esta expresion, en cuanto supone dos orígenes de luz distintos. Podrá la luz atravesar por tamices mas ó ménos groseros, reflejarse en superficies mas ó ménos tersas; pero la luz verdadera, la luz viva viene siempre de arriba; acá abajo no tenemos mas luz, que esta que sacamos del seno de los cuerpos para disipar las sombras á algunos pasos en derredor nuestro, y que un soplo enciende y otro apaga. Esta es la razon: para contentarnos con ella es preciso resignarnos á sempiterna noche, ó á vivir en las entrañas de la tierra; pero como el hombre aborrece naturalmente las tinieblas, ingrato con la fe que de tiempo inmemorial posee, como los pueblos meridionales con el sol que cada dia les visita, presume que la luz reside en su entendimiento mismo, en este espejo que Dios le ha dado para reflejar la luz increada y hacerle levantar los ojos hácia arriba; y tomando el don por adquisicion propia, é interceptando con su mano los rayos que producen el reflejo, contempla muy ufano su razon, sin que las tinieblas en que queda una y otra vez, le escarmienten de su necio empeño.

Excusado será advertir que no hablamos aquí de la fe como virtud

teologal, ni aun como revelacion en cuanto se limita esta palabra á la ley de Moises ó á la de Jesucristo: sino de la fe como vida del entendimiento, como primer principio de todo conocimiento humano. Tan imposible fuera á la razon individual dirigirse por sí sola, como al hombre engendrarse á sí mismo. Los entendimientos tienen tambien, como los séres, una generacion, al extremo de la cual está la fe, como al extremo de la cadena de los séres está Dios. La fe puede llamarse la razon de las razones, como Dios el sér de los séres.

Por mas que se apure el abismo de las negaciones, el entendimiento llega á una afirmacion; necesita creer, necesita fijar un eje al cual atar el primer eslabon de la cadena de sus pensamientos. La fe ó la afirmacion, que son una misma cosa en este sentido, es la condicion de existencia de todo pensamiento; y si una alma pudiera suicidarse, no comprendemos otro modo, que el de cerrarse á toda fe y perderse en una duda sin límites. Pero el escepticismo verdadero es una quimera, porque el escéptico debe creer al ménos en su razon, que le sugiere el escepticismo; su razon es su fe, y en su estrecho círculo de conocimiento voltea sobre sí misma, como se adorara á sí mismo el ateo que llegara á perder la idea de toda causa primera.

Las verdades en el órden intelectual, como las existencias en el órden físico, se eslabonan visiblemente y vienen á parar á un punto mismo, que es el que llamamos á la vez Sér supremo y Verdad suprema. Si no queremos llegar hasta él, nos detendrémos en un punto mas bajo, en una atmósfera mas crasa; atribuirémos nuestro orígen, á un sér ménos grande é inmaterial, ó reposará nuestra razon en una region ménos elevada; serémos en una palabra idólatras y crédulos, ya que no religiosos y creyentes: pero la fe y la adoracion, la dependencia intelectual y física jamas podrémos rehusarla á un sér extraño, ya que nosotros mismos conocemos que no son patrimonio nuestro la vida y la verdad.

Desde este punto eterno, centro de la creacion, parten divergentes, como rayos de esplendor, todas las verdades; y nuestra razon no es, no, la luz á la cual debamos examinarlas; debe mirar solo su procedencia, y cerciorada de que es Dios su punto de partida, cerrar otra vez los ojos. La fe es la luz, los ojos son la razon; y así como de ambas cosas se necesita para ver, así deben concurrir la razon y la fe para que sea *razonable el holocausto de nuestros entendimientos*, y sean preservados de todo engaño, así como de rebeldía.

Concretado el nombre de fe á la única genuina y saludable que engendró la ley, revelada primero á Adan, promulgada luego en el Sinaí, y cumplida por fin en el Calvario, se ha creido que las falsas religiones no eran mas que aberraciones de la razon, concediendo en

esto una especie de triunfo á los incrédulos y racionalistas, que cuentan así por suyos numerosos pueblos guiados por su misma efímera luz, por mas que honren poco su sistema los extravíos en que cayeron aquellos. En nuestro concepto no puede decirse con mayor razon de los gentiles el que carecieran de fe, porque era errónea su creencia, que el que carecieran de Dios, porque no le adoraban con el debido culto. Nunca estará por demas hacer ver que el racionalismo como el ateismo son una monstruosidad que solo está, no diré en el corazon, sino en los labios del que los profesa. La fe, aunque alterada por la infiel trasmision, ó descompuesta en el prisma de las pasiones, era la que presidia en las naciones idólatras; fe en sus divinidades, fe en sus sacerdotes, fe en los agüeros, fe en la naturaleza insensible, fe en todo, ménos en su razon, que en vano les mostraba lo absurdo de sus creencias; creencias que si unas veces halagaban su corazon depravado, les imponian otros durísimos sacrificios. Eran sus dogmas destellos de una luz primitiva, centellas separadas del foco, y que iban extinguiéndose una tras otra, pero no tanto por el soplo helado de la razon, como por el viento impetuoso de las pasiones. Tal vez un impostor astuto ó reformador atrevido recogia con ansia estas centellas, para encender con ellas un fuego profano que hacia mirar luego como bajado del cielo; tal vez un soñador entusiasta, de los que tanto abunda el Oriente, acababa por persuadir á su entendimiento lo que habia delirado su imaginacion, y con sus mentidas inspiraciones engañaba á los pueblos, siendo él propio la primera víctima de su engaño: de ambas clases creemos que los hubo entre los autores de las falsas religiones; pero siempre será cierto que los pueblos veian en ellos unos séres superiores, mediadores y representantes de la divinidad, bajando el cuello á un yugo de fe tanto mas duro, cuanto mas cuestionable era su origen, pues la fe errónea é ilegítima degenera en supersticion, así como la usurpacion se apoya casi siempre en la tiranía.

Los filósofos fuéron los primeros que enseñaron á los pueblos á sacudir el yugo con las armas de la razon, y sin embargo de lo degradante de este, y de las luces y tal vez buenas intenciones de aquellos, puede dudarse si su aparicion produjo mas daños que bienes á la humanidad. Por un Sócrates, que bebiendo la cicuta predicó mudamente la paz de la virtud y la inmortalidad del alma; por un Platon, cuyo ojo penetrante veia desde la altura de Sunio el albor naciente del Cristianismo; hubo mil y mil sofistas, que profanando la razon, hicieron de ella una pasion mas, y que destruyendo los templos sin construir nada en su lugar, se divirtieron en apagar las débiles centellas que guiaban aun á las sociedades, y en cortar los flojos lazos que las unian. La época de los filósofos fué para Grecia y para Roma la época de las revueltas y de los tiranos; la razon se convino con la

superstición, en no dejar existentes mas que sus males y errores, trayendo en dote otros tantos; perdióse toda idea de verdad y de virtud; y estremece el cuadro que hubiera presentado el mundo bajo el imperio romano, si hubiera tardado algo mas en aparecer el Cristianismo. El preparar á este el camino, fué tal vez el único bien que produjeron sin saberlo los filósofos de la antigüedad, aunque para nosotros, que creemos en los destinos inmortales de nuestra religion, no con ménos presteza á su aparicion se hubieran derrumbado los ídolos de sus altares sin la primera sacudida que les habian dado los sofistas griegos.

Solo Dios podia reparar la humanidad, y solo Dios podia ilustrarla: la razon del hombre era tan impotente para esclarecernos, como su sangre para redimirnos. A Dios solo debiamos creer; y su Verbo divino, su *palabra*, fué el promulgador visible de esta ley sublime, por la cual se reservaba exclusivamente el dominio sobre nuestra razon, ó nos daba, por decirlo así, una razon nueva. No podia la mente humana subir á mayor altura, que refundiéndose en cierto modo en la de Dios, quien viendo la debilidad de sus alas, la elevó ó hizo penetrar de repente en el santuario mas recóndito de su gloria, para mostrarle los tesoros de su grandeza. Tales son los misterios: ¡y el hombre se queja de ignorar el camino por donde llegó allá, y reputa tinieblas su luz vivísima, porque sus ojos carnales no pueden sostenerla! No comprendemos cómo hay quien vea una sujecion impuesta en el acto de abrirnos Dios sus arcanos y dejarnos espaciar por el mar inmenso de su sabiduría: sujecion fuera, si se hubiera mantenido inaccesible, encerrando nuestra alma en el estrecho círculo de los sentidos. Creer en Dios, es mas que saber, porque no hay fuente de ciencia comparable. Con igual motivo podriamos quejarnos de la creacion, que de la revelacion, pues si esta supone anterior ignorancia, aquella supone la nada anteriormente.

La humildad es el sentimiento justo de la inferioridad, así como el envilecimiento es un exceso de sujecion indebida: la fe por tanto humilla al hombre, mas no le envilece; sujeta su entendimiento al Criador, mas le exime del dominio de las criaturas y de su propia falibilidad; su dependencia de Dios y de solo Dios es la mayor de las grandezas. Y para librarle del riesgo de engañarse y de ser engañado, tomando por voz divina la que no lo fuere, y dejar al mismo tiempo su razon con independencia bastante para hacer de la fe un acto meritorio, estableció Jesucristo un órgano visible para trasmitir su voz, constituyó la Iglesia, que no es cuerpo intermedio entre Dios y el hombre; es Dios mismo en cuanto la voz es una misma cosa con los labios: ¡institucion admirable que así concilia la seguridad del hombre con su independencia, y que entrega en brazos de la fe la razon que ha conquistado!

Cuando esta sencilla y grandiosa doctrina, que revelando al hombre el orígen de su existencia y de su pensamiento le muestra el término al cual deben ir á parar, no tuviera otro apoyo de su veracidad, que la prontitud, ó mas bien instantaneidad con que se propagó, bastaria para que reconociéramos en ella el espíritu de Dios, así como su mano en lo súbito de la creacion. La razon humana descubre lentamente las verdades, y las propaga mas lentamente: modifica, pero no crea; y si llega á cerrar los ojos á la fe, reteniendo las especies que recibió cuando despierta, las combina bajo una forma mas ó ménos extravagante: de aquí se ve con cuánta propiedad se llaman sueños sus teorías, en cuanto son restos de verdades aglomeradas en monstruoso conjunto. Y sin duda para manifestar esta diversidad permitió Dios que al lado de su obra se desarrollara la de los hombres; permitió que se desmembraran de su naciente Iglesia, y la acosaran sectas innumerables y poderosísimas, hijas del racionalismo filosófico de Aténas y de Alejandría: el filosofismo se envolvió con el disfraz de cristiano para socavar mejor los cimientos del Cristianismo; pero este, despues de una lucha mas terrible mil veces que la que sostuvo contra la idolatría, triunfó del orgullo de la razon como de las prevenciones de una fe errónea y extraviada.

Los pueblos nuevos tienen mas fe, mas vida en el entendimiento, como mas robustez en su existencia: su espíritu, no adulterado aun, refleja mejor la luz que se le comunica. La supersticion de los pueblos septentrionales era á la del imperio romano que invadieron, lo que la ignorancia de un niño á la árida decrepitud de un viejo; y así cuando plugo á Dios llamarlos para formar con ellos una sociedad nueva, hija exclusiva del Cristianismo, brilló la fe sobre aquellas naciones vírgenes con un esplendor tan puro, que nunca pudo lograr entre los degradados romanos del imperio bizantino; siendo notable que de la raza romana salieron los heresiarcas de los ocho primeros siglos de la Iglesia, de la raza bárbara ninguno. Largos siglos dominó la fe en aquellas sociedades que ignoraban, por decirlo así, que la tuvieran, pues creian no tanto por dictámen de su razon, como por necesidad de su espíritu, y porque otra cosa no juzgaban posible, sin ser por esto su fe ménos verdadera, sino mas perfecta, como no dejara de ser vida la de un hombre que no comprendiera la muerte. Mucho se han zaherido la sutiliza é inutilidad de ciertas disputas escolásticas entónces en boga; pero nosotros, sin negarla, vemos en ello un síntoma feliz para la vida intelectual de aquellas generaciones cuyo círculo disputable, del que necesita siempre el espíritu humano para mantener su actividad, estrechado mas y mas por la fe, se veia reducido á jugar sobre palabras, porque estaban fuera de su alcance las cosas. Y si alguna vez estos que podemos llamar torneos del espíritu pasaban algo mas allá del límite vedado, se debian en gran parte

sus extravíos al peripateticismo, á este monumento filosófico, resto de un mundo antiguo, ya del todo arrasado, que en los siglos de fe habia quedado en pié por una extraña anomalía, y que con una especie de fe solo inferior á la divina era tambien acatado. Ahora por cierto, si se atiende á las materias ventiladas, no adolecen de ridiculez ni de vaciedad nuestras disputas; en el seno de los palacios, al pié de los altares, en las escuelas, en las calles, donde quiera se ha trabado la lucha, y el mundo todo es un campo de batalla: grande es el vuelo que ha tomado en este siglo el espíritu humano, si su grandeza, como la de la tempestad, es en proporcion de lo que destruye. Tal vez no se ha notado bastante esta diferencia entre la fe y la razon, entre la ciencia de Dios y la del hombre; la primera es positiva y afirma, la segunda es ciencia negativa y se mide por lo que ignora ó lo que duda. El espíritu humano sabe tanto mas, cuanto mas de lleno le ilumina la fe, así como la luna se nos presenta mas ó ménos llena, conforme la parte que vemos de su hemisferio iluminado por el sol.

No hay mayor enemigo de la fe, segun observó ya Bacon, que la ciencia incompleta; pues no divisando mas que puntos aislados sin el lazo que los une, hechos sueltos cuya relacion y conjunto se esfuerza vanamente en adivinar, encuentra en aquellos huecos, si no los llena la fe, otros tantos abismos en que naufraga sin remedio su razon. Por esto fué irreligiosa por lo general, como incompleta, la ciencia del siglo pasado, aun prescindiendo de las malas pasiones de los que como arma la esgrimian; por esto indispensablemente va volviéndose religiosa la nuestra conforme se va completando; por esto en fin nunca puede pasarse sin fe la ciencia humana, porque acá en la tierra nunca llegará á su complemento.

Empezó el exámen y la duda en el órden científico: léjos de nosotros el condenarla absolutamente, ni de pedir inviolabilidad para alguna autoridad humana al par de la divina; pero orgulloso el espíritu con lo que en este campo creyó haber conquistado, es decir, destruido, se elevó de este mundo que *entregó Dios á las disputas de los hombres*, á otro inaccesible, y no bastándole las fuerzas para llegar á él, creyó mas cómodo negar su existencia. Ya desde el principio habia peleado la herejía contra la fe, oponiéndole caprichosas cortapisas por entre las cuales no dejaba pasar de su luz sino lo que queria, obligándola á tomar las formas que imaginaba; ya el protestantismo desde el siglo XVI habia roto la cadena que liga á Dios con los hombres, y la razon de estos con su razon suprema, dejando sueltos todos los anillos en medio de una anarquía intelectual, que en vano pretendia remediar fijando un nuevo centro de autoridad y un eje, aunque mucho mas bajo, en el cual terminaran eslabonadas las razones individuales: ambos sistemas destruian la fe, la herejía quebrantando su indivisible unidad, el protestantismo socavándola por

sus cimientos; pero ambos hipócrita ó sinceramente mandaban aun en su nombre, y valiéndose del elemento anárquico para destruir, usaban de principios de unidad y gobierno para apoyar el suyo. Débil al par que degradante debia ser esta ilegítima autoridad, y la razon no tardó en destruirla, proclamándose francamente á sí misma, y llevando al último extremo la negacion, en medio de la cual ella sola dominaba como sobre un campo de ruinas. La incredulidad en el órden intelectual, y la anarquía en el social, tal fué en el último siglo el reinado de la razon; y cuando los revolucionarios franceses quisieron personificar en una divinidad su idea dominante, no encontraron otro nombre que darle, que aquel tan hermoso y acariciado por los filósofos de aquella generacion, y padron ya para las venideras, de sangre, de crímen y de locura.

Pero todavía faltaba un paso mas que dar: la razon habia producido la nada, y ella misma podia muy bien no ser otra cosa que la nada. ¿Por qué habia de existir ella sola en el caos universal? ¿Qué certidumbre mas tenia de su existencia, que de la de cuanto le rodeaba? ¿Dónde estribar los piés? Dónde sentarse? Debia acabar por negarse á sí misma desesperadamente, como aquellos sitiados que, despues de haber pegado fuego á su ciudad se arrojaban por último á las llamas. La incredulidad terminó en el escepticismo; pero el escepticismo tampoco puede ser estable en el entendimiento, porque se destruye á sí propio; no le queda mas recurso que refugiarse en el corazon con el nombre de indiferencia, materializando en cuanto le es dable el espíritu, y sofocando todo pensamiento con la actividad de las pasiones. Tal es pues la fatal escala que desciende la razon abandonada de la fe; tal es la monstruosa generacion de la mentira: el error produjo la incredulidad, esta el escepticismo, el escepticismo la indiferencia; y este, que es realmente un progreso en el mal, podemos mirarlo como un bien en cuanto se va acercando mas á su término, porque el error seguido en todas sus lógicas consecuencias, es un círculo que por último viene á parar otra vez á la verdad. El que duda, en efecto está mas cercano de creer que el que niega, y el que huye de la discusion con un necio *¿qué me importa?* si bien mas degradado confiesa tácitamente que en la region del entendimiento la fe no puede sufrir enemigos, que solo del corazon pueden levantarse los infectos vapores que la oscurezcan, que es preciso creer en una palabra, ó aniquilar el espíritu, en cuanto está en la mano del hombre aniquilarle á fuerza de embrutecimiento y de goces materiales. Cuando reina la indiferencia, ya no se traba la lucha entre la razon y la fe, sino entre la fe y las pasiones; ya no se dice *esto no es verdadero*, sino *esto no me conviene*: mas como semejante argumento prueba muy poco acerca de la realidad de una cosa, y el entendimiento jamas enmudece del todo, tarde ó temprano disipa la ver-

dad la densa neblina, y muestra que solo es *conveniente lo verdadero*.

Cuando la fe brilla con toda su luz y calor, todo lo arrolla, intereses y pasiones; pues siendo tal la naturaleza del corazon, que se lanza á lo que como bien se le presenta, ilustrado por la fe acerca del valor verdadero de las cosas, no pudiera ménos de apetecer siempre el bien moral, de suerte que con una fe siempre viva sería imposible el pecado. Las faltas de la voluntad van acompañadas siempre de un error práctico en el entendimiento, error culpable porque es efecto de las pasiones. Así una fe sin obras se llama muerta; como una centella oculta entre cenizas, podréis extinguirla; pero no quitarle sus cualidades inherentes, el calor y la luz. Cuando un error formado lentamente por el hálito corrompido de las pasiones ha usurpado á la fe el dominio del hombre, no digais que ha sido vencida y desalojada, sino que ella habia ya desaparecido, dejando vacío el trono en castigo de la prolongada rebeldía de la voluntad. No hay ningun apóstata que no haya muerto la fe en su corazon ántes de renegarla con los labios.

Estas reflexiones que nos muestran el imperio de la verdad sobre el corazon humano, nos tranquilizan tambien acerca del término de esta letal indiferencia que embarga á nuestras sociedades, y que ha convertido la Europa en un vasto bazar ó en un harem voluptuoso. Cada dia se nos ponderan los adelantos industriales, los descubrimientos científicos, el movimiento comercial, los refinamientos de civilizacion que debe á nuestra época la humanidad; pero ¿qué mucho, si se ha encarcelado dentro de este círculo al espíritu humano, si se estudia la materia, se goza la materia, se explota en todos sentidos la materia? No parece sino que á toda costa se trata de ahogar el pensamiento, ora con el ruido de las máquinas, ora con el humo embriagador de los placeres; pero nunca tal vez se habia manifestado aquel tan vivo, tan inquieto, tan turbulento: su agitacion se parece á las convulsiones del animal á quien se privara del aire necesario á su respiracion. Difícil será á la edad futura, y lo es acaso para muchos de la actual, el comprender el carácter de este siglo, el conciliar tanto bienestar físico, con tanto malestar intelectual; tanto materialismo en las costumbres, con tantas ansias y vacío en el corazon; tanta frialdad, con tanta exaltacion; tantos goces, con tantos padecimientos, y por último esta mezcla de indolencia y agitacion, de muelle letargo y de febril delirio que le acosa: pero todo se explica en nuestro concepto diciendo, que se han dividido el dominio del siglo, el escepticismo y la indiferencia; esta risueña, indolente, egoista, vuelta de frente al mundo material; perdido el otro en las regiones del pensamiento, anhelante, desconsolado, presa de la misma desesperacion, del que rodara, sin poder hallar fondo, de abismo en abismo. Hé aquí en gran parte los hijos de este siglo, escépticos ó indiferentes

conforme su edad, sus ocupaciones y la naturaleza de su alma; los primeros, hombres de estudios y jóvenes particularmente; los segundos, hombres de mundo y de negocios; aunque mas á menudo alternan ambos males en un mismo individuo á horas y en casos distintos. La materia goza y canta sobre sus tesoros, el espíritu gime sediento de verdad; pero francamente nos estremecen mas aquellas risas y alegrías que estos lamentos, y si algo nos hace esperar en la salud del enfermo son sus ayes y quejidos.

Sea como fuere, aun en lo presente, tan lamentable como es, vemos un bien, y es que la razon queda herida de muerte como árbitra y legisladora. Todas sus transacciones con la fe, todos sus sistemas ó teorías mas ó ménos especiosas y estables, todos los puntos intermedios y principios de autoridad que entre Dios y la nada habian pretendido fijarse, todos han caducado ya, y ha sido reconocida su ineficacia. En un punto convienen la fe y el escepticismo, en la nulidad de la razon; aquella para alumbrarla, este para condenarla á oscuridad sempiterna. El que con ella se encuentre mal hallado, no tiene mas recurso que refugiarse á la fe; pero el que niegue la entrada á uno solo de sus rayos, recaerá sin remedio en la oscuridad. Por esto nos parece que se equivocan acerca de las necesidades y exigencias del tiempo los que aun en defensa de la verdad hacen gala de un espíritu harto raciocinador, y nos guian á su conocimiento por caminos tal vez los mas ingeniosos, pero largos y arriesgados: este siglo está cansado de razon. La grande alternativa que se agita es fe ó escepticismo, luz ó tinieblas, todo ó nada.

Hasta aquí nos ocupó la *fe religiosa*, y no es culpa nuestra si á menudo se rozó el hilo del discurso con otras clases de fe que no miran especialmente á la religion, porque las verdades de todo género se eslabonan. Tal vez desarrollarémos en un plan mas vasto algunos puntos que nos ha impedido ampliar la necesidad de pasar á otras materias.

II.

FE POLITICA.

Despues de las verdades del órden religioso, no las hay mas importantes y dignas de exámen, que las del órden social y político, en cuanto regulan nuestros deberes como ciudadanos, afectan la humanidad en estos grandes cuerpos que se llaman naciones, y establecen

en la tierra una paz y unidad, reflejo y preludio de las del cielo, ó presentan en ella una imágen de la region del desórden y del espanto. Despues de fijado el punto de partida y el término de nuestra peregrinacion, clavados siempre en él los ojos, el primer objeto de nuestra atencion es naturalmente la caravana á la cual debemos marchar unidos, cuidando de no extraviarnos del camino en medio de la general confusion : sin dar tampoco tanta importancia á estas cuestiones, que aspiremos á conquistar y á plantar nuestras tiendas en los paises que como viajeros no hacemos sino atravesar.

Sin embargo, este órden, aunque puramente humano, estriba en una base divina, que toda la sagacidad de los políticos y las teorías de los filósofos hubieran sido inhábiles para descubrir sin la revelacion. Las sociedades que de ella carecieron no sabían de dónde venían, ni adónde iban : ¿cómo habian de regular su marcha? Si algun punto se ha estudiado en este siglo, es sin duda el cambio que en la vida social y política de los pueblos introdujo el Cristianismo, y la constitucion y existencia nueva que les dió, y que á pesar del empirismo filosófico y del trastorno revolucionario subsiste todavía. Si las naciones no son mas que grandes individuos, la política no es en su esencia otra cosa que la moral de las naciones. Bajo este concepto hay mucho fijo y eterno en política; y en este campo que tan vago y oscuro se nos presenta á primera vista, hay marcados muchos rastros de sendero indeclinable, del cual no se puede salir sin deslizarse en un abismo. Sin mas código que el Evangelio compuso Bossuet un cuerpo de política cristiana.

Dios nos concedió la razon para el conocimiento de las verdades y la conciencia para el conocimiento de los deberes, y entrambas para suplir el hueco que en puntos ménos necesarios ó elevados nos dejó la revelacion, y para guiarnos en el palenque que esta reservó abierto á la actividad de nuestro espíritu y á los deseos del corazon humano. La conciencia pues y la conviccion de cada cual, pura de todo bastardo elemento que la oscurezca, es la que acaba de trazarnos el sendero político, que las verdades morales y reveladas señalan acá y acullá, como grandes piedras miliarias, y aun á trechos ciñen y encajonan, pero que generalmente dejan abierto en mil direcciones. Por tanto la fe política no es mas que una conviccion arraigada y sostenida por una buena intencion acerca de las ventajas de un sistema ó medida de gobierno; y en este sentido no excluye el error ni la variacion, pues partiendo de un principio humano, versa sobre un objeto humano tambien y variable; no excluye ni aun la accion lenta de las pasiones sobre el entendimiento que llegan á alterar; excluye solo una pasion calculada y en lucha con la conviccion, un interes egoísta, y en suma cuanto es hipócrita, dañado y mentiroso.

Así pues la política en la parte que tiene de eterno, de fijo, de in-

variable, en los deberes de la moral ó en los principios constitutivos de la sociedad, debe ser objeto de una fe tan eterna é invariable como la religiosa; en la parte que se adapta á las necesidades accidentales y al giro voluble de los siglos, á las formas de gobierno, al ejercicio del poder, á las teorías sucesivamente dominantes, nuestra fe será mas ó ménos prudente ó justificada, segun se adapte mejor á las lecciones de la experiencia, al conocimiento del corazon humano, especialmente en la generacion contemporánea, á ciertas analogías mas ó ménos visibles, que existan entre la sociedad eterna y las temporales, entre el órden del universo y el de un Estado; pero será siempre una fe meramente humana. En el segundo sentido podemos muy bien ser escépticos en política irreprensiblemente; en el primero de ningun modo. La primera fe no tiene analogía alguna con la segunda, pues pertenecen á un órden enteramente distinto; ántes bien suele ser tanto mas impaciente en sujetar su entendimiento á sistema ó autoridad humana el que es mas dócil á la divina, y el ojo acostumbrado á la luz vivísima de las verdades eternas, no encuentra á ménudo sino oscuridad en las inciertas é incompletas que se venden por tales en la tierra. De ahí se ve cuán perjudicial y erróneo sea asociar institucion alguna humana, por mas respetable que por su naturaleza y por la tradicion se nos presente, á las cosas de órden sobrenatural ó invariable, ó que se apoyen una en otra las dos clase de fe que hemos distinguido; sucede á menudo que flaquea y cae la humana y arrastra en su caida á su divina hermana, que sin ella se hubiera sostenido eternamente. Creia Lamennais en Dios y en la monarquía con una fe demasiado indivisible; vió desde el 1830 que *los reyes se iban*, y temió que con ellos se fuera Dios; ha visto luego la revolucion triunfante, y ha querido santificarla profanando á Dios é invocándole como Dios de las revoluciones. Creamos en cualquier órden enhorabuena, pero sepamos graduar nuestras creencias, y distinguir lo que podemos sacrificar, de lo que es, por decirlo así, inenajenable; y en el calor de la lucha abandonemos, si preciso fuere, á nuestros enemigos lo ménos importante, para salvar lo mas precioso, como aquel discípulo de Cristo que en Getsemaní dejó en manos de sus perseguidores la sábana en que se envolvia.

Y en efecto, no son las cuestiones de formas políticas tan trascendentales, que nos sea indispensable tomar acerca de ellas nuestro partido, pues en este caso resultaria una especie de acusacion contra Dios que las ha abandonado á nuestras teorías y disputas. Para resolverlas nos dió mas datos de los que se cree ó de los que se quiere creer, en la moral y en la revelacion; y la luz con que alumbran sería bastante para llevarnos á un mismo término feliz, cualquiera fuese el camino que tomáramos. El grande error del dia consiste en dar harto valor á las instituciones y harto poco á las costumbres, harto á

las leyes y harto poco á las voluntades; y el resultado infalible de esta situacion es la anarquía si triunfan estas, el despotismo si aquellas. Dadnos moralidad y habrá buena fe; dadnos buena fe, y ayudada algun tanto con la experiencia de lo pasado y con el conocimiento de lo presente, habrá concordia y unanimidad las mas veces en estas cuestiones de palabras, ó por mejor decir, de intereses, que ensangrientan á las naciones.

Hay empero una fe política que podemos llamar práctica, necesaria indispensablemente para la conservacion de las sociedades. Existe en todas ellas un poder supremo, ora resida en un hombre, ora en un consejo, ora en una asamblea, último juez de toda disension é identificado con el principio de verdad y justicia, alma, por decirlo así, de aquel cuerpo, Dios político de aquella limitada esfera. Invéntense las formas que se quieran, siempre encontrarémos en un Estado el centro de unidad, el límite mas allá del cual no se concede apelacion, la autoridad que prácticamente hemos de juzgar por tanto infalible é impecable, y á quien hemos de prestar nuestra fe política práctica: es decir, obediencia, miéntras no contrarie sus preceptos otra fe mas elevada. Explicado en este sentido el *derecho divino*, no vemos lo que haya de absurdo ni de opresor en dicho sistema, ni lo que pueda echarle en cara la *inviolabilidad constitucional* fundada prácticamente en el mismo principio de la impecabilidad del soberano.

Cuanto mas se acerque pues á la realidad, ora en sí, ora en el concepto de los pueblos, esta ficcion legal á la cual, si ha de existir órden, deben forzosamente prestarse: es decir, cuanto mas acompañada vaya la obediencia con la voluntad de fe política en el entendimiento, tanto mejor será la condicion así de los gobernantes como de los gobernados. No nos entrometerémos en pesar la suma de males y bienes que reunian en su tiempo nuestros antepasados, comparada con la nuestra; pero cuando otra ventaja no tuvieran que la fe política, en cuyos brazos descansaban, bastaria para inclinar la balanza en favor suyo. Serían tan desgraciados como querais, pero no lo sentian; y un mal no sentido vale tanto como un mal no existente. Y á los males que sentian resignábanse como á cosa irremediable, ó esperaban su remedio del tiempo ó de sus instancias, y rara vez era engañada su esperanza. Hasta en los siglos feudales, en la infancia de la civilizacion, los pueblos bárbaros, como se les llama, de humor áspero y violento, de hábitos guerreros y de fogosas pasiones, avezados á decidir por la fuerza sus querellas particulares, rara vez intervenian en las políticas; y si alzaban alguna vez bandera de insurreccion, victoreaban con ella misma á su soberano con alguna mas sinceridad que ahora, ó á lo mas cambiaban de dueño. No tenian *vida política*, pero tenian *fe*, como llamaban con admi-

rable instinto á la obediencia que prometian, y creian lo mejor sujetar sus entendimientos al mismo que habia de mandar en sus acciones. Y guardaos de separar entrambas cosas; que rara vez obedece la voluntad lo que el entendimiento no cree. Solo preguntarémos á los que juzgan saludable y necesario exponer el gobierno á la fiscalizacion de los gobernados y erigir en juez moral al que ha de ser juzgado prácticamente, si creen ó no en la necesidad de una autoridad definitiva, de un poder supremo, que sea irresponsable, y de una obediencia que no penda del capricho de la voluntad de cada cual. En este caso ó el poder desaparecerá, ó pesará sobre la voluntad un yugo que rechaza el entendimiento, situacion tan poco duradera como de un malestar inconcebible. Se dirá que en el sistema representativo queda el poder supremo irresponsable, y solo recae la censura en los consejeros: á lo cual responderémos simplemente, que en los años que lleva aquel sistema desde su aparicion, no hemos visto ministro alguno ahorcado, y sí destronados muchos reyes, y muchas sociedades desquiciadas. Cuenta que aquí no hacemos sino lamentar el mal que está á la vista, pero no indicamos su remedio; cuanto mas que lo creemos duradero como encarnado en los ánimos, y que léjos de ser efecto de las instituciones, es su causa, y sobrevivirá á ellas mismas, porque la fe no se manda como una ley, ni se establece en un dia.

En un siglo razonador por excelencia, que suaviza las costumbres hasta enervarlas, evita las batallas hasta envilecerse, y condena la fuerza material bajo todos aspectos, extraño parecerá que se haya proclamado esta como razon suprema. ¿Qué es lo que colocais en efecto sobre el jefe del Estado? la revolucion: ¿cómo exigirle la responsabilidad? por la revolucion, es decir, por la violencia. La violencia es una arma tan terrible en los gobiernos cual medio de represion, como en los gobernados cual medio de ataque. Cuando los pueblos no ven un padre sino un dueño en su soberano, no está muy distante este de no ver en ellos hijos, sino esclavos. Pero la violencia no es un Estado durable, y si de las entrañas de la revolucion ha de nacer un gobierno, cualquiera sea su forma, debe correr por el mismo círculo: así que la fe política es tan indispensablemente vida de las sociedades, como la fe metafísica vida del entendimiento.

Las mismas revoluciones, cuando, digámoslo así, se estrenan, se obran con cierta fe terrible de mejora, fe que si ha de medirse por las víctimas que ha hecho inmolar, reconoce muy pocas mas intensas en el órden humano. Engañaríase el que en las revoluciones verdaderas quisiera explicarlo todo por motivos de corrupcion, de egoismo ó de venganza; mucho habrá de ello, en los jefes especialmente; pero la corrupcion enerva, el egoismo acobarda ó trata de conservar lo conquistado, la venganza no se ensaña sino contra personas ó

clases determinadas; mas ¿cómo explicar el vigor salvaje, el desprendimiento, abnegacion y hasta heroismo, el espíritu de ferocidad y de destruccion ilimitada que caracteriza á las masas revolucionarias, y que presta á la revolucion francesa del siglo pasado esa grandiosidad que, aun abominándola, admiramos? Y es que cuanto se hace con fe, aunque extraviada, tiene algo de grande y sobrehumano, aunque sea la destruccion; por esto son tan terribles las escenas que ofrece el fanatismo, y las del egoismo tan miserables. El fanatismo revolucionario, al par que el incrédulo, aniquilaba entónces los entendimientos y ahogaba los corazones con nunca vista tiranía, y los arrastraba contentos al suplicio en nombre del mismo ídolo que se habian forjado. De la misma suerte que los pueblos que no creen en los sacerdotes consultan á los hechiceros, siguen á sus tribunos cuando desconfían de sus monarcas.

Aun en nuestra España, donde mas viva se mantuvo la fe monárquica, y donde la revolucion, léjos de haber nacido espontáneamente, fué impuesta por sorpresa, no carecieron de cierta fe en sus primeros ensayos algunos de los que la proclamaron. Muchos de los *pensadores* de Cádiz en 1812 creyeron haber hallado en su código la inmortal panacea contra todos los males de la nacion, y algunos hay á quien tan repetidos escarmientos no han desengañado todavía. Tantas tentativas desgraciadas para restaurarlo, que convirtieron en *mártires* á sus autores, muestran que esta fe no estaba muerta todavía en 1820: y los que recuerdan con irónica sonrisa las sociedades patrióticas, el furor de himnos y divisas, los retos á la Europa entera, y demas exageraciones democráticas que estuvieron de moda en aquella época, se olvidan de que si tenian entónces toda la locura de la juventud, tienen ahora todo el cálculo y frialdad de la madurez. Al ver á uno de aquellos veteranos que se entusiasma y palpita todavía con los nombres de antiguos ídolos, que muchos aun invocan, pero en quienes nadie apénas cree, no podemos decir si le compadecemos ó le envidiamos; pero ciertamente nos parece mas apreciable que tantos especuladores revoltosos, cuyas doctrinas se rigen por el barómetro de su fortuna.

Pero la fe en las revoluciones pasa muy pronto; los seducidos se espantan de su propia obra, los gananciosos intentan ahogarlas para salvar lo adquirido, los descontentos sienten mas su malestar y se despierta su codicia á vista del botin de los otros. Así como la incredulidad degenera en escepticismo, así el egoismo reemplaza muy pronto á las pasiones revolucionarias. Entónces continúa la revolucion, pero ya no con pretexto del bien comun, sino en pro de ambiciones particulares, lucha que no por mas mezquina es ménos desastrosa. Hé aquí lo que entre nosotros sucede en este tercer periodo, especialmente desde que el término de la lucha civil quitó todo pretexto de

guerra dinástica. Nada al parecer ha faltado á nuestra revolucion, que pudiera hacerla terrible y grandiosa en su mismo exceso: sangrienta y porfiada lucha en los campos, incendios y matanzas en las ciudades, desaparicion de lo mas antiguo y sagrado, trastorno de ideas, cambio de costumbres, estremecimiento del mismo trono; y á pesar de estas escenas, todas trascendentales, ¿cómo es que no nos inspira siquiera el respeto que se confunde con el espanto, que nunca se nos presenta sino como una miserable parodia, como una tragedia tremenda en sí, y tal vez sublime, pero representada por cómicos de la legua? Y no es toda la culpa de las cualidades personales de los hombres que en ella han jugado; que ni España agotó ya tanto su jugo en los grandes hombres que produjo, que haya quedado para siempre estéril, ni han faltado enteramente hombres de gobierno, tribunos ardientes, generales expertos, genios improvisados. ¿Cuál es pues la causa de la pequeñez con que se nos presentan? Es que ningun hombre puede ser grande si no le anima una conviccion, ninguno que no coloque su engrandecimiento en alguna idea, ninguno que no sea levantado en hombros de un pueblo; y el nuestro no ha adoptado la revolucion, no tiene fe en ella, así como no tuvo lo bastante para reprimirla. (*Se concluirá.*)

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

ESTUDIOS

HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y LITERARIOS,

SOBRE LOS JUDÍOS DE ESPAÑA,

POR

D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

(UN TOMO EN 4.°)

El lamentable atraso en que, como es harto notorio, se hallan en España los estudios históricos, proviene de varias causas, comunes unas á todos los estudios, peculiares otras de los de esta clase. Excusado es hablar de las primeras: ¿quién no las conoce? Entre las segundas, parécenos que son las mas notables: 1.ª la suma dificultad de esos estudios, nacida de la escasez y desórden de los datos elementales en que necesariamente han de apoyarse: 2.ª la poca ó ninguna recompensa que aguarda y ha aguardado siempre, por lo general, á los que á ellos se han dedicado entre nosotros. De estas dos causas reunidas proviene nuestra gran pobreza presente en este ramo importantísimo de la literatura.

No nos faltan, se dirá, monumentos escritos de todas las edades de nuestra historia, desde las prolijas crónicas de la restauracion goda, hasta las no ménos prolijas relaciones de la última guerra de sucesion, consignadas en folletos y en papeles públicos; escrito está en letras de molde y aun en romance vulgar, todo lo que ha sucedido en España, año por año, dia por dia, desde la infausta jornada del Guadalete hasta la crísis ministerial de ayer ó esotro dia; pero ¡cómo está escrito! ¡en qué confusion, en qué desórden se hallan todos esos materiales imprescindibles para el historiador moderno, que tiene que desenterrarlos de los archivos, que cotejarlos (cuando logra dar con ellos) unos con otros para justificar los errores de fechas y de hechos, en suma, que tiene que desbrozar el terreno como un rotu-

rador primitivo de suelos vírgenes, ó como un estatuario precisado á desgastar él mismo el pedazo de mármol en que ha de ejercitar despues su difícil arte. Tal vez haya alguna exageracion en estos símiles; pero los que entre nosotros han probado á escribir de historia, y señaladamente si ha sido de tiempos antiguos, saben muy bien que hay en ellos un gran fondo de verdad. La historia de otras naciones, de Inglaterra y Francia en especial (triste es, pero necesario tener que volver siempre la vista á esas naciones), es como un campo trillado una y cien veces, en que con poco afan se pueden coger opimos frutos y preciadas flores; allí los hechos están perfectamente puestos en limpio y esclarecidos ademas por multitud de versiones distintas, de juicios contradictorios, de comentarios ingeniosos: la tarea del historiador se limita á la clasificacion metódica de esos hechos, á su narracion elecuente y sus deducciones filosóficas y morales. Tarea vastísima, es verdad, pero llevadera, inteligente y grata. El trabajo casi manual y grosero de la preparacion y limpia de materiales es nulo en ella. Para el historiador español es casi lo principal. Y ¿qué dirémos cuando el argumento elegido por este es de suyo árduo y oscuro? ¿Qué cuando es uno de esos puntos de historia, sobre los que no existen mas que algunos datos escasos, algunas relaciones parciales, truncadas estas y aquellos muy confusos? ¿Qué cuando es de aquellos en que aun en esos escasos datos es sabido que la verdad ha de estar necesariamente desfigurada, porque las preocupaciones, el odio y la ignorancia jamas abdican sus fatales derechos? Aquí sí que se necesitan un raro criterio, una diligencia incansable, una paciencia benedictina para llegar á una narracion razonable siquiera, y para no incurrir á cada paso en los mas manifiestos errores, como tantos y tantos que de bonísima fe han repetido lo que en este ó el otro documento contemporáneo, tal vez único, hallaron escrito. Y creyeron en ello, como en artículo de fe, sin considerar que de tal suceso, ocurrido hace un mes en Navarra ó en Cataluña, tenemos veinte y cinco relaciones contemporáneas, y todavía sin embargo no sabemos de positivo la verdad del caso, ó si la sabemos es porque, cotejándolas todas unas con otras, tomando en cuenta las opiniones y los intereses de los que le han referido, y ademas las circunstancias accesorias, hemos podido por fin apurar lo que hay de cierto en cada uno.

En todo suceso histórico hay dos cosas que rara vez se confunden, ó en otros términos, que rara vez se reducen á una misma; la causa aparente y la causa real, la razon pública y la razon privada; en suma, hay en todo suceso y en su *modo* de manifestacion, la historia oficial y la historia secreta, aquella casi siempre engañosa, esta verdadera; aquella notoria á todos, esta encerrada por lo comun entre un cortísimo número de adeptos, discretos por naturaleza y por in-

teres : de qui la ignorancia en que el público queda las mas de las veces de las verdaderas causas de los sucesos, que todos sin embargo conocen. Aleccionados en fin por una larga experiencia, y roto el talisman en que envolvia antiguamente el poder sus actos en impenetrables tinieblas, rara vez dejamos ya de buscar en esos actos la causa oculta debajo de la causa aparente, y no es raro que logremos encontrarla. La política y la diplomacia han perdido mucho de sus misterios; la participacion de todas las clases en el gobierno; la libertad de la imprenta, que lleva atrevidamente la luz de la investigacion á todas partes, facilitan hasta lo sumo esa tarea de apuracion de la verdad; mas si aun así y todo solemos perdernos (y todos los dias lo estamos viendo) en descabelladas conjeturas, ¿qué sería en aquellos tiempos en que una sombra defendida por el comun respeto rodeaba como una muralla de bronce la region del poder; en que este era patrimonio exclusivo de una clase, y en que el vulgo de las gentes así se curaba de la cosa pública y de los actos del poder en su propia patria, como nos curamos nosotros de lo que pasa en las inexploradas regiones de la Australia, ó de las últimas revueltas ocurridas en la corte de Tambuctú?

Para suplir los medios de averiguacion con que hoy contamos, solo puede apelar el historiador moderno, en punto á datos escritos, á dos minas preciosas, inagotables en otros paises, pero escasas en el nuestro, las *correspondencias* y las *memorias* particulares. En Francia especialmente, las *memorias* de los hombres célebres en política y armas, abundan de un modo prodigioso; merced á ellas, apénas hay punto ántes oscuro de la historia francesa, que no esté hoy completamente dilucidado hasta en sus mas recónditas y tenues ramificaciones. Entre nosotros no sucede lo mismo. El tiempo y la actividad que los hombres notables del vecino reino dedicaban á ilustrar los sucesos políticos de su nacion desde la época del renacimiento de las letras hasta el siglo XVII, lo dedicaban los del nuestro á metrificar elegantemente y á legarnos esa inacabable cosecha de romanceros y cancioneros, que por muchos años todavía ha de fatigar las prensas con nuevos hallazgos de rimas inéditas. Obsérvese el inmenso número de altos personajes españoles que escribieron en verso desde el reinado de D. Pedro I hasta el de nuestro último monarca austriaco. Obsérvese tambien cuán pocos de entre ellos se dignaron referir en humilde prosa, y esclarecer de algun modo las cosas de su tiempo. Hemos solido tener muy abandonadas la política y la historia y la filosófía; pero la amena literatura siempre ha rayado muy alto en nuestro suelo. Véase ese brillantísimo siglo XV. ¿A qué tendia, en qué se ocupaba nuestra aristocracia? En manejar la lanza y en cultivar las musas. Versos hacia el condestable D. Alvaro, versos D. Fadrique de Toledo, versos Hernan Perez de Guzman y

Lopez de Ayala, y otros cien, y hasta los mismos prelados y monarcas. Aquellos versos eran bellísimos, pero por lo comun solo trataban de amores, de pasatiempos fútiles. Siempre los españoles hemos sido excelentes en las cosas de escasa utilidad práctica; siempre hemos tenido poco desarrollado el órgano de la *aplicatividad*, como dicen los frenólogos. Grandes inventores, hemos descubierto la fuerza motriz del vapor (Blasco de Garay), y la circulacion de la sangre (Miguel Servetó), y los telégrafos eléctricos (D. Francisco Salvá); pero tampoco hemos hecho mas que descubrir estas grandes cosas: otros las han *explotado*, como hoy se dice. ¿Habrémos de añadir que en el campo de la literatura ha venido á suceder lo mismo? Miéntras Felipe de Commines ilustraba en sus magníficas *Memorias* el importantísimo período histórico de Luis XI y Cárlos VIII, nuestro gran marques de Santillana escribia el *Infierno de los enamorados*, importaba á nuestro parnaso el soneto italiano (*fecho al itálico modo*), y enseñaba prácticamente á sus contemporáneos la forma dramática en su linda *comedieta de Ponza*. Don Iñigo Lopez de Mendoza y Felipe de Commines representan, digámoslo así, la aristocracia española y francesa de aquellos tiempos, mas brillante, mas docta sin duda la primera; mas sesuda, mas atenta la segunda á los altos intereses del Estado.

Estas y otras reflexiones nos ha sugerido el notable libro que acaba de publicar el señor Amador de los Rios, y su detenido exámen nos ha afianzado mas y mas en la persuasion de que es una tarea sobre todo encarecimiento ímproba la de escribir la historia entre nosotros, especialmente si el asunto elegido pertenece á tiempos antiguos y no se circunscribe el escritor al conocido sendero de la narracion descarnada y pobre de crítica, que de lo que podemos llamar los *hechos aparentes* nos han dado en varias épocas diferentes escritores. Cierto que el señor Amador de los Rios ha acometido una empresa de aquellas en que

«El atreverse solo es heroismo.»

Apresurémonos á decir que la ha desempeñado con lucimiento.

Nada mas oscuro que la historia del pueblo hebreo enlazada con nuestra propia historia; nada mas difícil de deslindar que la parte que verdaderamente le corresponde en la grande obra de la civilizacion española, á la que sin duda contribuyó, ya activa, ya pasivamente, con sus luces, con sus tesoros y aun con sus mismas tribulaciones y padecimientos. Siempre mezcladas por espacio de once siglos, y nunca confundidas las razas goda y hebrea, es curioso observar cómo la primera va absorbiendo en sí á una parte de la segunda, ó mas bien cómo esta última va imprimiendo en aquella al-

gunos de sus caractéres peculiares, aunque defendiendo siempre con una admirable fuerza de inercia su individualidad propia, su tipo primitivo, y conservando ilesa la religion de sus padres en medio de la violenta animosidad de sus dominadores. ¡Qué de milagros de ingenio, de astucia, de perseverancia, de sufrimiento no supone esa resistencia de tantos siglos á una fuerza de compresion relativamente inmensa! ¡Cómo se descubren en esa lucha terrible los caractéres orgánicos del pueblo israelita, la sagacidad, la paciencia, la obstinacion, sobre todo, que parece ser la cualidad distintiva de esa raza predestinada á la humillacion, á la servidumbre y al odio! El mismo espectáculo que presenta en grande el pueblo deicida, cruzando en su dolorosa peregrinacion por el mundo regenerado, se reproduce en menor escala en el tránsito de una fraccion de ese pueblo por el suelo, para ella tan querido y algun dia tan inhospitalario, de nuestra España.

Con selecta erudicion, sana crítica y digno lenguaje, nos presenta con todos sus pormenores el señor Amador de los Rios ese espectáculo nuevo y verdaderamente grandioso, bajo el modesto título de *Estudios sobre los judíos de España*. Los divide en *históricos*, *políticos* y *literarios*; mas esta division es solo nominal, pues para la narracion de los hechos sigue muy acertadamente el órden cronológico, sin separar las materias con arreglo á aquella clasificacion que en la práctica le hubiera ocasionado muchas repeticiones y una confusion inevitable. Esas tres fases de los sucesos, la histórica, la política, la literaria, deben ir siempre unidas en la narracion, como lo van en la realidad, salvo á que el historiador se pare mas en aquella á que mas le incline su aficion, ó que mas á fondo conozca. Así el señor Amador de los Rios, poeta elegante, literato de delicado gusto y anticuario entendido, se detiene con particular predileccion en la parte literaria de su asunto, y como que se complace en esclarecerla y apurarla. Léjos de hacerle por ello un cargo, la crítica tiene que agradecerle entre otras cosas los excelentes juicios que da en su obra de una multitud de autores y de escritos poco ó nada conocidos hasta ahora, y la luz que ha logrado derramar sobre una época literaria tan oscura hasta el dia, como la que comprende los siglos XIII y XIV.

No es este, empero, el único mérito que brilla en la obra del señor Amador de los Rios; bajo el punto de vista de la crítica histórica y política es tambien sumamente notable. Demos una prueba de ello. Cuantos conocen bien nuestra historia de la edad media, las vivaces pasiones religiosas, digamos mas bien, el fanatismo que una guerra de religion y de independencia juntamente fomentaba (muy afortunadamente para nuestra nacionalidad) en aquellos duros siglos entre los españoles, no habrán dejado de preguntarse alguna vez con ex-

trañeza, ¿cómo los cristianos, en medio de su horror y de su desprecio á los judíos, legitimados por tantas causas, justas unas, injustas otras (sabido es cuántos desastres públicos se les achacaron, cuántas traiciones se les atribuyeron sin razon), cómo, decimos, no intentaron nunca su total expulsion durante la guerra contra los árabes, mas los protegieron en realidad como á pueblo, con leyes especiales que solo la violencia brutal hacia alguna vez impótentes, y los honraron muchas veces individualmente con cargos y distinciones, y *buenos donadíos*, como declara la conocida redondilla de Rabbi Don Santo de Carrion? En estos términos nos da el autor la clave de este problema histórico: «El pueblo de D. Pelayo habia menester, no obstante, de la ayuda del pueblo hebreo, porque no se bastaba á sí mismo. La guerra era su ocupacion mas noble, su necesidad suprema. Todas las artes que no tenian relacion con la guerra, eran vistas por ellos con entero desprecio, y consideradas como indignas de su valor. El pechero cultivaba acaso las tierras; el hidalgo solo sabía esgrimir la espada ó blandir la lanza. Los goces de la guerra y del campo no fuéron al cabo suficientes para satisfacer las necesidades de la vida: los elementos de cultura que estaban en manos de los judíos, llegaron á ser indispensables á los cristianos; y hé aquí cómo naturalmente hubieron de aminorarse sus odios y rencores, si bien nunca llegaron á extinguirse. Los hebreos comprendieron por otra parte la situacion en que se hallaban, y no tuvieron mas medios de vida que el de someterse á la suerte fatal que los cobijaba. Los servicios que hacian eran pagados con el desprecio y vistos con desconfianza; su industria servía, cuando mas, para satisfacer los caprichos de algunos jóvenes magnates; sus ciencias eran continuo pábulo de terribles sospechas. Y sin embargo, los judíos extendian su comercio, acrecentaban su industria, aseguraban su existencia á fuerza de sufrimiento, y acudian con cuantiosos pechos á sostener el militante Estado.»

Discurriendo el autor sobre las grandes matanzas de judíos que en los reinados de D. Enrique II y de D. Juan I fuéron tan comunes, y señaladamente sobre el saqueo general de las aljamas, y horribles estragos cometidos en Barcelona, Búrgos, Zaragoza y otras principales ciudades del Reino en agosto de 1391, dice muy oportuna y elocuentemente: «Las *juderías* de casi toda España quedaron pues enteramente destruidas, hollados todos los derechos y escarnecida la justicia. Pero el pueblo cristiano que tan desapiadadamente se ensañaba contra los judíos, no veia, al destruir su industria y al arrebatarles los medios de desarrollarla cumplidamente, que echaba sobre sí cargas, con ellos ántes compartidas, y que ahogaba en la sangre el gérmen de la prosperidad y bienandanza. ¿Qué se hicieron, en efecto, los numerosos telares de Toledo y Sevilla? ¿Qué fué de los

ricos mercados, en que hacinaban los hebreos todos los productos del Oriente y del Occidente, en que las sedas de Persia y de Damasco, las pieles de tafilete y las joyerías de los árabes competian?.... Ardieron las tiendas del *alcana* en Valencia, Toledo, Búrgos, Sevilla y Barcelona; quedaron desiertas sus calles, y las rentas de las iglesias y de los reyes no pudieron ménos de sufrir un señalado quebranto, como se demuestra con la historia de la célebre capilla de los *Reyes nuevos* de la antigua corte de los visigodos. Al edificar D. Enrique II este suntuoso enterramiento para sí y para su familia, habia dotado á los capellanes con parte de los tributos que rendian los hebreos de Toledo: la ruina casi completa de aquella *judería* quitó á D. Enrique III los medios de acudir al sostenimiento de la real capilla, viéndose desvanecidas las esperanzas del fundador; cuya confianza sin límites en la exactitud y seguridad de los pagos le habia inducido á imponer dichas rentas sobre la *judería*. En los grandes y continuos apuros de los reyes, cuando las guerras con los sarracenos agotaban los impuestos y contribuciones, las arcas de los judíos estuvieron siempre abiertas. Arruinando sus propiedades, destruyendo su industria y su comercio un pueblo, cuyo mas preferente empleo era aun el ejercicio de la guerra, siendo por esta causa incapaz de reemplazar aquella industria con otra mas floreciente, y aquel comercio con otro mas activo y abundante, no solamente atentó contra las buenas máximas sociales; no solo hizo á la humanidad, al Evangelio y á las leyes del Reino una grande ofensa, sino que dió un paso altamente impolítico, cuyas consecuencias no pudieron ménos de sentirse mas adelante. Las matanzas de Sevilla, Toledo, Búrgos, Barcelona, Valencia y Córdoba fuéron las premisas naturales del problema que un siglo despues resolvieron los Reyes Católicos. ¿Y á quién debe culpar la sana é imparcial crítica de estos crímenes, de estos horrorosos atentados? En nuestro juicio no debe echarse toda la culpa al arcediano de Ecija: la lenidad é indiferencia de Don Juan I son por lo ménos tan culpables como el celo indiscreto y el intolerante fanatismo de D. Hernando Martinez y de los que le siguieron.

«Los judíos, sin embargo, recogieron los restos de aquel espantoso naufragio, y resignándose con su desgracia, pensaron solo en reconstruir la despedazada nave, expuesta siempre á fracasar, y agitada por contrarios y rabiosos vientos. Entre los medios que juzgaron mas á propósito para reponerse de aquella catástrofe, parecióles conveniente el apelar á la generosidad y á la clemencia de los magnates, prometiéndoles, para conquistar su proteccion, nuevos pechos y tributos.»

El corazon se contrista con la relacion de tantos desastres, de tanta ferocidad por una parte, de tanta paciencia, mejor dicho, de

tanta obstinacion por otra. La paciencia de los judíos no era la conformidad estúpida de las razas fatalmente serviles; era la resignacion forzada, pero sombría, rencorosa, de un pueblo caido que, en medio de su postracion presente, sueña todavía con una rehabilitacion imposible. Doblaban la cabeza hasta el suelo para morder los talones á sus opresores. Aquí, como en todo el discurso de la historia del pueblo hebreo, desde su cautividad en Egipto, se revela esa entereza sobrehumana, esa increible tenacidad orgánica que ya hemos señalado como la base esencial de su carácter, y que es la verdadera clave por donde puede explicarse aquella historia tan llena de maravillas. Una expresion trivial, pero muy significativa, pudiera resumir la historia de ese pueblo, y ser en cierto modo su divisa: *Cachaza y mala intencion*. Los judíos sufrian con paciencia, pero se vengaban como podian. «No quiero, decia la piadosa reina Doña Leonor, pedirles jamas ningun servicio, porque no me maldigan en secreto (Florez, *Reinas Católicas*).» Las maldiciones son un linaje de venganza como otro cualquiera, y ningun pueblo las tiene tan atroces como el pueblo de Dios. *¡Así te veas como el café!* es decir, tostado, molido, infuso y tragado, es una de ellas. Véanse sus libros sagrados, la historia de sus padres, tesoro inagotable de ira y maldiciones, cuando no es un mar de sangre. Dios habla á su pueblo el lenguaje de la cólera y de las venganzas. ¿Qué les dice en la tierra de Canaam? «Que si no quisiereis matar á los moradores del pais, los que quedaren serán para vosotros como punzones en los ojos y rejones en los costados, y combatirán contra vosotros en la tierra de vuestra morada; y yo haré contra vosotros todo lo que tenia resuelto hacer contra ellos. (*Números*, XXXIII.)» Así todos los actos de los israelitas, en la fuerza, son la destruccion, el exterminio; todas sus palabras en la desgracia, respiran concentrado furor y propósitos de venganza.

Uno de los capítulos mejor escritos de la obra del señor Amador de los Rios, es á nuestro juicio el VIII del Ensayo 1.°, referente al establecimiento de la inquisicion en España, base fundamental de nuestra admirable unidad política y religiosa. Imposible era afianzar la primera sin el sólido cimento de la segunda. Estados ántes independientes entre sí, diferentes en costumbres, historia y lenguaje, frecuentemente divididos por largas guerras, mal podian amalgamarse sin el auxilio de un poderosísimo elemento de union, que cerrase irrevocablemente la puerta á toda eventualidad de grandes revueltas y desmembraciones futuras: tal fué sin duda el pensamiento de los Reyes Católicos al establecer el tribunal de la inquisicion, y hé aquí no solo explicado, mas justificado aquel gran pensamiento. De aquí á justificar los actos todos del nuevo tribunal hay una distancia inmensa: muchos fuéron impolíticos, muchos á todas luces execrables. Léanse las excelentes

reflexiones, apoyadas en hechos, que sugiere este punto al autor del libro que vamos examinando; léanse tambien las que consagra al edicto de expulsion de los hebreos en 1492, uno de los mas grandes atentados y de los actos mas impolíticos de que hace referencia la historia moderna: el señor Amador de los Rios tiene el mérito de haber demostrado ademas el primero su inconveniencia bajo el punto de vista de la *legalidad*, y bajo el de la civilizacion y cultura científica y literaria. Mucho se ha debatido aquella medida bajo el aspecto económico y el que hoy se llama humanitario; pero bajo aquellos otros dos conceptos poco ó nada se ha dicho. El señor Amador de los Rios los ha examinado, en especial el segundo, con una lucidez y una elevacion dignas de todo elogio.

Ya hemos dicho que en aquella parte de su ardua empresa que mas directamente se roza con las bellas letras, es, á nuestro sentir, en la que mas alto raya el autor, y en la que mas cosas nuevas y elegantemente expresadas contiene su obra. Nadie como él ha llevado hasta ahora la luz de la crítica al campo escasamente explorado de la literatura rabínica española. No nos engolfarémos, siguiendo al señor Amador de los Rios, en ese campo vastísimo: bástenos llamar la atencion de los inteligentes y de los aficionados sobre esta interesante parte de su trabajo. En ella (capítulo VII, ensayo 2.°) se impugna, con copia de buenas y corteses razones, una opinion sentada por el autor de este artículo en una coleccion de rimas inéditas que publicó en Paris hace cuatro años, ménos conocida en España de lo que tal vez debiera, y en la que se atribuye al marques de Santillana un poema que, en sentir del señor Amador de los Rios, pertenece al judío converso D. Pablo de Santa María: hablamos de las *Edades del mundo*. A la vista están los fundamentos de su opinion y los de la nuestra, pues, sea dicho en paz, todavía insistimos en ella: el público fallará. Bástenos decir, que uno de los principales argumentos en que apoya la suya el señor Amador de los Rios, que es el mérito de la obra incompatible con la corta edad del Marques en la época en que suponemos que la compuso, no nos hace fuerza: creemos que la obra vale muy poco, y que de modo alguno demuestra que su autor estaba «dotado de grandes conocimientos históricos», ni que «no se habia apagado aun en él aquella imaginacion oriental, patrimonio del pueblo hebreo, que tanto enriquecia y animaba las descripciones poéticas, aunque la forma de sus pensamientos era algo ruda é incorrecta». Ni erudicion, ni imaginacion vemos nosotros en aquella árida reseña de hechos pertenecientes á los tiempos bíblicos, sacados puntualmente de la Vulgata, y seguida de una relacion cronológica de los reyes de España. Esta diferencia en nuestros juicios tiene sin embargo una explicacion que nosotros aceptamos desde luego francamente, por mas que nos sea poco lisonjera: acaso el señor Ama-

dor de los Rios, tan versado en las lenguas orientales, halle en el texto de las *Edades del mundo* primores de diccion y perfecciones de interpretacion y version que le seduzcan, y que no están al alcance de los que, como nosotros, desconocen el texto hebreo de las Escrituras.

Cordialmente felicitamos al Sr. Amador de los Rios por su excelente trabajo, que le asegura un lugar muy distinguido entre los buenos historiadores de la moderna escuela filosófica. Creemos que su obra no tardará en ser traducida á otras lenguas, condicion precisa, por desgracia, para que entre de lleno en circulacion por el resto de Europa. Lo merece sin duda por su notable desempeño, y será para nosotros una verdadera satisfaccion, así el que nuestro jóven y estudioso amigo obtenga esta justa recompensa de sus desvelos, como el que por este medio contribuya á que se vaya mas y mas desvaneciendo la opinion poco ventajosa que de nuestras luces y cultura se tiene todavía sin razon mas allá del Pirineo.

EUGENIO DE OCHOA.

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

Aspecto general de los progresos de la Filosofía Moral, especialmente durante los siglos XVII *y* XVIII, *por Sir James Mackintosh.*

ARTICULO III.

Nos hemos comprometido á exponer en esta última parte de nuestro trabajo, las opiniones originales de nuestro autor, no ya extractándolas de la obra que examinamos, y clasificándolas segun los asuntos á que se refieren, lo cual formaria un tratado demasiado extenso para caber en el cuadro de una *Revista*; sino desde luego enumerando las prendas que lo distinguen como moralista teórico, y despues copiando algunos pasajes notables, en que mas lucen su recto juicio, su profunda análisis y su acertado método en la discusion de esta clase de asuntos. De este modo nos proponemos dar á conocer á la juventud estudiosa de nuestro pais uno de los filósofos modernos, cuyas huellas pueden seguir con la confianza de no extraviarse en averiguaciones inútiles ni en peligrosos errores, miéntras ofrecemos al mundo científico en general, uno de aquellos genios destinados á influir en la mejora de su especie, y un escritor digno de gratitud por los auxilios que presta á la meditacion y al exámen de tan altas especulaciones, y por los servicios que ha hecho á la filosofía.

A tres puntos pueden reducirse las cualidades que distinguen el

sistema de este escritor: 1.° Su exposicion y defensa de los sentimientos desinteresados. 2.° Su propension á ampliar el alcance del bien moral. 3.° La alianza que descubre entre la razon, el sentimiento y la conciencia, para constituir la facultad moral, ó la aptitud á conocer y practicar todo lo que está de acuerdo con las reglas de la virtud y de la justicia.

La doctrina de los sentimientos desinteresados es de una fecha muy reciente en el cultivo de la ética. Los antiguos la desconocieron enteramente, y los escolásticos estaban demasiado embebidos en distinciones sutiles y disputas intrincadas, para poder caer en una verdad tan sencilla. En las escuelas griegas, copiadas despues por el escolasticismo, dominaron alternativamente, como móviles de nuestras acciones, el interes personal, la tendencia al bien general, que es casi el utilitarismo de nuestros dias; la superioridad de la virtud y su predominio en toda nuestra conducta, y el arreglo al modelo divino, que es la cualidad distintiva de la doctrina platónica. Innumerables son las respuestas que podrian extractarse de las obras de los antiguos á esta pregunta: ¿cuál es el origen del sacrificio y de la abnegacion, y por qué inmola el hombre su bienestar á su deber? y en ninguna de aquellas respuestas hallaríamos el mas lijero vestigio de la noble, elevada y consoladora doctrina á que hemos hecho alusion. En algunos pasajes de los filósofos griegos se habla del amor á la virtud, solo por ser virtud, sin consideracion alguna al provecho del que la ejerce; pero en ninguno de ellos se hace mencion del ejercicio de la virtud como objeto de una aficion. Ciceron, que daba tanto precio á la alabanza, y que llegó á considerarla como uno de los fines que debe proponerse el hombre virtuoso, volvió de este error en su magnífico *Sueño de Scipion*, y en uno de los mas notables pasajes de aquella obra, se declara por la virtud considerada en sí sola, y sin otro incentivo que la atraccion que por sí sola ejerce: *Suis te illecebris oportet ipsa virtus trahat ad verum decus:* palabras en verdad sublimes y dignas del héroe á quien el autor las atribuye, pero que descubren el orgullo romano unido al idealismo platónico, y que excluyen enteramente el gran móvil de la virtud, como la ética moderna la concibe: es decir, la parte afectiva, la cual, por regla general, nunca fué bien entendida por la filosofía antigua.

Una cosa es amar á la virtud por sí misma, á cuyo resultado pueden llegar por caminos opuestos platónicos y estóicos, místicos y racionalistas; y otra es poner en práctica la virtud, sin saber siquiera el sentido de la palabra abstracta, y solo por un impulso impremeditado, igual en su índole al que nos mueve á buscar el objeto de cualquier otro afecto de los que puede abrigar nuestro corazon. Los que practican de este modo la virtud, sin preparacion, sin escuela, sin sacar consecuencias de principios establecidos, son como los que

nacen dispuestos á juzgar con acierto y buen gusto de las producciones artísticas. En uno y otro caso la naturaleza ha dado la aptitud y dispuesto la organizacion de que emanan, como el agua de la fuente, la ejecucion acertada y el fallo legítimo. Como todo lo que es innato en el hombre, estas cualidades resisten al estudio y al análisis. No sabemos por qué ni en qué consiste que un hombre salga del seno de su madre mas compasivo, mas enérjico, mas aficionado á la música que otro. El hecho existe de un modo innegable, y sus ejemplos, entre los cuales los hay muy notables y que casi rayan en fenómenos, se presentan frecuentemente á nuestros ojos. Pero el mismo resultado que dan las disposiciones naturales, se consigue tambien por medio del estudio, de la observacion y del convencimiento, los cuales producen en nosotros efectos tan positivos, tan eficaces y tan característicos, que llegan á confundirse con los brotes mas espontáneos y mas irresistibles del temple mas favorecido por la naturaleza. En uno y en otro caso, el padecimiento voluntario, la exposicion al peligro, el sacrificio y la abnegacion tienen un objeto enteramente distinto del *yo* de los filósofos, y se intentan y se consuman sin la menor consideracion al interes, al placer ó á la satisfaccion individual.

La oposicion general que se hace á esta doctrina, nace de las ideas incorrectas que despiertan las palabras *amor de sí mismo*, expresion metafórica, cuyo sentido se desvanece cuando se somete á la análisis lógica. El afecto, ó el principio ó el impulso que nos mueve á buscar nuestro bienestar, á satisfacer nuestras necesidades, á ensanchar la esfera de nuestros goces, es una cualidad moral *sui generis*, que se parece tanto al amor como la memoria al raciocinio. Es verdad que la *Escritura* hace uso de esa misma locucion, traduciendo por el verbo *diligere* la expresion griega ó siriaca del original; pero todos saben que el lenguaje de los libros santos es generalmente figurado, poético y oriental, y que la inspiracion divina no se propuso adoptar una exactitud filosófica en su fraseología. El amor es comunicativo, traslaticio, si es lícito decirlo, deseoso de la posesion, y como el calórico con los cuerpos que lo rodean, propenso á ponerse en equilibrio con el objeto en que se fija. El amor exige dualidad, armonía, enlace y relacion, y nada de esto se encuentra en esa disposicion constante que abrigamos á la conservacion de nuestro sér y á la mejora de nuestra condicion. ¿Cómo se combina el amor de sí mismo con el suicidio? El hombre que voluntariamente comete un atentado, ¿se parece al que aconseja al objeto amado que huya de semejante extravío? ¿Qué diríamos del amor paterno del hombre que tratase á su hijo como el penitente de Benares se trata á sí mismo? Pero una vez adoptada una denominacion falaz y errónea, se adoptaron forzosamente sus consecuencias, y de aquí provino la opinion

generalmente recibida, que todas las acciones del hombre se refieren á su persona; que todo lo que hace, lo hace por su bien, y que aun cuando parece obrar en daño suyo, es porque sigue proponiéndose su ventura, aunque por medios indirectos y remotos. En prueba de esto último se cita el caso del que mortifica su cuerpo con ayunos y cilicios, el cual en efecto busca lo que le duele y atormenta; pero lo busca en la persuasion de que ese dolor y ese tormento le proporcionarán un bien mucho mas puro, mas intenso y mas durable. Los teólogos moralistas han disputado mucho sobre este modo de considerar la virtud cristiana. Una mujer, sin embargo, ha resuelto la cuestion con tanta piedad como filosofía, y ha encerrado en dos versos la fórmula de las opiniones mas acreditadas de los moralistas modernos, sobre este gran fenómeno de nuestra existencia interior. Santa Teresa de Jesus, hablando con el Crucificado, le dice:

Aunque no hubiera cielo, te adoraria:
Aunque no hubiera infierno, te temiera.

Esta es la verdadera y legítima base de la benevolencia en todas sus formas, excluyendo del sentido de aquella voz, la disposicion vaga é inactiva á desear el bien de nuestros semejantes, y que comunmente no es mas que una pereza del alma, sin ninguna aplicacion ni resultado. La benevolencia activa, el afecto genuino aparta toda mira ulterior que refleje sobre el agente. Es eminentemente objetivo, y no subjetivo como la conciencia: prescinde de toda consecuencia ligada con el individuo, y se ejerce, no solo en la ausencia de todo placer, de toda sensacion agradable, de toda especie de fruicion física ó mental, sino acompañada de penosas privaciones y tormentos agudos.

Penetrado de estas ideas, y creyéndolas inseparables de todo sistema moral, sensato y lógico, no es de extrañar que nuestro autor propenda, en todas sus otras opiniones, á ensanchar lo mas posible el alcance del principio del bien en el órden moral, fijándolo como resultado inseparable de la práctica de la virtud. Despues verémos cuánto dista este modo de considerar la consecuencia de lo bueno, del sistema utilitario, de que se ha hecho tanto abuso en estos últimos tiempos. Nada se parece ménos á la teoría que busca la utilidad en todas las acciones humanas, que la que no reconoce accion buena sin tendencia al bien positivo del hombre y de la sociedad. Entraba sin duda en el plan del Criador el sublime pensamiento de ligar perpetuamente la conformidad con sus leyes á la mejora de la suerte de alguna de sus criaturas, y este es quizás el mayor contrapeso, que se opone al imperio del mal, y el elemento mas eficaz que neutraliza su deplorable influjo. Las acciones buenas que no consiguen el fin

que el agente se propuso, como la del inmortal arzobispo de Paris, inmolándose en una barricada, sin lograr la paz y la reconciliacion que eran el objeto de su sacrificio; no forman objecion válida á esta doctrina: porque todo acto de abnegacion, de caridad, de desprendimiento, es un modelo, un objeto de admiracion legado á la posteridad, y puede ser un manantial inagotable de acciones semejantes. Mayor efecto y mas enérjico estímulo puede imprimir en un alma sensible el ejemplo de Juan de Dios y de Vicente de Paul, que el que hizo en la imaginacion vehemente del emperador Juliano la fama del vencedor de Dario. Frustrado el propósito del intento leable, no por esto se frustran todos los resultados que de su ejecucion deben emanar: no por esto deja de acreditarse la dignidad del hombre con un nuevo testimonio; no por esto ha dejado de añadirse un nuevo motivo de esperanza y de emulacion al débil y al vacilante; no por esto, en fin, se priva el observador de la naturaleza humana de un nuevo motivo de gratitud al que la hizo capaz de elevarse á tanta altura.

El que dude de las ventajas que ofrece este modo de considerar el mundo moral y las fuerzas que en él preponderan, fíjese por un instante en la hipótesis contraria, y adopte un sistema en que restrinja la accion de lo moralmente bueno. Lo mejor que se ha inventado en este género, es el estoicismo, y por cierto que si suponemos el predominio absoluto de esta doctrina, y su aplicacion general á la conducta del hombre, el cuadro que resulte no será el que quisiera ver realizado en torno de sí el sér humano que conserve algunos restos de sensibilidad, y el menor grado de simpatía para con sus semejantes.

El estoicismo es como la armadura: no sirve sino en el combate. En la persecucion, en la calumnia, en la lucha con el fuerte, el estoicismo es admirable, y en este sentido se entiende y se aplaude aquel célebre dicho de un antiguo: «El hombre que sostiene un combate con el infortunio, ofrece un espectáculo digno de los dioses». Pero en las relaciones comunes de la sociedad, en el cambio de servicios necesario á su conservacion, el estóico es un sér inoportuno y chocante. ¿De qué le sirve su desprecio de la muerte, cuando nadie amenaza su vida? De qué su indiferencia á la desgracia, cuando la fortuna lo colma de bienes? Una sociedad enteramente compuesta de estóicos, sería un conjunto de elementos aislados, inconexos y continuamente expuestos á disolverse. Donde el afecto es un vicio, donde la compasion es una bajeza, donde el beneficio no es mas que una medida económica, no puede haber familia, amigos, vínculos de ninguna especie entre hombre y hombre: no puede haber mas que orgullo, desvío, desconfianza y menosprecio recíproco. Lo mismo puede decirse del culto exclusivo del principio utilitario, aunque con una

enorme diferencia en los excesos á que uno y otro puede conducirnos: pues si el estóico pecó por la exageracion de las cualidades nobles del alma, el utilitario flaquea por el extremo opuesto, ya que impregnados los hábitos en esa propension á lo ventajoso, á lo útil y á lo conveniente, no hay motivo para que se detenga en el camino de la degradacion, siempre que lo halague en su término el fin apetecido.

Estas verdades no son nuevas; están impresas en nuestra condicion mental y moral, y aun sin reflexionar en ellas, toda reunion de hombres les ha pagado tributo. ¿Qué son, en efecto, las leyes de todos los pueblos del mundo, sino barreras alzadas por la razon pública contra la invasion de todo elemento maléfico? A los principios de las sociedades, los encargados en guiarlas y sostenerlas, no han perdido tiempo en atacar de frente, por medio de la prohibicion, de la amenaza y de la pena, todo lo que puede violar derechos, ocasionar daño y pérdida, turbar el reposo, asustar la conciencia, y aun hasta ofender la vista de los asociados. Mas tarde, cuando se ha extendido el conocimiento del corazon humano, cuando se han descubierto las ventajas de los medios indirectos, se ha pensado mas bien en evitar que en reprimir; y de aquí han nacido los establecimientos de beneficencia, de educacion y de economía. Que hasta cierto punto se ha conseguido el fin de estos esfuerzos, lo prueba el simple hecho de que vivimos en paz con nuestros semejantes. Si estamos seguros en nuestros hogares, si gozamos en paz de nuestra propiedad, si nadie osa esclavizarnos ni estorbar la accion libre de nuestros músculos, no es mas sino porque las leyes han conseguido los fines que sus autores se proponian. Pero hay naciones en que estos fines se consiguen con mas amplitud y de un modo mas perfecto que en otras: puede haberlas en que los resultados sean mas generales y mas cumplidos, y no hay un solo motivo para negar la posibilidad de llevar todavía á mas alto grado esta perfeccion, hasta el punto de dejar reducido el mal á la menor esfera posible, lo que baste para no desmentir cuanto la revelacion dice y cuanto la experiencia confirma sobre la flaqueza de nuestro sér y la falibilidad de nuestra razon. Hé aquí, pues, el principio de Mackintosh practicado por el género humano: no ya como una quimera filosófica, á la manera de las que han imaginado Platon, Tomas Moro, Saint Pierre, Fourrier y Owen: sino como máxima fundamental, ó mas bien como punto de salida de todo plan de legislacion y gobierno, y como cláusula indispensable de toda asociacion de familias ó de individuos.

El último rasgo distintivo que hemos creido descubrir en las opiniones de nuestro autor, es la consistencia y solidez que da á la moralidad, apoyándola en aquellas facultades humanas cuyo concurso cree necesario para constituirla en reguladora infalible y universal de

la conducta del hombre. Y siendo la accion humana, como la definen los moralistas, producto necesario de una intencion cualquiera, es imposible negarle su íntima y forzosa dependencia del entendimiento y de la razon. Para obrar con intencion es preciso entender y raciocinar. Siendo al mismo tiempo, como lo está diciendo su mismo nombre, una modificacion activa de nuestro sér, tambien es indispensable que reciba de la voluntad su primer impulso. Siendo un producto de una especie de juicio contencioso, en que el hombre falla entre dos partidos opuestos, entre las dos leyes que S. Pablo llama de los miembros, y de la mente, no es posible negar la parte que la conciencia toma en su ejecucion. Por último, refiriéndose este juicio á un órden de ideas y de sentimientos de un carácter peculiar, y totalmente distinto de lo que pertenece exclusivamente á la inteligencia y á las sensaciones, no parece que basta ninguna de las facultades ya mencionadas, ni la accion conjunta de todas ellas, para explicar la uniformidad con que todos los hombres, en todo tiempo y en toda latitud, han calificado y califican la bondad y la malicia de todo hecho, de todo sentimiento que por su orígen y por sus resultados merece el nombre de moral. En la clasificacion de nuestras aptitudes y disposiciones naturales, los filósofos han procedido con mas ó ménos economía, segun su conformidad y divergencia con el principio de los antiguos *non sunt multiplicandæ entitates sine necesitate*. Cuando una série de fenómenos puede ser atribuida á un principio solo, no se va á buscar otro que nada esclarece, y que no hace mas que introducir la confusion en la ciencia. Así, por ejemplo, el artificio silogístico que se aplica á la demostracion de una proposicion matemática, es exactamente el mismo en virtud del cual descubrimos una verdad metafísica, y por consiguiente no es preciso acudir á dos razones distintas para entender este diverso uso del mismo instrumento. Los que han querido sostener que la memoria y la asociacion son una cosa misma, han caido en el extremo contrario, sin echar de ver que la memoria por sí sola no da cuenta del vínculo que liga á dos ideas entre sí, y en cuya virtud una idea sugiere á otra, sin el concurso de nuestra determinacion, y muchas veces á despecho de ella; ni han reflexionado que la asociacion de por sí no ejerce poder alguno en el hecho primitivo y aislado del recuerdo. Observando este modo de proceder en el exámen de las facultades que concurren á la ejecucion del hecho moral, hallarémos que la inteligencia explica su conveniencia con el fin que nos proponemos al ejecutarlo; la voluntad nos explica el impulso que nos mueve cuando lo ejecutamos, y la conciencia nos explica el juicio que formamos del hecho ejecutado con respecto á las reglas que ella señala y reconoce para la calificacion de lo bueno y de lo malo. Pero ¿cuál de estas operaciones es la que impremeditadamente acepta esta especie de legislacion, ántes que

la inteligencia se madure, ántes que la voluntad se desarrolle y ántes que la conciencia exista? Porque si hay alguna verdad en el axioma de las escuelas: *bonum et malum morale natura sua differunt*, es no ménos cierto que esta diferencia se nos hace patente apénas salimos de la infancia, cuando todavía no nos es dado seguir el encadenamiento de un raciocinio complicado y difícil, ni tomar una resolucion firme en un conflicto árduo, ni fiarnos á nuestra propia conciencia en la mayor parte de los hechos morales que ejecutamos ó vemos ejecutar. Y téngase presente que de las tres facultades que concurren á la produccion del hecho, la conciencia, que á primera vista parece, y es, segun muchos escritores, la que por sí sola bastaria para constituir el sér moral, guiar nuestra conducta y dictar nuestros fallos sobre la conducta ajena, tiene dos grandes inconvenientes que la hacen incapaz del ejercicio de tan altas funciones. Primera, el ser la última que se forma, como resultado del hábito, de la reflexion y de la experiencia. Segunda, su aptitud á tomar desde sus principios un giro vicioso, en términos de reconocer por bueno y loable lo malo y digno de censura, y de erigir en bueno ó malo lo absolutamente indiferente. No es por cierto ménos vehemente el remordimiento de un bramin por haber comido una sustancia animal, que el de un cenobita cristiano, por haber infringido sus votos, ni es ménos satisfactoria la aprobacion que se da á sí mismo el peregrino de la Meca, cuando ha visitado el sepulcro de Mahoma, que el reposo de conciencia en que se saborea el verdadero justo, cuando ha perdonado una ofensa ó dado limosna á su enemigo. El ejercicio de la virtud es tan necesario á la conservacion, al reposo y á la ventura de las familias humanas, que no sería compatible con la sabiduría divina el plan de fiarlo á tan inciertos motores. Para la conservacion de la vida física nos ha dado un instinto infalible; y abandonaria la de la vida del alma á principios tan vacilantes y falibles!

Mackintosh acude, para la solucion de esta dificultad á la existencia de una *facultad moral*, distinta de todos los otros principios activos de nuestro sér interior, y sin cuyo auxilio no es fácil entender ni la naturaleza del deber, ni el elemento afectivo que entra como parte integrante en la calificacion de las acciones virtuosas y criminales. ¿Qué es deber moral? ¿Quién lo impone al hombre no adoctrinado por la religion, ni por la ciencia, no amenazado por la ley, no modelado por los ejemplos? Quién promueve en su corazon la satisfaccion ó la repugnancia con que mira las acciones, segun su respectiva tendencia al bien ó al mal de sus semejantes? No será la misma autoridad que lo obliga á distinguir lo verdadero de lo falso, ni lo placentero de lo doloroso; porque lo bueno puede ser falso, y lo doloroso puede ser bueno. La fábula, la novela, la ficcion teatral, se hallan en el primer caso; el sacrificio y la abnegacion se hallan en

el segundo, y nunca confundimos estos diversos caractéres, ni sucede jamas que se mezclen entre sí las respectivas jurisdicciones á que estos diversos juicios pertenecen.

Hay sobre todo una consideracion de mucho peso, que, en nuestra opinion, no deja la menor duda sobre la realidad de una facultad separada, á la que corresponde la apreciacion de lo virtuoso y de lo justo: tal es la universalidad de la idea del deber, propagada en todas las naciones de la tierra, y que en todos los idiomas tiene voces correspondientes; pues por grande que sea la diversidad de las creencias religiosas esparcidas en el mundo, de preocupaciones nacionales, de formas de gobierno, y de grados de inteligencia y de instruccion, ninguna sociedad humana se ha encontrado todavía, cuyos miembros no se hayan creido sometidos á deberes mutuos. En todas las latitudes hay amor filial, fidelidad á los contratos, odio á la violencia, y respeto á la virtud, y con que haya una sola en que el desarrollo de estos principios no camine de frente con los progresos de la inteligencia, y no dependa de la mayor ó menor energía de la voluntad, bastará para probar que la inteligencia y la voluntad no resuelven por sí solas el problema.

Esta materia es tan fecunda en aplicaciones, que no nos bastarian muchos números de la *Revista* para indicarlas siquiera, y nos urge cumplir al lector la palabra que le hemos dado de poner á su vista algunos pasajes de la obra hácia la cual hemos llamado su atencion.

El siguiente fragmento se refiere á la tendencia de las acciones virtuosas. «Hay y puede haber muchos actos inmorales, que, dando á las palabras el sentido comunmente recibido, son ventajosos al autor; pero desafiamos toda la sagacidad y toda la penetracion del mundo á que descubran ó inventen un solo caso en que las disposiciones, hábitos y sentimientos virtuosos, no conduzcan en el mas alto grado á la felicidad del individuo, ó á que destruyan con raciocinios convincentes la certeza de esta proposicion: el hombre mas feliz es aquel cuyos sentimientos morales y cuyos afectos no permiten que se presente á su espíritu la idea ó la esperanza de la ventura ó de la ventaja, conseguida por medios que no están de acuerdo con la idea de la virtud. Hubiera sido imposible probar á Régulo que le convenia volver al Africa, donde lo aguardaban la tortura y la muerte. Pero supongamos que la prueba hubiera sido fácil: la mas intima conviccion de que su interes era volver, no lo habria inducido á ello, á no estar sostenido por su integridad, por su desprendimiento, por su patriotismo y por su reverencia á la fe comprometida. Con semejantes virtudes, no pudo obrar sino como obró. Supongamos un padre vivamente interesado en la felicidad de su hijo, dotado de bastante inteligencia y penetracion para calcular con rigorosa exactitud los placeres y los padecimientos de que es susceptible el corazon hu-

mano. ¿Desearia ese padre que su hijo fuera ménos virtuoso que Régulo, solamente porque no se expusiese á la suerte de este héroe? Fácil le sería percibir que los altos y nobles sentimientos de semejante hombre, durante su vida, y las inefables delicias que por su medio pudo gozar, eclipsan completamente algunos momentos de dolor al perder la vida. Si el padre no tenia sentimientos bastante generosos para sacar aquella consecuencia, únicamente probaria esto una inteligencia limitada; porque no echaba de ver que la ocurrencia que obligó á Régulo á preferir la muerte á la vida, es un caso solo entre millones de casos: un hecho que ocurre una vez en muchos siglos, miéntras que en el curso ordinario de las cosas, las prendas que adornaban á aquel ilustre romano son un manantial fecundo de ventura durante la vida, y conducen á una vida tranquila y honrosa. Los casos extremos del sacrificio voluntario, como el de Régulo, no presentan dificultad al moralista teórico, porque, aunque no podemos probar que el acto de virtud heróica redunde en bien positivo del héroe, se echa de ver que nada conduce tanto á la ventura, como tener un alma dispuesta á ejecutar el acto heróico alegremente y sin vacilar. Es opinion comun que los hombres robustos son los que mas peligran en las enfermedades contagiosas; mas no por esto habrá hombre sensato que prefiera la debilidad á la robustez. Del mismo modo, el calculador moral mas frio y positivo, con tal de que sea sagaz y exacto, fallará que los inconvenientes á que un hombre puede exponerse de resultas de la pureza y rectitud de sus sentimientos, no autorizan á desear la posesion de sentimientos impuros y torpes.»

Las reflexiones siguientes sobre la transferencia de los sentimientos, y las funciones que en ellas ejerce la compasion, serán gratas á todos los amigos de la humanidad. «Es fácil percibir cómo se transfiere á todos los agentes y á todos los actos benéficos la complacencia que produce un beneficio. El bien escogido ejemplo de la nodriza manifiesta de un modo familiar el procedimiento en virtud del cual el niño transfiere la complacencia que le resulta de la satisfaccion de sus necesidades, á la causa de aquella satisfaccion, y adquiere un afecto que se dirige al manantial de sus goces. Con el simple hecho de la lactancia, concurren, en el caso de una nodriza cariñosa, y especialmente de una madre, mil actos de socorro y favor, de que resulta una disposicion benévola con respecto á la causa de que proceden, y á los séres que le son semejantes. El mismo procedimiento se repite frecuentemente en la vida. Con él se explica nuestra disposicion á celebrar los actos benévolos, y á desaprobar los de un carácter opuesto. Quizás podrémos explicar el origen de la simpatía por medio de esta especie de asociacion, la cual transfiere los sentimientos ajenos á nosotros mismos, y los nuestros á otros séres, con mayor

ó menor vehemencia, segun la mayor ó menor semejanza que reina entre los otros séres y nosotros. La semejanza en los signos externos de la emocion, es uno de los principales conductos por los que se hace esta comunicacion misteriosa de afectos. Así es como la compasion llega á ser una de las principales fuentes de la benevolencia. La compasion es en efecto uno de los primeros motivos que nos conducen á conferir el beneficio. La simpatía con el que padece, se transforma tambien en un sentimiento real de aprobacion, con respecto á todas las disposiciones y acciones benévolas.

«Esta aprobacion es directa, y pasa indirectamente á todas las acciones que promueven la felicidad ajena. La raiz de lo que comunmente se llama sentimiento de justicia, es el odio que experimenta el que padece, primero, contra la causa de su padecimiento; despues contra todos los agentes que con intencion lo producen, y finalmente, contra todos los que simpatizan con los autores del mal que ha sufrido, prescindiendo en todo esto de toda consideracion personal, y mirando tan solo en el objeto del odio la cualidad de promotor de una accion que hace daño. Este sentimiento es el mas indispensable de todos los que componen la facultad moral. Nótase una fuerza peculiar en el odio al crímen, especialmente con respecto al que supone falta de benevolencia y desprecio de la justicia; y siendo un buen sistema de leyes penales la expresion permanente de la indignacion moral de muchas generaciones, fortifica el mismo sentimiento en cada individuo, en tanto que las leyes no se desvian de los sentimientos habituales, hasta el punto de provocar una lucha entre la ley y la opinion. Un hombre que cumple con su deber merece aprecio; pero no excita admiracion, porque solo se necesita de una virtud ordinaria, para obrar bien en aquellos casos en que seria vergonzoso y arriesgado obrar de otro modo. La rectitud de los que obran por tan inferiores motivos, es muy poco mejor que la de los escribas y fariseos. Los que obran justamente á los ojos del filósofo moral, son los que obran en virtud de una disposicion constante á dar á cada uno lo que fuese suyo. En esta parte, la definicion de Justiniano, sacada de la escuela estóica, está perfectamente de acuerdo con nuestra doctrina. *Justitia est constans et perpetua voluntas jus suum cuique tribuendi*: actos de bondad, de piedad, de generosidad, de condescendencia y de perdon, si fluyen continuamente del corazon de un hombre, no pueden ménos de tener por origen una feliz combinacion de disposiciones naturales: no pueden someterse á reglas; y exigirlos por medio de la amenaza, del castigo, seria aniquilar su esencia: porque esta esencia es obra de la creacion».

Vamos á terminar nuestros extractos con uno de los mejores fragmentos de crítica que ha producido la literatura moderna, y que por referirse á una doctrina muy propagada entre los aficionados á las

ciencias morales y políticas, merece ser conocido en España, donde no faltan partidarios de aquella novedad. Los mas recientes moralistas que han adoptado el principio de *utilidad*, lo han desquiciado de tal modo, que en sus manos ha adquirido la mayor tendencia que puede tener un error teórico, á disminuir el placer intrínseco de la virtud, y á inhabilitar nuestros sentimientos habituales, para que sean los mas eficaces estímulos de la buena conducta. Esta es la propension necesaria de una doctrina que pone en demasiado frecuente y estrecho contacto la utilidad y la accion. Así es como un motivo esencialmente débil, va poco á poco ocupando el lugar de otros que la naturaleza ha dotado de mayor fuerza. Si apelamos constantemente á la utilidad, como piedra de toque de las acciones humanas, resultará una incertidumbre con respecto á la conducta ajena, tan enérgica y continua, que llegará á convertir el trato social en una faena insoportable. El principio de utilidad, admitido de un modo tan exclusivo y universal, puede tambien servir de disfraz al egoismo y á las pasiones malignas y exclusivas, en términos de ocultar su fealdad á los ojos del mismo que está siendo su víctima. El partidario de esta doctrina se expone al error de resbalarse de un principio general á hechos particulares y concretos; á someter al principio de utilidad acciones aisladas, en lugar de hábitos y disposiciones; á mirar con culpable indulgencia el uso de medios dudosos, cuando le parezcan buenos los fines; á creer que puede haber acciones tan preciosas por su utilidad, como la abnegacion y el sacrificio. Se ha dicho de un gran ciudadano, que estaba pronto á perder la vida en servicio de su patria; pero que no haria una bajeza por salvarla. Consideren los predicadores de la utilidad, si el odio á la bajeza no vale mas que el desprecio del peligro, y si no seria invencible una nacion compuesta de hombres como aquel. Pero los principios teóricos se hallan comprimidos por mil causas, que circunscriben sus inconvenientes y sus ventajas. Nunca son los hombres tan buenos ni tan malos como sus opiniones. Todo lo que puede temerse con razon, es que las opiniones produzcan una parte del mal que en sí llevan, ó que sirvan de excusa ó de defensa á los que se dejan conducir por sus pasiones. Aristipo halló un pretexto para la sensualidad en la doctrina de Sócrates, sobre la union de la virtud con la felicidad. Muchos epicúreos se hicieron voluptuosos contra el ejemplo que les daba su maestro, desmoronando poco á poco las limitaciones que él habia puesto á sus doctrinas. A medida que el hombre se deja dominar por la idea de la utilidad de los actos aislados, sin consideracion á las reglas, se acerca al casuitismo, ó á las máximas prácticas de César de Borgia. A propósito de esta cuestion, como de otras, se ha hecho un verdadero perjuicio á la ética, por su notoria afinidad con la jurisprudencia. El verdadero y eminente mérito de Bentham pertenece á este último

mano, del que fué instrumento y ocasion reformador. Tanto él como sus discípulos, han tratado á la ética demasiado jurídicamente, sin echar de ver la enorme diferencia que hay entre las dos ciencias. El objeto de la ley es evitar las acciones perjudiciales á la sociedad. Considera las disposiciones de que ellas emanan, para calcular la probabilidad de su repeticion, y determinar la necesidad y los medios de prevenirlas. El objeto directo de la ética es sólo la disposicion mental, y no considera la accion sino indirectamente, y como un signo por el cual aquella disposicion se manifiesta. En esto coinciden la moral y la religion cristiana, una de cuyas peculiaridades características es colocar el sitio de la virtud en el corazon. La ley y la ética se ligan á veces de un modo tan íntimo, que en algunas circunstancias complicadas, desaparece toda distincion entre una y otra; pero no así en los casos comunes. Por ejemplo, la ley castiga, aunque sobrevenga el arrepentimiento mas sincero; pero cuando el alma del penitente se ha purificado en un todo, la religion y la moral lo reciben con los brazos abiertos. Es inútil, despues de lo dicho, observar que aquellos cuya contemplacion habitual se fija exclusivamente en las reglas y teorías legales, propenden á disminuir la importancia de los sentimientos y de las disposiciones; error fecundo en tristes consecuencias, puesto que la mayor parte de las acciones humanas nacen de aquellos principios, miéntras la ley interviene tan solo en casos que pueden llamarse excepciones: casos raros con respecto á la generalidad de los hechos, y cuyo número debe disminuir á medida que las leyes se perfeccionan, y se extiende su influjo en las costumbres públicas (1).

«Contribuyen tambien en gran manera á realzar los inconvenientes del sistema utilitario, la confusion que reina en el sentido vulgar de las voces *interes* y *placer*, con el sentido filosófico en que los escritores las emplean, y las consecuencias fatales de las restricciones que se dan á la palabra *utilidad*, encerrándola en la esfera de los objetos visibles, con exclusion de aquellos que forman la parte mas noble y mas vasta de los goces humanos. Los filósofos mecánicos, que capitaneados por Descartes y Gassendi, empezaron á reformar la física en el siglo XVII, emprendieron la explicacion de todos los fenómenos naturales, por el medio directo de las partículas de la materia, que se impulsan unas á otras en varias direcciones, y con fuerza

(1) Por esto la legislacion inglesa admite, en los casos criminales, la excepcion que llaman de *carácter*, y que consiste en la alegacion de los antecedentes morales del reo. El jurado toma siempre en consideracion esta circunstancia, y disminuye ó aumenta la severidad de fallo, segun los buenos ó malos informes que resultan de la acusacion y de la defensa. No solo miran con indulgencia el crimen único que ha manchado una vida íntegra y pura, sino que se niegan á creer en las pruebas mas directas y positivas, cuando el crimen á que se refieren parece incompatible con notorias virtudes y hechos conocidos de probidad, de justicia ó de beneficencia.

desigual, aunque sean en lo demas enteramente semejantes. Creyeron que la comunicacion del movimiento por impulso, era una ley perfectamente inteligible y clara. Nunca se les ocurrió que el movimiento en que se pone una bola, cuando otra la impulsa, es un hecho del que no se puede dar otra explicacion que el hecho mismo. Newton reformó la física sin simplificarla; ántes bien, complicándola mas y mas, por medio de la atraccion, en cuya nueva fuerza descubrió algunas leyes, pero sin atreverse á presentar aquel principio como mas inteligible que el impulso mismo. Fué preciso que Laplace introdujese leyes intermedias, y calculase fuerzas perturbadoras, para que los fenómenos de los cuerpos celestes cuadrasen con el descubrimiento de Newton. En el estado presente de los conocimientos físicos y químicos, el que pretendiese explicar la inmensa variedad de hechos naturales, por medio del simple impulso de los cartesianos, no sería digno de una refutacion seria. El número de las leyes aumenta con los progresos del saber. Otro tanto puede decirse de los partidarios de Bentham. Mill, por ejemplo, deriva toda la teoría del gobierno de este solo hecho: que todo hombre busca su interés cuando lo conoce, y llama á este principio, practivo y evidente *per se*, no obstante la contradiccion que todo buen filósofo encontrará entre estas dos calificaciones. No echó de ver que tan fácil es de concebir que un hombre busque su propio interes, como el de otro hombre cualquiera, ó cualquiera otro objeto de la naturaleza: proposicion indudable, si la palabra *interes* significa *bienestar*, que es el único sentido en que puede convenir á la intencion del autor. Si significa satisfaccion de un deseo predominante, la proposicion de Mill puede ser evidente, pero es inútil para su argumento; porque es claro que tanto los individuos como las masas de individuos desean muchas veces lo que es contrario á su interes ó bienestar general. Esta observacion sola destruye toda la fábrica de su raciocinio político, y en lugar de explicar la inmensa mole de hechos políticos por el simple principio de una lucha de intereses, quedamos como ántes, reducidos á echar mano de la variedad de pasiones y opiniones, errores y hábitos que solo descubrimos con el auxilio de la experiencia.»

J. J. DE MORA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

DE LA NOVELA EN ESPAÑA.

Rica hasta la profusion en varios ramos de amena literatura, España, fuerza es reconocerlo, es muy pobre en el designado con el nombre genérico de *novela*, ya la consideremos en una ó en otra de las cuatro especies en que generalmente se divide dicho ramo, de novela fantástica, heróica ó caballeresca, novela pastoril, novela histórica y novela de costumbres. No faltará quien vea en esta proposicion una especie de herejía literaria, mas aun, un delito de leso patriotismo, ó cuando ménos, una prueba de ignorancia. ¡Cómo! dirán (y ya se nos figura que zumban en nuestros oidos sus furiosos clamores), cómo! motejar de pobre en el florido ramo de la literatura novelesca á la nacion madre del gran Cervántes, á la patria de la ingeniosa doña María de Zayas, del dulcísimo Gil Polo, del punzante Quevedo, del fecundo Francisco Santos, etc., etc., etc...! ¿No ha visto por ventura ese procaz las largas hileras de antiguas novelas, forradas de pergamino, que hacen doblarse bajo su peso los estantes de tantas librerías, especialmente curiosas por su gran copia de novelas castellanas, como hay en España y otras partes, y señaladamente la que perteneció al erudito D. Benito Maestre, y hoy se halla en la biblioteca nacional de esta córte, y la de D. Vicente Salvá en Paris? ¿No ha leido siquiera alguno de aquellos largos catálogos que el librero Pedro de Padilla solia poner al fin de sus reimpresiones de

obras viejas, y en que se contienen los títulos de tantas y tantas novelas?

Y sin embargo, nos afirmamos en lo dicho: la literatura española es pobre, pobrísima de novelas, tan pobre que acaso ninguna otra, entre las modernas, lo es mas ni aun tanto, si, como es regular, se atiende á la calidad del género, y no á su cantidad. En efecto muchas novelas tenemos, á lo ménos así se llaman, pero malísimas, en tanto grado, que las mas se caen de las manos; y aun las que por su castizo lenguaje, ó por los versos que intercalados con la prosa contienen alguna vez, ó por tal cual carácter regularmente bosquejado, ó, en fin, por cualquier circunstancia incidental, *tienen mérito* á los ojos de los inteligentes, son á los de la mayoría de los lectores tan soberanamente insípidas, tan inverosímiles en su argumento (cuando alguno tienen, que no es lo comun), y sobre todo tan *pesadas*, como suele decirse, que no hay paciencia que alcance á llevar adelante su lectura mas allá de las diez primeras páginas. Esto, dígase lo que se quiera, es lo general. ¿Necesitamos añadir que hay algunas excepciones? Las hay ciertamente, pero tan raras, cual por el corto número de las novelas buenas insertas en esta misma coleccion que ahora damos á luz y que nos atrevemos á intitular *Tesoro* de las mismas, verán los lectores imparciales, y cual se deduce tambien de todas las colecciones de novelas españolas hasta el dia publicadas, que á la verdad no son muchas ni pueden serlo en efecto, atendido lo que dejamos dicho.

No parece sino que el ingenio español, naturalmente claro y fecundo, pero comprimido en todos tiempos por lastimosas trabas, ha reservado toda su afluencia para dos grandes géneros de literatura, por los que, cual por dos anchos raudales, se le ve fluir con admirable abundancia y lozanía durante los dos siglos de nuestra preponderancia política y literaria, los siglos XVI y XVII: esos dos géneros, cosa extraña, son cabalmente los mas opuestos entre sí: la literatura mística, la literatura dramática. En ambas, nuestros ingenios han rayado muy alto, y, sin rebozo podemos decirlo, han llevado la delantera á los de todos los paises modernos. ¿Por qué no ha sucedido lo mismo con ese otro género de literatura, tan aplaudido y general y felizmente cultivado en la actualidad, y que tantos puntos de analogía presenta con el segundo de los dos antecitados? Porque, en efecto, el drama, si bien se mira, no es mas que una especie de pequeña novela dialogada; ó lo que es lo mismo, la novela, en cierto modo, no es mas que un drama narrado, desleido en uno ó mas volúmenes, y enriquecido por consiguiente con todos los pormenores y todo el desarrollo, digámoslo así, de que, por su poca extension y por su misma naturaleza, no es este susceptible. Varias razones ocurren para ello, pero estas razones mismas necesitan una breve explicacion.

La primera que á cualquiera se le alcanza (y esta explica igualmente por qué en todas las naciones modernas el género novelesco fué tan tardío relativamente á otros de amena literatura), es la escasez, ó mas bien dicho, la falta de modelos en que en este género nos dejó la antigüedad, gran maestra y fuente fecunda de nobles inspiraciones en todo linaje de artes de imitacion. La antigüedad clásica ninguna novela propiamente tal nos ha dejado, pues no puede darse este nombre ni á las *Sátiras Varronianas*, aunque compuestas en prosa y verso, añadidas por el poeta Marco Varron á las inventadas por el filósofo Menipo, ni al *Satyricon* de Petronio, ni á otras fábulas análogas, que por su poca extension, falta de un plan seguido y suficientemente desarrollado y por otras circunstancias, no llenan ninguna de las condiciones de lo que generalmente entendemos por novela. Las mas antiguas de que tenemos noticia, sobre estar muy distantes de poderse presentar como modelos, pertenecen ya á épocas de decadencia. Tales son el *Dafnis y Cloe*, de Longo, lectura muy peligrosa para la juventud, que la excelente version de Amyot al francés antiguo, ha propagado mas de lo que sería de desear; los *Amores de Teágenes y Cariclea*, ó sea la *Historia etiópica*, de Heliodoro, de la que es una imitacion hecha con miras de competencia, segun confesion de su mismo autor (1), el *Pérsiles y Segismunda* de Cervántes; la *Luciada ó los Metamorfoseos del Asno*, libro licencioso escrito en griego por Lucio de Patras, y la conocida imitacion de esta obra hecha por Apuleyo con el título *El Asno de oro;* tal es en fin *La Eubea ó el Cazador*, de Dion Crisóstomo. De nuevo lo diremos: ¡pobres modelos en verdad! pero considérese tambien que no podia ser de otro modo. La novela es un género de literatura esencialmente moderno, si nos es lícito expresarnos así, un género que no hubiera podido desarrollarse y prosperar sin el auxilio de la imprenta. Esto podrá parecer una paradoja, pero á poco que se reflexione en ello, se verá que es exactísimo. Hablamos de la novela en prosa; téngase presente: nada de lo dicho hasta ahora habla con la novela en verso. La *novela en verso*, lo mismo que el *poema*, con el que tiene aquella tantos puntos de contacto que verdaderamente se confunden, se halla en condiciones totalmente distintas de su hermana prosáica: lo que se diga del poema es aplicable á ella. El poema pudo fácilmente trasmitirse á la posteridad por medio de la tradicion oral: el encanto de la armonía, la cadencia del ritmo se prestaban á ello, aun prescindiendo del interes religioso, histórico y aun político anejo á tales producciones, segun las comprendian los antiguos; sin este interes hubiera podido pues trasmitirse á la posteridad la novela en verso; ¿mas cómo podia conseguir igual resultado con la humilde prosa? Y aun no es esto todo; réstanos explicar por qué

(1) Prólogo de las novelas.

tampoco la novela en verso, entendiendo por tal la que se aparta bastante del poema para no confundirse con él, pudo llegar á la posteridad, aun dado que se hubiese conocido y cultivado entre los antiguos, lo que estamos muy distantes de creer. Ese hecho se explica por la falta de *utilidad* del ramo de literatura que nos ocupa. Obsérvese en efecto que, en todas las cosas, por tésis general, solo lo verdaderamente *útil* de algun modo tiene condiciones de vida y duracion, y tantas mas cuanto es la utilidad mayor; y esto, que ahora mismo, como siempre, es cierto, debia serlo *mucho mas*, digámoslo así, é aparecer con mas evidencia y realce en los tiempos en que eran mas escasos é imperfectos que en el dia, los medios materiales de dar vida, y sobre todo, duracion á los productos del entendimiento. La experiencia, conforme con la teoría, confirma esta verdad. Así vemos que la religion, la historia, las ciencias, la poesía lírica, la tragedia y la comedia tradicionales y escritas de los antiguos han llegado hasta nuestros dias. De la religion como de las ciencias nada diremos, porque no ya su *utilidad*, sino su *necesidad* es evidente. La historia, por sus grandes enseñanzas; la poesía lírica, por su alta influencia sobre las inteligencias y los afectos, ya ensalce los atributos de la divinidad, ya cante las armonías de la naturaleza, ora inflame el valor de los guerreros, ya celebre las virtudes públicas y privadas de los ciudadanos, y por este medio moralice á los pueblos; el drama, por idénticos ó muy análogos motivos, son géneros de literatura conocidamente útiles en la sociedad; no así la novela, á lo ménos no así en tan alto grado. Esto basta para explicar su no-existencia en las sociedades antiguas, como en iguales circunstancias la explicaria en las sociedades modernas: resta ademas la gran dificultad de su trasmision, que ya hemos apuntado. La memoria de los pueblos no podia aceptar cargas inútiles, teniendo ya que sobrellevar tantas otras útiles ó indispensables, cuáles eran las tradiciones religiosas y los anales históricos y políticos.

En cierta manera, todo lo dicho es aplicable á los diferentes ramos de la literatura, hasta la época de la invencion de la imprenta: el método de trasmision de las ideas, esencialmente lento y costóso, por medio de los copistas manuales, solo bastaba para lo estrictamente necesario; no admitia el lujo, y la novela es un puro lujo en la literatura. Su reinado debia empezar y empezó realmente con la invencion de la imprenta. Ya á los pocos años de verificado este gran paso de la humanidad hácia su tan suspirada cuanto imposible perfeccion, no bastan los ramos de literatura conocidos á satisfacer la insaciable voracidad de las prensas: entónces nace la *novela* bajo la forma de libro de caballerías (1), que debió imprimirle necesariamente

(1) Algunos se escribieron ántes de la invencion de la imprenta. Ya en el siglo XII clamaba el docto Pedro Blesense contra Galeoto, autor de *Lanzarote del La-*

la sociedad que le sirvió de cuna; el nuevo producto tomó la forma de la turquesa en que se habia vaciado. De aquella sociedad caballeresca y anárquica son hijos legítimos el *Rey Artus*, *Tristan* y *Lanzarote del Lago*, con toda la demas *gran compañía de andantes caballeros* de la tabla Redonda, cuyos tormentos cuenta Petrarca en su *Triunfo de Amor* (1), y que Dante coloca en su *Infierno*; lo son tambien, mas modernos, Amadis de Gaula y su numerosa progenie de Esplandianes, Tirantes, Palmerines, Belianises, y tantos otros héroes de encrucijada, fantásticos unos, históricos otros, imposibles todos, delicia de nuestros mayores, y por nosotros completamente olvidados ó desconocidos.

En la novela de este género, que es la que hemos llamado heróica, fantástica ó caballeresca, somos ricos los españoles; mas por desgracia este ramo de literatura, cortado en su primer verdor, no llegó á dar sazonados frutos; y como la mano del leñador era hábil y robusta, ni retoñó el ramo, ni retoñará ya nunca probablemente. El libro de caballerías, nacido en un siglo bárbaro, naufragó como tantos otros engendros de la barbarie, entre las tinieblas de los tiempos medios. Ya hemos dicho que en este ramo de literatura nuestro pais es rico. Los mas y los mejores libros de caballerías son debidos á ingenios peninsulares; el primero de todos, no por su antigüedad, sino por su mérito, es obra de un portugues, Vasco de Lobeyra: hablamos del *Amadis de Gaula*. Este género de literatura, como tan adecuado á la índole caballeresca y exaltada de nuestra nacion, debia florecer y floreció efectivamente en ella con raro éxito por algun tiempo. En España nos pagamos mucho de todo lo grande, singular y portentoso: las estupendas aventuras de los caballeros andantes eran manjar muy apetitoso para el paladar de nuestros abuelos, y á no haber mediado (oportuna ó inoportunamente, no sabemos cómo) la implacable sátira de Cervántes, cual otra varita del doctor Pedro Recio de Tirteafuera, acaso tambien nosotros nos estariamos regalando con él.

¿Hizo bien, hizo mal Cervántes en matar la novela fantástica y caballeresca? Segun se considere la cuestion, tal debe ser la respuesta. Considerada en concreto, es decir, con aplicacion solamente á las muestras del género que existian en su tiempo, la afirmativa se cae por su propio peso: en aquellas muestras, la religion, la moral, el buen gusto y hasta el comun sentido se ven igualmente conculcados; la razon ultrajada reclamaba el fin de tales escándalos, y Cervántes fué el digno ejecutor de tan conveniente sacrificio. Considerada la

go, por el pernicioso ejemplo que presentan los amores libertinos de Tristan y la reina Isea, de Lanzarote y la reina Ginebra; pero hasta el descubrimiento de la imprenta no puede decirse propiamente que existiese este género de literatura.

(1) Traduccion de Hernando de Hoces.

cuestion en abstracto, bajo un punto de vista general, y sobre todo bajo el aspecto puramente literario, estamos por la negativa. Nosotros creemos que en literatura no hay ningun género *malo* en su esencia, ninguno que por efecto de una necesidad fatal se halle fuera de las leyes eternas de la moral y del buen gusto; creemos que cuando alguno se sale de ellas accidental ó sistemáticamente, la culpa no es del género en sí, sino de los autores que lo manejan. Para nosotros, como para el gran crítico frances:

« *Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux* »,

y consiguientes á este principio, creemos que no hay género alguno del que no pueda sacar gran partido un talento privilegiado. Véase, si no, la *novela* misma en general. ¿Qué género de literatura ha recibido mas injurias, cuál ha sido mas despreciado y escarnecido? ¿De qué *cosa* han hablado con mas insultante desden los eruditos y los moralistas que de la novela? Y sin embargo, muy romo de entendimiento ó muy rutinero ha de ser quien participe todavía sinceramente de esa vulgar preocupacion, el que no respete debidamente el género que han cultivado y ennoblecido Cervántes, Lesage, Fielding, Richardson, Mad. de Staël, Rousseau, y sobre todo el grande apóstol moderno de este ramo de la literatura, el incomparable sir Walter Scott. Porque es muy de notar la diferencia en este punto entre el célebre novelista escoces y sus predecesores. Walter Scott creó, ó si se quiere acreditó un género, la novela histórica: sus antecesores nada crearon, no formaron escuela, no lograron, presentando seguros modelos, dar carta de naturaleza, digámoslo así, en la república literaria, á un género nuevo, aceptable, bello; unos escribieron novelas heróicas, otros novelas pastoriles, otros novelas de costumbres, pero ninguno de ellos, si se exceptúa á Cervántes (y aun este se halla en una categoría aparte) alcanzó la gloria de constituirse en maestro, apóstol ó fundador del género á que pertenecian sus obras. Lo que sir Walter Scott hizo con la novela histórica en medio del universal aplauso de su nacion y de las extranjeras, otro ingenio igualmente elevado hubiera podido hacerlo con la novela heróica ó libro de caballerías, y la literatura contaria con este género *mas*, con este campo *mas* en el que podrian hacer vistoso alarde de sus esfuerzos las inteligencias ricas y cultivadas. Cervántes con su *Don Quijote*, imposibilitó ó alejó á lo ménos por mucho tiempo la realizacion de esta hermosa quimera. La inmensa copia de *ridículo* que derramó sobre las creaciones caballerescas con su felicísima sátira, no solo desacreditó el género, mas retrajo de su cultivo necesariamente á todos los escritores. Este género, pues, murió de muerte

violenta, y, como ya hemos dicho, en su infancia infecunda, sin haber dado sazonados frutos. Si era ó no capaz de darlos, es cuestion ociosa y de difícil solucion ademas. Nuestra opinion está por la afirmativa, pero otras muy respetables disienten de ella. *Rien n'est beau que le vrai*, ha dicho el ilustre legislador moderno del buen gusto; pero en la sana inteligencia de lo que ha de entenderse por *verdadero* en literatura, estriba la dificultad. Entendida materialmente, al pié de la letra, esa proposicion, ciertísima en el fondo, no sería bella la *Ilíada*, no sería bella la *Eneida*, no serían bellos el *Aminta* ni el *Telémaco*, porque falsos son estos, falsas son aquellas, tan falsas como las aventuras de Florismarte de Hircania ó del caballero Platir: segun nosotros la entendemos, no se opone á que sea cosa asequible escribir buenos libros de caballerías, con todas las condiciones de tales, es decir, con sus elementos necesarios de gigantes, endriagos y hechicerías; creemos que el ingenio puede dar *verdad*, —verdad literaria por de contado, —á todas estas cosas imposibles. ¿No se la dió Camoens á su gigante Adamastor? ¿No se la dió Lucano á sus brujas de Tesalia? Igual grado de verdad hubiera impreso la humilde prosa en estas felices creaciones. ¿No es verdadera, no es bellísima, la *Dama blanca de Avenel* en el *Monasterio* de Walter Scott? Creemos pues que pueden escribirse buenos libros de caballerías, es decir, composiciones de este género, que á la mas sana moral y al mas bello lenguaje unan todo el interes de una novela de M. Eugenio Sue; pero sea de esta opinion lo que se quiera, es lo cierto que no la confirma ningun ejemplo, y que ni en España ni en otra nacion existe un solo libro bueno de caballerías. Unicamente como objeto de curiosidad ó por manera de estudio pueden leerse algunos en el dia; por recreo no es creible.

Despues de los libros de caballerías, tenemos que considerar, siguiendo el órden de los tiempos, las novelas pastoriles. Tambien en este género somos ricos los españoles, si atendemos á la cantidad, prescindiendo de la calidad. Hay cosas que todos sienten y que muy pocos se determinan á decir: mas aun, que casi todos niegan obstinadamente, temerosos de pasar por hombres de gusto poco delicado: nada mas comun que afectar que se recibe gran placer con lo que realmente fastidia. Así sucede con las novelas pastoriles que pasan por *buenas*. ¿Hay lectura mas empalagosa, mas insoportable que la de las mejores de entre ellas? No lo creemos. Las *Dianas* de Montemayor y de Gil Polo, la *Galatea* de Cervántes, el *Pastor de Iberia* del canónigo D. Bernardo de la Vega, el *Pastor de Filida* de Luis Gonzalez de Montalvo, son obras muy bien escritas, muy apreciables si se quiere, pero que, francamente hablando, se caen de las manos, la última sobre todo, por mas que haya merecido al erudito D. Gregorio Mayans los honores de una reimpresion (1792). Tam-

poco aquí nos parece que el mal está en el género, sino en el modo de cultivarle. Aunque ménos susceptible de elevacion, novedad y riqueza que el fantástico caballeresco, el género pastoril se presta admirablemente á la pintura de los afectos dulces y delicados, de las escenas risueñas y apacibles propias de la vida del campo, y es acaso el que mas convida á lucir las galas de una elocucion encantadora. Nada de esto han hecho nuestros escritores de novelas pastoriles, incluso el gran Cervántes en su *Galatea*, incluso Gil Polo en su *Diana*: costumbres convencionales, pormenores falsos é impertinentes, un sentimentalismo alambicado, un lenguaje fluido y castizo seguramente, pero afectado é impropio de los personajes que lo emplean, y sobre todo, y esto es lo peor, falta absoluta de interes: hé aquí lo que una crítica imparcial notará siempre en esas novelas, y adviértase que citamos las mejores.

Despues de la novela heróica y de la novela pastoril, vienen la novela histórica, de que no poseemos mas que un bello ejemplar (las *Guerras civiles de Granada*), y la novela de costumbres, variedad la mas rica, la mas importante del género novela. El primero de nuestros escritores en esta línea es Cervántes, y el primero tambien entre los de todas las naciones. El *Quijote* es la mejor novela conocida; sobre él está ya dicho todo, y su reconocida excelencia le pone fuera de toda discusion, como le pone tambien fuera de toda comparacion la circunstancia de ser libro único en su especie, á tal punto que hasta se puede dudar si debe calificarse de novela (su mismo autor no le llamó así) ó dársele otro nombre mas *respetable*. Los que desprecian por sistema á la *novela*, deben hacerlo así para ser consecuentes consigo mismos. Para nosotros, el *Quijote* no es mas que una novela de costumbres, como el *Gil Blas* ó el *Tom Jones* una graciosa fábula instructiva y moral, desleida en varios tomos; pero todavía parece, esto no obstante, que hay en el *Quijote* algo que le coloca en una esfera superior, bien sea por la elevacion y utilidad práctica de su objeto, ya por la importancia social del mismo y su ambiciosa universalidad (*deshacer la autoridad y cabida que en el* MUNDO *y en el vulgo tienen los libros de caballerías*) (1), ya por las preciosas enseñanzas que contiene, ya tambien por efecto de esa especie de supersticiosa veneracion con que desde la niñez nos acostumbran á mirarle nuestros preceptores, al mismo tiempo que con tanto afan procuran inspirarnos aversion y desden á las *novelas*. ¡Rara contradiccion! ¡no hay muchacho á quien no digan las personas graves que huya de las novelas como de una lectura perniciosa, y apénas hay uno tampoco en nuestro pais que no se suelte á leer de corrido, por consejo de esas mismas personas graves, en el *Quijote*, en una *novela!*

(1) Prólogo de la parte segunda.

Hemos dicho que el *Quijote* es la primera de todas; ahora añadirémos que en España no poseemos ninguna otra de costumbres completamente buena. Innumerables son las que han dado á luz nuestros escritores del siglo XVII; por la lectura de las mejores puede juzgar el lector cuán escaso debe ser el mérito de las demas. Lo es en efecto sobre todo encarecimiento. Pobreza de invencion, desaliño en el lenguaje, y sobre todo, ausencia de interes, son sus caractéres distintivos y generales. No se alcanza cómo podian tener paciencia nuestros mayores para leer tan insulsas y sándias producciones. En el dia solo son apreciables algunas de ellas, muy pocas, como pinturas mas ó ménos fieles de los tiempos á que pertenecen, y aun bajo este aspecto poco ó nada añaden á lo que nos enseña nuestro precioso repertorio dramático. En nuestras novelas se observa un fenómeno singular: al mismo tiempo que, á consecuencia de la rígida censura política y religiosa de la época, sus autores nunca remontan el vuelo á altas consideraciones sociales ó filosóficas, ni sacan de estas preciosas fuentes de interes aplicacion alguna á los asuntos imaginarios de que escriben; en una palabra, al mismo tiempo que no tienen libertad para discurrir con independencia y enseñar verdades útiles ó agradables bajo la forma novelesca, tan apta para popularizarlas, la tienen para distinguirse por un exceso de cinismo material y grosero que en nuestros novelistas del dia, con toda su tan decantada inmoralidad, sería intolerable. A primera vista sorprende este hecho; un poco de reflexion le hace parecer natural y aun necesario. En primer lugar, se deduce precisamente de las costumbres asaz libres de la época, muy distante aun de la cultura y delicadeza actuales: muchas pinturas que ahora nos ofenden eran entónces muy aceptables, como lo son en el dia otras que repugnarán á nuestros nietos, mas cultos y moralizados que nosotros. Es un error manifiesto (así lo creemos firmemente), suponer que las costumbres se van corrompiendo, que la sociedad se va desmoralizando; la sociedad, por el contrario, se moraliza por dias, y en la misma proporcion van perdiendo las costumbres su impureza primitiva. Pero no es esto todo: el análisis de los sentimientos y afectos de la crítica moral, digámoslo así, de los movimientos íntimos del alma, eran entónces, como lo han sido hasta nuestros dias, una ciencia, si no desconocida, á lo ménos muy poco practicada: ahora bien, sin ese análisis, sin esa crítica, sin copia de ingeniosos estudios psicológicos, sin una disseccion bien hecha del hombre moral, ¿qué es la novela? una entretenida linterna mágica, un kaleidoscopo deslumbrador, un verdadero *tutilimundi* que puede recrear un momento la curiosidad, pero que nada dice al alma, ni interesa mas que miéntras está delante; aun así, al poco rato fastidia necesariamente á todo el que tenga algo mas de seso que un cadete tonto ó que un bibliófilo que no es mas que bibliófilo. En

este caso están casi todas nuestras novelas antiguas; gustan á los que se satisfacen con una larga serie de períodos vacíos, en que se refieren superficialmente estas ó las otras insulsas ocurrencias, verdaderas relaciones de ciego; y tambien á los bibliófilos que las ponen sobre las niñas de sus ojos, porque son *muy raras*. Otros las aprecian, manía aun mas comun, porque tienen en su lenguaje un sabor antiguo, el propio de la época en que se escribieron. ¡Gran mérito por cierto! ¡como si pudieran dejar de tenerle! Reducidos por ignorancia ó por prudencia á no profundizar las materias de sus novelas, á no pasar de la superficie de las cosas, y á relatar secamente, natural era que nuestros autores procurasen reavivar con algun estimulante la amortiguada atencion del lector, animando con algun sainetillo la monótona insulsez de sus relaciones; de aquí ese espolvoreo de situaciones licenciosas, de expresiones equívocas, todo ese cínico baño de sensualismo que advertimos en la mayor parte de las novelas antiguas: así á lo ménos lo explicamos nosotros, sin dejar por eso de tomar tambien en cuenta la mayor libertad de costumbres de aquella época, como ya ántes dijimos.

Estas dos circunstancias, consecuencia una de otra, si no nos engañamos; la excesiva licencia del lenguaje y la falta de profundidad, ó sea la superficialidad del discurso, forman el carácter distintivo de las novelas antiguas, y son las causas esenciales del poco placer que nos ocasiona su lectura. Esos dos rasgos constituyen tambien su diferencia esencial de las novelas modernas buenas. Las novelas del siglo XVII, y nos fijamos en estas porque forman la gran mayoría de las que ya podemos llamar antiguas, son propiamente relaciones de aventuras ó hechos varios que se suceden en el discurso del autor con mas ó ménos ilacion y rapidez, pero sin que veamos nunca (ó rarísima vez) á la *accion* desarrollarse por sí misma á nuestra vista, como una consecuencia necesaria del choque de los varios elementos que entran en ella, como un producto natural de las circunstancias reunidas por el ingenio del autor para formarla: no la *vemos* pasar, la *oimos* referir. En tales novelas, por efecto de su escaso artificio, hay muy poco para el entendimiento, ménos aun para el corazon. Si algo enseñan es «á precaverse de las malas artes y seducciones de las mujercillas, tahures y otra gente *non sancta*». En esto se cifra toda su moralidad. ¡Campo bien estrecho por cierto! En ellas la gracia degenera frecuentemente en chocarrería, los retratos suelen ser caricaturas; cuando les da por lo serio, son insoportables su pesadez y pedantería.

Este fallo parecerá severo á los que no se hayan tomado el trabajo de examinar por sí mismos la cuestion, y entran en ella con una opinion ya formada por lo que han oido decir; nosotros les rogaríamos que suspendiesen su juicio hasta leer siquiera una docena de

novelas, y no de las peores del siglo XVII. Si tienen paciencia para llegar al cabo, seguramente nos darán la razon.

Claro está que lo que decimos no se aplica á las cuatro ó cinco novelas sobresalientes, de una celebridad reconocida, que posee nuestra literatura. Desde luego hay que excluir las novelas de Cervántes, no solo el *Quijote*, su obra maestra, sino tambien las demas. Pasa entre los puristas por la mas perfecta, como modelo de lenguaje, el *Persiles*, la produccion favorita de su autor, como suelen serlo de todos los padres los últimos hijos habidos en su vejez; pero esta opinion, que se explica en Cervántes, no es sostenible. El lenguaje afectadamente sentencioso del *Persiles* es sin duda bello y grandilocuente, *sed hic non erat his locus*, pero es altamente ajeno de la novela; léjos de presentarlo como modelo, nos parece el mas inoportuno para el caso. De la fábula en sí, nada dirémos; le falta interes, y el olvido en que ha caido es justo. En idéntico caso está la *Galatea;* solo por ser de Cervántes, y por el consiguiente mérito de su estilo, se lee en el dia. No es grande el interes que presenta la accion de sus *Novelas ejemplares;* pero las imponderables originalidad y perfeccion de su estilo, la gracia sin igual de su elocucion, la verdad de los caractéres, la admirable variedad de sus incidentes y los innumerables chistes de que están salpicadas, las constituyen en una de las mas sabrosas lecturas de que es dado disfrutar en nuestra lengua. Nada nuevo pues dirémos, añadiendo que, por todos estos títulos, el gran Cervántes es el príncipe de nuestros novelistas y, en general, de nuestros escritores de costumbres.

Si estuviera probado que el *Gil Blas* es produccion española, seguramente su autor ocuparia el puesto inmediato al de Cervántes; pero no lo está, á pesar de las doctas investigaciones de Llorente, y á despecho de las groseras invectivas del P. Isla contra su verdadero autor M. Lesage. El episodio de las aventuras del escudero Márcos de Obregon, traducido de la novela española de este nombre, y algun otro ménos importante, traducido ó imitado de nuestra lengua, no bastan á quitar al conjunto de tan excelente obra el mérito de la originalidad. Despojado de los impertinentes pormenores que hacen tan lenta la marcha de su accion y tan pesada su lectura, el *Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman, sería una bellísima novela de costumbres, tan bella como la primera parte del *Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza. Por falta de plan y, como es consiguiente, de ilacion en los sucesos ó sea de unidad de accion, el *Gran Tacaño* de Quevedo no es mas que una graciosísima caricatura, un monstruo sin piés ni cabeza, pero que hace reir. ¡Lástima grande que tantos chistes, tantos felices pormenores y tantas pinturas originalísimas estén malogrados en una composicion tan floja!

Dos novelas de muy distintos géneros, pero muy notables ambas

(aunque no sabemos hasta qué punto puede aplicárseles la calificacion de novelas), las *Guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita, y la *Celestina* por Fernando de Rojas, y un anónimo (Rodrigo Cota segun unos, Juan de Mena en sentir de otros) completan con las ya citadas, la flor y nata de nuestro repertorio novelesco. ¿Habrémos de incluir en este repertorio el *Conde Lucanor* del sabio infante D. Juan Manuel? Si esta antigua joya de nuestra literatura fuese una novela, sería no solo la mas antigua, sino tambien una de las mejores, por su lenguaje, admirable para su tiempo, y por las preciosas máximas de que abunda; pero llamar novela á una obra puramente doctrinal, á una coleccion de ingeniosos ejemplos ó cuentos, si se quiere, muy bien discurridos, pero sin trabazon entre sí, sería abusar singularmente del significado de las palabras. No así la obra de Perez de Hita. Las *Guerras civiles de Granada*, con pretensiones de historia, no son mas que una novela muy entretenida por la variedad de sus incidentes, por la lozanía de su lenguaje, la nobleza de sus caractéres y la novedad de las costumbres que describe. Tuvo en su tiempo grandísima celebridad, siendo en efecto, como dice su editor de 1833, «el embeleso de nuestros mayores, que aprendian »de memoria los bellísimos romances que contiene; ha dado materia y »argumento á varias composiciones dramáticas antiguas y modernas, »y servido de modelo para escribir otras obras análogas, principal»mente á la del caballero Florian, intitulada *Gonzalo de Córdoba*»; pero no es cierto, como dice poco ántes, que «su lectura deleita tanto »que quien una vez toma el libro en sus manos, no puede soltarle »hasta la conclusion». Al contrario, es lectura algo cansada, aunque en general, muy apacible, sobre todo la primera parte. Mayor interes ofrece, en nuestro concepto, la de la novela dramática *Celestina*. Es obra de gran mérito, como pintura de costumbres y de caractéres, y tambien por su excelente lenguaje. La *Pícara Justina*, salvas alguna prolijidad y lo trivial de su argumento, es tambien una buena novela de costumbres, que obtuvo mucho aplauso en su tiempo, y que nadie lee en la actualidad; el género á que pertenece pasó, afortunadamente para el buen gusto.

Resumiendo lo dicho, resulta que, en nuestro sentir, España, al paso que tiene la gloria de haber producido al autor de la mejor y mas célebre novela conocida, es muy pobre en este género de literatura; que aunque cuenta muchas novelas originales, ninguna de ellas, fuera de las de Cervántes, se deja leer con agrado en el dia, despues de lo mucho que han adelantado en este ramo de literatura los modernos ingleses y franceses. A los españoles modernos, fuerza es reconocerlo, nada les debe, nada absolutamente; no hemos hecho mas que seguir muy de léjos las pisadas de los extranjeros. Nuestra literatura novelesca del último siglo, descartadas las innumerables tra-

ducciones ó imitaciones del frances y del ingles que le dan una apariencia de riqueza, se resume en el *Eusebio de Montengon* y en el *Fr. Gerundio* del P. Isla, libros ambos notables por su estilo y buena composicion, pero insulsos considerados como novelas, en especial el primero. Hasta qué punto aceleramos el paso en la actualidad para acercarnos á nuestros maestros de allende el Pirineo y el canal de la Mancha, no nos toca á nosotros decidirlo : eso lo decidirán nuestros nietos.

EUGENIO DE OCHOA.

JERUSALEN LIBERTADA.

CANTO DECIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Ismeno obliga á los espíritus infernales á custodiar la selva que suministra á los Cristianos las maderas de que construyen sus máquinas de guerra. Convertidos aquellos en extraños monstruos ponen en temerosa fuga á los que van á la corta de árboles. Tancredo se encarga de la empresa ; pero aunque su valor no es contenido por nada, un profundo sentimiento de piedad le hace desistir de su intento.—El ejército postrado y abatido por el calor y la sequia recobra su brio despues de una abundante lluvia con que le favorece el cielo.

I.

No bien en polvo el impío Sarraceno
Convierte de la torre la armadura,
Cuando nuevo artificio trata Ismeno
Con que respire la ciudad segura.
El monte que á los Francos de su seno
Materia da, vedársele procura;
Porque ya nueva mole de Solima
Batir no pueda la almenada cima.

II.

Selva entre oscuros valles interpuesta
Cabe las tiendas de Bullon se encumbra,
Que el sitio con la sombra, ya molesta,
De su estirpe fragosa apesadumbra.
Luz se ve apénas pálida, y funesta
Aquí cuando mas claro el sol alumbra;
Cual la que cielo nebuloso envía
Al despuntar y al espirar el dia.

III.

Mas cuando parte el sol, presto se inunda
De tinieblas el bosque y noche tanta;
Que la infernal calígine profunda
La vista ciega, el corazon espanta.
No busca pasto allí res vagabunda:
No á su sombra el pastor lleva la planta:
Ni viajero entra en él sino extraviado,
Que es de léjos por todos señalado.

IV.

De hechiceras aquí la hueste impura
Viene, y con cada cual su vil mancebo;
Esa de un hirco horrendo en la figura;
Esta sobre el arzon de un monstruo nuevo.
¡Senado infame á quien de atroz ventura
Suele incitar el repugnante cebo
Con ansia á celebrar, torpe y beoda,
El profano convite y la impía boda!

V.

Es fama así; y habitador ninguno
De aquel bosque fatal los ramos coge.
Los francos le violaron, otro alguno
No hallando á quien de troncos se despoje.
Hora Ismeno entra en él; y el oportuno
Alto silencio de la noche escoge
Que al incendio siguió, y un cerco traza,
Y dentro signos mágicos enlaza.

VI.

Descinto, nudo un pié, con voz potente
En el medio de aquel voces murmura:
Tres veces mueve el cetro que al yaciente
Sabe arrancar de helada sepultura:
Alza la faz tres veces á Occidente,
Y tres á donde nace el alba pura:
Tres veces con el pié llama en la tierra,
Y así grita despues con voz que aterra.

VII.

«Oid, oid, vosotros que del cielo
Lanzados fuísteis con tronido tanto:
Los que forjais la tempestad, y al suelo
Mandais desde los aires el espanto:
Vosotros, los que á el alma sin consuelo
En el orco abreviais de eterno llanto;
A todos os invoco, hijos de Pluto,
Y á tí, señor de la mansion del luto.

VIII.

»Porque el Franco se aleje, ó pare al ménos
Del hacha cortadora el primer brio,
Custodiad esta selva, y los amenos
Arboles que contados os confío:
Venid, y á cada cual sirvan sus senos
Cual sirve á el alma el cuerpo de atavío.»
Dice, y las voces hórridas que añade,
Solo es bien que impía boca las traslade.

IX.

A sus ecos, la luz con que se adorna
La region de los astros, palidece:
Anúblase la luna, y la contorna
Denso vapor que el ámbito ennegrece.
Su grito airado á redoblar él torna:
«¿Qué, la precita gente aun no obedece?
¿A qué el tardar? ¿quereis que asorde el viento
Con mas secreto y poderoso acento?

X.

»No por largo silencio desacorda
Hoy mi mente; no el arte di al olvido;
Y aun con la lengua sé de sangre gorda
Aquel nombre decir grande y temido,
El que á Dite jamas encuentra sorda,
Al que nunca Pluton rebelde ha sido.
¿Digo...? le digo?» Iba á seguir, y en tanto,
Conoció que cumplido era el encanto.

XI.

Innúmeros acuden los precitos,
En turbas ya de los que el aire encierra,
Ya de los que se alojan infinitos
En el lóbrego fin de la honda tierra;
Lentos por el decreto, y aun marchitos
Con que Dios les veló la franca guerra;
Si bien no vedan sus eternos fallos
Que allí en las ramas moren y en los tallos.

XII.

Consumado el designio y floreciente,
Al rey medroso se encamina el mago.
«No mas dudes, señor, alza la frente,
Libre es ya tu ciudad de golpe aciago;
Que no nuevas podrá la franca gente
Torres labrar, y renovar su estrago;»
Dícele así, y en su memoria fija
Cuanto él obró con relacion prolija.

XIII.

Prosiguiendo: «Y es bien te manifieste
Lo que dobla, señor, el gozo mio.
Sabe, que pronto en el leon celeste
Va á unirse Marte con el sol de estío,
Sin que sus fuegos á templar se preste
Aura leve, ni lluvia ni rocío;
Que el cielo al observar, tiempo infelice
De seco ardor y de aridez me dice.

XIV.

»Ardor que hiciera respirar con pena
Al Nasamon aduste y Garamante:
A nosotros sufrible en ciudad llena
De sombras, de frescor, y agua abundante;
Mas que el Franco en region dura, inamena
No será nunca á tolerar bastante;
Con lo que opreso del calor primero,
Caerá despues ante el egipcio acero.

XV.

»Sin lucha vencerás. De la fortuna
No en los trances difíciles te empeña;
Y sí el Circaso audaz que tregua alguna
No da á su brio, y la quietud desdeña,
Como suele, te estrecha y te importuna,
Tú sus fogosos ímpetus domeña;
Que bien pronto va á dar el cielo amigo
A tí la paz, la guerra á tu enemigo.»

XVI.

Esto escuchando el rey, el pecho anima,
De los cristianos ímpetus seguro;
Y aunque compuesto ya lo flaco estima
Y mas batido del ariete duro,
Su cuidado redobla, y de Solima
Va por do quiera reparando el muro,
Donde esclavos y dueños ciento y ciento
A las obras dan vida y movimiento.

XVII.

De la otra parte el capitan severo
Quiere que asalto inútil se rehuya
Hasta que la alta máquina primero,
Y otras bélicas obras, reconstruya.
Al monte que servicio le da entero
De obreros manda la caterva suya;
Allá caminan con el alba clara,
Mas ya vecinos, el terror los pára.

XVIII.

Cual simple infante que mirar no osa
Do soñada vision se le presenta;
Y del prodigio tiembla y larva odiosa
Que la tiniebla de la noche aumenta;
Tiemblan así, sin percibir cuál cosa
Sus ánimos conturba y amedrenta;
Y es que el espanto á sus sentidos finge
Monstruos mayores que dragon y esfinge.

XIX.

Vuelve la turba triste y abatida,
Con relatos tan varios y atrevidos,
Que es de todos al punto escarnecida,
Y sus prodigios altos descreidos.
Entonce el capitan manda atrevida
Escuadra de guerreros escogidos,
Que escolta sea á los que el miedo oprime,
Y á la usada fatiga los anime.

XX.

Esos llegando al sitio do pusieron
Su mansion los precitos vegetante,
No bien las negras sombras descubrieron,
Tornáronse de hielo : mas delante
Prosiguiendo turbados, escondieron
El vil temor bajo de audaz semblante;
Y tan adentro avanzan, que ya toca
Su pié del bosque la encantada boca.

XXI.

Sale entónces un eco de repente
Cual de onda flébil que entre escollos gima;
Y el rugido del ábrego se siente
Y el rimbombar de trepidante sima.
Cual brama el oso y silba la serpiente,
Como el ahullido del cerval lastima,
Suena, y cual trompa que los aires hiende :
Tan varia voz y tanta el son comprende.

XXII.

La faz aquí de todos palidece
Y en mil formas el miedo al rostro sale :
No avanza ya la escuadra ni obedece :
No hay disciplina que á su espanto iguale;
Que al motor que sus almas estremece
Débil esfuerzo de virtud no vale.
Huyen al fin, y de ellos uno advierte
A Gofredo el suceso de esta suerte :

XXIII.

«Con nuestros brazos hoy poco adelantas
Contra el bosque, señor, tanto guardado,
Que creo (y lo jurara) que á esas plantas
Sus mansiones Pluton ha trasladado.
Quien frente á frente ve visiones tantas
Bien tiene el pecho en bronce trasdoblado,
Y el alma no sintió que oyó serena
Cómo ruge en su centro y silba y truena».

XXIV.

Dice, y Alcasto, que entre muchos fuera
Allí las nuevas á escuchar fatales,
Varon de audacia despechada y fiera,
Burlador de la muerte y los mortales,
Que ni tigre ó leon temido hubiera,
Ni del orco los monstruos infernales,
Ni nube ó viento, ó rayo, ó terremoto,
Ni cuanto asusta al orbe aun mas ignoto,

XXV.

La testa mueve, y con desden riendo,
«Yo iré (dice) de aquel no se ha atrevido:
Yo solo el bosque despojar pretendo
Que de vanas quimeras es hoy nido.
No ha de estorbarlo, no, fantasma horrendo,
Ni ahullar funesto, ni feroz bramido,
Aunque abierto á mis piés el suelo duro
Me enseñe del averno el fondo oscuro».

XXVI.

Así se jacta, y préstase á su ruego
Bullon, y él parte hácia la selva umbría.
Llega, y la mira atento, y oye luego
El rimbombo tremante que salia,
Mas no de su valor pierde el sosiego,
Y sigue audaz y altivo cual solia;
Y el límite vedado ya pisara,
Cuando una hoguera espléndida le pára.

XXVII.

Remedando muralla, á inmensa altura
Suben los rojos fuegos humeantes,
Y en su abrasado cerco se asegura
El vivir de los árboles gigantes.
Muestran las altas llamas la figura
De castillos soberbios y torreantes;
Y con Solima en máquinas compite
De guerra y destruccion la nueva Dipe.

XXVIII.

¡Oh qué de armados monstruos son en guarda
Del recinto infernal ardiendo en ira!
Turba de ellos con fierros le acobarda:
Otra con ojos tórridos le mira.
Huye el audaz; y aunque su fuga es tarda,
Cual de leon que en lucha se retira,
Fuga es al fin; y el pecho le ha oprimido,
Miedo hasta aquel instante no sabido.

XXIX.

¡Miedo que entónces conocer no pudo;
Mas que apercibe al retirarse laso!
Aquí el remordimiento diente agudo
Clava en su pecho con dolor no escaso;
Y él de triste vergüenza opreso y mudo,
Aparte y abatido arrastra el paso;
Y la frente hasta allí tanto orgullosa,
Ante los hombres levantar no osa.

XXX.

Bufion le llama, y á esquivar comienza
El con excusas lento su persona.
Tardío acude al fin y sin que venza
Su rubor, cual en sueños le razona,
Con que aquel de la insólita vergüenza
Deduce que su fuga la ocasiona;
Y sorprendido exclama: «¿Son prestigios,
O quizá de natura altos prodigios?

XXXI.

»Mas si hay guerrero á quien anhelo encienda
De pisar las selváticas mansiones,
Láncese pues; y la ventura emprenda
Y lo cierto nos traigan sus razones».
Dice, y tres dias fué la selva horrenda
Embestida por ínclitos varones:
Mas ninguno hay tan bravo que no huya
Ante la forma amenazante suya.

XXXII.

El príncipe Tancredo érase en tanto
A sepultar á la dilecta amiga;
Y aunque opreso aun está de su quebranto,
Y no bien apto al yelmo y la loriga,
Viendo zozobra tal y apuro tanto,
No el peligro rechaza ó la fatiga,
Y hace que el débil cuerpo en fuerza abunde
El vigor que su espíritu difunde.

XXXIII.

Recogido dirígese el valiente
Con silencio y reserva al riesgo ignoto
Y sostiene el horror del bosque ingente,
Y el rebramar del trueno y terremoto:
Nada le asusta, y solo el pecho siente
Latir mas raudo, y lo resiste inmoto,
Y sigue, y queda de repente ciego
Al esplendor de la ciudad del fuego.

XXXIV.

Detiene el paso entonce, y se amonesta
En tal guisa entre sí: «¿Qué aprovecharme
Hora puede la espada? ¿Al medio de esta
Hoguera devorante he de arrojarme?
No de la muerte iria por honesta
Causa del pro comun á libertarme;
Mas mi vida aquí dar fuera locura;
Que morir sin provecho no es bravura.

XXXV.

»Mas mi grey ¿qué dirá si torno en vano?
¿De cuál otra floresta hay esperanza?
¿Dejará así Bullon tan de temprano
La necesaria empresa?... y ¿si otro avanza?
Quizá el fuego que viendo estoy insano
No á la apariencia en el efecto alcanza. —
Lo que quiera pues, sea». Así diciendo,
Saltó dentro. ¡Oh valor!... ¡hecho estupendo!

XXXVI.

No sentir so las armas le parece
Cual debiera calor de fuego intenso;
Ni del encanto que la selva ofrece
Da á los sentidos la razon asenso;
Pues no bien se le toca, desparece
Trocado el simulacro en vapor denso
Que esparce noche y bruma, y noche y bruma
Se disipa tambien cual leve espuma.

XXXVII.

Tancredo, aunque asombrado, esfuerzo gana;
Y ya el espacio contemplando escueto,
Mueve la planta en la mansion profana,
Y apura del lugar todo secreto:
Mas no halla sombra ni apariencia vana,
Ni á su camino embarazante objeto,
Mas que cuanto en sus giros la floresta
Quita alcance al mirar, ó el pié molesta.

XXXVIII.

De anfiteatro al cabo en la figura
Ancho cerco sin árboles divisa,
Salvo solo un cipres, de inmensa altura,
Que pirámide recta el centro pisa.
A él camina, y ya cerca, una escritura
En el tronco feral descubre incisa,
Con raras letras, cual en vez de escrito
Usó el antiguo misterioso Egito.

XXXIX.

Entre signos que ignora, otros advierte
Del sirio idioma que comprende entero.
«¡Oh tú que en la morada de la muerte
Con pié profano penetraste fiero!
¡Ah! ¡si no eres tan crudo como fuerte,
No turbes este asilo, audaz guerrero!
Tú á los manes perdona aquí cautivos:
¡Paz á los muertos dar toca á los vivos!»

XL.

Así lo escrito dice. El busca yerto
Los misterios sublimes allí ocultos,
Y oye en tanto girar el aire incierto
Entre los ramos de la selva incultos,
Y del fondo salir flébil concierto
De suspiros humanos y singultos;
Y un triste no sé qué que el pecho llena
De amargura y piedad, de susto y pena.

XLI.

Desnuda al fin la espada, y acongoja
Con alto esfuerzo el tronco: y ¡oh portento!
Rojo humor la corteza herida arroja,
Y el suelo en derredor torna sangriento.
Tiembla de horror: mas la acerada hoja
Alza otra vez, á su designio atento;
Cuando escucha salir, cual de la tumba,
Un gemido que fúnebre retumba.

XLII.

Y claro dice así: «¿No me ofendiste
Tú ya, Tancredo, con rigor sobrado?
¿No es asaz que del cuerpo en que me viste
Vivir leda y feliz me hayas privado,
Sino que ultrajes hasta el árbol triste
A que mi dura suerte me ha ligado?
¿Aun despues de la muerte ¡impío que eres!
Atormentar á tus contrarios quieres?

XLIII.

» Clorinda fuí : no yo espíritu humano
Sola aquí albergo en tosca planta y dura ;
Mas todo otro mortal franco ó pagano
Que del muro espiró bajo la altura,
Aquí opreso de encanto está, tirano,
No sé si en cuerpo diga ó sepultura :
Estos ramos y troncos sienten vida,
Y serás, si los truncas, homicida. »

XLIV.

Cual lacio enfermo que percibe en sueño
Hidra torva ó flamígera quimera,
Si bien sospecha que con falso ceño
Le acobarda vision no verdadera,
Siente con todo por la fuga empeño;
Tal le infunde terror la larva fiera:
Así el amante, aunque verdad no puede
Los encantos juzgar, vacila y cede.

XLV.

Y en tan varia emocion al pecho siente
Que el frio de la muerte horror imprime;
Y en su congoja súbita y potente
Suelta el acero; que el dolor le oprime,
Si el miedo no. Parécele presente
Su amada, que ofendida llora y gime;
Y de esa sangre por librarse lucha,
Y de esa triste voz que lenta escucha.

XLVI.

Así aquel brio que á vencer llevólo
Toda laya de asombro y de portento,
Aquel que flaco en el amor es solo,
Cedió al engaño de falaz lamento.
En tanto allá de la mansion del dolo
La espada arroja el impetuoso viento;
Con que vencido al fin sale el mezquino,
Y halla y recobra el fierro en su camino.

XLVII.

Ni con esto tornar pretende luego
A inquirir las falacias portentosas;
Y al capitan llegando, y ya en sosiego
La mente y la razon mas vigorosas,
Comienza así: «Señor, yo nuncio llego
De no creibles, ni asentidas cosas.
Cuanto esparcieron del aspecto y modo
Del incendio y bramido, cierto es todo.

XLVIII.

»Fuego maravilloso, que se inflama
Sin pábulo y al punto, vi primero;
El que cual muro crece y se derrama,
Y al que hueste infernal corona entero.
A él me lancé: mas ni quemar la llama
Sentí, ni golpe de contrario acero.
Noche aquí me envolvió: luego del dia
Tornó al bosque sereno la alegría.

XLIX.

»Y entiende, que á esas plantas las da vida
Humano sér, que siente y que razona.
Por mi lo sé, que oí la voz querida
Que aun eco flébil en mi pecho entona.
Sangre arranca del arbol cada herida,
Como de cuerpo de mortal persona.
No, no podré (vencido ya me llamo)
Ni herir un tronco, ni cortar un ramo.»

L.

Dícele así, y el capitan ondea
Entre mil dudas reflexivo en tanto.
Piensa si él mismo con sus ojos vea,
Y asalte y venza el que imagina encanto;
O si de nuevo monte se provea,
Si bien lejano, sin peligro tanto;
Mas del profundo meditar le quita,
A él llegando y diciendo el eremita:

LI.

«Deja audaces designios. Dios ordena
Que otro á la selva de su horror despoje.
Ya toca el nauta á la desnuda arena :
Ya el áurea vela espléndida descoge;
Y rota la indignísima cadena,
Al divo esquife el paladin se acoge.
La hora está cerca, al mundo prometida,
Postrera al hijo de Sion vencida».

LII.

En llama inspiradora el rostro ardiendo
Con eco no mortal, así pronuncia;
Y Bullon, nuevos planes revolviendo,
Al ocio muelle y la quietud renuncia.
En esto unido con el Cancro horrendo
El sol, calor inusitada anuncia;
Que al Franco y sus designios enemiga,
Le hará inapto al trabajo y la fatiga.

LIII.

Toda estrella benigna desparece,
Y el signo feo en la celeste casa
Maléfica virtud tener parece,
Que el aire infesta y que la tierra abrasa.
Cada vez mas dañino el fuego crece
Y este suelo y aquel talando pasa :
Noche horrenda sucede á horrendo dia
Y á fierísima luz, luz mas impía.

LIV.

No nace el sol sino nubloso y cinto
De ígneo vapor el férvido contorno :
¡Presagio de infortunio asaz distinto,
Que amargo desaliento esparce en torno!
Ni muere sino en rojas manchas tinto,
Que aun amagan mas daño á su retorno,
Y á la presente añaden pesadumbre,
De la que viene en pos la certidumbre.

LV.

Y él desque empieza ardiente á remontarse,
Por todo el suelo que de lo alto mira,
Las hojas hace y flores marchitarse,
Caer la yerba que sedienta espira,
La tierra abrirse, el rio desecarse;
Y esparciendo do quier celeste ira,
Cual rojas llamas recorrer despacio
Enjutas nubes el etéreo espacio.

LVI.

Horno oscuro parece el fosco cielo:
Nada las fuerzas ni el vigor restaura.
Céfiro silencioso pára el vuelo,
Y no ya ruge el aletear del aura.
Solo sopla nocivo, sin consuelo,
Aire que arranca de la playa maura;
Y gravísimo viene y sofocante
Con su aliento á quemar seno y semblante.

LVII.

Aun mas torva despues la noche cierra
Que el fuego diurnal no desampara:
Manga ó cometa nunciador de guerra
No mas á trechos la tiniebla aclara,
Ni siquiera á tu sed ¡misera tierra!
Sus rocíos hoy da la luna avara;
Y en vano sus vivíficos humores
Ansiando están las yerbas y las flores.

LVIII.

Sorda inquietud con afanoso empeño
Acongoja á los lánguidos mortales:
De sus ardientes ojos huye el sueño,
Y el mayor es la sed de tantos males.
¡La sed! que de Judea el torpe dueño,
Con ponzoñas y tósigos letales,
Tornó todo caudal impío y aciago
Mas que Aqueronte y que el Estigio lago,

LIX.

Y el Siloé que plácido y jocundo
Sus rápidos cristales ofrecia,
Hora con tibias aguas infecundo
Cubre apénas su lecho en agonía:
¡Recurso asaz! cuando ni el Po profundo
Al ansia de los Francos bastaria;
Ni el Ganges, ni aun el Nilo cuando baña
Lleno, de Egipto, la feraz campaña.

LX.

Recuerdan ellos la risueña orilla
Por do vieron correr líquido argento,
Veloz moviendo límpida arenilla
O el frondoso vergel pisando lento;
Mas ¡ay! la imágen que á su mente brilla
Mas pábulo ministra á su tormento;
Y el mentido frescor que les ofrece
Despues su ardor y su despecho acrece.

LXI.

El cuerpo vieras del varon robusto
Que de horrendos combates salió ileso,
Que la muerte afrontó de fierro onusto,
Y jamas de fatiga se vió opreso,
Hora aflojarse y cabe seco arbusto
Yacer inerte del calor al peso,
Miéntras oculto fuego arde en sus venas
Que penoso alentar le deja apénas.

LXII.

El corcel languidece; y no á la yerba
Tan cara alguna vez el belfo tiende:
Su enfermo pié vacila, y la superba
Cerviz, ántes erguida, larga pende:
Ni orgullo de sus palmas hoy conserva
Ni el amor de la gloria ya le enciende;
Y cual de tosco fardo, hace desprecio
Del jaez primoroso de alto precio.

LXIII.

Languidece el fiel can, y no en la cura
Del caro albergue y del señor se emplea.
Tendido está : la interna calentura
Lanza en férvido anhélito y jadea.
Mas aunque largo respirar natura
Dióle, con que su ardor templado sea,
Refrigerio brevísimo le cabe
En el aire que aspira denso y grave.

LXIV.

La tierra toda en fin languidecia :
Languidecian tristes los mortales :
Ya la esperanza de triunfar perdia,
Temblando el pueblo fiel de extremos males ;
Y por do quiera resonar se oia
Universal lamento en voces tales :
« ¿Qué pretende Bullon ? ¿Qué mas espera?
¿Quiere que nuestra grey sucumba entera?

LXV.

» ¿Con cuál apresto á superar aspira
Los reparos potentes enemigos?
¿De dó aguarda las máquinas? ¿No mira
Del Señor en mil señas los castigos?
¿De su enojo con nos y de su ira
Los prodigios sin fin no son testigos?
¿No ve que el cielo con ardor sin tasa
Mas que al Indio y Etiope nos abrasa?

LXVI.

» ¡ Tal vez Gofredo á figurarse acierte
Que debemos, vil turba aventurera,
Ir cual reses nosotros á la muerte,
Porque él su autoridad conserve entera!
¿Con que tanta es la dicha y tal la suerte
Del venturoso que en el mundo impera,
Que su imperio á guardar se determina
Aun de la grey sujeta con la ruina?

LXVII.

» ¡Ved el que ostenta título de pio!
Generosa piedad! ¡Virtud subida,
Que por guardar su infausto poderío,
Del pueblo suyo y su salud se olvida!
Él, secos para nos laguna y rio,
Bebe corriente del Jordan venida;
Y en mesa alegre y de compaña escueta,
Tiñe sus linfas con licor de Creta».

LXVIII.

Decia el Franco así; y el Duce griego,
Ya de seguir cansado esos pendones:
«¿Por qué aquí (dice) so el celeste fuego
Ver yo quieto diezmarse mis varones?
¿Si está Bullon en su delirio ciego,
Sufran los daños él y sus legiones.
¿A nosotros que vá?» Y en noche oscura
A partir silencioso se apresura.

LXIX.

No bien luce ese ejemplo al dia claro,
Nueva hueste á imitarlo se resuelve.
La gente de Clotario y de Ademaro,
Y de otros héroes que la tierra envuelve
(Pues la lealtad jurada al jefe caro
Rompió el que todo impío lo disuelve),
Abandonar el campo se proponen
Y oculta fuga y nocturnal disponen.

LXX.

Bullon todo escuchaba, todo oia,
Y aun pudiera ejercer medios potentes;
Mas él los odia, y con la fe que haria
Andar montes, pararse las corrientes,
Devotamente al que los orbes guia
De su gracia le pide abra las fuentes:
Las palmas junta, y con radiante celo
Alza los ojos y la voz al cielo.

LXXI.

«Padre y Señor, que al pueblo tuyo diste
En el desierto, bienhechor rocío;
Tú que en diestra mortal virtud pusiste
De arrancar de la piedra fácil rio;
Renueva el bien sobre mi campo triste,
Y si es menor merecimiento el mio,
Tu bondad inefable le rescate,
Y Dios ampare al que por Dios combate.»

LXXII.

Dice, y vanas no son estas plegarias
Que un justo afecto le inspiró humildoso;
Mas suben hasta el cielo voluntarias
Cual aves de plumaje numeroso.
Las acoge el Eterno, y á las varias
Legiones de la cruz mira piadoso;
Y de su estado pésale infelice,
Y con amigas voces así dice:

LXXIII.

«Asaz de pruebas duras y azarosas
Y desdichas sufrió mi campo amado:
Asaz con fierro y artes engañosas
Al infierno sufrió y al mundo armado.
Orden nuevo comience aquí de cosas
Que propicio le ria y fortunado.
Llueva, y que el Franco torne á ser invito,
Y su gloria á doblar venga el Egito».

LXXIV.

La frente alzó; y el campo de topacios,
Y astros fijos y errantes recrugieron:
Tembló el aire, y los líquidos palacios,
Y los montes y abismos se movieron.
Claro un lampo brilló por los espacios,
Y á la siniestra mano un trueno oyeron;
Y á trueno y lampo acompañar se siente
El alto grito de la alegre ente.

LXXV.

Hé aquí súbitas nubes, no del suelo
Por la virtud del sol alto ascendidas,
Sino bajadas rápidas del cielo
Que abrió sus cataratas escondidas.
Hé aquí que de la noche el fosco velo
Envuelve ya las tierras extendidas:
Sigue un diluvio con fragor que asorda,
Y el rio crece y su brocal desborda.

LXXVI.

Como acontece en la estacion estiva
Cuando la lluvia suspirada llega,
Que de ánades la turba en seca riva
Con roncas voces al placer se entrega;
Ya el ala, porque el dulce humor reciba,
Con batiente inquietud una desplega;
Ya en la charca mayor otra se apaña
La sed extingue y se chapuza y baña;

LXXVII.

Tal al rocío que benigno llueve
Pio el cielo, el ejército cristiano
Saluda alegre. Cada cual la leve
Cabellera y el manto empapa ufano.
Este en la copa ó en el casco bebe:
Ese en la fresca linfa hunde la mano;
Quién moja en ella la cerviz gallarda,
Quién previsor en ánforas la guarda.

LXXVIII.

Ni solo en los mortales la alegría
Cura el afan de las pasadas penas;
Mas la tierra, que ha poco en la sequía
Mostró sus costas de hendiduras llenas,
La salud bebe con la lluvia fria
Y la reparte por sus anchas venas,
Que llevan los mitríficos humores
A las plantas, las yerbas y las flores.

LXXIX.

Así enferma beldad, á quien vitales
Jugos el fuego templan escondido
Ocasion devorante de los males
Que su cuerpo gentil han abatido,
Sus hechizos recobra virginales
Y la frescura que su orgullo ha sido,
Y trisca alegre por las verdes faldas
Y á sus adornos vuelve y sus guirnaldas.

LXXX.

Cesa la lluvia al fin y reaparece
El sol que lanza su apacible rayo
Con fecundo calor, como acontece
Cuando termina abril y apunta mayo.
¡Oh fe! quien en tus aras culto ofrece
Sacar la tierra de mortal desmayo
Puede y mudar los tiempos á su antojo,
Y afrontar de la suerte el fiero enojo.

JUAN DE LA PEZUELA.

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

II.

FE POLITICA.

(Continuacion.)

Y si no son los intereses y ambiciones particulares, dígasenos ¿cuál otro es en el dia el objeto ostensible de la lucha política? ¿Es acaso un cambio de dinastía, un cambio de leyes fundamentales, un cambio de gobierno? No; todos los partidos beligerantes acatan ó muestran acatar á una misma reina, una misma constitucion y un mismo régimen; y sin embargo se habla de trastornos, como si nos asediaran enemigos invisibles, y embarga todos los espíritus un malestar indefinible, y para muchos esta agitacion sorda es presagio de grandes males. No es todo en efecto vocería de partido ó ilusion de espíritus sombríos; el peligro y el mal existen, pero no agudo sino crónico; no nos amenaza ya el frenético delirio del fanatismo revolucionario, sino la repugnante agonía producida por la gangrena. Hay dos especies de anarquía, y no definirémos cuál sea mas terrible; la una, obra de pasiones desencadenadas, violenta como ellas; la otra, obra del egoismo y degeneramiento social y de la extincion de toda noble creencia y sentimiento. En nuestros temores siempre tenemos vuelta la vista a la Francia de 1793, y nunca la fijamos en la Polonia de 1772; y sin embargo aquella volvió á la vida de su espantosa crísis, y esta se disolvió en el sepulcro.

Cuando los principios cesan de ser revolucionarios y la revolucion continúa, bien se ve que no está en los entendimientos sino en los

corazones, y que ya no hay fe sino intereses en ella. Aplaudimos, como el que mas, el saludable cambio de ideas verificado de algunos años acá, y el descrédito en que por lo general han caido las teorías disolventes; pero al ver el poco influjo que tienen las ideas sobre los hechos, desarrollándose unas y otros en sentido opuesto; al ver que se eslabonan los desórdenes y se acumulan las ruinas al arrullo de las declamaciones de órden y conservacion, formamos una idea bien triste de la buena fe de los partidos, bastante desengañados para no creer en lo que obran, mas no bastante sinceros y desprendidos para obrar como creen. Empeñan á los mas en la empezada senda intereses mas ó ménos personales, mas ó ménos declarados, adquiridos ó por adquirir, bastante cortos de vista para no ver sino el peligro próximo que puede amenazarles, y no el gran peligro social que tarde ó temprano les envolverá por esta senda en la comun ruina : tiéndense otros cansados en mitad del camino con estúpida indiferencia, sin fuerzas para pasar adelante ni para volver átras; cuales, se retiran desesperanzados y se atrincheran en la vida doméstica, huyendo de la tormenta que tal vez provocaron; cuales se guardan para mejores tiempos; mas ora sean los intereses ó el cansancio, la timidez ó el desaliento los que produzcan inaccion, condescendencia y tal vez complicidad con la revolucion entre los hombres mas desengañados, lo cierto es que estos sentimientos mas ó ménos honrosos y justificados, indican un hecho mismo, la falta de fe, falta de fe en la revolucion, y, digámoslo tambien, falta de fe en la reparacion. Por esto no es cumplido nuestro gozo á vista de los numerosos desertores de las filas revolucionarias; son soldados que se retiran á sus casas y no al campo opuesto, soldados que no recluta la buena causa, sino la indiferencia y el egoismo.

Comprendemos muy bien que á vista de la impotencia ó mala fe de los partidos, á vista de su inconsecuencia en los principios, de la violencia en sus actos, y de las faltas y excesos de todo género en que han incurrido, rehuse todo corazon recto y todo espíritu elevado partir con ellos la responsabilidad, y afiliarse bajo una bandera falsa ó errónea en su lema, ó manchada por los abusos; y no solo lo comprendemos, sino que no comprendemos lo contrario. No es lo mismo en nuestro concepto tener fe en un principio, que tenerla en un partido; pues aunque cada partido proclame su principio, lo alteran de tal modo las cuestiones personales, que lo convierten en pasion en los momentos de efervescencia, y en los de sosiego y sangre fria no es para muchos sino una asociacion de comercio en que á pérdidas y ganancias comunes juegan su fortuna. Y así como en ningunas épocas ó lugares suele haber ménos religion que aquellos en que coexisten multitud de religiones, así la conviccion, así la fe política está ordinariamente en razon inversa del número de partidos que se jac-

tan de tenerla. No en los partidos, sino sobre los partidos ha de colocarse nuestra fe; que no deja de existir la verdad, por mas que se vea controvertida y profanada, ni deja de hallarla todo el que quiera elevarse á una region superior para gozar de su luz, interceptada á los combatientes por la polvareda misma que levantan.

Para hallar empero la verdad y creer en ella, es preciso separar las cosas de las personas, los principios de los abusos que vician su esencia; pues no existiendo ninguno libre de tacha en su uso y aplicacion, y mucho ménos en los actos de sus secuaces, perderíamos toda idea de bien, y nuestro corazon se cerraria no solo á toda esperanza, sino á toda creencia de mejora posible. La historia misma, que en todos los siglos y bajo cualesquiera instituciones no nos presenta sino calamidades y delitos, sería para nosotros fuente de universal escepticismo. En todos tiempos y lugares siempre hallaréis en el hombre esa criatura degradada del Eden, ese compuesto de errores y pasiones que inficiona cuanto toca, y que conociendo su pequeñez busca asirse á una verdad ó á un sentimiento noble, para hacerlo servir de instrumento y de escudo á sus corrompidos deseos. Para ahogarlos y prevenirlos no conocemos mas que un código, y este es el Evangelio; para ordenarlos, supuesto que existen, en menor daño de la sociedad, y reprimir los que la perjudiquen, hay muchos códigos, tantos como instituciones políticas. Si consideramos pues á estas como una segunda revelacion, digámoslo así, como un segundo Evangelio que haga á todos y á cada uno de los hombres perfectos y felices, caducará con el desengaño nuestra fe en ellas, por lo mismo que es exagerada. Nosotros por el contrario creemos tanto ménos en la parte variable y humana de la política, cuanto mas creemos en la eterna y sobrenatural; graduamos la bondad de las instituciones por su conformidad con la moralidad y religion; y profanos como somos acerca de las teorías del poder y profundidades del derecho político, diriamos solo á nuestros regeneradores: Nada comprendemos de vuestros bellos sistemas, pero habeis tendido á aflojar la una y á debilitar la otra; por esto solo ha sido errada vuestra marcha.

En cuanto á las instituciones mismas, es tal la analogía que concede Dios á cada una con el pueblo ó con el siglo á que la ha destinado; suenan tan alto las lecciones de la experiencia, que sin duda, si pudiera abstraerse cada cual de sus intereses y pasiones, sería resuelto el problema en unánime sentido. Quitad estas y aquellos, y esas cuestiones políticas, que tan graves é interesantes se nos presentan, se vuelven mas ridículas y vacías á nuestros ojos, que las de los sofistas griegos ó de los escolásticos de la edad media. No es la existencia política de tanto influjo é importancia como se afecta creer acerca de la suerte de un pueblo, ni sus abstractas teorías tienen aplicacion inmediata, ó éxito por lo ménos, si se prescinde de la

opinion y existencia social; y esta, no son las instituciones, sino el espíritu del siglo quien la crea. Ponga cada cual la mano sobre su pecho, y pregúntese si es tanta como aparenta la conviccion que de sus ideas tiene, y si suena en sus adentros la voz de su conciencia tan fuerte y decisiva como su voz exterior en medio de la gritería de los partidos: y en caso afirmativo grite enhorabuena, que en toda disputa solo pediríamos á nuestros adversarios, ya que no fe verdadera, al ménos buena fe, medio seguro de alcanzar la primera, y el error no nos asustaria tanto si fuera consigo mismo consecuente. La verdad nunca huye del que la busca con ánimo sincero; y si es innato en el hombre respetar al de buena fe, aunque enemigo, y así lo proclaman los mismos partidos en el calor de su choque, teórica si no prácticamente, no es porque el error sea en sí respetable, sino porque la aurora de la verdad brilla ya en aquellas personas, porque son catecúmenos de la verdad.

Reconocemos que las almas de cierto temple corren riesgo de dejarse alucinar por una mal entendida firmeza, y de inmolar la verdad conocida y el fruto del desengaño á compromisos anteriores, y mas en una época en que se mueven á todo viento las opiniones, y en que son tan frecuentes é interesadas las mudanzas. Pero la obstinacion fundada en el orgullo excluye la fe política tanto como la veleidad dirigida por intereses. Nada hay tan perpetuo como la prevencion en el entendimiento y el rencor y venganza en el corazon, y sin embargo ni la una es fe, ni la otra constancia: ántes bien la fe política cambia muchas veces y debe cambiar con las circunstancias, pues lo que ayer fuera útil, hoy amenudo sería peligroso. Sea pues efecto de circunstancias, sea efecto de desengaños, no deben rehuir los hombres honrados y sinceros de manifestar á voz en grito su cambio de fe, aceptando en todo caso como expiacion la mas severa de su error, las explicaciones poco favorables que pudieran darse á su conducta; pero no hay que temer en este punto, que ni siempre los intereses van tan acordes con el desengaño, que este pueda creerse interesado, ni Dios, que odia tanto la traicion como la pertinacia, ha permitido que hasta en la opinion de los hombres los apóstatas se confundieran con los convertidos.

Reine pues la buena fe, y nos entenderémos; y la reconciliacion será sólida y verdadera, y tras la reconciliacion vendrá la única reparacion posible á todos los males, cualquiera sea su fecha y su autor. Nuestra fe en la reparacion se funda en la de Dios que hizo *curables á las naciones*: en cuanto á nuestra esperanza, parécese al faro que en noche tenebrosa se presenta al navegante, ora como radiante hoguera que se va acercando, ora como luz imperceptible próxima á desaparecer. (*Se concluirá.*)

ODA

leida en la sesion pública, que celebró la Academia Sevillana de Buenas Letras en 24 de abril de 1848, para colocar en su salon de juntas los retratos de sus antiguos socios los Sres. D. Manuel María del Mármol, D. Félix José Reinoso y D. Alberto Lista;

POR

DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Ciñe nuevas guirnaldas á su frente
Guadalquivir ufano,
Y suspendida la veloz corriente,
Benéfico dilata
Por el inmenso llano
Su nívea espuma y su raudal de plata.

Abandonan las ninfas sus mansiones,
Y por la orilla amena
Danzan al son de insólitas canciones
En bullicioso coro,
Que al ánimo enajena,
Y recuerda feliz los siglos de oro.

Tambien se viste la oriental Sevilla
De gozo palpitante,
Con espléndidas galas; miéntras brilla
En el rosado cielo,
Mas que nunca radiante,
El puro sol de su encantado suelo.

Pompa, que atrajo en tan solemne dia
La Academia preclara,
Que lágrimas vertiendo de alegría
Entre ardientes loores,
Y de triunfos avara,
Enaltece á sus vates y escritores.

Son sus hijos cubiertos de laureles,
Su ornamento y su gloria,
Los que reviven hoy por los pinceles
En su inflamada mente;
Los mismos que en la historia
Grata venera la española gente.

Son los hijos del Bétis, que á la cumbre
De la virtud llegaron,
Y del genio creador la clara lumbre
Con el saber profundo
Dichosos hermanaron,
Para llenar de admiracion el mundo.

¡A Mirtilo mirad! En su semblante
Reluce la ternura,
Con que retrata al generoso amante (1),
O en la ausencia de Elisa (2)
Su cándida hermosura,
Su dulce fuego y celestial sonrisa.

De Góngora y Melendez emulaba
Los himnos populares,
Y de Oseth (3) en los montes ensayaba
Al son de acorde lira
Suavísimos cantares,
Que á Daraja despiertan y á Tarfira (4).

Fileno, asombro de la gente ibera,
Esparce en su mirada
La inspiracion de Milton y de Herrera,
Y aquel fuego divino
Que dió á su sien sagrada
La griega oliva y el laurel latino.

Si el arpa de David pulsa su mano,
Y los himnos entona,
Al escuchar su acento sobrehumano
El alma enardecida,
Los valles de Helicona
Por las montañas de Salém olvida.

(1) *Los Amantes generosos;* drama pastoral del Sr. Mármol.
(2) Sus romances á la ausencia.
(3) San Juan de Aznalfarache, sitio deliciosísimo á una legua de Sevilla.
(4) Títulos de sus romances moriscos.

¡Oh! ¿quién podra igualarte, cuando pintas
La paz y el señorío
De la virtud con desusadas tintas (1)?
¿Y quién, si la demencia
Disipas del impío,
Cantando de Jhowáh la omnipotencia (2)?

¿Quién bosquejó cual tú los fieros males,
Abortos del delito (3),
Del Señor ¡ay! las iras eternales,
Que el ángel sufre apénas,
Y el amor infinito
Que rompió al delincuente sus cadenas?

El averno tembló: tambien la saña
Pintaste y el despecho,
Que á las precitas huestes acompaña,
Cuando al ver en la tierra
Su trono ya deshecho,
El grito lanzan de discordia y guerra.

¡Oh recuerdo fatal! Ellas, Fileno,
Miéntras que tú gemias,
Despedazaron de la patria el seno,
Y en su crueldad tirana
Robaron ¡ay! tus dias,
Tan gratos á la musa castellana.

¡Licio es aquel! La palidez, que vela
Su frente dilatada,
De sañudas dolencias aun revela,
Cual fatídica sombra,
La huella ensangrentada,
Y aun al amante del saber asombra.

Mas del genio la ráfaga divina
No se extinguió en sus ojos.
Así cuando entre nubes ya declina
El sol al occidente,
Muestra en celages rojos,
Que es de la luz y del calor la fuente.

(1) Oda á la virtud, una de las mas notables del Sr. Reinoso.
(2) Cántico de Jowáh por la venganza de sus enemigos.
(3) *La Inocencia perdida*, poema en dos cantos.

A tu lado la Historia y la Poesía
Duplicada corona
¡Oh Licio! te presentan á porfía;
Y el compas en la altura,
Cual símbolo, pregona
De Newton en las ciencias tu cultura.

¡Inspirado cantor! Verte no puedo,
Sin recordar gozoso
A Bailen, á Sagunto, á Recaredo,
Y el tierno sacrificio
Del celestial esposo,
A la esposa dulcísima propicio.

El amor inmortal, la vida humana,
La Vírgen sin mancilla,
Todo por tí de flores se engalana;
Y si á Jesus doliente
Cantas, todo se humilla
A los embates del dolor que siente.

Así no en vano la expresion sublime,
Que tu rostro destella,
En el sensible corazon imprime
Simpáticos ardores,
Cual vívida centella,
Cedida solo á vates y á pintores.

¡Oh! ¡gloria á los que animan con tal brillo
A la materia inerte,
Y émulos de Velazquez y Murillo,
Salvar pueden al hombre
Del olvido y la muerte,
Y con su imágen trasmitir su nombre!

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

EL GENIO DE LA PINTURA.

—

Á MI AMIGO

EL SEÑOR DON IGNACIO VERDEJA.

¡Ved la blanca vision! agita el viento
Las hojas del laurél de su cabeza,
Y ella al cruzar el ancho firmamento
Sus encantos le roba y su belleza.
La blanda luz de luna macilenta,
Del sol poniente el moribundo rayo,
Y la encendida faz de la tormenta
Que da al cobarde corazon desmayo;
De negra noche el luctuoso velo,
Las sonrosadas nubes de la aurora,
El limpio azul del encantado cielo,
La ráfaga de estrella brilladora;
La clara linfa del undoso rio
Que entre flores resbala mansamente;
De las olas el ímpetu bravío
Del mar que en rocas se estrelló rugiente;
El verde llano donde el aura fria
Las flores mueve que Aquilon atierra;
De la selva la bóveda sombría,
Los enriscados montes de la sierra;
Las aves cuyas plumas de colores
Los aires hienden con seguro vuelo,
Y los gentiles brutos corredores
Que hacen temblar bajo su planta el suelo;
El alma virgen, que miró entre sueños
El corazon latiendo de esperanza,
Cuando inocentes cuadros halagüeños
En el amor á columbrar alcanza;

El bélico aparato de la guerra,
De sangre y humo el campamento lleno
Y el adalid que en la manchada tierra
Yace espirante destrozado el seno...
¡Osada arrastra en su veloz carrera,
Y uncidos á su carro de victoria
Volando van por la tendida esfera
Con las fulgentes alas de la gloria!
¡Ah! ¿quién eres, vision? La diestra mano
Blande un pincel, en la siniestra lleva
Verde corona. — El genio sobrehumano
Es, que la mente del pintor eleva.
El genio encantador de la pintura,
Vencedor de los siglos voladores,
El que presta belleza á la natura
Robándole su vida y sus colores.
El que en el lienzo trasladó valiente
Del hombre Dios la celestial mirada,
Cuando su sangre derramó inocente
En la cumbre del Gólgota, sagrada.
El dirigió del Zeuxis los pinceles
Y el alma enardeció de Apolodoro;
El dió á la mente del divino Apeles
De inspiracion riquísimo tesoro.
Quemó su llama al inmortal Murillo
Cuando el lienzo manchaba con su mano;
Ciego al sentir de su mirada el brillo
Con raudo vuelo lo siguió Ticiano.
Y agora de sus tumbas en la losa
Verdes coronas de laurel dejando,
Va en medio su carrera vagarosa
Otras sublimes almas inflamando.
¡Ah tú feliz! la inspiracion sentistes
Y un nombre columbrastes en la historia...
Avanza, avanza, si la vida es triste
El sepulcro nos da perenne gloria.
Y aun la vida tambien: el que animoso
Llevó su espada triunfadora un dia
Desde el mar africano tormentoso
A los floridos campos de Pavía;
Postrada su altivez, dobló su frente
Ante el sublime genio del Ticiano,
Y de la tierra con afan vehemente
Cogió el pincel su vencedora mano.

¿Qué importó á Zurbarán morir un dia
En mísero hospital, si le llamaba
La gloria que amorosa le ofrecia
Su templo do la fama le esperaba?
¡Si de su lecho de miseria y muerte
Pudo alcanzar su mente enardecida
Allá en el fondo de la tumba inerte
Radiante solio de esperanza y vida!
Sí: que no basta al genio soberano
Beber los goces que le brinda el suelo:
Anhela mas su aliento sobrehumano;
¡Está su vida en la region del cielo!
Allí su vida está: si por ventura
Te ofrece acaso tu contraria estrella
Horas en tu existencia de amargura,
Piensa en la muerte, que tu dicha es ella.
Si al contemplar este mezquino mundo
Nada tu triste corazon inspira,
Y el alma llena de dolor profundo
Ansiosa acaso de impresiones gira;
Si en medio tu dolor desamparado
Lamentas tus perdidas ilusiones,
Y suspira tu pecho desgarrado
Por el dardo fatal de las pasiones...
Dichas aun el porvenir te abona;
¡Empuña tu pincel y tu paleta,
Y piensa que te guarda una corona
El genio del pintor y del poeta!

ANGEL MARÍA DACARRETE.

Sevilla, febrero de 1848.

FRAGMENTO.

—

Cuando el alma vacila y titubea
De una imágen en otra, sin que fije
Seria meditacion en una idea;
Cuando el lógico yugo no la aflige,
Miéntras el númen bullidor é inquieto
Por su capricho natural se rige,
Al vagabundo y rápido terceto,
Con fácil negligencia se abandona,
Y sale sin estorbo del aprieto.
Porque el terceto liga y eslabona
Sueltas inspiraciones, y así evita
Del poema la traza monotona.
El público de hogaño necesita
Que lo estimulen impresiones nuevas,
Y de una en otra audaz se precipita.
Que de altos montes á espantosas cuevas
Lo impulse el escritor; ni te pregunta,
Si le das novedad : ¿dónde me llevas?
Hoy de diez siglos se concentra y junta
La historia en dos semanas : tanto el nuestro
Por incansable variedad despunta.
A un desenlace bárbaro y siniestro,
Sigue un sainete rico en bufonadas,
Cual de la Cruz no lo inventara el estro.
Graves disertaciones, atestadas
De cláusulas inmensas y sonoras,
Terminan en risibles patochadas.
Registra esas falanjes destructoras
Del novel periodismo, do se trata
De muerte y vida, reyes y cantoras.

Aquí á un ministro pure se maltrata;
Luego se encomia á un arlequin, y luego
Se enfilan desvergüenzas en reata.
Viene un sermon terrible contra el juego,
Y luego de la Bolsa la alta y baja:
Juego con el que engorda quien no es lego.
Y si llamas á tanto absurdo paja,
Te llaman enemigo de las luces,
Que del saber ignoras la ventaja.
Pues ¡qué si en los salones te introduces
Donde se fraguan leyes y mociones!
Pasmado quedarás; te harás mil cruces,
Al ver aquellos cándidos varones
Perder el tiempo en charlas y disputas,
Miéntras el hambre diezma á las naciones.
Esas masas estólidas y brutas
Aplauden gustosísimas, creyendo
Que las llevan al bien aquellas rutas.
Tan rara obcecacion, que yo no entiendo,
Viene á parar despues en desengaño,
Y un desenlace en pos largo y tremendo.
Repítense estas cosas cada un año,
Desde que el siglo nuestro abrió el camino,
Adoptando por regla dogma extraño.
De la humana flaqueza es el destino
Sacar de quicio el mas sagaz consejo,
Y da por resultado un desatino.
Nuestros débiles ojos, al reflejo
De la verdad, deslúmbranse, y nos vamos
Al error, avanzando á lo cangrejo.
Si una ilusion, si un vicio censuramos,
A una ilusion ó vicio de otra especie
Ciegos en nuestro orgullo caminamos.
El que la rectitud sincero aprecie,
Manténgase en exacta medianía,
Por mas que la opinion su silbo arrecie.
Quien al clamor de la opinion se fia,
Cometerá aturdido algun exceso,
Que á dolorosos escarmientos guia.
¡Dichoso el que resiste al embeleso
De efímeros aplausos, y conoce
Cuán poco gana quien confia en eso!
Si hay quien aspire á tan volátil goce,

Paz, afects, reposo sacrifique,
Y los mas caros vínculos destroce.
No existe en Asia un déspota que aplique
Con mas furiosa mano el crudo azote,
Si hay quien rebelde á su mandar replique.
Del natural impulso el puro brote
Se dobla á su precepto. Torquemada
No hizo mas con judío y hugonote.
Por esto fijo absorto la mirada,
Si hallo quien dice y obra como gusta,
Y el público rumor le importa nada.
Esa es la dignidad noble y augusta,
Que al sér dotado de razon señala
De su Criador la mano excelsa y justa.
Ningun placer á este placer se iguala:
Tanto mas exquisito y mas intenso,
Cuanto ménos se luce y se propala.
El que puede decir «obro cual pienso»,
Y piensa porque estudia y reflexiona,
Tiene abierto á su vista un campo inmenso.
¡Con qué agradable holgura se abandona
Solo á su meditar, por mas que brame
Turba que al que mas vale no perdona!
Por mas que activa la calumnia infame
Las mas puras acciones interprete,
Y su ponzoña fétida derrame.
Este nombre *calumnia* me acomete,
Como vision horrenda, cual la evoca
Belzebut de su lóbrego retrete.
La calumnia mi sér turba y sofoca.
Lo digo sin rubor : un sudor frio
Produce en mí el aliento de su boca.
Se hielan en mis venas sangre y brio;
Tiemblo al oirla como débil hoja,
O fallezco cual flor en el estío.
Del placer de la vida me despoja,
Cuando desde su fúnebre guarida,
La flecha contra mí, pérfida, arroja.
¡Qué alma tan torpemente corrompida
La del hombre á quien nunca vi la cara
Y se goza en hacer tan honda herida!
Nuestra existencia, en dichas tan avara,
Con esta guerra atroz mas se envenena;

Mas su fugaz ventura se acibara.
  Fuera la sociedad una cadena
De servicios, ternezas y favores,
Libre de males, y de goces llena,
  Si cultivar supiéramos las flores
De la benevolencia, sin las cuales
¿Qué ofrece el mundo? Espinas y dolores.
  ¿Por qué no se convencen los mortales
De que odiar es morir? Quien odia, excita
Contra sí sufrimientos infernales.
  ¿Por qué malvada inclinacion se irrita
Nuestro orgullo, si vemos que otro alcanza
Galardon que afanoso solicita?
  Nuestro supremo bien es la esperanza;
Y el hombre que á su igual daña ó detesta,
Renuncia al bien que en ella se afianza.
  Vírgen es la esperanza, tan modesta,
Que no puede morar donde se abriga,
Propension tan impura y tan funesta.
  El que labra con bárbara fatiga
Seco y estéril pedregal, cosecha
Cardo espinoso en vez de rubia espiga.
  ¿Puede el hombre sumirse en tan estrecha
Prision, y condenarse al giro oscuro,
Que le trazan la envidia y la sospecha,
  Miéntras le es dado intrépido y seguro
Penetrar en los íntimos arcanos
De la creacion, si encierra ánimo puro?
  ¿Y analizar los dogmas soberanos
Con cuyo auxilio la razon produce
Todo el bien de que gozan los humanos?
  A excelso fin esta labor conduce,
Nuestros resortes íntimos revela,
Y borra la ilusion que nos seduce.
  No ha menester de libros ni de escuela
Quien á ese noble estudio se dedica,
Y de verdad la santa luz anhela.
  Naturaleza grata nos indica
La ciencia que conduce al gran secreto,
Y cómo al bienestar dócil se aplica.
  ¡Ah! si en retiro silencioso y quieto
Pudiese yo, disueltas las prisiones
Que me tienen hoy mísero y sujeto,

Recorrer esas cándidas regiones,
Donde, sin que la turba grito vano,
Celosa guarda la verdad sus dones!
¡Cuán desdeñoso en límite lejano
La turbulenta escena miraria
Que ciego reverencia el vulgo insano,
Que yo reverencié tambien un dia!

J. J. DE MORA.

OPUSCULOS INEDITOS

DEL

DOCTOR DON SEBASTIAN MIÑANO.

IV.

(Véanse las págs. 95 y 124).

Carta á un amigo sobre el Consejo de Estado *actual.*

Madrid — abril de 1826.

Muy señor mio : En grande apuro me pone Vd. deseando saber mi opinion acerca de las ventajas ó inconvenientes que pueda traer á la monarquía el Consejo de Estado bajo la nueva forma que se le ha dado por real decreto de S. M. de 28 de diciembre de 1825. Y digo que me pone Vd. en grande aprieto, no porque yo recele el menor peligro de la discrecion de Vd., pues aun cuando no fuera tan escrupulosa como es, no por eso dejaria yo de explicarme con toda la franqueza que acostumbro; sino porque siendo esta una materia tan traqueada y tan perfectamente conocida de todos los que están algo versados en materias políticas, parece que no debiera haber ya ningun motivo de duda acerca de la planta que ha de darse á estas corporaciones, en las diferentes clases de gobiernos que se conocen en el mundo.

Ya inferirá Vd. de aquí que para que podamos entendernos con claridad acerca de la cuestion que ha querido proponerme, es indispensable considerar al Consejo de Estado bajo dos diferentes aspectos, á saber : ó como mero Consejo de un príncipe, en quien reside toda la autoridad y todo el poder propio de la soberanía; ó como una potencia intermedia entre el príncipe y el pueblo, cuyas funciones se dirigen á templar los excesos del despotismo del primero y las usur-

paciones anárquicas del segundo. El primero de estos Consejos supone una monarquía pura, cual la tenemos en España. El segundo solo es propio de los gobiernos constitucionales ó de las repúblicas compuestas de una sola cámara.

Hecha esta division, cuya exactitud y claridad no pueden desconocerse, solo nos resta averiguar á cuál de estas dos clases pertenece el Consejo de Estado establecido por el referido decreto; y cierto que no deja de ser admirable que despues de todo lo que ha pasado y está pasando, y despues de una lucha tan tenaz entre los absolutistas y moderantistas, haya podido llegar el caso de ponerse en duda si el Consejo de Estado que se acaba de crear en España es un Consejo verdaderamente monárquico, ó mas bien un poder constitucional. Mucha sorpresa causaria esta simple duda á esa multitud de buenas gentes que por espacio de tantos meses han estado firmando tantas insulsas felicitaciones, y tan ridículos y exagerados elogios como ha almacenado la simplicísima *Gaceta de Madrid*. ¿Quién les diria á esos cándidos firmantes, que cuando ellos estaban dando la prueba mas pública y solemne de su docilidad á las insinuaciones que les hacian sus amigotes de aquí; y cuando ellos creian que con haberse estampado sus nombres en la *Gaceta* quedaban ya clasificados en el número de los mas ardientes absolutistas, aquel era precisamente el momento en que felicitaban al monarca por haber coartado su autoridad y por haber expuesto á la ventura la seguridad de su trono? Bien veo que dirá Vd. y dirá muy bien, que ninguno de los felicitadores tenia la menor noticia del objeto por el cual felicitaba, y que el que mas y el que ménos no hizo otra cosa que obedecer lo que le mandaba su confesor ó algun otro reverendo padre del convento de San Francisco de su pueblo. Porque ha de tener Vd. entendido, que no falta quien ha hecho la observacion de que todas ó casi todas las felicitaciones que se han dado al público por medio de la *Gaceta*, han venido de pueblos en que hay por lo ménos un convento de aquella órden.

Mas sea de esto lo que se quiera, lo que por ahora nos importa saber es en qué categoría habrémos de colocar á nuestro Consejo de Estado. Para ello no tenemos otra antorcha que nos alumbre, sino la comparacion de los Consejos establecidos en otras naciones y en la nuestra, en diferentes épocas y bajo el influjo de diversas y variadas circunstancias.

El mas antiguo de cuantos conocemos en los Estados modernos de Europa, es el Consejo Aulico de Viena, el cual no es otra cosa que un tribunal que conoce de lo contencioso que ocurre entre los diferentes soberanos que componen la Confederacion Germánica. Por consecuencia, este no es propiamente un Consejo de Estado, ni tiene nada de tal, sino un tribunal que pertenece al jefe del imperio germánico

y no al soberano particular de Austria y Hungría y reino Lombardo-Veneto.

El Consejo privado del rey de Inglaterra tiene una organizacion particular, que exige para su conocimiento que distingamos entre el *Consejo de gabinete* y el *Consejo privado*. El primero se compone exclusivamente de los ministros; pero en Inglaterra son muchos los que tienen este título, pues hasta el director de artillería se llama ministro. Este Consejo es absolutamente lo que en otros paises se llama *Consejo de ministros*, y es responsable de sus actos al Parlamento; pero con respecto al rey es meramente consultivo, y ya se deja conocer que siendo no mas que ministerial, el rey sigue siempre sus consejos mientras continúa adoptando el sistema de sus ministros.

El otro *Consejo privado* se compone: primero, de los ministros, que son sus miembros natos, de modo que todo el Consejo de ministros es parte del Consejo privado; segundo, de otros muchos miembros que son empleados de alta clase; tercero, de otras personas que no son ni ministros ni empleados. A nadie se le nombra embajador, sin hacerle ántes del Consejo privado. Es costumbre que se abstengan de asistir al Consejo los miembros de él que no son ministeriales, aunque si asisten nadie les impide la entrada.

Este Consejo tiene atribuciones administrativas, judiciales y legislativas. Las primeras se limitan á las causas del fisco y en general á lo contencioso de la administracion, pero en esta parte sin voto deliberativo.

En cuanto á las cuestiones administrativas *puras* y las legislativas, su voto no es mas que consultivo, como el del Consejo de gabinete; pero el rey no se separa nunca de su dictámen. Este Consejo tiene la atribucion extraordinaria de poder consultar al rey la suspension de la accion de una ley hasta la próxima sesion parlamentaria; pero es necesario que el Parlamento apruebe dicha medida en su próxima legislatura, y si no, exige la responsabilidad al Consejo privado.

Ademas de estos dos Consejos y de las Cámaras, que tambien pueden llamarse Consejos consultivos, pues el rey es el que decide sobre las leyes en última instancia, es ley en Inglaterra que el rey escuche á todo par que solo ó reunido con otros pares quiera hablarle ó aconsejarle sobre asuntos públicos. En una palabra, la marcha del gobierno en Inglaterra es la siguiente: determinado el rey por consejos ajenos ó por voluntad propia á seguir un cierto sistema de gobierno, elige los ministros principales entre las personas de mas mérito, talentos y servicios adictas á aquel sistema: de acuerdo con estos ministros, se eligen despues los ministros de menor cuantía, y queda formado el Consejo de gabinete enteramente ministerial: mas

como este forma necesariamente la mayoría, lo es tambien por consecuencia el Consejo privado.

Si los ministros pierden las votaciones en las Cámaras, ó dejan sus destinos, ó apelan á la nacion disolviendo el Parlamento. Si esta apelacion no produce efecto en favor del sistema ministerial, el rey varía de opinion y elige otro ministerio.

El Consejo de Estado de Francia ha tenido diferentes variaciones accidentales desde el régimen imperial hasta el último reglamento que fijó sus verdaderas funciones por medio de la ordenanza de 19 de abril de 1817. Pero su esencia ha sido siempre una misma : esto es, un cuerpo destinado especialísimamente á asegurar la buena administracion de todos los ramos productivos en la monarquía. Y ya que tocamos este punto, no es posible dejar de admirar el descuido, negligencia, ó digamos mas bien, la torpe ignorancia con que entre nosotros se ha mirado y se mira todavía esto que se llama administracion del Estado. Aun los mas astutos de los nuestros, contentándose con copiar algunas ideas y algunas voces que encontraron en algunas constituciones modernas, creyeron haber hallado la piedra filosofal con dividir el gobierno de un pueblo en tres poderes independientes entre sí, llamados poder legislativo, ejecutivo y judicial, sin considerar que aun cuando por una especie de milagro se lograse conservar la tal independencia y perfecto equilibrio de todos ellos, todavía era muy posible y aun muy probable que la máquina del Estado anduviese dada á la trampa por la falta de garantías de otro poder que se ocultó á su astuta penetracion. Este poder es el *administrativo*, sin el cual sirven de poquísima cosa los otros tres, ó por mejor decir, no pueden establecerse; y si se establecen momentáneamente, no tarda en paralizarse su accion. La administracion interior es la verdadera alma de un Estado, supuesto que es la que da movimiento á todas las ruedas que constituyen su fuerza y su prosperidad. Mas no crea Vd. que cuando hablo de la administracion entiendo por esta palabra lo que nosotros llamamos vulgarmente administracion de las rentas del Estado, ó como dicen los franceses y los ingleses, la *contabilidad*. Este no es mas que uno de los ramos de la administracion, y acaso el mas subalterno de todos. Lo que yo entiendo por administracion ó *poder administrativo*, es aquel poder creador y conservador de todos los ramos productivos que forman la riqueza general, la cual nunca es mas que la suma de todas las riquezas particulares. Estas riquezas no pueden provenir mas que de los progresos de la agricultura, de la industria y del comercio, y he aquí los tres únicos y verdaderos objetos en que se ocupa el Consejo de Estado de Francia; porque aunque hay una seccion de él que se llama *Consejo de gabinete*, la cual discute ó delibera sobre todas las materias de gobierno y sobre las altas cuestiones administrativas ó legislativas,

esto no se verifica sino cuando el rey los convoca especialmente para esto, presidiéndolos S. M. en persona, ó á lo ménos el presidente del Consejo de ministros: nunca son llamados sino cuatro consejeros de Estado á lo mas; nunca dejan de asistir todos los ministros secretarios de Estado, y sobre todo nunca se registran ni se toma nota de sus deliberaciones.

Compare Vd. ahora la naturaleza de todos estos consejos, y particularmente de los dos últimos, con las funciones que asigna el reglamento al nuevo Consejo de Estado español, y verá cuánto ménos monárquico es este último que aquellos otros, sin embargo de ser Consejos de reyes constitucionales. Y es tanta y tan esencial la diferencia, como que aquellos Consejos no son mas que unos cuerpos auxiliares del ministerio que representa la voluntad del trono, y este otro no solo no es un auxiliar, sino que es un verdadero fiscal de las operaciones del ministerio, que tanto aquí como en otras partes, no se pueden ni deben considerar sino como operaciones emanadas del trono.

Antes de que pasemos á analizar uno por uno los capítulos del dicho reglamento, será bien que echemos una ojeada sobre lo que suelen ser los Consejos de Estado en las monarquías ó repúblicas que no tienen mas que una sola Cámara.

En estas ha sido siempre preciso dar al Consejo de Estado tres cualidades que le son inherentes, so pena de convertirse en tirano ó en esclavo del mismo gobierno que le necesita para su apoyo: á saber, la independencia, la inercia y la perpetuidad. Entiendo por independencia el libre ejercicio del poder, sin sujecion á otro alguno de los que componen la máquina social; porque si dependiese de poder ejecutivo, sería en realidad conservador del ministerio y destructor de la libertad; y si por el contrario dependiese del cuerpo legislativo, no sería mas que otro brazo mas para oprimir al gobierno. Entiendo por inercia la privacion de movimiento propio, de modo que no obre jamas sino por impulso exterior; y así no debe haber cosa mas ajena de los Consejos de Estado de esta clase, que el tomar la iniciativa en la proposicion de las leyes, y el hacer cargos al ministerio. Ni lo uno ni lo otro pertenecen jamas á los Consejos de Estado como cuerpos conservadores, é infinitamente ménos cuando son nombrados para auxiliar al ministerio en la administracion de los negocios. El tercer carácter de los Consejos de Estado conservadores, es la perpetuidad, no tanto de bienes y de dignidad en una misma familia, como de virtudes, de mérito y de espíritu patriótico en la corporacion. Así fuéron los Consejos de muchas repúblicas de Italia; así lo fué el de Polonia, miéntras que los reyes fuéron electivos, y así lo han de ser todos los Consejos de Estado que se nombren en los pueblos donde el poder de hacer leyes no resida mas que en una sola Cámara con el Rey.

Tampoco se parece del todo nuestro Consejo de Estado á estos cuerpos conservadores, porque no lo es bajo ningun concepto con que se le mire, ántes bien parece creado con el objeto de poner trabas á la autoridad ministerial ó la del trono. Mas no deja de tener bastante contacto con estos últimos, así por la tendencia que manifiestan algunos de sus artículos á que sea el órgano de la responsabilidad de los ministros, como por las discusiones relativas á fijar los presupuestos de gastos de cada ministerio. Unas deliberaciones semejantes, ademas de desnaturalizar el carácter de un Consejo de Estado monárquico, abren la puerta á la ambicion de sus miembros, para que se consideren, como ya lo están haciendo, en la clase de jueces ó fiscales de los ministros, y como una especie de tutores del monarca.

Pues ¿qué sería si ademas de estos vicios inherentes al reglamento de esta corporacion, se añadiese tambien la desgracia de que los individuos del Consejo estuviesen animados de un espíritu de partido cualquiera que fuese? ¿Qué sería si en él se abrigasen los gérmenes de dos partidos opuestos? Y por último ¿qué sería si el frenesí de un partido llegase hasta el punto de sostener esperanzas ambiciosas, de aquellas que tocan muy de cerca la dignidad del trono y los derechos personales del monarca? Estremece ciertamente la idea de los daños que en semejante hipótesi podria hacer un Consejo de Estado, constituido del modo que lo está el nuestro. Por fortuna estamos muy distantes de admitir como probable una suposicion tan absurda; pero el legislador debe prever y evitar, cuando crea semejantes corporaciones, todos los riesgos que no sean absolutamente imposibles.

Figúrese Vd. por un momento, que por una rara combinacion de circunstancias, los intereses reales ó imaginarios de los individuos del Consejo de Estado estuviesen en oposicion con el sistema adoptado por el ministerio, el cual, como hemos dicho, debe siempre suponerse que es el sistema adoptado por el rey: figúrese usted tambien que por consecuencia necesaria de esta oposicion, se viese precisado el monarca á separarse frecuentemente del dictámen de su Consejo, cuya divergencia no podria ménos de atribuirse al influjo de los ministros: ¿cómo es posible que en este caso se conserve la buena armonía y conformidad de sistema entre el ministerio y el Consejo, sin la cual nunca es ni puede ser útil esta corporacion? En buen hora que se delibere franca y libremente sobre los medios de llevar adelante el sistema de gobierno que se haya propuesto el ministerio, sistema que, repito por última vez, es el sistema del mismo rey; discútase en buen hora con toda la libertad imaginable sobre la utilidad ó incongruencia de esta ó la otra resolucion; no haya la menor traba para expresar sencillamente los perjuicios que causa una ley vigente, y propóngase si es necesario su abolicion y la sus-

titucion de otra mas conveniente. Pero cuidado, que esto no ha de ser sino dentro del círculo del sistema ministerial, y siempre dirigido á sostenerle, mas nunca á derribarle, porque entónces ya el Consejo pasa á ser una cosa contraria á su verdadera institucion. Me explicaré mas claro.

Supongamos que convencidos S. M. y sus ministros de que en el estado actual de la nacion se necesita procurar por todos los medios posibles la extincion de los odios recíprocos y el restablecimiento de la union y concordia entre todos los vasallos; que para esto consideran como indispensable crear y sostener una fuerza armada esencial y exclusivamente monárquica, que no solo sirva para defender el trono, mas tambien para reprimir á los que por ambicion ó por puro interes promueven la discordia; que tratan con este fin de reducir á sus justos límites otra fuerza armada, *esencialmente popular*, y siempre peligrosa, aunque acaso en algun momento hubiese podido ser necesaria: ¿cumpliria el Consejo con su deber y corresponderá al objeto de su institucion, proponiendo acaloradamente el aumento de la fuerza popular y la depresion de la fuerza monárquica? ¿No se constituye desde aquel momento en un cuerpo de oposicion, ó lo que es lo mismo, en un poder intermedio entre el pueblo y el trono? ¿Sirve ya para nada desde aquel momento, ni mucho ménos para auxiliar al ministerio en el acertado cumplimiento de las voluntades reales?

Pero, señor, se me dirá, que esta no es la voluntad del rey sino la de sus ministros: que el rey no quiere ni puede querer semejante cosa, porque esto vendria á parar en que quedasen impunes los revolucionarios, y sin la debida venganza los buenos realistas: que los ministros abusan de la bondad del carácter del rey, y quieren llevarle poco á poco á que se entregue á la discrecion de sus hechuras, etc., etc. En partiendo de esta suposicion, y en siendo permitidos estos raciocinios, se acabaron, amigo mio, todos los vínculos de la monarquía, y se abrió la puerta de golpe á todas las revoluciones y á todas las conspiraciones posibles. Con que por un solo momento se suponga infiel al ministerio, y se le atribuyan intenciones contrarias á la voluntad y al bien del monarca, no solo son ya probables las revoluciones, sino en cierto modo necesarias. ¿Qué individuo se creerá en adelante obligado á obedecer una órden del rey, emanada por cualquiera de los ministerios, desde el momento en que todo un Consejo de Estado indica la desconfianza de que las resoluciones del ministerio son efectivamente las resoluciones del rey? Este ha sido y será siempre el eterno pretexto de todos los conspiradores y de todos los revolucionarios del mundo, y este es por desgracia el resorte mas peligroso de que se valen los descontentos para desacreditar al monarca, é introducir novedades siempre peligrosas para el

bien público, y siempre ó casi siempre útiles á los conspiradores. El pueblo, que por lo general nada cree con mas facilidad que aquello que es mas absurdo, abraza sin exámen unas ideas que, al paso que le emancipan de la obediencia, lisonjean en cierto modo su grosera fidelidad.

Un Consejo de Estado que se condujese de esta manera, sería una junta de traidores, y una asamblea de perpetua conspiracion, que seria necesario disolver al momento y castigar severamente á sus individuos. Por tanto, no creo yo que jamas el Consejo de Estado español se degrade hasta el punto de merecer semejante calificacion, cualquiera que sea la equivocada idea que algunos de sus miembros hayan formado del objeto para que fuéron elegidos.

Mas no se crea por eso que el Consejo ha de ser una especie de máquina destinada á aprobar ciegamente cuanto proponga el ministerio, para llevar á cabo el sistema de gobierno que se haya propuesto seguir; ántes bien este es el verdadero campo donde deben emplearse las luces depositadas en esta corporacion, advirtiendo las dificultades, previendo los riesgos, indicando las ventajas, y últimamente mirando todas y cada una de las providencias proyectadas bajo todos los aspectos posibles. Disputen, arguyan, pidan datos, antecedentes, noticias y aclaraciones cuantas necesiten; pero que esto sea únicamente para buscar el acierto en todos y en cada uno de los medios con que se proponen los ministros seguir su plan de gobierno, mas nunca para contrariar el plan mismo, porque entónces ya se apartan, como he dicho, de la esencia propia de un Consejo de Estado puramente monárquico, y se convierten en una *potencia de oposicion*.

Parece, al ver lo que pasa, que muchas gentes desconocen, ú afectan desconocer, la diferencia mas sustancial que distingue á los gobiernos monárquicos puros, de los gobiernos monárquicos constitucionales. En aquellos, toda oposicion *sistematizada* es un verdadero crímen ó por lo ménos un gravísimo error, porque su término y aun su ejercicio mismo ataca la esencia del gobierno, la cual consiste en que no haya ningun otro poder que rivalice con el del soberano. Al contrario en aquellos otros, la oposicion puede ser lícita y á veces necesaria, porque con ella se sostiene el equilibrio entre el poder que se ha reservado el trono y la estabilidad de la Constitucion. Mas téngase presente que aun en estos gobiernos constitucionales es preciso que la oposicion sea siempre mas débil que el ministerio, y que esté siempre subordinada en cierto modo al poder ministerial; porque de lo contrario sucederá irremediablemente una de las dos cosas: ó destruirse la fuerza al poder ejecutivo, en lo cual va envuelta tambien la ruina de la Constitucion; ó el partido de la oposicion se apoderará del ministerio, en cuyo caso no hace mas que variar de oficio y de

nombre, porque los miembros de aquel partido pasan á ser ministeriales, y los que eran ministeriales se convierten en miembros de la oposicion.

Pero una teoría semejante es incompatible con la esencia de un gobierno monárquico puro, en el cual no pueden existir ni deben tolerarse partidos con estas ni con otras denominaciones, sin que la hipótesi misma de su existencia destruya la idea de esta clase de monarquías. Tan absurdo sería suponer á un rey absoluto jefe de un partido, como suponerle rey y esclavo á un mismo tiempo. Pueden existir muy enhorabuena partidarios del ministro A ó del ministro B, del príncipe tal ó del duque de cual; pero estos partidarios no son ni pueden ser otra cosa en nuestro gobierno sino los clientes, los amigos, ó los aspirantes á las gracias que pueden dispensarles estos personajes. Usted habrá oido decir á muchas gentes, al parecer bien intencionadas, que la fortuna de España consiste en que el rey está al frente del partido de la moderacion: yo tambien le he oido y lo oigo con mucha frecuencia, y confieso á usted que siempre que lo escucho tengo un malísimo rato, porque considero el triste estado á que han llegado las cosas por nuestra crasa ignorancia, de que no se acierte á elogiar á nuestro buen rey sin humillar y desacatar su augusta dignidad. ¿Qué quiere decir esa frase de que el rey está al frente del partido de la moderacion, sino que existen otros partidos contrarios que rivalizan con su poder, y que profesan otros principios de gobierno distintos de los que profesa el jefe y soberano supremo de la nacion? ¿En qué viene á parar el respeto y el prestigio del trono, si suponemos al que le ocupa luchando y midiendo sus fuerzas con una ó con muchas porciones de sus súbditos? Si semejante lenguaje no fuera, como ya he insinuado, un efecto de nuestra crasa ignorancia, y una grosera manera de elogio á las buenas calidades de nuestro amabilísimo soberano, aseguro á usted por mi honor que mejor querria que se dijese que habia en España una guerra civil abierta entre el rey y una parte de sus súbditos, que no el que se le supusiese mandando á unos y temiendo á otros; porque á lo ménos en el primer caso no sería dudoso el éxito en favor del soberano, y todos los que le veneran en secreto correrian á ponerse públicamente á sus piés; mas en el segundo es casi imposible que los individuos particulares acierten á buscar la bandera en que quisieran tomar plaza.

Pues vea usted aquí el cuadro exacto que necesariamente ha de formar el Consejo de Estado segun las bases establecidas en el reglamento de 28 de diciembre de 1825; ó por mejor decir el cuadro que se ha formado ya en España en los pocos meses que lleva de reunirse diariamente. Equivocado el Consejo con la idea enunciada en la introduccion al real decreto, de una *inviolabilidad* personal para emi-

tir libremente sus opiniones, creyeron, acaso con la mejor intencion, que S. M. les llamaba en su auxilio para libertarse del ministerio y conducirle directamente en el laberinto del gobierno. De aquí nació que desde el dia mismo de su instalacion creyeron que el modo mejor y acaso el único de desempeñar su destino, era el de mostrar una gran desconfianza de todas las operaciones ministeriales. Pidieron, por no decir mandaron, que cada ministro les presentase una memoria ó cuadro histórico de los actos y providencias dadas en el tiempo de su administracion. Se les leyeron en efecto; y ellos las escucharon, no con aquel espíritu de atencion que pide y supone el deseo de enterarse del estado del Reino, sino como quien escucha los descargos de un criminal, á quien se quisiera encontrar culpable para condenarle ó por lo ménos para humillarle. Sentados en el escaño de la inviolabilidad, cada uno de ellos se creyó una especie de apoderado del pueblo y del trono para residenciar á los primeros agentes del poder. De aquí nacieron aquellas violentas invectivas contra la mayor parte de los ministros, y aquella especie de pujo crítico con que empezaron á ejercer su soñada magistratura. Quiso la buena suerte, que vela en favor de la España, que ninguno de los individuos del Consejo tuviese ni bastante saber ni la elocuencia necesaria para sostener con acierto ninguna de las discusiones; y así, por mas que manifestasen el deseo inmoderado de probar desaciertos, nunca pudieron demostrarlos en presencia del rey ni en la de sus augustos hermanos. En vano tomaron tambien la precaucion, tan inusitada como poco decente, de nombrar comisiones para fiscalizar el contenido de las memorias; porque por mas acendrado que fuese el celo de los comisionados, siempre les faltaba lo que no puede suplirse sino con mucha dificultad, que es la historia particular de cada uno de los expedientes. El ministro mas indocto, con tal que sea antiguo, llevará siempre una enorme ventaja al consejero mas lince, en esta clase de discusiones; y así aun cuando no fuese tan ilegal el empeño de buscar defectos en la administracion de los ministros actuales ántes de la creacion del Consejo, hubieran debido abstenerse de él por inútil é ineficaz.

Tampoco se concibe el objeto con que los señores encargados de formar el reglamento propusieron la inviolabilidad, y quisieron que se expresase así en el *considerando* del real decreto. Porque ó quisieron entender por ella aquella santa libertad con que S. M. quiere que le hablen sus consejeros íntimos, en cuyo caso era inútil expresarla, porque sin ella no hay ni puede haber consejo; ó trataron de revestirse de un privilegio incompatible con la calidad de simple vasallo de un monarca, y en este caso es en gran manera sospechosa semejante pretension.

Dios me libre de aplicar ni aun en hipótesi ninguno de los casos en que pudiera ser funestísima al trono una preeminencia tan singu-

lar en unos simples consejeros : es decir, en unos señores que pueden decir y aconsejar todo cuanto les ocurra sin traba ni limitacion alguna, y que no tienen ningun género de responsabilidad por nada de lo que aconsejen, sean buenas ó malas las consecuencias que de su dictámen resulten. Supongamos que un dia, resentidos de que el rey no se conformaba habitualmente con sus consejos en todo ó en parte; disgustados de la firmeza ó si se quiere de la obstinacion de los ministros en no acomodar sus resoluciones al gusto manifestado por el Consejo ; encaprichados quizás con la idea de que una providencia ministerial iba á ocasionar una revolucion ó un gran trastorno político, y reconociendo al mismo tiempo que carecian del influjo necesario para inclinar el ánimo del rey á que no la adoptase, se olvidasen algun dia de sus deberes hasta el punto de concebir ideas perjudiciales á los derechos del trono ó de la dinastía actual : ¿quién podria reconvenir ni castigar á unos hombres declarados inviolables? ¿qué providencia tomaria el rey contra ellos, que no fuese censurada como una infraccion de la inviolabilidad?

Bien conozco la reflexion que debe ocurrir inmediatamente, de que la calidad y los altos servicios de las personas elegidas por S. M. para este importantísimo cargo, aseguran la imposibilidad de que llegue el caso de la hipótesi, y alejan hasta el mas escrupuloso recelo. Convengo en ello, con tanta mas seguridad, cuanto que entre los pocos á quienes tengo el honor de conocer, no es posible echar ménos ninguna de las virtudes que aseguran el acierto de su eleccion ; pero quisiera yo que nunca se olvidase la máxima de que los tronos son de una materia tan fina y tan delicada, que es necesario impedir que ni el aliento de la sospecha empañe por un instante su esplendor.

Ya que naturalmente hemos entrado en el análisis del reglamento, no quisiera olvidar dos observaciones que saltan inmediatamente á los ojos del lector : y es la primera de ellas, al enumerar las ocupaciones del consejo de Estado, la frase siguiente : «Los graves negocios sobre mis posesiones de Ultramar, que intentan separarse de la madre patria *por un efecto necesario* de los peligros á que ha estado expuesta mi corona.» Difícil sería inventar una disculpa ó una justificacion mas completa de la rebelion de América, que el calificarla entre los *efectos necesarios de los peligros á que ha estado expuesta la corona de España;* pero la verdad es que semejantes peligros no han sido cuando mas sino la ocasion de la insurreccion americana, y que la verdadera causa de que se haya arraigado y extendido tanto, ha sido la creacion de corporaciones inviolables y los celos mal entendidos de estas con los diferentes ministerios, así en épocas de peligros, como en los tiempos de sosiego y de calma. La insurreccion de las colonias de América es una de aquellas calamidades que pueden sufrirse, y aun perdonarse tal vez, si así lo exige el bien general; pero que no pue-

den disculparse, ni mucho ménos justificarse con peligros pasajeros.

La segunda observacion se refiere á la facultad de presidir el Consejo que S. M. se digna conceder á sus muy queridos hermanos los infantes D. Cárlos y D. Francisco, *cuando lo tuvieren á bien*. Ciertamente no es posible imaginar dos personas mas dignas de que se hagan en su favor todas las excepciones posibles, si estas no fueran de tal naturaleza que pudiesen causar en lo sucesivo ejemplares embarazosos para otros reyes y para otros hermanos. Prescindiendo por ahora de citar el ejemplo de otras naciones, en las cuales no se ha permitido ni se permite jamas que los príncipes de la sangre asistan al Consejo sino cuando el rey los convoca expresamente, y eso en presencia suya; fué tal la delicadeza con que los reyes de España miraron siempre la presidencia del Consejo de Estado, que ni aun siquiera quisieron declarar la dignidad de decano al consejero mas antiguo, sino que se reservaron el derecho de nombrar para ella á cualquiera otro individuo del Consejo ó de fuera de él, segun lo tuviesen por conveniente. S. M. mismo, cuando se dignó volver á poner en ejercicio el Consejo de Estado por su real decreto de 31 de marzo de 1815, solo resolvió que los señores infantes, sus augustos hermano y tio, pudiesen concurrir á las sesiones, y que en defecto suyo presidiese uno de ellos el Consejo en su real nombre. Pero no declaró como se declara en este moderno reglamento, que pudiesen asistir *cuando lo tuviesen á bien*. Esta novedad y algunas otras que se notan en los artículos añadidos al reglamento, no han podido ménos de llamar la atencion, con tanto mas motivo, cuanto que en todo lo que se apartaron sus redactores de copiar literalmente el reglamento del año de 1792, han cometido un desacierto notorio y han hecho por lo ménos el gravísimo perjuicio de tener que variarlo muy en breve. Sigámosles artículo por artículo, y se echará de ver mas en claro esta verdad.

El primero es una copia literal de aquel, sin mas variacion que la novedad ya insinuada respecto á la asistencia y presidencia de los señores infantes.

El 2.° es copia.

El 3.° id.

El 4.° id.

El 5.° id.

El 6.° ya introduce dos novedades, que aunque no me atreveré á graduar de grandemente perjudiciales, son por lo ménos poco convenientes; porque aunque no me parece útil que el Consejo de Estado solo se reuna los lunes de cada semana, como sucedia en tiempo de Cárlos IV, todavía encuentro mas perjudicial que se reuna todos los dias no feriados, y mucho mas el que se precise su duracion á tres

horas por lo ménos. La razon que tengo para esto es, que estoy convencido de que uno de los mayores males de la España es esto que yo llamo apoplegía de los negocios, ó lo que es lo mismo, la acumulacion de ellos en las oficinas altas del gobierno. Un consejo diario de tres horas por lo ménos, tiene que emplear mas de la mitad del año en oir chismes y en despachar asuntos indignos de él, y que de ninguna manera deben subir tan arriba. Tres dias á la semana serían mas que suficientes si se empleasen con utilidad.

El 7.° es copia.

El 8.° id.

El 9.° varía muy esencialmente las ocupaciones del Consejo de Estado, dándoles una extension tan ilimitada cual nunca tuvieron ni deben tener, si no se quiere embarazar la marcha del gobierno á cada paso. Decia el reglamento de Cárlos IV y el de S. M. en el año de 1815 que «se verian en el consejo de Estado los negocios que expresamente ó por regla general mandase el rey traer á él, ya sean respectivos á negociaciones con las potencias extranjeras ó á la gobernacion interior de la monarquía, sin ninguna excepcion de ramos ó materias». Pero pareciéndoles á los señores redactores que todavía era poco extenso el círculo de las ocupaciones del Consejo, echaron la red barredera, diciendo que se viesen en él los *negocios graves de todas las secretarías del despacho;* y como en el artículo siguiente se hace un resúmen de lo que entienden por *negocios graves*, cuyo resúmen comprende todo cuanto puede ocurrir en el gobierno, resulta que el nuevo Consejo abraza indistintamente todos los negocios de la monarquía.

Parece increible, en efecto, al recorrer el artículo 10, en que se hace la reseña de lo que ha de entenderse por negocios graves, que ninguno de los ministros de S. M. tuviese noticia de la formacion del reglamento, ó que teniéndola no llamase la atencion de S. M. sobre una novedad tan monstruosa y tan abiertamente perjudicial. No parece sino que el objeto de la redaccion de este artículo fué dejar al ministerio en una completa inaccion, sujetándole á que no pueda dar un paso administrativo sin pedir, digámoslo así, la venia al Consejo de Estado. Se echa de ver en él, que no contentos los señores redactores con la vasta y noble extension de autoridad y de influjo que habian dado á este cuerpo los reyes D. Cárlos IV y D. Fernando VII, en los dos reglamentos que les sirvieron de base para formar el suyo; y celosos hasta de aquella porcion de autoridad que los gobiernos constitucionales dejan á sus reyes, quisieron arrebatársela á S. M. con una sola plumada, dejándole pendiente de su aprobacion y tutela hasta para las acciones mas personalmente propias del título de rey. Recorramos sin prevencion el contenido de este artículo, y nos admirarémos cada vez mas, por una parte, de la osadía de proponerle, y

por otra, de la negligencia del ministro que le presentó á la firma de S. M. sin llamar su real atencion sobre su contenido.

Despues de clasificar entre los asuntos graves, como lo son en efecto, los tratados con príncipes ó Estados extranjeros, el convenir en los enlaces matrimoniales de personas de la real familia, y todos aquellos en que se trate de establecer alguna disposicion general, ó de abolirse ó suspenderse la ejecucion de las que están vigentes, entran los expresados redactores con mano armada, sujetando á su conocimiento y censura los negocios siguientes:

1.° «Aquellos en que intervenga anuncio seguro, recelo fundado ú acto positivo de rebelion»: es decir, todo cuanto diga relacion con la policía interior del reino, cuyo ramo es tan esencialmente propio de uno de los ministerios, que todo lo que sea sacarle un ápice del conocimiento exclusivo de un solo ministro, es lo mismo que inutilizarle y reducirle á la nulidad. Recórrase la carta constitucional de Francia, y se verá si ni la cámara de los Diputados, ni la de los Pares, ni seccion alguna del Consejo de Estado, se entromete ó se mezcla en los asuntos encargados á la policía.

2.° «La formacion del ejército en todos sus ramos y dependencias.» Vea V. aquí una atribucion del Consejo, expresada en muy pocas palabras, y que sin embargo excede mucho á las facultades décima y undécima que se reservaron las Córtes de Cádiz hasta en el delirio de su Constitucion. Estas por lo ménos no se atrevieron á reservarse mas que la fijacion de las fuerzas de mar y tierra que habia de haber en España, á propuesta del rey, y dar las ordenanzas al ejército. Pero el Consejo de Estado del año de 1825 no se contenta con estas dos bagatelas, sino que quiere entender en la formacion misma del ejército, esto es, en el número de tropas de que ha de constar, en los jefes que ha de haber en él, en la clase de oficiales que se han de admitir ó desechar, en la proporcion que ha de haber entre una y otra arma, en la táctica que se ha de seguir, en la administracion militar que se ha de establecer, en las maestranzas, fundiciones y almacenes que se han de crear, y por último, en todos los ramos que abraza la milicia y sus dependencias. ¿Y se atreverán todavía á llamar ambiciosos á los diputados á Córtes?

3.° «Crear nuevos destinos ó señalar nuevos sueldos para empleos públicos, excepto los de la Real Casa y Patrimonio.» Es lástima por cierto que nos hayan hecho gracia de la excepcion, porque á no ser por ella sería el artículo mas completamente democrático que se hubiese concebido jamas. ¿Con que para aumentar el sueldo á un guarda de puertas, ó establecer cuatro alguaciles mas en la sala del crimen, se necesitará de hoy en adelante la consulta y aprobacion del Consejo de Estado? Ambos son nuevos sueldos y nuevos destinos: *risum teneatis, amici!*

4.° «Conceder nuevas pensiones, y examinar si hay necesidad ó no de continuar las ya concedidas.» No me parece que habian leido despacio estos señores redactores la Constitucion de Inglaterra, ni mucho ménos la historia de su parlamento; porque si la hubiesen leido, verian que apénas hay cosa mas aventurada que mezclarse jamas los súbditos en la calidad de las pensiones que conceden los reyes; porque por lo mismo que son un efecto de su predileccion particular y un medio de recompensar servicios ya públicos, ya personales, sin ofender á la justicia general, debe dejarse tan expedita la voluntad y aun si se quiere el capricho del monarca, que jamas se entrometa en ellas el criterio de la censura, que tanto se asemeja en este caso á las dentelladas de la murmuracion. Por eso los ingleses, á quienes cierto nadie tachará de absolutistas, dejaron á sus reyes libre y expedito el vasto campo de las pensiones y *sine curas*, á fin de que pudiese desahogar los impulsos de su real generosidad. ¿Y cree oportuno el Consejo de Estado español pasar una revista á las escasas y mezquinas pensiones, ó mas bien limosnas, que S. M. ha tenido la dignacion de señalar?

5.° «Adoptar nuevas formas de imposicion, administracion y recaudacion de las rentas reales.» Esta es exactamente la copia de las facultades décima y décimatercia que se reservaron las Córtes de Cádiz, siendo de advertir que para que no se dudase de que habian tenido presente su lectura al tiempo de redactar el reglamento, siguen rigurosamente el mismo órden en la clasificacion de las materias. ¿Y sobre qué datos se han de adoptar estas nuevas formas de imposicion y administracion? ¿Ha de ser á propuesta del ministro de Hacienda, ó precisamente lo contrario de lo que este desee? De esto no se habla una palabra, y el silencio mismo parece que indica el último extremo.

6.° «Tomar empréstitos sobre ellas en cualquiera forma, y examinar los presupuestos anuales de todos los ministerios.» En este corto párrafo hay dos ocupaciones graves ciertamente una y otra; pero que por serlo tanto, es muy difícil que el Consejo sirva de ningun auxilio para desempeñarlas con acierto. La materia de los empréstitos es una ciencia tan nueva en el dia, y que exige unos conocimientos tan técnicos y tan ajenos de los que suelen adornar generalmente á los señores consejeros de Estado, que no temo decir que es imposible que los reunan en suficiente suma para que puedan ser útiles al ministerio. Todo lo mas que puede hacer el Consejo cuando se reclamen sus luces sobre esta materia, es nombrar una comision de uno ó dos sugetos de su seno, que serán probablemente los únicos que estén iniciados en ella, y esto lo puede hacer con igual facilidad y con mas prontitud y secreto el ministerio mismo. Sirvan de ejemplo los empréstitos contraidos por las Córtes, para escarmentar de se-

mejantes operaciones ventiladas en presencia de muchos individuos. La masa general del Consejo hará demasiado con aprobar y elegir lo que la parezca mejor, ó ménos malo, pero no tendrá dentro de sí misma la conciencia del acierto, porque esta no la dan nunca sino los conocimientos positivos.

La otra ocupacion de la aprobacion de los presupuestos, que no es ni mas ménos que la facultad décimacuarta y décimaquinta de las Córtes de Cádiz, viene á reducirse en último análisis á reproducir dentro de un salon de palacio las mismas discusiones y los mismos delirios que tanto escandalizaron ó dieron que reir al público en la iglesia del colegio de Doña María de Aragon. Dígase lo que se quiera, y por mas que se vocifere la ventaja de esta clase de discusiones entre muchos, lo único que he visto resultar de ellas en España y en todas partes es la repeticion y preconizacion de una verdad de Pero Grullo, que todos tienen olvidada y que nadie puede ni acierta á aplicar cuando se encuentra por desgracia al frente de los negocios. Esta verdad se reduce siempre á decir con tono misterioso y enfático, que no se debe gastar mas de lo que se tiene, y que es indispensable la economía en todos los ramos, si no se quiere que la nacion ande por puertas ó se muera de hambre. Pero pregúntesele al Consejo de Estado de España, y á todos los consejos del mundo, cómo se arreglan en el estado actual de la monarquía sus gastos y sus obligaciones al preciso ingreso de sus rentas, y se los verá reducirse al silencio ó principiar á hacer preguntas interminables. ¿A cuánto ascienden las rentas de España? Es menester preguntárselo al ministro de Hacienda. ¿Cuánto es lo líquido que de ellas se cobra? Que lo diga el mismo ministro. ¿Cuánto importa la administracion de las rentas? El ministro de Hacienda lo sabrá. ¿Qué obligaciones pesan sobre la monarquía en el ramo de Guerra? Que lo diga el secretario del despacho de este departamento. ¿Cuáles en el de Estado, Marina, Gracia y Justicia, etc. etc.? Que lo digan los jefes respectivos, porque de otro modo es nadar en un mar de oscuridades.

¿Cuál es pues el auxilio que se busca en el Consejo de Estado para aclarar la cuestion de presupuestos? ¿Se cree por ventura la vulgar y ridícula invectiva que con tanta frecuencia anda en boca de los necios, de que los ministros se echan en el bolsillo el producto de las rentas del Estado? Paréceme que era ya tiempo de que se empezase á pensar con mas dignidad, y de que se buscasen sinceramente las ventajas reales y efectivas, dejándose de sonidos y de voces insignificantes, con que solo se consuelan los que carecen de experiencia y de verdadera instruccion.

Pero demos por supuesto que en efecto se consiguiera por este medio superficial lo único que puede conseguirse, que sería el dar á S. M. un nuevo recuerdo del verdadero estado en que se hallan las

rentas de su monarquía. Y bien, ¿qué remedio dictaria toda la sabiduría del Consejo de Estado para nivelar á ellas las cargas y las obligaciones? La prudente economía: muy bien; ¿y por dónde ha de dar principio esta economía? Aquí entran ya los apuros.—Señor, por el ejército, que es el que mas cuesta.—Enhorabuena.—Pero ¿se ha de reducir su número, ó se han de rebajar los sueldos á las clases que le componen?—Ni lo uno ni lo otro; porque ni el ejército actual alcanza para cubrir los puntos que es necesario defender de los enemigos interiores y exteriores del trono, ni los mezquinos sueldos del ejército admiten ninguna rebaja razonable, si no se quiere acabar de envilecer á una clase tan útil y tan necesaria en el Estado.—Pues déjese el ejército como se está, y entáblense las reformas en el ramo de rentas.—No hay inconveniente, dice el Ministro; pero tenga presente el Consejo que de esta manera vendrá á perder mucho mas el Estado, sin que lo pueda evitar la mas escrupulosa cuenta y razon; porque hay una multitud de rentas en España y en todas las naciones del mundo, que no pueden manejarse de otro modo que por la buena fe de los empleados en ellas, y que si á estos se les pone en la tentacion de que falten á su deber, no hay medio ninguno de convencerlos, ni de resarcir el daño que irroguen al erario, ya por negligencia, ya por abuso.—Pues déjese á la discrecion del Ministro el que introduzca las reformas que sean compatibles con la pobreza general y con el buen servicio de S. M.—Veamos acaso si en la magistratura podrian hacerse algunas reformas útiles: ¿quién piensa en semejante cosa, dirá el ministro de Gracia y Justicia, cuando apénas ha empezado á ponerse en práctica el justísimo decreto de S. M. aumentándoles una cuarta parte de su sueldo, porque el que tenian era realmente vergonzoso?—Vaya por Dios, tampoco puede hacerse nada en este ramo. ¿Y la diplomacia? ¿No podria quizás reducirse alguna cosita disminuyendo los sueldos de los embajadores y ministros en las cortes extranjeras?—No hay inconveniente, replicará el ministro de Estado; pero téngase entendido que ademas de lo mucho que padecerá con esta medida el decoro y la dignidad de la nacion, sufrirán tambien no poco nuestras relaciones políticas y aun económicas, sobre todo en un tiempo en que necesitamos tenerlas mas expeditas que nunca: fuera de que la mayor parte de nuestros enviados y dependientes de las embajadas están tan pobre y tan escasamente pagados, que se ven reducidos á hacer un tristísimo papel en el cuerpo diplomático.

—Pues, señor, no nos queda mas recurso que el clero y la disolucion de los voluntarios realistas: tú que tal dijiste.—Aquí se acabó el discurrir y el meditar de la mayor parte de los consejeros de Estado, y aquí se puso fin á la soñada discusion sobre presupuestos y economías, volviendo á dejar las cosas en el estado en que estaban

ántes; esto es, confiadas á la discrecion y á la fidelidad de los secretarios del despacho, los cuales tienen por lo ménos tanto interes como el Consejo en que las cosas vayan marchando lo mejor que se pueda. Crea usted, amigo mio, que aunque este cuadro le parezca un poco satírico, es la imágen exacta de lo que pasa en el Consejo actual, en los Consejos anteriores y en todas las juntas gubernativas del mundo. He concurrido á tantas, y sobre tan diversos objetos, que no me es posible desconocerlas: volvamos á nuestro propósito.

Los artículos 11, 12 y 13 son enteramente nuevos, y tanto, que hasta se echa de ver en su lenguaje defectuoso é incorrecto, pero sin olvidar nunca la manía de mezclarse en todo directa ó indirectamente. Para que no se eximiesen de esta aduana los asuntos *reservados por su naturaleza*, y al mismo tiempo urgentes, ya que los dispensan de ser llevados al Consejo con la solemnidad acostumbrada, exigen por el artículo 11, que el secretario del Despacho á que perteneciere el asunto, le lleve instruido en forma y extienda por sí el dictámen de los señores, haciendo las veces de secretario del Consejo. No se concibe ciertamente con qué fin han de ser llevados allí estos asuntos urgentes y reservados, sino para que dejen de serlo; porque está visto y se verá eternamente en todo cuerpo numeroso, que no es asequible el silencio, por mas promesas y juramentos que se hagan de guardarle. En el artículo 12 se emplea esta misma idea, con el fin de que ni por casos fortuitos deje de dar el Consejo su dictámen en cada negocio particular. En el 13 ya se da un pasito mas adelante, preparándose á tomar la iniciativa de las reformas y planes de mejoras positivas que podrán meditarse y ventilarse en el dia de la semana en que no han de asistir los secretarios del Despacho. Confieso á V. que no alcanza mi penetracion á comprender á qué especie de corporaciones pertenece este Consejo, pues por una parte parece que debia ser auxiliar del ministerio, por otra es un mero fiscal suyo; unas veces exige la asistencia de los ministros, y otras se reserva las discusiones para cuando esté solo y á puerta cerrada. Pues qué, ¿puede haber caso en que estén de mas los secretarios del Despacho en un consejo ministerial y monárquico? ¿Qué significa ese dia reservado, en que no es lícita la entrada de los ministros en aquel santuario de la prudencia?

El artículo 14 no dice nada.

El 15 es una mera copia del artículo 11 del reglamento anterior.

El 16 id.

El 17 id.

El 18, 19, 20 y 21 id.

El 22, aunque tambien es una copia del antiguo artículo 18 en cuanto dice relacion á la facultad de nombrar comisiones para que aclaren los asuntos complicados, se añaden luego las siguientes pala-

bras : «Y lo mismo podrá hacerse siempre que el Consejo estimare conveniente adoptar este medio para la mas acertada resolucion.» O yo me engaño mucho, ó esta adicion no ha tenido mas objeto que el haber previsto los redactores la falta de conocimientos con que necesariamente se han de hallar muchos señores consejeros para entender hasta los términos de muchas cuestiones económicas, para las cuales no basta, como V. sabe, ni una gran luz natural, ni la profunda sabiduría en otros ramos, que yo supongo á todos sus ilustres individuos.

El 23, el 24, el 25, el 26, el 27, el 28, el 29, el 30, el 31 y el 32 son copias literales; pero no lo es á fe mia el artículo 33, en el cual se hace una novedad que, como todas las que hemos visto hasta aquí, indica el espíritu de orgullo y de desconfianza que ya animaba al Consejo, aun ántes de haberse acabado de formar. Decia el antiguo reglamento que «en los asuntos generales ó graves, cuando se juzgue que piden consulta formal con expresion de los fundamentos, se podrá hacer rubricada de los concurrentes. Y sea acuerdo ó consulta, el secretario del Consejo la pasará con el expediente al del Despacho á quien corresponda, para que dé cuenta á S. M. y tome resolucion». Parecióles sin duda á los redactores del reglamento, que no era decente que el secretario del Consejo se entendiese directamente con el ministro respectivo; y sin mas que variar una frase, crearon nada ménos que un ministerio de la simple secretaría del Consejo de Estado, pues no hay otra diferencia entre esta y aquellos, que la de despachar directa ó indirectamente con S. M. Pero aun hay mas; tampoco se contentaron con que esta novedad se hiciese en los *asuntos generales ó graves*, sino que añadieron estas notables palabras : «Lo mismo hará todos los dias con la minuta ó extracto de lo que se hubiere tratado y acordado en el Consejo, presentándomele estando Yo en la corte; y cuando no estuviere, remitiéndomele al real sitio en donde me encontrare.» ¡Bellas disposiciones sin duda para auxiliar al ministerio, huyendo todos los dias del camino en que están radicados los expedientes, y mostrando una desconfianza tan injusta como fuera de propósito! Un Consejo montado sobre estas bases, léjos de ser un auxiliar de los supremos administradores de la monarquía, es un enemigo declarado suyo, que debe destruirlos ó perecer, porque la existencia de ambos es incompatible.

El artículo 34 y 35 son meras copias; pero aquí se advierte una laguna ú omision de los dos artículos importantísimos del antiguo reglamento, que son el 32 y 33, los cuales dicen literalmente : «Tambien se traerán (al Consejo) cuando Yo lo mandare, las consultas de los tribunales superiores en asunto á competencias de jurisdiccion que necesitan resolucion mia.—Todos los demas recursos de esta naturaleza, sin traerlos al Consejo, se remitirán adonde cór-

responda por las secretarías del Despacho, para que se diriman en junta de competencias, segun la forma establecida, con quinto ministro de diferente tribunal.» No se alcanza á ver en esta voluntaria omision otro objeto ostensible que el de que no apareciese en el reglamento ningun caso exceptuado de ser traido al Consejo, aun de aquellos cuya marcha está trazada en los tribunales. ¡Lastimosa puerilidad!

El 36, el 37 y el 38 son tambien copias de los últimos artículos del reglamento antiguo, sin otra diferencia que la de sacar á colacion la necesidad del sigilo para la organizacion de la secretaría y para el servicio del archivo, como si hubiese una persona en Madrid que ignorase quién era el zurcidor del tal reglamento, y quiénes los consultores que concurrieron á iluminarle. ¡Harto mejor sería que en vez de recomendar el sigilo sobre la formacion de la secretaría, se hubiese recomendado el que debia guardarse acerca de las discusiones, y sobre todo cuando estas han sido de tal naturaleza, que han comprometido el decoro y aun el honor de algunos de sus individuos, que no pueden hacer otro servicio importante al público y al gobierno, que el de disolverse y reducirse otra vez á la clase de particulares!

Mas entre tanto que S. M. adopta esta necesaria resolucion, será un gravísimo mal la cesacion del Consejo de Ministros, que es el único verdaderamente útil y provechoso al trono y á la monarquía; porque ya que la desgracia ha introducido tantos gérmenes de discordia y de ruina, haya á lo ménos unidad de accion en el Gobierno, que es de donde depende su fuerza. Si Dios nos concede la gracia de que esta se conserve, todavía no pierdo las esperanzas de que salgamos bien de la crisis actual, á pesar de los obstáculos casi insuperables que ofrece la fatal existencia del Consejo de Estado.

SEBASTIAN MIÑANO.

LO INFINITAMENTE PEQUEÑO.

Si es indudable que la imperfeccion de nuestros órganos nos preserva de un sin número de sensaciones desagradables y dañosas, tambien lo es que nos priva de contemplar los mas admirables fenómenos de la naturaleza. La divisibilidad indefinida de la materia es un manantial inagotable de maravillas. Es cierto que el mismo sublime espectáculo nos ofrecen los objetos que, por su tamaño, nos suministran ideas aproximadamente exactas y completas, y no hay duda que tanto deberia asombrarnos la organizacion del leon ó de la encina, como la del infusorio mas imperceptible y del musgo mas delicado. Pero nuestros juicios son relativos, y la dimension es una de las relaciones que con mas frecuencia nos suministran datos para formarlos. La produccion natural cuyo tamaño no difiere del de las obras del hombre, nos admira infinitamente ménos que la que no solo está por su pequeñez en inmensa desproporcion con nuestras fuerzas, sino que se oculta enteramente á nuestras miradas. Concebimos los *estampedos* de la América del Norte; millares de búfalos, toros, venados y antelopes, atravesando á carrera y en tropel las sabanas de las orillas del Ohío; pero nos cuesta mucho trabajo hasta el imaginarnos que un insecto, no mayor que un grano de arena, muere devorado por innumerables animales parásitos que le consumen los intestinos.

Así pues el mundo físico no es en realidad ese mundo que se refleja en nuestros ojos; no es tampoco el mundo que oimos, palpamos y olemos. Con un grado mas de delicadeza en el tacto, el alabastro mas liso nos produciria agudas punzadas y dolores intensos. Con un oido mas dócil, nos aturdirian los rumores mas estrepitosos y confusos. Con un olfato mas exquisito, las mas fétidas emanaciones harian insoportable nuestra existencia. La torpeza relativa de los

órganos acústicos, es digna de un momento de atencion. Si se colocase longitudinalmente delante de la boca de un cañon una série de cuerpos duros, el disparo de la bala no produciria mas que un solo y único estampido. Sin embargo, la bala habria vencido una á una todas aquellas resistencias; ha habido un intervalo entre una y otra; cada una ha producido un ruido distinto; pero esos ruidos han sido inapreciables para nosotros, porque la naturaleza nos ha hecho el gran beneficio de negarnos la facultad de percibirlos. Lo mismo puede decirse de los intervalos que separan las partes de los cuerpos mas sólidos y compactos; intervalos por los cuales circula el aire libremente, y no hay motivo para negar que circulen con el aire muchedumbre de cuerpos organizados.

Estas consideraciones han servido frecuentemente de tema á la meditacion y á la filosofía. Lo que no ha llamado tanto la atencion de los sabios, es la analogía que se encuentra entre esta disposicion del mundo externo y la del mundo intelectual. Nos asombramos con razon al considerar la incalculable rapidez con que obran el entendimiento y la imaginacion del hombre; cómo se desempeñan en instantes los cálculos mas complicados; cómo atravesamos en idea las mas enormes distancias. Pero no echamos de ver que lo infinitamente pequeño de la duracion, produce en estos casos los mismos efectos, que en el caso de los sentidos, lo infinitamente pequeño del espacio. Así como no percibimos mas que un ruido compuesto de innumerables ruidos, así tambien no tenemos conciencia mas que de una idea cuando hemos recibido muchas. El aritmético que suma una larga columna de guarismos, no tiene la menor nocion de los guarismos parciales que han compuesto la suma total, sin embargo de que cada uno de ellos ha ocasionado una percepcion distinta, y de que sobre cada uno de ellos se ha formado una operacion intelectual separada. La pronunciacion y la lectura de las palabras no se desempeñan nunca con tanta lentitud, que dén tiempo á que se imprima en el entendimiento la significacion de cada voz, y sin embargo han pasado por él, y de su operacion ha resultado una adquisicion intelectual. Cuando en nuestras comedias antiguas oimos decir al primer galan:

Sol, luna, nubes, estrellas,
Llanuras, cerros y montes,
Mares, piélagos y rios,
Fieras, árboles y flores.

¿quién entre los oyentes ha tenido tiempo para pensar en nada que se parezca al Chimborazo, al Océano Atlántico, al Tajo, al leon, á la encina y al clavel? Pues qué! se dirá, ¿han sido todos esos sonidos vanos, como voces arbitrarias y sin significacion? No por

cierto : todas han significado algo en el entendimiento del que los oia, y la prueba de ello es que de ellos ha sacado un sentido general: el mundo, el universo, cuanto existe. Pero las impresiones han sido tan fugitivas, que cada impresion individual se ha confundido en una sola, vasta, general y comprensiva; así cuando se agita circularmente un carbon encendido, lo que vemos es un círculo de fuego, y no vemos los puntos individuales y luminosos que el carbon ha recorrido.

Esta analogía entre el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus, va todavía mas léjos. Así como, segun hemos observado, la imposibilidad de ver las cosas cuales existen en sí nos evita innumerables penalidades, así la imposibilidad de retener todo lo que es objeto del entendimiento, nos ahorra el inconveniente de adquirir muchas ideas, no solo inútiles y extrañas, sino imposibles y absurdas. Si no fuera por esta feliz imperfeccion, nos sería insufrible el lenguaje metafórico. Las heridas del alma, las espinas del dolor, la caida de un ministro, son voces que no dejan en ningun entendimiento humano ideas de la rotura de los tegumentos por medio de un instrumento agudo, ni de las puntas afiladas del abrojo, ni del derrumbe de un cuerpo grave. Que se han asociado un momento con estas ideas, no tiene la menor duda, pues de lo contrario no habriamos percibido la semejanza.

Quizas tuvo presentes estas consideraciones el célebre Edmundo Burke en el siguiente pasaje de su admirable *Ensayo sobre lo sublime :* «Dudo mucho que el efecto principal de la poesía consista en la facultad de suscitar imágenes sensibles : ántes bien creo que perderia una gran parte de su vigor, si tal fuera el resultado general de la descripcion poética. Porque aquella union de voces que dispiertan sentimientos en el alma (y estas voces son los mas poderosos de los instrumentos poéticos), perderia toda su fuerza, si cada palabra de las que el poeta emplea dispertase la imágen correspondiente. Léase en Virgilio la descripcion de *la caverna de Vulcano :*

Tres imbri torti radios, tres nubis aquosæ
Addiderant; rutili tres ignis, et alitis austri;
Fulgores nunc terrificos, sonitumque, metumque,
Miscebant operi, flammisque sequacibus iras.

Todo esto, continúa el crítico inglés, parece admirablemente sublime; y si atendemos á las imágenes sensibles que semejante combinacion de palabras sugiere, las quimeras de un loco de atar no son mas absurdas é incoherentes que semejante pintura. ¡Tres rayos de lluvias retorcidas, tres de nubes acuosas, tres de fuego y tres de vendabal con alas; todo esto mezclado con relámpagos aterradores,

y con estrépitos, y con miedos, y con ódios, y con iras, y con llamas perseguidoras!!»

Así pues, para que todo sea incomprensible en las obras de Dios, lo que mas parece que deberia contribuir á nuestra ignorancia, es justamente lo que en realidad contribuye á nuestro saber; porque si tal fuera la perfeccion de nuestros órganos y de nuestro entendimiento, que los primeros pudiesen recibir las impresiones de los objetos como son en realidad, léjos de tener bastante independencia de espíritu para estudiar hechos y sacar deducciones, apénas nos sería posible defender de infinitos peligros y tormentos una existencia dolorosa y continuamente amenazada; y si tal fuera la aptitud de la parte intelectual, que todas las concepciones del espíritu ocasionasen esa persuasion íntima y profunda que los filósofos modernos llaman *conciencia*, y que no es lo mismo que la conciencia moral, no solo la obra de la razon procederia con una lentitud opuesta á sus adelantos, sino que inevitablemente adquiriríamos una masa incalculable de conocimientos inútiles y triviales, y el mas sencillo raciocinio sería mucho mas difícil y complicado, que lo es en nuestra condicion actual la resolucion del mas difícil problema del álgebra.

Hemos dicho que lo infinitamente pequeño en el órden físico, es una fuente inagotable de maravillas. Desde que se descubrió el principio de la divisibilidad infinita de la materia, se abrió á la imaginacion un campo vastísimo de hipótesis y de inducciones; porque no podia ser reconocida aquella verdad, sin inferir de ella que cada una de las partes infinitamente pequeñas en que un cuerpo se divide, debia tener su forma, sus dimensiones, sus ángulos, sus sinuosidades, y todos los demas accidentes que ocurren en la superficie de la extension corpórea. De esta conjetura no habia mas que dar un paso para llegar á la organizacion de los cuerpos invisibles; porque bastaba la vista del mas pequeño insecto visible, para creer que la mano que fabricó aquel mecanismo, podia fabricar otro mas delicado, así como podia dividir aquel cuerpo en otros mas sutiles. Pero los antiguos estaban muy léjos de sospechar lo que se ocultaba detras de estas vagas analogías. Era preciso que la ciencia regalase á la humanidad un gran descubrimiento para revelarle un universo desconocido, y suministrarle, no solo nuevos conocimientos que nadie habia adivinado, sino nuevos motivos de admiracion y de gratitud á la mano poderosa que lo sacó de la nada.

Este descubrimiento fué el microscopio. Acerca del conocimiento que los antiguos tenian del aumento de la vision por un medio convexo y trasparente, no sabemos mas que lo que dice Séneca, en el pasaje tantas veces citado: *Litteræ, quamvis minutæ et obscuræ, per vitream pilam aquæ plenam, majores clariores que cernuntur.* Pero ignoramos absolutamente los usos que hicieron de esta propie-

dad, ni en la historia de las ciencias, durante los siglos de la edad media, aparece el menor indicio de su aplicacion. Perfeccionado en tiempos modernos el arte de fabricar los cristales, era difícil que no se presentaran ocasiones de adquirir ideas mas exactas sobre el fenómeno, así como, una vez adquiridas, lo natural era que las ciencias lo empleasen en la averiguacion y estudio de los hechos naturales. Hasta ahora no se sabe quién fué el verdadero inventor del microscopio. Todas las probabilidades están en favor de Jansen, que fué el que inventó el telescopio, y que habiendo ya emprendido esta clase de estudios, ensanchó poco á poco su esfera, y encontró un principio análogo al que ya habia dado celebridad á su nombre. Así es como en nuestros dias el famoso pintor frances Daguerre, dió con el Daguerrotipo, cuando se ocupaba en perfeccionar el Diorama. Sin embargo, los nombres de Drebell, Galileo y Fontana figuran honoríficamente en la historia de estos primeros ensayos, y al último se debe, sin la menor duda, el uso de dos lentes bi-convexos, que contribuyó en gran manera á la mejora del amaño primitivo.

Todo esto se refiere al microscopio simple, considerado por espacio de muchos años como un juguete curioso, y del que las ciencias no podian sacar mucho provecho. En época muy reciente, y cuando el acromatismo habia llegado al mas alto grado de perfeccion, se inventó el microscopio de doble reflexion, y resolvió cumplidamente el problema del aumento portentoso de los objetos microscópicos, con toda la lucidez, toda la claridad y toda la exactitud necesarias para hacer de ellos un estudio completo. La condicion mas importante de este instrumento es un fondo altamente luminoso, en el que sobresalga el cuerpo que se examina, formando una imágen oscura, pero perfectamente distinta, á la manera de los retratos de sombra que los franceses llaman á la *silouhette*. Consíguiese este resultado por medio de un espejo colocado en la parte inferior del aparato, dispuesto de manera que reflejase la luz del sol. Colocados perpendicularmente sobre este espejo el tubo que contiene los cristales convexos y el objeto, queda este visible en el fondo luminoso, y resaltan con la mayor distincion todos los accidentes de su perfil.

Mas de esta nueva invencion no se puede hacer uso en los dias nublados, ni en todas las horas del dia; y para obviar este inconveniente, fué preciso acudir á otro género de luz, que pudiese manejarse con mas facilidad, y que produjese los mismos efectos. Consíguiose este fin por medio de la luz brillantísima de un gas compuesto, semejante en intensidad á la solar; y como no era fácil darle la misma colocacion que al espejo, fué preciso darle otra infinitamente mas cómoda al espectador, que asiste sentado en un anfiteatro á la exhibicion de las maravillas microscópicas, como á una representacion dramática.

Este aparato, tal como lo hemos visto en la Institucion Politécnica de Lóndres, consiste en un gran disco blanco, de diez y ocho piés de diámetro, colocado perpendicularmente enfrente de los espectadores como un telon ó una pintura. Detras de los espectadores, y en una posicion elevada, está el instrumento, que consta de la llama producida por el gas, y delante de ella el lente doble que contiene la gota de agua ó el cuerpo que se examina. Estos objetos se reflejan en el disco, en tan enormes dimensiones, que un animal acuático, invisible á la vista desnuda, adquiere en el disco cuatro, cinco y seis piés de extension; y cuando se exhibe una pulga, la tercera parte del insecto ocupa los diez y ocho piés del disco. Allí hemos visto una lucha encarnizada entre el tigre de agua, animal de una construccion rarísima, y una especie de *boa constrictor*, que murió en fin en la boca de su adversario. Los dos animales no ofrecian á la vista desnuda, en la gota de agua en que vivian, mas que dos puntos casi imperceptibles. Allí hemos visto la *cabeza de Medusa*, produccion extraordinaria, que solo se encuentra en el fango del Támesis, y que no ofreciendo á la vista mas que un corpúsculo negro del tamaño de un grano de arena, se presenta en el disco en forma de un globo de tres piés de diámetro, del que salen por toda la superficie innumerables tentáculos en forma de culebras, cuyas incesantes retorciduras y convulsiones componen un asombroso espectáculo. Allí hemos visto en fin, selvas espesas, cubiertas de animales de las mas variadas formas; sus saltos, sus juegos, sus combates y sus persecuciones; todo ello en una gota de agua contenida entre dos cristales del tamaño de una lenteja comun. Los hilos mas delicados del mas rico encaje toman el volúmen de cables de un navío de tres puentes; el cabello humano es un tubo de tres piés de grueso; el ala de una mariposa es un soberbio tejido, revestido de los mas espléndidos colores, y atravesado por fibras elásticas de un palmo de ancho.

Mejor que nosotros podriamos hacerlo, describe estos portentos el autor de una obra inglesa, intitulada: *Manipulacion microscópica*. De ella copiamos las siguientes palabras: «En cualquier parte que fijemos nuestras miradas, en el recinto de nuestras habitaciones, en las praderas y en los pantanos, en los montes y en las selvas, en la orilla solitaria del Océano, y en medio de las ruinas, nuevos objetos solicitan constantemente nuestra atencion. Millones de animales y plantas que la simple vista no descubre, se revelan al microscopio, con órganos delicadísimos y maravillosamente adaptados á sus necesidades; con apetitos tan vivos, con goces tan intensos como los nuestros. En las aguas mas limpias como en las mas turbias; en los líquidos ácidos y salinos de los climas mas variados; en las fuentes, en los rios, en los lagos, en las olas del mar; muchas veces en la humedad interior de los cuerpos animales; mas todavía,

en las neblinas de la atmósfera, adonde han sido sin duda trasportados por los vapores acuosos; en todas partes existen, viven y se mueven infinidad de pequeños séres organizados, de que no nos dan la menor nocion las groseras impresiones de nuestros sentidos. En el curso ordinario de la vida ignoramos absolutamente la existencia de este universo misterioso; pero ¡con qué grandeza se descubre al observador que lo estudia con un buen aparato microscópico! Muchas veces, ó casi siempre, ve en una gota de agua estancada, los movimientos rápidos de animales cuyo diámetro es igual á un centésimo, y aun á dos milésimos de línea. Estos séres están frecuentemente tan aglomerados, que el espacio que los separa es todavía menor que su diámetro. Si suponemos que el volúmen de la gota de agua es una línea cúbica; si suponemos que los intervalos (aunque á veces menores) son iguales al diámetro de los corpúsculos, encontrarémos por el cálculo, y sin ninguna exageracion, que la gota de agua sirve de habitacion á un número de séres vivos, que varía entre cien mil y mil millones de individuos. Llegamos de este modo á inferir que semejante gota de agua encierra mayor número de habitantes que el de los hombres que pueblan nuestro planeta: la inteligencia se deslumbra, la razon se confunde, la fantasía confiesa su impotencia. Si yendo todavía mas léjos, consideramos todos los séres vivos contenidos en un charco, en un pantano, en el suelo húmedo de un bosque, cubierto de fragmentos medio podridos de hojas y leños, ó si admitimos con muchos observadores, especialmente con los que han estudiado la fosforecencia de la mar, que tambien ella sirve de morada á esta clase de producciones».

No es posible recapitular en una *Revista* los descubrimientos que las ciencias naturales deben al microscopio. Bástenos indicar algunos de estos secretos, para dar una idea á los lectores no iniciados en estos conocimientos, del inmenso campo abierto en el mundo invisible al estudio de la naturaleza.

Los primeros animales descubiertos en el agua, por medio del microscopio perfeccionado, se llamaron *infusorios*, porque se creia que la infusion de algun cuerpo extraño, y especialmente de un vegetal, era una condicion indispensable á su produccion; error que se corrigió despues, cuando se descubrió que la infusion no era mas que un medio, y no un orígen. El Dr. Mantell, autor de una obra interesante sobre este ramo de conocimientos, describe así una de las primeras experiencias que hizo para la averiguacion de aquellas inconcebibles existencias. «En una pequeña cantidad de agua recogida en un estanque de las cercanías de Clapham (cerca de Lóndres), que contenia algunas plantas acuáticas, escogí una ramilla, cubierta en parte por unas franjas viscosas, y en parte por filamentos sutilísimos, que apénas podian distinguirse. Coloqué esta ramilla en-

tre dos vidrios con una gota de agua, y el todo, en el campo visual de un microscopio que aumenta doscientas veces los cuerpos. Apénas dirigí mi mirada al aparato, descubrí un hormiguero de animales, cuyas formas y dimensiones variaban extraordinariamente. Unos se lanzaban con rapidez hácia adelante; otros perseguian y devoraban séres mucho mas pequeños. Muchos se pegaban á la ramilla por medio de filamentos tenuísimos; muchos estaban encerrados en estuches trasparentes, á cuya extremidad asomaban de cuando en cuando parte del cuerpo, recogiéndose despues á lo interior. Abundaban los conquíferos, cuyas conchas ostentaban una forma elegante, y los mas pequeños de todos, los mónades, parecian glóbulos animados, sueltos, de varios colores, y moviéndose en todos sentidos. Los habia semejantes á una copa de perla ó de ópalo, cuyos bordes estaban cubiertos de pestañas agitadas en contínua vibracion. Otros parecian atados con cordones espirales; otros vivian amontonados en grupos, y morian al separarse de ellos. Estos animales no tienen un movimiento progresivo análogo á las especies conocidas, y atraviesan el agua sin el socorro de miembros ni aletas. Aunque muchas especies carecen de ojos, todas perciben claramente los otros cuerpos, y persiguen y agarran la presa con tino y seguridad.»

Los infusorios han sido clasificados por Ehremberg en dos divisiones, con los nombres de *poligástricos* y *rotatorios*. Los primeros, como el nombre lo indica, forman un grupo caracterizado por el órgano digestivo, compuesto de muchas vejiguillas globulares, que se comunican entre sí por medio de un tubo comun. Estos receptáculos son los que digieren los alimentos. Los poligástricos varian infinitamente en formas y dimensiones. Ninguno excede en longitud la duodécima parte de una pulgada, miéntras que en las especies mas pequeñas los hay que no pasan de dos milésimos de la misma medida. Viven en agua dulce; pero se encuentran tambien en la del mar, en las soluciones astringentes y salinas, en los fluidos de las secreciones animales, en la tierra húmeda, y se producen artificialmente por la maceracion del heno, del césped, de la crin de caballo, y de otras muchas materias orgánicas. Carecen de sistema vascular, y probablemente del nervioso.

La circunstancia mas notable que se ha observado en los poligástricos, es la coraza de que algunas de aquellas razas están provistas. Uno de los mas curiosos descubrimientos de Fisher, es que la sustancia de esta envoltura es silícea, y muy análoga al vidrio. Resulta de aquí que muchos millares de años despues de la muerte de estos séres, la acumulacion de los fragmentos de sus corazas, formando un suelo de considerable espesor, nos suministra indicios sobre las condiciones de las localidades en que residieron. Sus sucesivas generaciones, gracias á su asombrosa virtud prolífica, forman en los le-

ches de los rios y de los lagos gruesas capas que no cesan de aumentarse. Tal es el origen del sedimento calcáreo y blanquisco de los pantanos. Tambien se encuentran en la superficie de la tierra, donde suelen cubrir leguas enteras, y endurecidas por el tiempo y por su mezcla con tierras glutinosas, componen la sustancia llamada por los geólogos *esquisto silíceo*.

Tres modos tienen de propagacion los poligástricos, siendo digno de notarse que los tres pueden concurrir simultáneamente en el mismo individuo. Ponen huevos en gran cantidad; ademas, brotan á la superficie de su cuerpo yemas ó botones, como los de las plantas, de cada uno de los cuales sale un animal perfecto; y por último, el mismo animal se divide espontáneamente en dos ó mas partes, que son otros tantos individuos, y en el momento de esta extraña division, cada individuo se mueve en direccion distinta. Segun Ehrenberg, la progenitura de uno de estos corpúsculos puede subir en cuatro dias á ciento setenta millones de millones.

Los rotatorios poseen una organizacion mas perfecta que los poligástricos. Sus movimientos se ejecutan por medio de una especie de pestañas, distribuidas unas veces por toda la superficie del cuerpo; otras, formando un círculo al rededor de la boca, ó de la parte anterior del cuerpo. La incesante vibracion de estos apéndices, semejante al movimiento de una rueda en torno de su eje, sirve para acercar á la boca el alimento contenido en el agua. Estos animales tienen músculos, cuya estructura se percibe, gracias á la trasparencia de la piel que los reviste. En algunas especies de rotatorios se observa una prominencia inarticulada, en forma de pié, situada en la parte inferior del abdómen. Este pedículo sirve para hacer entrar el cuerpo del animal en sí mismo, y parte por parte, como los tubos de un anteojo. Su extremidad inferior suele terminar en un tentáculo, con el cual se pega el animal á otro cuerpo, formando un vacío entre la superficie de este y la cavidad del tentáculo. El canal digestivo es un tubo que se dilata en el centro. El esófago está provisto de un aparato masticatorio, guarnecido de dientes, cuyo número varía de tal modo en las diversas especies, que podria servir para la clasificacion de los rotatorios, como sirve para la de los cuadrúpedos. Su propagacion no es tan múltiple ni variada como la de los poligástricos. Son generalmente ovíparos, aunque hay unas especies vivíparas.

La nomenclatura en cuyo exámen nos hemos detenido, está muy léjos de abrazar toda la zoología microscópica. En el aparato de la Institucion Politécnica de Lóndres se ven todos los dias animales que no entran en la clase de las mencionadas. El tigre de agua, á que ántes hemos aludido, y que por su voracidad y arrojo ha merecido tan poco envidiable denominacion, es de una forma tan extraordinaria que no presenta la menor semejanza con ningun otro de los

séres creados. Se compone su superficie de tres ó mas corazas angulosas, que disminuyen en tamaño desde la parte superior á la inferior. Su cabeza es prolongada y puntiaguda; su cola en forma de abanico, como la de la langosta de mar; sus garras parecen dotadas de suma tenacidad, en términos que, una vez que se apodera de la presa, no la suelta por mas violentas que sean sus sacudidas y contorsiones. Muchos de estos animales son culebras perfectas; otros afectan la forma de cangrejos de mar, y algunas veces una gota de agua, reposada durante tres dias, se ha visto cubierta de unos animalitos redondos, cuyos movimientos son tan rápidos, tan angulosos y tan grotescos, que han excitado la risa general de los espectadores. No así el unicornio, animal terrible, que ataca á traicion á su contrario y lo atraviesa de parte á parte, ocasionándole los mas agudos tormentos. Señoras ha habido que no han podido presenciar este espectáculo sin desmayarse.

Las consideraciones filosóficas á que dan lugar estos admirables descubrimientos, nos elevan hasta el divino manantial de la creacion, y nos suministran nuevos testimonios de su sabiduría. Montell describe de este modo las funciones que los animales invisibles desempeñan en la economía de la naturaleza: «No es imposible percibir los mas notables resultados de estos átomos vivos. Contribuyen, por ejemplo, á conservar la pureza del aire, apropiándose las partículas que arrojan los animales y vegetales en estado de putrefaccion. Sirviendo de alimento á otras razas, aseguran medios de conservacion á criaturas superiores. Los depósitos que dejan en los fondos de los rios, de los lagos y de los mares, pueden llegar á ser algun dia campos fértiles, abiertos á vastas aglomeraciones de hombres.» Linneo anticipó los descubrimientos del microscopio, y adivinó la naturaleza de los animales que por su medio se conocian, cuando dijo que toda cal proviene de insectos: *omnis calx á vermibus*.

¿Quién creeria, despues de escuchar estos prodigios, que todavía los hay mayores y mas portentosos en el universo de lo infinitamente pequeño? Nos convencerá sin embargo de esta verdad el siguiente pasaje de Herschel, en su discurso preliminar de la *Enciclopedia Británica*: «Las recientes investigaciones de la óptica han descubierto que cada punto de la atmósfera por donde pasa un rayo de luz, se afecta con una sucesion de movimientos periódicos, que recorren en intervalos iguales quinientos millones de millones de veces en el espacio de un solo segundo. Nuestra vision es el resultado de estos movimientos comunicados á nuestros nervios ópticos. Hay mas. La diferencia en la brevedad de los intervalos y en la periodicidad de los movimientos, afectando de diversos modos los órganos visuales, es la única causa de la diferencia de los colores. Así, por ejemplo, en la sensacion del color rojo, nuestros ojos se afectan cuatrocientas

ochenta y dos millones de millones de veces en un segundo; en la del amarillo, quinientos cuarenta y dos millones de millones de veces; en la del morado, setecientos siete millones de millones. ¿No parecen estos asertos mas semejantes á los delirios de un cerebro destemplado, que á las investigaciones de la filosofía? Sin embargo, son consecuencias rigorosamente exactas á las que puede llegar cualquiera que se proponga seguir el encadenamiento de raciocinios y cálculos de que han sido deducidas.»

¡O altitudo divitiarum!

M.

TRADUCCION

DEL

SALMO XVIII DE LA BIBLIA HEBRAICA,

XVII DE LA VULGATA.

Con vivo amor te adoro,
Jhowáh, mi firme amparo y fortaleza;
Tu proteccion imploro,
Porque tú mi tesoro,
Mi escudo tú, mi abrigo y mi pureza.

En perenne alabanza
Llamé siempre á mi Dios, y de sus manos
Con vívida esperanza
La dulce bienandanza
Esperé, y confusion de mis tiranos.

De muerte los dogales
En horrible tortura me oprimian :
Dolores infernales
Con ansias eternales
Mis venas y mis huesos consumian.

En tal angustia hundido
Clamé á Jhowáh con amorosas quejas;
Y á su alcázar lucido
El eco dolorido
Llegaba, resonando en sus orejas.

Y con temblor temblando,
Se conmovió la tierra, y su cimiento
Los montes desquiciando,
Se vieron pregonando
Que la ira de Dios iba en aumento.

Ya su nariz humea,
Brotando fuego en la sañuda boca :
Su vista centellea,
Y, cual vorace tea,
Carbones son cuanto su dedo toca.

Los cielos inclinaba
Y á la asombrada tierra descendia :
Niebla á sus piés llevaba :
Un Querub cabalgaba
Y en alas de los vientos discurria.

De oscuridad velado,
Asentó sobre nubes su cabaña;
Y al brillo reflejado
De su rostro indignado
Pedrisco y fuego atesoró con saña.

Y atronó el firmamento
¡Jhowáh..! Soltó el Señor su voz tremenda;
Y en huracan violento
Llenóse el raudo viento
De fuego y piedra en confusion horrenda.

Saetas penetrantes
Envió de sus manos, y esparciólos :
Relámpagos brillantes
Arrojó serpeantes
Y, cual leves aristas, consumiólos.

Y piélagos profundos
De hervorosas corrientes resurgieron :
Los ejes de los mundos
Tus ecos iracundos
Y tu espíritu fuerte descubrieron.—

¡Y de sublime altura
Envió..! Y de las águas procelosas
Sacóme con ventura :
De servidumbre dura
Me libertó y de gentes poderosas.—

Que el dia del quebranto
Me preparaban con furor impío;
Mas de Jhowáh en tanto
El espíritu santo
Conmigo estaba, como amparo mio.

Y libre á inmenso llano
De la horrible angustura me sacaba
Su salvadora mano :
Que su amor soberano
Dentro de mis entrañas anidaba.—

Con galardon luciente
Jhowáh colmando la inocencia mia,
Ciñó mi humilde frente :
Tal mi mano nitente,
Tan grande fué de su largueza el dia.

Que siempre en su camino
Me halló el Señor, sin apartar mis ojos
De su rostro divino :
Cual muro diamantino,
Sus altas leyes acaté de hinojos.

Y el corazon abierto
Tuve siempre á Jhowáh, nunca al delito :
A su faz descubierto
Hallé seguro puerto
Y el colmo de sus dones infinito.

Piedad con el piadoso;
Con el varon perfecto eres pureza:
Al limpio candoroso;
Empero al criminoso
Confundes en su crímen con braveza.—

Y como al afligido
Pueblo sacaste de opresion violenta,
Y abajaste al erguido;
Así ¡oh Señor! te pido
Que alumbres con tu luz en mi tormenta.

Y contigo seguro
Correré contra ejército espantable;
Y el empinado muro
Con fe y aliento puro
Asaltaré y con planta formidable.—

De Dios es la carrera
De perfeccion, y siempre la palabra
De Jhowáh verdadera:
Quien le invoca y espera,
Su escudo en él y su defensa labra.—

¿Quién mas que Dios es fuerte?
¿Quién fuera de él es Dios potente y sabio?
¡El... que de polvo inerte
En leon me convierte,
Y en pureza movió mi ardiente labio...!

¡El... que á mi débil planta
Dió del ciervo veloz la lijereza,
Y que al par me levanta
A cumbre tal que espanta,
Mi pequeñez brillando en su grandeza...!

¡Dios... que al combate fiero
Aparejó mi diestra vencedora;
Y doble arco de acero
A mi brazo certero
Hizo romper con saña destructora!—

Tú defensa me diste
De salvacion, y tu potente mano
En mi amparo moviste :
Con tu humildad subiste
El lodo mio á asiento soberano.

Y ensanchaste el camino
Debajo de mi planta ya segura :
Con tu aliento divino
En lago purpurino
Sepulté á mi enemigo en la espesura.

Que los herí y cayeron
Y holló mi planta su cerviz altiva :
En vano se movieron ;
Que en el polvo se hundieron,
Porque mi diestra armaste vengativa.

A mi furor rendidos
Los dabas ¡oh Jhowáh...! y al golpe rudo
Sus cuellos descreidos....
Clamaban, ya vencidos,
Y hallaban solo en tí silencio mudo.

Entónces yo crüento,
Como menudo polvo, los movia,
Al resoplar del viento;
Y en mi enojo violento,
Cual lodo vil, sus restos esparcia.—

Tu justicia tremenda
Libre y triunfante me sacó, y potente
De popular contienda :
Por insólita senda
Cabeza fuí de esclarecida gente.

Pueblos desconocidos
Mudos se postran, al llegar mi nombre
Terrible á sus oidos....
No hay extraños erguidos
Que no se humillen y mi voz no asombre.

Los fuertes se acobardan
Y, temblando en sus torres pavorosos,
La salvacion aguardan....
Mas en llorar no tardan,
A mis plantas cayendo clamorosos.—

Porque Jhowáh es vivo
Y es bendito, y es fuerte, y es sublime,
De sus manos recibo
Gloria y triunfo excesivo
Y so mi planta á mi enemigo oprime.

Libertador clemente
Sobre el varon de orgullo y de violencia
Me enalteció explendente;
Y de proterva gente
Me restauró su sacra omnipotencia...—

En cántico sonoro
Por siempre alabaré tu nombre santo.
¡Tú, Señor, mi tesoro...!
¡Yo tu Ungido...! Y te adoro
Porque á mi estirpe cubrirá tu manto.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

III.

FE LITERARIA.

(Conclusion.)

No hay cosa de que hagamos uso mas frecuente en los actos de la vida y en toda suerte de conocimientos, que de la fe moral, ora en el dicho de nuestros semejantes, ora en la esencia misma de las cosas que rara vez penetramos. Todo cuanto no entra directamente por los sentidos, ó no se deduce de un modo inmediato de los axiomas ó primeros principios innatos en nuestra razon, puede llamarse objeto de fe, en una acepcion mas ó ménos lata; y hasta en las materias físicas, las mas sujetas á los sentidos, confesamos que la naturaleza tiene tambien sus arcanos, y arcano es la misma facultad de sentir. La fe por tanto es en todas materias el complemento de la razon, supliendo con sus alas lo que esta no alcanza con sus pasos, y así tiene mas necesidad de fe humana quien tiene la razon ménos expedita ó cultivada, y debe creer mas el que ménos sabe. Pero como no hay ciencia, aun de las mas exactas y tangibles, que no sea inapeable, forma la fe el fondo y la base de todas ellas; y las hipótesis mas ingeniosas, los mas luminosos sistemas no son mas que dogmas interinos, digámoslo así, para los cuales nos piden fe sus autores, si no queremos rodar de duda en duda y de abismo en abismo.

La misma literatura producto de la imaginacion, facultad la mas libre de nuestro espíritu, que no solo se cierne en su vuelo sobre todo

lo criado, sino que crea amenudo, que no solo domina lo existente, sino que extiende su accion á todo lo posible, ni es tan libre que no encuentre un límite cual es el de la posibilidad ó verisimilitud misma, ni tan independiente y creadora que no necesite de la fe en su apoyo; ántes bien la necesita á proporcion de lo que se levanta sobre la esfera de los sentidos. Tan cierto es esto, que en el lenguaje moderno se han hecho inseparables los nombres de fe y poesía, porque no hay entusiasmo sin fe, ni poesía sin entusiasmo; y así se reconocen por mas poéticos aquellos siglos y aquellos pueblos que se gobernaban por la fe, mas bien que por la razon fria, y se confiesa que la poesía se evapora, cual precioso aroma, de aquel corazon del cual huyó la fe ó llámense *ilusiones*.

Mas ¿en quién debe fijar la imaginacion esta fe que le presta sus alas? ¿acaso en la autoridad cuando prescinde de ella por su naturaleza, tendiendo siempre á la originalidad? ¿acaso en las cosas mismas que á sabiendas inventa, adorando en cierto modo sus hechuras? No, seguramente: pero tiene fe en cierto tipo, en cierto modelo infinito, al cual bien sabe que jamas llegará, pero al cual se esfuerza en conformar en lo posible sus creaciones; y este tipo á falta de otra palabra, pues que atendida la vaguedad de la idea pudiera apellidarse de mil modos, lo llamarémos belleza. A ella, bien ó mal entendida, tiende siempre la imaginacion, como tiende el corazon al bien, como á la verdad el entendimiento.

Pero el primer constitutivo de la belleza es el órden y concierto, es decir, conveniencia de las cualidades de un objeto, de suerte que en nada repugnen la existencia. Todo lo imposible es monstruoso, todo lo bello debe ser verdadero ó posible, ya que la verdad en su sentido mas abstracto prescinde de la realidad y se confunde con la verosimilitud. Hé aquí soltada en nuestro concepto la contradictoria disputa de si la poesía ó creacion literaria reside en la ficcion ó en la verdad: ficcion será respecto de lo real, pero verdad respecto de lo posible. Llamábanla ficcion los antiguos que tenian mas limitadas ideas del orígen y destino del hombre, y no conocian otro mundo que el de los sentidos; pero nosotros consideramos que en la idealizacion de las cosas, contemplándolas no como son, sino como pudieran y tal vez debieran ser, hay mas verdad, porque hay mas concierto y mas belleza, porque todo defecto es un desórden, un principio de muerte, un falseamiento de la esencia de un objeto. La imaginacion no se eleva de la tierra, sino porque está malcontenta en su crasa esfera, y se encarga de reconstruir todo lo trastornado y degenerado; es una memoria vaga de una existencia primitiva y mas perfecta, preludio de otra mejor y mas duradera.

La belleza no es pues la realidad, pero sí la verdad absoluta ó relativa, existente ó posible; y como todas las facultades de nuestro

espíritu prueban un objeto del cual deriven, y en el cual, digámoslo así, se sacien nuestra imaginacion nunca satisfecha, no ménos que nuestro corazon, no ménos que nuestro entendimiento, demuestra la existencia de una belleza infinita é increada, origen y término de nuestras creaciones. Así nuestras facultades cada cual por su camino vienen á parar á un mismo punto, y prueban á su manera al Hacedor, en quien es uno mismo el nombre de bien, de verdad y de belleza suma que le da cada una de ellas; y cuanto mas se acercan estas á su fuente, mayor es la vida de que gozan. Ciencia, amor y poesía son dones que á menudo profanamos, ó ídolos ficticios á quienes damos este nombre; pero comprendidos en su verdad y pureza, solo de Dios pueden emanar, y á él solo tenerle por último objeto.

La imaginacion es una facultad que como las demas puede extraviarse, siendo muy posible que lo que contempla como belleza, en sí no lo sea; pero siempre será cierto que aquella belleza la mira como verdad, que tiene fe en ella; de otro modo no se abalanzaria á abrazarla, ni la escogeria por modelo de sus concepciones. En su creacion hay algo semejante á la del hombre por Dios; este, no conociendo nada igual á sí mismo, hizo al rey de las criaturas á su imágen y semejanza; la imaginacion crea tambien á semejanza de lo mejor que en su esfera conoce: solo que en el primer caso la criatura como finita debia quedar precisamente muy inferior á su Criador, y en el segundo casi siempre vale mas que el Criador la criatura.

Bajo este concepto no andaba tan descarriado, cual parece á primera vista, el que colocaba la poesía en la imitacion, que no deja de serlo por mas que el original nos sea desconocido y difícil á veces de señalar. No hay facultad que en su desarrollo y movimiento sea mas independiente de nosotros mismos que la imaginacion, ni en la cual valga tan poco el estudio y el cultivo; el entendimiento se forma, pero la imaginacion nace, y si las ideas de aquel se llaman *adquisiciones*, no se halló otro nombre mas propio para las de esta, que el de *inspiraciones*, como que bajaban de lo alto.

Todo lo dicho manifiesta cuánta parte debe tener la fe sobre la imaginacion, como facultad que mas distante está de la fria razon y del alcance de los sentidos. El escepticismo no destruye ménos toda belleza que toda verdad; y cuanto mas vasta es la esfera de creencia en que gira la imaginacion, tanto mas bellezas y relaciones y armonía descubre, y tanto mas rica es de poesía. Nada hace al caso lo justificado ó erróneo de la fe: los pueblos bárbaros, las creencias supersticiosas encierran mas poesía que todas las sociedades cultas, que todas las observaciones filosóficas. Juzgar que se puede separar el culto de la belleza de la fe en ella, admirarla y contrahacerla, y por otra parte declararla ilusion, es la mayor de las ilusiones; y si de ejemplo necesitáramos, bastaria dar una ojeada al estado en que ha quedado

la literatura en manos de nuestros desencantados poetas. Toda la hermosura de formas, sin una alma, sin una fe que las vivifique, no será mas que la hermosura de un cadáver. La poesía es un sacerdocio, no una secta filosófica: cree y no discute, vivifica y no mata.

Nada hay en la literatura que no indique esta tendencia á confundir la belleza con la verdad, y á persuadirse de un objeto ántes de cantarlo. ¿Qué otra cosa es el colorido uniforme que baña comunmente las obras de escritores contemporáneos ó compatricios, cualesquiera sea la diversidad de su genio, sino el reflejo de las ideas ó creencias de su época y de su pais? ¿Qué otra cosa es el influjo que en las concepciones literarias posee todo cuanto nos rodea en lo exterior, y que en lo interior ejerce la naturaleza de nuestros sentimientos ó la situacion de ánimo que en aquel momento nos afecta? ¿Por qué, si no, se reputan mejores aquellas inspiraciones que salen de lo mas profundo del corazon, ó han pesado sobre nuestro espíritu mas largo tiempo? ¿Por qué, aun cuando queremos salir de nuestra habitual esfera, ó trasmigrar, por decirlo así, á otro cuerpo, necesitamos poseernos de la nueva situacion, y colocarnos bien en aquel punto de vista, conformándonos con la virtud hipotética? Y los preceptos que determinan las formas, la propiedad de caractéres, la propiedad de imágenes, la propiedad de estilo, ¿qué otra cosa son sino leyes de verdad, proporcion y concierto, á que estamos obligados á sujetar nuestras creaciones?

Así pues, como la esfera de la imaginacion es vasta á proporcion de lo que se cree, la perfeccion y originalidad de sus obras está en razon de la intensidad con que se cree. El genio tiene fe en la belleza misma, pero siendo su fe elevada, ni puede creerla encarnada en algunas formas y circunscrita á un punto, ni se conceptúa capaz de crearla artificialmente de la nada. Las imaginaciones rastreras idolatran en algun sistema ó en algun hombre privilegiado, confundiéndolos con la belleza misma y abdicándose á sí propias: las imaginaciones que en nada creen sino en sí, se lanzan á producir la belleza por medios artificiales, y esperan fecundizar la nada, como el que intentara crear por medio de operaciones químicas: las unas pueden llamarse supersticiosas, las otras impías en literatura, y estos extremos sobradas veces suelen andar unidos.

Los sistemas y autoridades, cuando ganan excesivo crédito, lo roban á la belleza misma, y son otros tantos pesos atados á las alas de la imaginacion para impedir el remonte de su vuelo; y así se aumenta el número de preceptos á medida de lo que decae la fe en la belleza, como crece el fárrago de leyes con la corrupcion de costumbres. Nunca como ahora se habia disputado con tanto encarnizamiento acerca de las reglas, nunca se habia dado tanta importancia á los hombres y á las escuelas, nunca se habia puesto tan en voga el furor

de la imitacion: todo esto produce ideas mezquinas, obras pálidas, parodias de lo mismo que se quiere imitar; todo esto rebaja la literatura al rango de manufactura, y no está léjos el dia en que pueda tejerse un poema como una tela, sin que entre en ello por nada la cabeza. Los sistemas son tan fatales á la fe literaria, como los partidos á la política, como las sectas á la religiosa; pues circunscribiendo la esfera inmensa de la belleza á un círculo reducido, ó personificándola en algun modelo creado, la hacemos responsable de su estrechez misma, ó de las faltas de que jamas carece su supuesto tipo. Reflejada la belleza de una en otra concepcion, pierde todo el brillo é intensidad de su luz; pierden su vigor y lozanía los sentimientos trasplantados á otro corazon que aquel en que brotaron; pierden su vida las imaginaciones, porque pierden la espontaneidad de su direccion y la verdad de su esencia, siendo tantas las causas que en su desarrollo influyen, que acaso no haya dos parecidas sobre la tierra. Y no solo los sistemas vician lo presente y esterilizan el porvenir, sino que contaminan hasta lo pasado, evocando, por decirlo así, á los muertos para hacerles tomar parte en sus rencillas y combates, desfigurando sus inmortales obras para hacerlas entrar en su molde, y explicando lo que la fe concibió por el frio análisis ó por gratuitas teorías.

No serémos nosotros quienes neguemos ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crítica, ni la deuda de veneracion á genios ilustres y á profundos observadores; pero si negarémos que constituyan estas cosas un elemento extraño que limite la independencia de la imaginacion, ó que sirvan de guia á su camino. En las concepciones literarias no reconocemos mas reglas que las que sean condiciones de existencia y nazcan de las entrañas mismas del asunto; y siendo los asuntos infinitos, é infinitos los modos de tratarlos, dicho está qué fuerza podrán tener preceptos universales. La crítica no es mas que el juicio formado sobre la conveniencia ó disconveniencia de aquellas cualidades, y decide acerca de la verdad relativa de la produccion, mas bien que acerca de la absoluta; así es que todo buen crítico debe colocarse bajo el punto de vista del escritor juzgado. En cuanto á la autoridad de los literatos que nos precedieron y al respeto á ellos debido, parécenos que será mas cumplido el homenaje, si atribuimos á la fuerza de imaginacion, mas bien que al apoyo de las reglas, la altura á que se elevaron, y su ejemplo sirve ménos para trazarnos la senda, que para darnos esfuerzo y brio con que abrirnosla. No debe olvidarse que la literatura no es una ciencia en la cual se vaya ganando terreno palmo á palmo, y cuyos adelantos se eslabonen con los pasados; sino un arte cuyas producciones son por sí solas aisladas y completas, con su principio y con su término; no es un camino en el cual queden impresas las huellas de los que nos precedieron, pudiendo descansar en él á trechos para plantar grandes

piedras miliarias, sino un espacio inmenso en el que se vuela, y no se anda, sin quedar en él rastros algunos del vuelo. Las ciencias son una herencia que progresivamente se aumenta y se trasmite; la literatura es un don puramente individual, que nace y muere con su dueño. Y cuenta con atender demasiado á las cuestiones de escuelas y sistemas, porque todo el tiempo que gastamos en definir la direccion que seguimos, ó en rastrear la que otros han seguido, perdemos de vista á la belleza, objeto y término de ella.

No se tema que nuestros principios estableciendo una especie de fanatismo en la inspiracion y un desprecio de toda autoridad y regla, tiendan á rebajar el estudio y á destruir el arte, escudando con el pretexto de original cualquier extravío y monstruosidad. Cuanta mas fe se tiene en una idea, mas limadas y perfectas son las formas con que se la reviste, así como adornamos de mas ricas joyas á la efigie que mas veneramos. Sucede en esto lo que con las ideas bien concebidas, á las cuales sigue de por sí la expresion mas exacta. Los sistemas, vaciando en su molde las producciones, dispensan de mucho trabajo, y á la sombra de sus códigos y entre la confusion de la lucha pueden abrigarse muchas medianías; pero cuando uno es literato porque piensa, y no piensa en cómo ha de ser literato; cuando no pregunta á la moda dónde está la belleza, sino que la señala, la conciencia de su trabajo suele estar en proporcion de la fe que tiene en la idea y en la estabilidad de su belleza.

En otros tiempos, cuando la literatura era reina en su esfera y daba leyes al gusto y á la opinion en vez de recibirlas, eran regias tambien sus obras en solidez y majestad. El literato recibia el sello de su siglo sin buscarlo y aun sin conocerlo, pues se imprimia sobre sus ideas y sentimientos, pero ejercia á su vez sobre el siglo con sus producciones un influjo mucho mas activo y marcado. Estudiaba mas sus obras y no tanto á sus lectores, consultaba ménos á la sociedad que á su imaginacion, aspiraba á la belleza, los aplausos los dejaba al acaso, y producia tanto mas efecto cuanto ménos se esforzaba en producirlo. Aquella fe viva, aquel culto desinteresado le inspiraban mejor que todos los reclamos de periódicos, que las mas brillantes proposiciones de un editor. En vez del incienso anticipado de los anuncios, respiraba por largo tiempo el polvo de sus libros; vivia años enteros de una sola idea, y todo lo que veia y sentia durante aquel período, lo referia á ella; investigaba la creacion entera, y todo le parecia poco para adornar aquella idea querida; sepultábase en el silencio de su estudio, como los astrólogos y alquimistas de la edad media en las entrañas de la tierra, y al cabo de prolongadas vigilias y de misterioso trabajo volvia á la faz del mundo con su obra inmortal en la mano, clamando: «la hallé, la hallé,» como Arquimedes. Ni les importaba acumular obras: como el viajero que en las llanuras de la Mancha ve

desde el principio de su jornada el pueblo en que ha de dormir aquella noche, desde su juventud primera veia tal vez el blanco al cual habia de dirigir los esfuerzos de toda su vida; trabajaba como las abejas, sin pensar en si gozaria del fruto de su trabajo, ni se apresuraba á publicarlo; ¿no habia producido ya? ¿No gozaba contemplando su produccion? ¿Qué mérito podia añadirle el que la vieran y aplaudieran los otros? Y ademas todo no moria con él; quedaba su obra, quedaba una posteridad para admirarla, y ni aun comprendia que una vez admirada pudiera ser olvidada por la generacion siguiente, ni qué estuviera sujeta la belleza al giro de los siglos. Sin hablar de los tiempos anteriores á la invencion de la imprenta, en que la nombradía andaba perezosa y lenta al par de la pluma de los escribientes, ¡cuántas obras aun despues no salieron póstumas, cuántas no quedaron inéditas! Dícese que ahora se escribe mas abundantemente; dígase que se imprime mas, que *todo se imprime*; pues sumando lo inédito y lo impreso, no sé si caeria á favor nuestro la balanza. En una palabra, los literatos antiguos aspiraban á la celebridad, los nuestros á la popularidad: medítese bien el sentido de estas dos palabras, y se hallará la diferencia que los separa.

Se ha dicho que los grandes genios no sabian lo que producian; lo sabian, sí; lo que no sabian ó no curaban era lo que dirian de ellos los demas. La fe en la belleza, al paso que les llenaba de noble orgullo emancipándoles del juicio ajeno, los restringia saludablemente reconociéndose instrumentos de un impulso, de un *númen* superior. Pero cuanto ménos se creian dueños de la idea, tanto mas ponian de lo suyo el estudio del arte y la perfeccion de las formas. Once años trabajó Virgilio en su Eneida, y algunas leves incorrecciones fuéron causa bastante para que legara á las llamas su inmortal poema; y Virgilio no era cristiano, no podia conocer mas humildad que la que infunde la fe en el arte. ¿Se comprende esto en medio de una literatura de fragmentos, en un tiempo en que cada novel autor se cree obligado á dar al público los primeros apuntes de su obra?

Varias son las causas de la decadencia de la literatura, decadencia que en vano procuramos ocultar con el clamoreo de los vítores y disputas, y con los trajes, mas deslumbrantes y refinados que ricos, con que la engalanamos; pero todas vienen á reducirse á una misma, á la extincion de fe, á la carencia de originalidad. Asentamos que la mejor literatura era la que mas se acercaba á la verdad, la que mas espontáneamente nacia del alma y carácter del autor: júzguese ahora de la bondad de la moderna en general por su espontaneidad. El escepticismo por una parte, el materialismo ó positivismo por otra, han extinguido toda idea de bien, de verdad y de belleza; y el poeta, encontrando su alma vacía, pregunta á los otros; su imaginacion, en vez

de vivir en sí, vive en ellos y para ellos, acecha tras cada esquina lo que dicen de su primera obra ántes de escribir la segunda, explota por el último alcance el estado del gusto y de la opinion, como el comerciante la alza y baja de los fondos para dirigir sus especulaciones, abre una tienda donde despacha sus géneros á gusto de los consumidores, y una coleccion de sus obras dispuesta por fechas sería tan seguro garante de la moda de sus respectivas épocas, como una coleccion de figurines. Si quiere dar verdad á sus composiciones, tropieza con la realidad, y la escoge por tema; ¿qué importa la belleza, si es un retrato y se trata solo de lo parecido? Si al contrario busca la belleza ideal, su imaginacion, sin auxilio del corazon ni del entendimiento, seco el uno y sin luz el otro, no alcanza á producir sino un ardor ficticio que infunde una conmocion galvánica, pero no vida, á sus creaciones; y gracias si al remontarse á lo pasado como mas poético, sus ojos inficionados no alteran los objetos, y le hacen calumniar lo que intentaba celebrar. Así se arrastra por lo general nuestra literatura entre mezquinas copias de lo presente y entre monstruosas adulteraciones de lo pasado, entre insulsos y cínicos cuadros de costumbres y entre ampulosas y descabelladas leyendas, entre la chochez de la corrupcion y el delirio de la fiebre, no sabiendo ser elevada sin tocar en hipócrita y declamadora, ni verdadera sin rayar en frívola y descarada.

Pocas pero honrosas excepciones hacemos en favor de ciertos escritores ilustres que, vindicando á este siglo de la incapacidad de producir genios, no hacen sino mas culpables á sus contemporáneos: hablábamos aquí de esa literatura de consumo que abastece los folletines y los teatros, que anda siempre pegada á las esquinas, que se ha constituido en oficio permanente. La poesía, dejando de ser inspiracion, no es ya mas que un arte; y el genio, de *llama divina* como se le llamaba, ha bajado á ser capital, cuyos réditos no tardarán en ser calculados tan matemáticamente como los de un banco. No hablemos ya de la gloria póstuma, en la cual hacen bien al ménos en no confiar, pero ni aun esta ruidosa y de circustancias en nada se aprecia sino en cuanto sirve para realzar el crédito de la fábrica y dar salida á sus manufacturas. Así se prodigan los elogios y distinciones como monedas de poca ley y valor, y se echan á los rapaces y principiantes para que se las disputen. En medio de esta instabilidad continua, de esta helada indiferencia, de esta desacorde gritería de miles y miles de voces, ¿quién sabrá guardar dentro de su corazon el entusiasmo? Quién confiará bastante en su voz para dejarse oír? Quién aceptará por recompensa una gloria tan envilecida, ó esperará en una fama duradera? Quién sabrá resistirse á tantas sensaciones por una parte, y á tantos desengaños por otra? Quién aislarse dentro de sí mismo para rendir en el silencio de su corazon

generoso culto á la desconocida belleza? No seamos rigurosos con esta generacion; y compadezcámos al jóven de genio que en ella se abrigue, que acaso le valiera mas haber nacido durante la irrupcion de los bárbaros ó en las tinieblas del siglo x.

¿Qué estudio puede caber en el que trabaja á sueldo y á destajo? Qué lima y perfeccion en lo que ya se sabe que no ha de servir mañana? Cada cual se apresura á producir ántes que pase la moda de su artefacto; y aun así á menudo llega tarde; los frutos se cogen en agraz, por temor de que otro los robe; los principiantes siguen sus cursos y aprenden á versificar á costa del público; el público es su maestro. La misma facilidad de saber nos hace superficiales, la multitud de recursos nos embaraza; y aun los escritores mas concienzudos ceden á la tentacion ó á la necesidad de la época, improvisando y corriendo. Las obras, incompletas aun, nos son arrebatadas de las manos por una corriente ineluctable, que mucho tememos no sea la del Leteo. Será aprension nuestra; pero á vista de los montones de volúmenes que este siglo ha lanzado, en muchos de los cuales reconocemos con todo muy buenas prendas y muy dulces encantos, nos sobrecoge el mismo pensamiento desconsolador que asaltó á Jerjes á vista de su ejército de dos millones, ántes de pasar á la Grecia: ¿Vivirá alguno de estos de aquí á cien años?

Antes de concluir indicarémos, aunque muy de paso porque nos reservamos exponerla con mas extension, otra causa íntimamente ligada con la decadencia de fe literaria, y es la decadencia de la religiosa. Hemos dicho que los siglos de fe eran tambien los de poesía, y siendo esto cierto aun respecto de las falsas creencias, ¿cuánto mas lo será respecto de la cristiana, que descubriendo al hombre la verdad, le señala el camino de la belleza? El cristianismo vino á regenerar todas las facultades humanas, y con una sola palabra descifró el enigma y calmó las ansias del corazon, del entendimiento, de la imaginacion, que se agitaban afanosos por falta de objeto en quien saciarse. Las que fueron verdades para el entendimiento, fueron bellezas para la imaginacion: y la naturaleza espiritualista y el sello sobrenatural que llevaban las ideas, contribuyeron no poco á realzar su poesía. Así se ha reconocido en este siglo, apénas serenada algun tanto la tormenta que en el pasado sufrió el cristianismo; y algunos, para quienes sus dogmas habian dejado de ser verdades, quisieron cantar sus bellezas; pero sus himnos han sido una profanacion nueva, y una fuente ademas de extravío y de mal gusto literario; porque de mal gusto es todo lo falso. La imaginacion es muy libre para lanzarse á esta ó aquella belleza, pero una vez escogida no puede desfigurarla; puede vivir en un orbe cualquiera, pero debe conformarse á las leyes de aquel en que vive. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas por mas que sean las superiores y fuente de todas, y aun

algunos abrigaron una imaginacion gentílica en un alma muy cristiana, sin que por esto faltara belleza á sus obras, pues habia en ellas verdad relativa: pero entrando en la esfera de la religion, la imaginacion debe ser extricta y ortodoxamente religiosa, sin poder apartarse de la verdad so pretesto de mejorarla. No puede haber belleza donde hay contradiccion, y la hay mucha en estas monstruosas adulteraciones del dogma cristiano que vemos á cada paso en los modernos poetas: porque si no creen, están de sobra los homenajes; y si creen, son sacrílegas las restricciones.

No dirémos lo mismo con respecto á la literatura escéptica, pues en ella puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad respecto á la situacion en que el hombre se coloque. Byron, Goethe, Fóscolo, ¿quién les negará el título de poetas? En aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazon, en aquel caos de abyeccion y grandeza, hay una belleza, satánica si se quiere, pero indeleble; ahora bien, colocad al hombre de espaldas á la luz, apagad la antorcha de la revelacion, y habrá tambien en aquel cuadro una verdad asombrosa. Ademas es tal la naturaleza del espíritu, que miéntras dé señas de vida vive con él la poesía, porque aspira siempre á la belleza; y sus gemidos, sus delirios, su sed inextinguible, su continua protesta contra los sentidos, nunca dejarán de ser alto y sublime asunto. Solo una cosa puede matar el espíritu y la poesía con su traidor beleño, y es la indiferencia ó sea el materialismo.

En estos tres artículos hemos intentado probar que la fe es vida de la razon, vida de las sociedades, vida de la imaginacion; que entendida en su recto y genuino sentido, solo de Dios puede derivar en los tres órdenes religioso, político y literario; y que si de él la extraviamos debemos colocarla en algun principio humano, sujetándola á un dominio mas degradante y ménos seguro. Ignoramos si hemos logrado nuestro propósito, pero al ménos se comprenderá que hayamos escogido por tema de nuestro trabajo, lo que es en nuestro concepto la explicacion y la base del universo.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

SONETO.

—

Hombre que identifica sus afectos
Con los que abriga todo ser humano;
Hombre que el corazon lleva en la mano,
Mostrándolo á bribones y á provectos;

Hombre que forma al dia mil proyectos
Por aliviar la suerte de su hermano,
Y que si el vulgo acusa á Don Fulano,
Sabe encontrar disculpa á sus defectos;

Hombre que por medrar no aguanta enojos;
Hombre que si el poder le habla propicio,
Se le presenta erguido como el cedro;

Aguarde por laurel puntas de abrojos,
Por morada, la cárcel ó el hospicio,
Y por historiador á Esopo ó Fedro.

J. J. DE MORA.

FILOSOFIA POPULAR,

POR

VICTOR COUSIN.

Nota de los editores. La siguiente produccion es la primera con que la literatura francesa ha respondido al deseo expresado por el general Cavaignac, de que los escritores públicos revindicasen los derechos de la razon y de la humanidad, contra los sofismas destructores de los socialistas y comunistas. El ilustre historiador de la Filosofía debia ser el primero que saliese á combatir contra estos audaces enemigos, y no podia emplear un arma mas eficaz que la misma ciencia que profesa, acomodada á la inteligencia de las clases en que han hecho tan funestos estragos las quimeras de Luis Blanc. Ha desempeñado esta tarea con el mas feliz acierto, y quizas no se encuentran en ninguna de sus obras, páginas tan luminosas y tan sensatas como las que siguen. Con dolor hemos suprimido el final de este escrito, por contener la acalorada recomendacion de un fragmento del *Emilio* de Rousseau, que, aunque no estuviese condenado solemnemente por el fallo de la Iglesia, nos pareceria sumamente peligroso en un pais tan fielmente adicto al catolicismo como el nuestro.

Sí, debemos y podemos enseñar la filosofía al pueblo; sí, la filosofía no es una quimera; sí, es, como ella misma lo dice, la ciencia de las grandes verdades intelectuales y morales.

Esto necesita explicacion.

Hay dos clases de filosofía: la una artificial y sabia, reservada para que la cultiven algunos; la otra natural y humana, de la cual todos deben hacer uso.

El hombre que tiene mucho tiempo de que disponer, en lugar de contentarse con las creencias sencillas y sólidas que le proporciona la naturaleza, y que á cada paso encuentra confirmadas en el idioma que habla y en la conversacion de sus semejantes, puede aplicarles una reflexion mas ó ménos amaestrada, una crítica mas ó ménos severa, exponiéndose sin embargo á que esas verdades que examina peligren al ser examinadas muy de cerca; porque la reflexion libre suele conducir á la duda, y la duda es una prueba en la cual la fe natural puede sucumbir, pero de la cual, gracias á Dios, puede salir triunfante y con mas confianza en sí misma. De aquí proceden los sistemas filosóficos, unos falsos, otros verdaderos, casi todos compuestos de errores y de verdades, pero que todos ellos son otros tantos testimonios de la libertad, del poder y de los límites del genio del hombre. Nacieron en la cuna de la humanidad, crecen con ella, y la siguen en todos sus adelantos.

Estos sistemas tienen su idioma propio, su historia peculiar, y componen una ciencia aparte que no carece de peligros, como todo lo que es noble y grande, pero que siempre será una necesidad imperiosa y un atractivo irresistible para las almas, cuya elevacion é intrepidez les impulsen á abandonar las apacibles orillas de la opinion comun, y buscar, en medio de las borrascas y de los abismos de la reflexion, el ramo de oro de la filosofía. Pero estos atrevidos navegantes formaron siempre un número reducido; claro es que la filosofía especulativa, y lo mismo puede decirse de la parte sublime de las matemáticas, no se hizo para el pueblo.

Pero el pueblo tiene su filosofía, y puede decirse tambien una metafísica natural, emanada de las sugestiones espontáneas de la conciencia. Esta metafísica es al mismo tiempo el orígen, la regla y el juez de la otra metafísica mas alta, pero mas peligrosa, y que siempre debe apoyarse en ella, y nunca perderla de vista, so pena de extraviarse en vanas especulaciones. En efecto, la verdadera filosofía no es mas que una elevada expresion del sentido comun. El sentido comun es una filosofía limitada, pero sólida, ó mas bien completa en su género, y que solo carece de la facultad de lanzarse á las ilimitadas y aventuradas excursiones de la reflexion. El mayor de los filósofos no saca de los estudios en que ha empleado su vida, ni adquiere al fin de la jornada una sola creencia esencial, que no posea el campesino ó el jornalero algo despierto. El mal filósofo, que no ha sabido triunfar de la duda, y no ha llegado á una ciencia superior, puede haber perdido algunas de las buenas creencias que poseen el jornalero y el campesino.

Dejando aparte los amaños particulares que emplea la filosofía, y fijándonos en los resultados que ha obtenido, y que son los que verdaderamente importan al género humano, ¿cuáles son los que le pre-

sentan con alguna confianza los mas ilustres filosófos? Preguntemos á Sócrates, á Platon, á Descartes, á Leibnitz, á Reid, á Kant, ¿qué es lo que ellos desean que saquemos nosotros de la meditacion de sus obras inmortales? Todos responderán que harto hemos aprovechado, si sacamos de ellas una fe mas profunda y mas segura en un pequeño número de grandes verdades, que yo voy á recordar aquí brevemente, despojándolas de su aparato científico.

1.° El hombre no está entero en sus sentidos; tiene un alma distinta del cuerpo en su esencia, y de una naturaleza diferente.

2.° Tampoco es el hombre una parte cualquiera de este mundo: una de las ruedas, uno de los resortes de la máquina universal, que se mueve como los astros, la planta ó la piedra, segun unas leyes que le son desconocidas, y á las cuales se somete sin resistencia. El hombre conoce estas leyes, cede á ellas y se sirve de ellas; pero tambien muchas veces las resiste. Es un sér que dispone de sí mismo; que elige libremente entre móviles contrarios; que lucha con sus propensiones, y muchas veces sacrifica el placer, la riqueza y todo lo que se llama felicidad, á una idea. Es un sér libre.

3.° El hombre, encadenado por su cuerpo á la tierra, tiene un pensamiento que abraza el universo, se lanza á lo infinito; se concentra en su propia esencia, y desde el punto que ocupa en el tiempo y en el espacio, concibe la inmensidad y la eternidad.

4.° No solamente está dotado el hombre de una inteligencia que se pone en relacion con lo infinito, sino tambien de un corazon capaz de amar á los otros hombres, la patria y la humanidad, con un afecto tan profundo como desinteresado.

5.° Como el hombre distingue lo verdadero de lo falso y lo hermoso de lo feo, así distingue el bien y el mal; lo que es moralmente bueno de lo que es moralmente malo. Concibe una ley que nos obliga contra nuestros mas fuertes y mas gratos instintos; una ley á la que muchas veces no puede someterse sin destrozar su corazon, y que es imposible violar sin que se subleve toda nuestra naturaleza intelectual y moral; una ley en fin que nos impone como deber la virtud.

6.° La virtud es un esfuerzo que acredita el divino poder de la inteligencia y de la libertad. Este esfuerzo es doloroso al principio; pero como nos conduce hácia el órden moral, para el cual hemos nacido, su término es el mayor bien del alma, y su resultado ponernos en paz con nosotros mismos y con nuestros semejantes. Lo bueno es esencialmente distinto de lo útil; pero generalmente están de acuerdo y concurren á la armonía general.

7.° El mundo tiene un autor que lo ha hecho con peso y medida; con un perfecto conocimiento de su obra, y la libre voluntad de consumarla. Las oscuridades que hallamos en el órden universal, no nos estorban saber que este órden existe; las leyes que conocemos con

certeza, nos ayudan á conjeturar, con una verosimilitud muy próxima á la certeza, que hay leyes semejantes en regiones donde no las percibimos. Así es como nuestro saber sostiene nuestra ignorancia. Cada siglo aumenta la una y disminuye la otra. El universo es una geometría viva, cuyos secretos todos no hemos penetrado todavía, pero que en todas sus partes nos descubre un admirable geómetra.

8.° Si no hay en el universo una hoja de planta que no pruebe la existencia de Dios, el hombre nos lo da á conocer con mas extension y mas plenitud. El hombre es la obra maestra del universo, y vale mas que el universo. El universo obedece á leyes que no conoce; y el hombre las conoce. Ademas el hombre tiene leyes de que el universo carece; las leyes morales, incomparablemente superiores á todas las de la física, de la mecánica y de la geometría. Ademas de estas leyes particulares, el hombre posee facultades exclusivamente suyas, que lo constituyen un sér aparte, una maravilla del universo. Es libre, capaz de virtud, formado para la justicia; el amor y la caridad le hablan al corazon. El Dios que se manifiesta en el hombre, es un Dios que se muestra mas grande en él que en las otras obras de su poder, porque reune á la infinidad y á la inmensidad, la libertad, la justicia y la caridad. De lo contrario se deduciria que el hombre no posee el principio de las leyes y de las facultades morales de que lo ha dotado la Providencia, lo cual seria el mayor de los absurdos. Dios posee incontestablemente todos los poderes que nos ha dado; los posee en el grado incommensurable de su perfeccion infinita, y esta perfeccion no es solamente la de la fuerza y la inteligencia, sino la de la justicia y el amor.

Así pues el hombre no es un producto del acaso, cubierto por un cielo de bronce, mudo y sordo, en que fija en vano sus miradas durante algunos instantes para volver á caer en la noche eterna. No: el hombre tiene un Padre que lo ha hecho á su imágen, que lo ha creado, que lo sostiene y lo acompaña en todo el progreso de su sér, con la inteligencia, con la justicia, con la bondad que residen en él como en su inagotable manantial.

Dios es una inteligencia que nos entiende, una justicia que nos juzga y un corazon que nos ama. Plúgole poner en nosotros un alma convencida de poder aspirar á la inmortalidad, y que la reclama con todas las voces de sus mas íntimos sentimientos. El hombre descubre las relaciones que ligan esta alma con la Divinidad; le da gracias con enternecimiento por haberlo hecho partícipe de una porcion de su sér, y en este favor primitivo apoya la esperanza de que no le haya sido concedida en vano y sin un fin digno de su autor. Espera que despues de un cultivo imperfecto de estas facultades en este mundo, hallarán en otra parte la perfeccion que les falta, y que la naturaleza reclama y puede admitir.

Tales son las verdades fundamentales que la metafísica establece con la ayuda de los raciocinios que hemos suprimido, y que son inaccesibles á la muchedumbre, destituida del reposo y del estudio necesarios para seguirlos y entenderlos. Pero esta alta metafísica, que sin cesar se ilustra y se engrandece por los esfuerzos de los sabios esparcidos en los siglos, tiene su orígen primero y su mas firme apoyo en la metafísica natural, que descansa á su vez en la conciencia de cada uno de nosotros.

¿Cuál es el hombre, en efecto, que sabiéndolo ó ignorándolo, no posea todas las verdades susodichas? Escojamos al mas pobre de espíritu, con tal que esté dotado de un entendimiento sano, y que las preocupaciones del vicio y del crímen no hayan corrompido ni apagado en él la luz natural; observemos sus acciones; oigámoslo hablar; recojamos fielmente los juicios espontáneos que se deslizan á cada instante de su boca y de sus hechos.

Por ejemplo: ¿no sabe que es libre? ¿No se arrepiente nunca de haber obrado de cierto modo? ¿No se acusa á sí mismo y á los otros de lo que él ó los otros han hecho? Luego cree que él y los otros podrian haber obrado de distinta manera; luego se cree libre, y cree que los otros son tan libres como él. Por esto los alaba unas veces, y otras los censura.

¿Los alaba y los censura? Luego cree que han hecho bien ó que han hecho mal; luego cree que debian haber hecho bien, y que hay algo que es mal y algo que es bien; que una accion es justa y otra injusta. Si nos queda la menor duda, hagamos la experiencia siguiente: sea un hombre cualquiera testigo de una quimera suscitada injustamente por un hombre robusto contra otro débil; insulte aquel á este, y póngale las manos encima. Verémos inmediatamente un estallido de indignacion en el espectador de esta escena. Maldice al opresor; se inclina decididamente en favor de la víctima: quizá, obrando contra su interes manifiesto, sin reflexion ni cálculo, aturdidamente generoso, toma la defensa del oprimido, y se interpone en la lucha á riesgo de ser maltratado y de padecer. Padece, pero protesta. El tambien como Caton opone la justicia á la fuerza, y no dobla la rodilla delante de la iniquidad triunfante.

Cambia la escena. Ese mismo hombre está en presencia de su amada. La mira, y es feliz. No ha reflexionado sobre lo que constituye la hermosura; la ve, la siente, y se conmueve.

Se ofrece á sus miradas un pobre, sediento, hambriento, desfallecido, casi exánime. Si reclama como un derecho y con amenaza los socorros que necesita; el otro, indignado, lo rechaza. Pero lo auxiliará en cuanto pueda, si implora humildemente su caridad; se afligirá si no puede, y se arrepentirá de no haberlo hecho, si ha podido hacerlo. Luego sabe en el fondo de su corazon que la caridad

libre es muchas veces un deber tan sagrado como la justicia.

Ese hombre no ha leido los escritos de los filósofos; pero á vista del sol que nace y se pone, delante de la mar inmensa, ó cuando brilla el cielo estrellado, suspira y medita. Si adoptando el plan de Sócrates ayudamos á ese hombre en su alumbramiento mental; si con bondad y con paciencia lo examinamos, evitando el lenguaje de las escuelas; si aun sin examinarlo sabemos comprenderlo; si rompemos el velo que le oculta á él mismo lo que pasa en su interior, asistirémos á una escena grande y patética. En su espíritu se mueven y agitan pensamientos sublimes y confusos, que no puede desenmarañar ni expresar con palabras; vaga en las regiones de lo infinito; se hunde en esos mismos abismos, adonde baja, y en que comunmente se pierde la meditacion científica. Sin desplegar los labios confiesa é invoca á Dios. Reza, porque llora. Ese es el himno primitivo y eterno que se alza naturalmente desde el fondo del alma, y que todas las religiones y todas las filosofías recogen y amplifican.

Si queremos un espectáculo tan verdadero como el que precede, y mas grandioso todavía, veamos á ese mismo hombre abatido por la adversidad, luchando con una pena intensa; desanimado su valor, desfallecidas sus fuerzas. ¿No tiene un carácter peculiar esa mirada que dirige al cielo? Desesperando de todo apoyo en este mundo, ¿no busca mas arriba su dolor silencioso el socorro que le hace falta? ¿No nos parece que oimos subir de su corazon á sus labios aquellas sencillas y santas palabras: «Padre nuestro, que estás en los cielos?»

Luego hay una filosofía natural que proviene de todas las partes del corazon y del espíritu del hombre. La verdadera ciencia filosófica no hará mas que restituir al hombre lo que de él ha tomado, si vuelve á poner bajo sus ojos esa misma filosofía, fielmente expresada en un lenguaje sencillo y verdadero, que obligue á decir al que lo oye:

«Eso mismo habia yo pensado.»

La filosofía popular abraza tantas partes como la científica: tambien tiene su psicología, su moral y su teodicea: todo esto puede ser enseñado á todo el mundo, absteniéndose de términos técnicos, sin necesidad de suprimir una sola verdad esencial. Acerquemos á todos los hombres los manantiales puros de la verdadera y buena ciencia, ó mas bien, dejémoslos brotar en ellos, porque todos ellos los llevan en sus corazones. Tengamos un poco de confianza en el sentido comun; atrevámonos á seguirlo hasta donde llega. Bien dirigido, su alcance es mayor y mas alto que lo que generalmente se cree.

Institutores de los pueblos, á pesar de vuestros métodos, os será siempre imposible ampliar, enriquecer y adornar mucho el espíritu del pueblo. Educad su corazon; tal es el fin que sobre todos los otros debeis proponeros.

Pero no lo conseguiréis adoptando los consejos de un pedagogo

pusilánime, ni ofreciendo á los que son vuestros iguales una educacion subalterna, como si les bastaran algunos preceptos de moral manoseada, en que se evita esmeradamente hasta la sombra de toda doctrina. Léjos de eso, dad al pueblo una enseñanza limitada, pero sólida, generosa y potente. Abridle vastos horizontes en que pueda dilatar su alma, generalmente oprimida por angustiosas y duras necesidades. Habladle de los grandes objetos en que vosotros mismos os ocupais; habladle del verdadero fin de la vida, de la hermosura del destino humano, de la eterna justicia y de la inagotable bondad que han creado al mundo y lo gobiernan, que han formado al hombre y que lo acogerán algun dia en su seno. Pero al hablarle de Dios y del alma, guardaos de emplear el estilo de la filantropía á la moda, ese estilo almibarado que aspira á ser sencillo, y que no es mas que ridículo, alambicado y amanerado; estilo lleno de sandez, cuyo efecto es echar á perder y desfigurar la verdad. Presentada de este modo, la verdad deja de ser verdad.

Es digno de observarse que esos escritos pueriles, tan ponderados por ciertas clases de gentes, jamas han gozado del favor popular. ¿Cuáles son los libros mas leidos? Los que contienen las verdades mas elevadas y mas santas, en un estilo sublime y candoroso. Aun bajo el punto de vista literario, no se puede negar á la muchedumbre un gusto natural, que la hace sensible á la belleza de la forma, incitándola á estimar y aplaudir con entusiasmo las grandes ideas grandemente expresadas. Tratemos al pueblo como criatura racional, si queremos cultivar y fortificar su razon. Respetémoslo, para enseñarlo á respetarse á sí mismo; levantémoslo en su propia estimacion, y no temamos dirigirle un lenguaje sencillo, pero verdadero; serio, pero claro. Las ideas no son nunca inaccesibles por su fecundidad, sino por la forma de que se revisten. Olvidemos la fraseología peculiar de los sistemas y de las escuelas: hablemos la lengua universal y pura de la razon y del sentimiento. En esta lengua presentemos al pueblo los pensamientos mas viriles, los mas serios, los mas grandiosos, porque esos son justamente los que mas falta le hacen en todo tiempo, y en el actual especialmente.

El pueblo frances está pasando en el dia por una prueba dificil. Milagro será que salga bien de ella si no se le socorre prontamente. Hay fraguada una vasta conspiracion, que trabaja en destruir la admirable sociedad francesa, tal como la organizó el Imperio, apoyándose en los sagrados principios de la revolucion de 1789. El instrumento mas enérjico del desórden es una literatura corrompida y corruptora, y particularmente una filosofía perversa, que nos da, como fruto legítimo del espíritu nuevo, los errores mas caducos, mas vergonzosos y mas maléficos.

Tal es la grandeza del hombre, que para ejercer en él una accion

fuerte y algo durable, es preciso presentarle un sistema completo sobre todas las cosas : sobre su alma, sobre su destino, sobre el mundo y sobre Dios. Bajad al fondo de esas sociedades secretas, que estallan de cuando en cuando, como siniestros huracanes, en medio de nuestra civilizacion, y esparcen por todas partes la sedicion, el robo y el asesinato. Esas sociedades tienen su metafísica.

Una de ellas se ha visto, hace poco, obligada á dar á luz su programa, y este programa empieza por una declaracion de materialismo. La religion de la famosa *Sociedad de los derechos del hombre* es la rehabilitacion de la carne y el culto del placer : su moral es la mayor participacion posible de los goces de la vida. De aquí nace su política, muy conforme con su filosofía.

¿Qué es el sansimonismo, cuyos discípulos ocupan hoy, bajo toda especie de librea, todas las entradas á la riqueza y al poder? Es exactamente la parte mística del materialismo y del ateismo. Los sansimonianos se placen en hablar de Dios; mas por desgracia su Dios es una figura retórica, sin realidad, sin sugeto individual y propio. Su inmortalidad es una serie de metempsícosis, sin conciencia y sin memoria, por cuyo medio el hombre tiene la ventaja de ser sucesivamente agua, tierra, planta, animal y todo lo que se quiera; ademas de esa inmortalidad, puede aspirar á otra, que es la de la fama: gran recurso y consuelo bien eficaz para el pastor y el artesano. Estos señores honran ademas al Cristianismo, tomando algunos fragmentos de su santo vocabulario; ¡y hay sin embargo buenas almas que se dejan seducir y que aplauden esta triste comedia!

Pero aquí viene un docter de la ley nueva con demasiado convencimiento y demasiado orgullo para disimular sus dogmas. Ese dice en voz alta lo que piensa, se va en derechura á la raiz del mal que detiene á la humanidad en su carrera. ¿Sabeis qué mal es ese? Es Dios. El primer deber del hombre libre es echar la idea de Dios de su alma y de su conciencia. El último progreso de la libertad requiere que el nombre de Dios, ese nombre que ha sido por tan largo tiempo la última palabra del sabio, la sancion del juez, la esperanza del pobre, el refugio del culpable arrepentido, sea entregado al desprecio y al anatema, y silbado en la sociedad de los hombres. Y ese malaventurado insensato se arrebata hasta el extremo de lanzar ese grito salvaje : «Dios, retírate.»

Es preciso, en efecto, que Dios se retire del pensamiento y del corazon del hombre, para que se establezcan y fructifiquen en él los principios de estos novadores retrógrados. Sí; para disolver la familia, destruir la sociedad, reducir la propiedad al robo, armar el brazo de los que padecen, é incitarlos á despojar y á degollar sin remordimiento á los dichosos del mundo, como ahora se les llama, es preciso ántes de todo sembrar de una extremidad á otra de la Francia estos

grandes descubrimientos: á saber, que nada es bueno ni malo en sí; que el único fin de la vida es el placer; que la resignacion es un engaño, la virtud una hipocresía, Dios una invencion de los ricos para el uso de los pobres, á fin de que aguanten sin chistar la miseria y la opresion.

Tal es la noble metafísica que la escuela socialista ha estado esparciendo en Francia por espacio de quince años, por toda clase de medios y bajo toda clase de formas, desde el largo y pesado tratado propio de la meditacion solitaria, hasta el lijero romance que circula en los *boudoirs* y los salones; desde los folletines que devoran las clases medias, hasta esos folletos á real que el jornalero recoge para su lectura, y para que sirvan de escogido alimento á su entendimiento y á su corazon. ¿De qué servirian insulsecas sentimentales y moralidades sin grandeza delante de esta metafísica, que es al mismo tiempo sutil y grosera? ¿De qué sirve predicar la propiedad á unos hombres que niegan la distincion de lo justo y de lo injusto, y la libertad y la dignidad de la persona humana? ¿De qué aprovecha componer himnos en honor de la santidad de la familia, cuando aquellos á quienes se dirigen no reconocen nada santo ni sagrado en la tierra?

Non tali auxilio, nec defensoribus istis
Tempus eget.

Ya que en nombre de la filosofía se derraman sin cesar en el alma del pueblo todas las ponzoñas del materialismo y del ateismo, ¿no es obligacion de una filosofía generosa arrancar el pueblo á sus corruptores, oponer el apostolado del buen sentido y de la virtud al de la mentira y del crimen, y aventurarse á penetrar en el taller del artesano y bajo el techo del pobre, para que lleguen allí verdades saludables y luces pacíficas?

Mas ¿quién posee acentos bastante fuertes para que los siga la muchedumbre, y para acreditar en ella á la filosofía? Los grandes metafísicos han escrito para sus semejantes, ó á lo mas para un pequeño número de hombres. Los bellos tratados de Bossuet y Fenelon sobre la existencia de Dios, sobre el conocimiento de Dios, y de sí mismo, libros mas accesibles que los que hemos indicado, requieren, sin embargo, para ser comprendidos, conocimientos preliminares de cierta extension; tambien pertenecen á la metafísica sabia; en fin, no son bastante breves para que puedan servir de breviario á los que no huelgan mucho.

Con sumo placer insertamos en nuestra *Revista* el siguiente curioso documento que debemos á nuestro apreciable cuanto ilustrado amigo Don Diego de Alvear, hijo del insigne marino que lo escribió, porque tratando de unos pueblos tan poco conocidos y originales por sus costumbres é inclinaciones, ofrece tanta novedad como interes.

INFORME

QUE EN EL AÑO DE 1797 DIRIGIO EL BRIGADIER DE LA ARMADA

DON DIEGO DE ALVEAR,

AL EXCMO. SR. VIREY DE BUENOS-AIRES

DON PEDRO MELO DE PORTUGAL,

SOBRE LA HISTORIA, VIDA Y COSTUMBRES
DE LOS INDIOS TUPIS.

Excmo. Sr. : Los infieles tupis, por cuyo carácter, inclinaciones, habitaciones y correrías se sirve V. E. preguntarme en oficio de 18 de febrero último, residen ordinariamente y discurren por los grandes y espesos bosques del Uruguay y demas rios que le entran por su banda oriental, desde la altura del pueblo de San Javier, del departamento de Concepcion, y los de San Juan y San Angel del de San Miguel: esto es, desde los dos Iyuises y aun Cabeceras del Piratini, hácia el septentrion, ocupando y haciendo inhabitable una dilatada comarca de cerca de ochenta leguas de frente y muchas mas de fondo, contra los dominios portugueses del rio grande de Curitiva ó Yguazú, y primeras vertientes del Yacuy ó Ygay. Los referidos pueblos de San Juan y San Angel, como los mas avanzados y vecinos á dichos bosques, son tambien los mas expuestos, y los que han sufrido mas en las frecuentes y repentinas invasiones de estos infieles, que con especialidad en estos últimos tiempos, les han causado horribles estragos; y aun recientemente les acaban de asesinar con la mayor crueldad y osadía sobre veinte personas de todas edades y sexos en las Chácaras, inmediatas del Corregidor, á orillas del mismo Yyuimini, que corre

entre los dos pueblos, distante poco mas de una legua del de San Juan. Mas donde la extraordinaria fiereza de estos bárbaros se ha hecho mas de temer, y donde ha logrado siempre sus mas sangrientos y seguros tiros, es en los beneficios de los yerbales del expresado Uruguay, en cuyas márgenes orientales se hallan los mas ricos y abundantes; no hay pueblo que no refiera mil incendios y atrocidades y cuente á centenares las cruces de sus yerbales respectivos: hasta las partidas de límites, en sus diferentes expediciones é invernadas, no han dejado de perder bastante gente, sin que la vigilancia y disciplina de la tropa reglada los haya podido poner á cubierto de las cautelosas asechanzas é improvisas sorpresas de tal enemigo, no fácil de prevenir ni evitar en las cercanías del monte. Con mas razon los pobres indios desarmados é indefensos del todo, en sus grandes faenas y dispersos en busca de sus apetecidos árboles de yerba, siempre claros y distantes por mas que se pondere su abundancia, experimentan entónces todo el furor del mas implacable de sus adversarios, que oculto entre la espesa maleza, cual astuto tigre, los asalta y acomete de improviso como á indefensas ovejuelas, y les hace sentir sin la menor resistencia, amparo ni recurso, los mas funestos efectos de su antigua ira y envejecida aversion. El genio naturalmente sanguinario de los tupis, sus feroces costumbres y perversas inclinaciones, lo impenetrable y extendido de los montes que ocupan, lo cortado, áspero y demas circunstancias inaccesibles del pais que habitan, y finalmente la dilatada serie de estos hechos desgraciados, y terribles desastres poco ó nada interrumpidos desde tiempo inmemorial, ó desde los primeros tiempos de la conquista de esta América, nos persuaden hasta la última evidencia: 1.° No haber llegado todavía, ó mas bien estar aun muy distante el dichoso y deseado momento de la feliz reduccion de esta nacion caribe, la mas irreconciliable, tal vez, y la ménos tratable de todos los salvajes del Nuevo Mundo. 2.° Y la árdua empresa y suma dificultad que tenemos en el dia, segun el actual sistema, no digo ya de perseguirlos de mano armada y sujetarlos de viva fuerza, siéndonos imposible é impracticable la ofensiva, así por lo intrincado y extenso de los montes, como por su modo de vivir vago y errante, sin residencia fija ni habitacion; sino de haberles de oponer una defensiva natural y razonable, que resista y nos libre de sus frecuentes atentados y diarios insultos, ó que no los puedan á lo ménos verificar tan á su salvo é impunemente como hasta ahora.

Pero como exponer la moral imposibilidad de reducir y sujetar á estos infieles, ponderando los grandes inconvenientes y peligros á que, de no conseguirlo, quedan expuestas las misiones, no es adelantar cosa alguna en la materia: y como por otra parte habla V. E. en su oficio de las providencias oportunas y concernientes á su mas

pronto y posible remedio, parece tengo motivo para proponer lo que entiendo se puede y debe practicar, así en órden á la total seguridad, conservacion y mejoramiento de los pueblos, y en general de toda la provincia, sin disputa la mas fértil y florida de las del vireinato, y de cuyas excelentes proporciones y ventajosa situacion puede el Estado aguardar las mas considerables utilidades.

A tres pueden reducirse principalmente los puntos mas esenciales y preciosos de esta gran reforma: 1.° Los pueblos deberán formarse, y alistarse en milicias formales, y regladas sobre el pié de las del Paraguay y demas provincias interiores, que á la verdad no tienen tanto que temer de los salvajes que las cercan, como esta de los tupis y de su frontera de Portugal, su mas poderoso y terrible enemigo, y el realmente digno de toda la vigilancia y atencion del Gobierno. Hasta que los jesuitas no armaron á sus guaranis á mitad del siglo pasado, no pudieron contener aquellas célebres y desoladoras irrupciones llamadas Malocas, de los portugueses de la ciudad de San Pablo, que con el nombre de mamelucos del Brasil destruyeron y arruinaron enteramente las floridísimas reducciones del Ygáy y del Guayrá, en número de mas de cuarenta. Cautivaron y se llevaron sobre doscientos mil indios, que vendieron públicamente por esclavos. Destruyeron asimismo dos famosas poblaciones de españoles, Ciudad-Real y Santiago de Jerez, haciendo trasmigrar del otro lado del Paraná, la Villarica del Espíritu Santo, y la de Curuguatí; y usurparon por último, y agregaron á los dominios lusitanos las dilatadísimas regiones y fértiles campiñas que riega este hermoso rio, con toda la banda oriental del caudaloso Paraguay, donde han encontrado finalmente las riquísimas y excelentes minas de Cuyabá. Los paulistas desde aquella época no pudieron hacer mas progresos, y los guaranis, dice el padre Charlevoix, fuéron desde entónces el mayor recurso de la capital en las diferencias con los portugueses sobre la colonia del Sacramento, que tomaron por asalto en los primeros años de su fundacion.—Parece pues indispensable esta providencia, y cada pueblo podrá alistar una, dos, tres ó mas compañías, conforme al número de sus habitantes, con sus cabos respectivos, sargentos y oficiales, que podrian ser los caciques: pero no como hasta aquí, sino con sus correspondientes despachos, ó patentes de los señores vireyes, no de los tenientes gobernadores: distincion que les dará un notable peso de autoridad, y hará tenga todo su efecto la providencia. El armamento se podrá reducir á una carabina corta, de una vara de cañon, y del calibre regular de á onza de bala, con su bayoneta proporcionada entallada en la culata, capaz de manejarse á caballo en los servicios ordinarios de campaña, y dentro del bosque contra los infieles, á que se podrá agregar una espada ancha, de punta, y largo proporcionado al mismo uso. Las comunidades po-

drán hacer venir estas armas principales, por un precio muy moderado, de Barcelona, anticipando sus expresadas dimensiones; y lo restante de dicho armamento, como canana ó cartuchera, tahalí ó cinturon, bastará venga un modelo de cada pieza, y se hará en los pueblos, siendo fácil establecer en cada uno una armería ó sala de armas, con su correspondiente taller para componerlas, limpiarlas y conservarlas en buen estado, como en tiempo de los jesuitas, de que hasta el dia se conservan vestigios. 2.° Léjos de proscribir y expulsar á los españoles de la provincia de Misiones, se procurará su entrada, y favorecerá su introduccion de todos modos, y con toda especie de fomento y proteccion, con arreglo al tenor de nuestras leyes, reales órdenes, y á la mas sabia y bien entendida política. Se les falicitarán sólidos y permanentes establecimientos, señalándoles buenas y proporcionadas suertes de tierra, que se les concederán en perpetuidad para sí, sus hijos y herederos, sin gravámen de feudos, ni otros impuestos de especie alguna, ni formalidad embarazosa que retarde ó impida su afluencia y bienestar. De este modo vendrán de todas partes, poblarán y cultivarán las sierras y hasta los montes. Enseñarán á los indios los mejores métodos de la labranza, el cultivo de todas las producciones y frutos, sus primeros beneficios é industrias, y por último agregados y alistados en sus milicias, ya en calidad de cabos, ya en compañías separadas como las de granaderos, montados y armados á su costa, como mejor pareciere, los instruirán en el manejo de las armas, los acompañarán en sus faenas y expediciones, los animarán en los combates, persecucion de los infieles y demas enemigos; y en una palabra serán el sosten y mas firme apoyo de los gobernadores de toda la provincia. 3.° El último punto de nuestro proyecto de reforma ó de restablecimiento de los pueblos de Misiones, se reduce á la franca introduccion del comercio libre. No hay razon divina, humana ni política, que pueda prohibir en la provincia de Misiones, en la mejor y mas necesitada de fomento y proteccion, los muchos y saludables efectos, la comun y general beneficencia de la real pragmática que ordena, sin excepcion, la libertad de comercio en todos los dominios del rey en Europa é Indias. Cuanto se pueda alegar en contra de tan benéfica legislacion, no es mas que un falso pretexto, una mala inteligencia, ó mas bien un proyecto indecente de monopolio exclusivo, el mas indebido, ruinoso y perjudicial.

Efectivamente, ¿qué otra cosa son las comunidades? Qué es de sus decantados, ó mejor diria, encantados bienes, que no aprovechan ni á sus indios favorecidos, ni al Estado? Una fatal y funesta experiencia de muchos años no ha hecho sino demostrar esta verdad en todas sus partes. A pesar de una prudente ordenanza, de las mas rígidas providencias, y de las mas particulares exencio-

nes y privilegios, los guaranís y tapes, libres por el doble derecho de naturaleza y convencion, reducidos é incorporados bajo la real corona, protegidos por las leyes mas que otros vasallos algunos de S. M., sin otra contribucion, impuesto ó tributo personal que el moderadísimo de un peso anual cada varon, viven en la mayor miseria, desamparo y esclavitud, bajo el mas pesado y tiránico yugo de su pretendida comunidad, que léjos de comunicarles y hacerles participantes de sus quiméricos é imaginados bienes, les absorbe y usurpa despóticamente todo el fruto de su trabajo é industria, no ménos que el de sus mujeres é hijos, de cuyo destino dispone á mas arbitrariamente. Sus tierras, no obstante su extraordinaria fertilidad, riqueza y deversidad de sus frutos y producciones naturales, cruzadas de rios caudalosos que brindan con su navegacion y trasporte, se ven cada dia mas abandonadas, desiertas y sin cultivo. En suma, las Misiones van siempre á ménos, y la continuada decadencia de los pueblos y considerable disminucion de sus habitantes, parece tocar ya los bordes de su última y total ruina.

Concluyamos pues de todo lo dicho la absoluta necesidad de mudar de sistema. Si queremos pues restablecer y repoblar los pueblos; defender, civilizar y hacer á sus naturales labradores é industriosos; cultivar y hacer producir las tierras; abrir y beneficiar los montes; navegar y echar puentes á los rios; allanar los caminos y facilitar las conducciones, dando salida y despacho, giro y actividad á las cosechas, frutos y primeras materias, de las mas preciosas y abundantes, como granos, legumbres, azúcares, tabacos, yerba, algodon, lana, añil, cueros, madera; si deseamos retirar á los infieles ó reducirlos por los suaves y eficaces medios de la conversion, trato y comercio de los yerbales silvestres, piedras preciosas, arenas de oro, drogas medicinales, maderas, resinas, cera, miel y varias otras producciones y frutos no ménos estimables, de que abunda su pais, á imitacion de otras naciones sabias y comerciales; en una palabra, si pretendemos sostener de véras y conservar las Misiones libres de toda sorpresa é insulto de enemigo, no ya como una provincia pobre y gravosa, sino como la mas opulenta y útil del real erario, y al bien general de la monarquía, nos es indispensable mudar de conducta, y tomar otro rumbo del todo contrario al establecido y seguido hasta ahora.

No dudamos que la soltura y libertad de los indios, de los grillos de comunidad, y su alistamiento en milicias regladas; la introduccion y establecimiento sólido y acomodado de españoles útiles y pobladores; y mas que todo, una entera, ámplia y general libertad de comercio en todos sus ramos é industrias, sin restriccion ó limitacion alguna, gravámen, ni derechos, siquiera los primeros años, que son en sustancia los tres puntos propuestos, obrarán muy en breve todos

estos portentos y maravillas. El comercio solo puebla, ilustra y enriquece las naciones, y su prohibicion ó abandono, causando todo lo contrario, es el mayor defecto que puedan cometer los estados.

Satisfecho de haber expuesto sencillamente mis ideas y modo de pensar, relativo á la superior consulta de V. E., excuso detenerme en mas prolijo detalle, pruebas y enumeracion de las ventajosas consecuencias y resultas. La sola enumeracion de mi preyectado plan de reforma las pone todas á la vista. Y los vastos conocimientos de V. E., y experiencia que tiene de estos paises, me hacen no molestar mas su atencion, debiendo solo añadir, que en toda la extension del vireinato, no encuentro objeto mas interesante, mas digno y propio de ocupar los cuidadosos desvelos de V. E. y de su ilustre gobierno. — Dios, etc. San Angel, marzo 30 de 1797. — DIEGO DE ALVEAR Y PONCE DE LEON. — Excelentísimo Sr. virey, D. Pedro Melo de Portugal.

ADVERTENCIA.

Se suspende la publicacion de la *Revista Hispanò-Americana*, hasta que cese la dura crisis por que está pasando el comercio de librería. Para mayor comodidad de los señores suscritores que gusten encuadernar los números publicados, cerramos con este el tomo primero, y damos con él una cubierta.

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO PRIMERO.

Páginas.

Estudios filosóficos. — La lógica de Mill (Arts. I y II), por D. J. J. de Mora. . . . . 5 y 65
De Juan de Valdés, y de si es el autor del diálogo de las lenguas, por D. P. J. Pidal. 18
Italia, por D. Pedro de Madrazo. 30
Alix, leyenda alemana, por Octavio Feuillet, traduccion de D. E. de O. 37 71
Fragmento, por D. J. J. de Mora. 57
Opúsculos inéditos del doctor D. Sebastian Miñano. 95 129 321
Roma, por D. Pedro de Madrazo. 105
La Religion y la Filosofía, por D. José María Quadrado. 110
Fragmentos de un poema, por D. J. Heriberto García de Quevedo. . . . 123
Meditacion, por D. Eugenio de Ochoa. 127
A Luis, por el mismo. 128
Economía política. — Organizacion del trabajo, por P. B. N. 142
El turbion de nieve, novela rusa, por Pouschkin. 150
Sodoma, por D. Pedro de Madrazo. 159
Estudios filosóficos. — Aspecto general de los progresos de la filosofía moral, especialmente durante los siglos XVIII y XIX, por Sir James Mackintosh, por D. J. J. de Mora. 167 215 257
Ciencias naturales. — La química del verano. 178
Balmes y Piferrer, por D. José María Quadrado. 184
Canto VIII de la Jerusalen del Tasso, por D. Juan de la Pezuela. 193
Bellas artes. — Dos palabras contra la manía de reformar los edificios antiguos, por D. Valentin Carderera. 225
A Don Fernando Escobar, por D. Alberto Lista. 225
A Dorinda, excelente cantora, por el mismo. 230
Las tres formas de la fe, por D. José María Quadrado. . . . 233 305 358
Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España, por D. José Amador de los Rios; por D. Eugenio de Ochoa. 247
Estudios literarios. — De la novela en España, por D. Eugenio de Ochoa. . 271
Jerusalen libertada, canto décimotercio, por D. Juan de la Pezuela. . . 284
Oda, por D. Francisco Rodriguez Zapata. 309
El genio de la pintura, por D. Angel María Dacarrete. 313
Fragmento, por D. J. J. de Mora. 316
Lo infinitamente pequeño, por M. 341
Traduccion del salmo XVIII de la Biblia hebráica, XVII de la Vulgata, por D. José Amador de los Rios. 352
Soneto, por D. J. J. de Mora. 368
Filosofía popular, por Victor Cousin. 369
Informe que en el año 1797 dirigió el sabio brigadier de la armada, D. Diego de Alvear, al Excmo. Sr. virey de Buenos-aires, D. Pedro Melo de Portugal, sobre la historia, vida y costumbres de los indios tupis. . . 378

AUG 3 1 1949

AUG 3 1 1949